



DGCL
A

t. 174380
C. 1226668



Jorge de la Cruz

LA

INQUISICION, EL REY

Y EL

NUEVO MUNDO

NOVELA HISTÓRICA

POR

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO.

TOMO I.



MADRID:

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1862.

A1

INQUISICION. EL REY

NUEVO MUNDO

MOVELLA HISTORICA

D. FLORENCIO LUIS PARRERO.

ДОМОТ



RECEIVED

R. 139534

T. D. M.

Gran Señor: al ofrecerte el libro que he empezado á escribir, me inspiran desde los honores, títulos y riquezas; solo llega á mi mente la idea de si podré ó no agradarte; que tal ofrecimiento no es aborto de vanidad, ambicion ni deseo; es hijo de un amor que alienta á mi espíritu, hace palpitár mi corazon y ensancha mi sér. Padre, Señor, tu bondad me sostiene desde que abrí los ojos en este valle de dolor; niño inocente y desgraciado, como todos los descendientes de Adán, invocaba tu nombre, emblema de lo grande y sublime, y te hallaba propicio y amoroso. Imberbe y torpe, como misero mortal, huí de tu casa y caminé largo tiempo por entre abrojos donde se esconde la serpiente que pudo muy bien emponzoñar mi existencia terminándola como el réprobo asido por el rey del averno. Yo te abandoné, pero tú á mí no; te dejé y me seguiste; te olvidé y me llamaste; tu bondad me acercó nuevamente á tí, y al confesarte mi falta me abriste los brazos: ¡castigo impuesto por el grande cuando sentencia al pequeño! ¡rasgo magnánimo del poderoso cuando le ruega el desgraciado! Te debo la vida, cuanto soy, cuanto tengo; ¡qué mucho que te dedique un libro el que gustoso te regalaría un mundo y luego te serviría de esclavo!

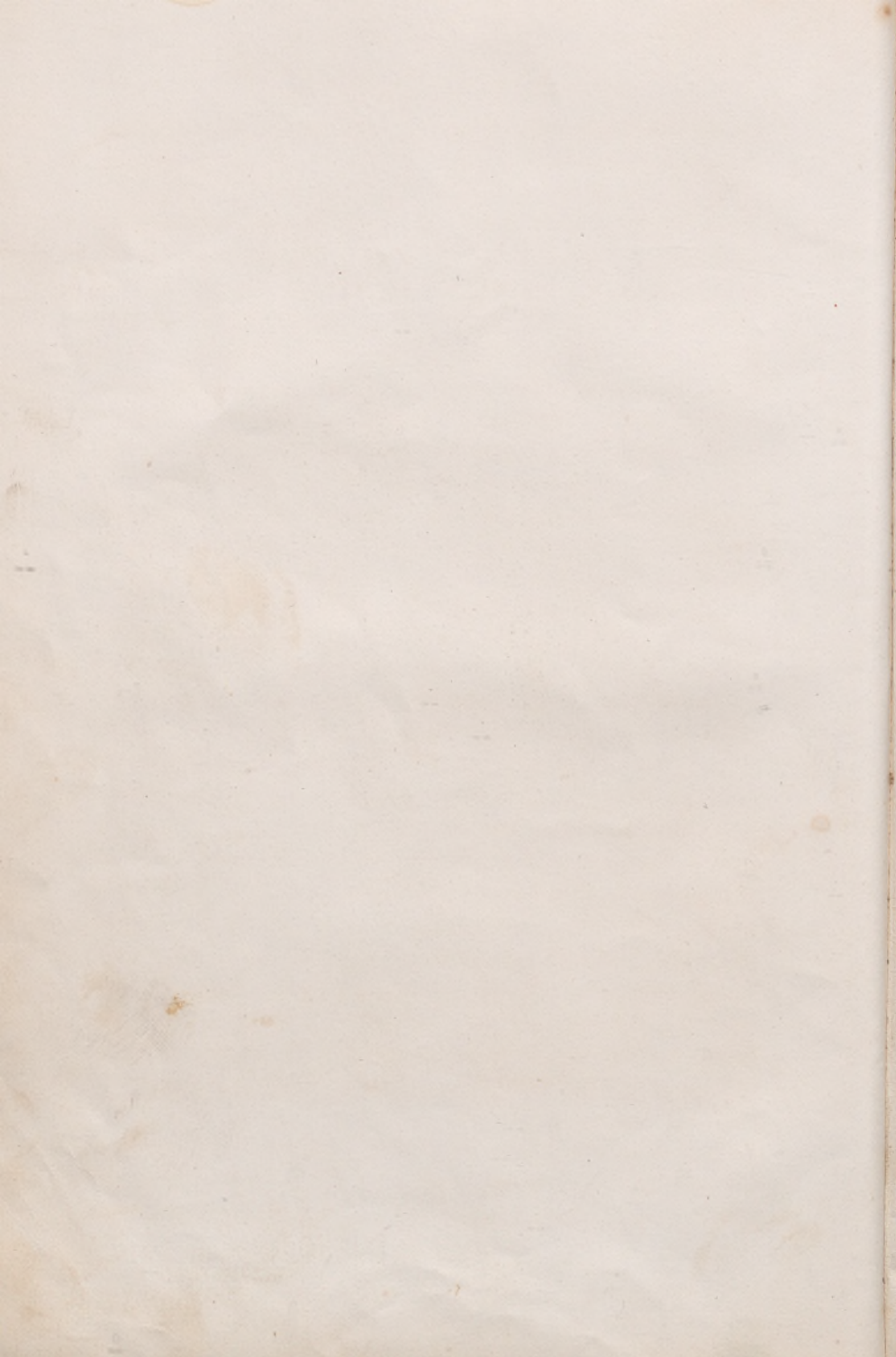
Padre mio, acoge bondadoso esta prueba de mi amor y respeto, y los desvelos y sinsabores que me causan el penoso trabajo que he comenzado, se rocarán en dicha que formará la ventura de tu hijo

FLORENCIO.



Florencio Luis Parreño

[Decorative flourish]



CAPÍTULO PRIMERO.

El alcázar real de Madrid en el siglo xvi.—El austero y grave monarca de dos mundos.—Cardenal, inquisidor y espectro.—Los invencibles, el príncipe de Italia y los tres generales del imperio.—Sorpresa, duda, vacilacion.—Momento terrible.—La Inquisicion.—La muerte.

Si no asusta á nuestros lectores el solo nombre de Felipe II; si no les aterra la Inquisicion con sus tormentos, patíbulos y hogueras; si no les estremecen los ayes del moribundo, los tiernos lamentos de la madre, los suspiros del hijo, la maldicion del fuerte, las lágrimas del débil, la congoja del decrepito, y la impiedad de los malvados, retrocedan con nosotros en tiempo y lugar.

Nos hallamos á poco más de la mitad del siglo xvi, en el primer imperio de Europa y en la villa y corte de Madrid. Dirigid la mirada en torno y solo vereis calles irregulares, estrechas, tortuosas, oscuras, nada limpias é interrumpidas á cada paso por barrancos, arroyos y arenales que accidentan caprichosamente su terreno áspero y desigual. Hallareis algunos modernos palacios, casas y conventos, pero notad que aparecen confundidos entre la inmensa multitud de edificios semi-árabes, semi-góticos que ennegrecidos, antiguos y ruinosos dan al conjunto de la régia villa un aspecto sombrío y tan desagradable, que más parece el informe monton de colinas que presentó en su origen que la opu-

lenta corte de un gran imperio. Y no obstante su pequeñez y fealdad, se inclinan ante ella la poderosa Roma, el opulento París y el altivo Londres. El cetro oculto en uno de sus viejos alcázares conserva todavía el calor que le prestó un día la mano del emperador Carlos V, y el poder de ese cetro hace estremecer aún á sus rivales y temblar á sus enemigos.

Avancemos un poco. Nos hallamos en la parte occidental y más antigua de Madrid. Enfrente tenemos un palacio construido por los árabes, reformado por el César Carlos y embellecido por Felipe II. Su fachada principal, recién decorada por los arquitectos Vega y Toledo, da al Sur, y á pesar de su sencillez no carece de gracia y majestad. En él habita el poderoso rey de España.

Son las doce de la noche y un silencio no interrumpido reina dentro y fuera del alcázar. No se distingue sér humano en las plazas y calles circunvecinas, pero en el interior todos se hallan despiertos, en pie y cual mudas estatuas. Vela aún el soberano de dos mundos, y los guardias, palaciegos y criados esperan la orden de su señor para obedecerle sin réplica ni vacilación. El carácter austero y grave del dueño de aquella morada parece reflejarse hasta en el más infimo de sus servidores. Dos mofletudos soldados de la guardia tudésca, vestidos de amarillo y descansando sobre la alabarda, hacen centinela al pie de las magníficas escaleras de mármol que en los costados Norte y Sur del vestibulo conducen á la galería superior sostenida por macizas columnas de orden jónico.

Penetremos más al interior. Dando frente al Campo del Moro existe una torre en la cual se halla el regio despacho de Felipe II; es un paralelogramo bastante espacioso, cuya severa decoración se amolda perfectamente al gusto é inclinaciones del monarca, que hace de ella su habitación favorita. Sus muros están tapizados con cuero de Córdoba; hay un crucifijo esculpido por Becerra, célebre imitador de su incomparable maestro Miguel Angel. A los pies de esta

imágen, que ocupa el centro del testero principal, se ve un reclinatorio de nogal esculpado; enfrente se hallan dos magníficos retratos del emperador y la emperatriz, obra del inmortal Ticiano, con marcos de ébano ricamente labrados; en otro lienzo del mismo autor aparece el Redentor del mundo caminando por la calle de la Amargura; no muy lejos se encuentra el sacrificio de Isaac, en otro lienzo de Fernandez Navarrete, y en medio de la estancia, existe la mesa de nogal, tambien esculpado, donde trabaja continuamente el severo monarca. Detengámonos en esta habitacion y sepamos lo que acontece en ella.

El sillón en que se sienta Felipe se halla desocupado; sobre la mencionada mesa hay varios despachos abiertos y esparcidos en desórden, reinando, como en el resto del alcázar, un silencio sepulcral. Arrodillado el rey al pié de la divina imágen, cruzadas sus manos y apoyada la frente en el reclinatorio, ora, pide ó medita, pero sin moverse ni articular frases inteligibles. Lleva media hora en aquella postura, y más que sér humano parece otra figura debida al arte de Becerra ó Miguel Angel.

De pronto alza la cabeza, la mueve con sentimiento, se pone en pié, y mirando al rostro de la efigie, se va retirando hácia atrás hasta llegar á su sillón, donde cae, exclamando:

—¡Solo es cierta, infalible, la sabiduría de Dios!... ¡El más fuerte de los hombres puede tanto como un átomo de piedra confundido en el arenal del desierto! ¡Terrible carga heredé del gran César mi augusto padre! ¡Su peso es insostenible por un hombre, y yo débil, como todo misero mortal, me siento desfallecer bajo esa corona que abruma mis sienés, ante ese cetro que no me atrevo á empuñar! ¡Debo regir naciones, dictar leyes á dos mundos, dirigir y encaminar á millones de séres, cuando me falta capacidad para dirigirme á mí mismo! ¡Oh! ¡Silva tiene razon; el rey es el verdadero esclavo! ¡Me teme Inglaterra; tiembla Alemania á mi voz; se asusta Europa al escuchar mi nombre; todos me creen el

monarca más poderoso de la tierra, el hombre más fuerte del universo!... ¡Insensatos, qué mal me juzgan! ¡Solo Silva, únicamente ese fraile me conoce! ¡Fuerte yo, y me hacen temblar esos papeles!... ¡Esos papeles!... ¡Y si los demás son más débiles, cómo serán los demás!... ¡Pero esos papeles!...

Y Felipe clavó en los que tenía esparcidos sobre la mesa una mirada penetrante y fija que hizo luego vagar por la estancia, con aquel resplandor majestuoso y sombrío con que un día desconcertó al poeta Ercilla, y otro que brilló enojada, dió la muerte como un rayo al secretario Santoyo.

En el mismo instante se movió ligeramente la cortina que cubría la pequeña puerta que daba paso á la cámara inmediata, y asomando la tímida faz de un gentil-hombre, se le oyó tartamudear:

— Señor...

El rey pasó la mano por su frente como intentando arrancar una idea que le atormentaba, miró luego al recién venido, preguntándole:

— ¿Qué es eso?

— Señor, desea hablar con V. M. el eminentísimo cardenal inquisidor mayor, D. Fernando Valdés.

Felipe meditó un segundo, contestando acto continuo:

— Que pase al instante y despejad todos la cámara contigua.

Poco despues penetró en el paralelógramo, con paso vacilante, apoyando en una muleta su cuerpo agoviado por el peso de los años, el terrible inquisidor que tan sangrienta memoria dejó en los anales de aquel tribunal. Su cabeza blanca y temblorosa, se estremecía á cada paso que daba como si solo estuviera fija en los hombros por un hilo de alambre; sus ojos pequeños, vivos y despiertos, despedían chispas sombrías de su carácter duro y enérgico, restos aún del fuego que abrigó aquella alma tan apasionada y fanática. El color de su bilioso semblante era terroso, sus facciones estaban descompuestas y borradas por la mano del

tiempo, formando un contraste repugnante y terrible, el cual resaltaba con la deslumbrante blancura de su lujoso roquete de encaje y el encendido color de su sotana de púrpura. En una palabra; más que sér humano parecía un espectro que se alzaba de la tumba al escuchar la evocacion de un mágico de Oriente.

El grave y poderoso rey de España se levantó para recibirlo, le cogió la mano é inclinó su frente coronada, para besar humildemente el anillo episcopal que el decrepito llevaba en uno de sus temblorosos dedos.

—El cielo benigno—le dijo—guarde á vuestra eminencia, señor cardenal inquisidor.

—Dios nuestro señor—replicó el caduco—conserve en su santa gracia á V. M. C., que harto necesita el orbe cristiano de tan elevada cabeza, de tan robusto brazo.

La voz de Valdés era ronca y confusa, pero entera y se expresaba siempre con una energía y firmeza impropias de su edad octogenaria.

Terminado el saludo tornó á sentarse Felipe en su sillón, señalando al cardenal, por deferencia sin duda á sus muchos años, el taburete que tenía más próximo; luego cambiaron una penetrante mirada, profunda y sagaz la de don Fernando, y sombría y triste la del monarca. Este continuó:

—Es mas de media noche, señor inquisidor, y el veros aquí á hora tan avanzada, me hace suponer que alguna nueva grave... muy grave, debe ser en verdad, para atreverse á cruzar las calles de Madrid el anciano cardenal.

Valdés inclinó la cabeza, meditó breves instantes, replicando:

—Desde que regresé de Roma me veo obligado á trabajar día y noche en el Santo Oficio de la Inquisicion. Lo hallé todo cambiado, señor; el tribunal se quedó sin armas con que defender su causa, que es la de la Iglesia; la fe se iba perdiendo, y una compasion mal entendida ponía en manos de los enemigos de Dios la terrible tea que debe encender

la guerra contra el catolicismo. El príncipe de Italia es demasiado bondadoso...

—Basta, señor cardenal—le dijo el rey con marcadas muestras de disgusto.—Respetad el nombre de mi tío, á quien amo, más que por el lazo que nos une, por su saber y santidad.

D. Fernando miró al rey con asombro, inclinó otra vez la frente, y exhalando un suspiro cruzó las manos y permaneció silencioso. Felipe, variando de conversacion añadió:

—La noche avanza, inquisidor mayor, y si gustais podemos ocuparnos de ese grave asunto.

El sacerdote dejó escapar otro suspiro y levantando poco á poco la cabeza se fué animando su cadavérico semblante hasta adquirir aquella energia que rara vez le abandonaba.

—Si se tratase—dijo por fin—de un monarca débil, tímido ó irresoluto, no hubiera venido á molestar á V. M.; pero conozco bien el santo celo, valor y fortaleza de espíritu del gran Felipe, y creo poderle decir sin miedo cuanto acaba de saber el Santo Oficio ayudado y protegido por la Providencia.

—Todo—añadió el de Austria—nada me asusta, cardenal; sé que mi mision en el mundo es terrible y habré de cumplirla, ya que así lo dispuso el cielo.

—Dios, á pesar de las desgracias que nos amenazan, conserva viva, enérgica, incólume en el corazon de vuestros hijos la fe de sus mayores, y en sus altos designios inspira al monarca que los gobierna un profundo y elevado sentimiento de esa misma fe y de la suprema dignidad que en nombre del Eterno ejerce sobre la tierra. Dignaos, gran señor, fijar ahora vuestra atencion en las frases de este soldado del cristianismo. La santa Inquisicion se ocupa dia y noche, con incansable celo, en penetrar los secretos de los enemigos de la Iglesia, que son los de V. M. Los impíos, no solo conspiran contra la ley divina, si que tambien contra el que se sienta en el excelso trono que tanto elevó el

César vuestro padre. Y como quiera que hacen un arma de la religion contra el sabio gobierno de V. M., me permitiréis que entre en cuestiones que, aun cuando ajenas al sacerdocio, no puede de manera alguna prescindir de ellas el santo tribunal que tengo el honor de presidir.

—Abreviad, D. Fernando—dijo Felipe, con señales inquietas de impaciencia.

—Vuestro augusto padre formó el primer imperio de la cristiandad y á vos os toca sostenerlo y conservarlo. Dios os hizo poderoso, pero ha llegado un momento en que necesitáis de todas vuestras fuerzas y del apoyo de todos nosotros para contener el grave mal que nos amenaza. Inglaterra y Alemania quieren que seamos luteranos; Marruecos y los moros de Granada pretenden esclavizarnos otra vez, y el poderoso Soliman, que en mal hora domina el imperio turco, intenta que Europa sea mahometana, para lo cual ha fijado ya su altiva planta en la isla de Malta, y pronto, si Dios no lo evita, caminará victorioso hácia España. Medio mundo parece conjurado contra el poder de V. M., contra la Iglesia de Dios. La prueba es grande, hagamos un esfuerzo supremo y que el Eterno sea con nosotros.

—Todo eso es cierto, inquisidor—respondió el soberano—mas há tiempo que el príncipe de Italia se halla en Granada, y todo se puede esperar de tan noble é inspirado varón. El general Mendoza combate ya en Marruecos contra las tribus del Riff, y es indudable que volverá triunfante el que nunca se vió derrotado. Y el duque del Imperio, rodeado de sus cinco invencibles amigos y de un ejército valeroso, destruye hoy á los hugonotes de Francia y á los iconoclastas de Alemania, y mañana correrá á Malta en busca del atrevido turco á quien no dudo humillará, teniendo en cuenta que brilla en la frente del hijo el genio que un dia ostentó en los campos de batalla su inimitable padre. Desde Madrid dirigen los asuntos de Estado y de la guerra el conde de Arahal y el de Santomera, y su discreción, prác-

tica, acierto y prudencia, llenan los deseos del mas escrupuloso.

—Esos hombres que acaba de nombrar V. M. son admirados en el reino, y no dudo que servirán bien á Dios, al trono y á la patria; pero sus gigantescos esfuerzos, delante de nuestros enemigos serán inútiles, si confiando en ellos dejamos manejar tranquilos los envenenados puñales que ya se alzan en Madrid contra V. M. y contra todos los defensores de la santa doctrina.

—Explicaos, señor inquisidor!

—En toda España, en la corte y hasta en vuestro propio alcázar conspiran dia y noche los luteranos. Dejadlos ocho dias más y ¡ay de vos! ¡ay de todos nosotros! Vuestros soldados están en el extranjero, los leales tiemblan, cunde la insurreccion, la Inquisicion no tiene tormentos ni patibulos, y nuestros enemigos disponen de toda clase de armas y recursos. Ocho dias más, repito, y vencerá Satanás, los altares del Señor rodarán por el suelo como en Flandes y nuestros pechos serán acribillados con la impía daga.

—¿Estais seguro de lo que decís?—preguntó el rey fingiendo asombro y viveza—¿es cierto cuanto acabais de expresar? ¿Todavía quedan herejes en España? ¿Aun hay quien se atreva á imitar al excomulgado Lutero en mi católica nacion?

—En Madrid, en las calles circunvecinas, en vuestra misma casa se ensalza á Calvino, se celebran ritos protestantes y dando un carácter religioso á la conjuracion, afilan sus puñales y cuentan el número de nuestras cabezas.

—¿Será posible! ¿Desde cuando, inquisidor?...

—La mala semilla esparcida en Europa por Lucifer, se extiende por todas partes, se halla do quier, y en breve dará el fruto que tanto halagó al renegado Lutero. Hace muy poco tiempo que comenzaron de nuevo la trama, pero han avanzado mucho, hallaron prosélitos y ya no son únicamente alemanes, franceses é ingleses; estos se encuentran

apoyados por españoles de tanta prosapia y valimiento que avergüenza pronunciar sus nombres.

—¿Los conocéis?

—Voy sabiendo quienes son.

—¿Buscatis pruebas?

—Las tiene el Santo Oficio.

—¿Prendisteis á algunos?

—Está misma noche comenzó á funcionar la Inquisición, pero temerosa de disgustar á V. M.

—¿A mí?...

—Como el príncipe de Italia influye tanto en el ánimo de...

—¿Decís que no hay tormentos ni patibulos?...

—Todos fueron destruidos durante mi ausencia por el inquisidor mayor interino, príncipe de...

—Lo sé, cardenal. ¿Qué otra cosa ibais á decir?

—Que á mi regreso he remediado el daño y mañana tendrá el Santo Oficio cuanto le hace falta. Sentiré haber disgustado á V. M., pero habiendo sido siempre hijo obediente y sumiso de la Iglesia, bien sabéis que en causas de fe los derechos del santo tribunal están sobre todos.

—Como inquisidor mayor, como vigilante guarda de la conservacion de la fe católica á vos solo toca disponer lo que juzgueis conveniente: nada puedo decir en consecuencia contra tal determinacion.

—Bien suponía yo que el hijo predilecto de la Iglesia no se opondría á lo que es tan justo y está además en los sentimientos de un monarca católico. Preparaos, no obstante, para oír cosas que os van á estremecer.

—¿Hay más todavía?

—No os he dicho nada, señor, para lo que resta.

Y dando el inquisidor á su acento la solemnidad posible, continuó:

—Las pasiones y afectos humanos por puros é inocentes que sean, suelen estar en abierta contradicción con los austeros deberes de un monarca tan católico como vos. Ni la

ternura paternal puede eludir esta ley severa cuando el servicio de Dios y la salvacion de un pueblo exigen su sacrificio. Pruebas inequívocas nos dan de esta verdad los libros sagrados; recordad el santo ejemplo del rey David con su desobediente hijo Jonatás.

Al escuchar estas frases, se estremeció Felipe, se contrajo su rostro, y clavando una mirada ansiosa y devorante en el inquisidor, le dijo:

—Comprendo la alusion, cardenal; pero el príncipe de Asturias se halla enfermo y rodeado de leales servidores.

Sin escuchar, al parecer, D. Fernando las palabras del soberano, prosiguió:

—Conociéndoos bien no es dable suponer que sería V. M. capaz de desmentir las frases que há más de seis años pronunció con edificacion y aplauso del cristiano pueblo de Valladolid. «Si mi hijo fuese un hereje impenitente—exclamasteis solemnemente—yo mismo llevaria sobre mis propios hombros la leña para su hoguera.»

—¡Cardenal!—dijo el rey pálido, contraído, con voz ronca y mirada afanosa.—Cardenal, ¿penetrasteis el secreto de la conspiracion habida en mi propia casa?

—Sí—le contestó Valdés con altanería.

—¿Os digeron todo lo que trataron los conjurados?

—Todo. La Inquisicion es ya mas poderosa que nunca; la sirven los grandes y los chicos y ¡ay del que sin fe ó con temor y frialdad vacile ó dude al escuchar sus órdenes!

—Los luteranos se proponen asesinar me y el castigo de ese delito me corresponde á mí.

—Los conspiradores son herejes y sus personas pertenecen al Santo Oficio.

—¿Están presos?

—Todos.

—Entregádmelos al momento; yo los juzgaré.

—Imposible, señor. La Inquisicion defiende la causa del cielo y esto la hace superior á todos los poderes de la tierra.



C. MUGICA dib.^o y lit.^o

En el J. DONON Madrid

— Su sentencia de muerte !.. Muy bien, gran señor,
Haga el cielo que no la merezca !

Felipe II quedó contemplando al cardenal, sin perder uno de sus movimientos; pero bien fuese por efecto del gran predominio que el austero señor ejercia sobre sí, ó bien porque notase que el inquisidor mayor temia ó vacilaba, es lo cierto que se fué serenando poco á poco hasta quedar tan tranquilo, al parecer, como si nada le ocurriese. Luego preguntó á D. Fernando:

—¿Estais satisfecho?

—Señor—le contestó aquel—V. M. es el gran dique donde se estrellará el fanatismo luterano. Nada iguala á la accion que acabo de presenciar; mi satisfaccion no tiene límites, pues veo asegurado el triunfo de la más santa de las causas.

—¿Qué pensais hacer ahora?

—Convencido el tribunal de que el poderoso monarca español se halla decidido á cortar el mal de raiz; secundaremos á V. M., seguros de que lo mismo quiere el rey que nosotros. Desde este instante nos dedicamos al servicio de Dios y al de V. M.

—Y de esa sentencia, ¿qué uso pensais hacer?

—El que nos imponga nuestro rey.

—Juzgad á los herejes, y en vuestras determinaciones que se muestre la justicia sin que poder alguno influya en vuestra conciencia. Nos hallamos, cardenal, cruelmente amenazados, y es indispensable union y mucha cordura; que son poderosos nuestros enemigos y no debemos extrañar que el cielo ponga á prueba nuestra fe.

—¡Cuán grande sois, poderoso señor! Es tan terrible el trance por que acaba de pasar V. M., que la duda ó vacilacion que llegó á vos, es todo lo ménos que pudiera sentir el hombre más fuerte del universo.

—Gracias. Quedamos en que la Inquisicion terminará sola la prision y sentencia de los malvados.

—Eso anhelamos.

—Declino en vosotros toda la responsabilidad.

—La aceptamos con mucho gusto.

El tribunal contestará al padre Alberto, á su hijo parientes y amigos.

—Sí, señor.

—Con tal de que no me hagan cargos...

—Culpadme de todo; gustoso acepto las consecuencias.

—Sea así.

—¿Me permite V. M. que me retire?

—Id con Dios, anciano; obrad con energía y sin cuidarse de mí, que yo tengo bastante con los asuntos de Estado. Y toda vez que os dejó en entera libertad, quedando por consiguiente sin responsabilidad de lo que hagais, evitad que el vulgo interprete vuestras visitas de un modo contrario á lo que yo deseo.

Al acabar Felipe hizo una reverencia al cardenal; este se inclinó y anduvo hácia atrás, desapareciendo, apoyado en su inseparable muleta. El monarca fijó los codos sobre la mesa y cubriéndose el rostro con las manos, quedó entregado á profundas meditaciones. Era más de la una de la noche.

CAPÍTULO II.

El príncipe de Asturias.—Precauciones.—Prision.—Rey y padre.

Serian cerca de las dos cuando el rey Felipe dejó de meditar, y alzando la frente, dirigió en torno una de aquellas miradas sombrías tan comunes en él.

—Valdés—exclamó—tiene razon. Mis enemigos afilan sus puñales, se disponen á herirme y cuentan á la vez las cabezas de mis amigos ó parciales. Quisiera imitar al padre Alberto; aceptaria con gusto sus nobles ideas, mas han llegado las cosas á un extremo que se tomaria por impotencia la compasion y por debilidad la tolerancia. Ayer seguí los consejos de Silva, hoy debo escuchar los de Valdés; lo contrario seria el suicidio, y no puedo ni debo entregarme á mis enemigos, ni abandonar la causa del cielo. Mucho disgustará al príncipe, mi tio, y á los suyos tal determinacion, pero no es dable optar por otra ni yo soy responsable de lo que hace un tribunal que ni me pide parecer ni me da cuenta de sus actos. A las preguntas ó reconvenciones del padre Alberto, que conteste el cardenal Valdés.

Calló el rey, su frente se plegó de arrugas, y volviendo á meditar algunos instantes, exclamó de nuevo:

—¡Todo me sería soportable si mi hijo!... ¡En qué situación me ha puesto ese desgraciado! Veamos si es posible salvarlo sin cometer violencias. La idea que antes llegó á mi mente puede que me permita cumplir los terribles deberes de soberano y los sagrados de un padre. ¡El trance es duro!... ¡Cómo ha de ser! ¡Dios me dará fuerzas!

Y sin detenerse, movió una campanilla de oro, presentándose acto continuo el gentil-hombre de guardia, el cual le hizo una reverencia, articulando:

—¿Señor?

—Que venga inmediatamente el capitan Leonardo.

Salió el palacio, ocupando su puesto poco despues el que mandó llamar Felipe. Era este un militar, en cuyo rostro se traslucia astucia y ese tinté cortesano que muchas veces suele ser señal inequívoca de la mas refinada hipocresia.

Tenia poca estatura, era delgado y su mirada fija y serena demostraba accion, voluntad y valor.

El rey le contempló un instante, preguntándole despues:

—¿Qué hace el príncipe de Asturias?

—Señor, S. A. R. duerme, con sueño intranquilo, como de costumbre.

—Acercaos, Leonardo. Un poco más. Contestad á mis preguntas de un modo terminante y categórico.

—Deseo, gran señor, obedecer á V. M.

—Tengo entendido que mi hijo ha trasladado á su cámara una armería.

—He visto, efectivamente, muchas armas en la habitacion de S. A.

—Decidme la clase y uso que hace de ellas.

El capitan vaciló un momento, mas seguidamente contestó con resolucion:

—Lleva consigo de dia y de noche un par de pistolas cortas, y de una hechura y construccion que desconozco; y cerca de su lecho guarda en un cofre varias otras, habiéndolas entre ellas de todas clases.

—¿Decís que duerme en este instante?

—Sí, señor.

—¿Velan los vuestros?

—Todos.

—Muy bien. Reuníos con ellos, y cuando yo entre en la alcoba del príncipe os sentais uno sobre el cofre donde se hallan las armas, mientras los restantes esperan mis órdenes, rodeando el lecho de mi hijo. Le costará la vida al que cometa la menor imprudencia. Partid.

Salió el capitán, Felipe se puso en pié, cruzó las manos, y mirando al cielo, continuó:

—¡Cómo amarga la hiel que contiene esa terrible copa que el destino me alarga en este instante! ¡Habría insensatos que me envidien, que no compadezcan á su soberano!... Voy en este momento á dictar órdenes contrarias á mi deseo, á mi propia voluntad, á lo que anhela mi corazón; y no obstante, ni me es dado vacilar ni aún puedo abrigar la menor duda. ¡Cómo ha de ser! ¡Antes que todo soy rey; el primer magistrado de la nación, el juez inexorable que se sentencia, que se impone el castigo á sí propio!

Bajó la cabeza, exhaló un suspiro y tornó á levantar la frente, demostrando una altivez y severidad que heló la sangre de los palaciegos que se hallaban cerca de allí al cruzar por medio de ellos con paso lento pero seguro; la sola mirada que les dirigió los hizo retroceder.

Sin detenerse el ensimismado monarca, continuó hasta llegar á la cámara de su hijo, á cuya puerta se detuvo, cruzó los brazos y volvió á meditar, continuando poco después hacia la alcoba, donde al parecer reposaba D. Carlos.

Antes de pasar adelante, nos permitirán nuestros lectores que hagamos una relacion que creemos importante. La vida de Felipe II, su política y hasta sus hechos privados, como asimismo la conducta y misterioso fin de su hijo, han sido escritos y comentados por muchos, notándose que cada uno de ellos ha tenido por lo general, mas en cuenta sus creen-

cias políticas y religiosas que la verdad histórica. De aquí ha resultado, que unos ensalzan y encomian al prudentísimo monarca, mientras los otros le vituperan, le llaman verdugo, presentándole como el tipo más perfecto de tiranía, despotismo y destruccion del género humano. Tan encontrados pareceres formaron un laberinto, en el cual se confunde y pierde todo el que, con deseo de aprender algo, lleva á sus manos esos libros. En nuestra pobre opinion han exagerado unos y otros, dejándose la verdad en el tintero; por eso nosotros procuramos ceñirnos en lo posible á la verdad histórica, pudiendo estar persuadidos nuestros lectores que al tratar de hechos tan graves como los que vamos á referir, escribiremos siempre con la imparcialidad que el asunto requiera. Sentado esto, continuaremos nuestra novela.

La cámara del príncipe de Asturias se hallaba espléndidamente amueblada, pues aquel tenía poco más de veinte años y gustaba de lujo. En medio de ella y en una araña de cristal de roca, ardía una sola luz, cuyo resplandor siniestro formaba varios colores al reflejarse en los ricos y diferentes muebles que contenia la régia estancia. Frente á la cámara se hallaba la alcoba donde dormía D. Carlos.

Felipe llegó al lecho y quedó mirando á su hijo; este siguiendo su costumbre, nacida del desasosiego y desconfianza, estaba vestido y era presa, en este momento, de una horrible pesadilla. Llevaba el jóven príncipe calzas de seda de Milan, un jubon y gregüescos de rica tela encarnada, adornados con una cortadura de terciopelo blanco, perfilada con pasamanos de oro; un cordon de lo mismo sujetaba el ferreruero de terciopelo morado forrado de pieles, con el cual se cubria en este instante parte de su cuerpo. Un cinturon de pedrería ceñía su cintura, pendiendo de él daga y espada de gran valor. Y por último, escondia en sus bolsillos dos cachorrillos, que se dice fueron los primeros que se inventaron.

Bañaba su rostro una palidez extremada, hija sin duda,

de la enfermedad que acababa de sufrir. Su semblante y persona participaban del carácter dulce, simpático y distinguido que se nota en los retratos que dejaron hechos Pantoja y Velazquez; pero consideradas atentamente y una por una sus facciones, ofrecían á los ojos del observador extraño contraste con la impresion que su aspecto en general producía. Su cabeza, cubierta de sedosos y rubios cabellos, era algo abultada, teniendo en cuenta su corta estatura, mas baja aún que la de su padre, siendo algo levantado de hombros, lo cual afeaba mucho su figura. La movilidad con que se fruncian sus labios y se dilataba su nariz al respirar, revelaban una propension á la cólera, que contrastaba con la dulzura de sus ojos azules y rasgados, en los cuales brillaba la inteligencia con cierto resplandor febril, indicio inequívoco de la excitacion en que, segun voz y fama, quedó su cerebro desde la peligrosa caída que dió en Alcalá, ó de otra causa misteriosa.

Su augusto padre tendió una mirada escudriñadora en los hombres y objetos que encerraba la alcoba, fijándose despues en el soñoliento. Este se movia continuamente, llevaba la mano derecha á su cabeza, y agitado terriblemente por atroz pesadilla, parecia presa de la fiebre que no há mucho padeció.

El rey dejó de mirarlo, hizo varios signos con la mano, en cuyo instante se sentó Leonardo sobre un cofre que habia á los piés de la cama; otro de sus compañeros fijó su espalda en un gran armario que existia en el testero principal, quedando los cuatro restantes frente al monarca y al lado opuesto del lecho.

Transcurrieron diez minutos sin que ninguno de los siete se moviera ni articulara frase alguna; los palaciegos miraban al rey, este á su hijo, mientras el dormido se oprimia la frente, movia los labios, dando fuertes sacudidas que hacian temblar la cama. De pronto abrió los ojos, vió á su padre, y asustado y medio dormido, exclamó:

—¡Ah!...

El monarca fijó la mano izquierda sobre su almohada y con acento imperativo, le dijo:

—Príncipe, vuestra espada.

D. Carlos se incorporó sobre el lecho, miró en torno y tembló, palideciendo más aún de lo que estaba anteriormente.

—Señor, ¿por qué se me prende?—se atrevió á preguntar.

—Dadme vuestra espada—añadió el soberano con sequedad y enojo. Obedecido que fué añadió:

—Ahora la daga, y seguidamente las pistolas que guardais en vuestros bolsillos.

Todo fué entregándoselo poco á poco, mas al concluir se agolpó la sangre á sus sienes, su rostro se contrajo más que anteriormente, exclamando:

—Mis enemigos me calumnian, me venden mis servidores y vos, señor, me tratais como al peor de vuestros vasallos. ¿Por ventura intentais matarme?

—No—le contestó el rey—pienso poner en orden vuestros asuntos, que á la verdad andan harto desarreglados.

Y dirigiéndose á los que le rodeaban, añadió:

—Abrid ese armario y á presencia mia sacad cuantos documentos halleis. Buscad los dos secretos que debe tener en la parte inferior y en caso de necesidad rompедlo.

Cada vez mas irritado el príncipe fué aumentando lo cárdeno de su semblante y lo contraído de su rostro hasta quedar desfigurado; y creció más todavía su iracundo estado al ver que su propia servidumbre entregaba á su padre cuantos objetos encerraba el terrible armario que tenía delante.

—¡Todo se ha perdido!...

Gritó desafortadamente; y á impulsos de la desesperacion más terrible saltó de la cama y se arrojó en medio de las llamas que se elevaban en una gran chimenea que existia cerca de su lecho. El rey no se movió; mas los que le rodeaban se acercaron al fuego y sacaron á D. Carlos, librándole de una muerte segura.

—¡Dejadme!—gritaba el infeliz con voz trémula—deseo morir; quiero desaparecer de una tierra donde solo hallo traicion, dolo é iniquidad.

Los cortesanos lo limpiaron y permanecieron sujetándole hasta tanto que el monarca, exclamó:

—Sacad á S. A. á la cámara inmediata, donde deberá permanecer hasta nueva orden. Le acompañais todos, respondiéndome con vuestras cabezas de él y de cuanto intente y lleve á cabo contra su persona. Que no salga de esa estancia; que le pongan un lecho, y le asista un médico.

Felipe fué obedecido, pues el príncipe concluyó por inclinar la cabeza con señales inequívocas de abatimiento, y se dejó conducir adonde su padre habia dispuesto. Luego se sentó en un sillón, se cubrió el rostro con las manos y permaneció así largo tiempo, durante el cual cruzaron por sus pálidas mejillas abundantes lágrimas.

El rey los vió salir, cerró la puerta del dormitorio, y sentándose sobre la cama donde no há mucho reposaba su hijo, articuló con voz ronca, pero ahogada á intervalos por el dolor:

—¡Infeliz, cuán mísero naciste y cuán desgraciado me haces! ¡No puedo castigarte ni dejar impunes tus delitos! ¡Si le perdonara se arrojaría al abismo y acaso sus desaciertos prenderían con más furor la tea de la discordia; si le castigo habré de atormentar mi corazon, pues al fin es mi hijo, y su razon se halla extraviada! ¿Qué haré? ¡Oh, me pierdo en conjeturas; nada hallo que destruya el conflicto que ha promovido el insensato!

Tambien el padre apoyó la frente en las palmas de las manos y continuó meditando un cuarto de hora; despues alzó la cabeza, y moviéndola, prosiguió:

—¡No existe término medio, no; el perdon ó el castigo! Sepamos si hay algo más de lo que yo sabia.

El soberano se puso en pié, anduvo con paso lento, y fué poco á poco y con detenimiento reconociendo el armario que

tenía enfrente y el cofre donde el príncipe escondía varias armas; luego cogió todos los papeles que hallaron en los secretos del primero y los fué leyendo sin demostrar sorpresa ni disgusto. Cuando hubo concluido, los dejó sobre la cama, quedándose con un paquetito sellado y sujeto además con varias vueltas de una cinta de seda estrecha y fuerte.

—Lo mismo que yo sabia—dijo:—está en relaciones con los jefes iconoclastas; ha pedido dinero prestado y esta misma noche debió partir á Flandes si mi veedor le hubiera proporcionado los caballos que le pidió. ¡Si fuera eso solo!... ¡mas pesa tanto este pequeño envoltorio!... Sepamos de una vez cuanto pretendia ese loco.

Y Felipe fué quitando con calma todas las vueltas que sujetaban en parte el legajito de que hemos hablado. Despues rompió el lacre, lo abrió y sacando de él un largo escrito, comenzó á devorarlo con la vista. Dos minutos despues continuaba ojeándolo, pero su rostro se hallaba contraído; trémulas sus manos y ardiente la mirada. Por fin concluyó tan angustiosa lectura, y sin dejarlo de las manos, exclamó con voz cada vez más ronca:

—¡Prétende hacerse rey de Flandes; y lo que es peor, establecer libertad de cultos! ¡Quiere además sublevarme á Italia, introduciendo en todos mis estados la anarquía y el desórden; la revolucion y la muerte; la sangre y el exterminio!... ¡Nada respetan mis enemigos; ni la religion de sus mayores, ni el derecho divino, ni la ventura de su país! Cuantos medios les sugiere su inícuo despecho, tantos aceptan, sin exceptuar el crimen, la maldad, ni la infamia! ¡Me llaman tirano y no ven que sus delitos solo les dan derecho á un verdugo y á un patíbulo! Lucharemos: veamos si podemos con la Inquisicion, ó si esta consigue ahogar entre sus llamas el fanatismo luterano de unos y la ambicion y torpeza de otros, y si yo puedo con vuestros puñales y astucia. Sé cuanto pensais; vosotros ignorais lo que sé y lo que pienso; eso os llevo adelantado y eso me da una ventaja considerable.

Sin perder un solo instante el señor de dos mundos su habitual calma y sangre fría, se fué guardando todos los papeles hallados en la habitacion del príncipe, dirigiéndose acto continuo á la puerta de escape que tenía el dormitorio en donde se encontraba; mas antes de quitar el cerrojo, dirigió una mirada á la cámara donde estaba su hijo, se detuvo y alzando la mano derecha, exclamó:

—Tú, insensato conspirador, sufres la amargura de tu destino, así como yo me dispongo á apurar hasta las heces del cáliz que me alarga el mio. Como padre te perdono y ruego á Dios misericordioso te ampare y proteja; como rey... como supremo juez... hijo, tú serás el último de mis enemigos, y si hallase un medio...

Felipe abrió la puerta de escape y salió á un pasillo, el que cruzó con frente erguida y tal severidad en su mirada, rostro y movimientos, que acabó de aterrar á los cortesanos que le abrian paso, dejándoles únicamente valor para inclinarse adelante sus cuerpos y bajar la cabeza ante su imponente señor.

CAPÍTULO III.

Enfermedad y muerte del príncipe de Asturias.—Los padres y esposas de los *invencibles*.—A Francia.

Los tercios mas brillantes del ejército español, se hallan en estos momentos en Francia, combatiendo en pró de Carlos IX y contra los hugonotes de aquel país. Los manda el incomparable duque del Imperio, y secundan á este los coroneles ó maestros de campo, vizconde de Jana, Flaviano Osorio, Mauro Nuñez de Lara, Roberto Navarro y Rogelio Mendoza, seis apuestos jóvenes apellidados *invencibles* por su heroismo, valor y denuedo. Concluida su mision entre los franceses deben pasar á Flandes y luego á la isla de Malta. Tienen que batirse en todas partes, arrostrar dificultades sin cuento y servir por último de dique á la nacion española contra el inmenso enjambre de enemigos que marcha ansioso de devorarla. Una batalla perdida por los *invencibles* en Francia, Países-Bajos ó isla maltesa traeria la completa ruina del imperio español. Necesitan el duque del Imperio y sus amigos confundir á los sectarios de Lutero, y aniquilar el numeroso ejército turco, que al mando de capitanes experimentados, se apresta en los mares de Europa á avasallar las naciones más civilizadas del mundo. Las victorias

de nuestros tercios asegurarán el triunfo de la religion católica; sus derrotas se lo darán á los partidarios de Mahoma ó de Lutero. En estos momentos va á decidirse si Europa debe ser católica, protestante ó musulmana. Es indispensable en consecuencia, que sigamos á nuestras aguerridas huestes; allí encontraremos á los personajes principales de esta historia, presenciando los primeros acontecimientos de la época y los rudos embates que hicieron vacilar á más de un trono y temblar á varias naciones; pero antes, y con el objeto de satisfacer la curiosidad de nuestros lectores, dedicaremos unos cuantos párrafos á la prematura muerte del príncipe D. Carlos y á algunos otros personajes que han de figurar más adelante en primer término de los cuadros que presentaremos.

La enfermedad y muerte del primogénito de Felipe II, ha sido causa de tanto comentario, novelas y cuentos, que han conseguido sus autores oscurecer la verdad, extraviar la razon y conducir al lector á un caos donde se pierde y confunde sin conseguir otra cosa que dudar de todo ó dar asentimiento á patrañas hijas de una invectiva tan seductora como inexacta segun hemos dicho ya.

Muchos han dado por hecho que el rey Felipe sentenció á muerte á su hijo y otros lo han supuesto; algunos sostienen que lo mandó asesinar, y todos ellos no se han propuesto otra cosa que desprestigiar el reinado de un soberano que, á pesar de sus muchos defectos y extremada severidad, sostuvo con brio sobre sus robustos hombros el primer imperio de la tierra, la unidad católica y el equilibrio europeo. Tenaz unas veces, prudente otras y siempre fuerte y atrevido, supo conservar y dirigir la multitud de estados que poco á poco se han dejado arrancar sus descendientes con mengua de la nacion; y no obstante han sido menos criticados, ménos vilipendiados que él.

No tratamos de defender un gobierno que, segun hemos dicho, somos los primeros en reconocerle defectos; pero de

esto á la maldad que se le achaca hay una inmensidad, y antes de que nos ocupemos de la muerte del hijo, creemos un deber emitir nuestra opinion sobre lo que fué el padre, deteniéndonos en el término medio ó vacío que han dejado los aduladores ó los detractores de Felipe II. Y al colocarnos en ese sitio, lo hacemos por creer se esconde allí la verdad y no en los extremos en que se han agrupado los amigos ó enemigos de ese monarca.

Digamos ahora qué fué de D. Carlos. Este desgraciado príncipe dió durante su adolescencia, una terrible caída que indudablemente descompuso su cerebro, trastornándole la cabeza y hasta oscureciendo su inteligencia. Jóven, apuesto, aficionado á los placeres, al lujo, bromas y algazara, no podían agradaarle la severidad y austeras costumbres de la régia casa donde vivia. Era el hijo la verdadera antítesis del padre; y como aquel se veía obligado en general á someterse á la voluntad de este, contraria siempre á la suya, resultó de aquí el completo extravío de una razon que no estuvo jamás en buen estado. Felipe II tenía muchos enemigos; consiguieron estos apoderarse del de Asturias, excitaron su vanidad, halagaron sus pasiones y el desgraciado conspiró contra el autor de sus dias, contra nuestra veneranda religion, y de desacierto en desacierto, continuó así hasta el prematuro dia en que abandonó este valle de lágrimas.

Los consejos del padre y las sabias reflexiones de leales servidores, no consiguieron nunca penetrar el paño fúnebre de aquella opaca inteligencia.

No existe documento alguno ni hay historiador formal que se atreva á sostener con datos, que el rey pensase jamás en formar causa á su hijo y ménos tolerar su muerte; si bien D. Carlos le dió sobrado motivo para procesarle, caso de ser posible prescindir de su inviolabilidad.

El príncipe espiró en su lecho, de enfermedad, y su cadáver estuvo tres dias expuesto al público en Santo Domingo el Real: dieron fe de su muerte personas de quien no es po-

sible dudar; y á lo único que da motivo su triste fin, es á suponer que atrajo sobre sí con algunas locuras, su última dolencia; en cuyo caso podria decirse que se suicidó, pero en manera alguna que fué muerto por la justicia de los hombres.

Hé aquí, en confirmacion de lo expuesto, el relato mas autorizado, verosímil y digno de crédito, en nuestra opinion, de cuanto se ha escrito sobre la muerte del primogénito de Felipe.

Encerrado el príncipe en la cámara en que lo hemos dejado poco há, y rodeado de fieles servidores de su padre, se fué exaltando cada vez más su volcánica imaginacion hasta el extremo de intentar suicidarse en diferentes ocasiones y de varios modos. Estuvo sin comer cerca de tres dias, bebió despues cantidades enormes de agua, ocurriéndosele, por último, envolver sus carnes en una sábana mojada, hasta se-carla con el calor de su cuerpo. Unido todo esto á lo enfermizo de su materia, á los muchos golpes que se dió y á su continua excitacion nerviosa, adquirió una fiebre maligna que en poco tiempo le llevó al sepulcro, espirando á presencia del duque de Feria y de otros personajes que hubieran preferido la muerte á faltar á la verdad.

Tuvo lugar un hecho durante los últimos momentos del príncipe, que merece nuestra censura, y el que vamos á relatar á fuer de imparciales.

Preso D. Carlos y encerrado en la cámara que ya conocemos, creyó el monarca que no debia visitarlo, y á pesar de la grave enfermedad que aquel padecia, se abstuvo de verlo, conformándose únicamente con mandarle su mejor médico; pero llegó el momento en que le dijeron que se acercaba el postrer instante de su hijo, y no obstante lo apremiante de la noticia, le pareció que debia reunir una junta de teólogos, con objeto de que declarasen si sería ó no conveniente que el padre se presentase ante su moribundo hijo. La reunion tuvo efecto y los teólogos acordaron que podia

el rey penetrar en la estancia donde se encontraba el enfermo y echarle á este su bendicion, siempre que permaneciese S. M. oculto á la mirada del paciente.

Con efecto, el soberano aprobó tal determinacion, y cuando el lecho del príncipe estuvo rodeado de una compacta fila de cortesanos, entró el monarca en la cámara de su hijo, le echó la bendicion, sin ser visto el uno del otro, retirándose acto continuo, con los ojos secos y su invariable severidad.

El hecho no admite comentarios, y es una prueba más en que se nos da á conocer el carácter y fibra del tétrico y austero Felipe. Imposible parece que un padre pudiera ocultarse á la mirada de su hijo en los momentos en que el espíritu abandona una materia que aún cuando criminal, iba á convertirse en mísero polvo; de un alma que corria á comparecer ante un tribunal justo é inapelable.

Creemos que á Felipe le condolió el hecho, como igualmente que sentia la muerte de aquel pedazo de su corazon; y de ser así, no podemos ménos de admirar la fortaleza de espíritu y la entereza de un carácter que, ante lo que creia su deber, sacrificaba, con ese valor, las afecciones mas tiernas y agradables de la vida.

Prosigamos ahora nuestra novela, retrocediendo un poco, pues hemos creido conveniente hacer un aparte seguido en lo referente al desgraciado fin de aquel príncipe.

A pesar de lo avanzado de la noche, todavía trabajó el rey una hora despues que hubo guardado los documentos que encontró en los secretos del armario que existia en el dormitorio de D. Carlos. Despues despidió á la servidumbre y buscó el reposo, encargando que lo despertasen á las siete de la mañana.

Los palaciegos se retiraron y solo los dos monteros de Espinosa y los individuos de la guardia de alabarderos permanecieron velando el intranquilo sueño de su señor, quedando el alcázar entregado al más profundo silencio. Aquellos cen-

tinelas no paseaban, ni los monteros se atrevían á desplegar los labios; algun disimulado bostezo ó imperceptible seña, era lo único que podia oírse ó ver á aquella hora en la régia morada; y para eso era preciso un oído muy fino y una vista de lince.

El monarca se levantó á la hora que deseaba, oyó una misa, segun tenía de costumbre, y despues de meditar largo rato, redactó un despacho, lo cerró marcando en él su escudo de armas, y lo guardó. Seguidamente se embozó en una capa y acompañado de su secretario Mateo Vazquez, partió en direccion del palacio del anciano general Navarro, conde de Santomera, su consejero íntimo en los asuntos de guerra.

Llegó S. M. á la morada de aquel leal vasallo, y dándose á conocer al penetrar en ella, le introdujeron, sin prévio anuncio, en un comedor en el cual se hallaban desayunándose el caduco general, su hija Aurea, esposa del *invencible* Nuñez, la duquesa del Imperio y las mujeres de Flaviano y de Mendoza. Eran cuatro bellísimas y aristocráticas jóvenes, en cuyos tristes y hermosos semblantes se retrataban la virtud, la nobleza y el dolor que la ausencia de sus maridos producía en tan tiernos y enamorados corazones.

En aquellos momentos en que comían sin apetito y ahogaban el llanto con deseo de darle rienda suelta, las consolaba el viejo guerrero, invocando el renombre de los valientes, la gloria de la patria y el deber de un caballero; seductoras frases que el conde pronunciaba con entusiasmo y las jóvenes oían con tanto dolor como desden. Hablar á una esposa de heroismo y de gloria cuando contempla á su marido frente de las balas enemigas, es obligarla á que aborrezca esas mismas glorias y honores que tanto halagan al hombre de guerra; pero que en una esposa enamorada surten el mismo efecto que un terrible aguijon en el momento que se clava en la carne.

Al ver al rey, los cinco se pusieron en pié, le hicieron una cortés reverencia, presentándole un sillón por si se dignaba

honrarlo, pero sin servilismo ni demostrar satisfaccion alguna por la visita que en aquellos momentos les favorecia.

Felipe aceptó el asiento que le ofrecian, obligando á los cinco á que le imitasen, lanzó en torno una mirada escudriñadora, diciendo por fin á las jóvenes:

—Mucho siento contemplar tan tristes y cabizbajas á las mas hermosas damas de mi corte: es cierto que vuestros dignos esposos se hallan combatiendo por su rey y por su patria, deber de todo buen caballero, mas no olvidéis que el mundo los apellida *invencibles* y que es lo probable los halles en breve á vuestro lado más honrados que ántes, tan galantes como siempre.

—Ciertamente, señor—le contestó la mas bella, atrevida y despejada de las cuatro, Elvira Nuñez, duquesa del Imperio:—V. M. ha dicho lo que es probable, pero tambien cabe en lo posible que cambiemos estos encajes blancos por una tela ménos negra que estarian nuestros corazones teñidos por el dolor.

—De morir vuestro esposo, duquesa, sería inconsolable vuestra pena, lo sé; mas no hay por qué temer tal desgracia.

—Está en la guerra, señor.

—¿Hay algo superior á su genio?

—Una bala disparada por el mosquetero más torpe del ejército enemigo basta para que ese genio y el que lo ostenta dejen de existir.

—Navarro, ¿por qué no combatís las ideas de vuestras pupilas?

—Continuamente lo hago, señor, aunque sin resultado alguno.

—Buscad distracciones, hijas mías—añadió el rey—y nada temed, la misericordia de Dios está siempre con el que defiende su ley divina.

—¡Distracciones!

Exclamaron las cuatro á la vez suspirando. Aurea, añadió:

—Si la alegría tuviese cabida en nosotras; si á nuestros

labios asomase la mas leve sonrisa, merecíamos la muerte. ¡Ay, señor! mi entras los *invencibles* no estén á nuestro lado, pedid lágrimas á nuestros ojos, suspiros á nuestros labios y angustia á nuestros corazones; exigirnos otra cosa, es querer un imposible.

—Siento que mi presencia haya aumentado vuestro dolor é interrumpido el desayuno.

—No lo crea V. M.; nuestra pena es siempre igual. Respecto de esos manjares, los probábamos sin apetito y nada hemos perdido con dejar de comerlos.

El rey quedó meditando breves instantes; despues le dijo á Navarro:

—Sabemos que los *invencibles* se hallan en Francia y que en breve partirán á Flandes y luego á Malta. Tambien tenemos buenas noticias del general Mendoza, el cual combate en estos momentos contra las hordas de Marruecos, mas nada sé del padre Alberto, ¿teneis vosotros alguna nueva de él?

—Ninguna, señor; el príncipe de Italia no ha escrito á nadie y guarda al parecer el más rigoroso incógnito; si bien debe estar en Granada, toda vez que, segun los últimos partes, dejaron de conspirar los moros y hasta han desistido de llevar á cabo su plan de sublevacion.

—¡Es extraño! ninguno me da razon de ese hombre.

—¿No cree V. M. que sería conveniente salieran en su busca?

—Sí; mandad la persona que os inspire mas confianza. Creo que nada malo le haya sucedido; ¡quién se atreveria á atentar contra un sér tan privilegiado! mas es preciso salir de la ansiedad en que nos tiene su silencio.

—Hoy mismo partirá con ese objeto el hermano de Elisa.

—Conde—añadió el rey dirigiéndose al anciano, variando de conversacion y marcando mucho sus palabras—esta noche ha descubierto el Santo Oficio una vasta conspiracion.

—¿De iconoclastas, no es así?

—¿Lo sabiais?

—Sí, señor.

—¿Conoceis los nombres de los poderosos que figuran en ella?

—Los de algunos.

—¿Penetrasteis su intento?

—Creo que sí.

—¿Podeis apreciar la gravedad del hecho y toda la maldad de esos hombres?

—Sin duda.

—En ese caso, convendreis conmigo en que debo tolerar que los juzgue el Santo Oficio.

Nada contestó el general Navarro á esta insinuacion de S. M.; antes por el contrario, inclinó la cabeza permaneciendo impasible; pero el monarca insistió en su demanda, preguntándole:

—¿Os parece, como á mí, que vuestro hijo adoptivo, el príncipe de Italia, no hallará motivo de queja respecto de la conducta que he seguido con esos impíos?

—No lo sé, gran señor.

—Bien; mas se apoderó de ellos el Santo Tribunal, y yo nada puedo hacer contra quien se halla en su derecho juzgando á los enemigos de nuestra veneranda religion... ¿No me contestais?

—Nada puedo deciros.

—Estoy seguro que pensais como yo.

—Perdonad, señor; pero tratándose del padre Alberto, no tengo opinion alguna. Mi hijo adoptivo ve las cosas de diferente modo que el resto de los hombres; y lo peor de todo es que nunca se equivoca.

—En ese caso concretaré la cuestion á vos, mi consejero, y á mí. Conoceis los hombres y el delito; la Inquisicion se apoderó de los reos por cuenta propia y sin tomarme parecer. ¿Qué pensais debo hacer en el estado que se halla el asunto?

—Señor, yo no soy mas que militar y vuestro secretario

en lo relativo á la guerra y no debo ni puedo por consiguiente influir en el ánimo de V. M. sobre una determinacion cuya causa me es desconocida.

—Conde de Santomera, deduzco de vuestras palabras que rechazais hasta la más leve responsabilidad en esa cuestion.

—Bien sabe V. M. que soy lego en asuntos civiles y mucho mas tratándose de causas de fe.

—Como militar, ¿á qué pena sentenciariais á los reos?

—A la de muerte.

—Pues creo que á eso mismo los condenará la Inquisicion, resultando de aquí que el Santo Tribunal, vos y yo opinamos lo mismo.

Nada replicó el anciano jefe; el monarca añadió:

—Vuestro amigo y compañero el conde de Arahall, se halla hoy fuera de Madrid y no puede servirme de secretario en los negocios de Estado; por consiguiente, teniendo que ocuparme de cuestiones complicadísimas relativas á la guerra y á la política nacional é internacional, quiero que desempeñeis vuestro puesto y el de Osorio hasta mañana que este regrese.

—Me hallo á la disposicion de V. M.; cuando gusteis os seguiré.

—Oid: son tan graves los asuntos de que tenemos que tratar y merecen tal reserva y discrecion que creo lo mas conveniente nos encerremos en vuestro despacho y allí pasemos el dia.

—Acepto tan insigne honra y espero las órdenes de V. M. Y el anciano se puso en pié.

—Sentaos, Navarro—le dijo el rey—pues no pretendereis que permanezca en ayunas las diez ó doce horas que voy á pasar en vuestro palacio.

—Nueva honra, gran señor, inapreciable. Dignaos pasar al estrado, que yo mismo os serviré...

—No moveos, general; me quedo aquí, entre la bella Aurea y la encantadora Elvira; de este modo deseo que con-

tinúe el almuerzo sin mas variacion que la de añadir un cubierto para mí.

Obedecido el monarca, comieron los seis, reinando silencio en la mesa, sobriedad en los individuos y la consiguiente etiqueta en el acto. No obstante la augusta presencia de Felipe, permanecieron las cuatro jóvenes tan tristes y ensimismadas como lo estaban anteriormente. Cada una de ellas tenía su pensamiento en Francia, su porvenir en duda, su esperanza debilitada, su sentimiento excitado, su amor inmenso y su presente arrullado por el dolor y la amargura, y nada hacia variar el pálido matiz de sus hermosos y entristecidos semblantes.

Concluido el desayuno se levantaron el rey y el general, encerrándose ambos en el despacho de este. Las cuatro damas se cogieron de las manos y se dirigieron á la capilla del palacio, donde cayeron de rodillas implorando la proteccion del cielo en favor de sus guerreros esposos. Este acto lo practicaban varias veces durante el dia. La zozobra y mal estar de las jóvenes, unidos á la pena que les causó el abandono de sus esposos al siguiente dia de haberse enlazado, era para ellas mucho mas angustioso y fatal que las penalidades, sinsabores y disgustos que experimentaban los maridos en el campo de batalla frente al enemigo. Existia abnegacion en la aparente conformidad de las damas, pero era hija de esa resignacion violenta que llega á los seres cuando no hallan medio de eludir los males que les rodean.

El rey y su ministro de la guerra permanecieron el resto del dia discutiendo y adoptando medidas relativas al ejército y á los complicados asuntos de Estado. Felipe temia al padre Alberto y á los *invencibles*, y quiso declinar parte de su responsabilidad en el anciano jefe á quien tanto querian y respetaban los únicos siete hombres que consiguieron contener en parte la severidad del monarca. Comieron solos en la misma estancia donde trabajaron y allí siguieron hasta terminar cuantos negocios sometieron á resolucion. Luego

se despidió el rey de Navarro y de las cuatro jóvenes y salió del palacio del general, situado en la calle de Atocha y unido al convento de Trinitarios.

Eran las nueve de la noche; reinaba en Madrid una oscuridad completa; sus calles estaban desiertas, dejándose sentir el frío choque de las heladas brisas del Guadarrama.

Embozados hasta los ojos el monarca y su secretario, continuaron su camino, sin que viniera á estorbar su ligero paso otra cosa que la sinuosidad del terreno por donde marchaban.

—Mas de prisa, Vazquez—exclamó el rey—que la noche está fría y me interesa llegar pronto al alcázar.

El interpelado iba delante de su señor, llevando en la mano derecha una linterna, á favor de cuya luz salvaban los peligros que á cada paso les ofrecían las desiguales é interrumpidas callejuelas por donde cruzaban. Al escuchar el secretario la orden de su amo, quiso aligerar el paso, pero en el mismo instante fué detenido por un hombre, el cual se paró delante de él con los brazos cruzados y la mirada fija en Felipe y en su acompañante. Vazquez pasó de una mano á otra la linterna, fijó la luz en el rostro del desconocido, y tirando de la espada exclamó á la vez, con tono imperativo:

—¡Atrás!

Pero el otro permaneció sin moverse. Tendría este hombre de cincuenta á sesenta años; su piel se hallaba curtida por el viento y el sol; y sus cabellos, blanquecinos ya y ralos, venían á confundirse con una barba clara y del color de aquellos, la cual le cubría casi todo el rostro. Su estatura era algo más que regular, é iba envuelto en un jaique de grosera lana, cuya capucha le servía para tapar la cabeza. Cualquiera, al reparar en su traje hubiera visto en él un salteador encanecido en el vicio y el crimen; mas rechazaban esta idea el brillo de sus ojos y un tinte de bondad que se traslucía en su mirada y semblante.

Sin hacer caso de la exclamacion del secretario, anduvo dos pasos en direccion del rey, volviéndose á detener.

—¡Atrás!—tornó á gritar Vazquez, fijándole en el pecho la punta de su espada; pero el del jaique, parado nuevamente frente al monarca, no dió muestras de haber oído esta segunda exclamacion.

Sorprendido Felipe y excitada su curiosidad por la presencia de aquel hombre extraordinario, le preguntó:

—¿Quién sois?

El incógnito, siempre con los brazos cruzados, avanzó un poco mas, obligando á Vazquez á que retirase la espada ó á que le hiriese; pero el palaciego no se atrevió á esto último, y sin quitarle la punta de aquella del pecho, le dejó llegar á dos pasos de su amo. Luego contestó al rey:

—Sois el rey de España; yo un mendigo.

Al escuchar aquella voz, se estremeció Felipe, bajó el embozo de su capa. y fijándose con asombro en el desconocido, exclamó:

—Creo reconoceros; sois...

El otro le interrumpió, diciendo:

—Si lo sabeis, callad; que á nadie le interesa el conocerme y á mí mucho el que todos me desconozcan.

—¡Esa voz!... mas vuestro traje, el color de vuestra piel y...

—No dudad, rey de España; soy el que suponeis.

—¡Vos! ¡con esas ropas y ese aspecto de bandido!...

—No os extrañe, señor; me está permitido vestir todos los trajes porque ninguno de ellos me sirve de disfraz para cometer delitos.

—¡Ese acento, esas ideas!... Envainad la espada, Vazquez, y retiraos de aquí.

El secretario obedeció y acercándose el rey más aún al desconocido, le alargó su mano, diciendo:

—Veamos si me he equivocado; estrechad mi diestra.

—La oprimó con la mia y la beso; que es de mi rey.

¡Ojalá no se moviera nunca cuando pretendéis firmar una sentencia de muerte!

— Ya no dudo quien sois. ¿De dónde venís?

— De haceros bien.

— ¿Adónde vais?

— A velar por vos, por los míos y por todos los seres que halle á mi paso.

— Sois la Providencia, señor.

— ¿Por qué no me imitais, rey de España?

— Porque mi mision en el mundo no es la vuestra.

— ¡Ay de V. M. si se olvida un solo instante que no vino al mundo á destruir sino á edificar! ¡Ay de los poderosos que ahuyentan de sí la caridad; en el día del juicio no hallarán la misericordia divina!

— Guiadme vos á quien inspira el cielo.

— No estoy en la tierra para dirigir á un hombre, sino á los hombres. Si os falta caridad, pedídsela á Dios; si se agotan vuestras fuerzas, de vuestra flaqueza renacerán; perdonad al que os ofenda; proteged al desgraciado, y no olvidéis un solo momento que el juez de la tierra será un día juzgado por el Divino juez.

— No á todos los hombres nos es dado obrar como á vos.

— Porque no quereis.

— Enseñadme.

— ¿Conoceis la historia que relata la vida de San Luis?

— Sí.

— ¿Y los hechos y fanatismo del inquisidor Valdés?

— Tambien.

— Imitad á aquel y volved la espalda á este. Que el cielo guarde la vida de V. M.

— ¿Os vais?

— Ahora mismo.

— ¿Lejos?

— Muy lejos.

— ¿Adónde?

—A Francia.

—¿Y luego?

—¡Sábelo Dios!

—¿Cómo podré tener noticias de vos? ¿adónde os hallaré?

—En medio de las batallas; entre los heridos y moribundos; en donde haya infelices á quienes socorrer, desgraciados que amparar y maldades que contener.

—¡Vos entre mis enemigos, cerca del plomo y del acero contrario! no puede ser; os lo prohibo como rey, os lo ruego...

—Basta; solo Dios y mi conciencia tienen poder sobre mí.

—Lo sé; mas yo debo evitar...

—Que Valdés asesine; que se convenza á estocadas; que se razone á tiros. Parto, y quiera el cielo que á mi vuelta encuentre apagadas las llamas, rotos los cordeles de la horca y deshecho el hierro del garrote.

El desconocido hizo un ligero movimiento de cabeza y se perdió entre las sombras de la noche. El rey quedó ensimismado y como aturrido por las últimas frases que pronunció aquel hombre extraordinario, sin notar que se hallaba solo. Y creció mas su asombro cuando, creyendo mirar al del jaique, alzó la frente, dirigió la vista en torno y nada vió.

—¡Vazquez!—exclamó—¿por dónde ha marchado ese incógnito? sigámosle.

—Señor—le replicó el secretario llegando—no le he visto partir ni he oído el ruido de sus pisadas.

—¡Luego no podremos hallarle!

—Lo ignoro; mas si V. M. me lo permite, llamaré á una ronda y esta dará con él mejor que nosotros.

—¡Qué dices, insensato! ¡los alguaciles en seguimiento del desconocido! No, dejémosle marchar, que á ese hombre no se le puede contradecir ni se le debe molestar. A palacio, Vazquez. ¡Oh, si yo pudiera imitar á ese hombre!...

Poco despues penetraron en el real alcázar el monarca y su secretario. La noche continuó tranquila, fria y solitaria;

el rey la pasó desvelado, triste y meditabundo; la Inquisicion funcionando; el incógnito corriendo; los grandes atemorizados, y el pueblo sumido en el mas tranquilo sueño. Los pobres son mas felices de noche que los ricos, y de dia un poco menos desgraciados.

El infeliz trabajador que ama á su Dios, camina en direccion del paraiso.

No os acobarde la miseria, desventurados de la tierra, vuestros males de un dia se trocarán en bien eterno.

Practicad la virtud, entregaos al trabajo y no temed; Dios está siempre en medio de los pobres.

Ahora pasemos á Francia, que tiempo tendremos de ver los tormentos y hogueras de la Inquisicion en Madrid, y el resultado de tanto acontecimiento como parece amenazar al gobierno de Felipe II.

CAPÍTULO IV.

El campamento español.—Los *invencibles*.—Flaviano y el capitán Foix.—El ajedrez.—Apuesta.—Disputa.—Duelo.—El duque del Imperio, el de Guisa, el condestable Montmorency y el mariscal de Saint André.

En la época en que pasa nuestra novela presentaba la nación francesa uno de esos horribles cuadros á que dan lugar las guerras civiles promovidas ó ensañadas á impulso del fanatismo religioso.

Dicho país linda con Alemania, y claro es que propagada la doctrina de Lutero en los estados alemanes, tendría necesariamente que extenderse á Francia, saltando el pequeño límite que divide á una nación de las otras.

Así ocurrió efectivamente y poco á poco fué formándose un partido respetable de protestantes, á los cuales apellidaban hugonotes. Pronto los creyentes de la nueva doctrina contaron entre sus filas un inmenso número de fanáticos, á cuya cabeza se pusieron ambiciosos ó descontentos, los que, abjuraron de sus creencias religiosas, más, en nuestro concepto, por necesidad de hacer la guerra y mandar ellos, que por darle la razón á Lutero. Entre estos se contaban ya como caudillos un almirante de Francia y un príncipe de la sangre, valientes ambos, emprendedores y de una energía

sin límites: el primero era Gaspar de Coligny y el segundo Luis de Borbon, príncipe de Condé. A estos seguian capitanes experimentados, grandes del reino y multitud de hombres dispuestos á probar á tiros y estocadas que la razon estaba de su parte.

Reinaba á la sazón Carlos IX, y con permiso ó sin permiso del hijo gobernaba la madre, Catalina de Médicis, mujer de talento, astucia, y nada escrupulosa en la eleccion de los medios para conseguir su objeto. Dedicado á la caza el jóven monarca, y entretenida la reina madre en arreglar asuntos de familia, dejaron tomar incremento á la conspiracion protestante y que conferados estos con los alemanes, y protegidos unos y otros por la reina Isabel de Inglaterra se alzase triunfante el estandarte de la rebelion y se hiciera general la guerra civil. En efecto, los protestantes se dieron tal prisa y tuvieron tal acierto, que en poco tiempo sublevaron muchas poblaciones y varias ciudades de importancia, contándose entre otras Lyon y Orleans. Triunfante el príncipe de Condé en sus primeros ensayos guerreros, reunió su ejército y corrió hácia París con ánimo de asaltarlo.

La reina Catalina que no pudo suponer nunca llegase á tanto el atrevimiento de los hugonotes, trató de combatir el peligro que tan cercano veia, haciendo uso de su privilegiada astucia. Fingió, pues, transigir con la revolucion, ofreció hacer concesiones, entretuvo á los hugonotes, ganó tiempo y dió lugar á que entrasen en París los tres cuerpos de ejército que esperaba; uno mandado por Montmorency, y el duque de Guisa, otro por el mariscal Saint André y el tercero compuesto de aguerridos tercios castellanos, á las órdenes del invicto duque del Imperio.

Entonces comprendió el general en jefe de los protestantes el engaño de que habia sido víctima, y á pesar de tener á su lado numerosas huestes, levantó el campo y se retiró hácia Dreux, donde fué alcanzado por las tropas reales, mandadas por los cuatro generales que acabamos de citar; sin que

le fuera dable rehusar la batalla á que el enemigo le provocó. En ella ocuparon el primer puesto los principales personajes de este libro, por cuya razon es indispensable que nos detengamos, para seguirlos en adelante adonde quiera que vayan.

Era el día 9 de Diciembre; estaba anocheciendo y el frío se dejaba sentir bastante. Frente á frente los ejércitos de católicos y hugonotes se hallaban acampados á poco más de media legua, en una extensa llanura regada por el Blaise y junto á los muros de Dreux. Entre las tropas que defendian á Carlos IX habia suizos, italianos, franceses y españoles; los primeros y segundos ocupaban el ala derecha; los terceros el centro y los últimos la izquierda. En las filas de aquellos reinaba un gran silencio, mientras que en el campo español se notaba esa animacion, alegría y algazara que no abandonan nunca nuestros soldados y que se aumentan durante las horas que preceden al combate.

Penetremos en la morada del duque del Imperio. Formaba esta una linda tienda de campaña de figura octógona, con un trapezoide que, unido á esta por uno de sus lados y dividido en dos cuerpos, componian tres habitaciones que servian respectivamente de salon, alcoba del duque y cocina, en la cual se guarecian los criados.

El general Julio de Silva se halla en estos momentos reconociendo el campo enemigo, en union de los jefes franceses Montmorency, Guisa y Saint André; sus sirvientes le preparan la cena y sobre el divan que rodea la mayor parte del octógono estan indolentemente reclinados sus cinco *invencibles* compañeros, ó sean los maestros de campo vizconde de Jana, Roberto Navarro, Flaviano Osorio, Mauro Nuñez de Lara y el atleta Rogelio Mendoza. Tienen los seis parentesco entre sí, y los une además un cariño fraternal superior á toda descripcion. Los cinco aman y respetan al duque del Imperio por ser hijo del príncipe de Italia, á quien todos veneran, y porque es el de mas talento de los seis.

Cuando este les habla, ven en él un hermano; cuando los manda, un padre á quien obedecen con entusiasmo y sumision. No hay tuyo y mio entre ellos, ni existe otro poder que les haga inclinar la frente, que el de la razon. Se educaron en el campo de batalla, y al lado de sus padres, generales todos á quienes distinguió el emperador Carlos I; y á su gran práctica en asuntos de guerra unen un excesivo valor y una inteligencia protegida por la suerte.

El duque sobresale por su genio, Flaviano Osorio por su galantería y especiales dotes para ostentarla, y Rogelio Mendoza por sus fuerzas de leon; pero todos son atentos, corteses, generosos, fuertes contra el poderoso y humildes con el desgraciado. En la guerra imitan á sus padres; durante la paz al superior trinitario, príncipe de Italia.

En este momento hablan Rogelio y Mauro de sus esposas; Flaviano y los dos Navarros de las francesas; pero consoliéndole al primero la conducta del galanteador Flaviano, le dice:

—Hermano, deja á Odon y á Roberto que cuestionen sobre la hermosura de las hijas de este país y ocúpate con nosotros de tu esposa, de la bella Adela Montiel. Esos son solteros y nada tiene de extraño que hablen de ese modo; pero tú...

El buen Flaviano se arregló un poco su sedoso bigote y demostrando sentimiento, le contestó:

—¡Ay! mi querido Mauro, sufro tanto al considerarme lejos de mi adorada esposa, que intento, aunque vanamente, distraerme hablando de otras, pretendiendo de este modo mitigar mi pena.

—¿Lo dices de veras, Flaviano?

—¿Por qué no?

—¡Te expresabas con tanto entusiasmo al hablar antes de la sobrina de Montmorency!...

—No lo he notado.

Los dos Navarros, ó sean el vizconde de Jana y su her-

mano Roberto, y Rogelio Mendoza, soltaron la carcajada al ver la formalidad con que el jóven Osorio estaba contestando. El grave Mauro, añadió:

—Desde que te has casado te vas haciendo hipócrita, Flaviano.

—Esa idea es de Julio.

—La verdad es de todos.

—Os habeis conjurado contra mí...

—No lo creas; es que estamos en el deber de velar por tu esposa.

—¡Como si yo fuera capaz de ofenderla!

—¡Quién sabe!

—Puedo asegurarte, mi querido Nuñez, que la amo, tanto por lo ménos, como tú á Aurea de Navarro.

—Pues pruébaselo olvidándote de las francesas y pensando más en ella.

—Lo haré con tal que abandones esa gravedad y dejes de parodiar á nuestro hermano y jefe, Julio de Silva; con este tengo bastante.

—Te incomodan mis sermones, ¿es cierto?

—No, mas creo que debes respetar la superioridad del duque, dejando de colocarte en su puesto.

Mauro iba á contestar á Osorio, cuando asomó la cabeza de un capitan francés, el cual exclamó:

—Desafío al mas hábil español á una partida de ajedrez.

—Entrad, Mr. de Foix—le dijo Flaviano—los cinco aceptamos; elegid, teniendo entendido que si soy yo el afortunado os doy tres peones.

—D. Flaviano—le contestó el francés acercándose á los jóvenes—vos nacisteis sin duda en vuestra Andalucía.

—No lo creais, capitan, vi la luz por primera vez en Nápoles, en los campos de batalla y frente á los franceses. Mi padre los batía y mi madre le seguía con lealtad y valor españoles.

Mr. de Foix era un jóven de veintiocho años, bien pa-

recido, de una familia distinguida, atrevido y pedante como buen gascon. Al escuchar las frases de Osorio, se acercó á una mesita, en la cual habia un juego de ajedrez, y sentándose con aparente calma, replicó:

—Os elijo á vos, maestre Flaviano; os doy esta torre, y me dispongo á ganaros.

—Veámoslo—añadió Osorio poniéndose enfrente y moviendo un peon.

—¿Con que aceptais?

—No os quiero desairar; todo se reduce á que la partida dure cinco minutos.

—Si os empeñais en perderla en ese tiempo... ¿Veis? os quité dos peones... ahora un alfil por un peon... os tengo sitiada una torre... jaque á... pardiez, me he distraído!

—No lo creais, capitan, es que van ya dos minutos y medio, y antes que espire el quinto...

—Perdereis vos, D. Flaviano. Ved, otro peon... otro... os quedais sin gente de á pié y van cuatro minutos, maestre de campo.

—Pues os mato esta torre... ahora, jaque á la reina, os prendo el rey y concluyó la partida. Faltan veinte segundos para espirar los cinco minutos.

—Confieso que me he distraído.

Los cuatro compañeros de Osorio prorumpieron en una carcajada; el rostro del gascon se encendió; la sangre se agolpó á sus sienes, pero nada dijo. Flaviano, le preguntó:

—¿Quereis jugar otra partida mano á mano?

—Sí—contestó Foix, con tal que el que pierda regale al otro su mejor caballo.

—Aceptado.

—Juguemos.

—Juguemos.

Un cuarto de hora despues habia ganado Osorio al capitan la segunda partida y un hermoso alazan tostado.

—¿Quereis revancha?—le preguntó.

—No—le contestó su contrario, mirando con enojo las figuras de marfil.—La suerte no me ayuda esta noche, de lo cual deduzco, que en el combate de mañana seré más afortunado que vos.

—¿De qué modo?

—Venciendo y matando más hugonotes.

—Veo, capitan, que á pesar de vuestro renombre de bravo, sois demasiado sensible á las ilusiones.

—¿En qué os fundais para opinar de ese modo?

—En que Flaviano de Osorio llega donde otro; y dicen que son pocos los que pueden seguirle.

—¿Eso dicen?

—Sí.

—¿Quién?

—Lo digo yo ahora, y lo sostiene mi espada.

—¿Me desafiáis?

—Yo no provocho á nadie, pero me bato con cualquiera.

—Basta, señores — exclamaron Mauro y Odon. El primero continuó:—Bueno sería que una broma concluyese á estocadas entre dos aliados.

—Hoy no — replicó el francés — pero terminada la batalla de mañana...

—Estoy á vuestra disposicion, capitan; ahora ó luego, cuando vos querais, me hallareis decidido á daros una leccion de esgrima, como la habeis recibido de ajedrez.

—Con mucho gusto; me acompañarán cuatro amigos y seremos cinco contra cinco.

—No — se apresuro á replicar Osorio — si no sois mas que ese número, basto yo solo: para mis hermanos son pocos todos los jefes de vuestros batallones.

—En ese caso — dijo Foix irguiendo la frente — iré solo y me batiré con todos vosotros. ¿Acceptais?

Una carcajada fué la contestacion de los *invencibles*; el capitan se sintió agitado por la cólera, y en brazos del despecho, añadió:

— ¡Esa risa insultante os la inspira el miedo, cobardes!

Aun no habia espirado la frase en los labios de Mr. Foix, cuando se vió cogido por debajo de un brazo y arrojado por Mendoza fuera de la tienda, yendo á parar como una pelota á cuatro ó cinco varas de distancia.

En el mismo instante llegaban el condestable de Francia, Saint André, el duque de Guisa y el del Imperio. El estropeado capitan cayó á los piés del primero, exclamando:

— ¡Maldicion!

Los recién venidos le rodearon á la puerta de la tienda y lo levantaron, preguntándole con interés la causa de tan violento golpe.

Mientras Foix, montado en cólera, referia el hecho á los cuatro jefes superiores del ejército católico, los *invencibles* se reclinaban sobre el divan, dejándole que exagerara cuanto quisiera y hasta que faltase á la verdad. El duque del Imperio se cruzó de brazos, oyó el relato del capitan, y esperó á que los franceses obrasen.

Montmorency despues que acabó de hablar Mr. de Foix le encargó que se retirase á su alojamiento y ardiendo en ira penetró en la tienda donde estaban los maestros de campo, y les dijo:

— No quiero calificar como se merece la conducta que acabais de observar con uno de vuestros aliados; pero si diré, que es indigno de buenos caballeros tratar de ese modo á un hombre que se halla solo siendo vosotros cinco.

Los jóvenes se levantaron lanzando una mirada de fuego al anciano.

— Condestable — le contestó el vizconde de Jana con dignidad — ese hombre nos ha insultado y uno de nosotros lo cogió por el brazo y lo arrojó fuera de una tienda donde no deben entrar gentes tan pobres de entendimiento, tan sobradas de necesidad. Mi compañero prefirió eso á batirse con él y matarlo; es decir que le regaló la vida. Eso en cuanto á Foix; respecto de vos, siento, señor de Montmorency, que

seais anciano, porque de lo contrario os probaríamos que somos tan buenos caballeros como los mejores del ejército francés.

—Si fuera más joven, ¿de qué modo me lo probariais?— le preguntó el condestable, cada vez mas irritado.

—Como no lo sois, no hay caso; elegid diez de vuestros mejores subordinados y lo sabreis.

—¡Quince!— exclamó Mauro Nuñez.

—¡Veinte!— dijo Mendoza.

—Todos cuantos querais—añadió Flaviano, con voz mas dulce que la melodía, con chispeante mirada y con un desden que no era posible tolerar.

Y como si esto no fuese bastante, le rodearon los cinco y se fijaron en él, anhelando que aceptase la proposicion.

El vetusto guerrero, les devolvió otra mirada iracunda, diciéndoles:

—Veremos si mañana sosteneis en el campo de batalla el ardimiento que demostrais en esta tienda.

Una carcajada fué la contestacion de los cinco.

—¡Miserables!—gritó Montmorency cogiendo la empuñadura de su espada; mas le cortó la accion el duque del Imperio, que, interponiéndose entre el francés y los cinco jóvenes, con voz dulce y cariñosa, les dijo á estos:

—Hermanos, retiraos á vuestras respectivas tiendas y allí esperad mis órdenes.

Los *invencibles* inclinaron la cabeza, y uno á uno fueron saliendo, sin desplegar los labios ni demostrar disgusto al obedecer aquel mandato.

Montmorency se dirigió entonces á Julio de Silva, preguntándole con enojo:

—¿Por qué habeis tolerado que esos insensatos me traten de ese modo?

—Solo he venido aquí—le replicó el duque—á defender la religion de mis mayores y al rey Carlos IX de Francia.

—Silva, soy duque, gran maestro, par, mariscal y con-

destable de Francia; y habeis consentido que vuestros subordinados me insulten.

—Mis hermanos, señor, han contestado como debian á vuestras infamantes frases. Si despues de oir al capitan Foix los hubierais escuchado á ellos, habriais suprimido la dura y bochornosa reprension que les dirigisteis; en cuyo caso nada aconteceria. Siento decíroslo, amigo mio, pero obraisteis con un poco de ligereza, y con esos maestros de campo debe tenerse mas calma.

—Anhelo ya ver cómo se baten, pues segun vuestra opinion y la de ellos, basta con vosotros seis para acabar en cinco minutos con todos los hugonotes del mundo.

El duque del Imperio sufrió este nuevo ultraje del francés con su acostumbrada sangre fria. Le miró sí, con un poco de desden, y luego, sin demostrar enojo, le contestó:

—No habiendo contraido con mi rey el compromiso de ganar batallas en Francia, os advierto, condestable, que los españoles no tomarán parte en la de mañana, mientras no la hayais perdido vos; y os juro, á fuer de caballero, no pelear nunca á vuestro lado, siempre enfrente de vos.

La dignidad y calma con que Silva pronunció estas frases, unidas á su terminante resolucion, descompusieron á Montmorency, hasta el punto de exclamar:

—Ignoro la causa que motiva tan solemne juramento, y si fuera posible el que lo levantarais...

—Solo me resta cumplirlo.

—¿Tampoco quereis ilustrar el plan de combate que he sometido á vuestra deliberacion?

—No cabe enmienda en él, señor de Montmorency. Si no formais otro enteramente contrario, perdereis la batalla.

—Me alegro; así os dejaré la gloria de que vos la ganeis con vuestros españoles.

Y el condestable fué á alargar la mano al duque para retirarse; pero le contuvo Saint André, que interponiéndose, le dijo á Silva.

— General; aun cuando no he tomado parte en la cuestion que habeis tenido con mi amigo Montmorency, estoy en un todo conforme con las ideas emitidas por este; opino de un modo contrario á vos. Ya sabeis cuanto amo á mi religion y á mi rey; deseo que ambos los defendamos mañana, y si Dios nos sacase con bien, os agradeceria infinito visitarais una casa de campo que tengo en los alrededores de Marolles; solo dista de aquí unas tres leguas. Es una posesion extensa con grandes parques y un dilatado bosque. Pueden acompañaros, si gustais, vuestros cinco amigos; yo llevaré otros tantos y solos los doce, pasaremos...

— Comprendo.

— ¿Aceptais?

— Con mucho gusto; decid la hora.

— Al asomar el primer sol despues de concluida la batalla.

— Gracias, señor mariscal; me habeis proporcionado una razon más para que anhele sobrevivais al combate de mañana.

— Sois todo un cumplido caballero, señor duque.

— No lo sois vos ménos, pues acabais de hacerme un honor que no olvidaré jamás.

— Hasta mañana.

— Que el cielo os guarde, general.

— Y á vos, condestable.

Julio estrechó las manos de sus dos rivales, en la apariencia aliados, saludó á Guisa, el cual continuaba guardando silencio, y el que no hizo otra cosa al partir que inclinar un poco la cabeza, y ya solo, asomó á sus labios una amarga sonrisa, idéntica á aquella que años antes brillaba en los de su incomparable padre, momentos antes de disponerse á ganar una batalla. Luego se dejó caer sobre el divan, quedando entregado á profundas meditaciones.

Cinco minutos despues entró nuevamente el duque de Guisa, se sentó á su lado y estrechándole con efusion una mano, le preguntó:

—¿Julio, amigo mio, qué vas á hacer?

—Ya lo has oído, Francisco de Lorena.

—¿Y si el condestable perdiese la batalla?

—Entonces la ganarán los españoles.

—¿Lo has pensado bien?

—Estoy seguro.

—Siendo así, nada réplico. Esos hombres desconocen tu genio, amigo mio; han guerreado siempre contra los españoles, y aun cuando son valientes y entendidos, os juzgan con pasión; pero no así el duque de Guisa; mañana estaré á tu lado con los míos mientras dure el combate, y luego te acompañaré á Marolles.

—¿Qué dices, Francisco?

—Que en el campo de batalla iré detrás de tí, y en la casa de campo de Saint André, me batiré á tu lado. Ya sabe que ha de llevar uno más; por consiguiente seremos catorce.

—Duque, tu eres francés y amigo íntimo del condestable y del mariscal...

—Más lo soy tuyo; nosotros dos nos compondremos mejor.

—Eres el jefe del partido católico, el amigo de Carlos IX, el necesario de Catalina de Médicis, y tu noble conducta para conmigo puede indisponerte con el rey, la reina madre y la corte.

—Al contrario, Silva; comprenderán que he obrado bien al separarme de unos insensatos que te desconocen é ignoran completamente lo que vale un aliado como tú.

—Piénsalo bien, amigo mio.

—Así ha de ser, que lo he meditado sobradamente.

—Mucho sentiria que tan leal conducta te proporcionase disgustos.

—Obremos bien y dé el resultado que quiera.

—¿Cenas conmigo?

—¿Quién lo duda! ¿No llamas á tus amigos?

—Ahora mismo.

Media hora despues los seis *invencibles* y el duque de Guisa, sentados alrededor de una mesa fija en medio del polígono ú octógono que formaba la tienda, comian alegremente, despues que el duque del Imperio refirió á sus cinco compañeros el resto de la cuestion promovida por el condestable, y el duelo á que los provocaba Saint André. Osorio, el mas jovial y alegre de todos, demostraba en estos instantes una satisfaccion que le valió la siguiente pregunta de su jefe y amigo:

—¿Qué hará en estos momentos tu casta esposa, Flaviano?

El jóven se mordió el labio inferior, cubrió su rostro con un velo de sentimiento, que solia tener siempre á mano, y le contestó:

—Hermano Julio, mi inolvidable Adela, unida á tu esposa Elvira, á Elisa, y á Aurea, llora en estos instantes ó ruega á Dios que nos saque con bien de entre las garras de los compatriotas de mi querido amigo el duque de Guisa.

—Eso de inolvidable, es algo forzado, maestre de campo.

—No lo creas, general.

—O violento.

—¡Ay Julio, qué mal me juzgas! Nota que si miro á alguna dama es únicamente porque se parece á Adela.

—¡Y como todas las bellas se asemejan!...

—¿Sí? pues no lo habia reparado...

—Me fundo...

—Lo supongo, hermano. Estamos en la guerra, y quién sabe si me tocará morir...

—Razon por la cual debiera acrecer tu lealtad.

—¿Hacia mi esposa?

—Sí, que en la amistad eres un modelo.

—Alguna falta habia de tener.

—Es decir que confiesas...

—Lo que tú quieras, no sé contradecirte...

La cena continuó y dió fin, reinando entre los siete expansion y un cariño de hermanos. Luego se despidieron, y

retirándose cada uno á su tienda buscaron el lecho y en él hallaron el tranquilo sueño apetecido.

Habia cesado la algazara entre los españoles, y los dos campamentos de católicos y de hugonotes, quedaron sumidos en un profundo silencio, interrumpido á intervalos por el alerta de los centinelas, por la carrera de algun ginetete que partia en direccion de París ó por los que llegaban con pliegos de la corte de Francia, de España ó de Alemania.

Ya habrán visto nuestros lectores que la alianza entre franceses y españoles no era tan íntima como convenia á la santa causa por que peleaban. En esta parte sentian el mismo cariño unos jefes por otros que los soldados entre sí. Caminaban juntos y defendian á un mismo rey; pero habia en esa union un odio oculto que en vano trataban de disimular. Enemigos en las guerras de la liga, en Fuenterrabía, en San Quintin, en Parma y hasta en Nápoles, hacia ya muchos años que se aborrecian, y no era posible que de pronto desapareciese un rencor acrecentado por espacio de tanto tiempo; mas llegado el momento de la lucha, unos y otros se batieron con ardor, segun verán nuestros lectores en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V.

Dreux.—Batalla.—Dos derrotas y una victoria.—Franceses, españoles, suizos, alemanes é italianos.

Dreux, poblacion de poca importancia, se halla en el departamento del Norte y á poco mas de 20 leguas de París, y sus principales recuerdos consisten en dos famosas batallas dadas bajo sus muros; una en 1424, en la que Carlos VII fué derrotado por el duque de Bedford, y la habida entre hugonotes y católicos, que vamos á describir.

Amaneció el dia 19 de Diciembre y los vecinos de Dreux, presintiendo el combate, que tan cercano tenian, se subian á la muralla y observaban con temor el aspecto que presentaban los dos campamentos que se extendian á un kilómetro de la poblacion. No tardaron en escuchar los sonidos de atambores y clarines, el producido por la briosa carrera de los corceles, cuyos ginetes daban órdenes, cruzando de un lado para otro, y el de ese movimiento, en fin, de dos grandes ejércitos que se aprestan á la pelea.

El condestable fué el primero que hizo formar en batalla á los suizos y franceses que componian sus divisiones. Despues se le reunieron los tercios castellanos mandados por Silva y las fuerzas de Guisa, que unidas á los españoles,

ocuparon la retaguardia de los de Montmorency, si bien se inclinaron considerablemente hácia el ala izquierda.

Al lado del condestable iba el mariscal de Saint André, y cerca del duque del Imperio se detuvo y continuó el duque de Guisa.

No tardaron mucho en mirar, formado tambien en batalla, al ejército de hugonotes, dirigido por el príncipe de Condé y el almirante Coligny.

Se notaba ardimiento en unos y otros, y hasta deseos de ir á las manos, lo que no tardó mucho en suceder.

El día demostraba presentir la encarnizada lucha que iba á tener lugar, pues estaba triste, nublado y amenazando una tormenta, ménos terrible que la de los hombres acampados á la vista de Dreux.

Frente á frente los dos ejércitos, reinó por algunos minutos un profundo silencio, el cual fué interrumpido por el primer saludo que se hicieron los enemigos con las bocas de cien cañones que despidieron casi á la vez, gruesas balas y mortífera metralla.

De este modo dió principio la batalla, siendo la artillería la encargada de romper el fuego.

El duque del Imperio, á caballo y sobre una elevacion, miraba impasible la granizada de hierro con que mutuamente se obsequiaban los combatientes. El duque de Guisa, al lado de Silva y con la misma indiferencia que este, veía el combate sin hacer caso de las voces que daban sus soldados, pidiendo unirse á sus compañeros ó sean á los que mandaban el condestable y Saint André.

En cuanto á los españoles, cual mudas estátuas, descansaban sobre las armas, sin dar señales de impaciencia, deseo ni temor. Cada tercio tenía á su frente á uno de los *invencibles*, y satisfecho de ser mandado por él, aguardaba tranquilo que tan bizarro jefe dispusiera lo que debía hacerse.

Respecto de los cinco amigos, miraban unas veces la ac-

cion y otras al sexto, ó sea al duque del Imperio, sin cuidarse de otra cosa que de esperar el momento en que este quisiera tomar parte en la contienda, para probar ellos entonces, por centésima vez, el heroismo que nadie se atrevió á negarles.

Dos horas próximamente pasaron los combatientes entre un vigoroso cañoneo, que nada decidió, pero que hizo patente la superioridad de los que mandaban Condé y Coligny.

Montmorency comprendió esto mismo, y viendo ya el principio de una derrota segura, ardió en ira, y mas temerario que prudente, avanzó con intrepidez asombrosa al frente del cuerpo que le obedecía, sin cuidarse de si podría ó no ser socorrido por el resto de los suyos, caso de ser embestido por todo el ejército enemigo, como sucedió efectivamente.

Era lo que anhelaban el príncipe de Condé y Coligny; dejaron pues, que llegara Montmorency, se abrieron de pronto y atacaron vigorosamente las dos alas del cuerpo que pretendia acuchillarlos. Lo verificaron con tal arrojo y valentía, que dividieron la masa contraria, batiéndola en regla y haciendo en ella una carnicería horrible. Hasta el mismo condestable fué derribado de su caballo, herido y hecho prisionero.

El mariscal de Saint André, debió comprender la imprudencia de Montmorency, y bien fuese por la amistad que le unia á este ó bien por contener los progresos de aquel primer desastre, avanzó tambien y mas intrépido que hábil general, arengó á los suyos, y animando á los que componian las derrotadas huestes del condestable, repitió la encarnizada lucha comenzada por su prisionero amigo. Hizo que los suizos, áun cuando muy mal tratados, se mantuvieran firmes, y corriendo de un lado para otro sostuvo el combate por algun tiempo.

Con mas arte y prudencia acaso habria ganado el terreno perdido por Montmorency, mas se ofuscó, y llegando donde

no debia, fué tambien herido y hecho prisionero. Uno de sus enemigos personales cometió la vileza de asesinarle de un pistoletazo, cuando ya habia depuesto sus armas.

Este acontecimiento, como era natural, decidió el combate dándole una segunda victoria al príncipe de Condé y al almirante Coligny.

Era justamente el momento previsto y esperado por el duque del Imperio. Sacó su invencible espada y volviéndose á los suyos, exclamó:

—Duque de Guisa, el ala izquierda del enemigo no podrá resistir el vigoroso ataque de los valientes que mandas. La victoria que cree haber conseguido, lo ha debilitado lo suficiente para hacer irresistible vuestro esfuerzo por ese lado. Corre, amigo mio, y que el Dios de las batallas vaya en tu ayuda; pronto te seguiré.

El valiente y entendido Francisco de Lorena dió algunas voces de mando á los suyos, picó á su caballo, cayendo sobre el enemigo segun lo habia dispuesto Silva. Este con su imperturbable serenidad, con aquella sangre fria que heredó de su padre, miró á sus cinco amigos, luego al resto de los españoles, brillando en sus labios una sonrisa equivalente al mayor elogio que hubiera podido hacerse á aquellos bravos.

—Hijos—exclamó:—sin contar el número ni importarnos la fuerza ó debilidad de los contrarios, corramos hácia ellos! ¡Nos mira la patria que os vió nacer, en vuestro esfuerzo está su honra y nos trae aquí la religion de nuestros padres! ¡Por Dios, por su Divina ley, adelante!

Se apagó su voz, se oyó un viva al duque del Imperio, que atronó el espacio é hizo estremecer á los victoriosos hugonotes, y cinco minutos despues se confundieron franceses y españoles, católicos y protestantes, amigos y enemigos.

Los cinco *invencibles* y el bravo capitán español Solís al frente de los tercios, y en union de los que componian estos, mataban hugonotes sin cuento. Flaviano, este elegante y envidiable doncel, parecia en aquellos momentos con su bello

rostro y esbelta figura el ángel del mal encargado de destruir al género humano, sin peligro ni compasion. Hábil, certero y cual consumado maestro de esgrima y de equitación, se revolvía con rapidez asombrosa, avanzaba, retrocedía, y sin dejar de animar á su valeroso tercio, sembraba el suelo de hugonotes, con cuya sangre lavaba los cascos de su caballo. Su sedoso bigote de ensortijados extremos, estaba ahora caído, formando un medio círculo donde encerraba sus finos y sonrosados labios, que mordía de vez en cuando con una dentadura que le envidiaban las francesas y le admiraban las españolas. Tenía el rostro encendido, las pupilas contraídas y del centro de estas parecía salir una luz que fascinaba á aquel en quien se fijaban. A pesar de los miembros mutilados y de los muertos que veía en torno, no se le ocurría que pudieran herirlo, é invocando el sacrosanto nombre de nuestra religion y el de la patria, le arrancaba la victoria al enemigo, le hacia besar el suelo y buscaba otro nuevo peligro que bien pronto hallaba y destruía como los anteriores. Si su esposa lo viera en aquellos momentos, caería al suelo exánime por la pena y el dolor; pero si hubieran podido contemplanle el resto de las bellas, exclamarían en coro: *no tiene rival el veleidoso doncel.*

Su amigo y compañero el atleta Rogelio Mendoza, ménos hábil, pero maestro tambien en la guerra, y con más fuerzas él sólo que los cinco reunidos, derribaba hombres sin cuento con la espada, el puño izquierdo y los estribos; y convencido de que mataba por veinte, dejaba á los individuos de su tercio que le siguieran en revuelto turbion, y que cada uno atacara ó se defendiera como tuviese por conveniente; si bien se encargaba él de abrirles camino.

Mauro Nuñez de Lara, el vizconde de Jana y Roberto Navarro, con un poco ménos gallardía, hacian tanto como Flaviano, defendiéndose mutuamente y confundiendo á un enemigo, que al verlos sonrió con desden y que ya comenzaba á huir despavorido ante ellos.

El capitán Solís seguía en valor y destreza á los cinco jóvenes, y en esta ocasión se hacía digno de acompañarlos.

En cuanto al duque del Imperio, apenas movía la espada no siendo para defender á alguno de los suyos y librarlo de morir. Como hábil general, mandaba, dirigía, daba órdenes, se hallaba en todas partes, lo veía todo, cayendo de vez en cuando con su poderosa escolta en los sitios donde flaqueaban algunos de los suyos. Sin perder ni un momento su envidiable sangre fría é inspirado por el genio de la gloria transmitido de la frente de su padre á la suya, venció á Condé, á Coligny, arrolló el ejército contrario y lo puso en completa derrota.

El noble y caballero duque de Guisa, cerca de Silva, lo secundó admirablemente y adornó con nuevos laureles la inmarcesible corona que ceñían sus sienes. El valeroso gigante suplió en parte las locuras cometidas por el condestable y el ya difunto Saint André.

Fué herido y hecho prisionero el general en jefe de los hugonotes, príncipe de Condé.

Y por último, aterrado el enemigo y seguro de perecer si continuaba lidiando, volvió la espalda y corrió desafortunadamente; mas ébrios de sangre los españoles y los de Guisa los siguieron con deseo, á ser posible, de acabar con todos.

En el mismo instante, y como saliendo de entre los piés de los caballos, apareció un hombre, pobremente vestido, pero de mirada irresistible, el que, parándose delante del duque del Imperio, alzó la mano derecha, y con acento terrible, le dijo:

—¡Huyen, y los perseguís! ¡piden cuartel y los acuchillais! ellos son protestantes, pero el que obra como vosotros no defiende la causa de Dios.

Esto dijo, y desapareció como un meteoro, perdiéndose entre los cadáveres y los heridos. Era el mismo incógnito que noches antes detuvo á Felipe II en una de las calles que desembocaban en la plaza de Palacio.

Al oír Julio la voz de este hombre, se estremeció; al verlo se le cayó la espada de la mano, y al perderlo de vista picó á su caballo, gritando:

—¡Guisa, Flaviano, Mendoza, Odon, Roberto, Mauro, Solís, alto! Dejadlos que huyan: cuartel al rendido; perdon al que se aleja.

Su semblante se hallaba desfigurado; y trémulo y descompuesto, corría como herido en su corazón por el acento de aquel hombre extraordinario.

De este modo se adelantó á los suyos, y hasta intentó defender con su cuerpo á los fugitivos; pero no necesitó llevar á cabo tal sacrificio para hacerse obedecer de sus amigos y restantes subordinados, mirando al poco tiempo con placer que los individuos de sus huestes retrocedían al campamento, victoreándolo y aplaudiéndolo.

En cuanto á los hugonotes, continuaron su dispersion, llevándose consigo al condestable, al capitán Foix y á otros jefes pertenecientes al ejército del primero y del desgraciado Saint André.

Duró la batalla cerca de cinco horas y quedaron en tierra, entre muertos y heridos, de 7 á 8,000 mil hombres.

Condé fué entregado al duque de Guisa, el cual mandó curarle la herida que recibió y alojarle en su propia tienda. Los restantes prisioneros del ejército hugonote, hechos por los españoles, también fueron presentados á Lorena y tratados por este con la bondad propia de tan cumplido caballero.

De este modo dió fin la sangrienta batalla de Dreux, en la que todos se batieron bien, faltando únicamente á algunos de los jefes que la mandaron la prudencia y arte tan necesarios en la guerra. Nuestros soldados sobresalieron en serenidad y disciplina, por eso fueron tan escasas las bajas que se contaron en sus filas.

Hemos dicho ya y repetimos que, en nuestro concepto, mas que el fanatismo religioso inspiraba á los jefes de los

hugonotes la ambicion y el deseo de vengarse de sus rivales. Condé, herido y prisionero, sufria ya el castigo de su falta; en cuanto á su amigo Coligny, corria, llevando en rehenes al condestable, que no tardó mucho en dejar en libertad. Este general de los hugonotes murió asesinado en una noche terrible, en la que fueron muertos en París una gran parte de los que profesaban sus ideas religiosas.

CAPÍTULO VI.

Las últimas frases de un loco. — El desconocido. — Generosidad de Lorena.

Reunidos los tercios españoles regresaron á su antiguo campamento y comieron mientras los encargados del hospital de sangre, en cumplimiento de las terminantes órdenes del duque del Imperio, recogian y curaban sin distincion á todos los heridos que quedaron en el campo de batalla, en tanto que otros hacinaban los cadáveres y les prendian fuego, convirtiendo en cenizas, que el aire esparcía do quier, á aquellos restos humanos. Triste y prematuro fin de unos hombres que no há mucho cantaban y reian sin suponer un solo instante que la terrible guadaña estaba ya fija en sus gargantas contando con afan los pocos instantes que les quedaban de vida.

¡Pobre género humano, cuán locamente camina á su perdicion impelido por una pasion bastarda ó por una idea que ni aún se tomó la molestia de estudiar! Ved las consecuencias de vuestro arrebató: en un extremo del campo de batalla sirven de juguete al viento los que gozosos ayer saboreaban la idea de un porvenir que se les mostraba risueño; pero si os horroriza ese cuadro, volved la vista atrás y mirareis otro no ménos interesante. Es una inmensa tienda de cam-

paña á la que han unido otras más pequeñas, por ser insuficiente la primera para el objeto á que se la destina; á esas lonas sujetas con cordeles le llaman el hospital de sangre. Penetrad en él y os estremecereis al contemplar tanto moribundo, cuyos últimos suspiros se confunden entre el clamoreo que forman el sinnúmero de ayes y quejidos de hombres que hace poco disfrutaban de completa salud y ahora son presa de punzantes dolores. Una gran parte de esos infelices sanarán, pero al recibir el alta del facultativo, se encontrarán con una pierna ó un brazo ménos; triste consuelo del que creyó perder la vida, y solo dejó en el campo ó en el hospital un pedazo de su cuerpo. Otros mas afortunados saldrán curados y con solo el recuerdo de los dolores sufridos; estos podrán tener el incomparable placer de asistir á otra batalla y dejar en ella el brazo ó la pierna, cuando no la vida que su buena suerte les conservó en la anterior.

Pasa un siglo y otro, el sabio escribe, el aficionado lee y vamos heredando de unos en otros la ciencia de tanto ilustre varon como vino y desapareció del mundo. Ocupamos una gran parte del tiempo, primero en aprender, y luego en enseñar; y como quiera que tenemos á nuestro alcance para lo uno y para lo otro la ciencia de tantas capacidades habidas, aprendemos mucho y enseñamos bastante; lo cual no obsta para que el hombre, siguiendo la costumbre de los primitivos séres que habitaron el mundo, mate y se deje matar por cuestiones que no debieran afectarle, cuando no por causas que repugna recordar. Lo más grande, lo que más estima todo sér, es la vida, y es tanto lo que hemos aprendido, que no sabemos ni aún conservarla; es más, hasta nos molesta que un *loco* venga á patentizar nuestra obcecacion, nuestra torpeza...

Por si todavía nuestros lectores no han llamada impertinente, por lo ménos, á nuestra filosofia, nos apresuramos á abandonarla, terminando este párrafo con las frases que se

le escaparon á un *loco* momentos antes de espirar: «he vivido —dijo— noventa años; pasé estudiando setenta y siete, y muero con el sentimiento de no haber podido comprender la magnitud de mi ignorancia.» Andando el tiempo hubo algunos que conceptuaron sabio á este pobre *loco*.

Los *invencibles*, llevando en medio á su amigo y general el duque del Imperio, se retiraron á la tienda de este, donde tres de ellos se dejaron curar las leves heridas que acababan de recibir, comiendo acto continuo. Luego se reclinaron en el divan que ya conocemos, y hablaron de la batalla, elogiando á Silva y á Guisa y comentando algunos hechos ocurridos en ella, con la misma indiferencia que si trataran de un baile ó de otra funcion cualquiera. Estaban satisfechos, al parecer, y no demostraban pena ni sobresalto alguno.

Esto con relacion á los maestros de campo; en cuanto al general, se hallaba triste, ensimismado y como pesaroso; no hablaba y se conocia que ni aún fijaba la atencion en las frases de sus compañeros; pero Flaviano, viéndole en aquel estado, pretendió sacarlo de él con la siguiente pregunta:

—Julio ¿piensas en Elvira tu esposa, ó en los cadáveres que hemos dejado tendidos en el campo de batalla?

El duque se pasó la mano por la frente, alzó esta, y mirando al que le interrogaba, le contestó:

—Ni en una cosa ni en otra; mis ideas en este momento se contraian á mi padre, á ese religioso trinitario tan humilde, caritativo, bondadoso y noble. Le contemplaba en estos instantes velando, como de costumbre, por los desgraciados; haciendo el bien de los seres que le rodean, y recibiendo por única recompensa los martirios del ayuno, del insomnio y de la penitencia; mas le veia á la vez satisfecho de sí propio! ¡Inefable bien que todos desconecemos! Nosotros destruimos, él edifica; mi padre camina hacia el Paraíso, nosotros, sábelo Dios.

El recuerdo del príncipe de Italia y el de su vida y hechos, expresados por el hijo, hicieron inclinar la cabeza á

los *invencibles* sin hallar nada que contestar. Julio permaneció algun tiempo silencioso, tornó á pasarse la mano por la frente, y abandonando, al parecer, su tristeza, continuó hablando de conversacion.

— Bien os habeis batido hoy, hermanos; no dudo que quedarán satisfechos los católicos, y los reyes de España y Francia, si bien es cierto que la santa causa que hemos defendido es digna de la admirable bizzarria con que os he visto pelear.

— Te hemos obedecido é imitado nada más, Julio — le contestó con modestia el vizconde de Jana.

— Gracias, Odon; vuestras lisonjas me envanecen, pues solo miro en ellas el cariño que las inspira. Decid, hermanos, variando de conversacion, ¿habeis visto durante la batalla ó despues de concluida á un hombre de barba canosa y larga, cubierto con un jaique gris?

Odon, Roberto, Mauro y Mendoza le contestaron que nó con un movimiento de cabeza; mas Osorio, le preguntó:

— ¿Era alto, de mal aspecto y como de unos sesenta años de edad?

— Sí.

— ¡Pardiez, creo que le debo la vida!

— ¿Qué dices?

— Llegó una bala á mi caballo, dió un salto terrible al sentirse herido y corrió desbocado en direccion de un grupo de protestantes, los cuales concluian de cargar sus mosquetes. Eran sobre doscientos, su jefe los arengaba, y yo, sin poder contener mi potro, debia caer en medio de ellos que me hubieran recibido con una descarga cerrada. En tan terrible instante apareció ese hombre, se agarró á una cadena de las que me servian de brida y con fuerza sorprendente le hizo dar media vuelta á mi desbocado alazan, obligándole á escapar en direccion contraria. Tres minutos despues me hallaba milagrosamente entre los soldados de mi tercio, donde cambié de caballo y continué peleando.

—¿Y el desconocido?

Le preguntó el duque sin poder contener su mucha ansiedad.

—No lo volví á ver hasta que, concluido el combate, me pareció distinguirlo entre varios heridos á quienes curaba.

—¿Qué hiciste?

—¡Pardiez! fui á darle las gracias; pero en vez de escucharme huyó de aquel sitio gritando: «estos ya están curados; ahora á los otros, que todos son hijos de Dios.» Y desapareció sin que me fuera dable seguirlo.

—¿Lo has vuelto á ver?

—No.

—¿Le conoces?

—No recuerdo haberlo visto antes.

—¿Qué opinas de ese hombre?

—No me dió tiempo para reconocerlo; mas puedo asegurar, que no es cobarde: cuando detuvo mi caballo silbaban las balas por encima de su cabeza y estaba más sereno que yo.

—¡Maldicion! ¡por encima de su cabeza!...

—¿Por qué te admiras así, hermano?

Le preguntaron los cinco sorprendidos.

—Ese hombre me interesa mucho... mucho, amigos míos!

—¡Ya se conoce!

—Si lo hallaseis en alguna ocasión en peligro, á costa de vuestras vidas salvadlo. No conteis jamás el número; sean uno ó mil libradlo si quereis que yo viva.

—¿Quién es ese hombre, Julio?

Le preguntaron los cinco *invencibles* levantándose y mirándolo con asombro.

—Un sér que si el universo entero le ofendiese, con el universo enteró me atreveria.

—¡Su nombre!

Exclamaron los cinco cada vez mas admirados.

—¿Para que os hace falta saberlo?

— Julio — le preguntó Flaviano — ¿hay algo en el mundo que lo ames tú y no lo amemos los seis?

— Es verdad, hermano, por eso lo pongo bajo vuestra poderosa proteccion.

— Lo defenderemos; si es preciso moriremos por él; ¿pero dónde está? ¿cómo se llama? ¿quién es?

— Corre en el mundo como el águila por el éter; es un sér á quien yo amo, y se llama caridad. No se le puede preguntar; ni es dable contradecirle, ni tenemos otra obligacion que amarlo y defenderlo.

— ¡Julio, qué te hemos hecho para que nos ocultes un secreto! ¿No formamos los seis una sola voluntad? ¿No juramos comunicarnos cuanto nos ocurriera, cuanto supiésemos? ¿Hay alguno de nosotros indigno de tu confianza? Di su nombre y si no se atraviesa el corazón al escucharlo, yo le mataré.— Dijo Mauro, y sus cuatro compañeros, exclamaron:

— ¡Sí, sí!

— Hermanos — añadió el duque con ternura — no es eso, oid: no os digo quién es ese hombre porque me lo ha prohibido mi padre; ¿quereis que lo desobedezca?

— No — gritaron los cinco — faltar al príncipe sería un crimen. Cállalo, hermano, cállalo.

— Gracias, amigos míos; ¿os he faltado en algo?

— No, no; tu padre es una excepcion para todo.

— Es decir, que defendereis al desconocido.

— Como á tí.

— No, hermanos; mas que á mí; mejor dicho, con más interés, abnegacion y arrojo.

— ¡Quién será!

Volvieron á exclamar los cinco cada vez mas admirados. En el mismo instante se abrieron los lienzos de la tienda y una voz ronca y torpe, voz que parecia hallar á su salida un estorbo, dijo con humildad:

— Un mendigo implora vuestra caridad, nobles señores.

— ¡El es! — gritó Flaviano.

El duque se levantó abriendo los brazos; mas el pordio-
sero fijó en él una mirada que le obligó á caer poco á poco
sobre el asiento, quedando en la misma postura que estaba
antes.

Osorio, Mendoza, Nuñez y los Navarros devoraban con la
vista al recién venido, pero sin atreverse á llegar á él y mé-
nos á dirigirle la palabra.

Así transcurrió un minuto.

El mendigo acabó de entrar quedando pegado á la puerta.

Los *invencibles* vieron entonces con sorpresa que el gro-
sero traje de aquel hombre estaba teñido de sangre, que su
piel se hallaba tostada y que se acercaba á la ancianidad.
La primera impresion que se recibia al mirarlo prevenia en
contra, mas examinado detenidamente inspiraba veneracion
y respeto. Julio le preguntó:

—¿Qué quereis de nosotros?

—Para mejorar la suerte de los heridos que habeis muti-
lado hoy; para aliviar la desgracia de sus pobres familias;
para que pueda yo probar en este dia un pedazo de pan;
dadme una limosna por Dios.

—¿Estais herido?—le preguntó Silva.

—No; la sangre que veis es de otros á quienes curé.

Por fin Flaviano anduvo dos pasos y frente á frente del
desconocido, le dijo:

—Me habeis salvado la vida esta mañana y gustoso os
daré cuanto querais.

—Solo os pido una limosna por Dios.

—Fijadla vos; soy rico...

—Me van faltando las fuerzas, señores, y voy á caer en
tierra; ¿me dais la limosna?

Los cinco maestros de campo entregaron al mendigo sus
bolsillos, los cuales estaban repletos de oro. Despues que se
los hubo guardado, añadió Osorio:

—Os he dicho ya que os debo la vida y quisiéra paga-
ros deuda tan sagrada.

— Bien, señor —le contestó el incógnito — dadme un poco de pan y una copa de agua y estamos en paz.

— Mezquina recompensa para tan gran servicio; mas toda vez que os basta con eso os lo serviré yo mismo.

Y el gallardo y elegante jóven entró en el trapezoide de la tienda en busca de alimento para el pordiosero. Este, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó meditando; los cuatro maestros de campo le miraban con suma curiosidad, mientras el duque se acercó á una mesa y se puso á escribir.

Cinco minutos después volvió Osorio con una bandeja de plata en la cual traía agua, vino, pan y viandas.

— Tomad lo que gustéis —le dijo al desconocido — sentaos y comed con tranquilidad.

— Gracias, Flaviano de Osorio; á vuestra edad era el conde de Arahál, vuestro padre, solo alférez. Vos teneis que agradecerle más á la Providencia; no sed ingrato con ella.

— Tomaré el consejo, anciano. ¿Con que conocéis á mi padre?

— Sí.

— ¿Hace mucho tiempo?

— Mucho.

— ¿Le tratasteis?

— ¿Me dais un poco de agua?

— Bebed vino y os dará más fuerzas.

— No; ponedme agua. No há mucho me dió vuestra esposa otro pedazo de pan, sirviéndome tambien agua; estaba tan sediento como ahora.

— ¿Tambien conocéis á Adela?

— Como á vos.

— ¡Es extraño!

— Más lo es que os ame aquel ángel tanto, y que vos...

— Acabad.

— Ya he concluido. Con ese poco de pan y esa copa de agua tengo bastante hasta mañana.

—Perdonad, no os decia eso; comed cuanto querais que no me pesa la bandeja. Me referia á esas palabras que habeis dejado por decir.

—¡Con que no os pesa la bandeja!

—No, señor.

—¡Ni os causa rubor servirme!

—Tampoco.

—¿Y por qué quien tan buenas cualidades tiene no habia de adorar al ángel que el cielo le dió por compañera?

—La amo con loco frenesí.

—Jóven, yo tambien fui casado y mi esposa era, como la vuestra, hermosa, pura y tan amante, que solo pensaba en su pobre marido. Yo, que pretendia quererla con ese loco frenesí, de que vos blasonais, miraba únicamente á mi mujer; no me gustaba mas que ella, y cuando hablaba con otras lo hacia con esa indiferencia del que piensa en una y solo vive para ella. ¿Obrais vos lo mismo? porque en caso contrario no amais á la vuestra.

Flaviano inclinó la cabeza con rubor, sus cuatro compañeros clavaron en él una mirada irónica, mientras el duque se limpiaba dos gruesas lágrimas que le arrancaron las frases del mendigo. Este, dirigiéndose á los seis, exclamó:

—¡El cielo os premie la noble accion que acabais de practicar con este infeliz!

Y fué á marcharse, pero el duque del Imperio le detuvo, diciéndole:

—Esperad un momento. Nos habeis pedido á todos y yo no os he dado todavía.

—Nada exijo; pido y al que no puede ó no quiere darme, le compadezco.

—Anciano—añadió Julio con tono solemne—puesto que Dios está con el pobre, permitid que me incline ante Dios.

Y doblando una rodilla le besó la diestra que el otro no retiró, dejándole en ella unos papeles. Despues se levantó, prosiguiendo:

— Os doy mi firma en blanco en cinco papeles diferentes; mi nombre y posicion son conocidos en todas la capitales de Europa, como igualmente mi fortuna; encima de esas rúbricas poned la cantidad que querais y al primer judío que halleis perdiódsela, que no os la negará. Mis mayordomos pagarán al contado la suma y los réditos.

— Lo haré, señor general, que el cielo os otorgó mucho, y fuera ingratitud, indigna de vos, ser avaro con los desgraciados de la tierra.

Y el mendigo inclinó la cabeza y desapareció de la tienda, dejando triste al duque, asombrados á los Navarros, Nuñez y Mendoza, y avergonzando al galante Osorio. Los seis se miraron por algun tiempo, sin hallar nada que decir, siendo Mauro el que rompió el silencio, con las siguientes frases:

— Por vida mia, que ese anciano es hombre extraordinario.

— ¿Quién será?

Añadieron sus cuatro compañeros.

— Ya lo habeis oido, un mendigo.

— No — replicó Flaviano — hay algo más que un pordiosero debajo de aquel grosero jaique.

— Sí, hermano, un hombre que sonroja con sus verdades; ¿es cierto?

— Os habeis empeñado todos en que continuo galanteando, y contra tal mania no hay defensa posible.

— ¿Por qué no le contestaste eso al desconocido? ¿Por qué inclinaste la cabeza ante sus palabras? ¿Por qué no le probaste que te calumniaba?

— No lo sé, Julio: fui á hablar y no hallé nada que decir. Repito que ese hombre es algo más que un pordiosero.

— No le replicaste porque á pesar de sus harapos, de lo curtido de su piel, de ser un mendigo, impone su mirada, inspira veneracion su rostro y en sus balbucientes labios brilla la verdad como el sol sobre las aguas del Océano. No ha mentido nunca, Flaviano.

—Puede equivocarse.
—Es cierto, pero toma su consejo, que aún cuando ese incógnito no es infalible, tú lo eres menos.

Nuestros seis jóvenes continuaron hablando del mendigo hallándose muy satisfechos de la noble acción que acababan de practicar con él. Eran ricos, mas su generosidad estaba en relación con la fortuna que el cielo les otorgó; siendo notable la altanería de que hacían uso con los poderosos y lo humildes que se presentaban ante el pobre. Su disputa con el condestable y la conducta enteramente contraria que observaron con el pordiosero, son una prueba evidente de lo que acabamos de decir. A la primera frase dura del magnate francés, los seis se convirtieron en altaneros provocadores; mientras nada halló que contestar el atrevido Flaviano á las reconvenciones del pobre; antes al contrario, le sirvió de criado, inclinándose los restantes ante un desconocido que, fuese quien quisiera, allí solo merecía la consideración de un mendigante.

Serian las nueve de la noche y los jóvenes aún permanecían hablando en la tienda de Julio, cuando llegó el duque de Guisa, que los estrechó uno por uno, exclamando despues:

— ¡Declaro, amigos míos, que habeis sido hoy seis héroes, en cuyas frentes he visto brillar el genio de la gloria! ¡Invencibles os apellidan y por Dios que no os adulan! Si Saint André no hubiera muerto, estoy seguro que desiste del duelo á que os provocó; no por miedo, que era valiente, si por vergüenza de retar á los gigantes que han ganado una batalla, dos veces perdida antes, con solo decir quiero. Dejadme que os estreche otra vez y que os llame amigos míos.

— Gracias por tus lisonjas, duque — le dijo Silva abrazándolo por segunda vez — pero te advierto que son un dardo que se vuelve contra tí, pues te has batido hoy mejor que nosotros.

— Mejor no, ni tan bien, por más que haya hecho un esfuerzo supremo estimulado por maestros tan bizarros; mas

ante el modo que teneis de mover las masas, la oportunidad de las retiradas y de los ataques; el éxito, en fin, de todas vuestras operaciones, inclino la frente y me declaro vencido.

— Vencidos nos tienes tú con tus halagüeñas frases; que elogios de un valiente tan entendido y diestro serian recompensa superior al merecimiento si el doncel nos estimase ménos, si no nos profesase tan noble amistad. ¿Quieres que hablemos de otra cosa?

— Sí.

— ¿Qué dice el principe de Condé?

— De vosotros lo mismo que yo; de mí nada.

— Juzgo que no le darás motivo de queja.

— Ninguno.

— ¿Se lamenta?

— De su suerte.

— ¿Quiere?...

— La libertad.

— ¡Para guerrear otra vez contra su rey y los que profesan la religion católica!

— Así es.

— Déjalo encerrado.

— Lo haré.

— ¿Y su primo Carlos IX, le perdonará pronto?

— Sí, mas su tia Catalina de Médicis cuidará de que no se cumpla en mucho tiempo la voluntad de su hijo.

— ¿Crees tú que es hugonote?

— ¡Pues qué ha de ser!

— Un ambicioso.

— Puede.

— ¡Te odiará!...

— Acaso.

— Témele.

— ¡Tú me aconsejas eso!

— Sí.

— Explicate.

—Tu temor será un nuevo candado fijo á la puerta de su prision.

—Gran empeño muestras en ello, tú, el mas generoso de los hombres.

—Duque amigo, á mil pasos de esta tienda hay un extenso campo, que conoces bien, regado con sangre humana. ¿Sabes quién tuvo la culpa que se hubiera vertido?

—El príncipe de Condé, Coligny y algunos otros jefes de los hugonotes.

—Ciertamente; y lo peor es, que lejos de desistir de su empresa les habrá irritado más la derrota de hoy, y en el momento que el príncipe esté en libertad, volverá á verse teñido con sangre el suelo francés. Ten muy presente, amigo mio, que la reina Isabel de Inglaterra los anima, enciende y presta dinero y recursos de toda especie; que de Alemania reciben oro y refuerzos; que el fanatismo religioso supera á todos los fanatismos, y que la ambicion de los jefes hugonotes no tiene límites. Es indispensable, en mi opinion, que la gloria alcanzada hoy sea exclusivamente tuya; nosotros debemos aparecer como meros auxiliares obedientes á tu voz y única direccion...

—Duque del Imperio — interrumpió Guisa — eso no es verdad, y si tal mentira es honrosa para tí, no puede ser mas infamante para el que solo ha podido imitar al último de esos maestros de campo.

—Nosotros nos encargaremos de divulgarla y tú tendrás la abnegacion de no desmentirla.

—¿Qué me propones, Julio?

—Te exijo, noble amigo mio, otro sacrificio más por tu religion, por tu patria y por Carlos IX, que te honra con su amistad y aprecio.

—¡He de ceñir sólo unos laureles!...

—Teñidos en sangre de tus hermanos, malditos por un partido francés numeroso y arrancados por solo la suerte de las armas. Con ellos, duque, te voy á formar una corona,

pesada y molesta; corona que el bien de tu patria, de tu rey y de tu religion exigen contemplar sobre tus sienes.

—¿Y vosotros?

—Vamos á Malta por otra mas honrosa. El bárbaro de Oriente imitando á Atila, quiere esclavizar á Europa, hacerla mahometana y que nuestros palacios presencien y sirvan para los báquicos y espléndidos festines de sus salvajes hordas de la Arabia, de Egipto y de la Siria. Sobre el Mediterráneo, y desde Africa hasta Malta, se extiende ya un inmenso enjambre de galeras, coronadas de cañones, repletas de soldados y ansiosas de avanzar al Estrecho y doblar el cabo de San Vicente, corriendo luego desde el Océano atlántico al glacial. A Soliman, gran señor de Turquía, no le bastan las inmensas posesiones que heredó; en su ambicion de mando y afan de conquistar, pretende doménar desde el mar Caspio al mar Negro; desde este al Mediterráneo y dando la vuelta al Océano llegar hasta la Siberia y Asia rusa; dejando de este modo encerrada á la Europa entera en el círculo de su poder.

—¡Idea colosal—dijo Guisa—que nació en la cabeza de Alejandro el grande y que espiró en la de Carlos I de España!

—Para renacer—añadió Silva—en la de Soliman.

—¡Gran poder tiene el monarca otomano!

—Con mis cinco amigos, con esos soldados que viste hoy pelear y con los caballeros sanjuanistas de Malta he de tener bastante para vencer á ese poder tan arrogante y colosal.

—¡Asombra la idea, Julio!

—O perecemos ó lo conseguimos. En cualquiera de los dos casos, ¿crees que podrá hacernos falta la gloria adquirida hoy?

—No.

—Luego la aceptas toda.

—¡Qué he de hacer!

—¿Cenas con nosotros?

—No, que he de partir mesa y lecho con mi prisionero Condé.

—¿Juntos vais á dormir?

—Sí.¹

—La accion es digna de tí.

—No será mala cuando tú la aplaudes.

—¿Qué es del enemigo?

—Huye en completa dispersion. ¿Cuando levantamos el campo?

—En el momento que reciba el correo de Madrid.

—¿Llegará pronto?

—Esta misma noche lo aguardo.

—Muy bien. Hasta mañana, amigos mios.

Los seis tornaron á abrazar al noble duque de Guisa despidiéndole con el mas tierno interés.

Salió aquel, y los *invencibles*, despues que cenaron, se retiró cada uno á su tienda y buscaron en ellas el reposo y descanso á las fatigas del dia.

Una hora despues todos dormian.

El campamento quedó entregado al mas profundo silencio. Solo en uno de sus extremos se veian muchas luces, andaban hombres de un lado para otro y se percibia el angustioso y débil suspiro arrancado por el dolor, el cual solia confundirse con la febril y desigual respiracion del calenturiento.

Era el hospital de sangre en el que se hallaban tendidos unos 5,000 hombres. En este instante velaba por ellos con prolijo afan y cierta autoridad el mendigo que ya conocemos. Los heridos besaban sus manos; el jefe superior del hospital se descubria ante él y le contestaba con un respeto que llenaba de asombro á los médicos y restantes auxiliares, y todos obedecian sumisos las órdenes que daba.

¡Quién será este hombre!

Silva lo dijo, la caridad.

¹ Histórico. Ambos enemigos durmieron en una misma cama.

CAPÍTULO VII.

Despachos importantes.—Conflicto.—Unos á Flandes y otros á Malta.

Poco despues del toque de diana fueron entrando en la tienda del duque del Imperio los cinco maestros de campo, y notaron con sorpresa que aquel se hallaba rodeado de algunos capitanes á los que daba órdenes, por escrito á unos, y de palabra á otros, y todo esto sin soltar la pluma, teniendo esparecidos sobre la mesa donde trabajaba varios despachos y algunas cartas cerradas aún. Fuera de la tienda esperaban además tres correos, teniendo los caballos ensillados y cogidos del diestro.

Al ver el duque á sus amigos les dijo, sin dejar de escribir:

—Cartas de vuestros padres y esposas: cogedlas.

—¿No quieres que te sirva de secretario?—le preguntó Flaviano.

—Sí; despues que hayas leído tú correspondencia.

—Los capitanes se retiraron á un lado de la tienda, dejando paso á los *invencibles*, que fueron tomando cada cual y leyendo los escritos que les venian dirigidos.

Al concluir Mendoza, exhaló un tierno suspiro arrancado de lo mas íntimo de su corazon; Mauro oprimió la empuña-

dura de su espada, se enrojeció un poco su semblante é inclinó luego la cabeza, resignado al parecer con la amarga suerte que le condenaba á vivir separado de su adorada Aurea; y Flaviano se arregló un poco su ensortijado bigote, y alzando la frente con algo de vanidad, exclamó para sí:

—¡Pobre Adela!... ¡es hermosa y me ama con delirio, pero está tan lejos!...

Después se sentó frente al duque y comenzó á cerrar los despachos que aquel concluía, fijando en unos el escudo de armas de los Silvas, y en otros el de España. Luego cogió una pluma y esperó á que Julio le dictara los sobres; mas este, cuando estaba para concluir, les dijo:

—Hermanos, contestad á vuestras familias; advirtiéndolos, que antes de media hora mando un correo para Madrid.

Los cinco rodearon á su jefe y se pusieron á escribir.

Veinte minutos después alargaba el duque varios despachos, diciendo á los portadores:

—Capitán Pablo, corred á París y que entreguen ese escrito á S. M. Carlos IX. Vos, capitán Gerardo, presentais ese otro al duque de Parma. Y vosotros cuatro, marchais ganando horas á Nápoles; llevareis cien ligeros, procurando entregar ese despacho al virey lo antes posible. Partid todos.

Seguidamente hizo entrar á los correos, añadiendo:

—Tú, vas á Malta sin detenerte hasta poner en manos del gran maestro esos documentos. Te advierto que los turcos ocupan ya una parte de la isla, y que interesa mucho á nuestro rey que veas á la persona indicada: sal. Tú — prosiguió dirigiéndose á otro — vas á Bruselas, pero el llegar á la raya de Flandes, dejas el caballo, y á pié y bien disfrazado, procura acercarte hasta la princesa Margarita á quien darás este otro despacho. Ten muy en cuenta que el país está salpicado de enemigos que te ahorcarán si te descubren. Y tú — dijo al último — parte á Madrid con esos pliegos para S. M., para el general Navarro y restantes individuos de vuestras familias; no te detengas.

Salió el último correo, Julio apoyó la frente en la palma de la mano derecha y quedó como meditando, mientras sus amigos, que ya habian concluido de escribir y entregado sus cartas, le miraban intentando penetrar la idea que se agitaba en su privilegiada y hermosa cabeza.

Momentos despues fué alzándola poco á poco, exclamando por fin:

— Amigos mios, vamos á dejar á Francia, pero es indispensable separarnos.

Los cinco le miraron, cada vez mas sorprendidos; aquel continuó:

— Mauro, Odon, Roberto y Rogelio, partireis inmediatamente al frente de todo el ejército á Sicilia, mientras Flaviano y yo vamos primero á París y luego á Flandes. En cuanto llegueis á Italia os embarcais, en union del ejército, y os acercais á Malta, desembarcando con las precauciones consiguientes al estado del país. En ese despacho os doy las instrucciones necesarias. Flaviano y yo os seguiremos mas adelante, si Dios nos saca con bien de entre las garras de los iconoclastas flamencos; si antes no da fin de nosotros la vengativa Catalina de Médicis.

— ¿Solos os marchais — preguntó Odon — á un país donde os esperan alzados cien mil puñales?

— Sí, vizconde; es indispensable arrostrar el peligro, jugando el todo por el todo, con ménos probabilidades de éxito que nuestros contrarios.

— ¿Hay motivo suficiente para empresa tan temeraria? — interpeló Mauro.

— Yo lo creo, pardiez. Hermanos, los turcos habrán desembarcado á esta fecha, y ya comprendereis que los caballeros de la órden de San Juan no pueden resistir por mucho tiempo el vigoroso ataque de esos bárbaros. Esto en cuanto á Malta; respecto de Flandes, deben reunirse el domingo todos los jefes del partido protestante, y rompiendo el juramento que me hicieron en Alicante, alzarán el pen-

don de la revolucion, y Dios sabe las consecuencias que eso podrá traer si Flaviano y yo no corremos mucho, y llegando antes del domingo lo evitamos. Esto me aseguran el rey, la princesa Margarita, el virey de Nápoles y el gran maestre de Malta, en los despachos que he recibido hace poco y que teneis abiertos sobre esa mesa. ¿Comprendeis la gravedad del caso?

—Sí — le contestaron los cinco.

—Pues hay otra cosa peor, amigos míos; y es, que debemos pagar hoy al ejército y tenemos poco dinero. No era posible suponer una marcha tan repentina, y habiendo entregado á esos capitanes que han partido las cantidades suficientes para que apresten galeras en Sicilia, y lo indispensable para el embarque, resulta que no han quedado mas que 6,000 ducados, cuando necesitamos hoy cerca de 20,000.

—Pues añade á eso — dijo Flaviano — que nosotros dimos anoche al mendigo casi todo lo que guardábamos.

—Ya lo sé, y eso hace mayor el conflicto.

—En cuanto al ejército, marchará sin paga á Sicilia — replicó Odon.

—Es verdad, mas puede entregarse al pillaje y es preciso evitarlo.

—Se les ahorca, y punto concluido.

—Se les paga y se excusan unos castigos que repugna imponerlos.

—Y no habiendo, ¿con qué se paga?

—Con dinero.

—¿Dónde está?

—¡Esa es la cuestión, vizconde; donde está!

En este instante penetró en la tienda un alferez, y saludando, le dijo al duque:

—Señor, un judío vecindado en Dreux, pretende hablaros.

—Pues si es judío — contestó Silva sonriendo — será rico. Hé ahí, querido Odon, un hombre que podrá sacarnos del

apuro; el cielo oyó sin duda nuestra queja y nos manda á ese individuo de una de las doce tribus.

Los cinco sonrieron tambien al oir la chanza del duque, replicando Roberto.

—Si ese hombre es efectivamente rico y conoce tu nombre, stoy seguro que te presta cuanto necesites, llevando de réditos, conocido el apuro en que estamos, un ciento por ciento al mes.

—Lo probable es, hermano, que no nos conozca, que no sea rico ó que no quiera prestarnos. Alférez, decidle que entre, y despejad.

No tardó mucho en presentarse en medio de ellos un anciano de barba blanca y larga, apoyado en un grueso baston, en el cual sostenia el peso de su inseguro cuerpo. Era hebreo efectivamente, saludó con temor y respeto quedando parado.

—¿Qué deseais?—le preguntó Silva.

—¿Sois el duque del Imperio?—le interrogó el judío mirándolo con interés.

—Sí; hablad.

El anciano metió la mano en uno de sus bolsillos, sacó una cartera mugrienta, la deslió y buscó cuidadosamente un papelito muy doblado, el cual fué abriendo con mano temblorosa. Cuando hubo concluido miró á Julio, diciéndole:

—Señor duque, este papel que vos habeis firmado, declara que me entregareis en el acto 12,000 ducados.

—¿Qué decís?—le preguntó Silva asombrado, no quedándolo ménos sus cinco amigos.

—Vedlo, señor—replicó el hebreo, alargándole el documento.

El duque lo cogió y reconociendo su rúbrica, le preguntó de nuevo:

—¿Cuánto disteis por este papel?

—Doce mil ducados.

—¿No sois usurero?

— Séalo ó nó, entregué esa suma.

— ¿Cuánto más debo yo entonces satisfaceros?

— Nada.

Cada vez mas admirado el duque, continuó interrogándole:

— ¿A quién disteis esa cantidad?

— A un hombre.

— ¿Cómo se llama?

— ¿Es preciso que os diga su nombre para que me pagueis?

— No; mas intentaba saber si lo conociais.

— Lo conozco.

— ¡Ah!... ¿Teneis empeño en ocultarme quién es?

— ¿No lo diria áun cuando me mandaseis ahorcar.

— Bien, judío, muy bien. ¿Quereis hacerme un favor?

— Si puedo, con mucho gusto.

— ¿Conoceis mi nombre?

— Sí.

— ¿Y mi fortuna?

— Tambien.

— ¿Tendriais inconveniente en mandar cobrar esta suma

en Madrid, aumentando lo que fuera razonable?

— Segun.

— Explicaos.

— ¿No teneis lo suficiente para pagarme?

— Aquí no, y por Dios que lo siento.

— ¿Necesitais mas?

— La pregunta es atrevida.

— Contestadme; yo os lo ruego.

— Pues bien; si.

— ¿Con qué cantidad os bastaria?

— Con otros 12,000 ducados.

— Doce y doce que me debeis son veinticuatro; si llega-

sen á treinta os los daria, pues me hacen falta en Madrid.

— Sed más explícito; me entregais doce, y doce que os

debo, veinticuatro, y seis que me llevais de réditos compo-

nen 30,000 ducados. ¿Es eso lo que quereis decir?

—No; digo que doce y diez y ocho que os daré suman los treinta que necesito cobrar en la capital de España.

—¿Quién sois, judío extraordinario?

—Un individuo, como digisteis, de las tribus errantes.

—¿Qué causa os mueve á favorecerme de ese modo?

—¿Qué os importa, si os doy cuanto os hace falta?

—Los hombres como yo, anciano, no reciben favores de un desconocido.

—Entonces, os diré quién soy. Oid: me hallaba en Madrid há diez años, acompañado de mi hija, la hermosa Raquel, á quien amaba como al ángel que me hacia agradable la vida, dichoso el presente y risueño el porvenir. Prestaba á los pobres y á los ricos; vivia con holgura y era feliz. ¡Es un cielo aquel tan despejado; son sus áuras tan puras, suaves y halagüeñas; las flores tan bellas; las plantas tan odoríferas; los montes tan altaneros, y los rios tan poéticos, que no echaba de ménos las márgenes del Jordan, las palmeras de Jerusalem ni los arroyos de la Siria! ¡En mi huerta, entre mis rosas, al susurro del agua, al beso de la brisa, contemplaba yo á mi Raquel, jugaba con sus rizados cabellos, y era tan dichoso!...

El anciano dejó caer la cabeza, rodando por sus arrugadas mejillas dos lágrimas que detuvo y deshizo con sus trémulos dedos. El duque le dijo:

—Continuad, judío, que me va interesando vuestro relato.

Este exhaló un suspiro y prosiguió:

—Una tarde de otoño, me hallaba, como de costumbre, entre mis árboles y mis flores, estrechando cariñosamente á mi bella Raquel, cuando de pronto se abrió la puerta que daba paso á las habitaciones de mi casa, y apareció en el umbral un hombre de aspecto terrible, vestido de negro, llevando en el cuello un cordon verde en cuyo extremo pendia la sangrienta venera de la Inquisicion. Detrás habia un notario del Santo Oficio, y un poco más léjos dos soldados de la fe. Al verlos, mi hija cayó desmayada y yo sentí

una opresion en el pecho, que me ahogaba, hasta el extremo de apagar mi voz. Empezaron por fijar en cuantos muebles tenía, aquel fatal escudo, que aún no he podido olvidar; á la vez inventariaban hasta la ropa que vestia mi Raquel y luego nos entraron en una carroza, nos llevaron á la Inquisicion, concluyendo por encerrarnos en lóbregos calabozos, separados, húmedos, oscuros y tan tristes como la tumba. En un solo instante y sin haber cometido delito alguno cambié mis flores, plantas y árboles por la mansion de los muertos; mis arroyos por un rio de lágrimas; el poético ruido de la cascada por el hervor de la fiebre, el canto de los pájaros por el crugir de los huesos triturados, el rechinar de los dientes y los ayes del moribundo; mi fortuna, mis bienes adquiridos á costa de tantos cálculos, afanes y sudores, perdidos todos; y mi hija, el consuelo y apoyo de mi vejez, el ángel de mi vida, la pura, casta, inocente Raquel; aquel emblema de virtud, belleza y amor, arrojada al cieno de una infamante mazmorra.

Calló el anciano, se levantó el duque y cogiéndolo por los hombros, le dijo:

— Venid; sentaos á mi lado que á vuestra edad todo es dispensable.

— Gracias, noble señor — replicó el judío sentándose. — Sois tan bueno como vuestro padre!

— ¿Le conocéis bien?

— ¡Qué si le conozco!... ¡Por el Santo Abraham!...

El hebreo inclinó la cabeza, miró luego á los amigos del duque, y continuó:

— Sí; le conozco bien, muy bien.

Los seis *invencibles* rodeaban ahora al judío, contemplándole con bastante curiosidad. Silva le dijo:

— Proseguid, que me va interesando vuestro relato.

— Fui acusado, como igualmente mi hija, de judaizante pertinaz; quisieron que abjurásemos, nos negamos y en tal estado esperé el momento de recibir un terrible castigo que

no merecia. Poco me importaba ya morir; mas la idea de lo que iba á sufrir mi desgraciada hija partia mi corazon, despedazaba mi alma y me tenia fuera de sí, loco y en un tormento inexplicable.

Se apagó otra vez la voz del anciano, bajó la frente, se limpió el sudor que la bañaba, y continuó:

— Una noche, sentí correr los cerrojos de mi prision, y exclamé: ya está ahí el verdugo precedido de mi sentencia. Y vino á confirmar mi idea la presencia de un hombre, cubierto con sotana negra y un capuz del mismo color que solo dejaba ver sus ojos. La puerta se cerró, y llegando á mi el encubierto me dijo: « Levanta del suelo, siéntate á mi lado y hablemos. » La figura de aquel hombre heló la sangre de mis venas, mas su acento me tranquilizó algo, pues habia en él una dulzura, un timbre tan grato que seducia. ¿Qué quieres de mí? le pregunté. « Deseo que confrenciemos sobre tus creencias religiosas y sobre las mias. » ¿Nada mas quieres de mí? volví á preguntarle. « Por ahora no. » Nos sentamos, y con una calma, gravedad y talento admirables, fué analizando lo que vosotros llamais *Antiguo Testamento*; luego se ocupó del *nuevo*, é intentó con lógica irresistible convencirme del error, en que dice estamos, describiendo la llegada del Mesías, en vuestro año uno, como hecho realizado y de un modo tan sorprendente que me hizo dudar de las creencias de mis mayores. Debatimos largamente, y si bien no consiguió hacerme cristiano, si el que le oyera con mucho gusto, y el dejarme algunas veces perplejo, aturdido y sin hallar qué contestarle. Aun cuando permanecia cubierto, infundió en mí el brillo de sus ojos, y su seductor acento una confianza extremada. « Ya sé, añadió, lo difícil, si no imposible, de convencerte; perteneces á una raza maldita y hasta el fin de los siglos debeis permanecer errantes, sin patria, hogar, ni luz. ¡La misericordia divina se apiade de vosotros y acorte el plazo, hijos de Sion! Dios mio, prosiguió alzando los brazos al cielo con ternura

infinita; Dios mio, vuestra sublime caridad llegue pronto á cubrir los descendientes del pueblo de Moisés. Llevan más de quince siglos expatriados y errantes, y aún cuando su pecado merecia mas castigo, misericordia para ellos, misericordia para todos tus hijos!» Las frases del encubierto resonaron en el frio calabozo donde fueron pronunciadas, los cóncavos de la Inquisicion fueron repitiendo el eco, mientras mi corazon palpitaba de alegría, reconociendo en el enmascarado á un santo. Vi sus ojos bañados en lágrimas; lloraba por mí, por los míos; era un nuevo Abraham... Aquel inquisidor cristiano no podia atormentarme ni traer consigo una sentencia de muerte; no era posible que en torno de tal hombre pudiera existir la maldad, la infamia ni el oprobio. Temblando de gozo, ardiendo en esperanza y llorando como él, caí de rodillas y me abracé á sus piernas, exclamando: ¿señor, qué es de mi hija? vos no podeis consentir que manchen su pureza, que torturen sus carnes inocentes, ni que la hagan, en fin, mal alguno. Salvad á mi Raquel y aquí está mi garganta y mi cuerpo; viva ella y no os dé cuidado por mí; dejad que me quemen si es preciso. «Tú y tu hija estais declarados judaizantes pertinaces y debeis marchar al auto con mordaza é insignias de relajados; pero no temais, que yo salvaré á los dos. Sé que en tu alma hay nobleza, judío, y cuando no he podido atraerte al cristianismo, manantial inagotable donde el pecador halla siempre el agua santa para lavar sus culpas, es porque Dios no ha querido. Harto castigo es ese, hebreo; te voy á dar libertad, mas no olvides nunca la escena que ha terminado aquí. Y volviéndome la espalda desapareció. Poco despues abrazaba yo á mi hija, casta y hermosa todavía como el sol, como las aguas de mis arroyuelos, como las brisas de vuestro pais. Cogidos de las manos atravesamos un largo y estrecho pasillo, subimos una extensa escalera, y por fin penetramos en una estancia donde habia una bella figura de piedra que representaba á Jesus enclavado. Cerca de la imagen vimos

á un fraile que se llamaba Alberto de Silva, príncipe de Italia.

—¡Mi padre! —exclamó el duque con alegría.

—¡Nuestro padre! —repitieron sus cinco amigos con satisfacción.

—¡El amparo de la desgracia! —añadió el judío— el protector de los infelices. El que nos salvó la vida á mi hija y á mí devolviéndonos cuanto teníamos y echándonos su santa bendicion. Era el mismo que con el rostro cubierto acababa de salir de mi calabozo; nos acompañó luego á mi casa y no nos dejó hasta que en buenos caballos nos vió partir para Francia. ¿Me conoceis ahora, señor duque?

—Sí.

—¿Acceptais mis 30,000 ducados para entregármelos en Madrid?

—Con mucho gusto.

—¿Quereis más?

—No.

—¿Adónde os conviene cobrarlos?

—Aquí.

—¿Cuándo?

—Lo mas pronto posible.

—Antes de una hora estarán en vuestro poder.

Y el judío rompió el papel que tenía en la mano, relativo á los 12,000 ducados que reclamaba de Silva, preguntándole:

—¿Nada mas deseais del que debe á vuestro padre honra, vida y muchas riquezas?

—Gracias, anciano; me bastan con esos 18,000 ducados, quedándoos muy agradecido al gran servicio que acabais de prestarme.

Y levantándose escribió:

« Mis mayordomos pagarán en el acto al tenedor de este documento la suma de 30,000 ducados en oro ó plata.— Campo de batalla de Dreux á 20 de Diciembre de este año del Señor.— EL DUQUE DEL IMPERIO. »

—Tomad— le dijo al judío— leed y decidme si os basta con eso.

—Después de recibir el dinero— le contestó aquel— se lo podeis dar á mis dependientes.

—Cogedlo vos y abreviad.

— ¡Si me permitierais romperlo, con cuánto gusto lo haria!

— Esa cantidad se va á emplear en servicio de mi patria y esta no admite regalos de extranjeros.

— ¡No insisto, señor; mas debo tanto á vuestro padre!...

— Antes de dos horas debo partir, anciano.

— Mucho antes de una tendreis el dinero.

— Gracias.

— El cielo os proteja, señor duque; él os guarde á todos, caballeros.

— Id con Dios.

Le contestaron los *invencibles*, salió aquel mientras estos quedaban comentando la noble accion del príncipe de Italia y la triste suerte á que se ven condenados los desterrados de Judea.

Tres cuartos de hora despues, recibia Julio por mano de los dependientes del hebreo 18,000 ducados en oro, con lo cual tuvo suficiente para pagar al ejército y llevar él lo necesario para Flandes.

Sin perder tiempo se dispusieron todos á seguir las órdenes del entendido general, y una hora despues partieron los tercios con el sentimiento de dejar á aquel, si bien llevaban la esperanza de que pronto correria en busca de ellos.

Los dos Navarros, Mauro y Mendoza estrecharon tiernamente á Julio y á Flaviano y con los ojos húmedos se pusieron al frente de las huestes y caminaron hácia Italia.

El duque se quedó únicamente con su amigo Flaviano y los dos criados que respectivamente les servian. Acto continuo mandó preparar sus caballos, diciendo á Osorio:

— Hermano, vé á esperarme al alojamiento de Guisa, mientras yo reconozco el hospital de sangre.

Y sin detenerse mas penetró en aquél, examinó cuidadosamente el estado de los enfermos, entrando luego en un pequeño departamento donde le esperaba solo, el mendigo que ya conocemos.

Mas de una hora permanecieron encerrados; al salir llevaba el duque muy encendido el rostro y en los ojos la huella del llanto. El pordiosero quedó mirando á Silva por una grieta del hospital, sin separarse de allí hasta que lo perdió de vista. Aquel abrazó tiernamente al duque de Guisa, le encargó y recomendó el hospital de sangre y estrechando la mano de su prisionero Condé, montó á caballo á la derecha de Flaviano y seguido únicamente de los dos criados que ya conocemos, desapareció de allí.

Horas despues trasladaron los heridos á Dreux, levantó el campo el duque de Guisa, quedando únicamente en el sitio que antes ocuparon los dos grandes campamentos, las manchas de sangre con que el dia antes se regó el suelo y un sinnúmero de aves omnívoras atraídas por el olor á carne humana.

De muchos puntos de Francia acudieron poco despues multitud de curiosos ansiando ver el sitio donde tuvo lugar tan sangrienta batalla. La gloria de ella fué toda para el duque de Guisa, el cual aunque con repugnancia se vió obligado á aceptar un honor del que solo era acreedor en una parte exígua.

Sigamos ahora al duque del Imperio y á su elegante amigo Flaviano de Osorio.

CAPÍTULO VIII.

El Louvre. — Carlos IX. — Catalina de Médicis. — El famoso Retz.

Montado Silva sobre un caballo cordobés y Flaviano en el alazan tostado que ganó á Mr. de Foix, corrían en dirección de París, sin tregua ni descanso alguno. Hábiles ginetes, incansables y sobre fogosos corceles, cruzaban los caminos de Francia con rapidez asombrosa. Sus criados les seguían al mismo paso, si bien á una respetable distancia.

De este modo llegaron á Marolles, luego á Houdan y después á La Quene, donde comieron, cambiando sus caballos por otros tan fuertes y mucho mas descansados.

Otra vez volvieron á emprender su carrera con la misma velocidad que anteriormente. Atravesaron sin detenerse á Saint Chartain, luego á Versailles y últimamente á Sevres, penetrando por fin en París. Salieron á las nueve de la mañana y eran poco más de las ocho de la noche, habiendo andado en ese tiempo veinte leguas y media. Los criados reventaron sus últimos caballos y los de los amos estaban un grado ménos.

En una calle estrecha que iba á concluir cerca del Palacio Real, echó pié á tierra el duque del Imperio, le dió el potro á su criado, y acercándose cuanto pudo á Flaviano, le dijo:

—Compra cuatro caballos, dos trajes de mercaderes, y cuando hayas concluido, dejás en la posada á uno de nuestros sirvientes cuidando de los cuadrúpedos, y con el otro me esperas en el *hotel du Comble*; que preparen cena y tienes dispuesto ese barniz con que en ciertas ocasiones haces variar el color de tu epidermis. Dormiremos hasta ser de día, en cuyo instante, cubiertos con nuestros disfraces, saldremos para Flandes. Adios, Flaviano.

—El cielo te guarde, Julio. Hermano, cuidado con Catalina de Médicis; ya has oído que...

—No temas, más probable es que halles tú alguna *démoiselle*, y aún cuando no sea tan astuta y experimentada como Catalina, te enrede... ó la enredes.

—Por mí, está tranquilo; pero sé prudente con esa endiablada florentina.

Los dos amigos se estrecharon las manos, partiendo en diferentes direcciones.

El duque concluyó de andar la estrecha calle donde despidió á Flaviano, y cinco minutos despues dió vista al Louvre, en cuya ancha plaza reinaba un profundo silencio, interrumpido únicamente por las monótonas pisadas de los centinelas suizos que hacian la guardia del palacio.

Todavía las Tullerías no estaban unidas al Louvre, por cuya razon solo este formaba la regia morada de Cárlos IX é individuos de su familia. Era no obstante, un extenso edificio que empezó por castillo y concluyó siendo uno de los palacios mejores de Europa, gracias á las reformas que hizo en él Francisco I, cuando tuvo que recibir en sus salones á Cárlos I de España.

Julio de Silva llegó á la puerta principal, llevando su baston y banda de general español. Los suizos debieron reconocerle, pues lejos de interrumpirle el paso le saludaron, y en union de los criados de la casa, que andaban por el zaguan, le abrieron calle y le dejaron que penetrara en la gran sala de guardias, llamada hoy de las Cariátides, cuya

magnificencia es sorprendente. Ya allí, se le presentó Renato de Biragne, preguntándole:

—Perdonad, señor, ¿qué deseais?

—Ver á S. M. el rey.

—¿Os ha llamado?

—No.

—Entonces...

—Decidle que espera merecer la honra de ser recibido, el duque del Imperio — le contestó Julio alzándose la celada.

—¡Oh, yo lo creo que os recibirá!... ¡El general Silva!... Al momento, señor, al momento; tened la bondad de acompañarme. Aquí, sentaos en ese divan y esperad un poco.

Aquel sonrió oyendo al officioso y elevado palaciego, y dejándose caer sobre el mullido asiento, exclamó:

—No me pesará que tardes algo, guarda-sellos del rey, que la carrera seguida hasta llegar aquí me ha cansado bastante.

El soberano debió adivinar el deseo de Silva, pues transcurrió más de un cuarto de hora, en cuyo instante regresó el cortesano, diciéndole:

—Señor, S. M. recibió vuestro despacho y os aguardaba; tened la bondad de seguirme.

El duque, exclamó para sí:

—Pues si no le escribo y no me hubiera estado esperando, me tiene ahí toda la noche; bien es verdad que entónce nos quedaríamos ambos con el deseo de vernos.

Y siguió á Renato que lo introdujo en la cámara del rey. Era un pentágono lujosamente decorado, y en el cual solía recibir el monarca á las personas de su confianza.

Cuando entró Julio, estaba de pié el jóven Carlos, que al verlo le alargó la mano, diciendo:

—Que me place regreseis tan pronto, primo, y que llegueis cubierto de gloria. Ya sé la derrota que han sufrido los hugonotes, la prision de Condé y nuestro completo triunfo.

Silva besó la diestra con que el monarca estrechaba la

suya, le hizo una reverencia, y separándose dos pasos, contestó con gravedad:

—Se ganó efectivamente la batalla de Dreux; la derrota de vuestros enemigos fué completa; pero toda la gloria de la jornada es del duque de Guisa.

—¡Qué decís, Julio!

—Señor, el condestable, demasiado valiente, seguido luego del mariscal Saint André, cayeron en medio del enemigo, con mas intrepidez que cordura, comprometieron al ejército, perdieron la accion, quedando el uno herido y prisionero, mientras el otro era asesinado villanamente.

—Me lo dijeron—interrumpió el rey—y por cierto que la noticia nos hizo un efecto malísimo.

—La victoria—añadió Silva—fué alcanzada á costa de grandes sacrificios; quedando por consiguiente los contrarios bastante debilitados. Todo esto lo comprendió perfectamente mi amigo Francisco de Lorena, y al frente de vuestros soldados y de los del rey de España, atacó á Condé y lo venció haciéndolo prisionero. Desde aquel instante se declaró la suerte en su favor, y el hugonote que temió morir ó entregar las armas, tuvo que seguir á Coligny, el cual, antes de tiempo, optó por la más vergonzosa retirada, dejando á Guisa el campo, muchos prisioneros y un rico botin.

—Me alegro; pero yo creí que habiais sido vos...

—El duque, señor, es en mi concepto, el primer general que tiene V. M.

—Ciertamente, mas yo suponía que vos...

—Le ayudamos, segun nos recomendó el rey de España.

—Con que fué él quien mandó...

—Toda la gloria es suya.

—Esa franqueza os honra.

—Muchas gracias.

—¿Os quedais en París ó partís al Norte? No descanséis hasta que no quede un luterano.

—Señor, ese partido está completamente deshecho; y áun

cuando tratase de alzar la frente, una ó cien veces más, le sobra á V. M. con Lorena. En consecuencia, y en virtud de las órdenes que he recibido de mi rey, partieron ya mis tercios hácia Malta y yo les seguiré esta noche.

La noticia debió disgustar bastante á Carlos IX, pues su regio semblante se encendió un poco, demostrando claramente el enojo que le habia causado.

—Yo creí—dijo—que no marcharíais hasta acabar con cuantos hugonotes hay en Francia.

—En mi opinion, no os hacemos ya falta, mientras que en la isla de Malta es indispensable nuestro pronto arribo.

—Cuando llegueis ya habrán tomado posesion de ella los turcos y tendreis que regresar, sin haber conseguido otra cosa que ver sus estandartes, si es que vuestras naves se atreven á acercarse á la costa, lo cual es muy expuesto.

—Doy por hecho que llegarán; desembarcaremos, y si Dios nos ayuda los echaremos de allí.

—Ya; si Dios os ayuda; lo malo es que parece estar en favor de los turcos.

—Nuestra causa es más justa y acaso se digne protegerla.

—Es una temeridad sin ejemplo.

—¿No nos llamaba V. M. hace diez dias *invencibles*?

—Contra lo difícil, no contra lo imposible.

—Moriremos todos ó echaremos á las huestes de Soliman de la isla maltesa.

—¡Duque, reflexionad mejor!...

—Pienso, señor, que la victoria de ayer se prolongue hasta Malta.

—La de Dreux fué ganada por Lorena, y ese se queda aquí.

—Es cierto; mas antes de despedirnos nos enseñó á ganar batallas.

—¡En poco tiempo, pardiez! ¡Sois unos discípulos admirables!

—Con un maestro tan bueno se aprende al instante.

—¿Decididamente partís?
—Así me lo ha mandado mi rey, y ese es además mi deseo.

Durante este corto diálogo, había dirigido Carlos varias veces la vista hácia una puerta pequeña que tenía á su derecha, sin que esto llamara la atencion del entendido duque del Imperio, el cual, suponía, con sobrada razon, se hallaría detrás Catalina de Médicis. No se había equivocado. Al espirar sus últimas frases, se oyó el suave roce de un vestido de seda, apareciendo casi á la vez la demacrada faz de la reina madre.

Era esta terrible señora, natural de Florencia, y segun la historia, nació sin corazon, toda vez que á ser cierta la maldad que se le supone, no debiera tenerlo. Como madre de Carlos IX, y con una astucia y talento innegables, dominaba á su hijo, aborrecia á cuantos rehusaron servirla de instrumento y se vengaba de todo el que llegó á ofenderla, sin respetar clase ni gerarquía. Dicen que tenía puñales que solo se alzaban á su voz, y admirables venenos que empleaba continuamente.

Como supondrán nuestros lectores, no podia esta mujer tener afecto y ménos simpatizar con los *invencibles*; es más, desde el primer día que se vieron el duque y ella, aborreció la una y despreció el otro; más tenía Catalina demasiado talento para atentar contra Silva, cuando tan necesarios le eran su espada, genio y valor. Por el pronto fingió estimar á Julio; este la miró con soberano desden, y mientras ella escondia y aumentaba su odio, él procuró terminar lo antes posible su mision en Francia, partiendo luego muy lejos de la sagaz culebra.

La reina madre supo, á la vez que su hijo, la llegada del duque; escuchó el diálogo que precede, y comprendiendo que de llevar á cabo Silva aquella precipitada marcha quedaba en actitud de poder obrar contra él, se dispuso primero á influir para que no partiera, por serle necesario

aún, y de no conseguirlo, á dar rienda suelta á su venganza.

En tal estado se presentó en el regio pentágono, y haciendo una hipócrita reverencia á Julio, le dijo:

—Sea enhorabuena, duque; cumplisteis como buen católico y aliado. Ya está andada la mitad del camino; dad unos cuantos pasos más y completareis la obra. Es cuestion de quince dias; con ese tiempo os sobra, en union de Guisa, para acabar de destruir á esos rebeldes.

—Creo que lo están ya, señora—contestó el duque con sequedad—por cuya razon salgo esta noche de Francia.

—¡Qué locura! ¿Qué os hemos hecho para que nos abandoneis tan pronto? Mi hijo quiere, y es muy justo, ponerlos con sus propias manos las primeras condecoraciones...

—Gracias; parto agradecido á tanta inmerecida consideracion como S. M. el rey ha tenido conmigo; pero es imposible que continúe mas tiempo aquí.

El rostro de Catalina se contrajo algo; disimuló no obstante cuanto pudo, añadiendo:

—Felipe no puede querer que nos abandoneis tan pronto.

—Cierto; pero le obligan á contrariar sus deseos acontecimientos de tal importancia, que peligraria hasta su trono si continuásemos aquí.

La reina madre comprendió lo inútil de emplear talento y astucia para obligar á Julio á que variase su plan, y demostrando el verdadero enojo que experimentaba, le dijo:

—Está bien; podeis marchar cuando os acomode.

—Ahora mismo, si me lo permitís.

—¿Nada quereis de nosotros?—le preguntó Carlos, intentando neutralizar con sus palabras la sequedad que llevaban las de su madre.

—Solo pretendo besar la mano de V. M.

—No, primo; estrechadla.

—Gracias, señor: que el cielo guarde la preciosa vida de V. M.

—El os proteja y ayude.

Y haciendo Silva una reverencia á la reina madre, anduvo cuatro pasos atrás y salió de la cámara, perdiéndose en los extensos salones del Louvre.

Catalina lo vió partir, se plegó su frente de arrugas y fué á retirarse del pentágono, mas su hijo la estorbó el paso, preguntándola:

—¿Dónde vais, madre mia?

—Me aguarda tu hermano Enrique. Permíteme....

—Esperad un poco. El rey de España es el más poderoso de Europa; ama á Julio de Silva y la menor imprudencia nos expondría demasiado. Basta con los enemigos que tenemos, que no son pocos.

—¿Qué quieres decirme, Carlos?

—Que dejéis al duque cumplir las órdenes de Felipe.

—¡Quién se lo impide!

—En ese caso, me permitiréis que os acompañe á esa entrevista que vais á tener con mi cuñado Enrique.

—No seas desconfiado, hijo mío; déjame sola con tu hermano, que á ambos nos interesa. Dicen si protege ó nó á los hugonotes, y trato de averiguarlo esta noche.

—Mi presencia no puede estorbaros.

—Sí; ya sabes que el navarro es otro delante de tí.

—Pues dejadlo entonces para mañana.

—Carlos, me voy sola; ¿lo entiendes?

—Una madre tan buena no puede desairar el brazo del más tierno de sus hijos. Apoyaos, señora.

—¿Carlos, has podido sufrir con calma la altanería, el desaire de ese español?

—No hagais caso; es propio de su carácter y no se puede olvidar que ayer peleó y expuso su vida por mi causa.

—Era la de ellos á la vez. Siempre me ha mirado mal, y si le dejamos salir de Francia....

—Olvidadlo, madre mia.

—No aprendí á olvidar. Carlos, quédate aquí, yo te lo mando.

Y lanzando una mirada de fuego sobre el débil señor, salió de allí cerrando la puerta que dejaba atrás.

El joven monarca quiso detenerla, después seguirla; mas le faltó valor y cayendo sobre un sillón, exclamó:

—Me lavo las manos.

Luego mandó llamar á su hermano menor el duque de Anjou, y con mucha tranquilidad acordó con él una cacería que tenía dispuesta para el día siguiente.

En cuanto á Catalina, era indudable que lejos de marcharse en busca de su hijo político Enrique, partía á una de sus cámaras, donde probablemente la estarían esperando alguno ó algunos italianos ó franceses de aquellos que no tenían más voluntad que la suya, ni otros enemigos y víctimas que los designados por el dedo fatal de la florentina; que si Catalina de Médicis era sangrienta y tenaz en sus venganzas, y la menor contradicción ó desaire bastaban para que el atrevido que á tanto osó dejase de existir, no podía permanecer ahora en la inacción.

El duque del Imperio la desairó varias veces y se opuso á su deseo otras tantas, y sin temor á los puñales y venenos provocaba el despecho y coraje de tan poderosa señora. Julio solo temió en el mundo disgustar á su padre; con tal que su conciencia estuviese tranquila, nada le importaba lo demás; fiado por eso en su gran talento é impelido por un valor que no conocía rival, arrostraba con indiferencia pasmosa las iras de los reyes y primeros magnates de la tierra. Sabía que Catalina era la única que mandaba en Francia, comprendía que le odiaba desde el instante en que se conocieron y daba por hecho que, no necesitando ya de sus servicios ó no pudiendo contar con ellos, peligraba su vida; á lo cual se encogía de hombros el arrogante general, brillando en sus labios una altanera sonrisa que expresaba lo sublime de la entereza de su alma para con la injusticia de los poderosos del mundo. Su padre y su casta y bella esposa le retenían en la tierra, mientras su virtuosa madre, cuya

memoria adoraba ciegamente, le alargaba los brazos desde el cielo atrayéndolo á sí; por lo que al venturoso doncel le era igual seguir ó nó habitando en este valle de lágrimas, y esto acrecentaba su valor hasta lo infinito.

Dejamos á Carlos IX hablando de caza con su hermano el duque de Anjou; á Catalina de Médicis imitando á la serpiente en el momento de correr en busca de su víctima, y al incomparable duque del Imperio atravesando los salones del Louvre. Sigamos á este.

Julio, contra su costumbre, aceleró un poco el paso, cruzó por entre varios cortesanos, devolviendo los saludos que le hacian, pero sin detenerse, y poco despues se vió fuera del real palacio donde suponía, no sin razon, que en aquellos momentos meditaba un sér sobre la manera de arrancarle la vida que él no temia perder, pero que estaba en la obligacion de conservar.

Ya al aire libre se bajó la celada, quedó parado, y meditando sobre lo que debia hacer, se dirigió á la orilla del Sena, que tenía á muy pocos pasos de allí, en vez de correr en busca del *hotel du Comble*, donde le aguardaba su amigo, una cena que le pedia su desfallecido estómago y una cama que reclamaban el cansancio y fatigas del dia.

—Tengo tiempo. —Exclamó, comprendiendo su clara inteligencia lo que pasaba en el pentágono entre Catalina de Médicis y el jóven monarca de Francia. Luego tendió una mirada en torno, y viendo cerca del rio á un hombre embozado hasta los ojos, se dirigió á él, preguntándole:

—¿Caballero, teneis la bondad de decirme dónde me hallo?

El encubierto lo miró de piés á cabeza, interrogándole á su vez:

—¿Sois un general español?

—Sí; Julio de Silva, duque del Imperio —contestó alzándose la celada.

—¿Venís de Dreux?

—Hace poco he llegado.

—Entonces, estrechad mi mano y pedidme cuanto queráis. Soy el baron de Retz, católico y un leal servidor de S. M. la reina Catalina.

Julio oprimió la diestra de aquel hombre, contestándole:

—¡Alberto de Gondi, baron de Retz, paisano y amigo de la reina madre! Parece que la Providencia os ha traído hasta mí! ¿Os hallais dispuesto á cumplir vuestra palabra?

—Mandad cuanto queráis.

—Decidme antes. ¿Qué esperais en este sitio?

—Las órdenes de la reina.

—Pues os voy á proporcionar que la presteis un gran servicio.

—Hablad.

—¿Llevais coraza?

—¡Por supuesto; á estas horas y en tales sitios, quién diablos anda sin ella!

—Tomad mi casco, cuya celada os cubrirá el rostro, si quereis, á cambio de vuestra capa y gorra.

—¿Qué pensais hacer!

—¿Estais ó no dispuesto á servir á la reina?

—Tomad mi gorra y mi capa, que de vos no se puede dudar. Guardaos mucho de los hugonotes, señor duque; son traidores, y la batalla que les ganasteis ayer...

—Comprendo. Poneos tambien mi banda y tomad mi baston de general. Bajaos la celada. Eso es. Ahora podeis declarar á la faz del mundo que sois el vencedor de Dreux.

—Ciertamente... pero no entiendo...

—No importa; defendeis mi causa y es lo único que os hace falta saber, dando por hecho que creéis mis palabras y sois el escudo de la augusta señora á quien tanto debeis.

—Cierto; contad conmigo, y siendo contra los enemigos de Catalina...

El duque, cubierto ya con la capa y gorra del baron, y embozado hasta los ojos, continuó:

—Contestad á mi primera pregunta. ¿Dónde me hallo?

— ¡Pardiez, no lo veis! á la orilla del Sena y junto al Louvre, de donde acabais de salir.

— No es eso, á qué parte de París, si al Norte, al Sur...

— Segun estais ahora mirando, os hallais al Norte.

— ¿Cuánto dista de aquí el *hotel du Comble*?

— Bastante, está al extremo opuesto.

— Ya sé lo suficiente.

— ¿Qué hago ahora?

— Inmediatamente os dirigís al mencionado *hotel*, preguntais por el maestro de campo Osorio, entraís en su estancia y allí aguardais mis órdenes; mejor dicho, las de Catalina de Médicis.

— Pero...

— ¿Dudais de mí? Os he dicho y repito que vais á prestar á la reina madre un servicio importantísimo.

— Os obedezco, señor; mas si salen en mi busca...

— No vacileis, Gondi. Corro á preparar el asunto que vamos á llevar á cabo esta noche, é inmediatamente volveré á ver á la reina y sabrá con placer que me estais obedeciendo. ¿No habeis comprendido, sagaz cortesano, que venía en busca de vos?...

— ¡Ah!... conquie la reina os dijo...

— De no ser así, ¿se hubiera dignado el duque del Imperio dirigir la palabra á un desconocido, á un vagamundo, entretenido en rondar á la orilla del Sena?

— Excelencia, confieso que he cometido la más insigne torpeza. Perdonadme, gran señor, y disponed hasta de mi vida. ¡Ahora ya lo comprendo todo; vaya si lo comprendo!

— Volad, baron; volad si teneis en algo la vida y si deseais servir á vuestra señora.

— *Hotel du Comble*, Osorio, maestro de campo. ¿Qué le digo?

— Todo lo que ha pasado entre nosotros dos, y que vais encargado de hacerle compañía hasta tanto que yo llegue y acabemos de realizar la idea de S. M.

Alberto de Gondi habia sido envuelto en una red tegida

con habilidad extremada. Convertido en mísero instrumento del duque, caminaba en estos momentos en busca de una muerte que debía recompensarle probablemente los servicios que tenía prestados á Catalina de Médicis.

Cuando el duque le vió partir con velocidad en direccion del *hotel*, exclamó:

— Corre, secuaz de Catalina, hombre sin corazon; pronto la augusta dama que te empujó al crimen te remunerará tus inícuas acciones! Ningun hombre podia servirme mejor en trance tan apurado; es indudable que me lo ha mandado la Providencia.

Y el hábil Silva se embozó más todavía, ocupó el mismo sitio y postura que tenía Retz y quedó frente al Louvre, con la mayor tranquilidad, observando hasta el más leve movimiento del que entraba y salia en el palacio de Carlos IX.

Diez minutos despues se abrió una puerta excusada del alcázar y aparecieron varios embozados, dirigiéndose hácia la orilla del rio; luego se pararon, avanzó uno solo, y llegando hasta Silva, á quien tomó por el célebre italiano, le alargó un escrito sellado por Catalina, diciéndole:

— Obedeced sin que perdais un instante.

Y haciéndole una reverencia, se unió á sus compañeros, les dió algunas órdenes en voz baja, desapareciendo en distintas direcciones.

Julio, con su constante sangre fria, ahuecó un poco las piernas, para no aparecer mas alto que el baron, oyó el mandato, cogió el papel que le daban, é inclinó la frente con extremada serenidad y sin infundir sospecha alguna en el que acababa de darle la orden. Luego que vió partir á los embozados, miró el sobre del escrito que le entregaron, y reconociendo la letra y sello de la reina madre, exclamó:

— Voy creyendo que la de Médicis se ha dignado confiarme mi propio asesinato. ¡Pardiez, doy principio á una intriga en la que llevo mucha ventaja á la italiana!

Sin escrúpulo alguno, rompió el sello del escrito, y aproxi-

mándose á la luz que tenía mas cerca, leyó, recatándose en lo posible:

«Retz: se halla en París el general español duque del Imperio. Es traidor á S. M. el rey y debe partir esta noche á Italia. Ganad tiempo; y si vuestra gente continúa leal, haced de modo que ese feroz guerrero no vuelva á molestar-nos más. Desde este momento nadie podrá salir de París hasta que vos mandeis que dejen expeditas las puertas. El asunto requiere mucha energía, valor y una brevedad que oculte al vecindario el hecho y la imposibilidad en que se halla de salir de la ciudad.»

Julio acabó de leer, exclamando:

—Aun cuando nadie firma el papel, está escrito por Catalina, y en verdad que no era posible orden mas clara ni terminante. Me han cerrado todas las puertas de París, y se alzarían ya mil puñales contra mí, si la Providencia no continuase velando, como siempre, por este su predilecto hijo. Ni mis amigos ni yo servíamos con gusto á un jóven, que si carece de voluntad, valor y nobleza, en cambio tiene una madre que hace buenos los hechos de mi difunta prima la princesa de Évoli; mas ahora nos hallarán en frente, dispuestos siempre á pelear en contra. Malos son los hugonotes; pero los católicos que cobija el Louvre, son infinitamente peores.

Y Silva arregló el embozo de su capa, inclinó la cabeza, y continuó:

—Le he dicho á Retz que tardaría una hora en preparar el asunto, y no teniendo nada que hacer por las calles de París, me quedo en este sitio, desde el cual todavía podré hacer algun descubrimiento.

Y aproximándose un poco más al palacio, permaneció observando, como anteriormente, á cuantos entraban y salían.

Sepamos ahora qué era de su compañero.

El atrevido Flaviano de Osorio, á pesar de que solo ha-

bia cumplido veinticuatro años de edad, obraba con cordura sorprendente cuando no se trataba de amores ó de acuchillar á rivales; pues para estos dos extremos solia ser algo irreflexivo y ligero; lo que se le podia perdonar en gracia á su nobleza de alma, talento y sagacidad.

En cuanto se separó de Julio, compró caballos, los dos trajes de mercaderes y el barniz que le encargó su amigo. Hospedó luego á sus criados en una posada próxima al *hotel du Comble*, y llevando consigo el de Julio entró en la fonda, pidió habitacion, cena, y se sentó tranquilamente aguardando la llegada del duque, que juzgó cercana. Evacuó estos asuntos con una reserva y brevedad dignas de su privilegiada imaginacion, pues habia previsto, como Silva, que Catalina de Médicis intentaria molestarles, y juzgó prudente la circunspeccion y viveza que en tales casos son necesarias.

Cuando hubo tomado posesion de un sillón, llamó al sirviente que le habia seguido, y le dijo:

—Perez, nos hallamos en país enemigo y te advierto que está en campaña otra nueva princesa de Évoli, con mas poder y maldad que aquella de Madrid, encerrada por una eternidad en el panteon de las Huelgas de Burgos.

—¿Qué debo hacer, señor maestre de campo?

—Poca cosa; te paseas por los pasillos del *hotel*, por la calle, y si notas alguna cosa que te llame la atencion, observa, oye si puedes y avisa. Tu amo llegará en breve; si nada ocurriese le acompaños hasta aquí.

Salió el criado y arrellanándose Osorio en su asiento, permaneció así un cuarto de hora, entregado al parecer á ideas que le hacian variar de postura á cada momento.

—Señor—le dijo Perez, entrando algo azorado—pregunta por vos un caballero que lleva el casco, banda y baston de mi amo.

Flaviano dió un salto y oprimiendo la empuñadura de su espada, le interrogó:

—¿Le has visto la cara?

—No, señor, la trae cubierta con la celada.

—¿Es francés?

—No, señor.

—Condúcelo aquí al momento.

Y el jóven quedó á la puerta de su habitacion demostrando grande ansiedad.

Algo mas tarde oyó que se acercaba un guerrero, se retiró un poco, y un segundo despues se halló frente al baron de Retz, el cual llegaba con el rostro cubierto y la banda de general español.

El maestre de campo disimuló admirablemente la impaciencia que le devoraba, miró al desconocido y devolviéndole la reverencia que le hizo, le preguntó:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

El otro en vez de contestarle, dejó sobre la mesa el baston, se quitó el casco, y poniéndolo en el mismo sitio, exclamó:

—Perdonad, amigo mio; soy Alberto de Gondi, baron de Retz, vuestro servidor, señor maestre de campo.

Osorio tembló, mas volviendo á disimular, le dijo con calma y aún aparentando satisfaccion.

—Bien venido, señor baron. ¿Dónde se halla mi hermano Julio?

—El duque del Imperio, que ama la religion católica, como vos y como yo, sigue en estos momentos la pista á algunos hugonotes... no estoy bien enterado del asunto, pues solo me dijo que le esperase á vuestro lado, mientras él preparaba el negocio que entre los tres debemos llevar á cabo esta noche.

Flaviano profundizó su inteligente mirada hasta el corazon del palaciego de Catalina, y adivinando lo que acontecia, se tranquilizó completamente, diciéndole á Retz:

—¡Pero qué haceis de pié, señor baron! Sentaos, amigo mio, que ya tendremos tiempo de estar en esa postura y aún

de manejar la espada; pues juzgo que el negocio ha de ser complicado y grave.

Ambos se arrellanaron en dos sillones, replicando Alberto:

—También yo lo supongo y me alegro. Servimos á la mejor de las reinas y peleamos contra unos herejes que todos merecian estar quemados.

—¡Sí; Catalina de Médicis es una gran reina!

—Siempre va derecha al objeto, y nuestros enemigos...

—Compadecedlos, amigo mío; poco á poco irán desapareciendo de la superficie de un globo donde están como de limosna. ¿Decís que no tardará el duque?

—Eso me indicó, luego que hubo tomado posesion de mi capa y gorra.

—Ya he notado que cambiasteis de traje.

—Os habreis reido al verme entrar de general.

—No, que os sienta bien ese casco, banda y baston, y suponía la causa.

—¿Conoceis el secreto?...

—Sé que hay negocio; pero no estoy enterado de por menores.

—¿Es decir que vuestro precipitado regreso á París lo ha motivado el asunto de esta noche?

—¡Quién lo duda! ¡Veinte leguas y media andadas en menos de doce horas!

—¡En mucho os tiene la reina Catalina!

—¿No merecemos su confianza?

—Sí, pardiez! que si no es por vosotros se pierde ayer la batalla y en esta misma semana hubieran los hugonotes sitiado á París. La primera noticia que nos trajeron los dispersos del ejército del condestable fué terrible.

—Más os hubierais alarmado viendo, como nosotros, completamente deshechas y en vergonzosa huida las columnas de Montmorency y de Saint André.

—¡Mientras vosotros mirabais la derrota con la mayor sangre fria!

—Sí, nos reíamos de los disparates que hacian vuestros generales.

—¿Y luego?

—Luego, digimos quiero, caímos sobre Condé y Coligny, y á las dos horas negocio concluido.

—Teniais muchas ménos fuerzas que el enemigo.

—Pero nos mandaba el duque del Imperio, cuyo genio supera á todo lo conocido.

—Eso he oido decir y no hay duda alguna que es cierto, teniendo en cuenta su conducta de ayer. Derrotados ya los contrarios y en completa desbandada, entre la reina Catalina, el duque del Imperio y nosotros, hoy uno y mañana diez... sin ruido ni escándalo...

—Por supuesto.

—No se puede tener consideracion con esa gente.

—Ninguna.

—Felipe II ha comprendido mejor que nosotros la manera de exterminarlos; al que coge lo quema, pulveriza las cenizas, y se ahorra de este modo el que se vierta la sangre de los católicos.

—Etais en un error, señor de Gondi; obra en mi concepto mucho mejor Catalina de Médicis. Allí es preciso para quemar á un hombre, formarle sumario, probarle hasta la evidencia sus delitos, y en todo esto se gasta mucho tiempo. Aquí se sospecha de él y atrayéndole con dulzura y halagos se le hace desaparecer sin escándalo y sin que nadie se aperciba. Los autos de fe, por mas que en España sean populares, hacen mal efecto en el extranjero.

—Deduzco de vuestras palabras, valiente jóven, que sois un partidario decidido de la reina madre.

—Decidido.

—Pues al acabar hallareis la recompensa.

—Eso nó, pardiez; yo no hago nada por interés.

—¡Perdonad!...

—Deseo el triunfo de las causas justas; pero nada mas

que el triunfo. Mi padre, el conde de Arahall, es ministro de Estado del rey Felipe y ya comprendereis que me otorgará cuanto sea justo y razonable.

El buen Osorio ganaba en estos momentos la confianza de Retz fingiendo de un modo impropio á su edad, pero en relacion con su gran talento y perspicacia. El hábil y astuto cortesano de Catalina ignoraba aún el pensamiento de su señora respecto de Silva, y estaba envolviéndose cada vez más en la bien tejida red de los dos *invencibles* que se hallaban en París.

Flaviano demostraba en su rostro lo que expresaban sus palabras y sin perder el mas leve movimiento del italiano, no dejó por eso de hacer señas al experto sirviente para que espíase el *hotel* y sus avenidas y le avisara caso de ocurrir algo que mereciese participarlo. Perez, que adivinaba, comprendió admirablemente las señas del *invencible*, é iba y venia, andaba de un lado para otro, y por signos contestaba al maestre que no ocurría nada de particular.

Transcurrió una hora y el rostro de Flaviano comenzaba á demostrar algo de impaciencia, cuando el criado le hizo una seña y poco despues vió entrar al duque del Imperio, el cual con una mirada le contuvo en el asiento que intentaba abandonar. Gondi fué tambien á levantarse, mas le detuvo Silva con las siguientes frases:

—Quieto, baron, no moveos, pues vamos á hablar detenidamente y estais mejor así.

Luego se quitó la capa y la gorra, cerró la puerta de la estancia y sentándose con mucha tranquilidad, añadió:

—Pardiez que ha de quedar Catalina esta noche admirada de vuestro acierto y discrecion.

Retz le miró con asombro, contestándole:

—Todo se puede esperar, señor duque, de vuestro envidiable genio; lástima será que os marcheis un dia de Francia.

—Quién sabe, baron: lo que sí puedo aseguraros es que

la gloria de esta jornada va á ser toda vuestra para con Catalina de Médicis.

—Sé que sois generoso hasta lo infinito; mas yo no debo consentir...

—Dejaos de cumplimientos, amigo mio; os la cedemos porque vais á ser el único acreedor á ella.

—¿Cuándo damos principio?

—Ya hemos comenzado, baron. ¿Os parece que no he hecho yo nada en la hora que acaba de transcurrir?

—Creo, general, todo lo contrario, mas me referia á mí.

—La cuestion ó asunto principiado os dará que hacer algun tiempo, durante el cual os vereis obligado á desplegar todo vuestro talento y astucia. No seáis tan vivo, que no tardará en llegar el instante en que tengais que probarle á Catalina vuestra lealtad.

—Lo deseo con vehemencia, pero tendré la calma que querais. Perdonad mi indiscrecion, señor duque: ¿hay alguna víctima?

—Probablemente.

Julio sacó el escrito de Catalina é hizo que lo leia dejando á Gondi que reconociese la letra, mas sin que se enterase del contenido. A la vez añadió:

—Me dice la reina madre en estas instrucciones que escribió hace poco más de una hora, que pondreis á mi disposicion vuestra gente mandada por vos. ¿De cuántos hombres disponéis?

—Tengo veinte; pero si hiciesen falta mas...

—Bastan; ¿son valientes?

—Lo han probado.

—¿Leales?

—Sí.

—¿Escrupulosos?

—No; están acostumbrados á obedecer ciegamente sin dignarse averiguar jamás si está bien ó mal mandado...

—Lo mismo me dice Catalina. ¿En dónde los teneis?

— En una casita situada en la misma calle donde vivo.

— ¿Se hallarán todos reunidos?

— Sí señor.

— ¿Desde qué hora?

— El día, que como hoy, nada han tenido que hacer, se juntan despues de anochecido y esperan la órden de retirarse ó la de obrar.

— ¿Teneis algun segundo que os represente?

— Solo la reina y yo los conocemos, sin que hayan obedecido jamás otras órdenes que aquellas que yo les doy de palabra. ¡Oh! les está prohibido terminantemente hacer caso de escrito alguno, áun cuando lleve mi firma, ni de otra voz que de la mia.

— Sois sagaz y entendido como pocos, baron; tal medida os honra. Tengo una órden en mi bolsillo de letra que vos conoceis, en la que se os manda seguirme á los veintiuno.

— Ya os la he visto en la mano y solo anhele el momento de que hableis.

— Antes es preciso que reconozca á esos hombres; despues os dejaré entre ellos y me enteraré si está lo restante dispuesto para el objeto deseado. Regresaré luego y puestos vos y yo al frente de esos bravos, consumaremos el hecho. El maestre Flaviano, unido á algunos otros amigos de Catalina, nos seguirá y todo quedará terminado, si no esta noche, á la brevedad posible. Cuando entre por segunda vez en la casa donde se reune vuestra gente, os enteraré del deseo de la reina madre y de cuanto vamos á practicar. A la vez os daré la órden de Catalina.

— ¿Es hora ya de marchar?

— Sí, partamos. Continúa el cambio de traje hasta que os vuelva á ver en la casita donde vamos ahora.

Y el duque se puso la capa y gorra del baron, mientras este tornaba á cubrirse la cabeza con el casco de aquel.

Al partir, le dijo Julio á Osorio:

— Maestre de campo, tú dispones que estén preparados

los cuatro que ya conoces, pues harán falta inmediatamente; luego nos seguirás. ¿Lo has comprendido bien?

—Perfectamente, mi general.

Retz se despidió de Flaviano y salió como habia entrado, sin mas diferencia que el haberse dejado sobre la mesa el corto baston del duque. Iba á su derecha Julio de Silva, ambos ocultaban el rostro y al principio caminaron muy despacio, proponiéndose el duque que Osorio evacuara su encargo y le quedase tiempo para alcanzarlos y seguirlos á la distancia conveniente.

Poco despues oyó Silva que el reloj del Louvre daba las doce, sirviéndole esto de pretexto para decirle á Gondi:

—¡La media noche! No creí que era tan tarde; abreviemos, señor baron.

Y ambos aligeraron el paso cuanto les fué posible.

—¿No se habrá marchado vuestra gente?—le preguntó Julio sin detenerse.

—Se habrán emborrachado ó dormido, pero respondo que hallaremos á los veinte.

—¿Nos falta mucho?

—No, señor.

Cinco minutos mas tarde pararon á la puerta de una casita situada en el centro de París. Retz llamó, dando á la vez su apellido; poco despues se abrió aquella y ambos penetraron, primero en un zaguan de mal aspecto y luego en un saloncito alumbrado por una lámpara y en el que habia mesas, sillas y hasta veinte hombres bebiendo unos, durmiendo otros y los más jugando á los dados.

Allí se detuvieron, exclamando Gondi:

—¡Arriba bergantes!

Todos se pusieron en pié, descubriéndose y fijando su mano izquierda en la empuñadura de las tremendas espadas que ceñían.

El duque del Imperio fingió reconocerlos y volviéndose al jefe, le dijo:

—Muy bien, baron; quedo satisfecho y me dispongo á partir y regresar en busca de vos y de vuestra gente.

—¿Debo hacer algo mientras?...

—No, amigo mio; me esperais aquí sin moveros hasta que yo vuelva. ¡Pardiez, se me olvidaba lo mas interesante! ¿Hay alguna habitacion donde tengais recado de escribir?...

—Sí, en el piso principal hallareis cuanto os haga falta. Aquí está la escalera, seguidme.

Antes de salir se volvió á los sicarios, diciéndoles:

—Dejad de dormir, de jugar y de beber; preparad los mandobles y estad dispuestos, que esta noche hay funcion.

—¡Muy bien! —le contestaron con voces bronceas y des-templadas, los veinte.

Acto continuo subieron al piso principal, entrando en un gabinete amueblado con decencia y en el que habia recado de escribir. El duque meditó un minuto, diciendo por fin á Retz:

—Es indispensable que os diga algo de lo que ocurre antes de lo que yo creia. Vamos de caza, y con el objeto de que no se nos pueda escapar ningun jabalí, ciervo ni liebre, se ha dado ya la orden para que no dejen salir á nadie de París, la cual revocareis vos cuando se haya terminado la cacería, sea hoy, mañana ó pasado.

—Comprendo; Coligny y alguno de los suyos se han refugiado aquí y...

—¡Qué talento teneis, baron!

—No llega al vuestro ni con mucho, señor duque.

—Gracias, pero vamos á lo que interesa. La reina madre extendió la orden tan terminante, que ni al mismo Carlos IX le permitirian salir si lo intentase. Sólo vos ó aquellos á quienes dieseis un salvo-conducto podrán atravesar las puertas de París. Así la encargué que lo mandase y así lo hizo.

—Gracias, señor duque, por la gran confianza que teneis en mí.

—La orden estaba perfectamente dada y no habia que

variar ni una sola coma, á no ocurrir un accidente que acaso nos obligue á trabajar dentro y fuera de París. Es el caso, que al reconocer las casas donde debemos penetrar esta noche, no se tiene noticia de que continúe en la corte uno de los personajes principales que deben caer en nuestro poder. Es lo probable que se haya refugiado en el castillo de Tavannes, que como sabeis, se halla situado á media legua de aquí; en cuyo caso y con el objeto de que el golpe se dé á la vez sobre todos los proscriptos, deberán partir inmediatamente en busca de dicho personaje el maestro Flaviano y los suyos.

—Muy bien pensado.

—La noticia todavía no es segura, pues han debido continuar hasta hace poco averiguando con exactitud los sitios, etc. y eso es justamente lo que voy á saber en cuanto salga de aquí. Si todos estuviesen dentro de la capital no hay caso; pero si alguno se hallara refugiado en el castillo Tavannes, es indispensable que vaya en su busca inmediatamente el maestro Flaviano, para lo cual tendreis á bien extender la orden que yo os dictaré.

—Perdonad, señor duque; ¿es negocio de prender únicamente ó habrá tambien que herir?...

—La orden de la reina madre os contestará por mí.

—¿He sido imprudente?

—No. Escribid.

El baron cogió una pluma y Julio dictó:

« En nombre de S. M. el rey: paso al dador y personas que le acompañen. »

—Firmad ahora.

El baron de Retz puso al pié su nombre y rúbrica y se la entregó al duque, preguntándole:

—¿Deseais algo más?

—Gracias. Que cierren la puerta á mi salida, esperándome todos sin moverse. Que el cielo os proteja, baron.

—Os aguardo con impaciencia, duque.

Silva bajó la escalera y salió á la calle; mas á los dos pasos quedó parado, aplicó el oído y sintiendo que cerraban la puerta y sacaban la llave, exclamó:

— ¡Bien! esto va mejor aún de lo que yo podía esperar.

Luego miró en torno y viendo á Flaviano cerca de allí se aproximó á él y le dijo:

— Hermano, han cerrado la puerta por donde acabo de salir y han quitado la llave; sin hacer ruido ve la manera mejor de cegar la cerradura con piedras y tierra que arranques del suelo. Observa antes si hay alguno que pueda espiarte.

El astuto Osorio reconoció primero el campo y sacando á la vez su puñal escarbó en el suelo hasta encontrar las piedras pequeñas y tierra suficiente al objeto. Acto continuo fué poco á poco, sin hacer ruido y con la habilidad innata en él, introduciendo por el hueco que dejaba la cerradura á la llave el material que arrancó, amasándolo con saliva y oprimiéndolo con la aguda punta del puñal. Terminada su obra, se volvió al duque, diciéndole:

— Ya está.

— ¿La cegaste bien?

— Creo más facil tirar la puerta que meter la llave por la cerradura. ¿Peligra tu vida, hermano?

— Ochenta asesinos se preparan á arrancármela; tenemos ya veintiuno inutilizados y los restantes fio en Dios que nos abrirán paso. ¿Están los caballos dispuestos?

— A la puerta del *hotel du Comble* esperan.

— ¿Y los trajes?

— Comprados.

— ¿Y el unto?

— En mi bolsillo.

— Pues á Flandes, hermano, y si la muerte nos sitia, desafiemos á la muerte.

Los jóvenes se cogieron de las manos y partieron de allí en direccion del *hotel*.

Las calles de París se hallaban alumbradas por la luna y tan desiertas como un cementerio.

Los dos amigos seguían corriendo, Julio pensando en Dios, en su padre y en su esposa, y Flaviano en el sitio adonde dirigiría las balas de sus pistolas, en los primeros que intentasen detener el paso de Silva, al que amaba más que al autor de sus días.

La guadaña parecía caminar fija á las gargantas de los donceles. Pronto veremos si consigue ó no segar las dos cabezas mas poderosas que hasta entonces habian entrado en París.

Aun cuando nuestros jóvenes seguían cogidos de las manos no era por temor, sobresalto ni espanto; lo hacían porque se amaban tiernamente, y en los momentos de peligro parecía crecer el fraternal cariño que se profesaban. Y no tenía nada de extraño, pues aún cuando Julio de Silva era el jefe, no contaba mas que veintinueve años, se habia educado con los cinco restantes *invencibles*, y veía en ellos á sus propios hermanos, á los que le unían los lazos de familia, y con los que partió siempre sus bienes y sus males, sus penas y sus glorias.

— ¡Es decir, querido Julio — exclamaba Osorio — que Catalina de Médicis intenta pagarnos los grandes servicios que hemos prestado al trono de Francia, á la tranquilidad de su país y al partido católico, con unas cuantas puñaladas dirigidas al corazón!

— La vívora, hermano, solo puede inocular el veneno en la sangre de amigos y adversarios; pero corre más, Flaviano, que el enemigo nos acecha y es preciso para librarnos de él, que cual águilas remontemos el vuelo por encima de las altas torres de esta moderna Babilonia.

— ¡Si estuviéramos los seis!...

— ¿No basta con los dos? ¿Temes algo?

— Sí Julio; que te hieran á tí, que toquen tu ropa, que haya quien te mire mal y no sea yo suficiente para acabar con todos.

La noche continuaba tranquila, silenciosa y tan clara, que se hubieran podido distinguir los bultos á gran distancia; mas nuestros dos *invencibles* no hallaron un ser viviente en las calles que atravesaban.

Por fin llegaron al *hotel du Comble*, viendo á la puerta de este cuatro hermosos caballos ensillados y á Ros, criado de Osorio, que los tenía del diestro.

Julio reconoció los cuadrúpedos, y satisfecho de ellos, preguntó al sirviente.

—¿Ha ocurrido algo durante nuestra ausencia?

—Nada, señor duque.

—¿Y Perez?

—A la puerta de vuestro aposento espera.

Los dos jóvenes subieron al sitio indicado por Ros, y comprendiendo que la crítica situación en que se hallaban no era tan desesperada como convenia á Catalina, tiñeron sus blancos cútis con el unto adquirido por Osorio; se cubrieron con los trajes de mercaderes, conservando interiormente tupidas cotas de malla; pagaron al fondista, y salieron de allí, dejando esparcidas en la estancia las corazas y casco de Osorio, el baston de general y el de maestre de campo.

De un salto montaron á caballo los cuatro, y poniéndose Julio al frente, les dijo:

—Seguidme los tres en ala y á diez pasos de mi alazan.

Y partieron, atravesando á escape las calles que los separaban de la puerta de salida mas próxima. A los diez minutos llegaron á esta, la que estaba cerrada y defendida por veinte guardias del rey y dos embozados, uno de los cuales viendo que se le echaban encima los *invencibles*, gritó:

—¡Alto!

Los cuatro se detuvieron, exclamando Julio:

—¡Abrid esa puerta! ¡Paso en nombre del rey!

—¿Quiénes sois?—le preguntó el encubierto.

—Vedlo—contestó Julio entregándole la orden que él mismo habia dictado al baron de Retz.

El embozado pidió una linterna, leyó el escrito, y reconociendo escrupulosamente á los cuatro, gritó:

—¡Abrid! que lo manda S. M.

—¿Sois el jefe? preguntó el duque al que acababa de facilitarle la salida.

—Sí —le contestó.

Entonces Silva sacó la orden escrita por Catalina de Médicis y se la dió al mismo, diciéndole:

—Inmediatamente hareis que pongan en manos del baron de Retz ese papel; y os advierto que perderá la vida el que se atreva á leerlo.

Esto dicho, picó á su caballo, su amigo y sirvientes le imitaron, saliendo los cuatro de París por el camino de Bruselas, con una velocidad que dejó pasmados á los dos embozados y á los veinte guardias. El jefe, sin perderlos de vista, exclamó:

—¡Mucha prisa llevan, y por mi padre, que los cuatro son excelentes ginetes!

Luego mandó cerrar la puerta y mirando el papel que le habia dado el duque, continuó:

—¡Quiénes serán esos extranjeros y qué dirá este papel! «La vida le costará al que lo lea» me dijo, y su acento imperativo parecia de rey. Mirar la letra no es leerlo.

Y retirándose á un lado lo abrió con la mano izquierda, mientras con la derecha le dirigia la luz; mas al fijar la vista en las fatales líneas, se le cayó la linterna, y doblando el documento con precipitacion, exclamó aterrorizado:

—¡Su letra!... ¡Está escrito por la reina Catalina! Obedezcamos la orden del extranjero, que aún es mi esposa demasiado jóven para que quede viuda. No es asunto que se puede fiar á nadie; lo evacuaré yo mismo, y de este modo no abrigaré dudas ni recelos.

Sin detenerse llamó al otro embozado, que parecia su segundo, y le dijo:

—Os dejo en mi lugar, pues me veo obligado á cumplir

en este momento una orden de S. M. la reina madre. Ya sabeis la consigna: «que entre el que quiera, pero salir ni los pájaros: la fuerza se rechaza con la fuerza.»

—¿Y si amaneciese y no hubieseis regresado?

—Continuará la puerta cerrada, abriéndose solo para los que entren.

Y sin mas explicaciones, le volvió la espalda, dirigiéndose acto continuo á casa del baron de Retz.

Eran las tres de la madrugada; París seguia tranquilo; la luna se iba encapotando; el espacio cubriéndose de nubes; el aire comenzaba á agitarse con alguna violencia, y sobre la cabeza de Alberto de Gondi se preparaba una tormenta próxima á estallar.

En cuanto á los *invencibles* y sus dos criados, caminaban con la rapidez de una exhalacion en direccion de Flandes. Recordaban con desden á París, y veian en Bruselas una esperanza que los atraia con fuerza eléctrica.

CAPÍTULO IX

Dejamos en su casita, y esperando el regreso del duque del Imperio, al famoso cómplice de Catalina, Alberto de Gondi, baron de Retz. Este magnate, que debia cuanto era y poseia á la reina madre, solia ofuscarse al obedecer las órdenes de la augusta señora, efecto de su exagerado celo y del temor que causaban en él las miradas frias, apagadas y severas de la célebre florentina. Y era porque conocia mejor que ninguno otro, la bondad y cariño con que trataba su ama al infeliz que tenia la desgracia de disgustarla. Con buena imaginacion, alguna sagacidad y la mucha astucia que le enseñó su experta maestra, era temido en la corte, admirado de los parciales de Catalina y muy halagado por el jóven Carlos, el cual le llamaba su amigo y consejero.

Natural de Florencia, descendia de una familia acomodada, pero en la que se contaban ya mas de dos ambiciosos que, fiados en su buena imaginacion y un caudal inmenso de osadía, iban poco á poco escalando los puestos mas altos de la sociedad. Uno de ellos era Alberto, el cual se presentó

un día á la reina Catalina y aceptados por esta sus servicios, llegó á ser su más indispensable instrumento.

Tuvo dinero y favor; casó con la baronesa de Retz y no satisfecho aún caminaba en busca de un ducado que no creyó difícil conseguir, atendiendo al estado de la época, á la corrupcion de todo, y á lo mucho que esperaba hacer en pro de su compatriota la incomparable Médicis.

Un hombre así no podia ser católico ni hugonote, pero sí un terrible ambicioso, cuyo altar era Catalina, y las riquezas y oropeles el Dios único á quien rendia culto.

Ya elevado, se hizo, como era natural, altanero con los que miraba debajo, y soberbio y vengativo para con todos. Hombre sin conciencia ni corazon, no se tomaba la molestia de estudiar jamás si la accion que le mandaban practicar era injusta ó indigna de un caballero. Ante la de Médicis no tenía opinion, voluntad, ni otra cosa que deseo de obedecer, de riquezas y de honores. Catalina lo conocía perfectamente y se servía de él, siendo en la actualidad su brazo derecho; el hombre indispensable en la corte, entre la aristocracia y para con el pueblo.

Mucho aprendió el nuevo palaciego en el despacho y direccion de los varios y difíciles asuntos que continuamente se confiaban á su celo y buena imaginacion, mas se halló una vez frente al duque del Imperio y el héroe lo arrolló en las calles de París ni más ni ménos que como acababa de hacerlo en el campo de batalla con el valiente Condé y el intrépido Coligny.

Sepamos ahora cómo terminó aquella intriga en la que Silva estuvo tan hábil y su contrario tan inocente y torpe.

Dejamos al baron de Retz entre sus veinte sicarios, cerrada la puerta y perfectamente cegado el agujero de la cerradura. Poco despues de haber partido el duque, bajó la escalera y volvió á exhortar á sus asalariados cómplices, para que estuviesen dispuestos á un acontecimiento del mayor interés, y en el que tenía sumo empeño; ellos le contesta-

ron oprimiendo las empuñaduras de sus espadas, alzando los puños y demostrando gran interés en querer ganar la recompensa que suponían iba á proporcionarles la futura empresa.

—¡Habrá oro, canalla! —les decía Gondi —pero el que me falte, huya ó tema, por el alma de Satanás, que ha de costarle la vida!

Complacido no obstante de la ferocidad que presentaban aquellos rostros de audaces sicarios en su muda y amenazante actitud, volvió á subir al gabinete del piso principal, y pidiendo una botella de vino de Madera, comenzó á beber tranquilamente, arrellanado en un ancho y mullido sillón. En tal postura y pensando en el ducado que creía ver en lontananza, fué apurando una copa tras otra todo el líquido que contenía la redoma. Pasó una hora, el duque no venía y el italiano daba señales inequívocas de incertidumbre y desasosiego.

—¡Me habrá engañado ese español! —exclamaba, levantándose y paseando por la habitación. —¡No puede ser; un hombre de su valor y talento!... mas á decir verdad, no he comprendido esa intriga... y luego me miró al marcharse de un modo tan particular... ¡Si habré caído en una red!... ¡esos españoles son tan hábiles, y se cuentan tales cosas de ellos!... La duda me está torturando y hasta saber la verdad!...

Gondi se limpió el sudor que bañaba su frente, abrió el balcón del gabinete que caía encima de la puerta de salida, y observó, exclamando de nuevo:

—¡Comienza á amanecer, un silencio sepulcral envuelve al populoso París, y ese maldito duque del Imperio no aparece por ninguna parte! ¡Oh es indispensable hacer algo!

Y entrando de nuevo llamó á uno de aquellos en quienes tenía más confianza y le encargó partiera inmediatamente al *hotel du Comble*, en averiguación del duque del Imperio, del maestro Osorio y de los criados de estos; concluyendo con las siguientes frases:

—Vuela, Bernardo; si estuviese el duque, no le digas nada, regresando al momento; pero si no lo hallases ni á ninguno de los suyos, indaga cuánto puedas, volviéndote al instante.

Salió el enviado, mas no tardó en subir y con voz de trueno, le dijo:

—Señor baron, no se puede abrir la puerta.

—¡Qué dices, insensato!—exclamó Retz, fuera de sí.

—Han cegado la cerradura, y aun cuando hemos intentado sacar de allí la tierra y piedras que metieron, no ha podido penetrar la llave.

—¡Maldicion sobre vosotros y sobre los que me han engañado! ¡Un rio de sangre va á correr hoy! ¡Canalla, arranca la cerradura, tirad la puerta y vuela! ¡Tú eres el primero que vas á morir si tardas ó vacilas!

Bernardo bajó otra vez, y ayudado por sus compañeros cumplió la orden de su amo, saliendo algo despues, entre el sinnúmero de denuestos que le lanzaba el baron desde la escalera.

—¡Entornad esa puerta—gritó este cuando vió que aquel habia partido—y que no se mueva ninguno de su sitio!

Otra vez entró en el gabinete y comenzó á pasear, mordiéndose las uñas, jurando y en un estado de desesperacion indescriptible.

Diez minutos mas tarde oyó llamar á la puerta, preguntar por él, é inmediatamente subió uno de los sicarios, y le dijo:

—Señor, ha llegado Montespan, el cual desea entregaros con urgencia un escrito; le acompaña uno de vuestros criados.

—Que suba inmediatamente.

No tardó mucho en presentarse el que acababan de anunciar. Al verlo el baron se puso en pié, preguntándole con ansiedad:

—¿Qué traes, Montespan? ¿ha ocurrido algo?

—Perdonad, señor baron—le contestó con timidez el interpelado—no estabais en vuestro palacio, y como ignoro la gravedad del asunto que me conduce cerca de vos, rogué á vuestros sirvientes...

—Has hecho bien en venir aquí; pero ¡abrevia, Montespán, que me mata la impaciencia.

En cumplimiento de la orden que me dió S. M. la reina madre, me hallaba con mi segundo al frente de veinte guardias, en una de las puertas de París, prohibiendo que saliese nadie hasta tanto que vos dispusierais lo contrario. Cuantos pretendieron pasar tuvieron que retroceder á excepcion de cuatro ginetes que llegaron, y dándome uno de ellos este papel les dejé salir.

—¿Cuatro dices?

—Si, señor.

—¿Eran españoles?

—Parecian extranjeros.

—¿No reconociste á alguno?

—Los miré detenidamente, pero no recuerdo haber visto á ninguno de ellos.

—¿Conoces al general español, duque del Imperio?

—No, señor.

—¿Qué trazas tenian esos cuatro?

—Parecian traficantes.

—No es posible.

—El traje de dos de ellos era de mercader; los otros debian ser sirvientes.

—El duque del Imperio y el maestro Flaviano, seguidos de sus dos criados; no pueden ser otros; mas no comprendo...

—El que me habló tenía mas trazas de gran señor que de traficante. En cuanto salieron al campo picaron á sus corceles y desaparecieron como un rayo. Son buenos ginetes y en mi concepto es un disfraz las ropas con que se cubren.

—Dáme la orden que te entregaron.

—Tomad.

—Es efectivamente la que yo dí al duque. ¿Para eso solo has venido aquí?

—No, señor; falta lo principal.

—¡Pues habla, insensato, que estoy herido de impaciencia!

—Uno de ellos, el único que me dirigió la palabra, me entregó al tiempo de partir este papel, encargándome que lo pusiera en vuestras manos, segun lo verifíco; y añadiendo, que me costaria la vida si lo leía.

El baron cogió el escrito que le alargaba Montespan, y comenzó á devorarlo con la vista, palideciendo á la vez, hasta quedar su rostro como el de un cadáver. Montespan le dijo:

—¿Qué teneis, señor? ¿Os hallais enfermo?

Nada le contestó Retz; seguía desencajado; oprimia los puños y los dientes; fué á hablar, y le faltó la voz. Por fin pudo articular, con acento entrecortado:

—¡Me ha perdido ese miserable español!... ¡hoy mismo recibiré de Catalina la recompensa á la insigne torpeza que he cometido! ¡Todo lo comprendo ahora, maldicion! ¡qué hábil estuvo, qué sagaz y qué inocente yo! ¡Tenian sus palabras una fuerza; un predominio su mirada; una arrogancia su acento!... ¡Maldicion!...

Y dió un puñetazo sobre la mesa que hizo temblar el pavimento.

Montespan le miraba con asombro, y creyendo que el terrible estado del baron era efecto de enfermedad, tornó á preguntarle con el mayor interés:

—¿Quereis que vaya en busca de un médico? En mi concepto, debeis retiraros á vuestro palacio; teneis el semblante...

—¡Marcha de aquí! —le contestó Gondi con ira.

—Señor baron, siento dejaros en ese estado...

—¡Tú tambien!... ¡Por Barrabás!...

Y dió otro golpe sobre la mesa que hizo retroceder dos pasos á Montespan, el cual le dijo aturdido:

—Me marchó, señor. ¿Continúo prohibiendo la salida?...

—Sí. Espera. ¿Ha venido un criado mio contigo?

—Sí, señor.

—¿Aguarda?

—Creo quedó abajo.

—Si está todavía, dile que me traiga inmediatamente un traje, capa y gorra.

Partió Montespan, y Retz cayó sobre el sillón, y mirando el casco del duque, se arrancó la banda de general, que aun conservaba puesta, y arrojándola lejos de sí, exclamó:

—¡Nada ha respetado ese maldito español! ¡Y fué tan diestro, que descubierta ya su intriga todavía me tiene inútil para poder salir á la calle! ¡á no ser que me ponga ese casco que ayer tapaba su gloria y esta noche ha cubierto mi ignominia! ¡Todo, todo lo he perdido en un solo instante! ¡Gran talento debe tener ese hombre; mas si yo hallase ocasion, con cuánto gusto destrozaría su pecho como él desgarró mi alma en estos momentos!

Y comenzó á pasear de nuevo; se sentó otra vez, hasta que entró su criado, lo vistió, y embozándose en la capa salió con direccion al Louvre, ordenando antes á los sicarios permaneciesen allí.

Eran las seis de la mañana cuando el baron llegó al real palacio, penetró en las habitaciones de la reina madre, y preguntando por esta, le contestaron que aún se hallaba en el lecho. Gondi se sentó en la antecámara, encargando á los sirvientes que cuando S. M. despertase tuvieran la bondad de anunciarle su llegada.

Solo ya en la regia estancia, pálido todavía, desencajado y algo trémulo, decía para sí:

—¡Es imposible que Catalina de Médicis perdone mi torpeza! La conozco muy bien, y sé que me va á costar la vida el haber caído en una red donde ella misma hubiera sido envuelta, á pesar de su talento y astucia. ¡Es tan triste morir á mi edad! y justamente en los momentos que me creía

mas seguro y cerca del... ¡Maldito español! ¡que me haya á mí engañado de ese modo, teniendo más experiencia que él; más conocimiento y práctica en intrigas!... ¡Oh, ese duque no es hombre; ha sido el mismo Lucifer que, envidiando mi fortaleza de alma y la sangre fria con que manejo la intriga y el acero, ha querido probarme esta noche que sabe mas que yo! ¡Y tiene razon; que solo el diablo podria envolverse de ese modo!

Retz fué poco á poco pasando de la terrible excitacion en que se hallaba, á ese estado de languidez y abatimiento consiguiente á la reaccion que debia experimentar su sobresalto y desesperacion. Apoyó el codo en el brazo del sillón donde estaba sentado, la frente en la palma de la mano, y así continuó hasta que la campana del relój del Louvre le hizo estremecer con sus pausados y vibrantes sonidos.

— ¡Las siete! — exclamó — es la hora en que la reina madre acostumbra á levantarse. ¡Oh, caeré á sus plantas, imploraré su clemencia y le recordaré los servicios que la llevo prestados; y acaso consiga... pero no; tiene el corazón de roca; fruncirá sus delgados labios y esta noche me mandará á dormir con mi padre y mi abuelo! ¡Es inexorable con los que la faltan; y cuando ella extendió esta orden tan terminante para que matase al duque del Imperio!... Mi celo, mi excesivo celo me ha perdido! Se lo diré todo como pasó; no puede dudar de mi lealtad y adhesion, y necesitándome ahora más que nunca, no será extraño que perdone mi torpeza. Sí; esto es lo mas probable.

Y una halagüeña esperanza se apoderó del decaído Gondí.

En este instante, llegando una dama de la reina, le dijo:

— S. M. sabe ya que estais en palacio, y me encarga os diga no os marchéis.

El baron dió las gracias á la reciénvenida, volviendo á quedar solo.

Un cuarto de hora despues, le hicieron pasar al despacho secreto de Catalina, donde se halló frente á frente de la

augusta señora. Creció su palidez, le temblaron las piernas y solo tuvo valor para hacerla una reverencia muy exagerada.

La de Médieis clavó en él su fría mirada, meditó un minuto, preguntándole luego:

—¿En dónde has ocultado el cuerpo de ese maldito español?

Gondi fué á hablar, pero le faltó la voz, tartamudeando únicamente:

—Gran señora, yo...

—¿Qué tienes? ¿Estás enfermo?

—No, señora, es...

Y volvió á faltarle la voz.

Catalina fijó en él otra indagadora mirada, y notando el estado en que se hallaba, se sentó con mucha tranquilidad, añadiendo:

—Habla Gondi; te encuentro descompuesto y creo adivinar la causa. Si no has podido matarle y el motivo te justifica, ya le buscarás mas despacio; y no dudo que lo imposible ayer puede serte fácil mañana.

Las frases de Catalina reanimaron el decaído espíritu de Retz, hasta el punto de atreverse á contestar con resolución.

—¡Toda mi sangre daría por la mitad de la suya! ¡Ese hombre, señora, es el mismo Lucifer!

—¿Con que vive!

—Lo ha escudado el infierno.

—¿Tiene mucho talento, Gondi!

—¡Es hábil como la misma destreza!

—¿Te envolvió?

—¡En una red tan bien tejida, que me asusta recordarlo!

—Me lo figuré. Cuéntame lo que ha acontecido.

Cada vez mas alentado el palaciego con las frases de su ama, osó decirla:

—Si me lo permitiera V. M. quisiera pedirla antes una gracia que no olvidaré en el resto de mi vida, caso de merecerla.

—Habla.

—Fiado en mi lealtad y constante celo, me atrevo á suplicar á V. M. me perdone el no haber cumplido esta noche la órden que se dignó comunicarme, relativa al duque del Imperio.

—¡Perdonarte! ¿Sabes lo que pides, Gondi? ¿ignoras el modo que tengo yo de perdonar? Abrevia; y si la causa justifica el hecho, continuarás como hasta aquí, siempre que cumplimentes mi órden otro dia; pero suprime la palabra perdon; ya sabes que para mí está demás.

Despues de algunos rodeos y excusas, comenzó el baron á referirle lo que habia pasado la noche que acababa de espirar. Segun relataba el tímido cortesano la triste aventura de que fué víctima, iba desfigurándose el rostro de la italiana; sus ojos vidriosos, pequeños y repugnantes, parecian contraerse y hasta se hubiera dicho que cruzaban por su frente ideas tan terribles, que á cualquiera horrorizarian, menos á aquella mujer que las atraia á sí, las estudiaba, gozaba con ellas y se disponia á realizarlas con calma y sangre fria pasmosas.

Gondi, sin atreverse á alzar la vista, contaba la historia, exagerando unas veces, mintiendo otras y quitándole á la intriga la sencillez y habilidad con que habia sido dirigida. Supuso que el duque del Imperio se habia valido de medios inícuos, de documentos falsos, de acciones nefandas, y acumuló en pro suyo tal madeja de inexactitudes, que aparecia Silva, segun su relato, como el intrigante mas asqueroso de la tierra.

En esta ocasion aguzó Retz todo su ingenio para disculparse y que Catalina mirara en él una víctima del mismo infierno representado con todo su poder y maldad por el mas noble de los caballeros; por el duque del Imperio.

La florentina no le interrumpió durante su larga peroracion; mas cuando hubo concluido, se fijó en él, como la pantafera en el momento de caer sobre su víctima, diciéndole:

—Te he mandado que mates á Julio de Silva, y le has dado un salvo-conducto para que salga tranquilamente de París y se aleje á otras naciones, donde puede más que nosotros. Me ha sonrojado; fijó su desdeñosa mirada en mi frente y le has servido de escudo contra mi justa ira. Bueno, Gondi; quise una víctima y la suerte me depara dos, una segura y otra probable.

El baron de Retz confuso, aturdido, bañado en sudor mortal, cayó á los piés de Catalina, exclamando:

—¡Piedad, señora, para un hombre que solo desea sacrificarse por V. M....!

—Para un tonto, que deja escapar al lobo, teniéndolo entre sus garras.

—¡Señora—replicó Gondi, levantándose y como espantado—es un leon con mas talento que Lucifer!

—¡A esos se les debe vencer, aniquilar y destruir! ¿Te tengo yo para asustar mujeres ó espantar á cobardes?

—¡Se valió de tales medios!...

—Mentira, Gondi, mentira! ¡La mayor parte de lo que me has contado es una farsa ridicula con la cual pretendes neciamente cubrir tu pobreza de imaginacion y excesiva candidez! ¡El duque del Imperio es altanero, desdeñoso, y hasta cruel con los poderosos de la tierra; pero no bajo, torpe y malvado como tú!

Nada halló que contestar el aturdido baron á las frases exactísimas de la augusta señora. Ante la verdad inclina su frente el hombre mas perverso del mundo, aún cuando sea dicha por otro sér tanto ó mas depravado. La verdad es un brillante que luce lo mismo en los labios del rey que en los del más mísero andrajoso.

—¡Valor tiene Gondi—continuó Catalina—cuando ha preferido venir á verme y contarme su torpeza á atravesarse el corazon con la punta de la daga!

Con voz bronca y sufriendo la tortura mas horrible; la contestó Retz.

— Señora, confieso que he sido envuelto en una red, la mas hábil acaso que se tejió hasta ahora; ya no tiene remedio, y si V. M. no se digna apiadarse de mí, dispuesto me hallo á sufrir la sentencia que tenga á bien imponerme.

— ¡Con que no tiene remedio!... Vas á conseguir que por primera vez en mi vida me compadezca de un hombre.

Gondi alzó la cabeza, asomando á su rostro un átomo de esperanza.

— Señora — se apresuró á decir — me hallo dispuesto á enmendar mi falta; decid qué remedio es ese; ayúdeme V. M. con su elevado talento; y pasaré sin comer, y hasta sin dormir hasta conseguirlo. No hay en el universo quien odie, quien desee con mas vehemencia que yo la muerte de ese hombre.

— ¿No adivinas tú cuál es?

— No, señora.

— Matarlo.

— Eso deseo; mas, no acierto...

— ¡Bellaco! se le busca y se le halla. ¿Quiéres que te diga tambien como se clava el arma?

— Me permitiria V. M. que corriese tras él?...

— Sí.

— ¿Cuándo debo partir?

— Ahora mismo.

— Gracias, señora. Os juro hacerme digno de la bondad con que me trata V. M. Antes de una hora marcharé á Italia...

— ¡Otra torpeza! El duque del Imperio y Flaviano de Osorio, disfrazados de mercaderes, seguidos únicamente de dos criados, corren hácia Flandes.

— No sabia...

— Hoy no sabes nada, Retz.

— Al lado de V. M. es muy pequeño el que parece mas grande.

— Mal instante has elegido para lisonjas.

—Creo haber dicho la verdad, señora.

—Gondi, Julio de Silva camina con objeto de destruir una conspiracion de protestantes que debe estallar en breve; pero ignora que al mismo tiempo que él llegue tendrán noticia los conjurados de su arribo, disfraz é intenciones. Cuento con amigos en todos los partidos y me sirven correos que montan como el primer ginete. Es posible que los luteranos flamencos no se dejen engañar de Silva y ceben en él la ira que abrigan contra Felipe II; mas si tú quieres adelantarte á ellos y conservar de este modo la mísera existencia que acabo de regalarte, parte inmediatamente, enmienda tu falta y regresa digno de Catalina de Médicis.

Gondi demostró á la florentina su agradecimiento, besó la augusta diestra y salió de allí, jurando hacerse acreedor al puesto que antes tenía, cerca de tan bondadosa señora.

La reina madre lo vió partir é inclinó la cabeza, exclamando:

—Me ha servido bien y no me admira su torpeza de ayer. ¡Sabe tanto ese maldito español!... Si lo mata nada se habrá perdido; si no puede con él, lo cual es posible, su candidez de esta noche será otro motivo mas para que un dia desaparezca de la tierra, caso de que llegue á estorbarme. Sabe tantas historias el florentino!...

Y la elevada señora se dirigió á la alcoba de su hijo, con el laudable celo de velar por él y por la suerte del dichoso pueblo que tenía la fortuna de ser gobernado por príncipes tan magnánimos y agradecidos.

No crean nuestros lectores que el buen Gondi quedó tranquilo al salir del regio despacho; tal era la confianza que tenía en la bondadosa señora que acababa de absolverlo, que tembló nuevamente al perderla de vista, creyendo ver un puñal alzado al doblar cada ángulo de las habitaciones que atravesaba, no atreviéndose por otra parte á aspirar la atmósfera del Louvre, por miedo á que estuviese envenenada. Y no cesó su sobresalto hasta que, llegando á la ori-

lla del Sena, se vió solo y acariciado por la pura brisa de la mañana.

— ¡Me ha perdonado! — exclamó henchido de gozo — necesita de mí y lo peor de todo es que yo no puedo vivir sin su favor. Me es fácil emigrar y librarme por este medio de su encono, mas en otra nacion tendré que vivir oscuro, pobre y olvidado, y á eso no puedo avenirme! ¡O un ducado ó la muerte; no hay término medio! ¡Julio de Silva, tú tienes gran cabeza y un corazon duro, pero no tanto que la una adivine y el otro resista el golpe de un puñal fabricado en Sevres!

Media hora despues se hallaba rodeado de sus veinte sicarios, entre los que repartia oro y á los que ofrecia grandes recompensas, que ellos escuchaban con risa infernal y mirada de tigre.

Abandonemos por ahora á esta pobre gente; unámonos á nuestros amigos Silva y Osorio, y sigamos con ellos á Flandes. La muerte continúa sitiando á aquellas dos hermosas y privilegiadas cabezas; sepamos si el malvado triunfa en esta ocasion del heroismo orlado por la virtud.

CAPÍTULO X.

Los dos supuestos mercaderes.—El genio de Silva.—Flandes.—Un correo de Catalina de Médicis.

Julio y Osorio, al lado el uno del otro y detrás sus sirvientes, dejaron á la derecha el camino real, poco despues de salir de París, y continuaron corriendo por senderos extraviados, sin tregua ni descanso alguno y con celeridad sorprendente. Sobre briosos corceles, hábiles ellos, ligeros y ansiosos de alejarse de un pueblo en el que solo la muerte podrian hallar, aguijoneaban á los potros, y obedientes estos á sus poderosos dueños, imitaban en su carrera el vuelo del águila.

Por mas que Catalina de Médicis tuviese buenos caballos y mejores correos, no era posible alcanzar á los dos primeros ginetes de Europa, impelidos ahora por la necesidad mas apremiante.

Sin dejar de caminar, dijo Flaviano á su amigo y jefe:

—Julio, cruzamos senderos que pueden extraviarnos, llevándonos léjos de donde nos conviene ir. ¿Te enteraste bien de esta ruta?

—Sí. Mientras vosotros dormiais anoche, yo preveia el

caso, estudié los mapas, me aconsejé de un práctico y voy seguro de lo que hago. La luna nos favorece y el cielo nos inspirará.

—¿Con que llevas dos noches sin dormir?

—Ciertamente, y una sin cenar.

—Buenas viandas pagamos en el *hotel du Comble*.

—¿Tampoco las probaste tú?

—¡Cómo habia de comerlas sin tí!

—En la primer venta que paremos recibirá la abstinencia el castigo que merece por su continua pesadez. En tanto, disfrutará el buen Retz de las delicias de nuestra mesa.

—O de las iras de Catalina.

—Eso es mas probable, si bien es posible que lo perdone; de un instrumento tan bueno no querrá deshacerse.

—El conflicto en que le has puesto podrá costarle la vida.

—Poco se perdía, mas no creo que se desprenda de él quien tanto necesita de sus servicios.

—¡Qué léjos estarán nuestros hermanos de suponer!...

—Les hemos cedido lo mejor de la partida.

Los guerreros callaron para poder correr mas; Silva sacaba á veces un mapa trazado por él, miraba al cielo, y de este modo dirigia su pequeña, pero veloz cabalgata.

No era extraordinario ni pesado para los *invencibles* caminar de aquel modo, pues acostumbrados á hacerlo muy amenudo, se habían connaturalizado con la fatiga, el desvelo y á veces el hambre; y no sufrían demasiado viajando con tal celeridad. Tampoco les era extraño á sus pulmones y huesos aquella fatiga y movimiento, no resintiéndose por consiguiente de lo que estaban continuamente sufriendo.

Cinco horas anduvieron sin descanso alguno, cuando dieron vista á una venta aislada, á cuya puerta pararon, echando pié á tierra. Eran mas de las ocho de la mañana y habían andado cerca de doce leguas.

Julio llamó á su criado, y le dijo:

—Perez, si hay proporción y ventaja, cambia esos caba-

llos; si no que coman bien y que descansen. Permanecere-
mos aquí dos horas y media.

Luego pidió un cuarto con camas, diciéndole al posa-
dero:

—Vamos á dormir dos horas; al terminar estas, nos ser-
vireis aquí un bueno y abundante almuerzo. Ni un minuto
mas de dos horas ¿lo entendeis? Despertadnos al espirar ese
plazo.

—Muy bien, señor; descansad, que seréis complacido.

—Salió el posadero y Silva continuó:

—Flaviano, cierra esa ventana, y durmamos; que por
ahora no hay peligro.

Diez minutos despues, eran presa los dos amigos del mas
tranquilo sueño. Julio sonreía con esa dulzura de un hom-
bre cuya conciencia no se hallaba agitada por el remordi-
miento; mientras que Osorio, articulaba el nombre de una
francesa que debió haber conocido durante su permanencia
en aquel reino.

Al terminar las dos horas, fueron despertados por el ven-
tero, saltaron de la cama y sentándose á la mesa, comieron
con buen apetito. Pagaron, y montando sobre caballos in-
gleses, flacos, de mala estampa, pero tan fuertes y ligeros
como los comprados en París, emprendieron de nuevo la
marcha con intencion de ganar el tiempo que habian per-
dido en la venta.

Bajo un cielo cubierto por negras y espesas nubes, y por
senderos estrechos, torcidos y extraviados, corrian nuestros
guerreros, atravesando campos y valles, montes y cercados.
Fija siempre la estrella de acero sobre los hijares de los fla-
cos alazanes, saltaban zanjas, subian empinadas cuestas,
descendian terribles pendientes, bordeaban precipicios, y aca-
riciados por una brisa húmeda, pegajosa y fria, iban dejando
atrás la inmensidad de un espacio que parecia prolongarse
hasta lo infinito. El duque del Imperio miraba continua-
mente su mapa; Flaviano de Osorio las dos hermosas pis-

tolas que cubria con su humilde ropilla, y los sirvientes á los caballos de sus amos, convertidos ahora en ligeros corzos. Los cuatro, á pesar de la diferencia de clase, talento y condicion tenian una sola voluntad; esta era la del incomparable Julio de Silva, que los guiaba y conducia siempre con el acierto del héroe, con la inteligencia del que ostenta en su frente el genio de la gloria.

Caminaban en busca de nuevos peligros, azares y desvelos; y en su noble ambicion, sólo aspiraban á elevar el nombre de su patria y á combatir en pro de nuestra veneranda religion. No tenía cabida en ellos la pasion bastarda ni les halagaban los honores mundanos; el oropel no brillaba ante sus ojos, ni la mezquina idea de una recompensa á tantos afanes y sinsabores empañaba el esplendor de un patriotismo que hoy por desgracia desconocemos.

Y no obstante tan noble proceder, tanta abnegacion, tanta hidalguía, se hallaban nuestros guerreros sitiados por una mano airada, que corria en su busca blandiendo la terrible segur.

Corrian ahora por entre un bosque y á doscientas varas del camino real. De pronto, le pareció al duque distinguir un bulto que caminaba por el arrecife, y en la misma direccion que ellos, y fijó en él su inteligente mirada.

—¡Alto — exclamó — esperad!

Y cubriéndose cuanto le era posible entre aquella espesura, se dirigió al camino, deteniéndose á treinta pasos de él. Un segundo despues, miró cruzar por delante y con gran velocidad, á un ginete, que segun todas las trazas, marchaba á Bélgica.

—Creo adivinar quién eres — dijo — donde vas y lo que intenta la persona que te envia. Pronto veré si me he equivocado.

Y volviendo adonde estaban su amigo y sirvientes, gritó:

—¡A escape, y mas á escape que nunca!

Sacó su mapa, tornó á estudiarlo, y poniéndose delante

corrió desaforadamente, obligando al caballo á convertirse en águila, y él en ligera pluma que ayudaba á su corcel en tan incomparable marcha.

Flaviano, dijo para sí:

—Algo ocurre.

Pero nada preguntó á Julio, procurando únicamente seguirlo, que no era poco.

Los criados, á imitacion de sus amos, y casi tendidos sobre los delgados hijos de la Gran Bretaña, caminaban detrás, pero sin perder terreno.

De este modo anduvieron catorce leguas. Llegaron á una aldea y echando pié á tierra Julio, le dijo á su criado:

—Cambia al instante los caballos por otros descansados y tan fuertes y ligeros como esos. En aquel parador de la derecha os esperamos; volad.

Y los dos amigos se dirigieron al sitio indicado; pidieron vino, vizcochos y agua, se sentaron alrededor de una mesa, donde descansaron un poco, mientras apagaban la sed y comían algunos de aquellos empapados en vino.

Tres cuartos de hora tardaron Ros y Perez en presentarse con cuatro magníficos caballos franceses, ensillados y dispuestos á partir. Julio dijo á sus sirvientes:

—Comed vizcochos, bebed ese vino y marchemos.

Y mientras aquellos obedecian á su señor, este reconocia los cuadrúpedos, y satisfecho de su presencia y brio, montó, tornando á emprender, cinco minutos despues, su interrumpida y sin igual carrera.

—Bien—exclamaba el duque—estos cuatro animales son los mejores que hemos montado desde París aquí; es poco cuanto hayan dado por ellos.

Una hora mas tarde dieron vista otra vez á la carretera y poco despues á Péronne. Se hallaban á 33 leguas francesas de París, y á muy poco trecho de Flandes ó sea de los dominios de España.

Cruzaron por cerca de la ciudad, sin que nadie les estor-

bara el paso; avanzaron, y muy luego salieron del reino francés. Viendo Osorio que á pesar de hallarse en las posesiones de Felipe II, todavía continuaba su amigo Julio oprimiendo los ijares de su potro y corriendo como antes, le dijo:

—Hermano, ya nos hemos alejado del país donde impera Catalina de Médicis. Aquí manda el rey de España y es obedecido su poderoso general el duque del Imperio.

—Sigue, Flaviano, y cuando hayamos llegado á un bosque que atraviesa este arrecife, entonces te contestaré.

Y continuaron como anteriormente.

La noche habia tendido ya su negro manto sobre el espacio, cuando los cuatro españoles llegaron á una espesa arboleda, siguiendo por ella siete minutos, en cuyo instante se detuvo el duque, gritando:

—¡Alto! Acercaos, Perez y Ros.

Los sirvientes se aproximaron y Silva continuó:

—Quedaos parados en medio de este camino mirando hácia Francia. No tardará mucho en acercarse un correo; en el mismo instante que oigais el ruido de las pisadas de su caballo le salís al encuentro; pero en el momento de llegar á él, lo sacáis de la silla con violencia, arrancándole un despacho que llevará consigo. Sed diestros, porque si le dais tiempo se llevará á la boca el papel y lo despedazará, tragándolo despues. ¿Lo habeis comprendido bien?

—Sí, señor —le contestaron los criados.

—Es de mucha cuenta la comision que os doy; pues me interesa infinito que llegue á mis manos ese documento.

—Si el correo se acerca y conduce el despacho, descuidad, señor duque, que estará en vuestro poder —le contestó el criado de Osorio.

—A cuarenta pasos de aquí os esperamos; llevadnos allí al conductor y el objeto deseado.

Julio y Flaviano atravesaron por entre los árboles que habia á derecha é izquierda del camino, quedando parados á la distancia que le dijeron á Ros. Allí echaron pié á tierra

y ataron los caballos; un segundo mas tarde estaban sentados en el suelo y recostados en el tronco de un árbol, los herederos del príncipe de Italia, tío del poderoso rey de España, y del conde de Arahall, primer ministro de aquel.

Aun cuando se hallaban acostumbrados á la fatiga y á las mas crueles penalidades de la guerra, iban ya sintiendo la molestia de un cansancio hijo del desvelo y del continuado y violento ejercicio con que caminaron desde Dreux hasta la entrada de los Países Bajos.

Dejémosles por ahora y sepamos qué hacen sus sirvientes.

Obedeciendo las órdenes de Julio, continuaban en medio del arrecife dirigiendo la vista y el oído hácia la raya de Francia. Ros, que aprendió mucho al lado del sagaz Osorio, y que tenia además una imaginacion meridional, le decia en este instante á su compañero:

—Tú, cuando ya esté cerca el correo, atraviesas el camino con tu caballo, impidiendo de este modo que pueda seguir avanzando; en tanto que yo le cojo del hombro y... todo lo demás corre de mi cuenta. ¡Como intente defenderse ó comer el papel, por Santa Ana!...

—Lo malo es—replicó Perez—que no le vamos á ver hasta que esté encima. La noche va oscureciendo por momentos, y si continúa de este modo, pronto dejaremos de distinguir hasta los árboles.

—No importa; el camino es estrecho y no podrá pasar sin tropezar contigo. Por lo demás, las herraduras de su caballo nos anunciarán con tiempo la llegada. Toma las riendas del mío que yo escucharé.

Ros echó pié á tierra, entregó su potro á Perez, se separó cuatro pasos, y tendiéndose en el suelo, aplicó el oído quedando de este modo cerca de un cuarto de hora. Terminado aquel dió un salto, subió á su caballo, y dijo á su compañero:

—Ya está ahí; no te muevas; si se me escapa á mí deténlo tú, y en caso necesario acude á mi voz.

En el mismo momento oyeron un alerta que les dió Osorio, en voz baja, pero lo suficiente claro para que llegase al oído de los expertos sirvientes. Luego percibieron la briosa carrera de un caballo; Ros se adelantó diez varas, y sujetando con el trasero las bridas de su potro, quedó con las dos manos libres frente al camino de Francia, fija su mirada en el jinete á quien esperaba.

Poco despues vió un bulto que corria hácia él y puso su caballo al trote; un minuto mas tarde alargó la mano derecha, y cogiendo fuertemente por un brazo al que acababa de llegar, lo sacó del caballo, y mientras este continuó su escape, el jinete se halló sujeto por ambos brazos, pegada su espalda á la silla de Ros, é inútil desde la cintura arriba.

Perez habia en tanto detenido al potro del recién venido, aproximándose luego á su compañero.

—Coge tambien las bridas del mio —le dijo este— ata los tres á un árbol y reúnete con tu amo.

La víctima apresada por Ros parecia efectivamente un correo francés, el cual marchaba por el camino de Bruselas con cuanta velocidad le era posible. Sorprendido por el valiente criado de Flaviano, se sintió en el primer momento confuso y tan aturdido, que juzgó lo estaban asesinando; pero cuando comprendió que únicamente lo sujetaban y que esto lo hacia un hombre solo, dió varias sacudidas é intentó desprenderse de entre las robustas manos que oprimian sus carnes. A la vez gritaba, moviendo las piernas y pretendiendo morder las muñecas de Ros; mas este lo levantó en alto, le golpeó fuertemente contra la silla, y torciéndole los brazos lo dejó dolorido é inútil por algun tiempo para que continuase dando sus anteriores sacudidas. Entonces corrió un poco las manos, y agarrándolo por las muñecas, se tiró del caballo y arrastrándolo le condujo á los piés del duque del Imperio.

El correo gritaba desaforadamente, pedia auxilio é imploraba luego la clemencia de su opresor; mientras este, sudando y

haciendo fuerzas, le imponia silencio hasta obligarle á callar.

—¿Y Perez?—le preguntó Silva al verlo llegar.

—Viene al momento.

—No hagas daño á ese correo; ténlo sí sujeto hasta tanto que se presente tu compañero.

El otro sirviente se acercó en el mismo instante y por orden de su amo ligó con un pañuelo las muñecas del preso, dejándolo tendido en el suelo boca arriba. Despues sacó un pequeño farol de su bolsillo, colocó dentro un trozo de vela, á la que inmediatamente hizo arder.

El cuadro hubiera excitado la risa del mas grave: dos grandes de España, duque y general el uno, y maestre de campo el otro, se hallaban sentados en el duro suelo; á sus piés y maniatado, tenian al indefenso correo, y á los costados de este permanecian en cuclillas, los dos sirvientes, esperando las órdenes de sus amos.

Por fin el duque interrogó al francés con las siguientes frases:

—¿Vienes de París?

El interpelado nada contestó; el otro añadió:

—Te voy á mandar sacar la lengua si continuas callando.

¿Vienes de París?

—Me está prohibido por mi rey decir adonde voy ó de dónde vengo.

—¡Mientes! Tú no has hablado jamás con Carlos IX, ni sirves á otro que á Catalina de Medicis.

El correo palideció, mas guardó silencio.

—¿Me contestas ó nó?—tornó á preguntar el duque.

Tampoco esta vez respondió el prisionero.

—Perez, Ros, registrad á ese hombre hasta hallar cuantos documentos lleve consigo.

El francés comprendió lo imposible de resistirse al reconocimiento ordenado y no se movió ni expresó frase alguna. Los criados palparon sus ropas y registraron los bolsillos, exclamando Ros.

— Señor, no lleva nada.

— ¡Aprende, bellaco! — le dijo Osorio levantándose y reconociendo escrupulosamente al correo, al que halló un papel cosido á la espalda, entre el forro y paño del gaban. Descubierto ya el secreto, pusieron boca abajo al conductor, descosieron el papel, entregando al duque un despacho cerrado con lacre, sin marca alguna, pero escrito el sobre por la mano de Catalina de Médicis. Iba dirigido al conde de Horn; Julio lo abrió, leyéndolo dos veces y meditando después sobre el contenido. Acto continuo lo guardó, y mirando con rostro severo al correo, les dijo á los sirvientes:

— Arrastrad á ese hombre lejos de aquí, y clavadle una daga en el corazon, dejándolo para que sirva de pasto á los buitres.

Esto no era mas que una amenaza, pero expresada de tal modo, que el desgraciado francés creyó que lo iban á matar, exclamando con terror:

— Piedad, señor; revocad esa orden y haré cuanto querais.

Los criados se disponian á obedecer al duque, cuando este añadió:

— Esperad, que si cumple su palabra aún podrá vivir; mas te advierto, enviado de Catalina, que como mientras ó me ocultes algo, dejas en el acto de existir.

— Diré cuanto sepa — replicó temblando el preso.

— Veámoslo: ¿de dónde vienes?

— De París.

— ¿Quién te manda?

— S. M. la reina madre, á quien sirvo.

— ¿Adónde ibas?

— A Cambray.

— ¿Qué orden te dieron?

— La de correr reventando caballos.

— ¿A quién debias presentarte?

— A un sirviente del conde de Horn.

— ¿Que encargo le llevas?

—Solo me mandó S. M. que entregase ese pliego, que me habeis quitado, á uno de sus criados, sin decirle de parte de quién.

—¿Qué más?

—En el acto tenía que regresar á París.

—¿Qué otra cosa te han ordenado?

—Que me dejase matar antes que ceder ese pliego, si en el camino intentaban quitármelo.

—Mal has cumplido tu mision.

—No he podido defenderme ni hubiera dado resultado alguno mi muerte. Me cogieron de un modo...

—¿Qué vas á decir á la reina Catalina?

—Que puede mandarme ahorcar cuando guste.

—¿Crees, por ventura, que te sentenciará á castigo tan terrible?

—Estoy seguro.

—Si hubieras hablado cuando te lo mandé por primera vez, yo te salvaria la vida.

—Señor, compadeceos de mi pobre esposa y de tres hijos que morirán de hambre si los dejo huérfanos. Vuestro traje intenta vanamente ocultar al poderoso señor que cubre; mas vuestro rostro dice lo que sois, y me hace abrigar la esperanza de que me tratareis con la bondad que leo en vuestra mirada.

—¿Me conoces?

—No, señor; pero juraria que abarcais gran poder.

El duque meditó breves instantes, replicando luego:

—Si haces lo que yo te mande, no te matará la reina Catalina.

—Perdida tengo la vida; deseo ganarla y solo con vuestro apoyo podré conseguirlo.

—Lo haré. Montas á caballo y muy despacio regresas á París; entras en el Louvre y le dices á la reina madre que has cumplido fielmente su encargo.

—¿Y cuando sepa que no es cierto?

—No lo sabrá nunca; yo mismo entregaré el despacho á un criado de Horn.

—¿Y si no pudieseis?...

—Nadie me lo impedirá. Te lo ofrece el duque del Imperio que hace tres dias ganó la batalla de Dreux, el que jamás faltó á su palabra. Esto puede tranquilizarte; pero te advierto que si Catalina tiene noticia de esta entrevista, te manda ahorcar á los cinco minutos.

—¡Con que sois vos el famoso español!... —exclamó el correo asombrado.

—Sí—le contestó el duque levantándose—dí á la madre de Carlos IX lo que te he prevenido, y calla á todo el mundo que has hablado conmigo. Soltadlo—añadió á los criados—que monte á caballo y regrese á Francia; mas si le veis volver la cabeza hácia Cambray, dirigidle una bala al corazón.

Silva fué obedecido, y despues que el correo le demostró gratitud y propósito de tomar sus consejos, montó encaminándose hácia París con paso lento y sin mirar atrás.

Ya solos los invencibles, le dijo Julio á su amigo:

—Lo mismo que me habia figurado! averiguó Catalina que veniamos aquí, comprendió el objeto que nos traia y da parte al conde de Horn, con el laudable deseo de que nos asesinen los protestantes flamencos.

—¡Es diabólica esa mujer!

—Sabe mucho; más...

—Mas tú adivinas y le ganaste la segunda partida.

—Era de prever cuanto acontecia.

—¿Prevés algo mas?

—Sí, hermano; en Flandes caminaremos siempre sitiados por la muerte; si nos libramos de ella nos seguirá á Malta; y continuará por último, blandiendo su terrible guadaña, hasta que consiga un dia segar nuestras cabezas.

—Pues si con tal saña y constancia nos amenaza, desafiemos su furor y despreciemos el golpe con que pretende intimidarnos.

—Sí, Flaviano; vamos á Cambray, y que se cumpla la voluntad de Dios!

—¡A Cambray, Julio, que no me estorba la vida ni me importa perderla! ¡Como no me cojan durmiendo!...

—¡Perez, Ros; los caballos!

—Aquí están, señor.

Un minuto mas tarde, corrian nuevamente los cuatro por el camino real, á oscuras y con menos prisa que lo habian verificado anteriormente.

El correo seguia hácia París; los *invencibles* en direccion de Cambray, y el baron de Retz en busca de estos. De frente tienen Julio y Flaviano miles y miles de espadas dispuestas á atravesar sus pechos; detrás corren veintiuñales, cuyas afiladas puntas ansían teñir sus dueños en la noble sangre de los dos bizarros españoles. Pronto veremos la suerte que el cielo les depara entre los insurreccionados flamencos y los asesinos franceses.

CAPÍTULO XI.

Otra casita á orillas del Escalda. — Cambray. — La ciudadela. — El gobernador.

Nuestros caminantes continuaron el resto de la noche á buen paso. Serian las cuatro de la madrugada, cuando Julio de Silva puso su caballo al trote, diciéndole á la vez á Osorio:

— Debemos estar cerca de Cambray, por consiguiente detengamos nuestra veloz carrera, pues llegaremos con tiempo de sobra, gracias al cielo, el cual parece proteger la causa que defendemos.

— ¿No te sientes mal, hermano? — le preguntó Flaviano con interés.

— No, amigo mio; voy algo cansado y molesto por la falta de sueño y de alimento; mas en el instante que coma y duerma estaré perfectamente.

— Eres de hierro, duque; te has pasado una noche trabajando y dos sin dejar de correr. Otro no podría tenerse sobre el caballo.

— Lo mismo has andado tú y no te hallas desfallecido.

— Llevo una noche menos de trabajo.

— Nuestros cuerpos, Flaviano, se han endurecido, y hasta puede decirse connaturalizado con la fatiga, el insomnio y

el hambre; por eso continuamos bien, y si la necesidad apremiase, todavía andaríamos otro tanto en la forma que acabamos de hacerlo; en mí no es tan extraño como en el delicado Flaviano de Osorio; pues yo no me arreglo el bigote ni adopto una postura elegante sobre el caballo, ni estoy durante la guerra lo mismo que en la corte, entre las damas ó en el estrado de los grandes señores. Imposible parece que pueda un hombre sostener tanto tiempo y en tan difíciles circunstancias la briosa postura, elegantes maneras y cuidado exquisito que tú.

Flaviano sonrió escuchando las frases de su amigo, contestándole luego:

—Es la costumbre, hermano; á tí te sobra con el brillo de una frente que te envidian los monarcas de la tierra.

—Una frente de color de caoba, barnizada admirablemente por el español mas pulcro.

—Sí, nos hemos convertido en algo menos que traficantes; en mulatos.

Hablando así comenzó á amanecer, viniendo á reflejarse sobre los rostros de nuestros caminantes los primeros albores de un día frio, pero que empezaba claro y sereno. Poco despues principiaron á distinguirse los objetos entre el negro manto de una noche que parecia abandonar con sentimiento el predominio que acababa de ejercer sobre los astros, el mar, la tierra y el espacio.

Julio miró en torno, vió á su izquierda una empinada cuesta, y dejando el camino, subió á la elevacion, seguido de su compañero y sirvientes. Desde allí percibió el inmenso monton de castillos, palacios y casas que componian la hermosa ciudad de Cambray; á la derecha, y brillando sus puras aguas como el cristal, vió al caudaloso Escalda, por entre una campiña dilatada, frondosa y halagüena.

—Hé ahí — exclamó dirigiéndose á Osorio — los palacios que en breve cobijarán á los jefes de la revolucion flamenca.

—Ciertamente; mas creo que llegaremos antes que ellos.

— Por lo menos estaremos á tiempo entre esos hombres; y si es probable que ahoguemos sus locas pretensiones, tambien es posible que tengamos delante ahora el panteon que ha de encerrar nuestros míseros restos.

— Me es igual, duque del Imperio.

— ¡Pues adelante, maestre de campo!

Los cuatro descendieron de la elevacion, tornaron al camino real, y continuaron su marcha en direccion de Cambray, cuya ciudad distaba de allí media hora próximamente.

Un cuarto de legua antes de llegar al pueblo dejaron la carretera, siguiendo por la orilla del rio hasta que Julio gritó:

— ¡Alto! echad pié á tierra.

Estaban á veinte pasos de una casita con piso bajo y principal, que parecia ser habitada por algun labriego de las cercanías de Cambray. Se hallaba situada á la orilla izquierda del Escalda, y entre una espesa arboleda, formando una vista agradable y pintoresca.

Julio dió las riendas de su caballo á Perez, y adelantándose golpeó en la puerta de aquella vivienda. Algunos minutos despues se abrió esta y apareció en el umbral un labrador jóven, no mal parecido, que mirándole desde la cabeza á los piés, le preguntó:

— ¿Qué quereis á estas horas?

— Deseo amigo mio — le contestó el duque — que nos deis posada por unos cuantos dias. Somos lo que representamos y no nos conviene habitar en la ciudad; desde aquí la tenemos cerca, podemos ir y volver sin cansarnos, y terminar nuestros asuntos como cumple á la conveniencia y deseo que nos trae.

— ¿Sois franceses?

— No.

— En el camino antes de llegar á Cambray teneis un pagador muy bueno.

—Preferimos vuestra casa, aún cuando nos cueste mas cara.

—Soy pobre, y en verdad, cogeria con gusto vuestros escudos; mas há poco que me casé y...

—Por eso no temais; mi compañero y yo tambien tenemos esposas, y los dos sirvientes que nos acompañan perderian la vida si osaran tocar á vuestra mujer.

—Siendo así...

—Antes, sedme franco. ¿Teneis aficion á la doctrina de Lutero?

—Eso no; mi mujer y yo somos católicos como nuestros padres y abuelos. ¿Y vosotros?...

—Profesamos vuestra misma religion, y nos envanece declararlo así. ¿Con que nos permitís?...

—Con mucho gusto. ¿Cuánto me vais á dar?...

—Lo que querais, con tal de que, suspendiendo las labores del campo, nos sirvais bien vos y vuestra esposa. Tomad adelantados estos veinte escudos de oro, y cuando querais me pedís más.

—Pasad vos y tomad posesion de mi casa; toda la pongo á vuestra disposicion.

—Decid á vuestra mujer que nos prepare camas en el piso principal. Despues un abundante almuerzo, y si ahora me dieseis un vaso de leche os lo agradecería mucho.

—Tengo ovejas y yo mismo la voy á ordeñar. Pueden entrar en la cuadra á esos pobres caballos, pues se conoce que vienen rendidos.

—Al momento.

Julio mandó á sus criados que siguiesen al jóven labrador, se incorporó con Osorio y le dió algunas órdenes en voz baja. No tardó mucho el dueño de la casa en presentarle un vaso de leche espesa y humeante, la que el duque bebió con ansiedad; luego se despidió del maestro de campo encargándole que almorzase y durmiera, pues él tardaria en regresar, y acto continuo se dirigió á Cambray.

Todavía estaban cerradas las puertas de la ciudad cuando Silva llegó al pié de sus murallas, pero no pareciéndole conveniente llamar, esperó entre algunos arrieros á que abriesen. Julio se presentaba á aquel pueblo revolucionario y tumultuoso de un modo que hubiera atraído la atención y hasta excitado las sospechas de los curiosos si no se tratase de una época en que, lo mismo el pobre que el rico, todos iban armados con dagas y aún con espadas. Nuestro guerrero, escondía debajo de su ancho, desaliñado y toscó gaban un par de magníficas pistolas; pero dejaba ver parte de la vaina de una hermosa espada; la misma que acababa de vencer y humillar á los hugonotes de Francia.

Mientras esperaba á la puerta de la ciudad, sacó un pañuelo y se fué sacudiendo el polvo, primero del rostro y las manos, y despues del modesto traje que le cubria.

Abrieron la puerta, y confundido entre los arrieros, penetró en Cambray sin llamar la atención y sin que ninguno le estorbara el paso. Cruzó tres calles á la ventura, entró en la cuarta, y encontrando á la mitad de ella un oficial español, de los que guarnecian la plaza, le detuvo preguntándole:

— Caballero, ¿quereis decirme dónde está el palacio del gobernador?

— Sí, pero os advierto que se halla deshabitado.

— ¿No se encuentra en Cambray la autoridad superior?

— Vive en la ciudadela.

— Dista mucho de aquí.

— Bastante; al extremo opuesto.

— Acompañadme.

— ¿Qué decis, insensato?

— ¿No sois oficial español?

— ¿Qué hay de comun entre un caballero y...

— Soy un español que os manda marchar delante.

El duque acompañó á sus últimas frases un tono tan imperativo y una mirada tan altiva, que hizo dudar al oficial, el cual le preguntó con algo de asombro:

—¿Teneis la bondad de decirme quién sois?

—En nombre del rey D. Felipe II, id delante y no parad hasta que me halle frente al gobernador.

El oficial quiso mirar al duque, pero no pudo resistir la influencia que los ojos de aquel ejercian sobre él, y bajando la cabeza echó á andar en direccion de la ciudadela, exclamando para sí:

—¡Quién será este hombre que viste tan mal y manda tan bien! ¡Oh, es algo más de lo que parece! Obedezcamos, no haga el demonio que...

Y sin detenerse le preguntó á Julio:

—¿Teneis mucha prisa?

—Bastante.

—Pues á este paso pronto llegaremos.

Y acelerándolo cuanto pudo, lo llevó en diez minutos al pie de la ciudadela. A su voz se bajó el rastrillo, atravesaron los muros, y sin que nadie los detuviera penetraron en las habitaciones del gobernador. Este se hallaba en cama todavía, segun les enteró un sirviente, oído lo cual por el guia de Julio, se volvió, preguntándole:

—¿Qué más quereis, mercader, incógnito ó lo que seais?

—Entrad al momento—contestó el duque—en la alcoba de vuestro jefe y decidle que se vista al instante y salga aquí.

—Yo no puedo...

—¡Obedeced, alférez!

—Si es tan urgente y de necesidad, haré un esfuerzo y le diré que sois...

—Un español, nada más.

—Perdonad; eso no es bastante para que deje el lecho...

—Si no sabe cumplir con su deber yo le enseñaré; si hubiese aprendido, le bastará con eso.

—Me poneis en un conflicto.

—Por allí, alférez.

Y Silva hizo un signo imperativo al oficial, el que atur-

dido ante la mirada del supuesto traficante, volvió á inclinar la cabeza, dirigiéndose al dormitorio donde reposaba su jefe.

Cuando Silva se halló solo, miró en torno, y viendo varios sillones á su derecha, se dejó caer en uno exclamando:

— ¡Mal debe andar la guarnicion de Cambray cuando su valeroso jefe abandona el palacio para venir á habitar entre estos espesos muros!

Y acomodándose lo mejor que pudo, quedó como meditando.

Aun cuando el duque tenía una naturaleza de bronce y una fortaleza de espíritu indomable, iba poco á poco notando las consecuencias de tanta fatiga, desvelos, hambre y sinsabores. En tan cómoda postura, querian unirse sus párpados y su desfallecido estómago iba haciéndose ya sensible á tan continuada abstinencia; mas comprendiendo él que aún no podia dormir ni comer, se levantó del asiento y comenzó á pasear por el extenso salon donde se hallaba, abarcando ideas que solo cabian en su privilegiada cabeza.

No tardó mucho en escuchar el ruido de pisadas que se acercaban hasta allí, viendo entrar al poco tiempo al jefe de la fortaleza, seguido del alférez que ya conocemos. El primero quedó parado ante el fingido comerciante, y mirándolo fijamente, le preguntó:

— ¿Quién sois y qué quereis? Os advierto que estais ante el gobernador y que permaneceis con la gorra puesta.

— Ya lo sé—le contestó el duque, y añadió, dirigiéndose al oficial.—Alférez, soy un traficante español y os podrá costar la vida si dais por hecho y contaís alguna cosa contraria á mi honrosa ocupacion. Salid.

El interpelado se inclinó, obedeciendo á Julio por tercera vez.

— Osado sois, por vida mia, traficante—exclamó el gobernador viéndose ya solo con su huesped.—¿Ignorais que en esta fortaleza mando yo?

— Cuando yo no estoy en ella, general.

— Represento al mismo rey, señor mercader.

— Eso era antes de entrar yo en Cambray.

— ¿Quién sois?

— Enteraos si alguno puede escucharnos, y en caso contrario, cerrad esa puerta y os lo diré.

El gobernador vaciló al principio, mas no queriendo que el incógnito interpretase por miedo lo que en realidad era solo una duda bien fundada, le obedeció; en tanto que Silva se arrellanaba por segunda vez en un mullido sillón.

— Aun cuando fueseis un grande de España — volvió á exclamar el jefe de la ciudadela cada vez mas admirado — no os disculpa de la osadía con que estais obrando.

— Es que soy un poco más.

— Pues ya estamos solos.

— Sentaos.

— Me siento, ya que el cielo me otorga esta mañana una paciencia que no siempre suele favorecerme.

— Os la recompensaré almorzando á vuestro lado.

— ¡Insensato!...

— Cuidado gobernador, que os oye el duque del Imperio, y no gusta de esas voces.

— ¡Vos el heredero del príncipe de Italia; el inimitable general que sostiene hoy el trono de Carlos IX!... ¡No puede ser!

— Es el primer hombre que llama embustero á Julio de Silva, primo de S. M. el rey Felipe II.

— Conozco al señor duque, y aún cuando esa mirada y facciones... Pero no es posible... Esa piel tan negra...

— ¿No puedo habérmela teñido?

— Teneis razon!... Señor, si sois el invicto duque del Imperio, á quien espero con la mayor ansiedad, probadlo, y vea yo cerca de mí el sosten de la religion católica, de mi patria, de mi rey.

— Hace hoy tres dias que gané la batalla de Dreux, man-

dé el ejército á Italia para que se dirija á Malta, y el maestro Flaviano de Osorio, yo y nuestros dos sirvientes, destruyendo el grave peligro con que nos cercó Catalina de Médicis, caminamos hácia Cambray, donde hace poco llegamos. Mi amigo y criados, quedaron en una casita situada á la orilla del Escalda y á mil varas de la ciudad, pues nos es conveniente habitar fuera de ella, y yo, solo y bien disfrazado me he dirigido aquí. Si no os basta con esta explicacion, mirad lo que dice ese pergamino.

Y sacando uno escrito se lo alargó al jefe de Cambray, el cual leyó en voz alta:

«Los gobernadores y autoridades de mis reinos obedecerán sin réplica ni vacilacion al duque del Imperio, prestándole cuantos auxilios necesite y pida. Y tendreis entendido, que castigaré sin compasion al que desobedeciere esta mi soberana voluntad. — Yo el Rey.»

El gobernador se puso en pié, é inclinándose ante Julio le dijo:

—Perdonad, señor, si al través de ese barniz y mísero traje que os cubre, no he podido ver al poderoso general á quien tanto admiro y respeto.

—Sentaos, amigo mio. Eso me demuestra que mi incógnito está llevado á cabo con el arte y la prudencia que las circunstancias exigen, y me ha complacido la prueba que acabais de darme.

Arrellanados de nuevo y frente á frente los dos jefes católicos, exclamó el gobernador:

—¡Quién habia de creer que os hallaseis en Cambray cuando el parte que recibí ayer me decia que caminabais en pos de los hugonotes de Francia, cerca de Dreux!

—Vuestros correos andan poco, gobernador; alcancé á los partidarios de Lutero, les presentamos batalla, y cuando los ví en completa desbandada corrí hácia aquí.

—¿Al príncipe de Condé y al almirante Coligny?

—Sí; rodeados además de todos sus amigos y partidarios.

—Infero, señor duque, que sus parciales flamencos nos han de dar que hacer mucho más.

—O algo menos.

—¡Vuestra espada no tiene precio, ni rival vuestra cabeza, pero son tantos y tan arteros!...

—Lo mismo exactamente que los franceses. Abreviemos; llevo tres noches sin dormir y muchas horas sin comer; y aún cuando mi patria y la santa causa que defendiendo son antes que mi humilde persona, creo indispensable me enteréis sin dilacion de cuanto pasa en una provincia elegida por los revolucionarios para cuartel general de la terrible campaña que meditan y preparan. ¿Os hallais dispuesto á obedecerme en todo?

—Miro representada en vos la augusta persona de mi rey, el sosten de mi patria, el áncora de nuestra salvacion.

—Gracias. Hablad, que ya os escucho.

—Habreis dado por hecho, señor duque, que sigo á los conspiradores paso á paso y que suplo la falta de soldados con el celo é interés que exige mi crítica situacion.

—Sí, señor.

—Voy á probaros que me hicisteis justicia. Supe la trama de los iconoclastas; comprendí cuanto se proponian, y no contando con soldados suficientes para combatir contra aquellos, el dia que se lanzasen á la pelea, vendí parte de mi patrimonio, enganché hombres, y derramando oro conseguí aumentar la exígua guarnicion de esta plaza, teniendo á la vez noticia exacta de cuanto hacian y pensaban los revolucionarios.

—Muy bien, amigo mio; eso esperábamos de vuestra lealtad y patriotismo, y habeis realizado nuestras esperanzas segun pronostiqué. Continuad, que os oigo con mucho gusto.

—Os diré, reasumiendo segun deseais, que se hallan en Cambray todos los jefes del partido protestante y la mayor parte de sus parciales, debiendo llegar esta noche el resto. Despues que se oculte el sol que nos alumbra, se reunirán

los primeros en el palacio de Horn, y ratificarán el acuerdo que han tomado y pretenden realizar. Y no existiendo nada que se lo estorbe, se alzarán mañana por la noche, prenderán la tea de la discordia, y dueños de Cambray, llevarán la revolucion á las restantes provincias de Flandes.

—¿Qué piensan hacer con vos, con vuestros soldados, y con la famosa ciudadela que defendeis?

—Han practicado varias minas, é intentan pulverizar-nos á todos.

—Es muy razonable tal deseo, gobernador; que para tan buen católico, valiente y cumplido caballero, no podian idear otra cosa los renegados de Flandes. ¿Y vos, qué pensabais hacer?

—Llegando vos, segun me ofreció S. M., obedeceros; no viniendo á tiempo, dispuse lo siguiente: me trasladé á la ciudadela, lo que ellos tomaron por miedo, y esto los confié más, siendo una de las cosas que me proponia. Mi palacio, situado en el centro, y abandonado al parecer, se ha ido llenando poco á poco con la gente de armas que sigilosamente he enganchado. Armé tambien en secreto á los pocos católicos que existen en la ciudad; he elegido posiciones ventajosas, y entrando en Cambray sin ser visto de los revolucionarios, antes de que alzarán el grito, queria al frente de los míos vencerlos en las calles de la ciudad apoyado por los de este castillo, ó en caso contrario morir como buen católico é hidalgo español; que mi rey no me mandó á este país para presenciar entre espesos muros la nueva sublevacion de los secuaces de Lutero. Mi plan, hijo del estudio, de la meditacion y del conocimiento que tengo de hombres y terreno, es en mi concepto aceptable por todos, á excepcion del eminente duque del Imperio, cuyo incomparable genio lo ve, lo comprende todo y le basta una hora para trazar otro mas elevado, seguro y de resultados positivos. Por esta segunda razon tendré á dicha contraerme á obedeceros.

Silva oyó al gobernador, pero lejos de contestarle inclinó

la cabeza y quedó como meditando. Luego la fué alzando poco á poco y se fijó en aquel, preguntándole:

—¿Habeis hecho contraminas?

—Sí, señor.

—¿De qué fuerza disponeis?

—Tengo en la ciudadela 500 hombres, 400 en mi palacio y unos 300 paisanos armados, los que bien ó mal se batirán á nuestro lado.

—¿Y los contrarios, cuantos serán?

—Si llegan todos, podrán reunirse mas de 6,000 hombres. Os advierto que ya han entrado cerca de la mitad.

—Gente fanática que peleará como los protestantes de Francia; esto es, con mas arrojo que arte y subordinacion.

—Ciertamente; y en esa parte estoy contento con mis 900 soldados, pues son casi todos veteranos.

—¿Hay muchos españoles?

—No llegan á cien los extranjeros.

—¿Conocen mi nombre?

—¡Quien no lo elogió en Europa! ¡qué valiente no os admirará en el mundo!

—Suprimid lisonjas, gobernador; que nunca me gustaron, y es por otra parte indispensable que empleemos mejor el poco tiempo que tenemos para preparar nuestros asuntos. Oidme. Conviene dejar que los conspiradores alzen el grito: ya en la calle y sublevados contra el rey, Flaviano al frente de los paisanos y yo al lado de la gente de armas que hay en vuestro palacio, los batiremos en la ciudad mientras vos, apoyado en este castillo, rodeareis aquella con parte de la gente que os obedece aquí, sin dejar que atraviesen vuestras filas uno solo de nuestros amigos ó enemigos. Me duele la sangre que se va á verter; pero no es posible contemporar con hombres que no tienen en nada su juramento y á los que solo la fuerza y el castigo consiguen sujetar. De perdonarlos otra vez sería exponernos á perderlo todo; y pues que se ha hecho indispensable la lucha, muramos ó con-

cluyamos de una vez con gente tan artera, sanguinaria y cruel.

—Aplaudo tal determinacion; mas notad que solo existen en mi palacio 400 hombres.

—Si os sobrasen algunos de los 500 que se encierran aquí, podeis mandármelos, siempre que no os hagan falta para el cerco que os acabo de encargár.

—¿Qué otra cosa debo hacer?

—¿Teneis confianza en el alferez que me ha anunciado?

—Sí.

—Pues con ese y dos criados enviadme armaduras para el maestre Flaviano, para mí y para los dos sirvientes que hemos traído. El mismo llevará el santo y seña de los conjurados, un traje, y medios de introducirse entre ellos, con cuantos datos hayais adquirido referentes al objeto. Ese mismo oficial quedará á mis órdenes y por él sabreis las nuevas que en lo sucesivo tenga que daros.

—¿Me digisteis que vuestra habitacion era?...

—Una casita blanca situada á orillas del Escalda. Su dueño es un labrador jóven, bien parecido, que acaba de contraer matrimonio. No puedo daros otras señas.

—Me bastan con esas.

—El cielo os guarde, señor gobernador.

—¿No almorzáis conmigo?

—Os lo ofrecí, pero no es conveniente que os vean sentado á la mesa con un traficante, sospechen ó indaguen. Dios os guarde, amigo mio.

—El guie y no abandone jamás al mas noble de sus hijos.

Y estrechándose las manos con verdadero afecto, salió el duque, dirigiéndose desde la ciudadela y sin entrar en la ciudad, hácia su modesta casa.

El gobernador lo vió partir y se cruzó de brazos, exclamando:

—Desconozco el plan de ese privilegiado ser; creo no obstante que es mejor que el mio; y ya el duque en Cam-

bray, si triunfa la revolucion, será únicamente porque Dios lo haya dispuesto. Si él muriese, juro por mi honor seguir su suerte; que si me aventaja en talento, nó en valor, decisi-
on ni amor á mi patria.

Y el noble jefe se dispuso á cumplimentar los encargos de Silva.

Este llegó á orilla del Escalda, entró en la casa que le servia de albergue, notando con placer que eran obedecidas las instrucciones que dejó á Flaviano antes de separarse de él, pues lo mismo el maestre que los sirvientes habian almorzado y se hallaban en este momento durmiendo. Con su innata prevision, fué reconociendo la pequeña casa donde iba á morar. Tenía esta en el piso bajo, cuatro solas habitaciones y una cuadra con corral ó cercado donde el labriego encerraba una docena de ovejas. El piso principal se componia de un saloncito y tres piezas más, sin comunicacion entre sí. Cedida esta parte del edificio á nuestros españoles, le pusieron una cama al duque en el referido salon y otra á Flaviano en la estancia contigua, la cual se hallaba separada de aquella por un tabique delgado, pero sin comunicacion por puerta ni ventana, como hemos dicho anteriormente.

Reconocidas todas por el duque llamó al dueño de la casa y le dijo:

—¡Cada vez estoy mas contento de la hospitalidad que me estais dando, y si fuerais buen católico!...

—Lo soy hasta morir por mi religion —contestó aquel— ¡qué motivos teneis?...

—¡Ninguno; mas hay tanto luterano en este país y tal perfidia en esos sectarios!...

Y Silva clavó una penetrante mirada en el honrado labrador; pero este, demostrando únicamente indignacion, le contestó:

—Teneis razon; esos perros judíos son tan malos... Jamás formaré yo en sus filas ni haré caso de sus patrañas y cuentos.

—Que me place; yo tambien soy un buen católico y moriré defendiendo las santas creencias de mis mayores. Y ya que vos pensais lo mismo y seriais capaz, segun habeis dicho, de perecer por vuestra religion, os voy á dar un consejo. No trateis de penetrar quiénes somos, á qué hemos venido, ni cosa alguna de cuanto veais más ó ménos extraño en nosotros. Nos traen aquí asuntos particulares, y á la vez pensamos defender los altares de Dios contra todo el que se atreva á profanarlos. Nuestro tráfico no nos impide, á fuer de buenos católicos, manejar la espada; y si efectivamente pensais como nosotros, ya que no nos ayudeis, evitad con una imprudencia, que perezcan cuatro defensores de la mas santa de las causas. ¿Me habeis comprendido bien?

—Sí, señor; en tanto que permanezcais en mi casa, vivid tranquilos, que soy honrado y tan buen cristiano como vosotros. Más que gente de tráfico pareceis de armas, pero me basta conocer la causa que defendeis para estar de vuestra parte y ayudaros, lejos de comprometeros.

—No me he equivocado al juzgar de vos; quedo satisfecho y os ruego me sirvais de almorzar, pues me hallo desfallecido.

—El Sr. Flaviano me encargó que le despertase...

—Todavía es temprano; dejadlo dormir.

Diez minutos despues comia el duque un trozo de ave y algunas otras viandas que en union de una copa de vino añejo, le devolvieron las fuerzas perdidas por tan continuadas abstinencias. Cuando hubo concluido, quedó meditando largo tiempo hasta que, acosado por el sueño, hizo que despertasen á Osorio, al cual le dijo:

—Hermano, voy á descansar algunas horas; vela tú mientras; que el enemigo nos sitia por todas partes. En breve llegará un oficial de la guarnicion de Cambray, con un pliego del gobernador, cuatro armaduras y un traje de conspirador. El alférez esperará en una de las habitaciones sobbrantes que tenemos en este piso; guardas en tu estancia lo

que traiga, y abriendo el pliego te enteras de su contenido. Luego meditas sobre él y formas tu plan para introducirte esta noche entre los conspiradores con esa habilidad que tanto elogian tus compañeros. Lo demás lo dejo á tu buen juicio, pero discurre mucho, que todo nos hace falta, Flaviano... Me va rindiendo el sueño... ¡Pobre materia humana, cuán débil y mezquina eres! ¡setenta y dos horas de fatiga han bastado para enervarte!... Hermano, no quisiera dormir, mas tengo que hacerlo, bien á pesar mio, obligado por la necesidad.

—Descansa, Julio, que yo velaré por ti.

Los dos amigos se estrecharon, dirigiéndose Silva al lecho, donde fué presa á los pocos minutos de un sueño intranquilo. Su cariñoso compañero cerró las ventanas y puerta del saloncito que ocupaba aquél; y provisto de sus dos inseparables pistolas y espada guardó el sueño del duque, sin dejar luego de obedecer los encargos que le hizo.

Ambos comprendian que era inminente el peligro que los cercaba, sin perjuicio de lo cual, se equivocaban en esta ocasion en la mitad de los medios que empleaba su mala suerte para herir á aquellas dos admirables cabezas. Pero no adelantemos el discurso.

CAPÍTULO XII.

La conjuración de iconoclastas.—Los soldados del gobernador.—La muerte.

El duque del Imperio durmió cuatro horas, en cuyo corto período despertó varias veces, notándose en él una agitación y desasosiego impropios de su constante sangre fría y de la calma y tranquilidad que poseía su conciencia. Su noble corazón, sentimientos humanitarios y predisposición al bien, luchaban con la imperiosa necesidad de ver correr nuevamente la sangre de sus hermanos. Cuando se convenció de que no había mas medio que el de apelar á la fuerza de las armas, tembló por la desgraciada suerte de las víctimas, y si bien concluyó por resignarse ante lo que su destino le imponía, se halló intranquilo y molestadó al contemplar en lontananza el horroroso cuadro que preveía.

La noble, la majestuosa figura de su caritativo y bondadoso padre, se le aparecía en sueños, unas veces amenazante y otras humilde y dolorida, pidiéndole por la suerte de los hombres que iba á inmolar.

De tal situación era causa su desasosiego y malestar, pues el hijo imitaba al padre en hidalguía y generosidad.

Serian las cuatro de la tarde, cuando el duque se levantó, y abriendo las ventanas y puerta de su estancia, vió á Flaviano que, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada

sobre el pecho, paseaba de un lado para otro, triste y meditando al parecer.

—Entra, hermano —le dijo Silva— y sepamos por qué se halla tan contraído tu barnizado semblante. Siéntate: ¿ha mandado el gobernador las armaduras, traje y despacho?

—Sí, Julio; y en esa habitacion contigua espera el alferez que los ha traído.

—Cuéntame ahora el motivo de tu tristeza.

—He visto —le contestó el jóven— cuantos documentos te remite la autoridad superior de Cambray, y he comprendido lo horrible de la trama infernal que preparan los protestantes flamencos. Mañana, hermano, rodarán por el suelo los altares de Dios; será profanado lo mas grande que existe en la tierra, y los católicos de Flandes irán poco á poco siendo asesinados, empezando por los que existen en esta ciudad. Nada respetan esos hombres; nada detiene su criminal intento.

—Verdad es, Flaviano, y no hay otro remedio que pelear con ellos y vencerlos ó perecer mañana.

—Julio—respondió Osorio, clavando en él una mirada de fuego—hermano, tú eres, en mi concepto, el primer general de Europa, el hombre de mas talento que existe en la tierra, por todo lo cual humillarás á los impíos, aun cuando seamos uno contra diez; pero ¡ay duque! en el momento que los veas huir, los perdonarás nuevamente, nos iremos á Malta, y á los quince dias todos esos que te deberán la vida por segunda vez, demostrarán su gratitud llevando á cabo el horrible crimen que hoy detiene tu genio, pero que no podrá mañana á la distancia que se hallará. Sus juramentos de Alicante se han cumplido como se cumplirán sus juramentos de Cambray, y si el héroe salvó á su pueblo hoy, mañana lo entregará al furor de sus asesinos. ¿Comprendes la causa de mi tristeza?

El duque miró á Flaviano con asombro, diciéndole á la vez:

—Dame esos documentos que ha mandado el gobernador

y no hagas juicios temerarios ahora, evitando de este modo el arrepentirte luego.

—Toma, duque del Imperio; ahí tienes los nombres de los perjuros; aquí el inmenso número de que se componen sus parciales; en este otro papel, copia de la orden por la cual deben marcarse las casas de los católicos. Ni se respetarán edades ni sexos; los puñales irán envenenados y no cesará el combate ínterin quede un cristiano. Por este otro te enterarás de lo que pretenden hacer con las alhajas del Señor, con los altares, con los sacerdotes, con...

—¡Basta, Flaviano, basta; no enciendas mas la ya ardorosa sangre que circula por mis venas! Si nosotros no abrigamos piedad, nos igualaremos á ellos; si matamos al que huya, al que se humille, seremos tan perversos como ellos; si nuestras dagas son blandidas con todo el ímpetu de nuestro coraje irán peor que envenenadas... Hermano, noto con sentimiento que te vas haciendo sanguinario, olvidando la pequeñez del que mata, la grandeza del que perdona.

—Julio, preveo con dolor, que vencerás siempre, pero que nunca terminarás la grande obra que intentas llevar á cabo. ¡Hay hombres tan malvados, que la grandeza del perdón aplicada á ellos, es una falta que trae en pos miles de víctimas! La de mañana pertenecerá á esa clase.

Nada contestó el noble duque á las últimas frases de Osorio, entretenido al parecer en leer detenidamente las noticias y datos que le mandaba el gobernador de Cambray. Despues meditó algunos instantes, escribiendo acto continuo un largo despacho que cerró y lacró.

—¿Dices que espera el alférez?

—Sí.

—Hazle entrar al momento.

—Cuando lo hubo tenido delante, le dijo:

—Partid á la ciudadela y entregad ese escrito á vuestro jefe. Seguidamente y con ese mismo disfraz me esperais en la puerta de Francia.

—Señor duque—le contestó el alferez con timidez, cogiendo el despacho—perdonad si desconociéndoos esta mañana...

—¿Quién os ha dicho que soy duque?

—Ha extendido la voz el gobernador de que se halla entre nosotros el poderoso señor, duque del Imperio y el *invencible* maestro de campo, D. Flaviano de Osorio, y en mi opinion estoy delante de ellos, pues mandais de un modo que no deja duda alguna.

—¿Qué se ha propuesto vuestro jefe dando esa noticia?

—Son tantos, gran señor, los enemigos que nos rodean y asedian, y nosotros tan pocos, que aún cuando dispuestos á morir, temíamos por la suerte de nuestra causa; pero al saber que íbamos á ser mandados por vos, se oyó un grito unánime, entusiasta, aterrador; grito, señor, que decia: «se salvó la patria, triunfó nuestra religion.»

El oficial pronunció sus últimas palabras con un entusiasmo tan vehemente que obligó á Silva á que le contestara con agradecimiento:

—Bien, hijo, soy el duque del Imperio y ese jóven el *invencible* Flaviano; ambos os conduciremos al combate, siguiendo hasta el fin la suerte de la exígua guarnicion de Cambray. Pocos somos, mas fio en Dios, que han de sobrar para vencer á esos cobardes asesinos! Marchad y esperadme en la puerta de Francia.

El entusiasmado oficial salió henchido de júbilo y corrió; mas viendo á veinte pasos al dueño de la casa que dejaba atrás, se detuvo, le sujetó por un hombro, y con acento aterrador le dijo:

—Soy un oficial de la guarnicion de Cambray, y juro por el alma de mi madre matar á tu mujer, á tus parientes, á tí y á todos los tuyos, si algo les sucede por culpa tuya á los huéspedes que tienes en tu casa. ¿Lo has comprendido bien?

—Sí, señor, —le contestó aturdido el labrador.

—Pues no olvides mi juramento.

Y desapareció, dejando al hospedero de Silva, confuso y sin saber qué pensar de sus huéspedes. Pronto lo sacó de su asombro la voz de Perez, avisándole que los mercaderes pedían la comida.

Un cuarto de hora despues Julio y Flaviano trinchaban algunos manjares, permaneciendo cada cual durante la comida, entregado á sus propias ideas, y estudiando el plan que respectivamente se proponían llevar á cabo en aquella noche.

Haciendo mas caso de sus pensamientos que de las viandas que tenían delante, comían poco, discurrían mucho y se notaba en lo contraído de sus rostros que cruzaban por la mente de ambos terribles ideas, hijas de la crítica situacion en que se hallaban.

Concluyó la comida; Julio encargó á los sirvientes que continuasen despiertos, y sin salir de la casa hasta que ellos regresaran. Llegada la noche se vistió Flaviano con un traje especial que le habia mandado el gobernador, se estrecharon tiernamente los dos amigos y ambos partieron dirigiéndose el uno á la puerta de Francia y el otro á la de Bruselas.

Eran las ocho de la noche; las calles de Cambray estaban completamente oscuras, reinando una densa niebla que prohibia distinguir los objetos á más de diez pasos de distancia; no obstante lo cual, transitaba mucha gente, llevando algunos una linterna en la mano mientras otros tropezaban á cada momento con los estorbos que les ofrecia la desigualdad del piso y con los que, como ellos, caminaban á tientas. Unos y otros marchaban en diferentes direcciones, no hablaban, y más que tranquilos ciudadanos, parecían gente de armas en lo provistos que iban de ellas y en la rapidez y desenfado con que marchaban; pero nadie les impedía el paso ni se atrevían á preguntarles quiénes eran, hacía dónde caminaban ni qué pretendían.

Todos los edificios se hallaban ya cerrados, y ni en los

públicos ni en los particulares se veía una sola luz; los habitantes de Cambray debían temer algo, por lo que, encerrados en el hogar doméstico, escondían su miedo entre las gruesas paredes y muros de sus casas ó palacios.

En tales momentos se acercó el duque del Imperio á la puerta de la ciudad. Con las manos escondidas en los bolsillos de su gaban, triste, meditabundo é indiferente á los muchos viajeros que llegaban casi al mismo tiempo que él, se acercó al guardacanton, junto al cual le pareció distinguir al disfrazado alférez, y despues que lo hubo reconocido, le dijo muy quedo:

—Id delante.

—¿Hacia dónde me dirijo, señor?—le preguntó tambien muy bajo el oficial.

—Al palacio del gobernador.

Y sin decir mas, comenzaron á cruzar calles y plazas, hasta entrar en una estrecha callejuela, donde solo habia dos ó tres puertas excusadas. El alférez se detuvo delante de una, y cuando vió que el duque se incorporaba con él, le preguntó:

—¿Llamo?

—Sí.

Entonces el oficial dió una palmada, seguida de un fingido golpe de tos. Algunos instantes despues se abrió el ventanillo y una voz bronca, le preguntó en español:

—¿Quién eres?

El oficial dió su nombre, se acercó para que lo reconocieran y seguidamente le abrieron la puerta. Acto continuo penetraron los dos recién llegados, se cerró aquella, hallándose el duque entre dos oficiales, que al verlo se descubrieron, é inclinándose ante él, le dijo uno:

—Señor, el gobernador os espera; dignaos subir al piso principal.

Y caminando delante con un blandon en la mano y los otros detrás, en actitud respetuosa, cruzaron varios pasillos

y extensas habitaciones hasta llegar á la ancha escalera de mármol por donde subieron entre muchas luces que ardian en hachas sostenidas por pajes y criados.

La morada del gobernador de Cambray, era un hermoso palacio antiguo, pero reformado no há mucho, y en el que nada se echaba de ménos de cuanto el arte y el buen gusto inventaron hasta entonces. Tenía jardines, patios, galerías, hermosas estancias, y un salon principal que ocupaba todo el frente del edificio. Sedas, espejos, macizas columnas de jaspe, mármol y alabastro; estátuas, pinturas, y todo aquello, en fin, que forma la espléndida mansion de un grande de la tierra, veía el duque á su paso por las habitaciones.

Hacia ya algunos dias que el palacio se hallaba cerrado y en completo abandono, al parecer, por su dueño. El pueblo suponía que no estaba habitado, pues nadie entraba ni salía por la puerta principal, si bien por una de las excusadas solian verse bultos que desaparecian en el instante. El gobernador, su esposa y niños se habian trasladado á la ciudadela, y con ellos toda la servidumbre, lo cual dió origen á que los enemigos de la primera autoridad militar de Cambray le atribuyeran un miedo que jamás tuvo aquel valeroso español.

Lo mismo fuera que dentro, reinaba en el palacio esta noche, como en las anteriores, un silencio no interrumpido; silencio que agradó al duque, pues vió en él la prueba de una bien entendida prudencia y discrecion. Y creció su admiracion al entrar en el salon principal del edificio y ver entre las sedas, los espejos, los tapices, las molduras y las estátuas, cuatrocientos curtidos rostros de valientes militares, que al mirarlo depusieron las armas, se retrató en ellos la alegría, y arrojando las gorras y sombreros exclamaron en coro, á media voz:

— ¡El héroe!... ¡España y Flandes por D. Felipe!... ¡Viva el duque del Imperio!...

Y quedaron formados en ala, con la sonrisa en los labios,

y un entusiasmo que anunciaba el júbilo que se marcaba en sus tostadas frentes.

El gobernador salió al encuentro de Silva, se estrecharon, siendo rodeados á la vez por los jefes que mandaban aquel tercio; el duque alargó su mano á todos los valientes que se aproximaron á él, y después que hubo cruzado con ellos algunas frases, comenzó á reconocer á los soldados, elogiando como merecían la apostura y brio de tales veteranos; concluyendo por decir al gobernador en voz tan alta que todos lo oyeron:

—Bien; son cuatrocientos leones que destrozarán con sus potentes garras á ese enjambre de hienas que pretenden derribar el castillo español. A mi lado, delante, y en pos de mí se batirán mañana; y si Dios no nos abandona, vencerán; que si nuestra causa es justa, todo se puede esperar, por otra parte, de esa clase de soldados.

Un aplauso siguió á las palabras del duque, demostrando con él lo satisfechos que se hallaban al ser mandados por un hombre que no conocía rival.

Luego se separaron á un extremo Silva y el gobernador, diciendo este último:

—Señor duque, me bastan con 300 hombres para la defensa de la ciudadela y para tomar las salidas de la plaza; en cuyo caso, esta noche uniré á estos 400 los 200 que me sobran.

—Siendo así, contaré mañana con un ejército numeroso, amigo mío.

—Puede que aún sean pocos, que el enemigo va engrosando cada vez más sus filas. ¿No habeis notado al entrar en Cambray el descaro con que van presentándose los luteranos?

—Sí; llegan todos y no me admira. Pienso que me han de sobrar soldados para batirlos y vencerlos.

—¡Son tan pocos!...

—Olvidad el número, estudiad la calidad, y comprende-

reis fácilmente que somos más poderosos que nuestros contrarios.

—Haga el cielo que no os equivoqueis. Si me permitié-
seis que os acompañara dentro de la ciudad...

—De ningún modo, gobernador; es de temer que ganada por ellos una salida, se nos escapen, y nada hayamos conseguido. Conozco bien á esos iconoclastas, y puedo aseguráros que son muy dados á la fuga, y empezada su carrera, es difícil contenerlos.

—Sucediendo así, nada temais; los que pretendan escaparse, volverán á entrar, ó caerán á los pies de mis soldados.

—Es todo cuanto deseo de vos. Esta noche sabré la hora de la sublevacion, con lo demás que hayan acordado los conspiradores; mañana reconoceré la ciudad, designaré los puntos y quedará todo dispuesto para el momento en que nos obliguen á combatir. Esos paisanos que desean defender nuestra causa podrán efectuarlo, incorporándose conmigo á la puerta de vuestro palacio, mezclados entre la tropa; pues contando con 600 hombres, cederé una tercera parte al maestro Flaviano, desistiendo de ponerlo al frente de paisanos. A las diez de la mañana os espero en este mismo sitio. No olvideis las demás instrucciones que os he dado por escrito.

Seguidamente se despidió del gobernador, de los jefes y de los soldados, y recibiendo un nuevo aplauso, salió de allí sin permitir que le acompañasen.

Solo, triste y meditabundo otra vez, con sus manos ocultas en los bolsillos del gaban, se dirigió á la puerta de la ciudad, y acto continuo á la casa donde estaba hospedado. Caminaba lentamente, y aún cuando tropezaba á menudo con hombres, piedras y árboles, permanecía indiferente á tales percances, hijos de la negra bruma que acrecia á cada momento.

De este modo llegó á su casa, se sentó en una silla de ma-

dera, esperando tranquilamente el regreso de su querido amigo Flaviano.

—Sepamos ahora qué hacia el hábil y atrevido maestre de campo.

Imposible parecia que el elegante por excelencia, el fino, el galanteador Osorio, se pudiera prestar tan admirablemente á cierta clase de intrigas y ocultos manejos, como aquellos á que se dedicaba en este momento el entendido jóven; pero como el talento tiene aplicacion á todo, resultaba de aquí que Flaviano era en la corte el tipo más acabado del señorío español; y entre los conspiradores el sagaz y descompuesto contrario, capaz de engañar con su semblante y palabras al más experto y desconfiado intrigante. En este terreno se convertia en su verdadera antítesis, pues su blanca piel, finos modales y esbelta figura, descendian al desaliño y abandono, confundiéndose á veces con el hombre más vulgar y ordinario.

Salió á la vez que Julio de la casita donde vivian; á los veinte pasos se separó de éste, y fingiendo lo que representaba, demostró ser un conspirador jóven, atrevido y alegre. Comenzó, pues, á tararear una cancion compuesta por y para los protestantes flamencos, anduvo de prisa, y siendo saludado continuamente por los que se creian correligionarios del astuto guerrero, penetró en la ciudad sin impedimento alguno. Cruzó calles y calles, hasta que oyó sonar las nueve en el reloj de la catedral. Era la hora señalada para la reunion de los conjurados, y Flaviano, siguiendo á dos que llevaban el mismo traje que él, se encaminó, guiado por aquellos, al palacio del conde de Horn. Siempre detrás de sus guias, penetró en el sitio que deseaba, se cubrió el rostro con una mascarilla, y con tanto valor como el duque del Imperio, dijo para sí:

—Estoy seguro que me dejan entrar en paz; ¡pero á la salida!... ¡Quién piensa en eso! con mi par de pistolas y la espada me abriré paso, si llegan á reconocirme, y par-

tiré con un poco más de trabajo, pero sin grandes dificultades.

Al acabar, le pidieron la contraseña, dióla con sangre fría, y se halló en breve en un extenso salon del piso bajo, y entre doscientos conjurados, cuya mayoría estaban con el rostro descubierto. Nuestro jóven añadió para sí:

—Entre tanto demonio, no es fácil conocer á un diablo. Voy creyendo que saldré con la misma facilidad que he entrado.

Y anduvo de un lado para otro, hasta hallar un sitio donde vió á varios franceses aislados y hablando entre sí; se sentó en medio de ellos, y arrancándose la careta, tomó parte en la conversacion que tenian. Su traje, tranquilidad y soltura, consiguieron que ninguno sospechase de él, y pasar desapercibido, segun deseaba. Todavía continuaron entrando conspiradores, hasta reunirse cerca de trescientos hombres; el distintivo que llevaban era un gaban ancho y sombrero negro, flamenco, con cinta morada.

Cuando todos estuvieron reunidos, sonó tres veces una campana, y luego apareció el conde de Horn, jefe principal de la conspiracion, seguido del príncipe de Orange, del conde de Egmont y de otros personajes importantes de la secta luterana. Todos saludaron á los recién venidos, poniéndose en pié, y permaneciendo descubiertos.

Habia en un extremo del salon una mesa con tapete verde, y encima una Biblia y recado de escribir. Horn, Orange, Egmont, y en pos un secretario, se aproximaron á la mesa; cogió el primero el libro, y apoyando la mano izquierda sobre aquella, les dijo:

—Señores: antes que ocuparnos de las cosas del mundo, meditemos sobre la otra vida y en lo que debemos hacer para llegar á ella por el recto camino. La intolerancia de nuestros contrarios, nos priva hasta de un templo donde pudiéramos orar; inclinemos la cabeza todavía por esta noche ante nuestro destino, y recitemos aquí, que acaso ma-

ñana podamos verificarlo en el sitio que corresponde, á la luz del dia y á la faz del mundo.

Calló el conde de Horn, los conspiradores se inclinaron en señal de asentimiento, reinando por algun tiempo un silencio sepulcral.

El jefe de los iconoclastas comenzó á recitar la oracion que estos repetian.

No era aquello verdaderamente orar, y mucho ménos elevar preces al cielo. Era el recitado de un trozo de la Biblia, que si bien se prestaba mucho á aprenderlo de memoria y á meditar sobre él, en manera alguna á repetirlo en voz alta, en son de plegaria, y de un modo capaz de excitar hilaridad, mucho mejor que el fervoroso recogimiento de un espíritu que se dirige al Sublime Hacedor, á quien todo lo debemos, de quien tanto esperamos, y el que merece de nosotros desde el amor hasta el sacrificio.

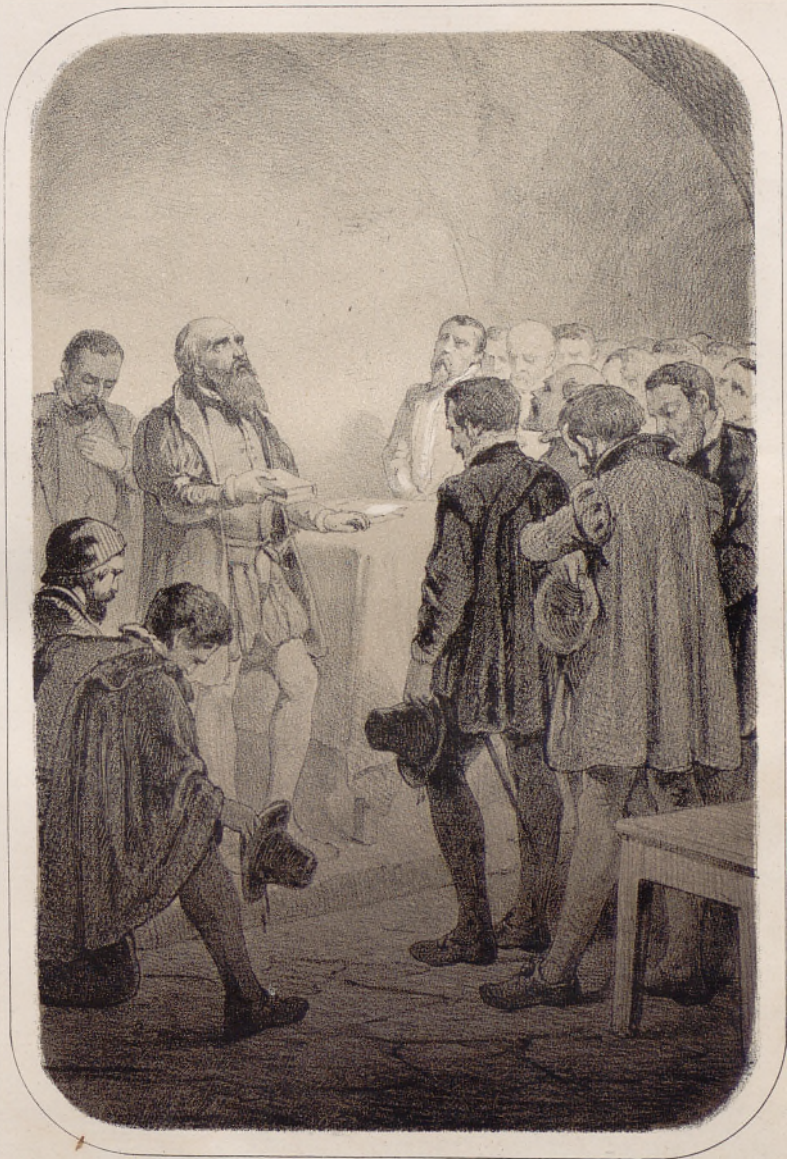
El buen Flaviano, confundido, segun deseaba, exclamó para sí:

—Da principio el exordio, ó sea la farsa de los nuevos creyentes, que solo comprenden y estudian la manera de medrar y elevarse á costa de un fanatismo estúpido. Esta parte es la más ridícula y pesada de la conspiracion.

No por esto se olvidaba el entendido jóven del papel que allí representaba, y aun cuando interiormente se burlaba de lo que oia, movia los labios fingiendo repetir unas frases que ni siquiera escuchaba.

Concluyó el rezo, si es que tal puede llamársele; los conspiradores se fueron sentando; Osorio se colocó otra vez entre sus franceses, y comenzaron á tratar, segun dijo el conde de Horn, de los asuntos mundanos.

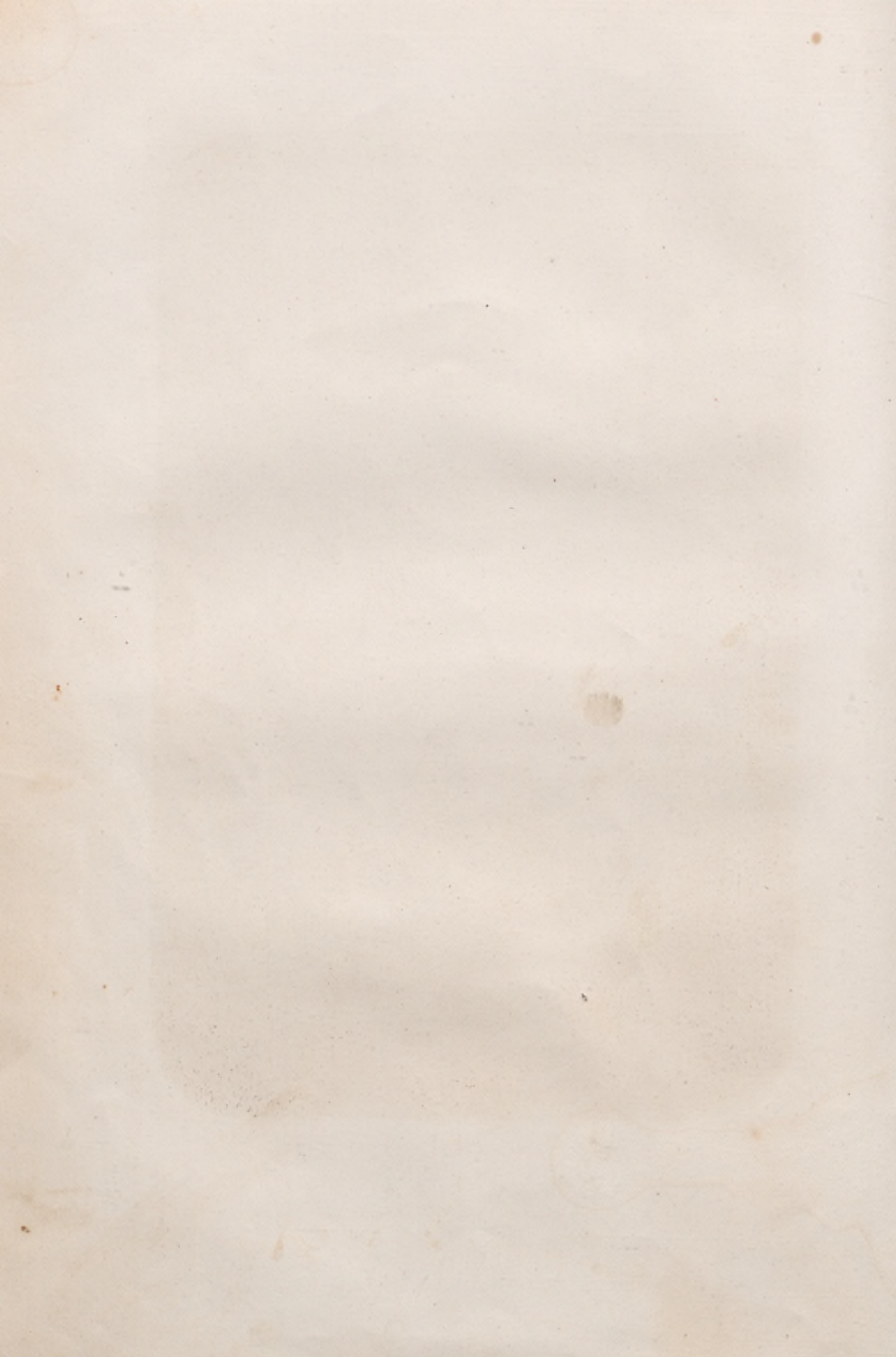
Era la víspera de la noche en que debía estallar la revolucion; estaba ya todo dispuesto y muy pensado, por lo cual no hubo debate; se pronunciaron, sí, terribles discursos, se lanzaron anatemas, se hicieron juramentos, y se demostró, en fin, el odio y encono que abrigaban aquellos



C. MUGICA, dib.^a y lit.^a

Lit. de J. DONON, Madrid.

El Gefe de los Iconoclastas comenzo á recitar
la oracion que estos repetian.



hombres contra Felipe II, los españoles, y todo aquello que no fuese lo que llamaban sus creencias. En brazos del más ínclito despecho, declaró el jefe iconoclasta que á las seis en punto de la tarde se alzaría el estandarte de la revolucion, dejando á cada jefe en actitud de matar en la forma y modo que le fuesen más cómodos y aceptables. No era aquello una sublevacion; sí el acuerdo de un asesinato general, el cual llevaría el sello de la perfidia más nefanda que podía imaginarse, pues iría acompañado de la sorpresa, el robo y la profanacion.

Eran 6,000 conjurados, segun creian, contra 500 soldados y 8,000 ciudadanos indefensos, entre hombres, mujeres y niños. La accion no admite comentario alguno.

Sedientos de sangre y de exterminio, terminó la reunion, levantando los iconoclastas sus puñales, y jurando solemnemente morir ó aniquilar al partido contrario. La voz de Flaviano se alzó en este momento sobre todas, repitiendo:

—Juro no dejar uno de cuantos pueda matar.

El confuso vocerío que siguió á las palabras del jóven, hizo que pasara desapercibido el doble sentido, y hasta la forma en que expresó su juramento; pero quedó impreso en la memoria de todos aquel timbre de voz tan grato, y que en breve debía herir el corazon de cuantos la acababan de escuchar. Unica cosa que se habia propuesto el temerario jóven.

Los conjurados se estrecharon con fingido afecto, y fueron saliendo con ánimo de cumplir cada uno su horrible cometido, perdiéndose luego entre la niebla que continuaba reinando en Cambray.

El maestre Flaviano se vió obligado á recibir dos abrazos que le dieron los franceses entre quienes estaba, y partió tambien, recogiendo á la puerta un lazo negro que le alargaron, y que era la contraseña ó distintivo que debía usar durante la matanza del siguiente dia.

Media hora despues, referia á su hermano Julio cuanto

acababa de oír y ver, procurando presentar á sus enemigos con toda la maldad que abrigaban sus perversos corazones; pero Julio de Silva no dió señal alguna de odio ni rencor; le oyó con calma, meditó luego, concluyendo por decirle:

—No podían proponerse otra cosa, ni debia entrar en sus cálculos nada que fuese humanitario; si al ménos tuviesen valor, nos batiríamos con ellos de otro modo diferente al que lo vamos á hacer.

—¿No excita tu ira —le preguntó Osorio con intencion— la maldad de seres tan depravados?

—No, Flaviano; empiezan ya á darme lástima, y antes de veinticuatro horas te la causarán á tí tambien.

—Difícilmente, Julio; creo, por el contrario, que tu excesiva compasion ha de ser fatal para los católicos de Flandes.

—Maestre, busquemos el lecho, y que disponga el cielo lo más acertado. A las seis en punto de la mañana debemos entrar en Cambray. Continúa nuestro disfraz.

Y el duque se puso en pié, no dándole tiempo á Osorio para que permaneciese provocando su ira contra los iconoclastas.

Un cuarto de hora más tarde dormian los dos amigos, sin temor á sus muchos enemigos, y ménos á la muerte, que en aquellos momentos blandía sobre sus cabezas la terrible segur.

¡Pobre género humano! ¡víctima constantemente de violentas pasiones, de su irreflexion, se dirige impelido por el huracan de la ambicion, cuando no por el de su torpeza, á los bordes del precipicio, donde pierde la vida, rodando por una eternidad, en el oscuro abismo que pudo salvar con sólo abrir los ojos al bien; con apartarse de un mal que emponzoña la vida, y conduce á la perdicion eterna!

Oíd una historia:

Hace más de cuatro siglos que, con muy rara excepcion, todos los habitantes de Europa, algunos de Africa, muchos

de América y de la India, y unos pocos de Oriente, profesaban en tranquila paz la religion católica. La sabia ley divina, predicada quince siglos antes por el Hijo de Dios y por sus inspirados discípulos, iba ensanchando su poderosa conquista á la vez, y segun se descubrian las ignoradas regiones de la tierra. Los nuevos discípulos del Redentor; esos evangelistas modernos que, con el nombre de misioneros, presentan el gran tipo de la caridad, el valor y la abnegacion, cruzaban los mares, saltaban en tierra, y sin otra idea que la de imitar á los Apóstoles, desafiaban toda clase de peligros, haciendo oir su admirable voz á las hordas salvajes, á los cafres del desierto, y á hombres, en fin, ignorantes unos, y otros con mas instinto de fiera que racionalidad. Con sólo el arma de la palabra, acosados siempre por el hambre, la sed, el cansancio y la muerte, sujetaban, instruian, y la religion católica, escrita en el sublime estandarte del misionero, imperaba en todos los países civilizados, sembrando el inefable bien, único que se conoce en el mundo, precursor á la vez del eterno.

Por este tiempo y cuando la savia de tan santos preceptos extendia su radiante luz por todos los pueblos del mundo, subió al púlpito el monje agustino Martin Lutero, y en alas de torpe egoismo y menguada pasion, empezó por oponerse á la expedicion de indulgencias, concluyendo por renegar faltando á sus juramentos y convirtiéndose en ciego instrumento de Lucifer. Descomulgado, maldito y enseñando la lepra del presunto réprobo, negó la autoridad del padre comun, se sublevó contra la Iglesia Católica, acabando por formar un código barato y cómodo, pero que sólo podia conducir al extravío.

Halló, como no podia ménos, ambiciosos que hicieron un arma de su libro; incrédulos que creyeron en sus palabras porque creyendo en ellas nada creian; otros que sintiendo la necesidad de sujetarse á una ley, aceptaron esta porque á nada les obligaba, y algunos otros, en fin, que pesando tan

poco en la balanza de la inteligencia, se inclinaron al lado opuesto arrollados por la corriente del primer turbion que les salió al encuentro.

Entre estos se hallaban algunos poderosos de la tierra; los crueles é incrédulos Enrique VIII é Isabel de Inglaterra, cuyos reinados se distinguen por la maldad, el vicio y la corrupcion que presentan; y unos cuantos electores de los estados independientes de Alemania, los que, pareciéndoles dura y pesada la influencia que ejercian sobre ellos el César español y otros monarcas poderosos, intentaron conquistar su soñada independencia, entregándose á un monje perjuro y renegado.

Y bastó lo expuesto anteriormente, es decir, la idea egoista de Lutero, para que prendiese en Europa y aún más allá la tea de la discordia, desapareciese la unidad católica tan fuerte, poderosa y necesaria, y se alzarán hombres contra hombres, pueblos contra pueblos y hasta naciones contra naciones. Corrieron efectivamente rios de sangre; perecieron miles y miles de seres, y la traicion, la infamia y el asesinato se vieron en la mayor parte de los hechos de casi todos los nuevos creyentes, y aún en muchos de los que falsamente se apellidaban católicos; como lo atestigua el horrible atentado cometido en la noche de San Bartolomé y dias subsiguientes, el cual fué ordenado por grandes de la tierra en posicion, pero tan ruines y mezquinos en hechos, que todavía se recuerdan sus nombres con horror; siendo acaso la única que concibió la idea y la que positivamente la dirigió, Catalina de Médicis, que á la sazón gobernaba el desgraciado reino de Francia, por efecto del predominio que ejerció siempre sobre su débil hijo Carlos IX.

Tanta sangre, lucha y exterminio, ¿qué resultados dió?

Oidlo: que en tres ó cuatro naciones hubiese libertad de cultos.

¿Para qué?

Para que cada dia vayan olvidándose más las doctrinas

de Lutero hasta que no quede un solo protestante; lo cual no está muy lejos de suceder, teniendo en cuenta lo desiertos que hemos visto en el extranjero, los modestos salones que los luteranos llaman templos, y más que todo, la influencia que comienza á ejercer el catolicismo en Inglaterra, pueblo que al parecer tenía mas arraigado que ningun otro la falsa doctrina.

Os hemos expuesto la causa, y á renglon seguido los atroces efectos que ha producido; y estudiando todo esto, ¿habrá quien nos niegue la razon con que exclamamos á cada momento? ¡pobre género humano, qué locamente camina á su perdicion!

A las cinco de la madrugada despertaron Julio y Flaviano, se cubrieron con sus toscos ropajes, y dándose el último barniz, por entonces, en sus blancas y finas epidermis, se hicieron servir un vaso de leche cada uno y partieron.

A las seis en punto, hora en que se abrieron las puertas de Caínbray, penetraron los dos jóvenes dentro de la ciudad, luego la recorrieron toda, examinaron las casas que habían cobijado los protestantes para ser asediadas y asesinadas sus habitantes, y entrando el díaque sin impedimento alguno de cuantio necesitaba para asegurar el éxito de la lucha que en breve debía sostener, se retiraron ambos al palacio del gobernador; llamaron a la puerta excusada y alabran.

El general y el maestro de campo fueron recibidos y saludados con júbilo por jefes y soldados; pero en silencio, pues les habían enseñado la mayor circunspección y prudencia, y estando tan cerca la hora del combate no se atrevieron á alzar una sola voz para detener al enemigo.

CAPÍTULO XIII.

Reconocimiento. — Preparativos. — Veintiun asesinos.

A las cinco de la madrugada despertaron Julio y Flaviano, se cubrieron con sus toscos ropajes, y dándose el último barniz, por entonces, en sus blancas y finas epidermis, se hicieron servir un vaso de leche cada uno y partieron.

A las seis en punto, hora en que se abrieron las puertas de Cambray, penetraron los dos jóvenes dentro de la ciudad, luego la recorrieron toda, examinaron las casas que habian señalado los protestantes para ser asaltadas y asesinados sus habitantes, y enterado el duque sin impedimento alguno de cuanto necesitaba para asegurar el éxito de la lucha que en breve debia sostener, se retiraron ambos al palacio del gobernador, llamaron á la puerta excusada y subieron.

El general y el maestro de campo fueron recibidos y saludados con júbilo por jefes y soldados, pero en silencio, pues les habian encargado la mayor circunspeccion y prudencia y estando tan cerca la hora del combate no se atrevieron á alzar una sola voz por temor de prevenir al enemigo.

Ya estaba esperando al duque la primera autoridad de Cambray, el cual estrechó á Silva y á Osorio, diciendo al primero:

—Todo se halla dispuesto para la lucha de esta tarde; he encerrado aquí 200 hombres de los 500 que habia en la fortaleza, y á la primera señal acudirán más de 300 paisanos católicos que á vuestro lado y unidos á la tropa defenderán su religion, vidas é intereses.

—Muy bien, gobernador—le contestó el duque—los iconoclastas, lanzándose á la calle á las seis de la tarde, intentarán, sin orden ni concierto, asesinar á los cristianos, volando á la vez parte de la ciudadela, pues ignoran que se han hecho contraminas. Prevenid á los jefes que tengan formada la tropa á esa hora al pié de la puerta principal, mas sin abrirla, ocurra lo que quiera, hasta que oigan mi voz. Os advierto que mi plan es obligar al enemigo á que se replegue á la gran plaza situada junto á la puerta de Bruselas, la que debereis guardar vos mismo, para en el caso de ser vencidos que no hallen ni puedan forzar esa salida. No olvidaos de la ciudadela, procurando evitar la catástrofe que la amenaza. Es todo cuanto tengo que ordenaros; abrigad confianza en Dios y no llegue á vuestra mente una sola vez la idea de que puedan ser derrotados los que defienden tan noble, leal y desinteresadamente la mas santa de las causas.

El duque estrechó tiernamente al gobernador y se volvió en busca de Flaviano para retirarse con él; mas no estaba allí ni habia dicho donde iba; trataron de averiguar su paradero y bien pronto lo hallaron rodeado de cuantos jefes, oficiales y soldados habia en el palacio, en los cuales infundia, con bélicas frases, más ira, más encono, del que aquellos tenían contra los hugonotes de Cambray.

Al ver á Silva y al gobernador, se abrió la compacta masa de hombres que rodeaba á Osorio, dejándoles llegar al centro.

En el momento que el duque se acercaba al terrible ora-

— ¡Ay del que desobedezca mi mandato; del que no escuche mi acento; del que retroceda; del que avance más de lo que yo le imponga! ¡mi propia espada le dará la muerte en el acto! ¡Guay del soldado que me siga é intente igualarse á mis enemigos en ferocidad salvaje, en inhumanidad, en menguada cobardía; que cobarde es y villano el que hiere al indefenso, al que implora su compasion!

Y Julio lanzó otra altiva mirada sobre aquellos hombres, los que no pudiendo resistir su fuego, bajaron la cabeza en señal de respeto y sumision. Acto continuo se despidió nuevamente del gobernador, y dirigiéndose á la puerta excusada, halló á Osorio, al cual le dijo:

— Espérame fuera de Cambray.

— ¿Tardarás mucho?

— No. Voy al palacio de Horn, y luego correré en tu busca.

— ¡Solo á la morada de ese hombre!

— ¿Olvidas que ofrecí al correo entregar yo mismo el despacho de Catalina?

— Tienes razon; no me acordaba de eso. Adios, Julio.

— Parte sin detenerte hasta llegar á la puerta de Francia.

El duque escondió sus manos en los bolsillos del gaban, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, se dirigió al palacio de Horn, cuya gran puerta encontró cerrada. Llamó una vez, otra, y á la tercera se abrió el postiguillo, preguntándole un sirviente de largos bigotes y rostro antipático:

—¿Qué quereis?

Silva sacó el despacho que cogió al correo, el que habia vuelto otra vez á lacrar, y alargándoselo, le contestó:

—Dad este escrito á vuestro amo.

Pero el criado en vez de tomarlo, abrió una hoja de la puerta, diciéndole:

—Entrad y entregádselo vos, pues va á salir en este momento.

El duque penetró en el zaguan. Un minuto despues vió venir seis embozados; se adelantó el sirviente ó portero, y parándose delante de uno, le dijo:

—Señor, ese hombre desea entregaros un papel.

—El interpelado, que era el conde de Horn, miró á Silva, preguntándole:

—¿Quién te envia?

El duque se acercó á él y le alargó el despacho, contestando:

—Catalina de Médicis os manda ese escrito.

Al oir este nombre, los seis embozados rodearon al supuesto mercader, examinándole de arriba á abajo; pero el barniz, traje y sangre fria del duque sufrieron perfectamente esta primera prueba de los principales jefes de la revolucion iconoclasta. El conde de Horn tomó el pliego, y abriéndolo, leyó para sí:

«Conde de Horn: el duque del Imperio y el maestre de campo Flaviano de Osorio, corren hácia Cambray, y presumo que su viaje os puede costar la vida. Como al escribiros estas líneas sólo tengo en cuenta el aprecio, de que tantas pruebas os he dado, prescindo de vuestras creencias religiosas, de las mias y de las de esos españoles; doy por

hecho que no dudareis de la exactitud de la noticia, que me agradeceréis el aviso, y sacando de él todo el partido que se puede, evitareis os moleste en lo sucesivo el que no ha llegado á simpatizar con vuestra amiga—C.»

El conde quedó descolorido y como meditando; luego le preguntó á Silva:

—¿Nada te ha dicho de palabra?

—El sugeto que esperais, sé que no llegará hoy—le contestó Julio con marcada intencion.

—¿Cuándo entrará en Cambray?

—Lo ignoro.

—Acaso mañana.

—Acaso.

—Sí; tu ama se habrá adelantado.

El duque se encogió de hombros. Horn añadió:

—Vuelve por la contestacion.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche. ¿Dónde habitas?

—Fuera de Cambray.

—¿Piensas regresar ahora á tu posada?

—Sí, señor.

—Pues no salgas de ella hasta la hora en que te he mandado volver; te lo prohibo en nombre de tu señora.

Y tornando á embozarse, salió del palacio en medio de sus cinco compañeros.

Silva, siempre con sus manos ocultas en los bolsillos del gaban, se dirigió á la puerta de Francia, é incorporándose con su amigo Flaviano, continuó hasta llegar á la casa en que ambos habitaban.

—No hemos almorzado—le dijo á Osorio—ni ya debemos hacerlo, visto lo tarde que es. Advierte que adelanten la comida, é ínterin quitémonos el barniz que cubre nuestra piel. Se concluyó la ficcion; ahora comienza á imperar la verdad, pero tan amarga y terrible, que causá espanto. A las cuatro nos armaremos, y ántes de las seis daremos vista

á las murallas de Cambray; nos acompañarán nuestros sirvientes.

Calló el duque é inclinó la cabeza, quedando triste y ensimismado. Por el contrario, su amigo Flaviano salió de allí con el rostro encendido, oprimiendo los puños, y brillando en sus labios una terrible sonrisa, que indicaba el deseo y seguridad que tenía de caer como un rayo asolador en medio de sus cobardes enemigos.

Aun cuando en diferentes habitaciones, los dos fueron quitándose poco á poco el oscuro barniz; luego colgaron las espadas y pistolas en el sitio que les estaba destinado, y sentándose á la mesa, esperaron el momento de comer.

En este instante entró el criado de Osorio, y dirigiéndose á los *invencibles*, les dijo:

—Acaban de pasar por el camino real, y en direccion de Cambray, varios hombres á caballo que parecen franceses; y he notado que se han detenido en ese caserío que hay á la izquierda del arrecife.

—Protestantes — exclamó Flaviano — que vendrán de luengas tierras á asistir á la funcion de esta tarde.

—Es lo probable — añadió el duque. — Ros, que abrevien en lo posible, sirviéndonos cuanto antes la comida.

Un cuarto de hora mas tarde, frente un amigo del otro, trinchaban, con poco apetito, algunas viandas. Durante este acto permaneció Silva ensimismado y pesaroso, y Flaviano como impaciente y enojado. Terminó la comida, y viendo el duque que ya eran las tres de la tarde, preguntó á su compañero:

—¿Están dispuestas las armaduras?

—Sí — le contestó aquel.

—Que ensillen los caballos á tu presencia y que se vistan los dos sirvientes, para que á las cuatro nos ayuden á nosotros.

A Salió Osorio otra vez, y apoyando Julio los codos sobre la mesa que tenía delante, fijó la frente en las palmas de las

manos quedando sin movimiento alguno. Su clara inteligencia, no hallaba dificultad para vencer, seguido de seiscientos veteranos, á todos los iconoclastas de Cambray; pero habian hecho efecto en él las reflexiones de su jóven amigo, y no hallaba término medio ó solucion posible entre perdonar á los que se rindiesen, segun tenia de costumbre, y asegurar la causa y tranquilidad de su país.

—El rey no me ha mandado aquí—decia—ni yo he venido á ganarles una batalla y partir, dejando encendida la tea de la discordia. Tengo en esa ciudad el alma de la revolucion, y en mi mano el hacha con que puedo destruirla; y no obstante, me hallo imposibilitado para hacerlo. Era preciso acabar con todos los jefes, que son cerca de trescientos; mas son cobardes, se irán rindiendo, y ¿cómo he de matar ni consentir que hieran al que arroja las armas é implora compasion? Eso nunca; el que ellos hagan de verdugos no autoriza á los míos ni á mí para que los imitemos.

De este modo discurria el noble y elevado duque, sin hallar una idea aceptable entre las mil que le sugeria su prodigioso ingenio. De pronto alzó la cabeza, se pasó la mano por su frente, y una dulce é imperceptible sonrisa brilló, como pálida y ligera ráfaga, en sus aristocráticos labios. Era señal inequívoca de haber encontrado por fin lo que deseaba.

En el mismo instante sintió el ruido producido por las pisadas de varios caballos, y un minuto despues la carrera de algunos hombres que se acercaban á su habitacion; pero no se movió ni dió señal alguna de sorpresa.

A la vez se abrió la puerta de su estancia, y apareció el maestre Flaviano, pálido, descompuesto, lívido el semblante, ensangrentado el labio inferior, de haberlo oprimido fuertemente con su fina dentadura, y con voz casi ahogada por la ira, le dijo con precipitacion:

—Retírate á la pared; más á la izquierda; al rincon.

El duque le obedeció maquinalmente, quedando encer-

rado entre el ángulo que formaban las dos paredes, y la mesa que tenía delante.

Sin variar un ápice el terrible estado en que se hallaba el maestre de campo, cogió con suma ligereza las dos pistolas y municiones del duque, le arrojó á este la espada debajo de la mesa, junto á sus piés, y de un salto desapareció de allí, diciendo con acento desgarrador:

—¡Hermano, hasta luego ó hasta la eternidad! ¡Por Dios, no te muevas!

Y se le oyó, seguido de los dos sirvientes, entrar en su dormitorio que, como hemos dicho anteriormente, estaba dividido del de Silva por un tabique muy delgado; cerró luego la puerta, y nada más se percibió.

El duque del Imperio, asombrado por lo que veía y escuchaba, no dándole tiempo Flaviano para entrar en explicaciones, mas previendo sin temor, algun acontecimiento fatal, alzó la vista al cielo, imploró con tierna mirada la clemencia divina, y esperó tranquilo, fijo en la puerta de su habitación, que Osorio dejó abierta de propio intento.

Un minuto despues sintió que varios hombres á caballo rodeaban la casa, y que otros echaban pié á tierra. Luego dió uno varias voces mandando abrir, y no siendo obedecido, exclamó:

—Si alguno salta por las ventanas ó por la tapia del corral, matadlo. Vosotros forzad la puerta.

El duque debió reconocer aquel acento, pues se contrajo su semblante, amoratáronse sus labios, y se inclinó para recoger la espada que Flaviano le tiró debajo de la mesa; pero en el instante mismo, oyó un golpe dado en el tabique que separaba á ambos amigos, cayeron unos trozos de ladrillo y de yeso, y dirigiendo la mirada hácia allí, vió un agujero por donde salía la ronca y medio apagada voz del maestre de campo, repitiendo:

—¡Hermano, por Dios no te muevas!

—¡Por Dios no me muevo! —le contestó Silva; dejó caer

el arma que estaba cogiendo del suelo, y cruzándose de brazos esperó que entrasen á asesinarlo.

Un silencio, precursor de la muerte, reemplazó á la última frase del inalterable duque. Instantes despues se oyó el estallido que dió la puerta de la calle, cediendo al fuerte empuje que hicieron sobre ella; á esto siguió una carrera no interrumpida, y un segundo mas tarde entraron en el saloncito de Silva seis asesinos mandados por Gondi, espada en mano, y cual tigres fueron á dirigir sus puntas al indefenso pecho del noble y valiente caudillo español, que los recibió con desdeñosa sonrisa.

—Deteneos—gritó Gondi, crispado de alegría—dejad que antes cruce con él algunas frases; que ya el lobo en la trampa no es posible que huya ni se libre de nuestra justa venganza. Quiero saborearla, duque del Imperio, guerrillero de monte, intrigante de buhardilla, miserable embustero. El principio del negocio comenzado en París, fué para vos; su conclusion en Cambray es para mí. ¿Estais satisfecho de vuestro talento y capacidad? ¿Os gusta ahora la gente que me obedece?

Silva miró con disimulo hácia el sitio en que Flaviano practicó el agujero; despues se fijó en Gondi, y con naturalidad sorprendente, le contestó:

—Felices tardes, baron. Buen chasco me disteis, pardiez; hubiera jurado que Catalina de Médicis os habia mandado ahorcar.

Era el mayor daño que podia hacersele con palabras al jefe sicario, toda vez que le recordaban el peligro en que todavía se hallaba su vida, siendo así que aquella terrible mujer, tarde ó temprano, castigaria con la muerte una torpeza, imperdonable por ella. El rostro del baron se puso livido, gritando con ira mal disimulada:

—Eso anhelabas tú, pero no soy yo; es otra la víctima elegida por el destino.

—¡Ciertamente que anhelaba eso! Desde que supe erais

el instrumento más miserable de la malvada florentina, concebí la idea de ponerlos en el caso de morir por mandato suyo. ¿Para qué necesitaba yo de vos en París? Pude marcharme sin peligro, pues bien sabéis que adiviné la intención, y tuve tiempo suficiente para huir. Mi único objeto al indisponeros con la reina madre, se cifraba en quitar á los franceses un hombre tan perverso como vos. Recordad el daño que les habeis hecho, y vereis que me sobraba razón para obrar así.

El baron de Retz se hallaba en estos momentos participando de ira, alegría y asombro, al ver la sangre fría de su enemigo; su alma ruin y miserable, no podia comprender la tranquilidad y hasta dulzura con que el duque hablaba y se movia; pero seguro de matarlo impunemente, saciando de este modo su deseo de venganza, y reconquistando á la vez su mutilada influencia cerca de Catalina de Médicis, hacian palpar de gozo su negro corazon, dilataban su espíritu, y entre el asombro, la alegría y el coraje, fingió igual calma que la de su poderoso contrario, añadiendo:

—Quisisteis que me mandara ahorcar Catalina de Médicis; no perdonasteis medio alguno para conseguirlo; y no obstante lo expuesto, sois vos el que vais á perecer, pues nada en el mundo lo evitaria ya; ¿podeis decirme, vos, que blasonais de tener tanto talento, qué ha motivado tan insigne torpeza de vuestra parte?

—¿Os atreveriais —le preguntó Silva —á mandarme asesinar, indefenso, solo y acosado por todos los vuestros?

—Sí.

—¿No blasonais de noble y caballero? ¿por qué no os batís conmigo?

—Porque no mereceis otra honra que la de morir á manos de esa buena gente que teneis delante.

—¿Y si la Providencia mandase un ángel en mi defensa, viendo vuestra perversidad, y éste os hiriera á vos?

Gondi soltó una carcajada, exclamando:

—¡La Providencia!... ¡llamadla, duque del Imperio, la desafío!

—Os obedezco. La he llamado, y ya llega en favor de la justicia. La veo, Gondi; la veo blandir su poderosa mano contra vos.

Las arrogantes frases del duque estremecieron al asesino; mas miró en torno y sólo vió un dismantelado saloncito, seis hombres dispuestos á matar, y una víctima. Salió de su boca otra risa infernal, alzó su espada, y le contestó:

—Pues si la Providencia está ahí, morirá con vos. ¡Vedlo! ¡Herid, mis valientes, dirigíos al corazon!

En el mismo instante se oyó una detonacion, y el baron de Retz cayó al suelo atravesado por una bala. Los sicarios se detuvieron espantados.

—¡Matadlo!—exclamó aquel, revolcándose en su sangre.

Los asesinos fueron á obedecerle; mas se oyeron tres detonaciones següidas y rodaron en tierra, heridos mortalmente los primeros que intentaron acercarse al duque. Los tres que quedaban con vida retrocedieron horrorizados, sin atreverse á salir ni á avanzar, ignorando quiénes hacian fuego, cuántos eran, y dónde se hallaban.

Julio de Silva no hizo otra cosa que cruzarse de brazos, echarse hácia atrás, y ver caer á sus contrarios. En este instante, le pareció que debia hacer algo, y fué á inclinarse para coger la espada; mas la voz ronca y casi apagada de Flaviano, tornó á exclamar:

—¡No te muevas, por Dios!

—Por Dios, te obedezco, incomparable hermano—le contestó el duque, tomando su anterior postura.

Hubo un instante de terrible silencio. Gondi y otro de los derribados, se movian sobre su propia sangre, á impulsos de los dolores más atroces. Al lado de ellos habia dos cadáveres, y á cuatro pasos tres asesinos con el pelo encrespado, el rostro descompuesto, y espantados ante el cuadro de que ellos formaban parte.

El baron de Retz, se incorporó un poco, se fijó en los sicarios, y con voz cortada á intervalos, les dijo:

—¡Cobardes!... ¡Herid!... ¡Llamad á vuestros compañeros!... Matadlo y... y salvadme... y libraos de perecer.

Al acabar Gondi, los tres desaparecieron, dando desaforados gritos para que subiesen los catorce asesinos que rodeaban la casa. Aquellos escucharon las voces, echaron pié á tierra, y, espada en mano, se precipitaron en el salon; vieron al duque y fueron á herirle, mas cuatro nuevas detonaciones derribaron á los primeros, haciendo retroceder á los restantes. El más atrevido de los que penetraron avanzó nuevamente, pero á la vez fué herido en el corazon por una certera bala. Los doce restantes volvieron la espalda y escaparon, sin otro ánimo que el de huir de aquel sitio de muerte y de desolacion.

Un segundo despues se presentaron Flaviano y los dos sirvientes, armados de pistolas y espadas. El hábil maestre, desde su alcoba y por el agujero que practicó en el tabique que la dividia del saloncito, habia encañonado y derribado en tierra á los nueve que intentaron asesinar á su amigo, sin que los criados que le acompañaban hiciesen otra cosa que cargarle las pistolas que con tanto acierto iba él vaciando.

Ya en el terrible salon, miró por una ventana, viendo correr á caballo y en direccion de Francia á los sicarios que conservaban sus vidas, gracias á la precipitada fuga que emprendieron.

El duque deshizo entonces la cruz que formaban sus brazos, preguntándole á su arrogante amigo:

—Flaviano, ¿me levantó por Dios?

—Levántate por la Virgen, y á Cambray, hermano, que esto no ha sido otra cosa que el principio de una jornada que ha de estremecer al mundo. Si despues de tanta infamia todavía inutilizas hoy mi espada como has hecho otras veces, ¡juro!...

—Basta: jura sólo obedecer á quien puede mandarte— le dijo el duque con cariño, lo abrazó tiernamente y quedó contemplándolo con paternal interés. Imposible parecia que aquella hermosa cabeza contase solo veinticuatro años. Su destreza, talento y valor no tenían precio.

De los nueve que yacian en tierra cinco habian espirado, y los cuatro restantes continuaban presa de agudos dolores, bañados en sangre, desfigurados y próximos á morir; si los dejaban abandonados. Silva tendió sobre ellos una mirada compasiva, que estremeció á Osorio, y dirigiéndose á su criado le dijo:

—Haz subir al momento á los dueños de esta casa.

No le costó poco trabajo al experto sirviente hallar á los que buscaba. Los recién casados, al ver rodear su morada por tantos jinetes, debieron comprender la intencion que traian unos hombres cuyo aspecto les heló la sangre, y cogidos de las manos se escondieron en un desván. Al principio temblaron de miedo; luego se fué apoderando de sus espíritus un terrible pánico, concluyendo por perder el sentido al escuchar las primeras detonaciones.

Encontrados por Perez, llegaron ante el duque y si creció el sobresalto al ver cinco cadáveres y cuatro hombres espirando, no fué menor el asombro que sintieron mirando en Julio y en Osorio á dos jóvenes de blanquísima piel, rostros aristocráticos y dos señores, en fin, de elevada alcurnia.

—Somos—les dijo el duque—dos jefes católicos del ejército español, y esos que veis tendidos en tierra nueve asesinos que han pretendido matarme. Tomad ese bolsillo y no tardeis en curar á los que aún viven, dando luego sepultura á los muertos. Nada temais, que os ampara y protege el duque del Imperio, pero os prohibo entrar esta tarde en Cambray. Haced lo que os he mandado y si necesitaseis de mí id mañana al palacio del gobernador, donde me hallareis.

Dos de los heridos que besaban la tierra apenas se mo-

vian, faltos de sentido, de sangre y de fuerzas; uno de los otros pedía agua, entre ahogados quejidos, y Gondi articulaba blasfemias y maldiciones acosado por cruel desesperación y por los agudos dolores que sufría.

Silva tendió sobre ellos otra mirada compasiva, exclamando:

—Flaviano, salgamos de aquí; armémonos en tu habitación y partamos. Vosotros, honrados labradores, apresuraos á prestar auxilio á esos infelices.

Los amos entraron en la estancia contigua; los sirvientes trasladaron á la misma lo poco que tenía el duque en el saloncito que abandonaban, y los cuatro se dispusieron á partir á Cambray, mientras los dueños de la casa temblando todavía de miedo comenzaron á cumplir las órdenes de Julio.

De este modo concluyó una escena en la que debieron perecer los dos *invencibles* si un conjunto de casualidades, en las que Silva miraba el dedo de la Providencia, no hubieran contribuido todas reunidas y aisladamente cada una de por sí á favorecer á nuestros valientes y afortunados guerreros.

Expliquemos ahora las causas que evitaron el que los dos españoles no fuesen sorprendidos y asesinados.

En cumplimiento de la orden del duque, bajó Flaviano y mandando ensillar los caballos, esperó á ser obedecido para reconocerlos. En ese intervalo oyó el acento de una mujer que, á orillas del Escalda, cantaba una canción tan tierna y melodiosa que el joven poeta y filarmónico no pudo pasar desapercibida.

—¡Buena voz!—exclamó.—Si el rostro la acompañase, veamos quién es.

Y el sensible maestro de campo, presentando ya su piel sin barniz, salió fuera de la casita buscando con la vista la terrestre sirena que lo atraía con su prodigiosa voz. Dió veinte pasos, se detuvo y mirando á la cantora, dijo con sentimiento:

—¡Me he equivocado! Es una flamenca con cara de pastel y... y lavandera...

Se volvió, pero al dar frente á su morada distinguió á varios jinetes que se acercaban allí con ciertas precauciones. El entendido jóven se aproximó á la casa y cubriéndose con ella, observó. Dos minutos despues se reconocieron á la distancia de cien varas el baron de Retz y Flaviano de Osorio. El primero sabia ya cuanto necesitaba; el segundo contó el número; comprendió lo que pretendian; cerró la puerta de la casita, y alzando los brazos al cielo exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio, inspiradme!

Sin detenerse llamó á los sirvientes y subió, segun hemos visto, llegando á su privilegiada cabeza la idea que acababa de demandar al cielo.

Provisto de las ocho pistolas y municiones que tenian, agujereó el delgado tabique, despues que hubo encerrado á Julio entre el ángulo que formaban las dos paredes y la mesa; hizo que los sirvientes estuviesen dispuestos á cargarle las pistolas que él vaciase y se preparó á matar á los veintiuno, seguro de su puntería, de su incontrastable valor y de la habilidad con que todo fué dispuesto en tan supremo instante. No perdió un segundo, y mucho ménos el aplomo y la sangre fria que parecia transmitir el duque á sus cinco amigos.

Fija la vista en el espacio que existia entre Julio y la puerta de entrada; asomando dos pistolas por el agujero, y persuadido de que Silva no se moveria, brilló en sus labios una terrible sonrisa, dejando ver las dos filas de blancos y pequeños dientes que solian cubrir sus delgados y finos labios.

Entraron los siete, y permitió que hablase cuanto quisiera el jefe de los asesinos. Veia á su amigo, éste á él, ninguno conocia el miedo, y con pasmosa calma esperó á hacer fuego en el instante crítico. Tiraba á diez pasos, y no era posible que errasen aquellas manos tan diestras una sola bala. Hi-

rió á nueve, y hubiera muerto á los veintiuno, si los restantes no apelasen á la fuga.

Lo más admirable de todo, fué la eleccion del sitio en que hizo el agujero, pues este vino á caer junto á la punta de una de las almohadas del lecho de Julio, la cual lo cubria en parte, dejándole no obstante lo suficiente para hacer la puntería, y que pudiese tirar sin desviar aquella.

Así como el entendido jóven se sintió inspirado en tan supremos instantes, Julio se encontró subyugado ante la voz de aquel, obedeciéndole ciegamente por primera vez; y lo que es más, cruzándose de brazos y adormeciendo su genio en el momento en que necesitaba hacer uso de toda su enérgica accion y sabiduría. Lo defendia la Providencia, en la que confiaba el noble guerrero de un modo absoluto, y ante poder tan supremo, se humillan los hombres y los mundos.

Flaviano lo habia dicho; la terrible escena que concluia en aquel momento, era sólo para ellos el principio de una lucha que debia estremecer la tierra, como veremos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIV.

La campana mayor. — Lucha, espanto y desolacion. — La idea del mendigo.

Eran las cinco y media de la tarde del día 24 de Diciembre. Las heladas brisas del Norte herian el rostro con su frio choque; el sol triste, y como agorero de una gran catástrofe, caminaba hácia su ocaso, dejando en tan precipitada marcha ráfagas que parecian de fuego, adornando el espacio caprichosamente, pero que demostraban una revolucion atmosférica, precursora de aquella en que los hombres toman parte. Los pájaros, ahogando sus gorjeos vespertinos, se iban retirando poco á poco á sus pequeños nidos, y los árboles, desnudos, secos y abrasados por la crueldad de tan fria estacion, se alzaban con timidez, agitados por las finas auras, cuyo soplo penetrante les llegaba al corazon.

Estamos á la vista de Cambray; la hermosa ciudad, á cuyas plantas gime el caudaloso Escalda, aparece como la naturaleza vegetal; esto es, triste, solitaria y fria. No obstante ser todavía temprano, están cerradas casi todas sus puertas, ventanas y balcones; no transita gente por las calles, reinando ese silencio pavoroso que suele ser reemplazado por el estruendo de las armas, por el fragor del combate.

Mas de seis mil puñales se preparan en aquellos momentos para herir pechos inocentes, corazones católicos, cuyo único delito consiste en adorar á su Dios, como lo hicieron sus padres, como les enseñaron sus maestros, como debe adorarse. Ni el infeliz decrepito, la tierna madre, la casta doncella, ni el inocente niño, están borrados de las terribles listas formadas por la mano iconoclasta. Sus casas tienen una mancha encarnada que dice «Muerte,» y los miles de puñales que se preparan, un grabado donde se lee: «Hasta el pomo.»

Antes de una hora, si el cielo no lo impide, regarán arroyos de sangre inocente las calles de Cambray; la madre verá destrozado el pecho de su tierno vástago; el hijo contemplará deshecho el cráneo del octogenario á quien debe la vida; la mujer mirará asesinado al esposo; el marido á su amada cónyuge; y convertida la sociedad en un caos, se alzarán la mitad contra el resto; los unos se trocarán en asesinos, los otros en víctimas; y cuando ya no haya de estas, se revelará el vencedor contra su compañero; lucharán y perecerán los dos; que es condicion humana morir á hierro, si con hierro se mata.

Contra la inmensa falanje de sicarios, solo hay noventa y cinco hombres capaces de defender al inocente; mas tienen por caudillo á un héroe, y de segundo al primer valiente de la tierra; á Julio de Silva y á Flaviano de Osorio.

¡Con qué oportunidad dirigia Lucifer los puñales de Gondi! ¡En qué momentos pensaba arrancar las vidas de estos dos hombres, que por sí solos equivalian al ejército mas aguerrido! ¡Qué hubiera sido, pereciendo ellos, del anciano, del jóven y del infante! ¡Cambray amanecería en el día del aniversario que con más solemnidad se celebra en el orbe católico, convertido en informe monton de ruinas que cubrirían los restos humanos de tantos seres, las fortunas adquiridas á costa de desvelos y sinsabores!

¡Ay de Cambray y de sus habitantes, si Gondi hubiera

podido cumplir en las márgenes del Escalda la orden que recibió el duque del Imperio á orillas del Sena!

La lucha, no obstante, debe ser tenaz y sangrienta; el resultado dudoso. Asistamos á ella, y tomemos del pasado una leccion para el presente.

Entre los desnudos árboles, cerca del rio, á la derecha de la puerta de Francia, y á 200 varas de la ciudad, habia cuatro guerreros, iguales en traje, si bien se diferenciaban algo en brío y apostura. Estaban dos delante y dos detrás; de los primeros, parecia triste y ensimismado el de la derecha, mientras que al de su izquierda se le veia gallardo, atrevido é incitante. Los de la espalda, á pesar de sus lucentes armaduras, tenian más traza de escuderos que de señores.

Ceñian una espesa cota de malla, que desde los piés venia á perderse debajo de una blanca coraza de acero bruñido, y unido á esta, en su parte superior, cubria sus cabezas un casco del mismo metal, cuya celada ó visera les tapaba perfectamente todo el rostro, á excepcion de los ojos.

Eran el duque del Imperio, el maestre de campo Flaviano de Osorio, y sus dos valientes criados. A la distancia que hemos dicho, meditaba el uno, miraba el otro, sonreian de un modo siniestro los de atrás, y los cuatro esperaban.

La ciudad continuaba presa del mismo silencio, y sus habitantes, que no eran conspiradores, presintiendo sin duda la catástrofe, permanecian encerrados y temerosos.

Así transcurrió media hora; por fin el reloj de la catedral hizo oir lentas, acompasadas y vibrantes seis campanadas, cuyos sonidos fueron repitiéndose en el espacio, cual ecos plañideros que anunciaban la muerte. Espirado el último, comenzó á tocar á rebato la campana mayor, á esta siguieron las otras, y un minuto despues, todas las de la ciudad.

—A Cambray—gritó el duque del Imperio.—Tiraron de las espadas, y se precipitaron en las calles de la ciudad por

la puerta de Francia, sin detenerse hasta llegar al palacio del gobernador, donde pararon.

No obstante su veloz carrera, vieron que se abrian las puertas de las casas, y de todas partes salian hombres armados con hachas, picas y puñales, llevando una mascarilla que les cubria hasta el labio superior, y un lazo negro en el sombrero ó gorra. Estos hombres gritaban indistintamente «¡abajo la Inquisicion! ¡mueran los opresores! ¡viva la independencia de Flandes!» y en confuso tropel, comenzaban á escalar rejas y balcones, pretendiendo á la vez echar abajo las puertas de las casas que tenian la marca encarnada.

Al ver á nuestros cuatro guerreros, quisieron primero detenerlos y luego acometerles; mas ellos, atropellando al que se les ponía delante, llegaron al sitio indicado, sin que pudieran tocar ni á la cola de sus caballos. Allí formaron en ala y esperaron. El impaciente Flaviano, decia á su jefe:

—Julio, ha empezado el asesinato y nada hacemos.

—Maestre de campo—le contestaba el general—ten paciencia, sufre como yo y aguarda á que acaben de salir todos á la calle.

En este instante desembocaron frente á ellos cuarenta enmascarados, voceando:

—¡Mueran! ¡mueran!

Y corrieron con ánimo de atacarlos.

—¡Carguemos!—gritó el duque.

Y cayeron sobre ellos los cuatro; derribaron á ocho, huyendo los treinta y dos restantes por el mismo sitio que habian venido.

—¡Atrás!—tornó á exclamar Silva.

Y retrocedieron á la puerta del palacio del gobernador formando nuevamente en ala.

Julio miró al edificio, y notó con placer que á pesar del choque habido, del ruido de campanas y de los gritos de los asesinos, no se abrió ni un solo ventanillo de aquel. Los

valientes que ansiaban obedecerle y pelear á su lado, aguardaban con la mayor subordinacion; y era todo cuanto deseaba. Poco despues de haber retrocedido exclamó, dirigiéndose á los del alcázar:

—¡Alerta!

Se oyó un murmullo que contestaba afirmativamente, despues el ruido que hicieron los cerrojos al descorrerse y nada mas se sintió.

—¿Qué hacemos, general?—Volvió á preguntar el maestro con más impaciencia que antes.

—Empezarán—contestó el duque—por venir á buscarnos, concluyendo por huir. Esperemos lo primero y temamos lo último.

No se había equivocado el famoso caudillo. Al acabar de hablar, comenzó á coronarse la plaza en que se hallaban, de enmascarados que llegaban por las calles circunvecinas; todos iban armados y en confusa gritería avanzaban despacio, para dar lugar los primeros á que se incorporasen las masas que les seguian. Creian que aquellos cuatro guerreros eran oficiales de la guarnicion, encargados con algun ciento de hombres que tendrian en el palacio, de defender á este. Y como no trataban de atacar á cuatro sino á más de cien, esperaron á reunirse cerca de dos mil hombres para llegar al sitio en que estaban Julio, Osorio y sus dos criados.

Con su incomparable sangre fría, sereno, impávido, sin temor á nada, comprendiendo todo lo que tenía delante y adivinando lo que se ocultaba á su vista, aguardó el famoso caudillo español el instante previsto, sin que nada le obligara á adelantar ó retrasar un segundo la operacion que debía practicar. Llegado aquel, exclamó con voz de trueno:

—¡Españoles, salid; vuestra religion os escuda, mi brazo os defiende, nuestra patria os ve!

Las puertas del palacio se abrieron y con el mayor orden se echaron fuera seiscientos soldados y más de trescientos

paisanos que creyeron más prudente esperar dentro del edificio que á la puerta. Solo una voz se oyó.

— ¡ Viva el duque del Imperio !

Gritaron todos y aguardaron que este les mandase. Tal exclamacion, no obstante, hizo más daño á los conspiradores que el gran número de soldados que vieron salir de la casa del gobernador.

— ¡ El duque del Imperio !

Repitieron tambien ellos con terror, mirándose con asombro. Era la primera estocada que tiraban los católicos al corazon de su cobarde enemigo; pero esta se dirigia tarde para poder retroceder. Silva, sin perder ya ni un solo instante dió algunas voces de mando, dividió su pequeño ejército en dos mitades, formó con cada una de estas un abanico, y puesto Flaviano al frente de una y él al de la otra, cargaron con ímpetu irresistible. El genio del duque y el talento y destreza de Osorio volvieron á brillar con su luz propia y con el resplandor de la muerte. Los soldados que mandaban iban bien defendidos y con largas picas que embotaban con la facilidad del práctico en la guerra, auxiliado por un valor reconocido, mientras que los conjurados se presentaban indefensos, sin orden y sorprendidos con la presencia de dos *invencibles*, cuyos nombres les helaba la sangre. Los primeros cargaron en la forma que el duque dispuso, arrollaron á los contrarios, y á la voz de aquel retrocedieron nuevamente á la plaza. Los iconoclastas perdieron en el primer ataque quinientos hombres que yacian besando la tierra.

Los ménos cobardes ó sean los más fanáticos del partido protestante que hicieron frente á los caudillos castellanos sucumbieron, mientras que el resto de sus compañeros desapareció del sitio del combate. Unos pretendiendo conservar la vida que creyeron perdida y otros huyeron en busca de los jefes principales de la rebelion y restos de los sublevados, para caer nuevamente sobre un enemigo tan valiente, dis-

creto y afortunado; pero llevando consigo y como hiriéndoles aquellas voces de «¡viva el duque del Imperio!» Cuando dispusieron el terrible asesinato, no contaron con que Julio de Silva podría salirles al encuentro; y en verdad que tal noticia les estremeció, y en estos momentos aguijoneaba terriblemente el poco ó mucho miedo que cada cual tenía, sembrando el terror entre sus compañeros que no habian asistido al primer choque que tuvo lugar en la plaza. Por el contrario, el conde de Horn, el príncipe de Orange, Egmond, Berghes, Montigny y restantes jefes luteranos, apareciendo ante el noble duque del Imperio como unos miserables perjurios que lo engañaron envileciéndose á sí propios, trataron de reunir sus malhadadas huestes, y confundir para siempre al que con tanto valor, bizarría é inteligencia los habia vencido y perdonado en otra ocasion. Y sin perder un instante dieron principio á la realizacion de la idea.

Debió prever cuanto acabamos de decir el famoso caudillo español, pues formó nuevamente la tropa, segun hemos dicho, y atento solo al pensamiento que agitaba su mente, esperó tranquilo, frio, impávido á que volvieran sus enemigos. Los soldados que le obedecian lo miraban sin atreverse á otra cosa que á obedecerle. Encendia la sangre de aquellos bravos el repique de campanas, los golpes que daban no léjos de allí, derribando puertas y ventanas para asesinar indefensos é inocentes católicos, y los ayes ahogados de algunas víctimas que caian ya á los embates del fraticida puñal luterano; pero ante el duque del Imperio, militares y paisanos, jefes y soldados, todos inclinaban la frente y obedecian. La brillante aureola que ostentaba sobre sus sienes imponia á sus parciales y mataba á su enemigo. El maestre de campo Flaviano de Osorio, tenía el rostro encendido, los ojos de color de sangre, terrible la mirada, y ansioso, valiente sin rival, diestro como pocos y agitado por mortal impaciencia, revolvía su caballo, miraba sus huestes, oprimía la empuñadura de su espada y no escondia un ápice del

odio, venganza y deseo que en aquellos instantes devoraban su existencia. ¡Qué contraste tan singular formaba con el héroe su amigo! Este, pálido, con los párpados entornados, sordo á todo y con la frente baja, parecía una estatua inmovible sobre el fiero alazan, que temeroso de molestar á su dueño estaba enclavado en el suelo. En aquellos momentos no sabia Silva otra cosa que mandar; su voz de un timbre grato y sonoro cortaba el viento al salir de sus labios, y como el destino, decia: «esto y sólo esto que lo mando yo y soy omnipotente.» Rajaba aquella voz, heria á los contrarios, mientras que á los suyos los impelia como el huracan á los montes de arena del Desierto. «Basta» — exclamaba — y el brazo de sus soldados quedaba sin accion. «Adelante» — repetia — y sus parciales no hallaban estorbo capaz de interrumpir su carrera.

Llegó un momento en que el jóven maestre de campo no pudo ya dominar su tenaz y crecida impaciencia; abandonó su sitio, y acercándose á Julio, le dijo:

— ¡Hermano, que asesinan á los católicos, y sus voces desgarran mi alma!

El duque miró á Flaviano, preguntándole á su vez:

— Si me retiro de este sitio y te dejo la absoluta direccion del combate, ¿qué sucederá?

— Que cristianos y protestantes, moriremos todos. — Le contestó Osorio.

— ¿Crees tú que podré yo evitar el derramamiento de alguna sangre?

— Tú puedes lo que quieres, Julio, y por eso te invito á que te apresures á cortar el mal.

— ¿Hay alguno entre vosotros más sensible que yo á esos ayes que tú oyes, que yo no percibo?

— No.

— Pues entonces, maestre de campo, á tu sitio.

El atrevido jóven bajó la cabeza, y obedeciendo á su jefe, ahogó por algun tiempo la impaciencia que le atormentaba.

No se habia equivocado tampoco esta vez el admirable duque. Cinco minutos más tarde, se oyó un confuso vocerío que fué creciendo, hasta asomar por las calles que desembocaban en la plaza, más de cuatro mil hombres perfectamente armados, sedientos de lucha, y capitaneados por los cabezas de la rebelion.

Entonces alzó la frente, tendió sobre el enemigo su mirada de águila, y dando algunas órdenes, hizo que su tropa se replegase más hácia el palacio, para que los sublevados pudieran penetrar todos. Luego corrió de un lado para otro dictando varias disposiciones en voz tan baja, que solo las oian los jefes á quienes iban dirigidas. Más tarde se oyó un espantoso grito de «muera;» á este siguió una carrera, y á la vez tornaron á cargar Silva y los suyos, saliendo al encuentro de aquellos.

— ¡Adelante, y siempre adelante! — exclamó el héroe con voz parecida al trueno, y dió principio una lucha fiera por una y otra parte; terrible para los del lazo negro.

Despues de sufrir estos tres cargas, con solo el valor de la desesperacion, emprendieron la retirada sin dejar de defenderse; mas era ya tarde para huir; el enemigo estaba delante, detrás, á los costados y en medio; y como torrente irresistible, los llevaba hácia la gran plaza de Bruselas, situada á un extremo de la ciudad, junto á la puerta del mismo nombre.

La muerte extendia sus negras alas sobre la ciudad de Cambray; las campanas tocaban ahora movidas con tenacidad sin igual; mas por entre el ruido que formaban, sobresalian los gritos de las víctimas, los ayes de las madres, los golpes de las hachas, el fragor de la batalla, el rechinar de la desesperacion. Puertas caídas, mujeres desgñadas, sangre, muertos, armas que rodaban por el suelo, y hombres que parecian demonios, componian en estos instantes el cuadro de la sociedad de Cambray; el vivo espejo de una revolucion; el sangriento ejemplo que olvidamos continua-

mente, y que nos complacemos en repetir, sin embargo de lo horrible y feroz que llega á nuestra vista.

Hombres convertidos en fieras; niños degollados; ancianos heridos; mujeres trocadas en fantasmas, y un rio de sangre y lágrimas por en medio, es, ha sido y será la exígua si-lucta de esas luchas entre hermanos.

Si Dios no se apiada de tanta debilidad, de tales torpezas, será uno el elegido por cada mil, y habremos concluido en la tierra, víctimas de nuestras bastardas pasiones, cruzando al otro mundo víctimas de nuestros imperdonables delitos.

¿Servirán de algo nuestras reflexiones? ¿Convencerán, evi-tarán algunos males? Creemos que nó, pues vemos á cada paso que, si bien el hombre se inclina ante la verdad, se ofusca, cierra los ojos y se precipita al abismo, sin otra luz que la de los rojizos destellos del egoismo y la pasion.

Julio de Silva, Flaviano de Osorio, sus seiscientos vete-ranos, y mas de trescientos católicos, arrollaron completa-mente á las hordas de iconoclastas, hasta conseguir encer-rarlas en la plaza de Bruselas; pero, ¡cuántas desgracias habian tenido lugar en las calles que dejaban á la espalda! Los insensatos conspiradores eran seis contra uno, mas no comprendieron que se presentaban sin orden, concierto, de-fensa, ni valor é inteligencia suficientes para luchar contra las huestes acaudilladas por el duque del Imperio; y de aquí resultó, que aquel *uno* valia por diez de ellos; y como consecuencia de esto, fueron dejando tendidos en tierra la mitad de los que se atrevieron á atacar á los españoles. Ya en la plaza, y tomadas las salidas por sus contrarios, reci-bieron la última, pero la más terrible carga de cuantas les dieron hasta entonces.

Queriendo Silva economizar sangre, procuró que se der-ramase lo antes posible la indispensable; y en estos momen-tos trató de acobardar á los prôtestantes, hasta el extremo de obligarlos á que se entregasen á discrecion. Estos, en general, lo hubieran hecho de buen grado, primero que dar

lugar á la mencionada postrer carga; mas el orgullo y vanidad de los jefes se resistian á oir en los labios del duque la palabra perjuro, y esto fué origen de que quedasen en la segunda plaza seiscientas víctimas, que pudieron haber sobrevivido.

Por último, y sublevados ya los revolucionarios contra los jefes de la revolucion que aún les mandaban resistir, apelaron á la huida, á cuyo fin forzaron la puerta que daba al campo, consiguiendo abrirla; pero, ¡cuál sería su admiracion al ver que estaba prevista la idea, estorbando aquella salida cien hombres, lanza en ristre, cubiertos de acero ellos y sus caballos! Cesó el pánico para dar cabida á la desesperacion más espantosa: los conjurados mataron á varios de los que se apellidaban sus caudillos, mientras Flaviano y los que le obedecian daban fin de unos y de otros.

En tan supremo instante se abrió la compacta masa de guerreros que impedian la salida de la ciudad, pasando por medio de ellos dos jinetes, los que, sin temor alguno al vencido ni al vencedor, atravesaron la plaza con grave peligro hasta llegar frente al duque del Imperio. Iba el uno delante del otro; el primero vestia un tosco ropaje de pordiosero, y el segundo lucía una preciosa armadura, igual á la de Julio de Silva. El que marchaba delante era el mendigo que ya conocemos; el otro que le seguía, el gobernador de Cambray.

El jefe español daba en aquellos momentos la orden de atacar al último grupo de rebeldes que aún se defendía.

—No—le gritó el mendigo, acercándose á él.—Basta de sangre, lucha y exterminio; ¡perdónalos, que harto desgraciados son!

El poderoso duque envainó la espada, aproximó su caballo al del pordiosero, y con voz medio ahogada, le dijo:

—Eso quiero yo, mas se volverán á sublevar mañana y llevarán á cabo el horrible asesinato que concluyo de evitar, si bien á costa de tanta sangre.

El pordiosero inclinó la cabeza, contestándole:

—Acaso tengas razon, y un bien produzca otra calamidad más espantosa que la presente.—Y alzando la frente, añadió:

—Llego tarde, mas todo lo he previsto: ahí tienes al gobernador de Cambray; entrégale el mando de tus soldados y al misero enemigo que, vencido y humillado, implora compasion. Evitado ya el triunfo de la revolucion, dáselo todo, declinando en él la responsabilidad para lo sucesivo; quita de la pelea al osado Flaviano, y sígueme.

Y picando á su caballo se dirigió á una calle próxima, á cuya entrada le esperó. Silva se acercó entonces al gobernador de Cambray y le dijo:

—Me alegro veros, general; la secta luterana acaba de sucumbir, segun os habia ofrecido; desde este instante volveis á mandar como jefe único en esta provincia; evitad nuevas revoluciones y sed humano. En nombre del rey os entregó en esta plaza la tranquilidad de Flandes; no extrañad si S. M. os pide cuentas del uso que de ella hagais.

Y sin darle tiempo para entrar en explicaciones se dirigió hácia el lado donde estaba Flaviano, al cual, separándolo del sitio de la lucha, le dijo:

—Hermano, envaina esa espada y parte inmediatamente á la ciudadela, sin detenerte, sin volver la vista atrás.

—¿Qué ocurre, Julio?—le preguntó el jóven.

—Que como jefe, te mando, como amigo, te ruego me obedezcas sin réplica ni vacilacion.

—¿Qué hago allí?...

—Comer, pasear, dormir, lo que quieras, con tal de que no salgas hasta que yo te lo mande.

—¿Me acompañas?

—No.

—¿Tardarás mucho?

—Lo ignoro.

—¿Quién te ocupa de ese modo para obligarte á abandonar tu puesto?

—El mendigo que ya conoces.

—¡Ah!... ¡Con que está aquí!...

—Parte.

—Adios.

—Adios.

Osorio desapareció seguido de los dos sirvientes, encaminándose adonde su general le mandaba; Silva se incorporó con el pordiosero, y al poco tiempo se perdieron entre las calles de Cambray.

Habia concluido la lucha; al estrépito de las batallas reemplazó el silencio de la muerte, interrumpido por los ayes del huérfano, de la viuda y los quejidos del moribundo que se revolvía sobre su propia sangre y la ajena. Ya no imperaba Marte en las calles y plazas de Cambray; desapareció, mas vino á sucederle, como de costumbre, el dolor, la angustia y la muerte. Por el suelo corría la sangre; sobre la tierra se revolcaba el herido, y los pedazos de armas rotas y miembros mutilados ocupaban los espacios que dejaban los que habian perecido ó se hallaban próximos á morir.

El duque del Imperio perdió cien hombres y los conjurados la mitad por lo menos de sus huestes; del resto se pudieron escapar y esconder quinientos, quedando mas de dos mil en poder del gobernador, el cual, despues de desarmarlos los encerró en la ciudadela, confiscando los bienes al que los tenía, é imponiendo pena de la vida al que no se presentase en el término de veinticuatro horas, de aquellos que consiguieron fugarse.

Duró el combate más de tres horas y tuvo efecto casi todo él á la pálida luz de una luna que parecia enrojecida con ráfagas de color de fuego.

Se mandaron iluminar las fachadas de las casas y vino la caridad á ejercer su benéfica influencia sobre la ciudad donde poco há imperaba el fratricida Marte.

Sé enterraron los muertos, siendo trasportados los heridos á cómodos hospitales, donde sin distincion se les curaba

con el mayor esmero. Al llegar á esta última parte de tan sangrienta escena, vemos á la religion católica ejerciendo una de sus muchas grandezas. Sacerdotes y mujeres; grandes y chicos; hombres de ciencia y profanos; confundidos todos, pero caminando á un mismo fin, abarcando una sola idea, demuestran al mundo la sublimidad de una religion que solo reconoce hermanos; que prohíbe toda clase de males; que no desecha un solo rasgo que conduzca al bien.

Los preceptos del hijo de Dios son dignos del que, sufriendo agudos dolores, próximo á espirar asesinado por los hombres, muere y ruega por ellos, los perdona y hasta los disculpa.

El que abrigue alguna duda, que entre en esos hospitales y vea lo que hace el peor de los católicos.

Poco á poco se fueron apagando las luces que iluminaron la ciudad volviendo esta á su antigua y no interrumpida calma.

¿Dónde se hallarán el pordiosero y el duque del Imperio?

Cuando Julio combate se le encuentra siempre en los sitios de más peligro; unido ahora á su mendigante compañero, emplea su dinero, talento y sabiduría en pro de la humanidad que padece. No están sentados á la cabecera del enfermo; andan de un lado para otro; dan órdenes, vigilan, curan, consuelan y siempre abiertos sus bolsillos, premian la virtud y protegen la desgracia con el mismo acierto é interés que el duque castiga el vicio y gana batallas á sus enemigos.

Cuando están separados representa el uno el heroismo, el otro la caridad; cuando se reunen son la misma caridad en su grado mas elevado.

CAPÍTULO XV.

Los tres católicos.—Perdon general.—Paso de Francia.

Julio de Silva y el pordiosero llegaron á la casita de unos católicos que conocia el segundo, situada cerca de la ciudadela; dejaron allí los caballos, cambió el primero su armadura por el humilde traje de un artesano, y acto continuo comenzaron á recorrer las calles de la ciudad, deteniéndose en las pocas viviendas donde consiguieron penetrar los iconoclastas, y en las que dejaron estos la huella de su terrible planta. No habian respetado la infancia, la vejez, la honestidad, ni el sexo; ambos se horrorizaron pensando en las consecuencias que hubiera tenido, para los cristianos de Flandes, el triunfo de la espantosa revolucion que el duque deshizo con su envidiable genio, la punta de la espada y unos pocos soldados. Como no les dieron tiempo para llevar á cabo lo que pretendian, solo consiguieron asaltar un templo, penetrando en él un grupo de los sublevados, los cuales derribaron las sagradas imágenes, destruyeron los altares, asesinaron á los sacerdotes, robando el oro, plata y piedras preciosas que se encerraban allí, propias del servicio de tan santo lugar. Más que hombres parecian fieras sedientas de

sangre y de exterminio, y tan cobardes, que á pesar de ser tantos, resistieron con dificultad las pocas cargas que dispuso el duque del Imperio, concluyendo, segun hemos dicho, por entregarse á discrecion.

Para que no se crea que exageramos al tratar de las intenciones y hechos de los protestantes flamencos, insertamos á continuacion uno de los párrafos que se hallan en la historia del padre Mariana, referente á los sectarios de Lutero.

«En la mayor parte de Flandes—dice—los templos fueron arruinados, y violadas y destruidas todas las cosas santas, sin horror ninguno de aquella impía gente. En algunos pocos pueblos se opusieron los hombres piadosos á estos furores, y acometieron á los sacrílegos, no sin muerte y derramamiento de sangre.»

Más adelante añade:

«Finalmente, en todas las partes donde entraron los gueusios, ¹ fué tal su furor en arruinar, destruir y robar, que en solos diez dias hicieron un estrago tan horrible y espantoso que apenas podian creerlo los mismos que lo veian.» ²

El duque del Imperio, por inspiracion propia, apoyada además por la opinion y consejos del mendigo, dotó al templo y fué señalando pensiones á los desgraciados huérfanos ó viudas de las víctimas inmoladas por el puñal fratricida.

De este modo continuaron hasta las doce de la noche, hora en que ambos comenzaron á recorrer los hospitales, terminando á las seis de la mañana tan filantrópica y caritativa ocupacion.

Fatigados por el sueño y el cansancio, hambrientos y sal-

¹ Gueusio fué un pseudónimo que tomaron los conjurados de Flandes, á consecuencia de haberles llamado en la plaza pública el caballero Barlemont, mendigos y despreciables embusteros, lo cual expresó con la palabra flamenca *Gueus*, la que aceptada por los conspiradores, como de buen agüero, sacaron de ella el derivado gueusio.

² *Historia de Mariana*. Lib. vi, cap. vi.

picados de manchas de sangre humana, se volvió el duque á su acompañante, y estrechando una de sus manos, le dijo:

—Retiraos, señor, que harto trabajasteis ya teniendo en cuenta vuestra edad y la veloz carrera con que habeis cruzado los campos de Francia y de Flandes.

—Sí—le contestó el mendigo—me van faltando las fuerzas, y no lo siento por mí, lo deploro por esos desgraciados que yacen en el lecho del dolor. ¡Nos quedaba todavía tanto que hacer!

—Retiraos, que yo, más jóven y robusto, velaré día y noche hasta que quedeis tranquilo. La muerte me sería más grata que veros en ese estado de cansancio y fatiga.

—No es tanto; me encuentro bien; jamás me hallo tan satisfecho y complacido como al notar en mí una fatiga que ha producido el bien de mis semejantes, el consuelo de la humanidad doliente, el alivio de los desgraciados. En este mundo no hay felicidad posible, no; mentira son los placeres, las dichas, la alegría, la expansion creada por el júbilo; todo eso es una ráfaga incierta, dudosa, pero que nos abrasa al desaparecer de nosotros. Busquemos la fatiga, el cansancio, el hambre, el insomnio, y no temamos la muerte, que detrás de ella está la felicidad. Pobre mendigo, cubierto de harapos, bañado el rostro por el llanto, las plantas de los piés por la sangre, y herido el corazón por las desgracias que no puedo evitar, soy ménos infortunado que los reyes, los magnates y los ricos. Tendido en el duro suelo, apoyada la cabeza sobre maciza piedra, llega á mí, tranquilo y sosegado, un sueño que desconocen los poderosos de la tierra; y al abrir los ojos, veo el sol claro, el cielo diáfano, gratas las auras, monótona la vida, pasajeros el cansancio, la fatiga, el insomnio y el hambre; pienso en Dios, admiro su grandeza y corro en busca del bien que está cerca de su poderosa mano, para que un día, tierna, bondadosa y caritativa, sea el apoyo de este misero desterrado en el *valle de lágrimas*.

Calló el mendigo, lo abrazó el duque, y apoyando su cabeza en el pecho de aquel, dejó rodar por sus blancas mejillas dos gruesas lágrimas. A la vez exclamó:

—¡Qué alma tan noble! ¡Qué corazon tan grande! Me tienen por bueno, generoso é hidalgo, no obstante lo cual, soy á vuestro lado un hombre ruin y despreciable.

Y estrechó tiernamente al de los harapos.

—No—se apresuró á contestarle éste—tú eres bueno; vela tu madre por tí en la mansion celestial, y Dios misericordioso oye su ruego y te guía por el sendero de la virtud... Vamos á descansar, que á ambos nos es indispensable.

Los dos se encaminaron á la ciudadela; ya allí, entró Julio en el fuerte, mientras su acompañante marchó á la casa inmediata, donde la noche antes depositaron los caballos.

Desde un muro de la fortaleza contempló el caudillo español al que acababa de dejarle, no perdiéndolo de vista hasta que se cerró la puerta de la humilde vivienda en que se hospedaba. Luego subió á las habitaciones de la ciudadela, y haciéndose conducir al dormitorio de Flaviano, quedó solo con éste, el cual, tendido en el lecho, era presa en aquel momento de tenaz pesadilla. Su amigo le contempló con afectuosa mirada, extrañándole su fuerte respiracion y continuado movimiento de un lado para otro. El dormido alzó los brazos, como intentando separar objetos que le estorbaban, exclamando á la vez:

—Dejadme, corro en busca de Julio... cuando tarda tanto en volver, no hay duda que le ha sucedido alguna desgracia... Atrás, canalla; soy su hermano, el hombre que más le ama en el mundo... No puedo con vosotros... me faltan las fuerzas... maldicion!...

El duque comprendió que su ausencia motivaba la pesadilla de su leal amigo y le cogió una mano, exclamando:

—Flaviano, noble hermano mio!...

El maestre abrió los ojos, miró á Silva, y creyendo todavía en el ensueño que acababa de dejar, le preguntó:

—Julio ¿qué te ha sucedido?... ¡Esas manchas de sangre; ese traje!... ¿Estás herido?... Habla, por Dios.

—Cálmate, Osorio —añadió Silva, estrechándolo con cariño.—Estas ropas son prestadas, y la sangre que tienen no es mía; es de los heridos que acabo de dejar en los hospitales.

Flaviano se pasó la mano por el rostro y fijándose en el general, le dijo:

—Ya veo que estás bueno, mas llegaste en el instante que soñaba con una desventura...

—Te oí y comprendo la causa que te hizo sufrir. Alma noble y generosa, ¡cómo luces tus brillantes dotes en medio del cenagal iconoclasta que tenemos bajo nuestros piés! Voy á dormir cuatro horas, Flaviano; ínterin, dispon nuestra partida para mañana al ser de día. En Malta nos espera la cruz del Redentor, que intentan profanar los sectarios de Mahoma. Corramos allí, y puesto que nuestros destinos nos impelen á la lucha, muramos en defensa de nuestra religion, de nuestra patria ó venciendo al atrevido y potente turco, hagámosle retroceder al otro lado del Adriático. Aquí hemos concluido, hermano; por consiguiente no dilatemos nuestra partida á Malta.

—¡A Malta!—exclamó el maestre con placer.—Entre nuestros amigos, al frente de invencibles tercios, y contra los hijos de Oriente!... Corramos, Julio, corramos á Malta.

Los dos amigos se despidieron, y mientras el maestre llamaba á Ros y se hacia vestir, Silva, seguido de Pérez, se dejaba desnudar, buscando luego, entre finas sábanas de Holanda, el reposo que necesitaba.

A las once de la mañana lo despertaron, se vistió, almorzando en compañía de Osorio y del gobernador de Cambray. Cuando hubieron terminado les enteró éste de todo lo que habia dispuesto en la noche anterior, concluyendo por decir á Silva:

—Ahora bien, señor duque: tenemos en nuestras manos

la suerte, la tranquilidad de los Países Bajos. Con vuestro genio y unos cuantos soldados, hicisteis mas que hubiera podido conseguir un ejército numeroso y aguerrido; por lo mismo, os ruego que no dejéis incompleta vuestra obra. Una idea nacida en tan elevada cabeza, bastará para asegurar un triunfo tan necesario y útil á nuestra querida patria. En los calabozos de la ciudadela tengo encerrados la mayor parte de los jefes iconoclastas y muchos de sus secuaces que han sobrevivido á la revolucion; los hospitales están llenos de los mismos; ¿qué hago con unos y con otros?

Silva, léjos de contestarle quedó meditando por algun tiempo. Alzó luego su despejada frente, preguntándole:

—¿Conoceis al mendigo que me habló ayer en la plaza de Bruselas?

—Porque me dió su nombre abandoné mi puesto y le seguí.

—Ese os contestará.

—¿Cuándo?

—Antes de media hora.

—Gran peso me quitais, duque del Imperio.

—Lo creo. ¿Hareis lo que él estime conveniente?

—¿Quién lo duda!

—Id á vuestro despacho y esperadnos.

—¿Y yo?—le preguntó Flaviano levantándose.

—¿Tienes dispuesto lo necesario para nuestra partida?

—Sí.

—Pues vé á la casa que habitamos ayer, entérate del estado de Gondi y restantes heridos, procurando que los asistan bien.

—Algo molesta es la comision; mas si tú lo quieres...

—No puede causar fatiga ni disgusto practicar el bien. Tú los heristes y tú debes velar por ellos. Nunca es mas grande el sér humano que cuando tiende la diestra á su desgraciado enemigo.

—¿Nada más deseas?

—No.

—Pues parto en busca del fiero Gondi.

—El cielo te ayude y permita le lleves la salud á ese desgraciado.

Y ambos salieron, caminando en direccion contraria.

Media hora mas tarde se hallaban sentados frente á frente el mendigo, Julio de Silva y el gobernador de la plaza. El primero decia al segundo :

—Ya habeis escuchado la justa demanda del gobernador; yó nada puedo contestarle. Terrible es matarlos á todos, pero no lo es ménos dejarlos en libertad, dando lugar con esto á otra sublevacion más sangrienta que la contenida ayer.

El pordiosero inclinó la frente, permaneciendo así algunos minutos; luego la fué alzando poco á poco, exclamando por fin:

—El remedio que os parece más eficaz, el aceptable en vuestro concepto, segun leo en esos semblantes, seria el de acabar con todos ellos, librando de este modo á Flandes de las cabezas y parte de los brazos de la revolucion; pero esto produciria, por el contrario, más ódio y rencor en los luteranos que permanecen pacíficos en Flandes; excitaria su venganza, y por cada uno que pereciese se alzarian veinte. Los jefes gueusios tienen hijos, hermanos y parientes, y la revolucion encontraria en ellos nuevos caudillos más sanguinarios que las víctimas inmoladas. Curad á los heridos, y cuando crean los prisioneros que están sentenciados á muerte, abrid sus calabozos, alargadles la mano, devolvedles sus bienes, y que partan donde tengan por conveniente. Si esto no cortase el mal, si son tan perversos que no inclinan la frente ante el agradecimiento y la leccion que les ha dado el duque, ménos lo evitará la nueva sangre que pretendéis derramar. Tal es simplemente mi opinion; que yó no puedo mandaros, ni soy otra cosa aquí que un mísero pordiosero.

Julio nada contestó; en cuanto al gobernador, lo miró con asombro, replicando:

—Si el duque me lo ordenase...

—Teneis miedo—añadió el mendigo—de practicar una accion que por lo grande os asusta; ¡y lo peor de todo es que pensarán como vos la mayor parte de los poderosos de la tierra! ¿Qué dice á eso el duque del Imperio?

Silva cogió la pluma, trazó unas cuantas líneas, y después de firmar, leyó:

«Con seiscientos soldados vencí á los revolucionarios de Flandes; tendí sobre el polvo más de la mitad; y quien tanto hizo, no puede ser avaro de sangre. Perdono á todos los prisioneros; que si osaran levantar otra vez el estandarte de la rebellion, ahí dejó á los vencedores, orgullosos con su triunfo; á los vencidos, diezmados y confusos; y al gobernador de Cambray, una leccion de arte en la guerra, de generosidad en el triunfo.—El duque del Imperio.»

—Hé aquí mi contestacion—dijo cuando hubo terminado la lectura, entregando la orden al jefe superior de la ciudadela.

Este inclinó la cabeza, replicando:

—Hoy mismo será cumplida en todas sus partes; tomaré la leccion, y trataré de imitaros en la guerra, en el triunfo y en la paz.

—De ese modo celebraremos dignamente los dias del Redentor del mundo. La Noche Buena fué terrible para ellos y para vosotros; y tras un mal tan grande, solo ese bien puede neutralizar en parte los efectos de aquél.

El gobernador se levantó con ánimo de llevar á cabo el mandato del duque, imitándolo los dos restantes. Salió el jefe de Cambray, y solos ya Silva y el mendigo, preguntó éste:

—¿Partes á Malta?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Al lucir el primer crepúsculo matutino.

—El camino más corto es por Francia, Suiza, Cerdeña, la Saboya, y llegando á Niza embarcarse allí.

Julio meditó tres minutos, replicándole:

—Ciertamente; mas es de temer que lo haya previsto Catalina de Médicis, y nos salgan al encuentro sus sicarios.

—Nada teme el que cree en Dios y atrae con sus acciones el divino auxilio.

—Está bien, señor; iré á Niza atravesando parte de Francia.

El pordiosero sacó un papel y se lo entregó, añadiendo:

—Ahí tienes el itinerario que debes seguir. Llega á Malta, duque del Imperio, y eleva la cruz del Redentor sobre los estandartes mahometanos. Ni debe ser Europa esclava, y menos propagarse en ella la falsa doctrina del profeta enterrado en la Meca.

—Señor, combatiré hasta morir.

—No, el héroe combate hasta vencer.

—Fío en Dios que arrollaré la media luna.

—Sí, Julio de Silva: triunfa, y corre á dar á tu padre cuenta de tu conducta en Malta, de tus acciones en el mundo. ¡Guay si halla motivo para reprenderte!

—¿Ya os marchais?

—Sí.

—¿Adónde?

—En pos de mi destino.

—¿Por qué no me acompañais? A vuestra edad... ¡Deteneos!...

El mendigo miró al duque, luego al cielo, exhaló un suspiro, y desapareció.

Silva deshizo con las manos dos lágrimas que rodaban por su semblante, y teniendo el rostro cubierto con aquellas, se dejó caer en un sillón, exclamando:

—¡Hasta de mí huye!... ¡Todo le estorba en el mundo

porque no cabe en él; porque no es este el sitio donde debe habitar un hombre como ese!

En este instante entró Flaviano, y viendo húmedos los párpados de su amigo, se contrajo su rostro, preguntándole con ansiedad:

—Julio, hermano mio, ¿por qué lloras? ¿Qué penas afligen tu corazon y qué motivo existe para que yo no participe de ellas?

Silva enjugó sus ojos, y fijándose en Osorio, le contestó con ternura:

—No es nada, amigo mio; vivimos en un valle de lágrimas donde todos lloran, en el que yo tambien debo suspirar.

El maestre de campo se sentó al lado de su general, clavó en él una mirada penetrante, y con marcada intencion le dijo:

—Hace un instante que salió de aquí un mendigo; lloras porque te ha abandonado, y solo puede hacerte derramar lágrimas ese hombre, siendo...

Trémulo el duque, cerró con su diestra los labios de aquel, exclamando:

—Calla, hermano mio, no vayas á profanar su nombre; á descubrir... ¿Nos has escuchado por ventura?

—¿Eso preguntas á Flaviano de Osorio? Tú adivinas, duque del Imperio; yo acierto.

—¡Mucho sabe y comprende ya el invencible barbilampiño! Elogio las dotes que le otorgó el cielo; mas debe olvidar al mendigo y no hablarme nunca de él.

—Lo haré; que me salvó la vida en Dreux, y le debo además...

—Bien; cállalo, y dispon lo que te falte para nuestra partida.

—Solo nos resta marchar.

—¿Murió Gondi?

—No; se halla mejor, mientras que los otros heridos espirarán hoy.

— ¿Los cuidan bien?

— Sí.

— ¿Has dado dinero?

— Todo el que llevaba.

Nuestros jóvenes descansaron durante el día; recibieron á algunos nobles católicos que pasaron á felicitarles, y sin cuidarse para nada de los prisioneros, puestos ya en libertad por el gobernador, durmieron tranquilamente aquella noche, despues que hubieron mandado un correo á Madrid, enterando al rey y á sus familias de lo acontecido hasta aquella fecha.

A la mañana siguiente estrecharon al jefe de Cambray, y cubiertos con trajes propios para el largo viaje que emprendian, la crudeza del tiempo y la mision guerrera que llevaban, partieron en direccion de Francia, al mismo tiempo que el sol aparecia en Oriente.

Al entrar en Flandes el duque del Imperio y el maestre de campo, temblaban los católicos, se sentian débiles la princesa Margarita, regenta de aquellos países, y todas las autoridades que la secundaban, mientras que los revolucionarios protestantes caminaban orgullosos hácia la soñada independencia por que suspiraban há tanto tiempo. En tales momentos parecia efectivamente que les sonreia la fortuna, por cuya razon perdia cada vez más terreno la fuerza moral de las autoridades, la del ejército y aún la del partido católico, que se estremecia, como no podia ménos, ante tantos puñales envenenados, dirigidos por impías y sacrílegas manos. Hasta el indefenso y respetable sacerdote suspiraba y se escondia, huyendo de una muerte tan criminal como segura.

Y al salir de Flandes nuestros héroes, quedaban los gueusios ó iconoclastas vencidos, humillados y hasta inútiles para intentar en mucho tiempo nuevas discordias; y desde la princesa Margarita hasta el más mísero andrajoso de los estados flamencos, alzaban ya sus frentes con orgullo,

bendiciendo el poderoso brazo que en tan poco tiempo los habia librado de una catástrofe en la que todos creian perecer. Provincias enteras, miles y miles de almas, sacerdotes, grandes, pequeños, hombres y mujeres, todos pronunciaban con júbilo y entre aplausos, el nombre del venturoso guerrero que les salvó honra, vida y hacienda.

Y en tanto que la noticia corria por los Países Bajos, engriendo á los unos, aterrando á los otros y formando aquellos con sus víctores la inmarcesible corona del héroe, éste camina, acompañado de un solo amigo y dos criados, por país enemigo, víctima otra vez del hambre, la sed, el cansancio y la fatiga.

Dejemos ya á los dichosos católicos de Flandes, y sigamos nuevamente á nuestros dos valerosos españoles.

Los famosos duque del Imperio y Flaviano de Osorio, pusieron sobre sus ropas interiores una finísima y tupida cota de malla, que les llegaba desde la garganta hasta cerca de los tobillos. Cubrieron esta con gabanes de pieles, calzon de punto y botas de montar, que subian hasta las rodillas, tapando sus cabezas con chambergos sin pluma ni insignia alguna, pero forrados interiormente con chapas de metal que equivalian á un casco. El traje de los criados era análogo en cuanto á la defensa; los cuatro ceñian espada, y en el arzon escondia cada uno un par de magníficas pistolas cargadas, con algunas municiones de repuesto. De este modo, á buen paso y sin temor alguno, salieron de los estados del rey de España, comenzando á cruzar las provincias francesas, hoy departamentos, en las cuales imperaba la voluntad de la sanguinaria Catalina de Médicis, su cruel enemiga, por más que ellos hubieran salvado el trono donde se sentaba su débil hijo Carlos IX.

Llegaron á Mecieres; almorzaron tranquilamente; trocaron sus caballos por otros descansados, y se dirigieron hácia Bar-le-Duc.

Al entrar en Francia fueron detenidos por la policía;

dieron sus verdaderos nombres; presentaron justificantes, y los dejaron seguir sin impedimento alguno. Anduvieron cuatro leguas más; sacó Julio el itinerario que le dió el mendigo; consultó algunas dudas que se le ocurrieron, y sin detenerse le dijo á Osorio:

—Catalina de Médicis, hermano, no ha previsto, al parecer, que pudieran escapar nuestras vidas de los puñales de Horn ó de los aceros de Gondi.

—¿Por qué lo dices, Julio?

—¿No has visto con qué respeto y consideracion nos han tratado sus esbirros?

—Todavía no es tarde.

—Acaso lo sea.

—¿En qué te fundas, hermano?

—En que llevo conmigo un itinerario, el cual nos conducirá por senderos y veredas tan extraviados, que será difícil puedan dar con nosotros interin continuemos cruzando por esta raya de Francia.

—¿Lo has formado tú?

—No; lo trazó quien conoce el terreno perfectamente, y tiene él solo más talento que nosotros dos.

—Más que yo, sabe cualquiera; más que tú, ninguno.

—Pues el que me lo ha dado puede ser mi maestro en todo, y enseñarme tanto que necesitaria oírle el resto de mi vida para quedar todavía á mucha distancia de él.

—Duque, ¿quién es ese nuevo Salomon que ya admiro sin conocer?

—Un mendigo, maestro.

—¡Ah! No se me habia ocurrido, y comprendo que tienes razon.

—Por aquí, Flaviano; á la izquierda; uno tras otro y á escape, que yo iré delante.

Por senderos extraviados, escabrosas veredas, cruzando montes, saltando zanjas y tan deprisa como les era posible, continuaron corriendo todo el dia sin descanso alguno. No

vieron pueblos, palacios ni casas; algunas cabañas esparcidas aquí ó allí, ó algun labrador entretenido en el cultivo de sus tierras, fué lo único que se presentó á su vista y en lontananza en cuanto á viviendas ó seres humanos.

Llegó la noche, y cubriendo la tierra con su negra sombra, obligó á nuestros guerreros á detener su rápida carrera para caminar con otro paso y las precauciones necesarias para no perder el estrecho sendero que pisaban, evitando á la vez caer en los muchos escollos á que podia conducirles un extravío en noche tan oscura y terreno tan malo.

Así se aproximaron á Bar-le-Duc, parando á media legua y al pié de una venta situada á orillas del arrecife.

Llamaron, y abriéndoles el posadero, le preguntaron si podrian cambiar de caballos.

—No, señor—les contestó aquel—pero sí hallareis buen pienso para los potros, y camas y cenas para los amos.

—Aceptamos lo uno y lo otro—replicó el duque—que hemos corrido mucho y comido poco.

Y volviéndose á los sirvientes, añadió:

—Es cerca de media noche; descansaremos hasta las cinco y media. ¿Dónde están esas camas y esa cena, posadero?

—Entrad, señores; seguidme. ¿Sois extranjeros?

—Somos lo que vos querais; mas pagaremos bien, con tal que nos deis buen lecho y viandas, suprimiendo toda clase de preguntas.

—Pues cierro los labios y alzo las sábanas. Mirad: una habitacion y dos camas de príncipes. Aun cuando estais en una venta, no echareis de ménos, mientras permanezcáis en ella, las comodidades de París. ¿Venís de la corte?

—Ventero, traba nuestras lenguas la sed y el hambre; curadnos, y os contestaré.

—Nunca escuché demanda más justa. ¿Quereis cenar aquí mismo?

—Aquí.

—¿Buenas viandas?

—Buenas, abundantes y servidas con brevedad.

—Bien hablais, señor, para tener enferma la lengua.

—La necesidad conduce al prodigio.

—Y el dinero á la abundancia.

—¿Qué abunda en vuestra casa?

—Pronto lo vereis.

El posadero desapareció, volviendo media hora despues con un capon asado, truchas, dulces y algunas frutas secas.

—¿Vino? —les preguntó.

—Del más añejo.

—Hélo aquí con agua en esta otra botella, tan fina como el aire que corre, tan clara como el cristal, y tan fresca como la nieve que corona los Alpes. ¿Qué más quereis?

—Que sirvas buena cena á nuestros criados.

—De eso se encargó mi mujer, y tiene unas manos limpias como esa agua.

—¿Suaves?

—No, que es hija de la montaña, y se parecen á ella en lo duras y ásperas.

—Baja y cuida tu hacienda, ventero —añadió Osorio— que mi criado deshace la piedra y la convierte en azúcar.

—¡Si el fuego de sus ojos quema como el de los vuestros!... Pero un tan buen amo no halla un criado que se le parezca.

—Mucho sabe el ventero para el sitio que habita y el oficio que profesa.

—Antes que alquilar mi casa tomé por asalto la del enemigo; y por Dios que no manejaba mal la pica.

—¿Fuiste soldado?

—Y con fortuna. Caí prisionero en Pavia y en San Quintín, y solo tengo quince heridas, que algunas suelen incomodarme todavía.

—Eso le sucede á todo el que pelea contra españoles.

—Decís bien, y por eso lo cuento y me honro al refe-

rirlo. Sólo conocí á un general en el mundo, que por cierto era español, y se llamaba Silva; á éste sucedió otro Silva, su hijo, tambien de España y general. Los demás franceses, italianos, alemanes, etc., etc., eran aprendices; y tan malos...

—¿Conoces tú á algun Silva?

—Sí, al primero; en cuanto al segundo, lo ví en Pavia, y me sacó de mi caballo de un bote de lanza; pero llevaba cubierto el rostro con la visera, y solo le reconocí porque únicamente el hijo podia imitar al padre.

—Buen bote de lanza, ¿eh?

—Soberbio; no me mató porque Dios no quiso; mas me dejó inútil para volver á pelear contra los españoles.

—¿Quieres beber un vaso de vino á la salud del padre?

—Y otro á la del hijo.

—¿No les guardas rencor?

—Ninguno.

—Pues bebe.

—Pues bebo y no pago, que se bebe más, cuesta ménos y sabe mejor.

—Quita la mesa, cierra la puerta, y á las cinco ven á cobrar.

—Deseo que durmais bien y no os cuideis de otra cosa, que yo os despertaré á la hora que deseais.

Salió el posadero, y nuestros jóvenes, quitándose los gabanes y botas, buscaron el lecho, hallando en él el apetecido reposo. El temple de sus almas se igualaba á la calma y sangre fria que llevaban todos sus actos.

Despertaron á las cinco de la mañana, se vistieron, pagaron, y media hora despues de abrir los ojos, corrian en direccion de Neuf Château, siguiendo siempre por caminos extraviados y por terreno sinuoso y malo. Cuatro horas más tarde llegaron á una aldea perteneciente á Meuse, donde se detuvieron para almorzar, cambiando á la vez de caballos.

Continuaron caminando; pasada una hora, entraron en el departamento de Vosjes, y cerca de anochecido en Neuf Château; allí se hospedaron en una fonda, comieron, descansando cinco horas.

Mucho antes de amanecer montaron nuevamente, dirigiéndose á Vesoul, perteneciente á Haute Saône. A la mitad del camino se detuvieron á almorzar, tornando á cambiar de caballos y á continuar su marcha.

En Vesoul durmieron cuatro horas, entrando á la mañana siguiente en Doubs, último departamento de Francia, colindante con la Suiza. A las diez llegaron á Pontarlier, se desayunaron, y comprando cuatro magníficos caballos, comenzaron á cruzar la cordillera de montañas que los separaba del primer canton suizo. Nuestros amigos, oprimiendo fuertemente los ijares de sus fogosos corceles, subían y bajaban las empinadas cuestas, las terribles pendientes; y henchido el pecho de gozo, latiente el corazón y satisfechos de sí mismos, llegaron á la raya de Suiza, saludaron sus poéticos montes, sus deliciosos lagos, su noble hospitalidad, lanzando sobre el país que domeñaba Catalina de Médicis una desdeñosa y burlona sonrisa.

Flaviano exclamó con entusiasmo:

—Majestuosas montañas, las primeras del orbe; rios caudalosos, lagos cuyas márgenes rivalizan con las del Guadalupe, ¡yo os saludo! ¡Ante vosotros, nobles hijos de la Suiza, me avergüenza la cota de malla que ciñe mi cuerpo y la chapa que esconde mi sombrero!

—¿Cómo en tan oportuna ocasión no se le ocurren al vate madrileño algunos versos tan dulces como su voz, tan poéticos como su brillante imaginación?—le preguntó Silva.

—Ay, Julio—replicó Osorio con algo de hipocresía—mi musa huye de mí desde que me casaste; ese estado debe tener mucha prosa, cuando de tal manera me abandonaron las hijas del Parnaso.

—¡Desde que te uniste á Adela no has hecho versos!

— No recuerdo...

— ¡Qué memoria tan frágil!

— ¿Por qué lo dices?

— Cuentan, que la sobrina de Montmorency enseñaba unas estrofas compuestas en francés por un español, que tú debes conocer mucho.

— Estoy seguro que te fué con el cuento nuestro hermano Nuñez.

— No, amigo mio; con la historia.

— Un acto de galantería.

— Gracias á que es muy virtuosa, y sabía además que estabas *enamorado* de tu esposa.

— También se lo dijo Mauro. No sé qué se ha propuesto...

— Que te iguales á él en tierna solicitud para con Adela, ya que en lo demás nada puedes envidiarle.

Hablando de este modo, alegres y satisfechos de dejar atrás á Francia, ó sean los dominios de Catalina de Médicis, se fueron internando en la Suiza nuestros dos jóvenes sin abandonar su briosa carrera, pues deseaban pernoctar aquella noche en la bella ciudad de Lausanne, situada á orillas del pintoresco y célebre lago de Ginebra.

CAPÍTULO XVI.

La Suiza.— Su gran lago.— El Piamonte.— Niza.

El duque del Imperio y su pequeño acompañamiento cruzaban ahora por las faldas de los montes más pintorescos de Europa, en un país hospitalario y donde nada podían temer. Cerca ya de anochecido dieron vista al famoso lago de Ginebra, el cual tiene más de treinta leguas de largo y cerca de dos en su parte más ancha, aproximándose su mayor profundidad á trescientas varas. Su figura es la de media luna prolongada, y pertenece una orilla á la Suiza y otra al Piamonte. La frondosidad de sus márgenes, lo poético de sus contornos y lo admirable del conjunto lo hacen encantador.

Al aproximarse á él se detuvieron nuestros caminantes, quedando como arrobado el poeta militar, mientras que el duque su amigo exclamaba:

—Flaviano, hé ahí uno de los panoramas deliciosos de la tierra. Las aguas de ese inmenso charco parecen un cristal azulado y diáfano. Nota que se refleja en ellas el Monte Blanco ¹ que tiene enfrente, á pesar de la distancia á que

¹ Monte Blanco se halla situado á 50 kilómetros del lago en el Piamonte; y se refleja efectivamente su cúspide, cubierta todo el año de nieve, sobre las azuladas aguas de dicho lago.

se halla. Mira á la izquierda los Alpes, que parecen resguardarlo sirviendo de apoyo á su parte oriental. ¿Nada se le ocurre al tierno cantor ni al entendido poeta?

—Nada, amigo mio — le contestó Osorio, saliendo de su éxtasis — me parece estar mirando un suspirado eden, y me siento como dominado por un sueño.

—Pues corramos hácia Lausanne, y mañana cuando atravesemos las suaves ondas que forma en la superficie la juguetona brisa, entónces saldrás de ese letargo.

Y los cuatro jinetes picaron á sus caballos, volando en busca de tan linda ciudad.

Muy poco despues de anochecido entraron en ella, y haciéndose conducir á la mejor fonda, echaron pié á tierra, diciendo el duque á sus criados:

—Sacad las pistolas y municiones, y acto continuo vended los caballos y los arreos por lo que os den, que al llegar á Italia compraremos otros.

Seguidamente penetraron en la fonda, tomaron el salon principal, y pidieron una comida que les servia de cena á la vez. Interin eran obedecidos se quitaron las finas cotas de malla que llevaban interiormente, las cuales les molestaban algo. Sin estorbo ya, en un país donde ningun peligro les amenazaba, se sentaron tranquilamente á la mesa con la mejor disposicion.

Sabido es que la mayor parte de los alimentos de la Suiza son excelentes; lo que unido al sosiego, tranquilidad, satisfaccion y buen apetito de nuestros guerreros, hizo que comieran perfectamente, reinando entre ambos alegría, expansion y hasta un placer que rara vez se traslucia en el aristocrático semblante del duque.

—Pardiez — le decia á su jovial amigo — despues de haber andado cientos y cientos de leguas, de herir á tanto desgraciado, de hallarnos rodeados de asesinos, barnizada nuestra piel, trocados en míseros traficantes, y concluidos en fin tantos sobresaltos, intrigas y sinsabores, me parecen ánge-

les los suizos, encantadora esta mansion, deliciosas esas mantecas de los Alpes, sabrosísimas estas aves cebadas en la ribera, sustanciosos y agradables esos peces del gran lago de Ginebra; y por último, lo hallo todo tan risueño ó exquisito, que voy creyendo en que se suele encontrar en el mundo algo de felicidad, si bien desaparecerá cual ráfaga eléctrica.

—Creo, siento y veo lo mismo, hermano—le contestó Osorio.—Desde que entramos en la Suiza me contemplo dichoso, y lo sería más si tuviera al lado á mi esposa, á nuestros restantes amigos, y me viera cubierto con un traje ménos peludo y tosco que el que llevamos.

—Lo primero y segundo no puede ser por ahora, mi querido poeta; en cuanto á lo tercero, con dinero y tiempo lo puedes conseguir, siendo así que nos hallamos en una capital donde hay de todo; mas yo te aconsejaria que llegases á Malta con ese, toda vez que unas veces por tierra y otras por agua, seguiremos caminando lo mas deprisa posible. Ya en la isla lo cambiarás por una hermosa armadura que intentarán agujerear con balas de cañon los soldados de Soliman II.

—¡Quiera el cielo que no lo consigan!

—Todo podrá suceder; son tantos y van tan provistos de cuanto necesitan, que la lucha será por lo menos pesada y sangrienta.

—Tengo deseos de hallarme frente á ellos con mi aguerrido tercio; ¡pobre media luna! ¡ay de los sectarios del Koran!

La comida ó cena concluyó, viéndose en aquel mismo instante agradablemente sorprendidos con la llegada del jefe y otras autoridades del canton donde se hallaban, los cuales pasaban á felicitarlos sabiendo su arribo á Lausanne. Sus criados, creyendo que no existia peligro, habian circulado la noticia de quiénes eran sus amos, y en pos de los jefes del canton, corrieron la mayor parte de las personas distinguidas de la ciudad.

El duque y el maestre se hallaron rodeados y cariñosamente aplaudidos por extranjeros á quienes no conocian, pero de los que estaban recibiendo en aquel momento una prueba de atencion que honraba más al que concibió la idea y la llevó á cabo, que al que se la dirigian. Como si esto no fuera bastante, se vieron obligados á abandonar la fonda y á habitar por aquella noche el palacio de la autoridad superior de Lausanne, siéndoles esto preferible á hacerle un desaire.

Hasta las once de la noche los acompañaron sus admiradores; llegada esta hora quedaron solos y muy cerca de dos magníficos lechos, en los que pronto encontraron el descanso y quietud de que tanto necesitaban.

Media hora despues dormian ambos con un sueño sosegado, el cual no los abandonó hasta las siete de la mañana siguiente. Al abrir los ojos se sintieron tan descansados como antes de partir de Madrid. Acostumbradas sus carnes á la fatiga y consiguientes incomodidades de la vida militar, bastóles siete horas y media de sueño y reposo para recobrar las fuerzas perdidas durante los dias anteriores.

Pretendieron marchar en aquel momento; pero tampoco esto les fué posible, toda vez que el gobernador quiso obsequiarlos nuevamente con un almuerzo, al que estaban convidados los sujetos más notables de Lausanne. Aquel dió principio á las diez de la mañana, terminando despues de las doce. En el banquete se sirvieron exquisitas viandas, vinos y licores de muchos países, reinando en él alegría y una felicitacion continuada á los héroes de Dreux y de Cambray.

Concluido el almuerzo, dieron las gracias á cuantos les rodeaban, se despidieron cortesmente de todos, estrechando cordialmente á la autoridad superior; partiendo sin detenerse más á Ouchy, pueblo pequeño que dista muy poco de Lausanne, sirviéndole de puerto en el lago. Allí les esperaba ya un pequeño barco mandado disponer por el gobernador;

entraron en él, y comenzaron á cruzar aquellas cristalinas aguas con la rapidez consiguiente á los doce remos que, manejados por hábiles y robustos suizos, hacían volar la embarcacion por una superficie blanda, tranquila, azulada y bella.

El duque del Imperio y el maestre se dejaban conducir extasiados con los panoramas que el lago y sus contornos les ofrecían á cada momento. Tardaron una hora en cruzarlo, pareciéndoles un instante aquellos sesenta minutos. Desembarcaron en Aosta, primer pueblo del Piamonte, é inmediatamente compraron caballos y se dirigieron á Susa, luego á Coni, despues á Tenda, y últimamente á Niza, donde llegaron con toda felicidad.

Su viaje por esta parte de Italia fué una continuada ovacion, no solo por parte de las autoridades españolas y piamontesas, sí que tambien por personas distinguidas de unos y otros estados, que corrian en su busca con vehemente deseo de festejarlos. Todavía conservábamos algunas posesiones en esta parte de Italia; y lo mismo los españoles que habia en ellas que los piamonteses sus vecinos, conocian los gloriosos hechos de armas de los dos caudillos, por cuya razon se disputaban con ahinco la honra de estrechar sus manos. El príncipe de Italia, padre del duque, ganó la célebre batalla de Pavía, despues de haber humillado diferentes veces á su poderoso enemigo, y eso hacia por otra parte que el apellido de Silva fuese allí tan conocido y respetado.

En tres dias pudieron muy bien cruzar Julio y Flaviano la distancia que hay de Ouchy á Niza; no obstante lo cual tardaron seis, habiéndose visto obligados á detenerse á cada momento por las causas expuestas.

En Niza supieron que el ejército y sus cuatro compañeros estarian ya en Malta ó muy cerca, y esta noticia acabó de aumentar la satisfaccion que sentian.

Tambien allí fueron muy obsequiados, vendieron sus ya inservibles caballos, fletaron un buque sólido, ligero y bien

acondicionado, y despidiéndose de los grandes y del inmenso pueblo que corrió al muelle á saludarlos por última vez, saltaron al bote, luego al barco que debia conducirlos, y éste dirigió su proa hácia el canal de Córcega, mientras que tres mil pañuelos blancos se agitaban en el aire; postrer saludo de los hijos de Niza á los valientes caudillos que, de pié sobre el castillo de popa y con los sombreros en la mano, continuaron devolviendo el último adios á los de Niza, hasta que la distancia y la bruma se interpusieron entre unos y otros y dejaron de verse.

La mar estaba tranquila. Sopla un Norte fresco y agradable, y el barco que conducia á los *invencibles* cortaba las aguas del Mediterráneo con la gallardía de una nave bien construida y admirablemente gobernada.

De este modo llegaron al canal de Córcega, entrando en el mar de Sicilia, favorecidos por el viento y por consiguiente con toda la rapidez que ellos deseaban.

CAPÍTULO XVII.

Canal de Górcaga. — Toscana. — Roma. — Nápoles. — Cerdeña. — Encántos de Italia. — Sicilia y el Etna.

La embarcacion en que surcaban la mar los *invencibles*, se llamaba *San Pablo*; y era una especie de sparonaro de grandes dimensiones para esta clase de buques, pero estrecho, ligero y chato, construccion con la cual se proponian entónces los marinos de las costas italianas huir de los muchos corsarios berberiscos que abundaban en los mares de Sicilia; por cuya razon anteponian la ligereza del barco á las comodidades y seguridad en la construccion que generalmente se veia en una gran parte de las galeras.

El *San Pablo* tenía tres palos, en los cuales sujetaban una vela latina, por el estilo de las que se ven con frecuencia en nuestras costas del Mediterráneo, con doce remos además movidos de un modo especial, pero de grandes resultados. Aquellos palos no golpean ó cortan el agua, como hacen con ellos nuestros bateleros. Los marinos de Italia rechazan el agua como los gondoleros de Venecia; se les ve de pié, y esfuerzan el golpe de remo con el peso de su cuerpo; consiguiendo de este modo un solo hombre, dar mayor empuje que dos de nuestros remeros.

La tripulacion del sparonaro se componia del patron, un

contramaestre, un piloto y doce marineros, que hacian indistintamente de grumetes, remeros, etc.; total, quince marinos y cuatro pasajeros, que eran el duque del Imperio, Flaviano de Osorio y sus dos criados. Salieron de Niza como al mediodia, viento en popa y diez remos en movimiento, andando poco más de dos leguas por hora.

Cruzaron por delante del golfo de Génova, y así continuaron hasta que, llegada la noche, se retiraron á sus pequeños camarotes, buscando despues un sueño columpiado por los agradables vaivenes del bajel, que sin tanto viento como al principio, continuaba surcando no tan deprisa, pero favorecido siempre con el choque de popa que le ayudaba grandemente.

Al asomar el sol se vistieron nuestros guerreros, subiendo acto continuo á la cubierta. Se hallaban frente á las costas de Toscana, muy cerca ya del canal de Córcega. Contemplando la Italia, las tranquilas ondas del mar y el despejado cielo que los cubria, permanecieron mecidos, alegres y satisfechos del viento, el buque y la tripulacion. Así siguieron, entraron en el canal, cruzaron á dos millas de la célebre isla de Elba, y dos dias despues dieron vista á la opulenta Roma. El duque del Imperio rogó al patron que aproximase el *San Pablo* á la costa cuanto le fuera posible, para poder admirar los muchos recuerdos que llevaban á su mente las ciudades, pueblos y monumentos que tenian á un costado. El patron accedió á su deseo, y virando el barco á la izquierda, se separó de las costas de Córcega y de Cerdeña, siguiendo á poco más de una milla de los estados del Padre Santo.

Todo cuanto veian se presentaba sublime á los ojos de nuestros entendidos españoles. Desde la popa de su bajel contemplaban alzarse por encima de los montes las elevadas torres de la opulenta Roma, de ese gran pueblo que por algunos siglos fué el árbitro de los destinos del mundo. Castillos, palacios, alcázares, mausoleos, estátuas, jardines,

y cuanto el arte inventó desde los tiempos más remotos hasta el día, pudieron distinguir los viajeros, que, codiciosos, devoraban con la vista sin tregua ni descanso.

A la poesía que brotaba de la naturaleza había reemplazado para Julio y Flaviano el arte en su grado más elevado de majestuosa severidad. Tenían delante la obra de todos los siglos, el recuerdo de todos los tiempos, y do quier miraban, la arquitectura y la escultura se presentaban á sus ojos en sus diferentes escuelas, estilos y clases, recordándoles las edades del mundo y el apogeo y decadencia de aquellas.

La noche interpuso su negro manto entre los objetos y la mirada de nuestros navegantes, y con harto sentimiento se vieron obligados á abandonar el castillo de popa, en el cual permanecieron más de ocho horas, sin tomar alimento alguno y como arrobados por la admiración que produjo en ellos el magnífico cuadro histórico por cerca del que cruzaban.

Comieron, y otra vez buscaron sus estrechos camarotes, donde al poco tiempo fueron presa de tranquilo sueño, que los halló saboreando todavía los gratos recuerdos que llegaron á ellos durante el día.

En este instante se levantó un fuerte Norte, haciendo volar al buque sobre aquella superficie donde reflejaban ahora las estrellas del firmamento.

Al primer crepúsculo matutino despertaron los dos amigos, se vistieron, corriendo nuevamente al castillo de popa. Durante la noche fueron dejando atrás los estados del Papa, y en este instante daban frente á las costas de Nápoles. Flaviano exclamó con júbilo:

— Hermano, hé ahí mi pueblo natal. En esa poética tierra de encantos, que obedece á la madre patria, en los campos de batalla, y mientras mi padre mandaba ejércitos, ganaba combates y elevaba el nombre español, encadenando la veleidad napolitana, nací yo para hacerme digno del nombre que heredé, de tu padre mi protector, de tí, mi elevado é incomparable amigo.

Julio miró con alegría el entusiasmo que se retrataba en la hermosa y despejada frente del jóven poeta, contestándole:

—Mucho vale el conde de Arahál tu padre y mi amigo; pero nada le debe envidiar su valiente y sagaz heredero, á no ser algun poco de constancia en la cuestion amorosa.

Osorio sonrió al escuchar á Julio, y cogiéndole una mano, añadió:

—Mira ese vergel, ese eden, ese paraíso que tienes delante, y dime si ejerce ó nó sobre tí una influencia mágica, seductora, que te arroba, domina y atrae. ¿Es así?

—Ciertamente; ¿quién se muestra insensible á los encantos de la naturaleza?

—Nadie, amigo mio; tienes razon. La poesia y sublime influencia de ese conjunto lozano, bello y poderoso, vence y humilla al sér más excéntrico y clásico de la tierra. Pues bien, duque del Imperio, ¿por qué te extraña lo que llamas mi inconstancia en cuestiones de amor, siendo la mujer lo más bello, poético, sublime y arrobador de la naturaleza?

—La consecuencia, Flaviano, podrá no ser lógica; pero está sacada con mucha habilidad.

—¿Que no es lógica!

—No.

—¿Te atreverías á probarlo?

—Sí.

—Veámoslo.

—Si hubiéramos de poseer todo lo que admira y atrae, cada hombre necesitaria tres cuartas partes del mundo. Y no es esto sólo: el amor contraído á una mujer hermosa, es puro, sublime, santo; Dios lo bendice y la tierra lo admira. La pasión, porque no cabe amor, que corre, varía, ansiando siempre una novedad que coge hoy para dejar mañana, conduce al vicio, al estrago, á la depravación, y últimamente al hastío. Esa la maldice Dios, la apoya Lucifer y la castigan los hombres, y á veces las mujeres.

—Buen sermón está, mi querido hermano. Continuemos mirando ese hermoso vergel.

Cuatro horas después se hallaban nuestros viajeros en el golfo de Nápoles. Dicho golfo está rodeado de panoramas que pasan por los más deliciosos del mundo. Al entrar en él, reinaba una calma que parecía convidar á Silva y á Osorio á que contemplasen aquellas bellezas con la comodidad y recreo apetecidos.

El mencionado golfo es de forma circular, y tan vasto, que su diámetro se aproxima á ocho leguas. Su costa ofrece maravillas del arte y de la naturaleza, con prodigiosa variedad. Aquí se ven altaneros edificios antiguos que se alzan entre ruinas de otros que un día admiraron por su esplendor y grandeza; allá y mezclados con aquellos, hay modernos palacios, cuyas regias fachadas parecen mirar con desden las cabañas que un día fueron el orgullo del país; más lejos se contemplan islas y montañas célebres por su antigua fertilidad, desiertas antes y trocadas ahora en campiñas fecundas y en ricos viñedos; sitios llanos que tuvieron montañas, y montes sobre terrenos que no há mucho eran llanuras; lagos secos por volcanes, y parajes donde se extinguieron éstos, convertidos ahora en lagunas; tierras que en unas se ve salir humo espeso y continuado, y en otras llamas horribles de fuego. Al famoso *Cabo Micenas*, célebre por el desembarco de Eneas, siguen las campiñas tan decantadas por los romanos, de *Bayas*, *Cumas*, *Pouzzol*, donde los antiguos colocaban el Tártaro. También se distinguen la situación encantadora de la ciudad de *Pouzzol*, la solfatara que eleva torbellinos de humo perpétuo, el promontorio de Posilipo y la vasta y opulenta ciudad de Nápoles, en fin, con sus castillos, templos, palacios, alcázares y un extenso puerto lleno de navíos de todos los países del mundo. Como naciendo de la opulenta ciudad, se ve el magnífico paisaje que se extiende hasta Pórtici, cual dilatado jardín salpicado de casas de recreo y de dos regios edificios que se elevan sobre los sepultados

techos de *Herculano*, y que la lava y las erupciones del Vesubio cubren hasta la altura de cien pies. Más allá continúa extendiéndose una gran capa de la referida lava, sobre la cual se alzan árboles, viñedos y toda clase de plantas y de flores. Y en medio de este portentoso cuadro se destaca el monte Vesubio con su terrible volcan, cuyo cráter vomita torrentes de fuego y nubes de humo, que en anchos torbellinos suben hasta las extremidades del horizonte sin lastimar las ciudades, villas, lugares y casas situadas debajo del volcan, y cuyos habitantes los miran con desden, sin cuidarse de la destruccion con que aquel les amenaza á cada momento, olvidándose de Pompeya, Stavia, Plinio el mayor, y de tantos miles de seres que en otro tiempo fueron víctimas, dentro de sus casas ó palacios, de las erupciones de aquel inflamado y destructor abismo.

¡Cosa singular, sorprendente, maravillosa! Las erupciones de ese terrible volcan han arruinado pueblos sin cuento, matando á miles de seres, aniquilando cuanto habia en muchas leguas alrededor; y esos mismos vómitos de fuego han venido luego á enriquecer con su lava ó cenizas los mismos contornos que habian arruinado, pues á los vestigios de esos horribles incendios debe Nápoles la gran fertilidad de su suelo; creciendo sobre la ardiente lava, las plantas y flores más odoríferas del mundo, las frutas más sabrosas y estimadas de la tierra, los árboles más bellos del universo. Pródiga allí la naturaleza, destruyó para crear.

No llegando al puerto, en calma y muy despacio por consiguiente, contemplaban lo expuesto el duque y el maestre, sin que nada pudiera escaparse á sus escudriñadoras miradas, á su claro ingenio, al conocimiento que tenian de cuanto presenciaban en aquel momento.

Podia ser malo, como suponen muchos, el reinado del terrible Felipe II; pero en estos momentos que él empuñaba el cetro castellano, lograron los dos *invencibles* mirar con noble orgullo ondear el pabellon español en Nápoles y en

la mayor parte de las islas italianas que dejaban á la espalda y tenían al frente y costado derecho. España, se decia entonces, y los monarcas más poderosos del mundo, inclinaban su frente ante el augusto nombre de una nacion que do quier tremolaba su nunca humillada bandera, y cuyo poder se extendia por los dos hemisferios. ¡Pobre patria mia! ¡Qué desnuda te han ido dejando hijos espúreos que nacieron en tu seno, y pretendiendo elevarse destrozaron tus vestiduras de púrpura que los grajos de allende se repartieron, celebrando en báquico festin la maldad y villanía de muchos, y la no poca torpeza de bastantes!

El duque del Imperio y el maestre de campo, no obstante haber anochecido, quedaron enclavados en su castillo de popa. El viento comenzó á arreciar, chocaba en la popa del *San Pablo*, dirigiéndose la proa hácia la isla de Caprera con asombrosa rapidez.

La noche estaba oscura, y los viajeros miraban lucir entre las tinieblas las llamas del Vesubio, que formaban ante su vista un espectáculo tan magnifico como terrible. Distinguian claramente multitud de piedras encendidas que se elevaban á grande altura desde el cráter, volviendo á caer en torno del volcan como espesa y terrorifica lluvia de fuego.

Así permanecieron hasta cerca de media noche, que, embriagados por el éxtasis y sueño que llegó á dominar sus materias, se retiraron á sus lechos, quedando al poco tiempo profundamente dormidos.

Al dia siguiente dieron vista á Calabria, y al amanecer del otro distinguieron las islas de Lipari y el volcan de Stromboli. Julio rogó al patron que aproximase el buque; fué obedecido, y poco despues de mediodia cruzaban á ménos de una milla de aquellas. Las mencionadas islas se hallan mucho ántes de llegar al estrecho ó faro de Messina; y se les llama de Lipari, no obstante llevar cada una su nombre. Las de Volcano y Volcanello exhalan un humo perpétuo,

á pesar de qué hace ya algunos siglos que, á excepcion de la de Stromboli, ninguna arroja fuegos volcánicos; en cambio el de aquel es de una naturaleza bien diferente á la del Vesubio de Nápoles. Stromboli no tiene erupciones de lava y piedras encendidas; arroja, sí, del cráter ó abertura una llama brillante y rojiza que se ve lucir sin interrupción una media hora, como si se hubiese prendido súbitamente fuego á una sustancia combustible oculta en las entrañas de la tierra, pero sin ir acompañada de ruido alguno; siendo breves los instantes que está apagada.

Flaviano demostraba examinar muy detenidamente las llamaradas de Stromboli, concluyendo por preguntar á Julio: —Hermano, ¿de dónde podrán provenir las materias necesarias á alimentar siglos y siglos ese fuego inextinguible al parecer?

El duque se volvió á su amigo, replicándole:

—Osorio, la ciencia no ha podido penetrar al través de las grietas de ese monte, y estudiar la clase y cantidad del combustible que contiene. Es un hecho, como los muchos que se hallan á cada paso, con el cual se nos prueba nuestra gran ignorancia, no obstante la pretension del género humano que cree saberlo todo, viéndose humilladas, confusas é impotentes á cada momento sus mezquinas sabiduría é inteligencia. Mi padre tiene razon, amigo mio; nos hallamos rodeados de tinieblas que nos ocultan continuamente los secretos de la naturaleza. Sólo existe, añade el príncipe de Italia, una ciencia verdadera, la cual puso el Hacedor al alcance de todos los hombres: la que nos enseña á conocer nuestros deberes, pequeñez y debilidades; obligándonos de este modo á que seamos dignos de que nos reciba en su seno el sublime Criador, cuando la tierra que nos tiene tan fuertemente adheridos, haya consumido nuestro despojo mortal.

Ambos continuaron mirando el cráter de Stromboli, que por ser diferente de los demás, lo es tambien hasta del sitio

en que está colocado. En los restantes de las cercanías de Nápoles, se halla en la cumbre; pero el de Stromboli se ve en un costado, á cerca de doscientas brazas de la cúspide del monte. Todo el espacio que se extiende desde allí hasta el mar se ve cubierto de cenizas iguales á las que tiene el Vesubio en su parte más elevada, las cuales aumentan cada dia con sus no interrumpidas llamaradas. Es tambien de notar, que el Etna, el Vesubio y casi todos los volcanes de la tierra, están meses y años enteros sin arrojar fuego ni verse la menor erupcion, mientras que el de Stromboli presenta continuamente sus llamas, hasta el punto de servir de fanal á los navegantes de los mares de Sicilia ¹.

Las once islas, entre las cuales están las citadas, se cree que deben su existencia á unos fuegos subterráneos, que las arrojaron fuera del agua que las cubria en otro tiempo. Así lo atestiguan al ménos muchos escritores antiguos. La misma de Stromboli, no es otra cosa que una montaña elevada, de cerca de cuatro leguas de circunferencia, que debió salir de las entrañas de la tierra por la fuerte sacudida de una erupcion volcánica. Todas ellas producen en gran cantidad alumbre, salitre, muchas frutas y muy estimadas, como lo prueban las célebres uvas é higos de Corinto.

Los antiguos escribieron muchas fábulas sobre las islas de Lipari; Virgilio hizo habitar en ellas á Eolo, y su fábula consiguió que se las llamase por un tiempo *islas eolianas*; añadiendo otros poetas, que en las muchas cavernas contenidas allí, encadenaba Eolo los huracanes, para dejarlos escapar cuando le convenia. Tambien se ha supuesto la existencia de Vulcano, con sus inmensas fraguás, en aquellos subterráneos; de lo cual deducirán nuestros lectores que sus muchas maravillas han servido de arsenal á la

¹ En la época que pasa nuestra historia apenas se conocían faros; en su defecto, encendian por la noche grandes hogueras á la entrada de los puertos y en los sitios más elevados, cuya luz equivalia á aquellos, y se les llamaba *fanales*; pasando el de Stromboli, alimentado por la naturaleza, por el primero de los mares de Sicilia.

poesía y á la fábula, que las ha adornado y cubierto con nuevos encantos, aborto de volcánicas imaginaciones, tan ardientes como el cráter de Stromboli.

Tambien aquí vino la noche á interponer su negro crespon entre los *invencibles*, el mar y las islas de Lipari. Al fuerte Norte que durante el día favoreció el curso de su barco, reemplazó la calma; por lo cual navegaron toda la noche á fuerza de remo.

Por la mañana se hallaron cerca de la costa de Sicilia, y á la entrada del estrecho ó faro de Messina. Estaban entre el promontorio de Sciglio ó Scila, formado por inmensas rocas sobre un costado de la Calabria, y el cabo Peloro, que se halla en otro sobre Sicilia. En este día fueron despertados por el estruendo que allí causan siempre las olas al quebrarse sobre las costas; es una especie de mugido semejante al que hace un gran río que corre con rapidez por cauce estrecho que intenta estorbar su marcha. La entrada del canal tendrá á lo más una media legua, que va ensanchando á proporción que se avanza; y hay sitios en que se eleva el agua á grande altura, formando torbellinos, mientras que, no lejos de allí, se presentaba el mar terso y brillante como un cristal.

Cruzaban ahora nuestros guerreros sobre una corriente tan peligrosa, que obligó á Homero á hacer de ella una descripción horrorosa, suponiendo poco ménos que imposible atravesarla.

Hoy no existe el peligro de entónces, y nuestros barcos atraviesan por allí sin temor alguno, efecto sin duda de lo mucho que ha ensanchado el estrecho; pero en la antigüedad debió hallarse el famoso golfo de Caribdis enfrente y muy cerca del promontorio de Scila, por cuya razón sería muy peligroso el paso, por lo difícil de sostenerse sobre aguas que se elevaban en torbellinos, impelidas además por fuerte corriente, sin perder el centro del estrecho. Y de aquí nació sin duda el antiguo proverbio que dice: «*Incidit*

in Scillam, qui vult vitare Charibdim. Es decir, caer en Scila por huir de Caribdis.»

La tan nombrada roca de Scila tiene cerca de doscientos piés de altura; en la parte más elevada hay una ciudadela, y en la falda, dando frente al Sur, la pequeña ciudad que lleva el nombre de la eminencia. Al pié de ella se ven muchos escollos y cavernas que vuelven el eco de los bramidos del mar, aumentando con este doble ruido lo horrible del espectáculo que componen la corriente y choque de encontradas olas. Los antiguos poetas suponían que multitud de perros producían, corriendo y dando aullidos, el estrépito que forman, según acabamos de decir, las olas, la corriente, las cavernas y los escollos.

Ya dentro del estrecho, se vió obligado el *San Pablo* á ponerse al paio durante algun tiempo, por impedirle continuar de otro modo la corriente que chocaba en su proa. Bien pronto calmó el ímpetu de las aguas, quedando inmóviles; pero de repente volvieron á agitarse y á correr en dirección contraria, favoreciendo ahora la marcha del buque.

En este instante se hallaban los *invencibles* frente al cabo Peloro, y su vista pudo alcanzar una gran extensión de la Calabria, que formó parte en otro tiempo de la renombrada Gregta, y que se dice fué la provincia más fértil del imperio romano; mas todo ha variado allí completamente. La mano destructora del tiempo nada respetó; y en un país tan bien cultivado, rico y el más risueño acaso del orbe, solo se ven hoy desiertos erizados de rocas, bosques, espinas y malezas, donde apenas se conoce la agricultura. Existe su antigua fertilidad; y si la industria volviera allí, tornaría á ser lo que un día cuando asombraba á Europa.

Julio y Flaviano se lastimaban de tal abandono, mientras el barco que los conducía era impelido por la corriente de un modo increíble, encaminándolo hácia Messina.

Una hora despues llegaron al puerto, que era entónces,

á no dudarlo, el más hermoso, seguro y cómodo del Mediterráneo. Lo primero que se presentó á su vista fué un anfiteatro formado con edificios de cuatro pisos uniformes y regulares, y detrás multitud de palacios, alcázares y castillos, que hacian de esta hija del Etna una de las primeras ciudades en grandeza y hermosura. Las casas que seguian á aquellos eran grandes y cómodas; y el lujo que encerraban los edificios y el que ostentaban los hombres, competian con el de su rival la altiva Venecia.

Se halla situada Messina sobre la pendiente de una montaña, y todas sus inmediaciones están salpicadas de colinas que parecen resguardarla; sirviendo además de adorno á la preciosa villa. Sus alimentos son excelentes, pues hasta el pescado que se come aseguran ser el mejor que se coge en el Mediterráneo. Y á la espalda de las mencionadas colinas, entre ellas y sobre ellas, nacen flores y plantas más bellas que las de Oriente; frutas de una calidad desconocida en el resto de Europa; árboles que se elevan á lo infinito; un suelo, en fin, cubierto de cenizas del Etna, que dan á la tierra una sustancia, una fuerza prodigiosa.

Las mujeres son hermosas, los hombres galantes, corteses y generosos, y todo el país, por último, un vergel siciliano capaz de extasiar al más excéntrico.

En esta matrona de Sicilia, á pesar de sus muchas grandezas, hay tambien su contra, y por cierto que es muy de tener en cuenta. Envidiosa la naturaleza de los encantos de su propia obra, suele castigarla de un modo increíble. Hay periodos en que el Etna intenta confundirla con los torrentes de fuego y lava que vomita; huracanes terribles ayudan al volcan, y tiemblan hasta los montes que la circundan; las olas del estrecho se alzan con espumante coraje, y vienen á estrellarse sobre sus muros y castillos; y el fiero vendaval, no pudiendo por fuera destruir tan colosales edificios, penetra en las entrañas de las rocas, las abre con ímpetu satánico, y Messina se convierte en ruinas y escombros.

No crean nuestros lectores que estamos exagerando. En la época que pasa nuestra historia, era Messina lo que acabamos de decir; quedando convertida dos siglos despues en informe monton de ruinas, á consecuencia de algunos temblores de tierra de los muchos que han hecho estremecer á la isla siciliana. Para que no les quede duda alguna de la verdad de cuanto acabamos de decir, insertamos á continuacion la relacion exacta, hecha por un testigo ocular, de los estragos que ocasionaron los terremotos habidos allí en 1783, cuya relacion hemos encontrado en los viajes de Pablo Brydone.

Dice así:

«¿Cómo pintaros los horribles sucesos, los terrores y las angustias que nos han atormentado sin descanso, desde el horroroso instante en que vimos la ruina de nuestra desgraciada patria? ¿Qué términos podré encontrar para expresaros la milésima parte del desastre de que hemos sido testigos? ¡Ah! ¡qué dia! ¡y qué noche siguió á aquel!

»El 5 de Febrero principió nuestra deplorable situacion. Un sacudimiento que conmovió la tierra hasta en sus entrañas fué, por decirlo así, la señal. El terror que infundió hizo salir precipitadamente de sus casas á la mayor parte de los habitantes. Muy en breve siguió á este sacudimiento otro, cuyo movimiento fué rápido y oblicuo, durante el cual descubrimos ya por todas partes nuestras casas que se arruinaban: se veían las torres y murallas del castillo caer á pedazos con toda la ciudad, cuyas ruinas, al paso que derribaban los más fuertes edificios, sirvieron de sepulcro á ciento cincuenta personas que quedaron enterradas entre ellas. Al acercarse la noche una inmensa multitud de habitantes siguió el ejemplo del príncipe, huyendo fuera de la poblacion; otros se acostaron en barcas, lisonjeándose de que alejados de todo edificio, hallarian allí completa seguridad.

»El cielo estaba claro y sereno; el mar enteramente en

calma; y todas estas pobres gentes, despues de los terrores del dia, disfrutaban de la dulzura de un pacífico sueño, cuando en medio de este descanso engañoso, y sin que se hubiese sentido ántes la menor sacudida, vimos separarse repentinamente el inmenso promontorio de Campala, cayendo desde la tierra al mar, y sepultando en el fondo del abismo á todos los infelices que estaban embarcados. La mar retrocede delante de tan terrible mole, y se dirige hácia la costa, donde arrebató casas, hombres y ganados. Sus olas volvieron al punto con un furor más horrible todavía, y elevándose á más de treinta palmos de su altura ordinaria sobre la ribera de Scila, arrastran y confunden á dos mil cuatrocientas setenta y cinco personas de las que se habian refugiado en la playa ó en las barcas.

¿Quién podrá describir los gritos y angustias de los que sobreviven á la catástrofe; de aquellos á quienes su buena suerte habia colocado fuera del alcance de las olas? ¿Cómo expresar el terror que se esparció por los parajes donde se habia dispersado el resto de los habitantes?

Los confundidos en el mar no tuvieron tiempo para pedir socorro, ni aún escuchamos un leve quejido. Su muerte fué cruel, horrorosa, pero instantánea, fugaz.

Al dia siguiente por la mañana se vió otro espectáculo no ménos triste. Ochocientos cadáveres habian sido arrojados sobre la ribera; y la mayor parte estaban de tal modo mutilados, que no se reconocia una sola faccion humana en aquellos desgraciados con quien habíamos vivido tan largo tiempo, en perfecta union y buena armonía. Con el corazon despedazado juntamos en grandes montones los tristes restos de nuestros amigos y parientes, y los entregamos á las llamas, para precaver el contagio que hubiera podido ocasionar la putrefaccion de tantos cadáveres reunidos. Se sacó de las aguas un corto número de personas que daban todavía señales de vida, pero de tal modo heridas y estropeadas, que no abrigamos esperanza de poderlas curar.

»¿Cuál no sería por otra parte su desesperacion en el caso de arrancarlos de las garras de la muerte? Sus bienes estaban perdidos, muertos sus familias y amigos; y el hambre, las enfermedades, los crueles dolores y las amargas memorias, formarian su presente y porvenir.

»Estos mismos estragos habian alcanzado á la Calabria ulterior y á toda la parte de la Sicilia opuesta á la Italia. Los temblores de tierra del 5 y del 7 de Febrero, y el del 28 de Marzo, fueron los más violentos, y acabaron de destruir todos los edificios de estos países. En muchos distritos no quedó piedra sobre piedra, pereciendo cerca de cuarenta mil personas. Algunos fueron todavía extraídos con vida de entre las ruinas, después de haber padecido un tiempo increíble bajo los escombros que los tenian sepultados. Messina no ofrecia más que un monton de ruinas: la magnífica *Palazzata*¹ cayó destruida sobre la ciudad, concluyendo así de aniquilarla.

»Durante y después del temblor de tierra, las nubes engrosaron y quedaron inmóviles en el aire, que los vapores hacian pesado y sofocante. En Palmi aparecia la atmósfera como abrasada, creyendo muchas personas que una parte de la ciudad estaba ardiendo. Después recordábamos que antes de la espantosa catástrofe se habia experimentado un calor extraordinario. Los rios tomaron un color ceniciento, y un olor de azufre se esparció por casi toda la superficie de la isla. Una fragata que estaba á la vela en el acto del temblor de tierra entre la Calabria y Lipari, sufrió una sacudida tan violenta, que arrojó al piloto bastante lejos del timon, y los cañones fueron levantados de sus cureñas. A este mismo tiempo la mar exhalaba tambien el mismo olor á azufre que los rios.

»Se hicieron prodigiosas mutaciones sobre la superficie de la isla: montañas y colinas se hundieron; otras habiéndose

¹ Así se llamaba á los palacios que componian el anfiteatro que daba frente al puerto.

destruido y rodado, llenaron el lecho en muchos rios y los convirtieron en lagos. En fin, se veian reunidos los diferentes y terribles efectos que puede producir sobre un país el furor de todos los elementos conjurados contra él.»

Nuestros lectores habrán de dispensarnos que, siguiendo el curso de nuestra novela, é interrumpiéndolo á veces por breves instantes, entremos en descripciones y detalles de ciertos pueblos y objetos que por su celebridad merecen especial mencion. En nuestro concepto, la novela que sólo refiere un cuento, por ingenioso que sea y aún cuando le sobren poesía y encantos, siempre resultará un libro que distraerá más ó ménos, pero que nada enseñará; viéndose privado el lector del objeto principal que se propone, que es el de aprender. Lo más fácil para nosotros sería dejar correr nuestra imaginacion por el campo de la inventiva; mas comprendiendo, como hemos expuesto, que nuestros lectores quieren algo más que un poco de deleite, nos hemos rodeado de libros y de mapas; y aunque con más trabajo, continuaremos presentando tal como eran y á lo que han quedado reducidas ciudades que un dia asombraban al mundo; dando por hecho que nuestros desvelos merecerán su agrado, pues no comprendemos que haya quien coja un libro con sólo la idea de buscar distraccion.

Sentado esto, continuamos nuestra historia.

Julio dió la orden de dejar el puerto de Messina y avanzar, pero sin perder de vista la costa de Sicilia. Tres horas despues se hallaban frente al célebre monte Etna, el cual tiene en sus entrañas el primer volcan del mundo, é infinitamente más grande y terrible que el tan decantado Vesubio de Nápoles; su existencia se remonta á la creacion de la tierra.

Eran más de las cuatro de la tarde; el sol comenzaba á declinar, formando con sus rayos diferentes colores sobre el Etna, presentándolo más grande y majestuoso de lo que era en sí.

Nuestros jóvenes miraban ahora lo más sublime, gran-

dioso y aterrador de cuanto llevaban visto hasta entónces; por consiguiente, dieron orden de detener en lo posible la marcha del barco, para admirar aquel fenómeno imponente y aterrador.

El Etna es una inmensísima mole que tiene sobre doce mil piés de elevacion, cubierta en unas partes de multitud de árboles que forman el más bello paisaje, en otras de hielo y nieves que parecen una blanquísima faja que ciñe y adorna su centro, y en la última un conjunto de lava, peñascos y precipicios que aterran; formando tres regiones, fria la una, templada la otra, y ardorosa la postrera. No pudiendo en general elevarse la lava y piedras encendidas á la altura del cráter que hay en su cima, suelen salir sus erupciones por otra boca ó cráter abierto en uno de sus costados y de una anchura fabulosa, pues segun Brydone, el primero tiene cerca de una legua francesa de diámetro, mientras que el segundo lo hace llegar á cerca de cuatro, y asegura que ha subido paso á paso desde la base hasta la cúspide.

Alrededor de esta montaña fabulosa hay multitud de montecillos de forma cónica, que parecen hijos del famoso volcan que los ha producido; ofreciendo á la vista del curioso un panorama tan variado como bello. Estas pequeñas montañas deben su existencia á las muchas erupciones del volcan, y hé aquí la manera que tienen de formarse. Comienza por sentirse un ruido que va aumentando hasta convertirse en espantoso estrépito; es el hervor del volcan próximo á estallar. Luego se estremece la montaña, se oye un terrible trueno, y reventando el Etna por uno de sus costados, proporciona la salida ó corriente al inmenso caudal de materias inflamadas que esconde en sus entrañas; á esto se le llama erupcion. Al principio se ve sólo un torrente de humo y cenizas que asolan y destruyen; pero á aquellos siguen bien pronto enormes fragmentos, que el volcan lanza en el aire á una altura prodigiosa. Con estos pedazos de piedras en-

cendidas, y las cenizas de que hemos hablado, se van formando sucesivamente las pequeñas montañas cónicas que indicamos ántes; mientras la lava, corriendo más, se precipita en el mar, calcinando cuanto halla á su paso. Tal es la marcha comun de las erupciones del Etna. Existe un montecillo de los que acabamos de citar, de cerca de tres leguas de circunferencia y mil piés de elevacion; debiendo su existencia, como la de los otros más pequeños, á las corrientes salidas por el gran cráter del Etna.

Desde la cúspide de esta mole, cuando se halla el volcan tranquilo, se admira la obra del Criador en un grado desconocido, para los que no han tenido la suerte de contemplar bajo sus piés aquella isla, mares y perspectivas, aquella grandeza indescriptible; y desde el agua, á una distancia respetable, cuando el cráter comienza á despedir los pedazos inflamados que encierra el monte, se ve el incomprendible é inmenso poder de una mano oculta, que desconoce sólo el que cierra los ojos y se empeña en negar su existencia, porque le conviene así ó porque en su torpe ignorancia ensordece ante la verdad eterna.

Julio, Flaviano, sus sirvientes y todos los tripulantes distinguieron perfectamente los montes de humo y las materias inflamadas que en tal momento vomitaba el Etna; pues en aquellos instantes tenía lugar una de sus erupciones. Asombrados y con algo de terror, permanecieron mirándolo hasta que la noche y la distancia les impidió continuar así.

— A Malta — le dijo Silva al patron.

Los remeros ocuparon su sitio, el aire comenzó á chocar en la vela, y el buque surcó con su anterior rapidez. El duque y su amigo se sentaron en el castillo de popa, inclinaron las frentes, quedando como arrobados por un éxtasis mayor que el que sintieron hasta entónces. La tripulacion llenaba su cometido en tales instantes; pero todos ellos iban tristes y como ensimismados. La naturaleza presenta fenómenos ante los cuales se humilla el hombre, sea cualquiera

su condicion, mirándose en tal momento como es, miserable fragmento de arena arrojado sobre la superficie de una tierra que desconoce y en la que habita por un rasgo de la Suma bondad, á quien paga con ingratitudes los innumerables beneficios que pródiga derrama sobre unos seres que vienen al mundo sin derecho á nada.

CAPÍTULO XVIII.

Verdades de un loco. — *Himno de media noche.* — Los piratas berberiscos. —
La tempestad.

El ligero buque continuaba su curso mientras la noche oscurecia á cada momento, velada la luna por negras nubes que giraban de un lado para otro en desordenada carrera. El mar permanecía tranquilo, y el aire en calma; pero el contraamaestre aseguraba en estos instantes que no tardarian en oirse los silbidos del huracan, mezclados con los truenos que produciria la revolucion atmosférica que suponía agitarse sobre su cabeza.

Julio y Flaviano continuaban en el mismo estado que los dejamos en el capítulo anterior. De pronto alzó el último la frente, preguntando al primero:

—¿Qué tienes, hermano? Pareces absorto por una gran idea, que desearia conocer.

El duque levantó tambien la cabeza, se pasó la mano por el rostro, y fijándose en su amigo, le contestó:

—Sí, Flaviano; meditaba sobre una idea que me tenía efectivamente absorto. El mundo era para mí en esos instantes mucho más grande é incomprensible de como le habia visto hasta entónces.

—Explicate, hermano mio —añadió Osorio — yo tambien discurría sobre lo mismo; pero no he podido remontarme como tú en alas de un genio que te envidiaré toda mi vida.

Julio volvió á pasarse la mano por su rostro, continuando:

— ¡Genio, sabiduría, talento! ¿Dónde están en la tierra, Flaviano? El hombre más entendido se encuentra á cada paso víctima de su ignorancia. La sabiduría reside sólo en el que ha formado esos mares, esas islas, esos volcanes, esa vegetacion, ese mundo, en fin, que desconocemos completamente, por más que pretendamos lo contrario. Yo acabo de ver islas extensas que han debido su existencia á una accion volcánica. Hace siglos eran montes que cubrian las aguas del mar, si es que no estaban más abajo aún, entre las entrañas del suelo que sirve de lecho á ese piélago inmenso. Una fuerza desconocida arrojó sobre ellos un fuego oculto á la inteligencia del hombre; se oyó un trueno desgarrador; las aguas se abrieron, y aparecieron esos montes, que poco á poco se fueron llenando de árboles, plantas, flores y seres racionales é irracionales. Frente á Italia y en medio del Mediterráneo, aparecieron multitud de islas; y en estas, en Sicilia y en Nápoles, se vieron tres terribles volcanes, el Etna, el Vesubio y Stromboli, con otros más pequeños, que unidos á aquellos, están siglos y siglos vomitando pedazos de mundo, torrentes de lava, y materias, en fin, sin número ni cuento. ¿De dónde sale ese combustible inflamado? ¿Por qué no se nota la falta de tan inmensas moles como abandonan las entrañas del globo, sin que éste sufra la menor alteracion? ¿Por qué los huecos que dejan no se presentan á la vista del hombre, desquiciándose la tierra ó hundién-dose más el abismo? ¿Qué fuego es ese? ¿Dónde se halla? ¿Quién le agita y lo contiene? ¿Qué terrible fuerza es esa que destruye las montañas y las eleva á mil varas de distancia? ¿Qué poder es ese que forma pueblos donde no há mucho se veian únicamente quinientas brazas de agua salada? El vulgo dice que en el corazon del Etna se esconde el fuego

que devora á los réprobos, el infierno que abrasa á los condenados; y se fundan en lo incomprensible, en lo terrorífico, en lo asombroso de la lluvia de fuego que arrojan sus cráteres. ¿Qué les contesta el sabio? Se rie de la idea, la llama vulgaridad destituida de fundamento; pero no la combate, no la destruye, no dice nada que la desmienta; porque el sabio, ante esos fenómenos de la naturaleza, ignora tanto como el vulgo de quien se burla; sabe ménos, porque el uno pretende profundizar lo que se halla vedado á su pobre entendimiento, mientras que el otro, ó sea el vulgo, adivina intuitivamente la verdad, ó encuentra al ménos lo más parecido en la tierra al horrendo abismo donde padecen los réprobos. En efecto, cuando se reflexiona en la inmensa profundidad del Etna, en las vastas cavernas en que se han derramado tantos torrentes de lava, en la fuerza de unos fuegos subterráneos que se elevan y se sostienen como suspendidos encima de los aires; cuando se estudian, oyen y ven el hervor de las materias inflamadas, los rugidos del volcan y el estrépito de las rocas encendidas que se rompen, alzan, vuelan, giran y se estrellan sobre la tierra, debemos declarar que no ha habido jamás ardiente imaginacion capaz de producir imágenes tan asombrosas del infierno. ¡Ay, Flaviano! De lo expuesto se deduce, que habitamos un mundo desconocido, y que en nuestra ignorancia sabemos ménos cuando más pretendemos saber. Hermano, hay un Dios grande, sublime, portentoso, cuyo poder es superior á todo lo más que alcanza á comprender nuestra escasa inteligencia; postrémonos ante el único sabio que existe; confesemos nuestra ignorancia, y adoremos su grandeza y majestad.

Y los dos amigos se cogieron de las manos, cayeron de rodillas sobre las tablas del buque, alzaron la vista al cielo, el corazon á Dios, y oraron.

Reinaba un silencio interrumpido á intervalos por el ruido de las olas, que se iban quebrando una tras otra en la cercana costa; y este choque ó hervor de espumeantes ondas, parecia

imprimir á aquella calma y tranquilidad algo más imponente que el mismo silencio. La luna continuaba velada por negras nubes, que se iban apiñando y cubriendo el cielo de Italia; el viento flojo, caliente y pegajoso, anunciaba la tempestad; convidando el conjunto á la meditacion y al recogimiento.

En este instante los diez remeros del *San Pablo* alzaron su voz, entonando en honor de la Virgen su *himno de media noche*. Las voces eran gruesas; pero la música sencilla, suave, sensible y muy propia del espectáculo que ofrecia entónces la naturaleza. El choque de los remos era acompasado, y parecia marcar las notas del canto, prestando al himno un compás que suplía en parte la falta de instrumentos. No obstante la aspereza de aquellos acentos, tenía el coro algo de solemne y patético. Como á la mitad del himno se oyó una voz fina, melodiosa, dulce, arrobadora, que, con entusiasmo indecible, comenzó el ária de que los marinos formaban coro; pero al escuchar aquel acento embriagador callaron, abandonaron los remos, se agruparon, oyéndose un grito unánime que decia:

— ¡La sirena! ¡Dios sea con nosotros!

Mas el contramaestre se llegó al grupo, y enseñándoles á Flaviano, les dijo:

— Seguid, cobardes bateleros; no es la sirena, es el maestre de campo, que tiene mejor voz que todas las hechiceras de la tierra y del mar.

Los marineros volvieron á coger sus palos y á remar; pero ninguno se atrevió á continuar cantando, quedando los quince que componian la tripulacion absortos y como arrobados, oyendo un acento el más parecido en la tierra al de los ángeles.

Julio seguia de rodillas, con las manos cruzadas y la mirada fija en el cielo, mientras dos lágrimas cristalinas rodaban pausadamente por sus encendidas mejillas, hasta estrellarse sobre su pecho. Flaviano estaba de pié, apoyado en el hombro de Silva, con la mano izquierda levantada, y

de este modo salian de sus privilegiados labios notas y conceptos admirables. Adoptando la misma música de los remeros, improvisaba el himno, no faltando á sus versos ni á su canto nada para ser dignos de aplauso entre los mejores artistas de Europa. El patron, contramaestre, piloto, remeros y sirvientes le escuchaban extasiados, dominando sus corazonces aquella mágica voz de tenor; hasta el duque del Imperio se sintió subyugado, y abandonando su rezo, repetia ahora con ascético fervor los versos de su amigo Osorio.

Cruzaban en este momento por cerca de Siracusa, é iban á doblar el cabo Moro di Porco. El sublime poeta continuaba elevando su canto á los piés del trono de la madre de Dios, cuando de pronto se apagó su voz en el espacio, y cambiando aquella por un acento más grueso y desentonado, exclamó:

— ¡Maldicion!

A la vez montó una pistola y la descargó; dando un salto que lo llevó junto á la barandilla del barco.

Julio, los sirvientes y todos los tripulantes siguieron con la vista, sorprendidos y confusos, al inimitable cantor; y cuál sería su sorpresa al verse abordados en aquel instante por una galera berberisca, cuyos piratas, resguardados con el cabo, y favorecidos por la oscuridad de la noche y el abandono en que iban los del *San Pablo*, consiguieron echar los garfios y prepararse á abordarlo, sin ser vistos ni oídos por aquellos.

El maestre sintió el choque de los ganchos; miró, y comprendiendo lo que ocurría, derribó de un tiro al primero que trepó por la cadena. Seguidamente, y ya desde la barandilla, descargó otra pistola sobre el grupo de feroces piratas que se avalanzaban al *San Pablo*, en medio de una gritería espantosa.

Eran sobre cincuenta berberiscos, los cuales desde la tarde anterior habian espiado el bajel que conducía á los *invencibles*, esperando con calma é intencion satánicas el

momento más á propósito para abordarlo, asesinar á cuantos conducia, saciando despues su sed de rapiña y destruccion.

La pistola era en aquel tiempo un arma casi desconocida en Europa, pues sólo la usaban los grandes señores; siendo por consiguiente ignorada y desconocidos sus efectos en África, y más todavía entre las hordas salvajes que desde el Riff y Berbería fletaban sus galeras y avanzaban á los mares de Sicilia, ejerciendo en toda esa parte del Mediterráneo sus vandálicos y crueles instintos. Así es que, al oir las dos detonaciones, ver el fuego y caer á dos individuos, se arremolinaron sobre la cubierta de su galera, confusos, dando terribles alaridos, y quedando sin accion durante algunos minutos.

El duque del Imperio comprendió al primer golpe de vista cuanto pasaba sobre la cubierta del buque corsario, y con su imperturbable sangre fria y talento, pero sin perder un segundo, se dispuso á rechazar la fuerza con la fuerza, dudando del triunfo, mas con su innato valor y serenidad. Comprendiendo el terrible efecto causado entre los árabes por los dos tiros de Flaviano, y suponiendo que aquellos cafres se repondrian prontamente, arrancó de las manos de sus criados las cuatro pistolas que éstos tenian, le dió tres á Flaviano, quedándose él con otras tantas. Inmediatamente armó á los tripulantes y sirvientes con espadas, hachas y puñales, únicas armas que llevaban en el *San Pablo*.

El sobresalto y aturdimiento de los piratas le dió tiempo al experto general para que dispusiera la defensa y alumbrasen con faroles la cubierta del barco; formó luego en ala sus diez y siete hombres, poniéndose él y Flaviano á la cabeza, y el patron y contraestre á la cola, seguidos del piloto, de los dos criados y resto de la tripulacion, que venian á unirse con Osorio.

Un segundo despues aumentó la gritería entre los piratas berberiscos, y á la vez comenzaron á abordar el *San Pablo*. Uno tras otro se oyeron seis tiros; cayeron otros tantos

sarracenos; se arremolinaron otra vez los que quedaban vivos, prorumpiendo en voces más fuertes y espantosas; pero con un valor salvaje volvieron, cayendo en medio de los *invencibles* y restantes que les acompañaban.

Las ocho pistolas estaban ya vacías; fueron arrojadas al suelo, y á éstas sucedió el arma blanca con un ímpetu y furia desconocidos.

Eran cuarenta bárbaros próximamente contra diez y nueve hombres, los cuales se defendían y atacaban admirablemente unos pocos, otros con valor, y unos cuantos con la osadía á que obliga el instinto de conservacion.

Los cafres, pasado el primer momento de estupor, cayeron sobre sus víctimas como audaces panteras sedientas de sangre y de exterminio. Saltaban, se revolvían y giraban á derecha é izquierda con una velocidad, destreza y arrojo sorprendentes; mas á pesar de su valor salvaje, fuerzas é ímpetu, morían ante las espadas y hachas de Julio, Flaviano, sus criados y el contraamaestre, que era un español digno de pelear cerca de los *invencibles*. Hubo, no obstante, un momento de pavorosa ansiedad, de cruel incertidumbre: los moros rodearon á los cristianos; se oyeron multitud de golpes; comenzó á correr la sangre por el barco; se llenó la cubierta del *San Pablo* de hombres que cayeron muertos ó heridos; lastimeros ayes atronaron el espacio; crujió el bajel; sonaron los hierros de algunas cadenas, y á este confuso estrépito reemplazó la voz del duque del Imperio, que gritó:

—¡Alto! ¡Deteneos! Yo los perdono.

A este mandato; á tal acto de generosidad, contestaron seis marineros:

—No, no; mueran todos.

—¡Miserables! —les contestó Silva saliéndoles al encuentro y blandiendo su espada—¡ay del que se mueva contra esos desgraciados!

Antes de terminar el duque su amenaza, dos de los seis

remeros que quisieron seguir, fueron derribados en tierra por Ros y Perez.

A tal acontecimiento siguió un profundo silencio, interrumpido á intervalos por los lamentos de catorce entre heridos y moribundos que pedian auxilio.

El duque arrojó sus armas y miró hácia Poniente, viendo entre las sombras de la noche huir el barco corsario con la rapidez posible. Entre el buque abordado y aquel, distinguió tambien las cabezas de algunos moros que, en su aturdimiento y al querer huir de la refriega, se arrojaron al mar, y en este momento nadaban en direccion de la galera llamando á sus compañeros, que ó no los oian, ó el miedo les obligaba á abandonar aquel sitio, sin cuidarse para nada de sus parciales.

El duque del Imperio habia triunfado tambien esta vez de tan brusca é inusitada acometida. Su valor y sangre fria, la destreza y bravura de Flaviano, la intrepidez de sus dos sirvientes, el denuedo y aplomo del contramaestre, y el haber sido admirablemente secundado por unos y obedecido por todos, le dió el triunfo sobre cincuenta tigres tan audaces como fieros. En esta ocasion el héroe tuvo que batirse cuerpo á cuerpo y como simple soldado; pero unas veces defendiendo á los suyos, otras atacando á los más, con un hacha en la mano izquierda y la espada en la derecha, cuya punta estaba siempre clavada en el corazon de alguno de sus contrarios, hizo él sólo tanto como los restantes, separando de estos á Flaviano, el cual con otra hacha y espada se habia convertido en un leon mucho más fiero, hábil, ligero y diestro que los tigres á quienes heria. Aquel modo de matar, de vencer y de dominar, aturdió por segunda vez á los piratas; faltándoles tiempo en esta ocasion para huir del sitio de la lucha, por lo que soltaron las amarras y se precipitaron de cabeza, cayendo unos en la galera y otros al mar; vogando despues con ahinco sorprendente, gracias á la generosidad del duque, pues de lo contrario todos hu-

bieran perecido. Pagaron bien caro, no obstante, su temerario arrojo, pues de cincuenta hombres que llegaron en la galera, sólo volvian veinte; los treinta restantes quedaban en el mar ó sobre la cubierta del *San Pablo*.

El duque mandó arrojar los muertos al agua y que fuesen curados los heridos, entre los cuales se contaban, si bien levemente, Flaviano y Perez, con alguna gravedad el piloto; estando contusos todos, á excepcion del duque, que ninguno consiguió tocarlo. Tambien hallaron dos marineros muertos, y al patron con el brazo izquierdo inútil por mucho tiempo. La herida de Flaviano consistia en una estocada que recibió en el pecho, la que gracias á la cota de malla que llevaba interiormente no pudo interesarle, resultando leve la que debió ser mortal. Sufrió tambien varios golpes, pero sin otras consecuencias que las del dolor producido por los mismos.

La cubierta quedó bañada en sangre, y salpicada de armas que arrojó el enemigo al emprender su fuga.

El *himno de media noche* concluyó en horrible tragedia, tan inesperada como sangrienta.

La lucha duró poco más de un cuarto de hora; quedando todos, incluso el duque, rendidos del gran esfuerzo que se vieron obligados á hacer para salvar sus vidas bárbaramente amenazadas.

¡Infelices! Apenas miraban terminado el grave peligro que debió dar fin de ellos, otro más fiero aún, ménos combatible, vino á amenazar por segunda vez la existencia de todos. Del primero pudo librarlos su valor, acierto y práctica en asuntos de guerra; pero ¿quién les salvará del segundo? Sólo Dios.

Cuando los heridos estuvieron curados, limpia la cubierta del buque y todo dispuesto, comenzaron á moverse ocho remos, el viento á chocar sobre la vela sujeta á los palos, y el *San Pablo* á correr por aquella superficie negra, blanda y ondulante. La noche seguía oscura, las nubes se unian

cada vez más, y un viento húmedo y caluroso presagiaba la revolucion atmosférica anunciada por el contraamaestre.

Poco despues comenzaron á caer gotas de agua grandes y escasas, pero impelidas con una fuerza que lastimaban el rostro. Luego brilló un relámpago que presentó el mar de color de fuego, y la bóveda celeste como el azabache, oyéndose casi en el mismo instante un trueno aterrador.

Julio de Silva, que acababa de meterse en cama, se vistió prontamente, llamó á Osorio y criados, y subiendo con ellos á cubierta, exclamó mirando las nubes :

—Patron, el contraamaestre no se ha equivocado; tomad las precauciones necesarias, pues nos amenaza una gran tormenta.

—Ya lo veo, excelencia —le contestó aquel— y entre mi segundo y yo hemos precavido lo poco que nos ha sido dable. El *San Pablo* va retirándose de la costa, movido únicamente por la fuerza de remos.

—¿En dónde nos hallamos?

—Entre Siracusa y el cabo Passaro, á ocho millas próximamente de cada uno.

—Opino porque continuemos virando á alta mar, para alejarnos cuanto se pueda de Passaro.

—Creo lo mismo, y así lo he dispuesto.

—Arrecia el viento, y lo llevamos contrario.

—Eso no importa; si no concluye el huracan, seguiremos con remos; y aún cuando se tarde más, sólo habremos perdido tiempo. ¿Por qué no os acostais, señor?

—De ningun modo: en el castillo de popa nos teneis á los cuatro, por si os fuera necesaria nuestra ayuda.

El estado atmosférico continuaba empeorando de un modo tan notable como rápido. A cada instante brillaba un relámpago, presentando el abismo como un charco inmenso de fuego, y la bóveda azul negra y horripilante. A esta rojiza luz seguia un trueno, precedido algunas veces de exhalaciones que bajaban y corrian por encima y á poca distancia

del agua, temerosas de que el mar apagase en su seno el ardiente poder que las impelia.

Julio y Flaviano, de pié sobre el castillo y fijos en el espacio, contemplaban sin pavor cuantos fenómenos eléctricos se presentaban á su vista. El primero exclamó como asombrado:

—¡En todas partes se ve ese poder misterioso, grande, aterrador, incomprensible! ¡En las entrañas de los montes, en el fondo de los abismos, en el aire, en las nubes, doquier se le mira con admiración y terror! ¡Oh, mano invisible, cuán poderosa eres! ¡cuán ignorante el que niega tu existencia! Ante tí, ¡qué somos todos los hombres reunidos! Dios mio, Dios mio, ¡apiádate de tus débiles hijos!

Un trueno desgarrador y el más fuerte de cuantos habian escuchado, ahogó las últimas frases del duque; los montes y hasta la bóveda azul parecian repetir sus aterradores ecos; á la vez cruzó una manga de fuego por encima del *San Pablo*, rompiendo uno de sus palos, que arrojó en pos de sí al mar. Al estallido y encendida luz del fenómeno se santiguaron los tripulantes, siguiendo un profundo silencio y una oscuridad completa.

Hasta entónces, aún cuando llevaban el viento contrario, era éste flojo y no les habia molestado mucho. El mar empenzaba ahora á picarse, pero tan paulatinamente, que no amenazaba gran oleaje. Lució otro relámpago; á éste siguió un trueno seco y corto, y acto continuo comenzó á mover el aire las ondas, que iba arreciando por instantes; luego se declaró abiertamente el huracan; acrecieron los golpes de mar, y principió á entrar el agua en el *San Pablo*.

Los remeros dejaron sus palos; Julio de Silva se cogió al timon, y la tripulacion entera se arremolinó en torno de los *invencibles* y sus criados, cayendo todos al suelo, temerosos de ser arrebatados por el viento, las olas ó por alguna manga de fuego.

Hasta aquel instante disimuló la tormenta la horrenda

furia que escondia; pero ya demostrada, fué aumentando por momentos, desplegándola por completo.

El huracán silbaba con ímpetu desconocido; rugía el mar, elevando sus olas á una altura considerable; el relámpago teñía de sangre los montes de agua; rasgaba el trueno; y las exhalaciones cruzaban de un lado para otro, formando el todo un conjunto aterrador, y contra el cual nō habia otro remedio que implorar la clemencia divina.

Las olas y el viento rompieron los dos palos del barco, é instantáneamente se llevaron la obra muerta; el agua llegaba hasta la bodega, y tres marineros que se levantaron para huir á la cámara, fueron arrollados por el aire; uno cayó al mar, y los otros dos á un extremo del barco, rompiéndose al chocar con éste uno de ellos las piernas y el brazo izquierdo. Tendidos los restantes, y oprimiendo con todas sus fuerzas el objeto á que cada cual juzgó conveniente agarrarse, esperaban confusos y aturridos el último suspiro de su existencia.

El duque del Imperio era el único que ni aún en tan terribles momentos perdió su admirable sangre fria. Fijo al timon, apoyado en él y golpeado su cuerpo con los vaivenes del aire y los embates de las olas, dirigia, en lo poco que le era dable, un barco que estaba siendo juguete de cien y cien torbellinos de agua, viento y fuego. Silencioso, sin infundir pavora ni ánimo, fija su mirada en el punto á que queria encaminarse, movia los labios como hablando consigo mismo; no confiaba salvar su vida ni temia perderla; se encomendaba á Dios; llegaban á su mente dos recuerdos, dirigidos uno á su padre y otro á su esposa, y esperaba resignado el postrer instante de su vida.

Otro golpe de mar hizo dar al barco un estallido; oyéndose á la vez un ¡ay! exhalado por la tripulacion y los sirvientes. Siguió un instante de silencio, interrumpido luego por las voces que comenzaron á dar, pidiendo auxilio, los heridos que estaban en las cámaras. O el buque se habia roto, ó los

torrentes de agua que llegaban á la cubierta, bajaban á las cámaras, amenazando ahogar á aquellos infelices, que, postrados en el lecho del dolor, tuvieron que hacer un esfuerzo supremo para lanzar sus lastimeros gritos.

La tempestad arreciaba; el huracan y las olas crecian, y era ya imposible abrigar la más leve esperanza de salvacion. El genio del duque era ya completamente inútil; su sangre fria no podia servirle para otra cosa que para morir sin aturdimiento ni sobresalto; pero en tal conflicto no tenian aplicacion alguna.

De pronto brilló un relámpago, cuya luz siniestra iluminó el espacio, el mar y los montes cercanos, siguiendo á tan fugaz claridad un trueno seco, corto y terrorífico. Julio creyó distinguir en lontananza y á su derecha una mole inmensa, sobre la que iban á estrellarse los montes de agua que el huracan levantaba con fuerza imponente; á la vez se puso de pié sin soltar el timon, lo que visto por Flaviano, se le agarró á las piernas, gritando:

—Julio, hermano, ¡que vas á ser víctima de un torbellino! Baja y espíremos juntos cuando la muerte llegue, mas no la busquemos. ¡Al suelo, duque, al suelo! que si caes al mar, me arrojaré yo en pos.

Absorto Silva con una idea que acababa de llegar á su mente, y fijo en el sitio donde creyó distinguir el promontorio, ni oyó la voz de Flaviano, ni demostraba sentir los golpes que llevaba á cada momento á impulso del aire y de los torrentes de agua que azotaban su rostro y cuerpo. Magullado y casi agotado su brio, hacia terribles esfuerzos por sostenerse en pié sujeto al palo del timon.

Volvió á brillar otro relámpago, tan claro y más prolongado que el anterior, y el duque pudo distinguir, segun deseaba, el promontorio que creyó ver ántes á su derecha.

—¡Alerta!—exclamó—obedeced todos mi voz, que acaso el cielo se apiade de nosotros.

Su última palabra fué interrumpida por otro crujido del

barco, el cual pareció abrirse nuevamente. Un ¡ay! arrancado de lo íntimo de aquellos débiles y angustiados corazones siguió al estrépito del buque, las olas y el huracán; aquel comenzó á hacer agua por todas partes, y la tripulación comprendió por quinta vez que iba á ser pasto de los peces del Mediterráneo.

Juzgaban bien; ¿qué suerte podía esperarles á aquellas frágiles y resentidas tablas en medio del mar, desencadenado el aire, el fuego y el agua? Era una pelota de delgado y quebradizo cristal, botada por las manos de dos gigantes, que la arrojaban de un punto á otro con la seguridad de estrellarla.

Brilló otro relámpago, y al espirar asomó á los labios del duque aquella sonrisa que rara vez lucía en su semblante; seguidamente movió el timon con todas sus fuerzas, y aprovechando un instante de tregua, hizo virar el buque á la derecha, gritando por segunda vez:

—¡Alerta todos, si teneis en algo vuestras vidas!

A excepcion de Flaviano ninguno le oyó, absortos con la idea de morir, y ocupados en encomendar su alma al Criador.

Llegó una ola, levantó la popa del *San Pablo*, y lo lanzó en la direccion que marcaba el timon; luego otra, otra y hasta quince seguidas, y á cada uno de aquellos terribles embates asomaba una sonrisa al impávido rostro de Silva. Apareció otro relámpago, y el duque vió á quinientas varas escasamente la inmensa mole que ántes distinguiera; y abalanzado al palo del timon, estropeadas sus carnes, mezclada el agua del mar con el copioso sudor que filtraba su piel, con voz ronca, pero entera, le dijo á Osorio:

—Flaviano, hermano mio, arrastra á esos hombres, coged los remos, y bogad. No perded un instante ni temais, que la Providencia vela por nosotros.

El maestro de campo continuaba abrazado á las piernas de Julio, sin soltarlo un instante, pretendiendo seguir la suerte de su amado compañero; pero al oir la voz de éste,

lo dejó, y haciendo un esfuerzo, sacó del letargo en que yacian sus criados y unos cuantos marineros; todos los que, forzados por el valiente poeta, cogieron los remos, y con exposicion de ser impelidos á cada instante por el huracan ó las olas, comenzaron á bogar, dándoles un ejempló admirable el intrépido Osorio.

Julio entónces los animaba, imprimia aliento á los más débiles, y pretendiendo luchar con los vientos, el agua y el fuego, consiguió dar al barco una direccion que apoyaban las olas chocando en la popa del *San Pablo*, impulsadas ahora por la bondadosa mano de la Providencia.

En tan críticos momentos movia el timón el inspirado duque, aconsejado por un ángel que, al resplandor de los continuos relámpagos, le enseñaba los escollos, y en medio de ellos el puerto de salvacion.

De pronto exclamó:

—Dios mio, ¡cúmplase tu voluntad!

Y dió nueva direccion al barco, añadiendo:

—Forzad los remos, hijos míos; un supremo empuje, y la vida ó la muerte.

Los marineros lo oyeron; el huracan y las olas lo escucharon. Llegó una de éstas, levantó la popa, seis seguidas se estrellaron en ella, cubriéndolos de blanca y furiosa espuma, é impeliendo el *San Pablo* con una rapidez suma, lo arrojó por entre peñascos grandes y chicos, pero suficiente el más pequeño para estrellar un navío. Se oyó luego que el débil sparonaro rozaba con los escollos, y todos los remeros dejaron los palos; mas tres olas seguidas lo empujaron nuevamente, quedando un minuto despues parado y sin movimiento alguno. Brilló la luz de otro relámpago; el duque vió cuanto necesitaba, y soltando el timon cayó sobre el castillo de popa medio desfallecido, exclamando:

—Flaviano, patron, contramaestre, ¡de rodillas todos y dad gracias á Dios, que os ha librado de perecer!

Confusos, aturdidos y sin comprender á Julio, le obede-

cieron, notando despues con alegría que continuaba la tormenta, bramaban las olas cerca de allí y silbaba el huracan, mas el barco permanecia inmóvil, sin que llegara á él otra cosa que la espuma de algunas olas que se estrellaban en las rocas que tenía á seis brazas de distancia.

Poco á poco fueron serenándose, é inmediatamente echaron el ancla, bajaron á la cámara y bodega, encendieron con gran trabajo algunas luces, reconocieron el interior del *San Pablo*, hallándolo en bastante mal estado. Tenía dos aberturas, el agua entraba, los heridos se encontraban en peligro inminente, y cuantas provisiones, camas, ropas y objetos guardaban, todo estaba nadando en agua, y la mayor parte inutilizado. Visto lo cual por el duque, y dando él ejemplo, comenzaron á desaguar y componer el barco, tomando parte en esta operacion cuantos podian moverse.

La tormenta, el huracan y las olas seguian amenazantes y terribles; pero el *San Pablo* permanecia sin otro movimiento que la ligera ondulacion producida por el fuerte huracan y las olas muertas que se aproximaban hasta él. El patron, contraamaestre y hasta los marineros, decian sin cesar, mientras arrojaban cubos de agua:

— ¡Esto es un sueño, ó ese hombre tiene algo de santo! ¡Estamos en el mar, el oleaje brama, y nuestro barco no se mueve!

— Ese hombre — les contestaba Flaviano — podrá ser santo; pero sabed que no es un milagro lo que ha hecho: tiene más talento que todos nosotros juntos, por cuya razon no comprendemos la mayor parte de lo que hace.

— Pero, señor, si él no es marino...

— El duque lo sabe todo, y en aquello que parece más ignorante, puede dar lecciones. Creedlo, y arrojad muchos cubos; que esta maldita operacion me va ya cansando.

— Dejadlo, señor maestre de campo.

— ¿Dejarlo, eh? Ved lo que hace el duque; él solo trabaja más que tres de nosotros.

Así era en efecto. El elevado y poderoso Silva les estaba dando lecciones hasta en una operacion puramente material, y para la que sólo bastaba la fuerza. De este modo consiguió que á la hora de haber empezado tan penoso trabajo, estuviese el barco desaguado, y compuestas las aberturas que tenía en su casco. Luego se marchó á la cámara, y seguido de Flaviano se recostaron sobre los húmedos colchones de sus estrechos catres. Ambos estaban molidos de tanta fatiga, señalados con tanto golpe como habian llevado durante la tormenta, y cruelmente doloridos por aquellos y por los gigantescos esfuerzos de toda la noche.

El duque dispuso que descansasen los marinos, pues sin excepcion alguna se encontraban estos infelices tan rendidos y estropeados como los dos *invencibles*.

Media hora despues todos dormian, menos el duque del Imperio, que, sin unir los párpados, reposó poco más de una hora, subiendo despues á cubierta, donde halló recostados y sumidos en tranquilo sueño á los individuos sanos de la tripulacion.

La tormenta habia ido poco á poco desapareciendo; el huracan fué cesando, y un viento Norte rompía las nubes, empujándolas hácia la isla de Malta. Silva cruzó los brazos, y fijándose en Oriente esperó la llegada del dia, que no le hizo aguardar mucho tiempo. A los primeros albores de la madrugada reconoció el sitio donde estaba anclado el *San Pablo*, y quedó asombrado del milagro que Dios habia hecho en favor de los pasajeros y tripulantes de su averiado navío. Se hallaba éste en una especie de balsa rodeada de peñascos, sin otra entrada que la de un pequeño canal formado entre varios escollos, por medio de los cuales cruzó el *San Pablo* de un modo prodigioso. Practicada una operacion igual cien veces y por distintos buques de las mismas condiciones que el de Julio, era lo probable que pereciesen noventa y nueve, y sólo uno llegara á la balsa donde estaba anclado el *spanaro*.

Para que nuestros lectores puedan tener una idea aproximada del paraje y circunstancias, debemos decirles, que Silva y sus navegantes compañeros penetraron por entre peñascos muy juntos unos de otros, fueron virando á la derecha, hasta quedar resguardados del oleaje por el sinnúmero de rocas cortadas que iban dejando atrás. La entrada y balsa de que hablamos se parece en pequeño á la entrada y bahía de nuestro puerto de Pasajes; si bien éste ofrece seguro asilo al arribar y despues de arribado, mientras el otro es impenetrable para todo buque que no sea tan estrecho como el *San Pablo*, y cuya tripulacion tema jugar el todo por el todo, teniendo en su favor una probabilidad contra noventa y nueve.

Nuestros navegantes se hallaban ahora á la entrada del cabo Passaro. Debemos rectificar: aún cuando Passaro lleva el nombre de cabo, y las cartas geográficas lo representan como tal, están en un error; pues es una pequeña isla llana y estéril, separada de la costa de Sicilia por un estrecho que baña el Mediterráneo. Atendiendo á los depósitos de agua hirviendo, á un lago de azufre, cuyas fuertes exhalaciones llegan al olfato á la distancia de dos kilómetros, y á la lava y piedra pomez que se ven en el saliente que tiene al Sur, es posible que esta isla formase un dia parte de la Sicilia, y que las erupciones ó rompimientos de volcanes que debió tener, como indican las causas expuestas, separando el promontorio Passaro, hiciesen de él una isla; no obstante lo cual, y siguiendo la costumbre antigua, todavía se le llame cabo. Vienen á confirmar nuestro aserto, los pedazos de roca que se levantan por encima del agua á la entrada del estrecho; los cuales componen ó rodean la balsa donde el duque del Imperio consiguió encerrar el *San Pablo*, librándolo de este modo de una segura y completa destruccion.

Por todo lo dicho, y aún cuando la geografia le llame cabo, nosotros continuaremos dándole el nombre de isla, seguros de no ser desmentidos.

El incomparable Julio reconoció tambien por fuera la nave, hallándola en mejor estado del que creía; viendo con placer que era posible llegar á Malta con aquel estropeado casco, y que se habia salvado una de las dos lanchas que conducía el barco.

En este instante acabaron de desvanecerse las nubes, y apareció en Oriente la majestuosa faz del rey de los astros; Silva despertó á los tripulantes, á sus sirvientes y amigo; recomendó mucho se reparasen las averías que eran susceptibles de compostura; mandó echar al agua el pequeño bote, el que movido por Perez y Ros, llevó á los dos *inven- cibles* á la isla de Passaro.

Los tripulantes del *San Pablo*, convertidos ahora en carpinteros, remendaban su barco y lo limpiaban, hasta dejarlo en disposicion de que llegara á Malta, distante todavía más de veinte leguas. No há mucho lloraban, é implorando la clemencia del cielo, se disponian á morir como buenos cristianos; y cinco horas despues reian, cantaban, y á pesar de lo doloridas que aún sentian sus carnes, aguardaban con placer el momento de comenzar á bogar. No podemos comprender que haya un marino tímido ni cobarde; y así como deploramos la suerte de los desgraciados que pasan la mayor parte de su vida en lucha constante con el agua y el viento, con las olas y los huracanes, admiramos la abnegacion y hasta heroismo con que soportan los peligros y sinsabores de que son víctimas continuamente. Dicen que todo es hijo de la costumbre; negamos la absoluta: es cierto que influye mucho para que el hombre no extrañe tanto el mal estado en que vive; pero no es ménos positivo que á lo malo, á lo que hace sufrir y padecer no se acostumbra nadie con gusto, por más que se resigne con su suerte, obligado por muchas y diferentes causas que no son de este lugar.

Dejemos por un momento á los abordados y semi-náufragos tripulantes del *San Pablo*, que no tardaremos en hallarlos.

CAPÍTULO XIX.

La isla de Passaro.—El Mediterráneo.—Malta.

El duque del Imperio y Flaviano de Osorio atracaron en la costa de la isla; saltaron en tierra, y seguidos de Perez se internaron en aquella. Pronto se vieron encerrados en un pequeño mundo diferente de cuanto habian visto jamás. El terreno que pisaban era estéril y estaba desierto en sus cercanías; allí no se conocia que hubiese llegado la mano del hombre; el azadon y la reja eran completamente desconocidos en aquel suelo, cubierto no obstante de plantas, matas floridas y un sinnúmero de alcaparros. La temperatura era agradable y el terreno llano, si bien lo accidentaban caprichosamente los tallos odoríferos de que se hallaba poblado.

Nuestros caminantes anduvieron media hora sin distinguir sér humano ni vivienda alguna que atestiguase la existencia de hombres en la isla. Julio se detuvo, diciéndole á Osorio:

—Parece un desierto este pequeño islote.

—Creo que lo está, mi querido duque; y noto con sentimiento, que el paseo de por la mañana corresponde á lo agradable de la noche que acaba de trascurrir.

—Pues yo aseguro —añadió Silva— que existe por lo ménos un castillo que sirve de reclusion á los reos militares de Sicilia, y de avanzada contra los piratas berberiscos.

—Lo creo porque tú lo dices, hermano; pero hemos andado media legua, y nada se distingue; y en cuanto á eso de servir de avanzada, puede que sea así; mas nosotros debemos decir, que el tal castillo de nada nos ha valido contra los piratas. ¿Quieres explicarme á qué hemos venido?

—Con mucho gusto. Hasta llegar á Malta no podemos comer otra cosa que aquello que compremos en esta isla; el pan, la harina y fiambres que llevábamos, los inutilizó la mucha agua que entró en el buque.

—Pues si sólo hemos de comer lo que encontremos, prepárate á ver en ayunas á los malteses, si los turcos nos dejan pasar.

—Nos faltan más de veinte leguas de travesía.

—Aun cuando fuesen mil; aquí no hay otra cosa que azufre y alcaparras. Mira á tu derecha: ¿notas cómo hierve el agua de ese estanque?

—Sí, hay varios que contienen ese hervor, y uno de azufre cuyo olor há tiempo percibimos.

—Dé todo lo cual deduzco, que volveremos sin pan, harina ni fiambres.

—Veámoslo.

Y comenzaron á andar de nuevo, inclinándose un poco á la derecha. Algo más tarde exclamó Julio:

—Maestre, mira al Norte, junto á la costa; ¿qué distingues?

—Una cabaña, sabio amigo; pero de eso á que hallemos harina y fiambres, todavía hay alguna distancia.

—En esa vivienda habitarán seres humanos que se alimentarán con algunas sustancias, de las cuales nos darán, siéndome indiferente la clase y calidad; lo que importa, hermano, es llegar á Malta con fuerzas.

Los *invencibles* aligeraron el paso, no tardando en acercarse á la puerta de la cabaña, que si bien era grande, estaba completamente desmantelada. Llamaron, se abrió aquella, y se presentó á su vista un cuadro semi-salvaje que los

detuvo en el dintel. Tenía la vivienda un solo piso, que formaba la única habitacion de quince séres entre hombres, mujeres y niños. No habia mueble alguno, y sí sólo una gran cantidad de yerba seca, que componian los asientos y cama de aquella gente. Dormian todos revueltos y vestidos, siendo su traje unas pieles cosidas que dejaban al aire sus brazos, cabezas y piernas. La ferocidad que se retrataba en sus semblantes les daban el aspecto salvaje de que hemos hablado antes. Eran cinco hombres, cuatro mujeres y seis párvulos. Al ver los primeros á Julio, Flaviano y Perez, cogieron sus armas, que eran unos palos, en cuyo extremo superior presentaban la espina de un pez, quedando en actitud de defenderse ó de atacar. Uno de ellos miraba al duque, que estaba delante, como la pantera á su víctima; y los cuatro restantes á aquel, esperando la órden de caer sobre los recién venidos.

Silva retrocedió dos pasos, tiraron los tres de las espadas, y sin demostrar otra cosa que una actitud defensiva, hablaron á aquella gente en español, italiano y árabe; mas lejos de ser contestados ni comprendidos, oyeron una *jerga* tan extraña para ellos como la algarabía de los cafres. Julio comprendió que los infelices vivian en el estado salvaje, y entónces sacó unas cuantas monedas de plata y se las ofreció por señas, pero no demostraron interés por ellas; visto lo cual les alargó un pañuelo y una daga. Los cinco prorumpieron en gritos ansiando coger los dos objetos; pero Silva sonrió, indicándoles que le dieran algo de comer; señalándole ellos unos mariscos que tenian amontonados en un rincon. Julio añadió que queria carne; y comprendiéndolo los de la cabaña, salieron dos al corral ó pequeño cercado unido á su mísera vivienda, entrando con una cabra montesa, que, reclamada por el duque, le pidieron por ella las tres espadas, dagas y pañuelos; aquel cogió entónces los últimos, y unidos á las segundas, se los arrojó, conservando las primeras. Los semi-salvajes recogieron los puñales y

pañuelos, y reconociéndolos detenidamente, dieron algunos saltos y gritos, demostrando alegría; más al verificar esto tuvieron que soltar la res, la cual de un salto se echó fuera de la cabaña, siendo cogida y sujeta por Perez, en tanto que sus amos contenian á los cinco cafres, que, daga en mano unos y los otros con sus picas, se lanzaron contra los tres españoles, exhalando terribles alaridos, con intencion al parecer de reconquistar su perdida cabra.

El valiente Perez se separó del sitio de la lucha, atravesó con su acero el corazon de la res, y dejándola muerta, se puso al lado de su amo, empezando por derribar de senda cuchillada á uno de los semi-salvajes. Julio y Osorio se habian conformado con detenerlos y defenderse; pero al ver los bárbaros que uno de sus compañeros yacia en tierra bañado en sangre, no esperaron á imitarle y huyeron cobardemente, abandonando á sus mujeres é hijos. Entonces los tres españoles, sin perder un instante, se dirigieron á la costa más próxima, llevándose la cabra, que arrastraba Perez con algun trabajo por su mucho peso. Ya en la orilla del mar, exclamó el duque:

—Perez, sigue por la derecha, busca á Ros, entrad en el bote, y venid por nosotros; te advierto que la huida de esos cafres debe de ser como la de la pantera.

—Comprendo, señor.

Y el fiel criado corrió en la direccion que le indicó su amo, con cuanta velocidad le fué posible.

Silva añadió:

—Mi querido Flaviano, saca tu espada, y preparémonos á defender esta hermosa res, pues el enemigo no debe tardar en caer sobre nosotros, pretendiendo arrebatárnosla, segun lo han intentado anteriormente.

Osorio obedeció, replicando:

—Creo, por el contrario, que esos bárbaros han huido para no acordarse más de nosotros.

—Te repito lo que le he dicho á Perez; han vuelto la es-

palda como la pantera, y en breve los verás dar como ella su terrible salto.

Apenas acababa el duque de expresar su última frase, sintieron el silbido de una piedra que pasó á dos dedos de la cabeza de Osorio. El jóven comprendió que pudo haber quedado muerto en aquel instante, y corrió, seguido de su amigo, en busca de los traidores salvajes.

—¡Alto! — le gritó Julio, no viendo nada — están tendidos en ese matorral de la derecha, y su idea es que nos separemos de este sitio para quitarnos la cabra. Córrete un poco á la izquierda, sobre esa altura; desde ahí puedes espiar sus movimientos, mientras yo vigilo la presa.

Y espada en mano quedaron los dos guerreros en actitud de contener y de atacar á cuatro bárbaros casi indefensos, pero que en tales momentos los tenían en grande apuro.

Hé ahí las peripecias que á cada paso presenta la vida del hombre: el primer general de España y el más valiente de los tercios castellanos, grandes los dos, poderosos, y que por sí solos equivalen á un ejército, se ven obligados á exponer sus vidas y á pelear con salvajes, por un poco de alimento que en aquel sitio valia ménos que un objeto de los seis que habia dado el duque por él. El primo de Felipe II; el hijo de su primer ministro; los héroes de Europa, sin tener con que cubrir sus cabezas, pues los sombreros se los arrebataron las olas; rotas sus vestiduras; magullados sus cuerpos; hambrientos y fatigados por el cansancio y el insomnio, espían los movimientos de cuatro salvajes, y defienden con sus vidas una cabra montés que allí no vale un ducado. ¡Pobre condicion humana! ¡qué ejemplos nos presenta á cada instante de lo necios que son el orgullo, la vanidad y la presuncion! ¡qué grande de la tierra no se habrá visto obligado á demandar favores á gente mísera y pobre, sin que por esto haya comprendido la leccion que le daba el destino, presentándole su orgullo y vanidad por el prisma que debian mirarlos, para que se avergonzasen

de continuar abrigando unas presunciones que sientan mal á todo descendiente de Adan, sea cualquiera su clase y condicion!

Felizmente para nuestros guerreros, se hallaban acostumbrados á los azares y privaciones; eran modestos, como lo es el hombre de verdadero mérito, y en este instante les hacia sonreir la clase de combate que estaban sosteniendo con los bárbaros del desierto de Passaro.

Poco despues vieron asomar por entre varios alcaparros las fieras cabezas de los cuatro cafres, é instantáneamente corrieron dos hácia ellos y los otros á la costa. Julio y Osorio les salieron al encuentro, y evitando la embestida de sus contrarios, los tendieron de dos cuchilladas. Acto continuó se dirigieron en busca de los otros dos, que corrian con ánimo de arrebatárles la res; pero al tiempo de ir á cogerla llegaron Ros y Perez, y saltando del bote, cargaron sobre ellos y los derribaron tambien á cuchilladas.

—No vale ese animal—exclamó el duque—la sangre que ha costado; cinco dueños tenía, y todos ellos están heridos; no compré jamás carne más cara. Metedla en el bote, y bogad cuanto podais hasta arribar á la costa más próxima al *San Pablo*.

Así lo hicieron, y cinco minutos despues surcaba la lancha en la direccion que el duque habia dispuesto. Ya en el punto indicado, saltaron á tierra los sirvientes, y por orden de Julio desollaron la res, la hicieron pedazos, encendieron lumbre, y comenzaron á asar aquellos trozos, que sazonzaban con agua salada y algunas yerbas silvestres conocidas de Ros.

Los amos se dirigieron al sparosario, el que hallaron listo ya para continuar á Malta. Ambos lo reconocieron, y satisfechos de su estado, preguntó Silva al patron:

—¿Qué falta, amigo mio?

—Al barco, nada; á los pasajeros y á la tripulacion, mucho.

—Explicaos, patron.

—Excelencia, no hemos comido desde ayer, y no hay esperanzas de hacerlo hasta llegar á Malta, lo cual quitará á los remeros una fuerza indispensable para arribar con la brevedad que quereis.

—Para combatir ese mal, ¿juzgais que bastará con una cabra montés bien asada y de cinco á seis arrobas de carne?

—¡Yo lo creo! Con ella harian mis marineros esfuerzos sobrehumanos.

—Pues mandad uno con el bote al cabo de la derecha, y en breve la tendreis aquí; y en cuanto llegue partiremos á Malta, reemplazando nuestros criados á dos de los remeros inútiles.

Dos horas despues comia un trozo de cabra cada individuo del *San Pablo*; seguidamente levaron ancla, consiguiendo luego, no sin hacer grandes esfuerzos, sacar el barco por entre los escollos donde habia penetrado con tanta facilidad; lo cual no es extraño, teniendo en cuenta que lo entró la Providencia y lo sacaban los hombres.

Dirigida la proa á Malta, comenzaron á moverse diez remos, y el sparonaro á cruzar el Mediterráneo sobre una superficie tranquila, azulada y serena. El dia estaba despejado, el sol radiante, soplabá una brisa agradable, y el mar parecia dormido en su extenso lecho, como fatigado de los terribles esfuerzos que hizo la noche anterior.

Julio y Osorio entraron en su reducida cámara, hallaron secas ya sus camas, se echaron en ellas, quedando al poco tiempo entregados á profundo sueño.

El *San Pablo* abandonó el cabo Passaro cerca de las nueve de la mañana; y si bien en otras circunstancias le hubiera sido dable á su tripulacion llegar á la isla maltesa en diez horas, ó sea poco despues de ponerse el sol, no en las actuales, en que el buque iba desarbolado, no tenía más que diez remeros, y estos bogaban sin brio, efecto de lo estropeados que quedaron durante la noche anterior. Así es, que avanzaban á hora por legua y con mucho trabajo.

El mar continuaba tranquilo, la tripulación alegre, y los heridos en muy mal estado.

De este modo trascurrió el día, ganando en él la mitad de la distancia que los separaba de Malta.

El duque y el maestre de campo durmieron hasta las cuatro de la tarde, hora en que se levantaron, comieron unos trozos de aquella carne, cuya res tanto les costó conservar, subiendo acto continuo á cubierta. Silva tendió una mirada en derredor, viendo sólo cielo, agua y parte del Etna, que parecía elevarse de entre las olas con toda su majestuosa altivez, sirviendo de brújula á los navegantes de aquellos mares. Seguidamente hizo algunas preguntas al patrón y contra maestre, dispuso que descansaran los remeros que estaban más fatigados, y cuando lo hubieron conseguido y se hallaron alimentados, cogió el timón y comenzó á dirigir la nave, en tanto que el intrépido y magullado Flaviano estimulaba á los bateleros para que moviesen los palos con la fuerza posible.

Comprendiendo el contra maestre y el patrón las intenciones y deseos del duque, exclamaron:

— Para tal piloto, hé aquí dos remeros más.

Y cogiendo cada uno un palo, principiaron á bogar con más destreza y brío que sus subordinados. Quedó, pues, el navío servido con los doce remos que tenía, consiguiendo así avanzar más de prisa de lo que lo había hecho desde que salieron de Passaro.

Llegó la noche algo fresca, pero agradable y clara; brillante y tranquila la superficie del mar. A la pálida luz de la luna ayudaba el resplandor del Etna, que se extendía hasta cerca de Malta. En aquellos momentos tenía lugar una de esas erupciones que pasan por las primeras y más terribles que ha presenciado la humanidad desde la creación del mundo.

Sin soltar el duque la dirección del barco, ni los doce tripulantes sus palos, continuó aquel surcando rápidamente

sin descanso ni tregua hasta las tres y media de la mañana, que gritó el duque:

—¡Alto!

Los remeros cesaron, y acercándose á Julio el patron, contra maestres y Flaviano, le preguntó el primero:

—Excelencia, ¿qué ocurre?

—Dirigid la vista hácia el Norte, un poco á la derecha; ¿no veis unos puntos blancos que rodean otro mayor?

—Sí, señor, le contestaron.

—Fijaos ahora más á la derecha; ¿qué distinguís?

El patron le replicó:

—Otros dos puntos blancos, que deben ser las islas de Comino y Gozzo; así como el anterior creo ver en él á Malta; mas esos otros que la rodean...

—Son, amigo mio, las doscientas naves turcas que la sitian; y estaremos, segun mi cálculo, á tres millas de distancia de ellas.

—Exactamente, excelencia.

—Muy bien, señores: dispongámonos á pasar por entre esos navíos enemigos, en inteligencia de que, si nos cogen, nos cortan la cabeza á todos.

—¿Lo creéis posible?

—Si Dios no nos abandona, facilísimo.

—¿De qué modo, gran señor?

—Descansad una hora; luego bogad sin grandes esfuerzos para que no os fatigueis mucho; mas al escuchar mi voz, procurad que el ligero *San Pablo* cruce esa superficie con la rapidez de un ave. Lo demás me corresponde á mí.

Así se hizo efectivamente; la tripulacion tomó algunos trozos de carne asada, bebieron agua, descansaron sesenta minutos, en cuyo instante tornaron á moverse los doce remos, y el barco á surcar el Mediterráneo con más pausa de la adoptada hasta entónces.

A los tres cuartos de hora próximamente, gritó el duque:

—Remeros, esforzaos cuanto podais, que tenemos al ene-

migo á quinientas brazas. Cuando lleguemos, inclinaos lo posible para que no os distingan. Flaviano —añadió— apaga todas las luces, y corre á mi lado.

Eran poco más de las cinco y cuarto, y debia amanecer en breve; por consiguiente, cualquier detencion, por corta que fuese, ponía en mano de los turcos al duque, y probablemente la isla de Malta.

La luna habia desaparecido del todo, existiendo sólo el primer albor de un crepúsculo matutino, el cual apareció opaco y como vergonzoso.

Julio tendió su inteligente mirada sobre el terrible cuadro que tenía delante; buscó el sitio en que las naves turcas estaban más separadas, y alcanzándolo con gran trabajo, dirigió hácia él la proa de su ligera embarcacion. Luego le dijo al maestre:

— Flaviano, siéntate á mis piés; coge el palo del timon; así; permanece de este modo hasta que yo vuelva. No te muevas ni le des otra direccion al barco.

Sin detenerse corrió á la proa, observó, y cinco minutos despues decia á los remeros á media voz:

— Ménos ruido y más fuerzas, pardiez, que estamos en medio de nuestros enemigos. Bien, hijos; seguid de ese modo, y que Dios sea con nosotros.

En este instante cruzaban efectivamente por entre la escuadra turca, la que, fuera del alcance de los cañones de la plaza, vigilaban é impedían la entrada en el puerto.

Iban ahora los del sparonaro en la mayor ansiedad y con algo de incertidumbre, á excepcion de Silva, que andaba de un lado para otro, inclinado su cuerpo; y animando á unos y obligando á otros, seguía con su inextinguible sangre fria y tranquilidad.

Un cuarto de hora despues salvaron la línea formada por las naves turcas; pero en el mismo instante vió el duque uno de los navíos contrarios que habia levado ancla, desplegado yelas, y viento en popa se les echaba encima.

Entonces cogió el timon é hizo virar su barco hácia la derecha. No tardó en oir una voz que le preguntó en turco:

—¿Quién eres? ¿adónde vas?

El duque le contestó en el mismo idioma:

—Hácia el navío *Almirante*; busco á Piali.

Piali era el general de la escuadra turca. La respuesta debió satisfacer á su contrario, pues se conformó con replicarle:

—A Occidente. El más avanzado.

—Gracias—añadió Julio.

La nave turca tornó á su sitio, recogió velas y ancló, mientras que el *San Pablo* continuaba dirigiéndose á la derecha, hasta que, creyendo el duque excusado seguir á Occidente, viró á la izquierda, y llamando al contramaestre y al patron les dijo:

—Señores, coged el timon, y á la ciudad de Malta todo lo de prisa ó despacio que querais, pues nos hallamos fuera del alcance de nuestros enemigos y bajo los fuegos de la plaza.

La tripulacion exhaló un grito de alegría, retratándose en sus semblantes la satisfaccion que há tiempo huia de ellos. Despues de tantos peligros, azares, sinsabores y disgustos, llegaban por fin al anhelado puerto. Sólo unos cuantos desgraciados suspiraban en el lecho del dolor, al compás de las crueles punzadas producidas por las lesiones que recibieron la noche antes; pero tambien alzaron la cabeza al oir que estaban ya al frente de la isla.

Eran las seis de la mañana. El sol comenzaba á dorar con sus tintas de fuego la parte oriental de la tierra; y como el anterior, aparecía un dia claro, sereno y tranquilo. El duque del Imperio y Flaviano de Osorio, de pié y apoyados en el extremo de la proa, contemplaban los hermosos puertos y ciudad de Malta, defendidos por el imponente castillo de San Telmo, que parecia salirles al encuentro. Se hallaban á una milla escasa, y la isla se les presentaba blanca, como

sombreada de púrpura, y cual reina del Mediterráneo que besaba sus plantas humildemente.

Julio la miraba con placer; volvía la vista á las naves turcas, y brillaba en sus labios aquella siniestra sonrisa que constantemente era presagio de la victoria.

—Bien, muy bien —decía continuamente á Flaviano — las costas de Malta son bajas y erizadas, y donde se fija la vista allí se mira una fortificacion guarnecida de cañones. Repara, maestro, en esas rocas suspendidas como los techos de un camino cubierto, y ve detrás de ellas retrinchermientos, fuertes reductos y bocas de bronce que amenazan barrer y destruir cuantos buques intenten acercarse sin permiso de esa matrona. Los caballeros de la orden de San Juan y su digno jefe y soberano el gran maestro, han previsto los peligros y azares á que se halla expuesta su preciosa isla, asegurándose contra toda eventualidad. Y han hecho bien; que al Sur tienen las costas de Africa, nido eterno de infames piratas, y á Oriente, concluyendo en el Adriático, al ambicioso señor de un vasto imperio, sediento siempre de ensanchar unos estados que no puede gobernar ya por la extension que abrazan.

El *San Pablo* dirigia en este instante su proa hácia el puerto principal de los dos que tiene Malta — hoy Lavalett — cuya estrecha entrada, rasa de cada lado la artillería de San Telmo. Le daban impulso diez palos, y se presentaba á la vista de los malteses roto, estropeado, con surco lento y tan poco temible, que los individuos de la marina maltesa lo veían llegar con desdeñosa mirada. El atrevido Flaviano sonreía maliciosamente al observar el desprecio con que eran recibidos por los individuos de las ochenta naves que tenían á derecha é izquierda.

No tardó mucho en cambiar el aspecto de aquellas embarcaciones y tripulacion. El sparono, obligado por sus remos, continuó avanzando, pasando el límite que la sanidad y la policia del puerto tenían impuesto á toda nave que

arribaba durante aquel sitio. Un navío maltés les dirigió su proa, é inmediatamente le preguntaron, cortándole á la vez su atrevida marcha:

— ¡ Ah del sparonaro ! ¿ Adónde va ? ¿ qué pretende ?

El contramaestre del *San Pablo*, que en aquellos momentos dirigia el timon, viró á la izquierda, salvando el estorbo que le presentaba el navío maltés; mandó á los remeros que continuasen, y pasando junto á aquel, exclamó con ronca voz:

— ¡ El duque del Imperio !

Esta sola frase cambió instantáneamente la faz del puerto. Los de la galera maltesa, al escuchar este nombre, hicieron una salva de tres cañonazos, que eran la señal de aproximacion del caudillo español; la plaza contestó con veintiuno; en los fuertes tremolaron las banderas de España y de Malta; los buques surtos en el puerto se empavesaron; la artillería continuó haciendo salvas; los habitantes de Malta corrieron al muelle, y la isla, en fin, por orden de su soberano, el gran maestre de la órden de San Juan, recibia á su poderoso y elevado defensor como á príncipe real de España, á cuya corona habia pertenecido y de la que era tributaria. Poco despues se echaron á vuelo las campanas, lucieron en los balcones multitud de colgaduras, y no quedó un solo habitante que pudiese andar, que no corriera á recibir al poderoso duque, viendo en él la salvacion de la isla.

Muy cerca del muelle ancló el *San Pablo* y esperó, siendo rodeado por varias embarcaciones de guerra, cuyos jefes saludaban á Julio con el sombrero en la mano. Luego llegaron dos preciosas lanchas de la propiedad del gran maestre: en una de ellas, que llevaba la bandera y escudo maltés, iban diez caballeros sanjuanistas, con órden de conducir al palacio de su jefe al duque del Imperio; y en la otra se veia al vizconde de Jana, á su hermano Roberto, á Mauro Nuñez de Lara y al atleta Mendoza, que, con los brazos abiertos y los ojos húmedos, recibieron á sus com-

pañeros, formando poco despues un solo grupo los seis amigos, jefes del ejército español.

Al ver los cuatro *invencibles* que se hallaban en Malta, que Julio y Osorio llegaban, herido el uno y con los trajes rotos y descompuestos los dos, comprendieron cuánto habrían sufrido desde que se separaron de ellos, y con ternura indescriptible los estrechaban contra su pecho, sin hallar nada que preguntarles, embargadas sus voces por la emocion que sentian en aquellos instantes.

La lancha donde iba representado el soberano de Malta, se acercó á la de los *invencibles*; y de pié los sanjuanistas, con los sombreros en la mano y en actitud respetuosa, exclamó uno dirigiéndose al duque:

—Señor, el gran maestre nuestro jefe y soberano, saluda á V. A.; nos manda que os recibamos en su nombre, y os espera en la puerta de palacio. Perdonad si no cumplimos la honrosa mision que se dignó encargarnos con el acierto que merece, pues ante tan alto y poderoso caudillo, nuestro corazon late de alegría y nuestras voces enmudecen.

Julio se volvió, y oyendo con atencion las palabras de los sanjuanistas, replicó:

—Gracias, señores, por el favor que me hacen tan benévolas frases. No me extraña el inmerecido recibimiento de que soy objeto, pues sé que me hallo entre los individuos de una insigne orden, la más hospitalaria del universo, de las más valientes de la cristiandad.

Luego estrechó nuevamente á sus amigos, y saltó al bote de los sanjuanistas, añadiendo:

—Sentaos, señores, y cubríos; yo no hago lo último, porque no tengo con qué.

Cinco minutos despues saltó en tierra el caudillo español, siendo recibido por otros diez caballeros, ochocientos cruzados y todo el pueblo de Malta, grandes y chicos, que le esperaban ansiosos, en pos de las dos filas de soldados que se hallaban formados desde la entrada de la ciudad hasta el

palacio del gran maestro. Al poner el pié sobre el muro se oyó una sola voz, pero unánime, compacta, expresada por cuantos hombres se encontraban allí:

— ¡Viva el vencedor, el que nunca fué vencido, el héroe de España! — dijeron, y los cuarenta mil ecos se confundieron con el ruido de las campanas y el estampido de los cañones que hacían salvas desde San Telmo, el fuerte de San Miguel, las baterías del puerto y los puentes de los navíos.

Julio de Silva, acompañado del prior de la orden de San Juan, montó en la carroza del gran maestro, y partió aquella entre veinte sanjuanistas, y por el centro de las dos hileras formadas por su ejército, compuesto de los tercios castellanos que le habían precedido desde Dreux. Aquellos valientes españoles, unidos á la inmensa multitud, arrojaban al aire sus gorras y chambergos, y continuaban aclamando al gran señor que en tales momentos se presentaba con traje hecho pedazos, rendido de fatiga, y al aire su cabeza por no tener con que cubrirla.

A la mitad de la carrera habían levantado los malteses un solo arco de triunfo, el cual reunía á sus muchos trofeos de guerra una elevación, trabajo artístico y mérito dignos de tan generoso pueblo. En el centro de aquel se veían unidas, formando ángulo, las banderas de España y Malta, como sirviendo de sólio á una inscripción hecha con letras de oro, que decía: « ¡A S. A. el duque del Imperio, siempre vencedor, siempre invencible! El mundo lo admira, los malteses lo aplauden, respetan, y fían con gusto vidas y haciendas á su genio é inimitable valor. »

Hasta aquel momento había permanecido Silva con la cabeza inclinada y como abrumado por unos vítores que no pretendía ni le halagaban, y que, en su exagerada modestia, los escuchaba con sentimiento; pero al llegar al arco llamó su atención el prior de la orden veneranda, se fijó en el letrado, y sintió latir fuertemente su corazón.

— ¡Alto, cochero! — exclamó.

Paró el carruaje, y sacando medio cuerpo por la portezuela, continuó, dirigiéndose á la multitud :

— ¡Gracias, nobles isleños; me confiáis vuestras vidas y hacienda, y ante tal honra juro no descansar hasta perecer ó arrojar á los turcos fuera de vuestros dominios!

Las masas oyeron con silencioso recogimiento la promesa del duque; pero sus palabras excitaron el entusiasmo popular, volviendo á oirse las aclamaciones con más furor que nunca.

De este modo llegó la carroza á la puerta del palacio del gran maestre, donde esperaban á Julio los restantes individuos de San Juan, y en los umbrales el anciano jefe Lavalett, que le abrió los brazos y lo recibió en ellos como á un hijo querido. Despues lo separó un poco, y estrechándole la diestra con sus dos manos, le dijo:

— Duque del Imperio, á los consejos de tu padre el príncipe de Italia, debemos la posesion de la isla de Malta; tu padre y yo nos hemos querido como hermanos; y siéndolo en cariño, habrás de permitirme te dé el nombre de hijo y te reciba como á tal.

— Señor — le contestó Silva inclinando su modesta cabeza — vuestra alteza eminentísima me colma de honores...

— No prosigas; deja ese lenguaje, y trátame como á padre. Entre ambos no hay altezas ni eminencias.

Y cogiéndose á su brazo, comenzaron á subir la ancha escalera de mármol, que los llevó al estrado, seguidos de todos los caballeros sanjuanistas, de los grandes de Malta y de los jefes militares de las diferentes naciones que habian mandado refuerzos á la isla.

Ya en medio del salon, volvió á contemplar el soberano de Malta la hermosa frente del duque; y reconociéndolo desde los piés á la cabeza, añadió:

— Hijo, llegas delgado, con el traje hecho pedazos, sin sombrero y en un estado lamentable.

—Padre, señor—le contestó Julio sin arrogancia—desde que batí á los hugonotes en Dreux hasta este momento, no he dejado un solo instante de luchar con los hombres, que ansiaban mi muerte; con el hambre, que debilitaba mi materia; con la sed, el cansancio y la fatiga, que consumían mi sér; y luego con las olas y los huracanes, con los piratas berberiscos y los cafres de Passaro. Desde Dreux hasta Malta me persiguió la muerte con encono terrible.

—Consiguiendo—replicó Lavalett—ensanchar la aureola de gloria que brilla, como ninguna, en esa altiva frente. A tanta fatiga daré yo descanso y tranquilidad en mi propio lecho, honrándolo así el presunto vencedor de Malta.

Y dirigiéndose á los concurrentes, añadió:

—Señores, el duque necesita reposo; os agradece vuestras atenciones, y yo os ruego me dejéis solo con él.

Obedecido el gran maestro, se llevó á Julio á un gabinete contiguo, que abrió y tornó á cerrar, y ambos se sentaron en un sofá, junto á otro personaje que al parecer los esperaba.

Silva quedó en medio; Lavalett á la izquierda, y á la derecha el mendigo. Los que ocupaban los extremos abrazaban ahora tiernamente al duque, que lloraba, obligado por el peso de una dicha que excitó extraordinariamente su sensibilidad.

El buen Flaviano, rodeado de sus cuatro compañeros, corrió al alojamiento de éstos, siendo felicitado también por los malteses, y muy particularmente por los españoles que se hallaban allí.

Poco á poco cesó el ruido de las campanas, las voces de la multitud y las salvas de la artillería.

Los turcos que sitiaban á Malta oyeron el estrépito que reinaba en la ciudad, y trataron de averiguar lo que acontecía en ella. Pronto supieron, por uno de sus espías, que aquel ruido era motivado por la llegada del duque del Imperio, comentando la facilidad con que la inofensiva nave

que conducía á Julio había cruzado por entre la escuadra otomana. Enterado Mustafá, primo hermano del sultan de Turquía, que mandaba el ejército sitiador, del recurso empleado por los del sparonaro para que dejase de perseguirlos el navío que intentó detenerlos, dió la orden de que fuesen degollados desde el capitán hasta el último grumete del mencionado navío; lo que estaba teniendo efecto en estos instantes. El terror que este hecho produjo en los soldados de Soliman II, no contuvo nada el malísimo efecto que había causado entre ellos la noticia de que se hallaban reunidos los seis *invencibles*, teniendo que combatir ahora contra el primer general de Europa.

CAPÍTULO XX.

Las tres islas de Malta, Comino y Gozzo.—La ínclita y veneranda orden de San Juan de Jerusalem.—El sitio, los sitiados y los sitiadores.

Siendo los personajes de esta historia los primeros actores del sangriento drama que tuvo lugar durante el célebre sitio de Malta, puesto por los ejércitos y escuadras de Soliman II, es indispensable que presenciemos las principales escenas ocurridas allí. Para este fin, y con el objeto de ilustrar nuestro libro en cuanto nos sea posible, daremos, antes de pasar adelante, algunas noticias exactas del terreno, los combatientes, recursos con que cuentan, y causas que dieron origen á tan desastrosa guerra.

Malta se compone de tres islas: la que lleva este nombre, que es la principal, la de Gozzo y la de Comino. Se hallan situadas en el Mediterráneo, ó sea en la parte de él llamada de Africa, si bien distan mucho menos de Sicilia que de las costas berberiscas. Tienen á Levante el Adriático y la Turquía europea; al Norte la Italia; á Occidente el Mediterráneo en su mayor extension, y al Sur el Africa.

Respecto de la topografía y extension de las tres islas, hemos encontrado bastante diversidad de pareceres; por consiguiente, daremos las noticias segun las hallamos en los

autores más verídicos, dejándoles la responsabilidad de sus asertos.

El padre Mariana dice, en su *Historia de España*, que la isla de Malta tiene cien millas de circunferencia; la isla de Gozzo treinta, y la de Comino diez.

Brydone asegura, que la principal de estas tres islas, ó sea la primera, no es otra cosa que una enormísima peña, sobre la cual han trasportado los isleños una cantidad inmensa de tierra, hasta el punto de elevar la superficie á cinco cuartas más, formando con la mencionada tierra siciliana un suelo tan fértil, que produce las mejores frutas y gran cantidad de algodón, algunos cereales y bastantes legumbres.

En lo antiguo se llamó Melita, y la poseyeron sucesivamente los fenicios, los cartagineses, los sicilianos, Sempronio, cónsul romano, los vándalos, los griegos, los árabes; fué luego patrimonio de la casa Hohenstanfen, de la de Anjou, y últimamente pasó á la corona de Aragon, y con ésta á la de España hasta el año de 1530, que el emperador Carlos I la cedió á los caballeros de la orden de San Juan. Como habrá pocos países que hayan sufrido tantas vicisitudes como esta pobre isla, la fueron unos y otros fortaleciendo, hasta llegar á ser casi inexpugnable en tiempo del gran maestre Juan Parisot de Lavalett, que la defiende ahora contra las huestes otomanas. Es, á no dudarlo, el punto avanzado de la Europa civilizada contra las hordas de Africa y de Turquía; por cuya razon se le ha dado siempre tanta importancia, fortaleciéndola hasta el extremo que dejamos expuesto.

La poseen ahora, como hemos dicho, los caballeros de San Juan, y la gobierna el jefe de los mismos, como supremo juez ó soberano; siendo de notar, que su autoridad tiene en Malta ménos trabas que la de ningun monarca de Europa. Sus derechos son ilimitados, su voluntad absoluta, y su corte numerosa y magnífica; le dan tratamiento de alteza

y de eminencia; y como dispone de todas las plazas lucrativas del reino, le son enteramente afectos desde los miembros de su consejo hasta los empleados de ménos gerarquía.

A la muerte de un gran maestre sucede otro elegido en cónclave, formado por tres sanjuanistas de cada una de las siete lenguas que componen la órden, siendo muy parecida esta eleccion á la de los sumos pontífices; y si bien se debate mucho y se trabaja durante los tres dias que dura aquella, se respeta y acata el voto de la mayoría con la rigidez del emitido por los cardenales en Roma.

Digamos algo respecto de esta órden de caballeros, y la causa que les obligó á residir en Malta.

Se creó tan respetable institucion al empezar las guerras de las Cruzadas, siendo el ejercicio ó práctica de la caridad la gran mision que se proponian, á cuyo fin establecieron hospitales, en los que tenian cabida cuantos desgraciados lo demandaban. Y de esto proviene el llamarse desde su origen caballeros hospitalarios. Nobles todos, jóvenes la mayor parte, y rodeados siempre de guerras, sangre y destruccion, llegó un tiempo en que se vieron obligados á cuidar de los hospitales por la noche, ocupándose por el dia en combatir contra las falanges enemigas de que se veian acosados. Desde entónces, y sin abandonar del todo su hospitalaria mision, comenzaron á ser guerreros tan audaces, valientes y diestros como los mejores de Europa. Infundia terror un sanjuanista empuñando la lanza, é inspiraba veneracion y respeto el mismo sanjuanista cuando cogia las hilas y marchaba á la cama de un enfermo. Eran valientes hasta la temeridad; generosos hasta la abnegacion. No existe nada más digno de elogio y de admiracion que la defensa de estos héroes en Malta contra el fabuloso ejército de Soliman II; su denuedo y bizarria en tal ocasion alcanzaron una aureola de gloria, que no la consiguió mejor ninguna otra órden de caballeros de las que se crearon ántes y despues.

Concluidas las guerras de las Cruzadas, se retiraron todos á Rodas, y de eso proviene el llamarlos caballeros de dicha isla, por lo mismo que despues se les apellidó de Malta.

En la mencionada isla de Rodas permanecieron luengos años ejercitando la hospitalidad, sin desmentir su renombre de valientes. Mas habiendo empuñado el cetro de Turquía el terrible Soliman II, los rodeó de soldados, hasta que consiguió arrancarles aquel corto espacio de terreno que ellos defendieron con heroismo digno de mejor suerte. Echados de allí, con su jefe Felipe Villers á la cabeza, seguidos de cuatro mil isleños y de todos sus deudos y criados, anduvieron errantes, pasando de Candía á Sicilia, luego á Roma, y últimamente á Viterbo.

Cárlos I les cedió las islas de Malta que poseen en la época que pasa nuestra historia, consiguiendo de este modo que tan valientes caballeros no se vieran obligados á mendigar una hospitalidad que ellos eran tan pródigos en otorgar, sirviéndole á la vez de avanzada á sus posesiones de Italia contra el Africa y la Turquía. Y á la verdad que la eleccion fué acertadísima, pues nadie podia defender mejor á Malta que aquellos guerreros tan denodados, prácticos en la lucha y entendidos en la paz.

El idioma maltés es una mezcla de árabe, español, francés é italiano, lo cual no es extraño, por la variedad de razas de que se compone el pueblo y hasta los sanjuanistas, pues éstos pertenecen á siete naciones diferentes, que son lo que se llama entre ellos las siete lenguas que forman la órden.

La buena administracion de los grandes maestros, su conocimiento del pequeño pueblo que mandan, lo reducido del país y la lealtad de unos caballeros sin tacha, constituyeron una sociedad en la que apenas tuvo entrada el vicio y la corrupcion. Todos los que visitaron á Malta en la época en que la poseyeron los sanjuanistas, cuentan que hallaron un pueblo alegre, virtuoso, trabajador y satisfecho, convirtiéndose el jefe supremo del estado en el padre comun, lejos de

abusar de la ninguna traba que allí tenía su poder absoluto.

El cambio de domicilio hizo que á los sanjuanistas se les llamase, primero caballeros de Rodas y luego de Malta, segun hemos dicho, nombres que sólo indican las dos islas que sucesivamente poseyeron. Los hay de justicia y de gracia. Los primeros tenían necesidad de probar hasta la tercera generacion la limpieza de sangre, ó sea *la nobleza de cuatro cuarteles*; mientras que los otros sólo justificaban haber nacido nobles, ó practicado un hecho heroico en defensa de la causa que prohibaba la órden.

De lo expuesto anteriormente deducirán nuestros lectores, que los turcos y los sanjuanistas se odiaban hacia mucho tiempo; lo que ocasionaba continuamente combates navales, en los que solian demostrar los de la ínclita el encono que abrigaban contra los hijos de Oriente, y el indomable valor que encerraban sus corazones. Y eso justamente fué lo que sirvió de pretexto al ambicioso Soliman para caer sobre Malta, y pretender quitársela en la forma y modo que les habia arrebatado la isla de Rodas. Decimos de pretexto, porque el pensamiento del Gran Señor de Turquía no estaba reducido á vengarse de una órden que suponía bien poco ante el inmenso poder del imperio otomano; pretendia, sí, conquistar la isla, para tener asegurado el primer fuerte avanzado de Europa, y que, sirviéndole de cuartel general en medio del Mediterráneo, le facilitase caer de improviso sobre las potencias europeas con el mismo éxito que lo hicieron los árabes en España el siglo VIII.

Sólo de este modo se comprende que muchos años antes hubiera empezado el muftí ó cabeza de la secta mahometana á predicar en favor de la conquista maltesa, excitando el fanatismo religioso é instintos sanguinarios de las hordas salvajes de la Arabia, Egipto, Servia y la Albania. Añadiremos á esto, que el emperador turco mandó, para vengarse ó tomar satisfaccion de unos cuantos caballeros, cuya nacion se reducía á una enorme roca situada en medio del mar,

nada ménos que doscientos treinta navíos, más de cincuenta mil combatientes, y los tres primeros generales de su imperio, que eran su primo hermano Mustafá, terrible aún, á pesar de sus muchos años, el célebre Dragut y el valeroso marino húngaro Piali, con todo el armamento, equipo, municiones y víveres necesarios para escuadra y ejército tan numerosos.

Debieron comprenderlo como nosotros la mayor parte de los monarcas de Europa, pues además de la cruzada de caballeros ingleses, españoles, italianos, franceses y alemanes que, en número de ochocientos, corrieron por su libérrima voluntad á defender la causa de los sanjuanistas, contribuyeron por separado, con un mayor ó menor contingente, el Padre Santo, la España y algunos estados de Italia. Y si superó á todos el monarca castellano, no debe extrañarse, teniendo en cuenta que era el más poderoso en territorio, hombres y recursos; pues el que ahora figuremos á la cola de las potencias de primer orden, no desmiente el que entonces compusiéramos el imperio más vasto y fuerte de la tierra.

De lo expuesto deducirán nuestros lectores, que si bien el turco no perdonaba medio ni sacrificio alguno para conquistar la gran peña maltesa, los valerosos caballeros sanjuanistas no economizaban tampoco sangre, esfuerzos ni dinero para conservar su isla, si bien eran ayudados grandemente por los estados de que hemos hecho mencion.

La isla de Malta tenía dos poblaciones de importancia, que eran: la que llevaba el nombre de la isla—hoy Lavalett—y Civita-vechia, ó sea ciudad vieja, con algunos pueblos pequeños y casas de recreo esparcidos en el corto diámetro de aquella gran peña. Contaba además con dos islotes, Gozzo y Comino, de que ya hemos hablado.

Los turcos comprendieron que, tomada la ciudad de Malta, la isla era suya, y se contrajeron á esta poblacion.

Malta tenía ya entonces una plaza fuerte de primer orden;

contaba con San Telmo, especie de castillo inexpugnable que servia de avanzada, pues estaba situado en el extremo de un monte que avanza y divide los dos magníficos puertos que tiene la ciudad; y San Miguel, famoso fuerte que se eleva sobre un escollo dominando la embocadura del puerto principal. Y como auxiliando á éstos aparecen los tres órdenes de baterías que rodean la poblacion, los cuales van ascendiendo desde flor de agua hasta lo más alto de los muros.

Llegada la escuadra turca, sitió á Malta por mar; y no pareciéndole bastante, desembarcó treinta mil hombres, acampándolos cerca de la capital, en terreno atrincherado, desde donde ayudaban á los navios á destruir la plaza. Despues corrió en auxilio de los sitiadores el famoso Dragut con quince galeras más, repletas de soldados y cañones; y para que nada les faltase, se unió á ellos el pirata argelino Assan con otras quince, en las que iban mil quinientos feroces asesinos, de aquellos que tenian aterrada á la marina mercante de la civilizada Europa.

Los sanjuanistas, á pesar de los muchos refuerzos que tambien recibieron, distaban bastante en fuerzas y recursos de los coaligados turcos y piratas; mas no por eso amenguó su brio y deseo de combatir á todas horas, hasta vencer ó morir, contra el bárbaro de Oriente y el salvaje de Argel.

Tal era el verdadero estado de las cosas cuando llegó á Malta el duque del Imperio, precedido de los *invencibles* y de los tercios castelláños que puso bajo sus órdenes el monarca español.

Antes de seguir adelante debemos sentar que, al hablar del sitio de Malta, nos sujetaremos en lo posible á la historia, como lo hemos hecho al tratar de la batalla de Dreux, de la revolucion de Cambray y de los principales personajes católicos y protestantes que vienen figurando en nuestro libro, segun los hallamos en las obras que nos merecen mayor crédito.

CAPÍTULO XXI.

Las frases de un buen cristiano.— El almuerzo.— Delegacion del poder supremo.— Al campo.

Eran las diez de la mañana, y todavía continuaban hablando en el sitio en que los dejamos, el soberano de Malta, Julio de Silva y el misterioso mendigo. El primero oprimía entre las suyas una mano del duque, mientras sus párpados expelían tiernas lágrimas que le arrancaba el relato de los muchos desastres que amenazaron la preciosa vida de aquel; en tanto que el tercero, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, oía al jóven caudillo, sin demostrar otra cosa que un sentimiento innato en él, y que solía estar retratado casi siempre en su pálido semblante.

Concluyó el duque la historia de sus últimos viajes, suspiró el gran maestro, se enjugó los ojos, y notando la impasibilidad del mendigo, le preguntó:

—¿Qué dices, tú, respecto de lo que acaba de referirnos Julio?

—Nada—contestó con sequedad el de los harapos.

—¿No sientes pena y dolor al oír tanto sufrimiento? ¿No te aguijonea el odio y deseo de venganza contra hombres tan depravados y miserables?

—No —volvió á replicar el impasible anciano.

—¿Quieres explicarte?

—No siento nada de eso, porque pienso de diferente modo que tú.

—¿Qué opinion es esa, de un hombre tan leal y generoso, que no se ajusta al sentimiento humanitario, á la justicia y á la simpatía por el bueno contra el malvado?

—Mi opinion, gran maestro de la órden de San Juan, es únicamente la de un católico.

—Me precio de serlo, y no pienso de la misma manera.

—Uno de los dos no lo es entónces.

—Seguramente, y quisiera saber quién se equivoca.

—Tú, soberano de Malta.

—Pruébalo, mendigo que tutea á los monarcas.

—Oye: en ese relato he visto la mano de la Providencia deteniendo los golpes fraticidas, defendiendo al duque, elevándolo; y he vuelto los ojos, porque aquel que tiene á Dios de su parte, nada necesita de nosotros. He mirado tambien el poder de Satanás empujando á los asesinos, guiando sus puñales, prestándoles su horrible enojo y maldad; y he suspirado, los he compadecido, y he pedido á Dios por ellos: son mis hermanos, descendientes de Adán como yo, hijos del Eterno hasta tanto que formen en la fila de los réprobos y Lucifer tome posesion de sus pobres espíritus. ¿No te enseñó á tí lo mismo la religion de nuestros mayores?

El noble Lavalett inclinó la frente, contestando con rubor:

—Sí, amigo mio, eso nos enseña á todos; pero son pocos los que pueden un dia ahogar sus pasiones, y apoyados en un talento tan raro como grande y sublime, ver las cosas como tú.

Julio cogió la mano del pordiosero, y besándola con cariñoso afecto, añadió:

—A los dos asiste ahora la razon; pero vos, señor, la tenéis siempre.

—Para amar á Dios, para ser buen católico, para cumplir

con sus deberes — prosiguió el harapiento — no se necesita ese gran talento de que hablaste; basta solo querer, y tomándolo con empeño, se consigue fácilmente. Medite el hombre sobre la vida temporal y la eterna; comprenda bien la deducción de sus reflexiones, y si no hay grandeza en su alma, nobleza y agradecimiento en su corazón, inteligencia en su cabeza, el egoísmo lo conducirá al centro del catolicismo. La Providencia lo ha previsto todo.

Y aquel hombre extraordinario se puso en pie al expresar la última frase, y desapareció de allí con paso lento, la cabeza inclinada y como ensimismado.

El gran maestro y el duque quisieron detenerlo; mas no se atrevieron á hablar, y ménos á tocar el toco y mugriento ropaje que le cubría.

En el mismo instante les dijo un mayordomo que el almuerzo esperaba, y ambos se sentaron á la mesa. Falta hacían al invencible caudillo las delicadas viandas que comía en aquel momento, pues los dos trozos de carne con que se había alimentado cerca de treinta horas, sobre estar muy duros, se hallaban peor asados y pésimamente condimentados. En consecuencia, comía con apetito, y los ricos manjares de Malta le parecían mucho más sabrosos de lo que realmente eran.

A la mitad del almuerzo se quedó solo, no habiéndose tomado la molestia el gran maestro de decirle otra cosa que:

— Come cuanto quieras, hijo mío, que yo no tengo ganas; y no haciéndote falta, parto, si bien no tardaré en regresar.

El duque se encogió de hombros, y continuó almorzando hasta quedar satisfecho. Seguidamente le dijo á un paje:

— Busca á los maestros de campo que mandan mis tercios; diles que necesito media armadura y un caballo, y que á la una estén en el palacio acompañados de cincuenta jinetes.

Salió el paje, y un cuarto de hora después volvió Lavalett, se sentó al lado del duque, y dándole varios papeles, le dijo:

— Ahí tienes el nombramiento de general en jefe de las huestes reunidas en Malta. Me vas á representar hasta el extremo de ser obedecido por los caballeros de la órden de San Juan. Ya que tu genio abarca tanto; ya que todo lo puede, tómalo todo y que Dios sea contigo. Van unidos al nombramiento cuantas noticias y datos puedas necesitar; instálate en mi palacio; manda solo; refiéreme tus gloriosos hechos de armas, y nada me preguntes, nada me consultes; te sobra con la luz de tu ingenio, con el brillo de tu inteligencia.

— Señor — le contestó el duque — más propio sería que os obedeciera yo; que vos, con una experiencia y talento superiores, nos dirigiéseis á todos.

— Sí; tengo muchos años; conozco el mundo y los hombres; sé apreciar el mérito; anhelo la gloria de esta mi patria adoptiva y el triunfo de su causa; por todo lo cual he dispuesto no mandar nada, para que tú lo mandes todo.

— Mucho sentiré que no pueda corresponder á vuestros deseos; y supuesto que es uno solo el que debe ordenar, si es que ha de ordenarse bien, y vos, soberano de Malta, me elegís á mí, os agradezco la honra, acepto y os ofrezco vencer ó morir; no os aseguro lo primero, mas estoy cierto de lo segundo si no consigo lo otro.

— Quiero que te acompañen día y noche Enrique y Fernando Lavalett, hijos de mi hermano, y á los que quiero entrañablemente. Guíalos, y que hallen cerca de tí la muerte ó la victoria.

— Os advierto que mi destino suele conducirme en las batallas al sitio de más peligro.

— La mayor honra á que podía aspirar mi hermano, era la de que sus hijos pereciesen á tu lado y por su patria. Si triunfan, me dará la enhorabuena; si mueren, no admitiré el pésame.

— No insisto, gran señor.

— Descansa hoy, valeroso duque, y mañana...

Cortó las frases del gran maestre un paje que, presentándose en la estancia, exclamó:

—Señor duque, esperan á V. A. sus criados, la armadura y un caballo cordobés. Los señores maestros de campo y cincuenta jinetes restantes quedan armándose, y vendrán inmediatamente.

—Ese niño os ha contestado por mí—dijo Silva á Lavalett.

—Hijo, vienes rendido por el cansancio y la fatiga, y no puedo consentir...

—O mandais vos ó yo. Os he dicho, y repito, que sólo uno conseguirá hacerlo con acierto; pero aún podeis, si os place, retirar mi nombramiento.

—Está bien en tus manos. Supongo que habitarás este palacio...

—No; los muros guardan bien á las mujeres: viviré en el campo de batalla, en mi tienda, á una milla del enemigo.

—¡Santo cielo! ¡frente á treinta mil turcos! No puede ser.

—Sólo teneis derecho á disponer de vuestros dos sobrinos, que al fin sois para ellos un tierno padre.

—Pues ordeno que te sigan, sintiendo únicamente no poderlos multiplicar hasta servir de muro incontrastable al héroe Silva.

—Poco valdria el escudo ó defensa si Dios no ayudaba al que suponeis héroe, pues por muchos que fuese no llegarían al número de sus enemigos.

—Te doy cuanto tengo, y te dejo.

—El cielo os acompañe.

—¿No me abrazas?

—¿Cómo negarme á aceptar honra, cuando mi vida se alimenta de ella?

Ambos se estrecharon; el anciano besó la frente de Julio, oprimiendo á la vez entre las manos su hermosa y varonil cabeza; miró al cielo, y exhalando un suspiro, desapareció.

Silva estudió detenidamente los documentos que le diera

el gran maestro; se dejó armar, y bajando al patio reconoció minuciosamente el potro que le sujetaban dos pajes. Luego saludó otra vez á sus cinco amigos, fijándose en los individuos que componian su acompañamiento. Eran éstos cincuenta oficiales, en cuyos rostros se veian retratados el valor, la audacia y la inteligencia; presentaban frentes altivas, miradas de fuego, piel tostada, y una arrogancia propia de aquellos gigantes españoles que peleaban á todas horas, contra todo el que queria batirse y con cuantos les hacian frente, sin descender nunca á la puerilidad de contar el número ó estudiar la clase y condicion de los que tenian gusto ó necesidad de pelear con ellos. A la cabeza de los cincuenta iban tres alféreces protegidos del duque y de sus amigos; tres labradores há poco más de un año, hijos de un veterano del imperio; pero que heredaron una sangre tan buena y ardiente, que se hicieron dignos de la espléndida proteccion de los *invencibles*. Se apellidaban Zalla, mandaban la escolta de Silva, y amaban á éste un poco más que á los maestros de campo; mas por cualquiera de los seis se hallaban dispuestos á dar cuanto tenian, inclusa la vida. En el tiempo que llevaban al lado de sus protectores y maestros, se habian hecho atentos, corteses y tan diestros en la guerra, que nada envidiaban á los restantes oficiales del ejército. El mayor se llamaba Fermin, el segundo Andrés, y el menor Alvaro.

El poderoso duque se dirigió á ellos; les fué alargando la mano, diciéndoles á la vez con cariño y algo de reconcion :

—No os he visto al entrar en Malta. ¿Estabais de servicio?

Los tres se miraron sin atreverse á hablar. Por fin Andrés hizo un esfuerzo sobre sí, contestándole :

—Señor, tuvimos que retirarnos del puesto, porque...

—¿Qué os sucedió?...

—Nada de particular; fué... señor, fué que se agolparon las lágrimas de tal modo á nuestros ojos al veros flaco, descolorido, sin sombrero y tan estropeado, que...

—Basta, amigo mio. Comprendo vuestra nobleza de alma, y adivino lo demás.

Y tornando á estrechar sus manos, dió la voz de montar á caballo, yendo él á verificarlo; pero en el mismo instante llenaron el patio todos los caballeros de la órden de San Juan, y acercándose Lavalett al duque, le dijo:

—Un momento, hijo mio.

Silva bajó el pié que tenía fijo ya sobre un estribo, y volviéndose al anciano, le contestó:

—¿Qué deseais de mí, gran señor?

A la vez dos sanjuanistas quitaron á su jefe el manto de soberano y gran maestro, y se lo pusieron al duque, mientras le decia Lavalett:

—Poderoso caudillo, sobre tus hombros sostienes ya la cruz, enseña de una órden que el bárbaro de Oriente pretende destruir. Débiles somos ante el poderoso otomano; mas tú, cristiano como nosotros, defiéndela, que á la vez es la enseña de todos los católicos. Fuerte has nacido; y aun cuando el enemigo parece invencible, apoyada en tu robusta mano puede romperse con ella la media luna que ostenta el turco.

Julio miró el negro manto que lo cubria; besó la blanca cruz de San Juan, y se fijó en los caballeros, notando con placer que se retrataba en sus rostros una esperanza halagüeña. Entónces contestó al gran maestro y á los restantes:

—Señor, señores, gracias por el insigne honor que acabais de hacerme. No os puedo prometer victoria; pero sí que esta cruz penetrará en el corazon del ejército enemigo y lo destruirá, ó envuelto yo en el manto que adorna tan augusta enseña, moriré con ella y por ella.

Les hizo una reverencia, montó á caballo y salió del palacio en medio de sus compañeros, y seguido de los cincuenta valerosos jinetes que componian su escolta.

Toda la órden de San Juan despidió á Silva con un *hurra*, que expresó el terrible golpe que amenazaba á los turcos,

y la ansiedad que ellos tenían, el vehemente deseo de secundar al duque y vencer ó morir á su lado.

El gran maestre comprendió cuánto decia aquel grito aterrador, y brillando en sus labios una ardiente sonrisa, exclamó:

—Hijos, un poco de paciencia, que para todos habrá; el héroe comprende cuánto valeis, y no prescindirá de vosotros un solo instante.

Varios le contestaron:

—Señor, su vida y nuestra patria peligran; el honor nos manda seguirle. Permitidnos...

—Basta, hijos, basta—interrumpió Lavalett—sobre el genio de Silva no hay gerarquía posible; le he entregado el poder; manda solo, y ha dispuesto que sigais... detrás de mí.

Y se dirigió á la escalera del palacio, yendo en pos todos los caballeros con las frentes inclinadas, mas apareciendo en ellas la impaciencia y anhelo de combatir. Callaron ante la venerable voz de su jefe y soberano, pero sus corazones latian fuertemente, oponiéndose á tan pasiva determinacion. No habia entre ellos un solo cobarde, tímido ni irresoluto; para pertenecer á aquella orden en tal época, era indispensable un denuedo, un valor, una abnegacion sin límites.

Pronto veremos, sin salirnos del círculo que nos marca la historia, que son pocos cuantos elogios se hagan de la bizzarria ostentada en Malta por los sanjuanistas que la defendieron.

CAPÍTULO XXII.

Paseo militar.—El campamento turco.—Las dos colinas.

Los *invencibles* é individuos de la escolta llevaban casco con pluma, una pequeña coraza, calzon de punto sobre una fina y espesa cota que venia á perderse debajo de las botas de ante.

Con la visera levantada, briosos y deseando ver á los turcos, salieron del palacio, comenzando á atravesar la ciudad por entre una inmensa multitud que los aplaudia con frenético entusiasmo. Pueblo, caballeros y soldados; hombres y mujeres, mezclados y en revuelto turbion, movian gorras, chambergos y pañuelos sin cesar un instante.

Julio, que iba delante, picó á su caballo, y procuró huir lo antes posible de aquella ovacion tan merecida como desdenada por él; mas á la mitad del camino, y al llegar bajo las celosías de un convento de monjas, se abrió una reja, y asomando una pequeña y blanca mano, tiró un estandarte. La multitud calló; Julio detuvo su carrera, y fijándose en el sitio por donde le habian arrojado aquel trofeo, oyó una voz dulce, tímida y agradable, que dijo:

—Para S. A. el duque del Imperio. ¡Que Dios nuestro Señor le proteja!

La celosía tornó á cerrarse; las campanas del convento tocaron á vuelo; sonó el órgano, y veinte acentos femeniles comenzaron á elevar tierna plegaria en favor del caudillo.

Un soldado maltés cogió el estandarte echado por la monja, é inclinando un poco la rodilla izquierda, se lo alargó al duque. Este lo deslió, mirando en su centro bordada con oro y plata á la Purísima Concepcion, que pisaba la media luna turca y la serpiente, levantando con la mano derecha la cruz de San Juan.

Julio besó los piés de la Inmaculada y volvió á emprender su marcha, llevando asido con su diestra el estandarte.

Poco despues se abrió á su voz la puerta de la ciudad, saliendo por ella á escape tendido los cincuenta y seis jinetes. A la vez, y como por encanto, se llenaron los muros de la plaza de hombres y soldados, que en silenciosa avidez seguian con la vista el grupo que formaban los guerreros españoles.

El duque, siempre delante de los suyos y sin dejar de correr, llegó hasta cerca de las avanzadas que tenian los del atrincherado campo enemigo, reconoció el terreno, estudió con asombrosa rapidez la posicion de los sitiadores, y viendo luego dos elevadas colinas que se destacaban al Norte y á la distancia de dos kilómetros de las baterías contrarias, unidas por un promontorio cuya parte superior concluía en plano ó meseta, se dirigió hácia ellas, gritando á uno de sus amigos:

—Vizconde de Jana, parte á la ciudad, y sin perder un momento conduce á aquella altura á los tercios castellanos con la artillería, municiones y cuanto habeis traído de Francia. Deseo que ántes de anochecer hayamos establecido nuestro campo á espaldas de esas dos colinas que tenemos enfrente.

Odon Navarro volvió grupa, y picando á su caballo, se dirigió á la plaza como una flecha.

El caudillo y los que le seguian continuaron corriendo,

despreciando las balas de cañon con que intentaban obsequiarles los soldados de Soliman. Sin que ninguna de ellas llegase á ofenderlos, subieron á lo alto de las repetidas colinas con la rapidez del águila; ya allí, y resguardados con ellas, lanzó el duque una mirada desdeñosa sobre el campo sitiador; y brillando en sus labios la siniestra sonrisa que ya conocemos, exclamó:

—Sólo á un Mustafá que se muere de viejo ó á un Dragut que se precia de sabio, podía ocurrírseles dejar abandonadas estas alturas, desde las cuales han de ver abrirse para ellos á cada momento la puerta del otro mundo.

En tal sitio y al abrigo de las balas enemigas, continuó mirando hácia las trincheras, mientras los que componian su escolta aguardaban con fria tranquilidad el momento de atacar ó defenderse de alguna legion turca, que juzgaban pasaria á devolverles la rápida visita que ellos acababan de hacer á su campo.

Sin dejar de observar el entendido caudillo, volvió á gritar:

—Mauro, á Malta, y regresa al frente de todos los zapadores é ingenieros que tenga á sus órdenes el gran maestre.

El valeroso Nuñez picó tambien á su caballo, desapareciendo como un meteoro de entre las colinas donde quedaron sus compañeros. Julio medía ahora las distancias, preparaba encamisadas, rechazaba ataques, defendia la plaza, y calculaba, en fin, cuanto tenía que hacer y podia ocurrírsele en un campamento para el cual sólo poseia la eleccion de sitio. No obstante lo cual, su claro ingenio le presentaba ya todas las ventajas del paraje, la manera de fortalecerlo, y cuantos hechos debia practicar desde allí, atacando al enemigo, defendiendo la plaza ó los límites de su campo.

Cuando hubo concluido de observar, miró á los suyos, y fijándose en Flaviano, le dijo:

—Maestre, el enemigo tiene la caballería á retaguardia del campamento, por cuya razon no puede alcanzar nuestra

vista desde aquí lo que hace. Infiero que pensará en nosotros en este instante, y...

—Comprendo, general — le contestó el joven — puedo correrme á la izquierda, y sin aproximarme mucho á las avanzadas, observar.

—Un vigia — añadió el duque — entre ellos y nosotros.

—Exactamente. ¿Parto?

—Sí.

Y el atrevido Osorio salió como el dardo de una flecha.

Quedaban dos maestros de campo: Rogelio Mendoza y Roberto Navarro. Silva hizo que se aproximase el último, al cual preguntó:

—¿Conocerás el sparonaro que me ha traído á la isla?

—¿Quién lo duda!

—Pues parte á la ciudad, corre al muelle, y dí al patron que éntre el barco en el arsenal, donde deberán reparar sus averías hasta dejarlo en aptitud de cruzar los mares sin peligro y con la brevedad posible. Te advierto que mando en Malta como soberano. Que monte luego á caballo el contramaestre, y te acompañe hasta aquí.

—¿No temerá cruzar tan cerca del enemigo?

—Los marinos no conocen el miedo, y ese hombre es tan valiente como tú.

—¿Nada más quieres?

—No.

Roberto hirió los ijares de su potro, y se igualó á los que le precedieron en la rapidez con que emprendió su marcha.

El duque se quedó con Mendoza y cincuenta oficiales, habiendo desaparecido las cuatro cabezas mejor organizadas de su brillante estado mayor.

Poco despues vió venir de la plaza y en direccion de donde él estaba, dos caballeros que pretendian imitar la veloz carrera de los maestros de campo. Traian el mismo traje que él llevaba, sin que por esto pudiera reconocerlos ni suponer el objeto que se proponian.

Cinco minutos más tarde llegaron á la falda de las colinas, subiendo con el brio y gentileza que lo habian verificado los *invencibles*. Por último, arribaron á la cima, y quedaron parados junto al duque; ambos se inclinaron, corrieron las viseras, y uno de ellos le dijo:

—Gran señor, somos Enrique y Fernando Lavalett; y á nuestro ruego nos manda á vuestro lado mi tio, el gran maestro, deseosos de morir por nuestra patria y religion, ó de vencer en pos del héroe.

Julio miró á los jóvenes, que apenas tendria el mayor veinte años, contestándoles:

—Veo retratado el valor en vuestros semblantes, y temo que seais demasiado audaces en la guerra. Empieza á nacer el bigote en vuestros labios; os sonrío el porvenir, y sería lastimoso que perecieseis á tan corta edad.

Los recién venidos eran rubios; la gracia rebosaba en sus rostros, y á las esbeltas figuras unian una viveza propia de la edad y del carácter de ambos. A pesar de haber cumplido Fernando un año más, parecian gemelos y se profesaban entrañable amor. Enrique añadió, dirigiéndose al duque:

—Señor, la santa causa que defiende mi tio, la voz de la patria, el deber de caballeros, nos aconsejan morir ó vencer; si aconteciese lo primero, nada se habrá perdido si ayudámos á conseguir lo segundo.

—Noble resolucion que aplaudo, amigos míos—replicó Silva.—Vuestro denuedo hace justicia á la buena sangre que circula por vuestras venas; y sólo me resta recomendaros la prudencia, necesaria como el valor, imprescindible como la honra.

—Venimos á imitaros, á seguir vuestra huella, á obedeceros.

Y ambos, despues de estrechar la mano que el duque les alargaba, se colocaron al lado de Mendoza, mientras que una ráfaga sombría cruzó por la frente de aquel; en tal

momento presentia el entendido Julio la prematura muerte de los sobrinos del gran maestre.

Trascurrieron tres horas sin que acontecimiento alguno hiciera cambiar la actitud de los resguardados con las colinas. Flaviano no les avisaba la existencia de peligro alguno, ni Mauro y los Navarros aparecían aún.

Respecto de los del campamento, era de suponer que despreciaban á aquel insignificante grupo de jinetes; pues si bien es cierto que tuvieron la osadía de recorrer sus trincheras con valor heroico, pronto huyeron de allí y se escondieron entre los montes, esquivando de este modo la puntería de los cañones turcos; por cuya razon sólo merecieron el desden de un ejército poderoso, el cual se conformó con mandarles una veintena de balas rasas.

Una hora despues cesó la fria indiferencia de los otomanos, siendo reemplazada por el más espantoso desorden: sus avanzadas dieron la voz de alarma; sonaron los instrumentos guerreros; corrieron los mandarines de un lado para otro; se cargaron los cañones que no lo estaban; los peones blandieron sus armas, montando á caballo los jinetes.

Motivaba esta confusion lo siguiente: de pronto se abrieron las puertas de Malta, saliendo por ellas de nueve á diez mil hombres, con bagajes, artillería, municiones y un depósito fabuloso de objetos conducidos en carros y caballerías; y ya en el campo, se dirigieron en orden, pero aceleradamente, hácia las colinas donde se hallaba el duque del Imperio. Componían aquellas huestes, caballería, infantería, zapadores é ingenieros, y eran, en fin, los tercios castellanos, auxiliados por algunas compañías de cuerpos facultativos que servían al gran maestre.

Sobre los muros de la ciudad se descubrían únicamente los indispensables centinelas, reinando en la poblacion un silencio sepulcral. Las puertas se cerraron, y los que concluían de atravesar sus umbrales continuaron avanzando con la ligereza que les era posible, en buen orden, concierto

y ciega obediencia á las voces de los jefes, que les mandaban abreviar, obligar á las caballerías, y correr, en fin, sin tregua ni descanso.

Pasado el primer asombro en el campo contrario, juzgaron que los cristianos intentaban una de esas salidas tan comunes y hasta naturales en todo valeroso ejército que tiene cerca á sus rivales y le duele permanecer mucho tiempo entre espesos muros; pero al percibir la artillería y notar que flanqueaban á la izquierda, desecharon esta idea sin abarcar ninguna otra. Les mandaron cien balas de cañon, perdidas la mayor parte en la inmensidad del espacio, y á cuyas descargas no se tomaron la molestia de contestar aquellos. Trascurrió una hora en tan atronador entretenimiento; llegó la noche, é interponiendo sus tintes negros entre los dos ejércitos, todo desapareció de la vista.

Media hora despues distinguieron sobre las dos colinas varias luces, pareciéndole conveniente á Mustafá mandar quinientos jinetes en averiguacion de lo que hacian los cristianos. Inmediatamente fué obedecido, y puesto al frente de ellos un entendido jefe, corrieron hácia el sitio indicado. Un cuarto de hora más tarde oyó el vetusto general dos descargas de artillería, á las cuales siguió un profundo silencio, interrumpido á los veinte minutos por la carrera de algunos jinetes pertenecientes á los quinientos exploradores.

—¿Qué os ha sucedido, Banki?—preguntó el anciano turco al jefe que acababa de regresar.

—Señor—le contestó el interpelado tirándose del caballo con visible enojo—señor, nos aproximamos á las colinas sin hallar una sola avanzada ni quien nos lo estorbase; creimos que las luces serian hogueras puestas por el enemigo para alejarnos de la ruta que seguia, y corrimos más, acercándonos á la falda, sin ver ni oir nada que nos indicase la existencia de los cristianos; pero de pronto nos hicieron una descarga de artillería á ménos de cincuenta varas de distancia... ¡No se perdió una bala ni un pedazo de metralla!

La mitad de los míos con sus caballos fueron deshechos; el suelo se cubrió de miembros mutilados, y el espacio de humo. Ardiendo en ira me vuelvo á los que habian quedado con vida, y les grito: «¡Por Mahoma, adelante y á ellos!» Mi última frase la apagó otra metrallada. Y pareciéndoles poco todavía, salieron de entre las breñas multitud de guerreros que cargaron sobre los pocos que me habian dejado, teniendo que huir de aquel sitio de muerte con solos veinte hombres.

El viejo general oyó con indiferencia el triste relato de Banki, preguntándole luego:

—Y bien, ¿qué habeis visto? ¿Dónde se esconden?

—Sólo he distinguido las mechas y las armaduras; sólo he oído el estampido del cañon, el golpe de los botes de lanza y los alaridos de mis pobres árabes. Infero que son españoles, que se hallan acampados detrás de esos pequeños montes, y declaro temibles á tales guerreros. Las baterías que nos han hecho fuego deben estar situadas en el promontorio que une las dos colinas, que es casi plano, y desde el cual dominarán un radio extensísimo.

—Bueno, Banki; aguardemos á que luzca la aurora, y ella nos los presentará en el sitio y forma que estén. Retírate, que quiero dormir.

El jefe se atrevió á replicarle:

—Señor, yo opino porque...

—Mañana, Banki; no gusto de oír opiniones á estas horas; al asomar el sol su severa faz, podreis emitirla si estoy de mejor humor que ahora y os lo tolero.

El otomano cruzó los brazos, le hizo una reverencia, y desapareció. Mustafá exclamó para sí:

—Lo mismo vales tú que Dragut, Piali y el pirata Assan, torpes y cobardes; pero yo daré fin de esos cristianos que se atreven á hacerme frente.

Y el primo de Soliman II se recostó tranquilamente sobre mullidos cojines, aspirando ricas esencias que exhalaba un pebetero fijo en el centro de su tienda. El caduco señor no

era cobarde; pero vivió siempre atormentado por el orgullo, la vanidad y la soberbia.

Sepamos qué han hecho los *invencibles*.

El vizconde de Jana, su hermano Roberto, Mauro y el contraamaestre del sparono, fueron con el ejército español que conducía el primero. Sin detenerse ni reparar en las balas rasas que les tiraban del campamento turco, siguieron hasta llegar á la espalda de las colinas donde estaba el duque del Imperio. Por orden de éste se colocaron dos baterías frente al campo enemigo, quedando servidas por artilleros y defendidas por peones. El resto del ejército, unido á los zapadores é ingenieros, comenzaron sin tregua ni descanso á fijar tiendas, estableciendo un campamento que dirigía el héroe, secundado por su estado mayor. Ninguno holgaba en tan críticos momentos. Unos encendían hachas de viento, que se fueron multiplicando hasta alumbrar lo suficiente el extenso radio que debían ocupar las tiendas; otros arrancaban árboles é igualaban el piso; algunos conducían objetos de un lado para otro, y los más fijaban los palos, desliaban las lonas, formando las tiendas que no há mucho lucían en los campos de Dreux. Y todos alegres y contentos, cantaban, reían y se disputaban el acierto, la fuerza y la prontitud. Aquí un grupo de valientes catalanes lanzaba un epigrama contra cuarenta gallegos que pretendían convertirse en aquel momento en modernas máquinas de vapor; más allá una porción de andaluces demostraban que ni aún en el momento de mayor peligro les abandona su envidiable gracia y buen humor; y mezclados el aragonés, el valenciano, el hijo de Castilla y el natural de Asturias, hablaban como hermanos, trabajaban como leones; y lo mismo los del Norte que los del Sur, los de Levante que los de Poniente, cuestionaban como amigos y se disponían á vencer como españoles.

Fijado el campamento, se colocaron seis baterías más, y comenzó á levantarse el atrincheramiento salpicado de reductos, zanjas y cuantos medios de defensa se conocían en

tal época. Julio y su estado mayor corrian ahora de un lado para otro dando órdenes, dirigiendo y observando el cumplimiento de lo que mandaban.

En este instante regresó Flaviano, el cual detuvo á Silva, diciéndole:

—Hermano, se encaminan hácia aquí quinientos ó seiscientos caballos.

—¿Por qué lado llegan?—le preguntó el duque.

—Por el Sur.

—¿Qué podrán pretender, en tu opinion?

—Atendiendo al número y clase, un simple reconocimiento.

—Es lo probable; y para evitar que nos acusen de descortes, corre tú, vizconde de Jana, y haz que las baterías de la cima les saluden, segun ellos lo verificaron ántes; nada de ruido ni aparato. Y por si tu hermano y compañero estuviese débil en sus cumplimientos, ponte tú, maestre Flaviano, al frente de mi escolta, y despide á los que no queden satisfechos con las atenciones del vizconde, de cuya puntería, á pesar de la falta de claridad, espero los resultados de siempre.

Los dos jóvenes partieron, en tanto que el duque prosiguió dirigiendo los trabajos del campamento con la mayor indiferencia al ruido de caballos que sintió primero, y á los disparos de cañon que escuchó más tarde.

A las doce en punto de la noche se reunieron el general en jefe y los cinco maestros de campo, exclamando aquel:

—Señores, Flaviano y yo no dormimos anoche, ni hemos hecho hoy más que una comida; presenciad vosotros cuatro los trabajos que restan, mientras nosotros cenamos y dormimos, para reemplazaros al ser de dia. Decid al contra-maestre que al amanecer éntre en mi tienda y me despierte.

Así lo verificaron Silva y Osorio, quedando una hora despues profundamente dormidos, sin que por esto dejaran de continuar las fortificaciones del campo.

Malta parecia tranquila. Los turcos de la clase de tropa que no estaban de servicio descansaban al aire libre, en tanto que los jefes y grandes lo hacian en las cámaras de los buques ó en hermosas tiendas entre cojines y perfumes, solos unos, y otros al lado de seductoras odaliscas, las que llevaban en pos del placer la indolencia y apatía, dejando á sus señores enervados, cuando no impotentes, para la terrible lucha á que les iba á provocar el leon de España, defensor de su isla y de la ínclita órden de San Juan.

CAPÍTULO XXIII.

El triángulo. — Sorpresa. — Acometida. — Varios reconocimientos. — El intrépido pescador.

Al asomar el crepúsculo matutino se acercaron, con la prudencia posible, cien turcos, pretendiendo reconocer las posiciones que tenían los que salieron de Malta el día anterior. No necesitaron avanzar mucho para conseguir su deseo. A espaldas de las colinas que ya conocemos, sobre éstas y en el radio indispensable, vieron parapetos, zanjás, baterías, tiendas de campaña, y la bandera española tremolando do quier, sostenida por un corto ejército, donde no había un cobarde que rehusara ó temiese la pelea. El improvisado campamento se hallaba al Norte de la plaza, formando con ésta y con el atrincheramiento de los turcos un triángulo que imposibilitaba el asalto por tierra, pudiendo apagar los fuegos de las baterías turcas, dominados desde las colinas donde colocaron aquellos cincuenta cañones. Así como los otomanos batían la ciudad por dos lados, el del Sur con las escuadras y el de Levante desde las trincheras, del mismo modo quedó su campamento amenazado por otros dos, con los cañones de Malta y los del atrincheramiento levantado por Julio.

Los turcos que salieron de descubierta se hallaron sorprendidos, sin acertar á comprender cómo en poco más de una noche se había fijado aquel campo, cuando ellos llevaban cerca de un mes trabajando en el suyo, teniéndolo más atrasado que el de sus contrarios. Viendo que no les hacian fuego, se dispersaron, procurando estudiar el terreno sin presentar blanco á la artillería; concluyendo por aumentar su espanto al convencerse de que aquel ejército estaba encastillado, formando una avanzada inexpugnable de la plaza.

En este instante oyeron una salva; las murallas se fueron coronando de soldados y paisanos; otra salva contestó á aquella, llenándose instantáneamente los fuertes y muros de la plaza con banderas del orbe cristiano. Fué un mútuo saludo que se hicieron el campamento español y la ciudad de Malta, quedando como dos buques empavesados. La artillería de las naves surtas en el puerto saludó tambien, engalanó sus navíos, y las campanas de la ciudad se echaron á vuelo. Sitiados y sitiadores comprendian ya las ventajas del terreno y campamento que el genio del duque del Imperio había fortalecido, á un kilómetro de sus amigos y á poco más de dos de sus contrarios.

La descubierta turca regresó, enterando á Mustafá del nuevo y terrible acontecimiento que acababa de ver.

Pasemos ahora á la tienda de Julio de Silva.

Se hallaba ésta situada detrás de las baterías que colocaron entre las colinas ó promontorio que formaba la meseta, desde la cual se dominaba la plaza, los campamentos y hasta el mar. De este modo, y al primer golpe de vista, podia mirar el caudillo cuanto se hallaba en derredor. La mencionada tienda de Silva se componia de tres cuerpos: uno que le servia de despacho; otro de alcoba, y el último de cocina y habitacion de pajes y criados. A la parte afuera de aquellas lonas reinaba un profundo silencio, no obstante encontrarse de pié y muy cerca cincuenta artilleros y quinientos peones. Dos centinelas fijos á la puerta de la tienda,

parecian estátuas en lo inamovible y grave de la postura; en la cocina, levantados los pajes y criados, guardaban el sueño de sus amos, sin atreverse á desplegar los labios.

En tal estado comenzó á dorar la tierra con sus lucientes rayos un sol empañado por la bruma de la mañana, la que él iba destruyendo con su ardoroso fuego. A excepcion de Julio y de Flaviano, nadie habia dormido en el campamento español; sin que en aquellos tostados rostros hubiera conseguido marcar su huella el insomnio.

Los de la colina continuaban mudos; los del campamento trabajaban, y unos y otros miraban de vez en cuando la parte más elevada del centro que formaba la tienda del duque, y sonreian al contemplar fijo en aquel sitio el estandarte con la Purísima Concepcion y la cruz de San Juan, que las monjas de Malta regalaron al caudillo.

En este momento tuvieron lugar las descargas que hemos citado ántes; á la vez subieron del campamento á las colinas dos jinetes, brioso el uno, é indolente y atrevido el otro. Eran el vizconde de Jana y el contramaestre del sparonaro; llegaron á la tienda del duque; dieron las riendas á dos soldados, y penetraron en la alcoba. A Flaviano lo estaban vistiendo ya, y Silva se hallaba sentado y como meditando. Al ver á los recién venidos, preguntó al vizconde con fria indiferencia:

—¿Qué acontece, Odon?

—Nada que merezca tu presencia; el campamento, la plaza y los navíos surtos en el puerto, se han saludado con las tres salvas que acabas de oír.

—Que me han quitado—añadió el duque—un sueño el más tranquilo y agradable que tuve en mi vida. ¿Querias algo, vizconde?

—Decirte sólo que las obras principales del campamento están terminadas, y que prosiguen trabajando en la formacion de reductos y trincheras.

—Muy bien; dejadme solo con el contramaestre; continúa

tú dirigiendo la fortificación, y que Flaviano espere cerca de mí.

El contraamaestre del *San Pablo* era un hombre como de cincuenta años de edad, alto, fornido, de noble presencia, y en cuya ancha frente se retrataban el valor, la reflexión y el saber. Julio clavó en él una penetrante mirada, concluyendo por preguntarle:

—¿Estais mejor de vuestra herida?

—Sí, señor; me hallo perfectamente de la lesión y golpes que recibí á consecuencia de las terribles luchas que sostuvimos con los piratas, el viento y las olas.

—Coged un sitio y sentaos á la cabecera de mi cama.

—Gracias, señor; no me encuentro mal de pié y es más propio, estando delante de vos.

—Obedeced, contraamaestre.

Aquel lo hizo así; cruzó luego las manos, é inclinando la cabeza, esperó á que Silva le preguntase.

—¿Cómo os llamais?

—Felipe Roch.

—¿Sois catalán?

—Nací en Barcelona.

—En vuestra provincia no hay cobardes ni tontos.

—Dicen eso.

—Es la verdad; por eso vos sois hombre que une la inteligencia al valor, y de los cuales nacen muchos en vuestro país.

—Vuestras frases me envanecen, gran señor.

—¿Quereis ayudarme á combatir á los turcos?

—Mi vida pertenece á mi patria, mi voluntad á vos. Os obedeceré con entusiasmo.

—Gracias, amigo mio; en nombre de España os agradezco y acepto la oferta. Decidme: ¿hay algun buque más ligero que el *San Pablo* entre todos los anclados en el puerto?

—Tanto, se hallará alguno; más, imposible.

—Creo lo mismo. En consecuencia, quisiera que el spa-

ronaro nos sirviese de correo entre Sicilia y Malta, haciendo dos viajes á la semana. Puede aumentarse su tripulacion y remos, con todas las reformas que juzgueis necesarias al buen éxito de la empresa; lo difícil, en mi concepto, es atravesar tantas veces al alcance de los fuegos de la marina turca.

—Hay un sitio por el cual pasaré continuamente sin gran peligro, favorecido además con los cañones del fuerte de la isla de Gozzo.

—¿Lo estudiasteis bien?

—Sí, señor, y en breve os lo probaré.

—Me basta con que vos lo digais.

—¿Se ofenderá el patron del *San Pablo*?...

—No importa; valeis vos mucho más que él, y no es empresa que se puede confiar á cualquiera. Dadle dinero, y que se quede en Malta hasta que le devolvamos su barco. Llevaos dos de los mejores pilotos de la isla y cuantos tripulantes necesiteis, sin economizar oro ni inteligencia en todas vuestras operaciones.

—¿Qué mision me encargais?

—La de entregar á D. García, virey de Sicilia, los documentos que yo os dé, recibiendo los que él me dirija. De este modo podré estar en relaciones con Europa, siendo la hija del Etna el centro donde dejareis y recogeréis toda mi correspondencia.

—¿Don García reside en Palermo?

—Se ha trasladado ya á Messina, con el objeto de secundar mis deseos y abreviar en lo posible vuestros viajes.

—¿Cuándo debo marchar?

—Ahora mismo á Malta, donde ireis preparando lo necesario; á las doce me hallareis en el palacio del gran maestre; allí os daré oro y las órdenes que necesiteis, con el correo, para que os hagais á la vela lo antes posible.

—Podré salir esta noche.

—Muy bien; decid al maestre Flaviano que éntre.

Partió Roch, ocupando su puesto el esbelto y seductor poeta. El duque fijó en él una mirada irónica, diciendo despues:

—Llevas finisimas botas de ante, calzon de punto de seda, coraza salpicada de relieves de oro, y más que guerrero pareces un elegante cortesano que ostenta arreos militares. Muy bien, hermano; pero es el caso, que entre estas malditas breñas y esos nueve mil diablos que tenemos á la espalda, no hay una sola dama que pueda prendarse de tí.

—Me basta con la memoria de mi encantadora Adela— contestó Osorio bajando la vista.

—¡Está tan lejos, y hay entre ella y nosotros tantos cañones enemigos, miles de turcos y cientos de navíos!

—Eso digo yo, Julio; y es extraño que quien piensa con tal cordura se admire de que alguna vez me fije en mujeres que tienen parecido con mi esposa, recordándome aquel conjunto de encantos y delicias...

—¡Hipócrita!...

—Te fundas, hermano, en ridículas suposiciones de Mauro.

—Mientras estemos en el campamento, te dejo en libertad completa de enamorar, siempre que no penetres en la ciudad.

—Gracias. Pues mira, ví anoche una cantinera... No son feas las maltesas; y ayer distinguí cerca de la playa dos bateleras no mal parecidas; mas gente toda de mal vivir y de costumbres soeces.

—¡Bueno estaria que un grande de España descendiera á enamorar... No obstante, te doy permiso; y por si el diablo te tentase á lo que no es de esperar, te voy á encargar una mision importantísima, la cual te pondrá en contacto con esa pobre clase, en la que, á pesar de lo soez, segun dices, has reparado.

—No te comprendo, Julio.

—Escúchame con atencion. En ese pequeño monte que une las dos colinas, formando su extremo superior una ex-

planada ó meseta, se han colocado dos baterías que impedirán la aproximacion de los turcos á la plaza, pues nuestros fuegos alcanzan hasta el mar. En esa parte de playa que dominamos hay pescadores, algunos de los cuales, más avaros que buenos malteses, pasarán entre las sombras de la noche al campo enemigo, llegando tambien á los buques contrarios; y á unos y á otros irán ofreciendo el pescado, que aquellos pagarán muy bien. Si tú dejaras tu hermosa piel del color de la de esos traficantes, y te cubrieras con un gorro y gaban maltés, podrias fácilmente acercarte á los buques, tomando las noticias que necesito.

—No es difícil—respondió el jóven— como tampoco entrar en su campamento y llegar hasta la tienda de Mustafá.

—Flaviano, concretémonos por esta noche á los buques. Poco debemos temer á los cañones del campamento turco, y sí mucho á los de ese enjambre de navios que bombardean á San Telmo; mas como hasta el presente se han acercado pocos, retirándose despues de haber lanzado algunas balas y bombas, nos es completamente desconocida la fuerza marítima que tiene en esas aguas el Gran Señor de Oriente.

—¿Cuándo parto?

—Ya conoces tu mision; marcha á la hora que quieras, pues hasta mañana prescindo de tí en el campamento. Si la mar no estuviese tranquila, lo dejas para otra noche; deseo que en esa comision expongas tu vida lo puramente indispensable nada más; cerca tenemos los instantes en que la jugaremos sin cesar, y con ménos probabilidades de salvarla que nuestros enemigos.

—Adios, Julio; voy á la playa, y quiere decir que en los ratos de ocio enamoraré á las bateleras, ya que tan generoso te muestras hoy conmigo.

—Que el cielo te proteja y traiga sano, y con tu cartera llena de datos.

Los dos amigos se estrecharon, saliendo Osorio en direccion de su tienda.

Luego penetraron en la alcoba dos pajes, é inmediatamente vistieron al duque, el cual pasó á la meseta, estudiando desde allí cuanto tenía delante y detrás. Las dos colinas de derecha é izquierda, como igualmente el circuito del campamento se veían coronados de cañones y mosquetes. Seis mil, entre soldados, zapadores, ingenieros y operarios continuaban abriendo zanjas, engrosando la trinchera, y concluyendo, en fin, aquel semi-castillo que encerraba ya á más de nueve mil españoles. El vizconde de Jana y su hermano dirigian los trabajos relativos á la artillería y colocacion de los cañones; Mauro Nuñez de Lara el atrincheramiento, y Mendoza los fosos y minas; y si ellos mandaban bien, los que les obedecían trabajaban con celo incansable.

Julio reconoció las obras, hallando sólo elogios que tributar á los entendidos maestros de campo.

—Nada encuentro que reprender—dijo—bastante que alabar, y una colocacion en los cañones, que eleva al vizconde de Jana á mayor altura que estuvo jamás. Mucha artillería tenemos; mas á fe que con esa admirable distribucion nada ha sobrado. Si el enemigo nos ataca va á creer que hemos minado esos montes, viéndose acosado por fuegos cruzados que no conoce todavía.

Concluido su reconocimiento, almorzó en union de sus cuatro amigos y de Enrique y Fernando Lavalett. Seguidamente confió el mando supremo del campamento al vizconde, montó á caballo, y partió entre los dos sobrinos del gran maestro, seguido de los tres Zallas. Con tan mezquina escolta se aproximó al campo contrario, estudiándolo nuevamente; se acercó luego á la plaza, y á la distancia de cien metros fué reconociendo sus muros, entrando despues que hubo concluido. Sin descansar hizo la misma operacion por dentro, pasando acto continuo á los fuertes; dispuso algunas reformas, añadió fortificaciones donde lo juzgó necesario, retirándose, por último, al palacio del gran maestro. Se hallaba el soberano en la iglesia, implorando la clemencia divina

en favor del duque del Imperio y de la suerte de su causa. En este instante comenzaron por centésima vez los fuegos entre los fuertes avanzados de la plaza y la armada turca.

El soberano concluyó su plegaria religiosa, buscando al momento á su elevado defensor, al que halló redactando órdenes, tomando medidas, y últimamente escribiendo á Sicilia, Nápoles y Madrid. Cuando hubo terminado, le preguntó el gran maestre:

—Hijo, ¿quiénes estarán más libres de un asalto, los encerrados en Malta, ó los de ese campamento que ofrece la seguridad de un castillo?

—Unos y otros, pues fío en Dios que el enemigo no escalará las murallas de esta ciudad ni mis colinas.

—La eleccion de sitio es digna del héroe. Despues de vista, todos la hemos creido sencilla; pero la verdad es, que á nadie se le habia ocurrido encastillarse de ese modo fuera de la plaza, pudiendo así tener dia y noche en jaque al enemigo, y que realmente esté su campamento más sitiado que nosotros. Anoche os hicieron una visita.

—Sí, señor; mandaron una descubierta de quinientos jinetes.

—¿Regresaron muchos?

—No creo que llegasen á treinta.

—¿Cuánto duró el combate?

—No hubo lucha; hicieron fuego dos baterías; les cargó despues Flaviano con cincuenta jinetes y vuestros dos sobrinos, y terminó el acto en diez minutos.

—Voy creyendo que la órden de San Juan conservará su preciosa isla.

—Opino lo mismo.

—Es preciso convencerse, no obstante, que Soliman II ha mandado á Malta el poder de su imperio en generales, recursos y soldados.

—Peor para él, si los deja enterrados aquí.

—¿No temes lo contrario?

—No, que lucha la cruz contra la media luna.

—Me inclino ante esa razon; mas hace algunos siglos que los mahometanos defendian á Jerusalem contra los cristianos, y concluyeron triunfando aquellos.

—La voluntad divina quiso que el monumento más celebre y sagrado del orbe, permaneciese aún entre los sectarios del Koran, y hé ahí la causa de haber abandonado la suerte á los defensores de la Cruz. En aquel hecho debimos aprender nuevamente, que *los altos juicios de Dios son incomprensibles*.

—¿Luego estás seguro de la victoria?

—Eso no, pardiez: teniendo en cuenta el valor de los defensores de Malta, su abnegacion, su ilimitada tenacidad, lo inexpugnable de las fortalezas que tenemos, é inmenso acopio de municiones y víveres que acabo de ver; el orden y concierto que reinan, el amor y sumision que os tiene el pueblo que gobernais, la lealtad de los malteses y lo prevenido que estabais cuando creyeron sorprenderos, debe deducirse que sucumbirán los turcos; pero sin que sea dable asegurarlo.

—Julio, á mi edad no se acercan ya las ilusiones; mas te oiria con mucho gusto sentar una absoluta que me niegas hoy, y que yo lancé entre los mios al tener noticia de tu arribo.

—Es grave afirmar de esè modo; pero debeis estar tranquilo, señor. Hace cerca de un mes que llegaron los turcos, y aún no han concluido de atrincherarse; en ese tiempo los han batido diez veces con alguna ventaja vuestros caballeros y soldados, y los refuerzos que ellos recibieron no equivalen ni con mucho á los que os ha mandado el rey de España; deducid la consecuencia, y calmará vuestro afan. No os extrañe si logran tomar á San Telmo ó algunos otros fuertes avanzados; lo tengo previsto, y nada conseguirán con destruir ó poseer esos aislados castillos. Es indispensable que en el dia de hoy salgan de Malta los ancianos, mujeres, enfermos y niños, pues en breve bombardeará el enemigo

la ciudad, y conviene que sólo exista en ella gente dispuesta á batirse y á morir; que partan á la ciudad vieja bien escoltados. Todo lo demás me corresponde á mí.

El duque recibió despues al contraamaestre Roch; revistó seguidamente las fuerzas que guarnecian la plaza; arengó á aquellos defensores de Malta; previó acontecimientos futuros; y subordinando á ellos su conducta, dió órdenes, dictó sábias medidas, y terminado que hubo se despidió del gran maestre, retirándose al campamento, tranquilo por el porvenir y satisfecho por el presente. Le acompañaban los cinco únicos que fueron con él, penetrando sin impedimento alguno entre los suyos.

La noche estaba clara; el cielo despejado; la plaza y los campamentos en silencio; no obstante lo cual, agitaba el terrible Marte su sangrienta tea sobre el triángulo que ya conocemos.

¿Qué hará el buen Flaviano? ¿Conseguirá, apoyado en su destreza y talento, introducirse en medio de los bárbaros de la Arabia, la Siria, la Albania y el Egipto, como lo hizo con los iconoclastas en Cambray, ó habrá temido á los cincuenta mil alfanjes que amenazaban segar su hermosa cabeza?

Siga con nosotros el lector; lo encontrará, y podremos ver cuanto hace el temerario poeta.

Luego que salió de la tienda de Julio se paró en la meseta, dirigiendo su mirada hácia la cercana costa; meditó despues largo rato, y como abstraído por una idea, marchó á su tienda, que estaba situada en un extremo del campamento, siendo detenido á la mitad del camino por Mauro, que le dijo:

—Muy ensimismado vas, hermano; ¿piensas en Adela?

El jóven alzó la cabeza y se fijó en Nuñez, contestándole:

—No; me ocupaban las bateleras que tenemos enfrente.

—Lo creo; llevan faldas, y para ti es suficiente.

—Tengo permiso del general en jefe, duque del Imperio, para enamorar á quien me plazca. ¿Lo has comprendido?

—Sí; y yo del mismo, de tus tres hermanos restantes, de tu esposa, del príncipe de Italia y de tus padres, para oponerme.

—Mauro, no abuses del cariño que te tengo.

—Flaviano, no lo hagas tú de mi tolerancia.

—¡Qué blasfemia! ¡Y no me dejas mirar á una cantinera!...

—Demasiado te he permitido.

—Hermano, ¿quieres explicarme — preguntó Osorio con gravedad — qué te propones espíandome de ese modo, tú, tan caballero, atento y cortés?

—Sí; pretendo que los seis, ya que nos llamamos hermanos, nos parezcamos en todo, siendo modelos de nobleza y bizarría lo mismo en el campo que en la corte, en la vida privada que en la pública. Mientras has sido soltero era dispensable cualquier pecadillo venial; mas ahora no. Y he de ser tu sombra, Flaviano; mi espada no puede desnudarse contra tí, claro es; pero cuanto hagas lo sabrá Julio, tus padres, nuestros hermanos; y donde mires allí has de ver el sonrojo, hasta que te quite esa afición...

—Mauro, abandoné á mi esposa á las veinticuatro horas de casado; tengo veintitres años, y se encuentra la infeliz al otro lado de esos mares, en el corazón de España. Yo la amo como tú á la bella Aurea; mas ponte en mi lugar...

—¿No nos casamos en un mismo día? ¿no marchamos juntos? ¿no tengo yo veintisiete años de edad? ¿qué diferencia hay de tí á mí?

—Hermano, tú te casaste; á mí me casaron.

—Flaviano, juraste como yo al pie del ara lealtad eterna á tu esposa.

—Ciertamente; y no pienso faltarla, por más que á fuer de poeta, como tú dices, improvise galanterías á alguna belleza de esas que se parecen á mi Adela, cumpliendo así con el deber de un caballero.

—¿No harás en adelante otra cosa que arrojarlas flores?

- Nada más.
- Entonces, hablemos de tu tristeza. ¿Qué te acontece?
- Nada de particular; meditaba sobre el difícil encargo que acaba de confiarme nuestro jefe, amigo y hermano.
- ¿Vas al campo enemigo?
- No; primero me dirijo á reconocer los navíos.
- Cuidado, Flaviano; esos generales turcos se ha traído cada uno un ejército de odaliscas, y las guardan en el interior de los buques.
- Dicen eso; y que tienen griegas, persas, circasianas, ¡y que son hermosísimas!
- ¡Buena comision te ha dado! Espera; veré al duque, é iré yo en tu lugar. Eso es comprometerte, obligarte...
- Aguarda, hermano, no le digas nada; te tranquilizarás sabiendo sólo que voy á barnizarme la piel y á convertirme en mísero pescador.
- Eres tan temible en ese terreno, que basta tu figura, lo esbelto de tu talle, el fuego de tus ojos ó ese dulcísimo acento, para enamorar á la mujer más hermosa y elevada; pródiga contigo la naturaleza, te dió unas armas tan terribles como el talento con que las manejas.
- Mauro, tu cariño hácia mí te ofusca; de ser lo que tú dices, me hubieran reconocido nuestros enemigos cuando me disfrazo, penetro entre ellos...
- No, hijo mio, no; en tus encantos naturales no reparan los hombres; pero no hay una sola mujer que los pase desapercibidos. Dirige la construccion de ese reducto mientras veo al duque.
- Espera, hermano; ¡vaya una tema! No voy á entrar en los navíos; parto sólo á reconocer su posicion, y el número y calibre de los cañones.
- Eso ya es otra cosa.
- ¿Cómo habia de penetrar tampoco en unas naves que me son desconocidas, y en las que la policía turca desarrollará la más exquisita vigilancia?

—Metiéndote por una escotilla, por la tronera; á bien que el poeta no es hábil y sagaz. De todos modos, expones tu vida, y quisiera abrazarte antes de que partieras. ¿Volverás pronto?

—Antes de una hora.

—Me hallarás entre aquellas dos baterías de Levante.

—Adios, hermano.

—El cielo te proteja.

Y el poeta se dirigió á su tienda, llamó á Ros, le pidió de almorzar, y cuando hubo concluido le dijo:

—Bergante, necesito un gaban maltés de marinero, con capucha; un gorro correspondiente al traje; el unto; espada corta; bien cargadas las pistolas, y algunas municiones en tus bolsillos y en los míos.

—¿Vamos de caza, señor?

—No; de pesca.

—Pero, ¿os acompañaré?

—Por tu desgracia, Ros.

—¿Luego no hay faldas?

—Por mi mal, no.

—¿Vamos al campamento enemigo?

—¡Al infierno! Despacha.

—Vuelvo al instante.

Salió el sirviente; el jóven apoyó el codo en la mesa, la frente en la palma de la mano, y quedó como meditando; pero no vayan á creer nuestros lectores que discurría sobre los medios que iba á emplear para llevar á cabo su difícil y peligrosa mision; nada de eso: fiado en su gran talento y facilidad en improvisar cuanto le hacia falta, aguardaba el último instante para ocuparse entónces del asunto que debia desempeñar. Diez minutos despues abandonó aquella postura, exclamando:

—Terrible país; las maltesas se han marchado á Civitavechia; por consiguiente, no queda otro recurso que entretenerse en matar turcos. Ya empecé anoche; en la que viene

tambien haré algo, y... es indispensable echar de aquí á los otomanos para que la autoridad del gran maestre impere en toda la isla y puedan volver á sus nidos esas pobrecitas palomas; es una iniquidad que anden errantes por el centro de la isla, donde no hay españoles que puedan defenderlas.

—Señor—dijo Ros entrando—un gaban para vos y otro para mí; gorro para vos; á mí me basta con la capucha; espadas cortas para ambos; pistolas largas; carga de repuesto, y este ungüento. ¿Os unto?

—No; desnúdame primero. Trae las botas más estropeadas, y calzon de camino. Eso es. Ayuda. Bien está. El gaban. ¡Qué tosco y ordinario!

—Del país, señor; esta gente no lo gasta más fino.

—Hombre, si araña esto.

—Nos servirá de cota, y así llevaremos dos. ¿Os barnizo?

—Sí. Dame por igual y con mucho cuidado; que tiña, pero que no afee.

—Vos estais de todas maneras encantador.

—¿Quién te enseñó la frase, Ros?

—¡Se la he oído á tantas y tantas, que os la aplicaban con una oportunidad!...

—Si te llegan á oír Julio ó Mauro, te arrancan la lengua.

—¡Será posible que el señor duque y los cuatro maestros de campo sean tan... vamos, tan...

—Si vuelves á hablar más de ellos, te la arranco yo.

—No hay cuidado, señor. Ya está la cara; ahora las manos.

—No aprietes tanto, que me echas á perder los dedos.

—¿De este modo?

—Así. Con más igualdad. Muy bien. Me has convertido en indio.

—En un andaluz, señor; aún estais más blanco que yo.

—Saca oro.

—¿Mucho?

—Cien ducados.

—En marcha.

Y ambos se encaminaron en busca de Mauro, al que hallaron entre dos baterías situadas á Levante del campamento.

—Adios, hermano—le dijo Flaviano alargándole la diestra.

—Si no hablas no te reconozco. Bien disfrazado vas; pero te se van viendo las pistolas y la espada.

—Cuando cruce la trinchera cerraré el gaban; ¡es tan tosco y ordinario!...

—Y tú tan melindroso para vestir... Abrázame, y que el Señor te acompañe. Une á tu mucho talento y habilidad la prudencia; sería lástima que se malograra un jóven de tu valor, y nos legara con su muerte un sentimiento que nos seguiria hasta la tumba.

—Tambien yo lo sentiria, Mauro; pero no es lo probable. Adios, hermano.

Y estrechándose con cariño ambos compañeros, salieron del campamento. Nuñez de Lara alzó la vista al cielo como demandando proteccion en favor de su valiente amigo.

Amo y criado continuaron su camino en direccion de la playa, no sin que ántes tendiera una mirada de águila hácia el campo enemigo el sagaz Osorio; luego se volvió, y reconociendo desde allí el punto elegido por el duque, la colocacion de baterías, y el arte, en fin, con que se habia dispuesto la posesion y defensa de aquel semi-castillo, exclamó:

—Mi hermano Julio es tan buen general como su padre, y á su lado todos somos pigmeos.

Acto continuo se dirigió hácia la plaza, para evitar cualquier emboscada turca; y siguiendo á cien pasos de los muros de aquella, llegó á la costa, confundándose al poco tiempo con los muchos pescadores y bateleras que allí habia, á los cuales hablaba en árabe, por ser el único idioma, de los siete que poseia el ilustrado jóven, que entendian aquellas pobres gentes.

Era tal el amor y lealtad que los pescadores malteses

profesaban á su pequeña patria, que le costó á Flaviano un trabajo inmenso hallar dos de ellos, únicos que se atrevían á llevar pescado á las naves turcas; verificándolo muy entrada la noche, y sin ser vistos ni oídos de sus restantes compañeros. Eran padre é hijo, nacido el primero en Italia, y por consiguiente sin grandes afecciones al pueblo maltés; pero estuvieron tan remisos en declarar á Osorio lo ilícito de su tráfico, que le costó al hábil jóven pasar tres horas debatiendo con el padre, en cuyo tiempo tuvo que hacer uso de ruegos, amenazas, mucha destreza y no poco oro. Por último, averiguó que el italiano y su hijo llegaban á las naves otomanas pregonando sus mercancías, para lo cual habian aprendido á nombrar los diferentes pescados que llevaban y las palabras que componian las frases con que se anunciaban, pues ninguno de los dos conocia el idioma turco, toda vez que sólo hablaban el italiano y la mezcla de que se componia el maltés; no sucediendo lo mismo á sus demás compañeros, siendo así que por el roce y la dominacion árabe hablaban todos perfectamente el lenguaje de los africanos, el cual era comprendido y expresado por los otomanos. Supo además, que vendian por lo que los turcos querian darles; no siéndoles posible hacerse entender, pero sacando gran partido, por pagarles aquellos mucho más que los vecinos de la ciudad.

Ganados el padre y el hijo por el audaz poeta, se enteró éste de cuantos pormenores necesitaba; hizo luego que le comprasen más pescados que los que aquellos tenian; comió el trozo de uno que le asó Ros, y esperó la noche para lanzarse al mar. Su sirviente le fué hasta entónces completamente inútil, pues sólo hablaba un andaluz muy cerrado, y no comprendia otro idioma que el español. En esta ocasion envidiaba á su compañero Perez, criado de Julio, el cual chapurreaba el francés y el italiano; y efecto de la buena educacion que le daba su amo, áun cuando mal, se hacía entender en todas partes; en cambio el buen Ros no se de-

jaba engañar de nadie, contando por el contrario algunas víctimas, á quienes los recursos de su ingenio y su natural gracejo habian hecho ver amarillo lo azul.

El sol se fué encaminando hácia su ocaso; le reemplazó la noche, y con ella se retiraron á sus cabañas los pescadores, bateleras y gente de mar. Quedaron solos y sentados sobre la tabla de una ligera barca, Flaviano, su sirviente, el italiano y el hijo de éste.

—¿Con que decididamente os atreveis á llegar á las naves turcas? — preguntó el tercero.

—Sí— contestó Osorio — quiero acercarme allí y ver sus barcos. Dicen que son grandes, bien contruidos, y yo tengo mucha aficion á la marina.

—Andaos con cuidado, que son muy bárbaros.

—La noche está oscura, me tomarán por vos, y libraré tan bien como vosotros. ¿Tendrán luces sobre cubierta?

—Sí, y en las cámaras, saliendo el resplandor por las escotillas; mas al retirarme yo, á eso de las diez, comienzan á apagarse, quedando en cada buque un solo farol.

—Con esa explicacion tengo ya cuanto deseaba.

—Notó que empieza á picarse el mar.

—Si no es más que eso, llevaré á cabo mi intento.

—La noche está serena, y no veo indicacion alguna que presagie tormenta ni grandes marejadas.

—¿Creeis que es hora ya?

—Esperad un poco.

Y el italiano reconoció la costa, y volviendo adonde estaba Osorio, le dijo:

—Nadie os observa, pudiendo por consiguiente emprender vuestro viaje.

—Pues meted el pescado, y á la mar.

Así lo verificaron el padre y el hijo, introduciendo en la lancha varias banastas llenas de aquella mercancía. Entre los tres empujaron el bote, y ya en el agua, subieron Osorio y su criado; el primero cogió el timon, el segundo los remos,

y despidiéndose del padre y del hijo, comenzaron á surcar las aguas del Mediterráneo. Eran las siete y media de la noche.

Una hora despues, se encontraban debajo de la proa de un navio enemigo.

La escuadra otomana se hallaba anclada, formando un cordon que rodeaba toda la isla, si bien frente al campamento turco y los puertos de Malta estaban las naves todo lo más juntas que les era posible, con el objeto de auxiliar al primero y bombardear la plaza; pero sin otro orden que el indispensable á unos castillos flotantes que nó les conviene estar muy unidos para no presentar blanco á las baterías de los sitiados, y para el movimiento rápido, en caso de tormenta, levar anclas é irse á alta mar.

Los demás buques, que sólo cuidaban de prohibir la entrada en la isla, guardaban la separacion necesaria al ancho diámetro que tenian que custodiar. Habia en consecuencia cincuenta navíos frente á Malta y el campamento turco, y ciento ochenta vigilaban el resto de la isla.

Siguiendo Flaviano la costumbre del italiano y de su hijo, bogó casi costeano hasta llegar al navío más cercano del campo enemigo, continuando luego hácia el puerto por entre las restantes embarcaciones. Imitando á los que sustituia, dispuso que su criado vocease las mercancías que llevaba, estudiando él de paso y tomando disimulados apuntes de la clase y posicion de los barcos, número de cañones y calibre de éstos. El sirviente gritaba en un idioma turco detestable:

—Valientes otomanos, llevo congrio, boquerones, pescada, calamares, gallina de mar, etc., etc.

De algunas embarcaciones los llamaban, echaban una cesta, les pedian pescado, que ellos metian, segun la cantidad y clases que les indicaban, concluyendo por recibir unas cuantas monedas de plata, mezcladas con maldiciones y el encargo de volver á la siguiente noche.

De este modo, empapados en agua por las olas que con-

tinuaban agitándose; con un movimiento harto incómodo y el consiguiente olor á pescado que molestaba grandemente al delicado Osorio, llegaron á dar frente á los puertos, deteniéndose lo puramente indispensable, pues iba ya violentándoles tan incómoda, expuesta y fatigosa operacion.

Eran las once; la noche continuaba tranquila y oscura, y el mar algo picado, como al principio. El intrépido Osorio tenía ya practicado el reconocimiento que le encargó el duque. La mayor parte del tiempo, y con objeto de abreviar, habia remado Flaviano, ayudando á su incansable sirviente, y concluyendo por vocear sus mercancías, cuando juzgaba que los veian y podian sospechar de ellos.

En este instante arrojó los remos, cogió el timon, y acomodándose lo mejor que pudo sobre las tablas del esquite, le dijo á Ros:

—Basta de observaciones; tenemos lo necesario, y es cerca de media noche; con que, á la costa.

El bote giró á la derecha, y ya en el punto de partida, comenzó á surcar el agua, ayudado en parte por el oleaje que chocaba en su pequeña popa.

—Bien hemos librado, señor, —exclamó Ros. —La operacion ha sido difícil y arriesgada; pero ya estamos en salvo, y sólo nos resta la gloria conquistada esta noche.

—No cantes victoria todavía; que aún nos quedan cinco millas de mar y dos de tierra, y los turcos se parecen á los moros en lo aficionados á emboscadas y traiciones.

—De este modo, pronto concluiremos.

Y el buen Ros se puso de pié, y comenzó á bogar como los marineros del *San Pablo*. La lancha entónces partió como el dardo de una flecha.

CAPITULO XIV.

La sirena. — Romanza griega. — Flaviano galanteando en medio del mar. —
Audacia. — Robo. — Desembarque.

El invencible maestre de campo y su valiente criado formaban ahora, con su ligera barquilla, un semicírculo, para venir á desembarcar en el mismo sitio que tomaron aquella. Flaviano notó que los navíos surtos frente al puerto tenían ya apagadas las luces, á excepcion de un solo farolito que cada uno conservaba, mientras que los del ala derecha, ó sea los que se hallaban frente al campamento, habian levado ancla, y conservando todos sus luces, se iban aproximando en lo posible á la costa. El sagaz maestre juzgó que aquella nocturna operacion marítima debia ser hija de una idea contraria á los cálculos y deseos del duque del Imperio, y movió el pequeño timon de su bote. Ros le dijo:

— Señor, os habeis distraido, y vamos hácia Levante.

— Boga, boga, que marchamos bien.

— Señor, nos dirigimos al campo enemigo.

— Calla y rema, que yo sé lo que hago.

Osorio continuó virando hácia los barcos que se arremolinaban frente á los turcos atrincherados en tierra; mas de

pronto vió á su derecha y á la distancia de doscientas brazas cuatro luces opacas, pertenecientes á otras tantas naves, las que, al parecer, no seguían el rumbo de sus compañeras, pues estaban ancladas. Eran cuatro galeotas, anchas, muy chatas, y que llamaron antes la atención de nuestro jóven por el silencio que reinaba en ellas, lo próximas que estaban unas de otras, y por la circunstancia de no presentar cañones; habiéndole comprado en una los pescados más exquisitos que llevaba.

—Sería temerario — se dijo — meterse á estas horas en medio de unas embarcaciones donde todos velan, proponiéndose acaso un fin siniestro; mas á estas cuatro que tengo aquí bien puedo aproximarme y escuchar; ¡quién sabe si hallaré medio de indagar entre esas lo que van á hacer aquellas!

Y dirigiéndose á su criado, añadió:

—Ros, boga sin meter ruido.

Cinco minutos despues se encontraban en medio de las cuatro galeotas.

Reinaba un profundo silencio, interrumpido únicamente por el oleaje que se quebraba en los cascos de las naves turcas; la noche seguía oscura; las cuatro luces que tenían aquellas en sus respectivas cubiertas apenas daban claridad, y el deseo de Flaviano vino á estrellarse ante lo desierto y tranquilo de tales navíos.

—No veo ni oigo nada — exclamó. — Esas embarcaciones están encantadas. Ni soldados, tripulantes, pasajeros, nadie, en fin, demuestra habitar esas viviendas flotantes; ¡voto al demonio! como dice el viejo Navarro... Y los otros buques parecen encallados en la costa... Algo preparan esos bárbaros de Oriente. Siendo así, no me quedo cerca de estas galeras, ni tampoco me voy por donde he venido.

Y dirigiéndose á su criado, le dijo:

—Boga, Ros.

—¿Adónde vamos, señor?

—Al infierno; ó de otro modo, entre esos diablos que se acercan al campamento enemigo.

—Señor maestro de campo, esta noche nos estrangulan.

—Rema de prisa, ó te convierto en atun... ; detente!...

—¿Qué hago, señor?

—¡Silencio, bellaco!

En los momentos en que el esquife de Flaviano partía de allí, y confundido con el ruido de las olas y el débil choque de los remos, oyó el atrevido poeta el dulce preludio de una cítara manejada por dedos hábiles. Osorio sintió una impresion halagüeña, arrobadora; y brillando en sus finos labios una dulce sonrisa, exclamó:

—Comprendo. Esas galeras son las de Mustafá, y en ellas tendrá sus tesoros y su serrallo. ¡Ahí estarán esas odaliscas tan renombradas por su belleza y encantos! ¡Bendito sea Dios; qué ocasiones se presentan en la vida; qué tentaciones tan mágicas; qué momentos tan oportunos!... Pero ¿y los navíos turcos? Es escasamente la media noche, y hay tiempo para todo.

Flaviano dejó de ser guerrero; pendiente de aquellas notas que llegaban á sus oídos, sentía palpar con violencia su corazón; y crispado de alegría, juzgaba estar ya delante de una circasiana.

Los preludios de la cítara fueron aumentando, hasta salir por encima del ruido de aquellas incansables olas.

—¡Bravo! —se decía el poeta — ¡qué maestría, qué acierto!... esa mujer debe ser celestial.

El pobre Ros, que conocía á fondo las calaveradas amorosas de su intrépido señor, había cruzado las manos, levantaba los ojos al cielo, y se encomendaba en tal instante al Todopoderoso.

A la vez, y armonizando dulcemente con la música de la cítara, se oyó una voz de tiple, melodiosa, que afinando de un modo admirable, comenzó á entonar las siguientes estrofas:

Rugientes olas
que á la costa correis sin cesar,
y anhelando tragaros la tierra,
pretendeis solas,
campos, valles y monte anegar.

El viento y el oleaje repitieron el eco de aquel dulcísimo acento, como llevándoselo hácia la playa vecina. Flaviano tenía á cuatro varas de distancia, y con solo el estorbo de la tabla de un buque, un género nuevo para él, ó sea una preciosa odalisca de las que oyó hablar mucho, pero que no habia visto todavía, á pesar de desearlo vivamente. Su rostro se hallaba contraído, y un placer indecible embargaba su alma.

En la corta pausa de una estrofa á otra, exclamó:

—No es persa, ni albanesa, ni de la Arabia; pero es griega, nacida en el admirable archipiélago encallado en Turquía; ó de Atenas, país de sabios y de mujeres arrebatadoras. ¡Oh, será deliciosa!

El pobre Ros lanzó á su amo una tierna mirada, atreviéndose á decirle:

—Señor, que vamos á ser pasto de tiburones.

—Si vuelvo á oirte, te convierto en congrio.

La voz de la cantora continuó:

Eterna guerra
empeñasteis en hora fatal
con las breñas y playas del mundo:
ved que encierra
esa valla poder celestial.

En llanto inundo
trocareis el rugiente bramar;
y esa espuma que hierve y fermenta
declara al mundo,
que sus plantas venís á besar.
Mares ¡ay! escuchad.

Flaviano volvió á exclamar, sintiendo los primeros síntomas de éxtasis:

— ¡Qué escena tan sublime!

Su sirviente tartamudeó:

— Señor, acordaos, por Dios, de mi señora Adela. ¡Es tan hermosa!...

A la vez se oyó el golpe de un remo que chocó con el cuerpo de Ros, y la voz de Flaviano, que le dijo:

— ¡Toma, miserable! Si vuelves á profanar ese nombre con tus inmundos labios, te mato.

— No los desplegaré más, que nos van á oír.

Y el desgraciado se llevó la mano al sitio donde su amo fijó el canto de un remo.

El acento de la griega prosiguió:

Es mi mundo un calabozo,
mis campos el hondo mar;
continuo vaiven mi gozo,
mi compañero el pesar.

—

Tengo por dueño un anciano,
por carcelero un lebel,
y por esposo á un tirano
fiero, caduco, cruel.

— Cuando así te expresas — dijo Osorio — no pueden comprender el griego las personas que te rodean; y siendo así... Continúa; oigamos.

En Grecia aliva
pobre nací;
mi padre mísero
por oro vil,
me vendió al déspota
que manda aquí.
¡Ay! ¡cuánto amengua
la flor servil
que el tallo inclina
para gemir,

mientras sus hojas

besa un reptil!

Mustafá, dale

á esta infeliz

vida en el mundo;

que no es vivir

los veinte abriles

que contó, aquí.

Llorando vivo,

llorando, si,

que mi alegría,

que mi reír,

nunca empezaron,

nunca, ¡ay de mí!

La voz de la griega se apagó; cesó el preludio de su cítara, é invadió el espacio el monótono y sordo ruido de las olas quebradas en las cuatro galeotas.

Flaviano tornó á exclamar:

— ¡Cómo interesa el acento de esa mujer! ¡Qué ideas tan tristes y amargas! ¡Oh! Yo no puedo, á fuer de hidalgo, dejar abandonada á esa infeliz.

El imitando un aire maltés, cantó en griego, y para que ella sola lo comprendiese, las siguientes octavas; si bien, y con el objeto de no excitar sospechas entre los carceleros de la odalisca, continuó fingiendo su oficio de pescador, á cuyo fin concluía siempre sus estrofas con frases en turco, alusivas á su oficio y mercancias. De este modo pretendía burlar á las gentes de las galeras, haciéndoles tomar el griego por el maltés, suponiéndolo un preámbulo para venir á concluir las octavillas con las solas frases que sabia en turco, contraídas á los nombres de los pescados y á su repetido oficio, únicas que demostraron conocer los pescadores de Malta que llegaban hasta allí.

Insertamòs á continuacion los versos improvisados por el osado vate, poniendo con letra bastardilla los que cantaba en turco, para que no se confundan con los que expresaba en griego.

Su voz, tan dulce como la de la oculta odalisca, entonó:

Griega bella, injusto el hado
si te condena a sufrir;
dile que quieres vivir
en otro mundo mejor.
No es posible que tu acento
desoiga el destino ingrato,
siendo tan puro, tan grato.
¿No hay quien llame al pescador?

Si cual es tu voz angelica
es tu faz encantadora,
dile al sino que ya es hora
de abrir tu pecho al amor.
A un galan de luengas tierras
contarás penas y cuitas
entre arrobadoras citas...
¿Nadie llama al pescador?

Implora del hado impio
amoroso porvenir:
llama, que suele venir
en forma de trovador.
El hierro de tu mazmorra
con su diestra romperá,
y al tirano humillará...
Atun... vende el pescador.

Gacela del gran Pireo,
¿Quién te unció con vil cadena?
Si el menguado te condena,
puede salvarte el amor.
Los mares de Africa surca
guerrero audaz que por ti
vino desde allende aquí...
Pescador... al pescador.

Si los aromas de Persia,
si los jardines de Oriente

trocar quieres por ardiente,
altivo y noble cantor,
abre, griega, la escotilla
y acabará tu amargura,
empezando la ventura...
Lubinas, del pescador.

—
Caballa, paje!, bonito,
salmonete, rodaballo.
Por más que miro, no hallo
tu semblante encantador.
Adios, odalisca; fué
tu canto loca quimera;
adios, ilusion primera...
A tierra va el pescador.

Calló Flaviano, miró en torno, pero nada vió; luego exhaló un suspiro, y un minuto despues vió brillar en la popa de la galeota que tenía á su izquierda, una rojiza luz que salia de la pequeña ventana ó escotilla de la cámara principal del buque. Osorio cogió un remo, y acercando su bote, contempló un rostro perfecto, que debia ser el de la griega. La hermosa jóven distinguió á Flaviano, y sacando la cabeza, le preguntó muy quedo, en griego y con un poco de timidez:

- ¿Eres pescador?
- No — le contestó el poeta con entusiasmo.
- ¿Cristiano?
- Sí.
- ¿Maltés?
- Español.
- Los de tu país son valientes.
- Pruebas quisiera yo darte de que no soy cobarde.
- ¡Allí hay caballeros!...
- Y aquí.
- ¿Y ese traje?
- Es un disfraz.

- Tu canto lo atestigua.
— Y mi espada lo prueba.
— ¿Serías capaz de dar libertad á una esclava?
— Añadiría mi amor.
— ¡Mucho es!
— Más mereces tú.
— ¿En qué te fundas?
— En que tienes el rostro de ángel, la voz de sirena y el conjunto de querube.
— Tu acento y mirada seducen y atraen.
— Llegá á mí, hermosa sultana.
— Me tiene el lobo aprisionada en el cepo.
— ¿No puedo yo sacarte?
— Difícil es. Mustafá ha puesto la muerte entre los dos.
— En el campo de batalla se humilla á mis piés, y paso por encima de ella.
— ¡Vas á perecer!
— Quiero salvarte. ¿Me seguirás?
— Al fin del mundo; mas temo por tí.
— Tú serás el ángel; yo el destino. Sígueme.
— ¡Nos van á matar!...
— Dame tu mano, sultana. Así. Suave como tu acento; dulce como tu canto; arrobadora como tu sér. Griega hermosa, ahí dentro está tu mazmorra, cadenas y suplicio; en mi lancha el mundo, los mares, los jardines, las altas montañas, los deliciosos valles, el poético susurro del manso arroyo, el trino embriagador de las aves, el amor, la dicha, la felicidad, los placeres, los encantos... ¿Me quieres seguir, sultana?
— Cristiano, me has arrancado el corazon, y mi sér tendrá que seguirlo. Dame mi corazon, ó llévame contigo. Abrasan tus manos; el fuego de tus ojos forma volcanes que destrozan el pecho... La muerte, español, ó el fondo de tu esquite.
— ¿Me sigues?
— ¡Que si te sigo!... Al fondo de ese abismo; á la playa;

á los jardines; á los valles; por encima de los montes; por la falda de los montes; por las entrañas de los montes; al cielo; al infierno... ¿Qué me has dado, español?

—La vida, que te arrancó ese bárbaro de Oriente. ¿Me sigues?

—Vamos; que el alma espera y el corazón aguarda.

—¿Puedes bajar, ó debo yo subir?

—Ni lo uno ni lo otro. Sueño fué, que terminará la muerte con su terrible segur.

—Timida paloma, abre las alas y remonta el vuelo, que Dios te ha dado un mundo, una voluntad y un deseo.

—No puedo negarme más. Luché contigo, con mi corazón, con mi conciencia; los tres me habeis vencido; espera, que empiezo á luchar con mi destino.

La escotilla se cerró; dejó de verse á la griega, y nada más se oyó.

Ros se acercó cuanto pudo á su amo, y con acento balbuciente le dijo:

—¿Qué es esto, señor!

—Apunta, Ros, una aventura más; con cristianas y protestantes las anteriores; odalisca la presente.

—¿Y os atreveréis con todos?...

—¿Los de ese barco?

—Sí, señor.

—Con los de esa galeota, los de las tres vecinas, y luego con los del campamento entero. Apunta, Ros, y no me preguntes más; que es mala tu condición, peor tu memoria; y... ¡Y se abre de nuevo la escotilla, sale mi cielo!...

¿Bajas, ó subo, gacela del Pireo?

—¿Cómo te llamas?

—Flaviano. ¿Y tú?

—Syra.

El tiempo corre y la ansiedad acrece, bella Syra.

—Me dijiste que eras caballero.

—Los grandes de mi país están en la corte á mi lado;

detrás en el campo de batalla; y sólo uno delante de mí.

—¿Cómo se apellida?

—Duque del Imperio.

—¡Luego eres uno de los seis *invencibles*, cuyo renombre hace temblar á los turcos!

—Ya me vas conociendo, Syra.

—Y quien tan alto mora, ¿cómo descende al calabozo de la esclava?

—Tendiendo su diestra á los desgraciados de la tierra; amparando la belleza, defendiendo la virtud.

—¿Qué me ofreces, Flaviano?

—Un mundo que no conoces y una libertad que anhelas.

—¿Nada más?

—Cuanto quieras del caballero.

—¿Volará tu esquife?

—Como el águila por el éter. ¿Qué te detiene?

—Nada. La muerte ó la libertad. Cristiano, mis eunucos son presa de tranquilo sueño; los carceleros duermen; la escotilla me cierra el paso; mas puedo subir á cubierta, y defendida por tu brazo, llegar al bote, huir contigo, y ser lo que tú quieras.

—No te detengas; en la popa te espero.

—Pues á la popa corro.

Y la hermosa odalisca cerró la pequeña escotilla, y desapareciendo por segunda vez, se precipitó con heroico arrojo por medio de sus terribles carceleros.

El osado maestre de campo pegó su lancha á la gruesa cadena del áncora que sujetaba la galeota; diciendo á su criado:

—Ros, quieto aquí; prepara las pistolas, y facilita el desembarco de Syra.

Y agarrándose á la mencionada cadena, trepó, sin hacer ruido, á la popa del buque, montó una pistola, y quedó observando cuanto habia sobre cubierta.

Fijo al palo mesana existia un farol de metal, lleno de

agujeros, por los cuales salían pequeños rayos de una luz mustia y rojiza, á favor de la cual vió Flaviano sobre veinte hombres que, tendidos en las tablas, dormían tranquilamente esparcidos entre la proa y la popa.

Osorio avanzó dos pasos, distinguiendo claramente que la bajada de la cámara estaba cerrada con una especie de tambor, y que recostado sobre su pequeña puerta se hallaba durmiendo un soldado turco. El valiente jóven, conteniendo hasta la respiracion, se fijó en aquel sitio con ánsia y avidez. Luego creyó percibir el suave roce de una falda de seda; y no debió equivocarse, pues casi á la vez se abrió la mencionada puertecita que daba á la cámara; el soldado que estaba apoyado en ella rodó por la escalera, y cruzando por encima de él la bella odalisca, salió á cubierta y corrió hácia Osorio, articulando:

—¡Sálvame!...

El poeta la levantó en alto, como á ligera pluma, y sacándola fuera del buque, le dijo á su criado á media voz:

—Cógela.

En el mismo instante se oyeron gritos alarmantes que dió el soldado al concluir de rodar por la escalera y permitírsele su asombro. Diez hombres se pusieron de pié; brillaron los alfanjes, y saliendo el jefe principal de su camarote de cubierta, corrió á la popa. Al mismo tiempo sonó un tiro; el mandarin turco cayó herido de muerte; los soldados huyeron espantados á la proa, y cuantos custodiaban las cuatro galeotas se pusieron en movimiento.

Hubo un instante de silencio, durante el cual se escuchó únicamente el choque de unos remos, confundido con el ruido de las olas que se alzaban, caían, se quebraban unas, mientras otras se precipitaban á la playa vecina.

Pasado este primer momento de terror, gritó con voz ronca y fuerte el jefe que seguía al herido:

—¡Galeotas, botes al agua! ¡la sultana Syra huye de nosotros!

Diez minutos despues se movian treinta y dos remos; cuarenta alfanjes salian de sus vainas, y otros tantos entre albaneses, árabes y persas se dirigian en ocho botes en busca de la atrevida odalisca.

Primero se arremolinaron; despues se oyeron voces de mando, ofrecimientos y terribles maldiciones; y por último, partieron las lanchas turcas en diferentes direcciones, confundiendo al poco tiempo con las olas, que cada vez se iban alzando más, envueltas las unas y las otras en la densa oscuridad que reinaba.

Los cien hombres que permanecian en las cuatro galeotas llevaron anclas, y fijos los grumetes y marineros en sus respectivos sitios, esperaban el instante en que les mandasen coger los remos y desliar el velámen para hacerse á la mar. Tambien los jefes turcos que quedaban allí maldecian de continuo, retratándose en sus semblantes el encono, la ira y el despecho.

Algo más tarde se oyeron en medio del mar tres nuevas detonaciones y varias voces exhaladas en idioma persa, volviendo á reemplazar á este nuevo ruido el de los golpes de mar y silvido de los aquilones.

Es preciso retroceder un poco: el audaz Flaviano arrojó la odalisca á su bote; y viendo un alfanje que se dirigia á su pecho, descargó una de sus pistolas, hiriendo en el corazon al que blandia el corvo acero. Sin esperar más, se cogió á la cadena del ancla, descolgándose á su esquiife. Con viveza, pero sin aturdimiento, le dió direccion al bote, hizo que Syra sujetase el timon, y cogiendo un remo su criado y otro él, comenzaron á bogar como los gondoleros venecianos, consiguiendo que corriera la barca de un modo prodigioso.

La detonacion despertó y puso en movimiento á los tripulantes y defensores de las cuatro galeotas, todos los que, felizmente para Osorio, se hallaban profundamente dormidos un momento antes del disparo. El maestre de campo percibió

todavía el ruido, gritos y maldiciones de los turcos, y con su innata audacia soltó una carcajada, exclamando despues: — No temas, bella odalisca, que te defiende yo. Boga, Ros, que está la muerte en el agua, y la dicha en la cercana playa. Y el esquife continuó volando, ora elevando su popa hácia el firmamento, ora confundiéndola con las negras olas que se estrellaban en su pequeño casco.

Un cuarto de hora más tarde, oyó las voces de algunos turcos que le daban alcance, y no tardó en ver á seis brazas de distancia una lancha enemiga y seis alfanjes que se dirigian á él. Soltó el remo, y cogiendo las dos pistolas de su criado las disparó, haciendo lo mismo con la única suya que tenía cargada.

A las tres detonaciones siguieron espantosos gritos de muerte y de dolor; cien y cien olas se interpusieron entre las dos lanchas contrarias; el mar se tiñó con sangre humana; paró el bote de los persas, y el de Flaviano continuó hácia la orilla.

— No temas, Syra — volvió á exclamar el temerario jóven — no tiembles, que te defiende yo. Boga, Ros, que estos piratas son peores que los del cabo Moro di Porco; boga, que con la costa ganaremos la vida.

— Remo, señor; ¡vaya si remo! ¡la fuerza de Sanson quisiera yo en mis brazos!

Amo y criado callaron; Syra sujetaba el timon; y más enamorada que tímida, apoyaba su frente sobre una pierna del maestro de campo, el cual movia sus remos de pié, mientras las olas y el viento proseguian agitándose é impeliendo el diminuto esquife.

Osorio buscaba inútilmente con la vista las lanchas contrarias; no viéndolas, y creciendo su audacia sin rival, intentó atraerlas con mágica voz; la que alzó arrogante como el valor, dulce como la melodía; y mirando la empuñadura de su cortante acero, permaneció cantando hasta acercarse á la orilla.

Hé aquí los versos que improvisaba en tan angustioso instante :

Surca, vuela, hajel mio;
corta el agua, rompe el viento;
róbale á las olas brio,
á la centella ardimiento,
á los rayos poderío.

Con mares, tierra, huracan,
no esquivas choque ni guerra;
á la griega y su galan
paso do quier les harán
huracan, mares y tierra.

¡Alto! — dice el albanés;
el persa lo mismo grita;
si llevo al suelo maltés,
veremos, raza maldita,
de quién la odalisca es.

Corre, vuela,
salta ya.

—
Blandas las olas te mecen,
se detiene el huracan.

Brilla la tierra,
luce la mar;
los persas corren,
rie el galan;
que el orbe inundan
de claridad

los bellos ojos,
la hermosa faz,
la altiva frente
de mi beldad.

Suena estampido
de arma fatal;
atrás el árabe,
el turco atrás;
mi griega trionfa
de viento y mar,

de gente fiera,
del loco afán
con que la acosa
torpe oriental.
Corre, barquilla;
ligera vas
cual chispa eléctrica,
breve, fugaz;
pero el deseo
aún corre más.
Detente; encalla...
Acabó el mar.
Sultana mía,
no tiembles ya,
que huyeron todos
y en tierra estás,
do impera acento
de tu galán.
No temas, dije,
y era verdad:
los aquilones,
rugiente mar,
fieros alfanjes,
la tempestad,
¿qué han conseguido?
verte cruzar,
robando vidas,
rasgando el mal.
Déjalos, huye,
colma mi afán,
y en Malta brille
sol oriental.

Escondido el pequeño bote entre las olas que se levantaban por encima de él; matando Flaviano á tres de los que conducía la única lancha enemiga que consiguió aproximarse, y aturdiendo á los restantes, cruzaron el Mediterráneo, haciendo amo y criado esfuerzos prodigiosos. La práctica adquirida en el uso del remo durante la travesía que efectuaron en el sparono, salvó ahora sus vidas y la de Syra. El



C. MUGICA, dib.^a y lit.^a

Lit. de J. DONON, Madrid

— Cristiano, tuyo es mi corazon, vida y honra.

arrogante poeta cantó con osadía pasmosa; y al espirar su voz, encalló efectivamente en la playa su esquife; tiró el remo, y echándole los brazos la odalisca, exclamó:

—Cristiano, tuyo es mi corazon, vida y honra.

Osorio la cogió una mano, y estrechando á la vez su cintura, la levantó en alto, dejándola sobre la playa de Malta. Luego la contestó:

—Bella hurí, á costa de mi vida te he dado la libertad que pedias encerrada en tu estrecho camarote. Cuenta con el apoyo y proteccion de un caballero; pero jamás con el amor que juré á otra al pié del ara santa.

Syra miró al jóven con entusiasmo vehemente, é inclinando luego su preciosa cabeza, añadió:

—Tuya es la libertad que me has dado; tuya la vida que con heroismo sin igual acabas de regalarme; si le estorbo á tu sultana, huiré de tu lado; mas si me lo permitiese, con gusto la serviria de esclava; todo lo prefiero á la caduca mano de Mustafá, al corrompido aliento que vierten sus impuros labios.

—Con tu hermosura, con esos hechizos seductores, puedes, griega bella, hacer todavía la suerte de un caballero. ¿Qué religion profesas?

—Niña aún, me vendió mi padre á un comerciante turco, el cual educóme en la secta mahometana, hasta hace cerca de dos meses que me vendió al príncipe Mustafá. Durante mi cautiverio no he leído otro libro que el Koran, ni he visto más hombre que ese anciano torpe y menguado.

—En el serrallo habrás seguido la suerte de sus restantes concubinas.

—Te engañas, cristiano; cuando me enajenó el mercader, era doncella; por orden del príncipe me encerraron, primero en espléndido salon, y luego en la cámara de un buque, vigilada siempre por eunucos y guardada constantemente por soldados. El bárbaro se enamoró de mí; quiso mancharme con su aliento; pero luché con valor y constancia,

prefiriendo la muerte á sus halagos, ofertas y posicion. Cinco veces pasó á verme; en todas ellas le probé mi enojo y decision; y ardiendo en ira, desesperado y fuera de sí, me dió un plazo que cumple mañana, para que eligiera entre ser su esposa ó morir.

—¿Luego te he salvado la vida ó la honra?

—Sí.

—¿Quieres ser cristiana?

—No tengo voluntad; mándame tú. Dile á Syra que no la aborrecerás nunca, y eso le basta; con esa dicha se conforma.

—¡Aborrecerte yo! ¡jamás, ángel inocente!... Oye, bellísima griega: mi cabeza se va trastornando; al escucharte late mi corazon y siento estallar mis sienes; mas si he podido librar tu honra, ¡por Dios que no la he de manchar! Noble he nacido, y no lo ha de desmentir ninguna accion mia. Desde hoy en adelante seré tu hermano; te haré cristiana, rica, y te casaré con un caballero. Hija mia, no puedo más; soy casado, y en mi país, por desgracia, permiten á cada hombre una sola mujer. Bien quisiera hacer tu suerte de otro modo, pero no me es dable. Antes solia atropellar por todo; ahora recuerdo aquel sagrado juramento que hice al pié del ara; veo el candor, la pureza angelical de un *sí* que hirió mi corazon... contemplo á mi... Vamos, no puedo; todo menos faltar á mi Adela. Syra, te daré religion, oro, riquezas, un esposo digno de ti, mi proteccion hasta que muera; y ¡ay del que osara ofender al ángel que yo saqué de entre el inmundo cieno mahometano! ¿Estás satisfecha?

La griega dejó rodar por sus mejillas dos ardientes lágrimas; alzó la frente, y con resolucion, digna de su virtud, le dijo:

—Quiero tu religion; y si me unes á algun hombre, deseo únicamente que se parezca á tí en lo valiente, lo noble ó lo generoso; todo lo demás me sobra.

—Está bien; se cumplirá tu voluntad; mas cógete á mi

brazo; entraremos en Malta, y te depositaré en casa del gran maestre y soberano, no vaya á creer el mundo...

Y el jóven la alargó su brazo; mas ella, léjos de aceptarlo, le preguntó con viveza:

—Espera, Flaviano; contéstame ántes: ¿Pertenece al ejército cristiano acampado fuera de la ciudad?

—¿Quién lo duda! Allí están mis hermanos, mi tercio y mi casa de lona.

—Dime: ese hombre que nos sigue, ¿quién es?

—Mi criado.

—¿Te merece confianza?

—Absoluta.

—Pues bien, que él me acompañe donde quieras; pero tú, corre sin detenerte al campo; despierta á los tuyos, y prevenles que al amanecer caerán sobre ellos cincuenta mil turcos.

—¿Era esa la causa de aproximarse hácia el campamento enemigo las naves que estaban frente á esta playa?

—Sí; en este momento desembarcan veinte mil hombres más, y luego tomarán posicion para ayudar á destruir la plaza. Corre, cristiano, que el tiempo vuela, y los tuyos van á verse en inminente peligro.

—No temas por ellos, bella Syra; mis hermanos no se dejan sorprender cuando se hallan cerca de un contrario tan artero y ruin; algunos dormirán; pero en vela otros, vigilarán al turco y hasta adivinarán sus pensamientos. Antes, cuéntame todo lo que sepas.

—Sólo oí, que al asomar el alba caerá de improviso el fiero Dragut con la mayor parte del ejército, sobre el campo donde se están fortaleciendo unos cristianos que no llegan en número á la cuarta parte de los que van á sorprenderlos. A la vez, todos los cañones de la marina y de tierra, vomitarán balas hasta abrir brecha; en cuyo instante, y en medio del asombro de los sitiados, penetrarán en la plaza Mustafá, Piali y el Pirata Assan, con el resto del ejército y marina,

haciéndose dueños, durante el primer sol que nos ha de alumbrar, de la isla de Malta. Tienen seguridad de conseguir su intento; y eso es todo cuanto pude escuchar desde mi cámara á los jefes de las cuatro galeotas que custodian el serrallo é intereses del príncipe.

El jóven quedó meditando breves instantes; luego dijo á su criado:

—Ros, coge las pistolas y ve delante, encaminándote á la puerta más próxima de la plaza. Syra, apóyate en mi brazo, y huyamos de este sitio. Te he salvado la vida, es verdad; pero tan noble accion acaba de recibir su recompensa; puede que al librarte haya regalado esta isla al gran maestre, y la existencia á muchos de los mios. Gracias, hermosa griega; si no te es molesto, anda un poco más de prisa.

Y los tres desaparecieron de la costa, dirigiéndose á Malta, suspirando la una, madurando un sabio plan el otro, y diciéndose Ros:

—O mi amo ha perdido el juicio, ó no entiendo yo de estas aventuras turcas. Ya se ve; como es la primera que tenemos, no es extraño que yo ignore el *tomo* y el *te dejo*... Pues señor, estaria de ver que lo que tanto trabajo nos ha costado conseguir, sirviera para otro... ¡Imposible! Bueno es el maestre de campo para ceder á nadie un diablo con falda y cara de ángel... ¡y digo, que la mora es como un sol!

CAPÍTULO XXV.

El marino Piali.—Traicion infame.—Envenenamiento.

En tanto que el sagaz y valiente Osorio evacuaba su difícil misión de la manera que acabamos de relatar, tenían efecto acontecimientos de no ménos importancia en el campamento cristiano. Desde la llegada de los *invencibles*, se acumulaban los sucesos con rapidez pasmosa en la isla de Malta.

Ya hemos visto que el galanteador Flaviano, si bien conservaba todavía su ilimitada afición á las hijas de Eva y á los lances caballerescos, en el instante que se encontraba dueño de la disputada beldad, obraba con la nobleza de alma que cualquiera de sus dignos compañeros, y como un esposo que tenía en mucho á su adorada cónyuge, y más aún, el juramento sagrado que expresara su labio. Al lado de Julio podía ser el jóven osado y alguna vez galanteador, pero nunca criminal. Así se explica perfectamente, en nuestro concepto, su atrevimiento y la hidalguía con que finalizó un hecho, que para nosotros merece el mayor elogio. La fidelidad del marido se prueba de un modo terminante en lances como el que concluía de consumir el intrépido poeta, y bien se puede asegurar que tal accion lo elevaba á tan

buen esposo y leal caballero como lo era el duque del Imperio.

Abandonémosle por ahora; y mientras prepara acontecimientos futuros, sepamos lo ocurrido á los cinco *invencibles* sus hermanos.

Dejamos á Julio de Silva de regreso en el campamento, donde continuó ayudando á los maestros de campo á dirigir reductos, trincheras y parapetos. Llegó la noche, se retiraron á sus tiendas los que habian pasado el dia trabajando, siendo reemplazados por los que durmieron y descansaron. Y esta medida acertada alcanzó desde los *invencibles* hasta el último soldado.

Se volvieron á encender hachas, y prosiguió el atrincheramiento, cuyas faenas presenciaban ahora únicamente el duque del Imperio y Roberto Navarro.

A las nueve de la noche sonó la trompeta guerrera; las voces de *alerta* se repitieron; los trabajadores cambiaron el pico por el arma, y se oyeron las carreras de algunos caballos, quedando todo nuevamente sumido en silencio. Algo más tarde se acercó hasta el duque un jefe de avanzada, diciéndole:

— Señor, el general de la marina turca Piali, al frente de ochocientos jinetes, demanda la honra de hablaros. Viene en calidad de parlamentario, trayendo las insignias de tal, y todos los suyos envainados los aceros y en actitud pacífica.

El duque contestó: — Acompañadle á mi tienda, y que penetre segun costumbre en casos idénticos; advirtiéndole á vuestros compañeros y subordinados que no se descuiden un solo instante, vigilando y conduciéndose á la primera señal conforme á las instrucciones que tengo dadas.

Partió el oficial; Julio continuó, dirigiéndose á Roberto Navarro:

— Hermano, que permanezcan de pié y sobre las armas los que lo estén ya; mechas encendidas, y artilleros y sol-

dados al pié de los cañones ó al lado de los mosquetes, en tanto que dure mi entrevista con ese célebre húngaro, venido á los turcos.

—Ten cuidado, Julio; ya sabes que son traidores...

—Te devuelvo la advertencia, Roberto. Mi vida no supone nada ante la seguridad del campamento que dejo á tu cargo.

—Por ese descuida.

—Pues por mí no temas.

Y Silva se dirigió á su tienda, mientras Navarro montó á caballo, y corriendo de un lado para otro, cumplía la voluntad de su jefe y amigo.

Poco despues cruzó Piali por las trincheras, con los ojos vendados; y cogido al brazo de Andrés Zalla, subieron á la meseta, y últimamente penetraron en la tienda del general en jefe. El alférez castellano destapó los ojos al húngaro y salió, en tanto que aquel alzó la cabeza, viéndose solo, frente á frente, y á cuatro pasos del caudillo castellano.

—¿Sois el duque del Imperio?—preguntó Piali.

—Sí, general húngaro, defensor ántes de vuestra patria, esclavo hoy del sultan otomano.

El marino quiso alargar la mano á Silva; pero al oir sus últimas frases se contuvo, añadiendo:

—Vengo, general español, en representacion del príncipe Mustafá; y á la verdad no me satisface el recibimiento que me estais haciendo, vos, que pasais por un cumplido caballero.

—Perdonad, Piali. Cuando en Hungría alzabais la frente en medio de vuestros compatriotas: cuando al lado de Luis II, vuestro infeliz soberano, vencísteis, concluyendo por perder la batalla de Mohatz, en la que murió el rey y caísteis prisionero, envidiaba vuestro valor y elogiaba vuestros hechos; hoy, que os veo defendiendo á los verdugos de vuestra patria, á los piratas de Oriente, os desprecio.

—Olvidad al húngaro y ved al parlamentario, representante aquí del gran señor Soliman II—contestó el recién

venido, bajando la vista ante la tranquila faz del duque. Este añadió:

—Como representante que sois del sultan, sólo puedo mirar en vos un pirata marino, que viene á usurpar al rey de España esta pequeña isla, que conservará, pese á todos vosotros, regada con cuanta sangre turca hayais traído en vuestras naves.

—Mal sientan en los labios de un experto general, augurios tan atrevidos é improbables.

—Me obligan á expresarme así, la justicia de la causa y seguridad de su triunfo.

—¿En qué fundais tales seguridades?

—En el conocimiento que tengo de lo que valen los turcos, y en los desaciertos que he visto desde que llegué á este país.

—En eso último podrá haber algo de verdad; mas como todo tiene fin en este mundo, acaso llegue también el de tales equivocaciones.

—Sí, Piali; cuando os haya echado de la isla de Malta. Los que cometieron cien y cien torpezas, era porque no alcanzaban más.

—No me mandan, señor duque, á que cuestione con vos. Comprendo lo sagrado de la mision que me trae aquí, y en honor á ella olvido la dureza de vuestro anterior lenguaje, rogándoos tengais á bien oirme.

—Sentaos, y decid cuanto gustéis; que hartó me duele verme obligado á recibir así al que me hace la honra de venir á visitarme.

—Esas frases van siendo ya propias del renombrado duque del Imperio.

—Mal me juzga el que no comprende cuánto me violento al hablar de otra manera; que me educaron bien, y sólo el deber me inspira un lenguaje que aborrezco.

—Acaso varieis de opinion cuando me hayais oído.

—Os diera cumplida satisfaccion; mas no lo espero, y me callo la causa, para que no dilateis vuestra explicacion.

—Señor duque: reunidos esta tarde en la tienda del poderoso príncipe Mustafá, éste, el victorioso Dragut, yo y veinte generales, cuyos heroicos hechos de armas conoce el mundo, acordamos seguro plan, que pondrá en nuestras manos la isla de Malta con todos sus defensores. Este es el deseo del gran señor que nos manda; y como quiera que está aquí parte del poder de su vasto imperio, nada tiene de extraño ni se lo anunciáramos á nadie, á no mediar circunstancias muy atendibles que nos obligan á dar este paso, ántes de consumir el hecho.

—Continuad, célebre marino, que me va interesando vuestro relato.

—Noble duque, los afiliados á la órden de San Juan de Jerusalem vivian en la isla de Rodas, que, como sabeis, se halla situada en un extremo del gran archipiélago. Varios sultanes toleraron á los de la cruz blanca sus continuos insultos al pabellon otomano, desdeñando á unos hombres que, si bien cometian abusos en el mar, eran galantes y hasta hospitalarios en lo que llamaban su isla. Entró á reinar Soliman II; y fueron tales los excesos y atropellos de los sanjuanistas, que el sultan se vió obligado á echarlos de Rodas, evitando de este modo daños ulteriores. Vivieron errantes algun tiempo, gracias á la generosidad de Soliman, que les perdonó sus pasadas faltas; concluyendo con venir á habitar esta isla, cuya posesion debieron al gran César Carlos V. Otros hombres más pensadores hubieran tomado la leccion que recibieron en Rodas, concretándose á la hospitalidad de que hacen alarde, y á la tranquila posesion de un estado que no merecian. Léjos de eso, sin comprender su debilidad ni el inmenso poder de Soliman, en cuanto se vieron dueños de estos islotes, declararon guerra sin tregua al pabellon otomano, hasta el punto de haberse hecho indispensable su expurgo de Malta, si es que la Turquía no quiere recibir á cada instante una humillacion. Como no es posible esto último, tratándose de un gobierno fuerte y po-

deroso, hemos venido á arrojarlos nuevamente de aquí; y para conseguirlo traemos más de cincuenta mil hombres, apoyados por el primer imperio de la tierra. Ya comprendéis que el resultado de la lucha no es ni aún dudoso. Mas habiendo llegado vos, representante y primo del monarca español, con el cual se halla en paz Soliman II, queremos evitar á todo trance un rompimiento entre dos poderosos monarcas.

—¿De qué modo?—le preguntó el duque con viveza.

—Creo que es aceptable nuestra idea. Salid vos y los vuestros de la isla; nosotros echaremos á los sanjuanistas, y acto continuo se la devolveremos á Felipe II, con la sola condicion de que jamás han de poseerla los individuos de esa órden.

—¡Brava proposicion!—exclamó Silva con asombro.—No aguardaba otra; mas no por eso deja de ser digna de elogio. ¿Me permitís que rectifique algunas equivocaciones en que habeis incurrido durante vuestro relato?

—Os oiré con mucho gusto.

—Gracias; al concluir contestaré á vuestra oferta. Oidme: á últimos del siglo xi quiso el orbe católico poseer un pedazo de tierra santa, regada con la preciosa sangre del Hijo de Dios. Jerusalem, la calle de la Amargura, el Gólgotha, la antigua Samaria y la Judea, en fin, fueron el blanco donde se dirigian anhelantes las miradas de los cristianos. Italia, Francia, Inglaterra, España, Alemania y algunas otras naciones más, juntaron guerreros que, ostentando la cruz del Redentor, corrieron á la Siria, sitiando y tomando luego á Jerusalem. No se economizó sangre ni dinero; no era llegado aún el momento de la restauracion del pueblo judáico, y la ciudad santa tornó á poder de los sarracenos, y luego al de los egipcios, que se la quitaron á aquellos. Al principio de esta guerra salió un hombre que, lleno de abnegacion y de caridad, Gerardo de Provenza, reunió multitud de caballeros tan nobles y generosos como él, y formaron la hosi-

talaria órden de San Juan. Dentro y fuera de Jerusalem, entre el fragor de las batallas, las maldiciones de los árabes, persas y egipcios, levantaron hospitales, curaron heridos, libraron de la muerte á multitud de desgraciados, socorrieron al infeliz, y fueron, en una palabra, la genuina representacion de la caridad evangélica. El infiel, que nada respetaba, atacó tan sagrados asilos, matando á los sanjuanistas, haciendo rodar á sus acogidos, y entregando al pillaje los objetos que sirvieron hasta entónces para sólo mitigar la desgracia. Aquellos caballeros tenian en sus venas sangre ardiente y valerosa, y encendida ésta al ver tal iniquidad, juraron guerra eterna á los sectarios de Mahoma. Desde aquel dia la ínclita órden de San Juan combatia á la luz del sol, y curaba y socorria entre las tinieblas á cuantos desgraciados demandaban su proteccion ó amparo. Habian declarado guerra sin tregua á los mahometanos; eran todos caballeros cristianos, y no podian faltar á tan sagrado ofrecimiento. Tuvieron, como los demás cruzados, que huir de Jerusalem, y partieron; pero en vez de extenderse por Europa; en vez de entretenerse en llorar la pérdida de la ciudad santa, se instalaron en Rodas; y enclavados en los mares de Oriente, solos y con un heroismo sin igual, continuaron cumpliendo su juramento. A un lado del archipiélago, y á las puertas de Turquía, fueron la avanzada del cristianismo; vanguardia aislada, sublime, que destruia el imperio turco, á la vez que tendia sus brazos á todos los infortunados de la tierra. Al recordar sus hechos se humillarán las generaciones venideras, aplaudiendo el heroismo, la generosidad y la abnegacion de los caballeros á quienes no há mucho llamasteis piratas, vos, renegado Piali; ante esa veneranda institucion que tantas veces os ha derrotado. En Rodas, en el archipiélago, en el mar Jónico, en el Mediterráneo y en Malta, han cumplido y seguirán cumpliendo fielmente su juramento. Ahora venís con un ejército poderoso, una armada fabulosa, una artillería sin igual, á vengar las ofensas que os han

hecho; de las que no pudisteis tomar revancha más que una sola vez, en cuatro siglos que os están combatiendo y humillando. Decís tambien que detrás de tan asombrosas huestes se halla todo el poder del imperio turco; yo os contesto: los sanjuanistas son la avanzada de los cristianos; el duque del Imperio manda hoy esa vanguardia, y detrás tiene el poder español; mientras quede un turco en la isla de Malta, combatiré dia y noche hasta pulverizarlo; y creed que siento mucho no se encuentren aquí todos vuestros albaneses, tártaros, persas, árabes, egipcios, y el imperio, en fin, que gobierna Soliman II. Fuertes sois, Piali; mas tengo para mí, que en Malta va á empezar á declinar vuestro poder. Os acaba de hablar el general en jefe cristiano: ahora pedid al caballero lo que os haga falta; mi tienda, mis tesoros y lo que poseo está á disposicion del huésped que honra mi casa, aunque ésta se componga hoy de unas cuantas lonas.

El marino húngaro meditó breves instantes, preguntándole despues:

—¿Es irrevocable vuestra resolucion?

—Sí.

—¿No admitís proposicion alguna?

—No.

—Os va á pesar; en breve temereis...

—Sería cosa nueva para mí, Piali, pues hasta ahora desconocia el temor.

—No pongo en duda vuestro valor; mas la catástrofe que os amenaza es superior á cuanto podais imaginar.

—Si conocierais mi historia, puede que variaseis de opinion. Nada bueno espero de los turcos; cuento, por el contrario, con que inventareis maldades sin número, emboscadas y traiciones sin cuento; pero todo está previsto, y á pesar de eso pienso venceros siempre.

No obstante lo terminante de las réplicas del duque, todavía insistió Piali, invirtiendo dos horas más en promover

cuestiones sin resultado alguno; convencido por último de lo inútil de sus tentativas, se levantó, y lanzando sobre Silva una mirada siniestra, desapareció de allí, y luego del campamento, con los ojos vendados y en la forma que penetró.

El caudillo español devolvió al húngaro su mirada con otra altiva y desdeñosa, y se dejó caer en un sillón, exclamando:

—Perez.

El fiel criado se inclinó ante su señor, esperando sus órdenes. Aquel le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las once.

—A las doce en punto me despiertas; que hagan lo mismo con los maestros de campo y sobrinos del soberano, y nos sirves de cenar.

Salió el criado; Julio apoyó el codo en una mesita que tenía al lado, la cabeza en la mano derecha, cerró los ojos, y á los tres minutos quedó dormido.

Un cuarto de hora despues entró el mendigo, se cruzó de brazos, y parándose frente á él, permaneció mirándolo con tierna solicitud.

El duque conservaba puesta su media armadura; pero tenía el casco quitado, y por consiguiente la cabeza descubierta. El pordiosero se acercó un poco más al dormido, aspiró su aliento, y bajándose pausadamente, estampó un ósculo entre la frente y raíz de su pelo, brotando á la vez de sus ojos dos amorosas lágrimas. Luego sacó un papel del mugriento bolsillo del tosco gaban, se lo dejó en la mesa, y desapareció.

A las doce entró Perez y lo despertó, no tardando en llegar el vizconde de Jana, Mauro Nuñez de Lara, Rogelio Mendoza, Fernando y Enrique Lavalett, y Roberto Navarro. Este último le dijo á Silva:

—Continúan los trabajos en el campamento, y el enemigo no da señales de vida; por consiguiente, me ha reemplazado Solís mientras ceno contigo.

En este instante vió el duque el papelito doblado que le dejó el mendigo, y abriéndole, lo leyó con avidez. Luego le dijo á Navarro:

— Roberto, durante una hora que he pasado dormido, llegó hasta mí un hombre que nadie conoce en el campamento, y me dejó este papel, el cual dice:

«General: vela por la suerte de tus hijos; el enemigo prepara horrible sorpresa; ¡ay de vosotros si os encuentra desprevenidos! el castillo que estais levantando vendrá á tierra, y quedareis todos entre sus ruinas.»

— ¿Qué dices á esto, maestro?

— Qué lo creo un delirio; y por Dios que no adivino por dónde haya podido entrar...

— El que escribió estas líneas es más cuerdo que nosotros, y no ha mentado nunca.

— ¿Quién es?—preguntaron todos á la vez.

— Sepámoslo.

El duque llamó á su criado; cuando lo tuvo delante, le dijo:

— ¿Quién ha entrado aquí mientras yo dormía?

— Señor, el... un... el mendigo...

— Que nos sirvan la cena, y abrevia lo posible. Roberto —añadió— por si estás equivocado en la noticia que acabas de darme, dispon que toda la fuerza se ponga sobre las armas, botando sillas los jinetes, y permaneciendo al lado de los cañones los artilleros.

Salió Navarro, y los seis restantes se sentaron alrededor de una mesa, en la que habia siete cubiertos; Julio ocupó la cabecera, esperando todos el regreso de Roberto y la llegada de las viandas. La anterior noticia podia ser exacta; mas no admiró á ninguno de los presentes, en las circunstancias en que se hallaban.

Seis minutos despues oyeron varias carreras, algunas voces, y por último á los del campamento que prorrumpian en gritos desaforados. Los tres maestros y los sobrinos de

Lavalett dejaron la mesa, y se dirigieron, espada en mano, á las trincheras.

Julio fué el único que, fijo su oído en el alboroto que llegaba hasta allí, no se movió ni dió señal alguna de impaciencia.

Así trascurrió un cuarto de hora, pasado el cual regresaron los seis, viniendo entre ellos los criados y pajes del duque. El vizconde de Jana le dijo á éste:

—Una casualidad prodigiosa ha hecho que no muriésemos los siete envenenados. Un turco, disfrazado con traje maltés, se introdujo en la tienda que sirve de cocina, y aprovechando el descuido de tus sirvientes, vertió un líquido ponzoñoso en las viandas que debíamos comer, intentando acto continuo la fuga; pero al salir rozó su traje con unos platos; los tiró; al ruido acudió Perez y sus restantes compañeros; alcanzaron á verlo; gritaron; fué detenido á estocadas; y hallándose herido y próximo á perecer, declaró su crimen. Estaba rodeado de mil hombres atraídos por las voces, los que indignados al reconocerle y escuchar su delito, prorrumpieron en gritos de «muera»; y sin oírnos ni pensar en lo que hacían, acaban de ahorcarlo con una de las cuerdas que sujetan la tienda de Mauro.

—Otro hombre—exclamó el duque—que ha entrado en el campamento sin conocimiento tuyo, Roberto Navarro. Averigua por qué sitio penetró, y los encargados de su custodia, contigo á la cabeza, relevad inmediatamente á los que ocupan la avanzada más expuesta. Allí cenarás esta noche, hermano; procura sepan todos que vais castigados; advirtiéndole que si acontece un caso igual, no tendré piedad alguna con los que hayan padecido tal descuido.

El valeroso maestro de campo inclinó la frente y salió, cumpliendo acto continuo lo que le imponía su general. Este prosiguió:

—Perez, si no tienes seguridad en las viandas que hay en la tienda, proporciona unos fiambres, y sirvenos con la brevedad posible algo de cenar.

Los seis que quedaban se sentaron nuevamente á la mesa, y esperaron. El vizconde de Jana vió salir á su hermano castigado; se encogió de hombros, y se conformó con lanzarle una mirada severa.

Media hora despues comian los seis en silencio, y como queriendo adivinar cinco las ideas que se agolpaban á la contraida frente de Silva; pero sin conseguir otra cosa que hallarse impotentes ante aquel privilegiado arcano. Sólo Julio pudo adivinar que el envenenador de él y de sus amigos era un asalariado del traidor Piali, el que, previendo acaso la determinacion del jefe español, tenía sin duda alguna dispuesto y preparado al árabe que acababan de ahorcar en el campamento cristiano. No debió extrañar al hidalgo caudillo el hecho; pues oido el relato, se encogió de hombros sin demostrar sorpresa, ni otra cosa que un poco de severidad contra los descuidados centinelas y jefe del campo, porque no evitaron la entrada de un enemigo que supo burlar la escrupulosa vigilancia tan recomendada por él.

Respecto de los mil soldados que acuchillaron primero al envenenador, y luego lo ahorcaron instantáneamente y sin escuchar la voz de sus jefes, no quiso tomar determinacion alguna, evitando de este modo dar al hecho la gran importancia que tenía; suprimiendo así la imposicion de un castigo, cuyo delito era hijo del amor que le profesaban todos los que componian sus huestes.

Terminó la cena, é iba á levantarse el duque, cuando vió abrirse las lonas de la tienda, y aparecer un oficial seguido del criado de Flaviano. Al reparar los seis en este último, se pusieron de pié, preguntándole á la vez:

—¿Y tu amo?

—Muy bueno —contestó Ros avanzando y pretendiendo tranquilizar á los *invencibles*. —Queda en la ciudad, acompañado... vamos, acompañando al gran maestro.

—No te comprendo —le dijo el duque cada vez más sorprendido. —¿No ha estado en el mar?

—Sí, señor; hemos vendido cinco banastas de pescados, tomando á la vez noticias y contando cañones. Luego... luego desembarcamos y nos fuimos á Malta, porque supimos que va á haber funcion á la madrugada. Por eso mi amo os escribió este despacho; me encargó que cogiera un buen caballo del gran maestro, que viniera á escape y os lo entregara, regresando antes que lleguen los moros.

—Ahora todo lo adivino. Dame ese escrito, y parte inmediatamente al lado de tu señor; diciéndole de mi parte, observe la prudencia que tanto le he recomendado.

—Solos otra vez los seis, añadió Silva:

—Flaviano, señores, tiene ya un talento admirable. Le confié una mision difícil, peligrosa; y no sólo la ha desempeñado con heroismo, si que además ha descubierto el problema iniciado en ese papel por el mendigo. Veamos si me he equivocado.

Y el duque abrió el despacho, leyendo en voz alta:

«Mi adorado hermano y jefe: fuí pescador, marino y comerciante; vendí mercancías, guíé mi barca, y encerré en mi cartera la famosa pesca que anhelabas. Ufano y satisfecho de mi obra, por suponer que tú lo quedarías de mí; regresaba á la isla, cuando ví un enjambre terrible de tiburones que se dirigian á la costa con intenciones siniestras. Entónces comprendí que mi mision no habia terminado; y favorecido por la suerte, penetré el secreto, y bogando hácia la playa desembarqué, corrí á Malta, y mientras sus defensores se disponen á obedecerme, te participo: han desembarcado más de veinte mil hombres, que, unidos á los treinta mil del campamento contrario, se preparan á caer sobre vosotros; luego asaltarán la plaza, concluyendo por hacerse dueños de la isla. A este fin emplearán la sorpresa, todas las fuerzas de que disponen, su fabulosa artillería, y el bárbaro arrojo que suelen tener cuando no se baten contra españoles. Son las dos, y no empezarán el ataque hasta las cuatro; tenemos ciento veinte minutos, tiempo sobrado para recibirlos digna-

mente. No pudiendo tú, el héroe único, estar en dos partes, y apremiado yo por la necesidad, te reemplazaré en Malta, acompañado del gran maestro. Si te merezco confianza, desearia me permitieses esa honra, y que no te inquietases por nosotros. Te imitaré, y con la prudencia y acierto que me has enseñado, procuraré hacerme digno de mi jefe y maestro. Deja que lleguen los turcos á los muros malteses; mira con fria indiferencia las brechas y las escalas: si enmudecen nuestros cañones, no te dé cuidado; si no damos señales de vida, espera, hermano, espera; que al resonar la artillería, al resucitar nosotros, al alzarse el pendon español, seremos un rayo que asolará cuanto halle á su paso. Si por efecto de mis pocos años, inexperiencia y falta de talento, juzgases conveniente fuese reemplazado por alguno de mis hermanos, dispuesto se halla á obedecerte ciegamente tu apasionado — Flaviano.

—¿Qué decís? — preguntó Julio á los cuatro maestros que estaban presentes.

— Que sabe ese niño — respondió el vizconde de Jana — algo ménos que tú, pero tanto ó más que el mejor de nosotros. Opino porque lo dejes en Malta, pues de no poder estar allí tú, ninguno defenderá la plaza mejor que él.

—¿Se hallan todos en pie y ocupando sus puestos?

— Sí.

— No perdamos un instante; cubrámonos con traje de guerra, y estemos dispuestos á recibir un ataque terrible, bárbaro y sangriento.

Así lo hicieron efectivamente; montaron luego á caballo, colocaron sus tercios, y despues de arengar á los soldados, esperó cada cual en su sitio la llegada del enemigo. Eran muchos ménos en número, pero superiores en posicion, valor, destreza y serenidad. Las avanzadas recibieron orden de replegarse al campamento en el instante que vieran dirigirse hácia allí á los turcos, con lo cual se proponia el duque hallasen sus contrarios, primero la metralla de dos-

cientos cañones; luego ochocientos guerreros forrados de acero á la parte adentro de las trincheras; en pos de éstos seis mil picas manejadas por denodados peones, y ántes y despues las balas de más de mil mosquetes, los que, situados sobre las colinas, y en union de las baterías fijas allí, acribillasen á los enemigos sin tregua ni descanso. El recibimiento se presentaba digno del temerario ataque.

Enterados ya de lo que acontecia en el campamento cristiano, sepamos ahora qué era de Osorio, de Syra y de los encerrados en la plaza.

El joven poeta y militar dejó la posta, según hemos dicho, y se encaminó hacia Melia, dando apoyo á la joven celalisen, sin otro objeto que el de guiarla, en noche tan oscura, evitando de este modo una caída, hija de la sinuosidad del terreno y de la celeridad con que marchaban. Iban pronto fueron detenidos por Ros, que iba delante, el cual dijo á su hijo:

— ¡Adelante, hijo! no te fijas en las sombras, y entre ellas la puerta de la ciudad; pero están los puentes alzados, los puentes no nos dejan pasar ni entrar en nuestros cuarteles, y no hay modo de construir.

— Grita á los soldados, que ya los hallaremos.

— Señor, yo no entiendo esa jerga que hablan aquí, ni ellos me van á comprender.

— Tienes razón; yo tampoco.

Y el joven exclamó en idioma malit:

— ¡Ah del continuo!

Después apareció un soldado en lo más alto del muro, y dirigiéndose la luz de una linterna, les preguntó:

CAPÍTULO XXVI.

El raptor y la griega. — El maestro ascendido á general. — Ataque, bombardeo y asalto.

El jóven poeta y militar dejó la costa, según hemos dicho, y se encaminó hácia Malta, dando apoyo á la jóven odalisca, sin otro objeto que el de guiarla, en noche tan oscura, evitándole de este modo una caída, hija de la sinuosidad del terreno y de la celeridad con que marchaban. Bien pronto fueron detenidos por Ros, que iba delante, el cual dijo á su amo:

— Señor, ahí teneis las zanjas, los muros, y entre ellos la puerta de la ciudad; pero están los puentes alzados, los centinelas no nos harán caso al reparar en nuestros trajes, y no veo medio de penetrar.

— Grita á los soldados, que ya le hallaremos.

— Señor, yo no entiendo esa jerga que hablan aquí, ni ellos me van á comprender.

— Tienes razon; yo vocearé.

Y el jóven exclamó en idioma maltés:

— ¡ Ah del centinela !

Poco despues apareció un soldado en lo más alto del muro, y dirigiéndoles la luz de una linterna, les preguntó:

—¿Quién sois, y qué queréis?

—Avisad al alférez de guardia—añadió el jóven—que está aquí el maestre de campo Flaviano de Osorio.

—¿Sois vos?—le volvió á preguntar el centinela.

—Sí.

—Perdonad, pero no teneis traza de español, y ménos de jefe; y la que os acompaña previene además contra ese elevado título que ostentais.

—Soy el maestre que llegó antes de ayer con el duque del Imperio; vengo disfrazado, porque conviene así al servicio del campamento: y os advierto, que por cada minuto que me detengais aquí indebidamente, os darán cien palos.

A las voces de Osorio llegó un sanjuanista de los que mandaban aquel punto; y enterado de la pretension de Flaviano, y reconociendo á éstos á la luz de la misma linterna, les dijo:

—No se puede franquear la entrada á estas horas á gentes que visten ese traje y vienen acompañados de una turca.

—¡Maldicion sobre vosotros!—exclamó Osorio impaciente.—Yo defendiendo á Malta con todos los trajes, á todas horas, y jamás he temido á dos, quince ni veinte hombres. Vengo á salvaros; pero si me teneis miedo ó dudais de las palabras de un grande de España que no aprendió á mentir, me retiraré de aquí, y ¡ay de vosotros al romper el alba del próximo dia!

—¡Abajo el puente!—gritó el sanjuanista con ira—pero en el momento que yo os grite, alzado, que quiero probar á esos valientes si les tengo ó no miedo.

El caballero de la ínclita desnudó el acero, cruzó el puente en dos saltos, y añadió:

—¡Arriba!

Y alzado otra vez aquel, se acercó á Flaviano, prosiguiendo:

—El cumplimiento de nuestro deber no arguye temor, hombre, hidalgo ó lo que fueseis. Decidme ahora lo que os

acomode, y os alargaré la mano ú os cortaré la lengua.

Flaviano respondió:

—Soy quien os he dicho; vengo solo con mi criado y esta desgraciada griega, á la que libré del cautiverio en que la tenía sumergida el bárbaro Mustafá; á favor de este disfraz y del barniz que cubre mi piel, llegué hasta los infieles, y he descubierto entre otras cosas, que al asomar el alba será mi campamento sorprendido y la plaza asaltada. En consecuencia, vengo á mandaros durante el combate, y á disponer lo conveniente para evitar las consecuencias de tan horrible sorpresa. Necesito, pues, entrar inmediatamente, agua para arrancarme el barniz, y ver al gran maestro.

—Perdonad —le contestó el sanjuanista con afecto —si he podido dudar de un acento que ahora reconozco y acato.

Y mandando echar el puente, llegaron á la muralla, y entrando en un pabellon, sirvieron al maestro lo necesario para quitarse el tinte que oscurecía su hermosa piel. Al verlo Syra tan bello, joven, y en su color natural aquella blanquísima y fina epidermis, exhaló un suspiro medio ahogado, inclinando la frente con rubor.

Flaviano hizo comparecer allí á los jefes de la fuerza que defendía la parte de muro donde se hallaban, y les ordenó que, sin perder un minuto, pusieran sobre las armas á los sanjuanistas, deudos y parciales; á los ochocientos cruzados extranjeros, y á cuantos se dedicaban á la custodia de la plaza; debiendo reunirse al pié del palacio del gran maestro.

Luego que fué obedecido, cogió del brazo á su encantadora odalisca, y delante de un sanjuanista y de Ros, se dirigió á la morada del soberano, encargando, al penetrar en ella, que lo despertasen al momento. Interin escribió al duque del Imperio el despacho que ya conocemos, haciendo que Ros lo llevase á su destino, corriendo en el mejor caballo del jefe sanjuanista.

En aquel instante se quedaba solo con la bella Syra. Ambos se miraron, asomando á los párpados de la griega dos lá-

grimas, que ella deshizo inmediatamente con sus preciosos dedos y él vió con un poco de vanidad, hija del amor propio, natural en su edad y carácter.

En aquel mismo instante se presentó el soberano, que, impaciente y con gran desasosiego, le preguntó:

—Maestre, ¿qué acontece? ¿por qué ese disfraz? ¿quién es esa dama?

Flaviano le refirió en extracto la mision que le encargó el duque, y el modo que tuvo de desempeñarla; concluyendo con anunciarle la sorpresa y asalto que en breve debian tener lugar. Terminadas sus explicaciones, con tono grave y sentimental añadió:

—Cuando me hallaba en medio de ese cenagal inmundo de piratas turcos, tuve la suerte de ver este hermoso brillante que protejo yo y que vos amparareis á mi ruego, hasta tanto que pertenezca á la religion católica y tome estado. Syra es griega; en la infancia fué vendida por su padre á un comerciante turco; éste la educó en la ley de Mahoma; escondió cuidadosamente su belleza, concluyendo por cedérsela al príncipe Mustafá, que áun cuando diese mucho por ella, no pagaria lo que vale uno solo de sus en-sortijados rizos. El bárbaro intentó varias veces mancillar su honra; la casta jóven se defendió con valor heróico; y cuando se hallaba en el duro trance de sucumbir ó perecer, hé aquí que la Providencia, protectora siempre de corazones tan puros y fuertes como el de Syra, me acerca á ella y me la señala con su bondadoso dedo. Mi mision estaba ya terminada; parecia imposible que un cristiano penetrara en su calabozo, y ménos que rompiera sus gruesas cadenas... El cielo prestó resolucion heróica á la débil dama. En cuanto á mí... me abrí paso á tiros, maté á cuatro, asusté á los demás, y por entre ellos, las olas y los huracanes, crucé los mares, la traje á vuestro palacio, y la ofrecí esposo, proteccion y riquezas. Os la entrego, soberano de Malta; amparadla en obsequio á mí; sólo necesita que veleis por

su honor, pues es tan pura como una virgen, tan rica como yo. Hacedla cristiana lo ántes posible, y tendrá el catolicismo un ángel más.

El gran maestro oyó al jóven de veintitres años con un interés siempre creciente; cuando hubo concluido el relato, estrechó entre las suyas una mano de aquel, diciéndole con emociion:

—No en balde el primer hombre de Europa, el héroe Silva, os ama y elogia, presentándoos como el tipo más acabado de la bizarría española. Os concedo la gracia que me habeis pedido, de dirigir mañana la defensa y ataque contra los turcos. Iré á vuestro lado, y admiraré vuestro valor y talento. Y en cuanto á este ángel que poneis bajo mi custodia, la acepto como hija, la ampararé como padre; habitará este palacio, y cerca de mi sobrina María vivirá hasta que tome estado. Las desgracias de que ha sido víctima, su virtud, el candor que baña su frente y la proteccion que vos, maestro Flaviano, la dispensais, la hacen digna de morar en el mismo alcázar que encierra el sόlio maltés. Despidete, hija mia, de Flaviano, y ven con mi sobrina, que te recibirá como hermana.

La hermosa jóven hizo un esfuerzo sobre sí, y alargando la mano á su libertador, exhaló un suspiro ahogado al nacer, mientras que aquel estampó un ósculo en la suave diestra que oprimia la suya, diciéndola:

—Adios, bellísima Syra; me envanece la libertad que te he proporcionado; nada me costó, pero hubiera dado la vida por ella con el mayor placer. Todos los días vendré á verte; sé dichosa, y ten acierto al elegir uno de los muchos que anhelarán tu amor.

El gran maestro y la griega desaparecieron; el poeta les siguió con la vista, añadiendo luego que se quedó solo:

—¿Seré yo el mismo Osorio, ó habré cambiado sin saberlo? Voy creyendo que ocuparé en breve el puesto de un buen marido. ¡Qué variaciones hay en la vida del hombre!

Adios, mundo; adios, encantadoras bellezas de la tierra; adios, latidos de mi corazon; adios, ilusiones, esperanzas, sueños de oro, pensamientos atrevidos, poesía; adios todos; soy un buen esposo, ó lo que es lo mismo, un hombre inútil, completamente inútil. Mi ocupacion será en adelante el cuidado de mi esposa, el de mis hijos, la cuenta del mayordomo, las reparaciones de la casa, el arreglo de la familia; engruesaré, se dilatará mi abdómen, y... ¡Jesus, cuánta prosa!... ¡Ay, Adela; si logras que me acostumbre á esa vida, conseguirás un milagro más asombroso que el paso del mar Rojo por Moisés; más estupendo que la ruina de la torre de Babel! La infeliz tendrá celos, y no sabe que mi fidelidad es hoy tan grande como la incredulidad de todos los que me conocen. Acabaron las españolas, las francesas, las italianas, las alemanas; todas las mujeres, en fin, menos mi Adela. Esta noche mataron al hombre y nació el marido: ¡huid de mí, tentadores recuerdos, pasados devaneos, deliciosos pensamientos; huid, soy un cadáver; contemplad mi sudario, espantaos, y desapareced para siempre! Me voy á vengar en los turcos; mando en Malta; me obedecen caballeros y soldados tan valientes como los de mi tercio, y he de sembrar la muerte y el exterminio entre esas hordas salvajes de Oriente. No perdamos tiempo. ¡Hola! ¡pajes, criados!

—¿Qué ordenais, señor?—le preguntaron dos ujieres.

—Una armadura, lanza, y el mejor caballo. Esperad; buscadme una que tenga relieves, la más moderna, procurando que el penacho sea elegante.

Diez minutos despues, armaban dos pajes al intrépido jóven. En la plaza donde estaba situado el palacio, se oía ya el choque de las armas que se arrastraban por el suelo, las pisadas de los corceles y el murmullo de los guerreros que iban llegando, en cumplimiento de la orden de Flaviano, ratificada por el gran maestro. En todas las calles de Malta se notaba el mismo movimiento; los hombres de guerra

corrian de un lado para otro, mientras las mujeres que quedaban en la ciudad y algunos varones inútiles para el servicio, se guarecian bajo techos contruidos á prueba de bomba; y los buques surtos en el puerto, unos entraban en el arsenal, y otros se cubrian con los fuertes avanzados. Y todo esto se verificaba á la opaca luz de algunas linternas, con el silencio posible y en el mayor órden, á fin de no excitar sospechas en el enemigo.

Media hora despues quedó en completa calma la ciudad; en las calles no se veia luz alguna, ni nada que indicase las consecuencias del movimiento y agitacion que se sentian poco há. Todos cuantos podian manejar un arma se hallaban ahora en la gran plaza de palacio, esperando las órdenes de su soberano.

Poco más tarde salieron multitud de pajes y criados con blandones encendidos, y en pos, á caballo, el gran maestre y Flaviano de Osorio. Ambos fueron recibidos con un murmullo general, que expresaba el respeto y veneracion que tenian á las canas del anciano, y la admiracion que experimentaban ante el valor, destreza y acierto del jóven.

Allí estaban reunidos las dignidades y caballeros de la inclita y veneranda órden de San Juan, sus dependientes y soldados; ochocientos valerosos cruzados, todos nobles, y aunque de distintas naciones, animados del mismo deseo. Sobre sus hombros ostentaban la roja cruz, y en el extremo del casco una pluma negra, en señal de guerra y de muerte; y á la espalda de éstos se hallaban los peones que cada cual llevó de su país y sostenia en Malta. Y llenaban el resto de la plaza atrevidos marinos que enarbolaban terribles hachas, formidables picas ó sendos mandobles, mezclados con paisanos armados como ellos, y con la tropa que servia al gran maestre.

Componian siete mil hombres próximamente, residiendo en los fuertes y muros cerca de dos mil.

A la luz de los blandones reconocieron el soberano y el

maestre de campo la fuerza reunida allí, é inmediatamente marcharon al pié de los muros. Por disposicion de aquellos entraron todos los combatientes en las grandes bóvedas ó casamatas de la muralla; deteniéndose á la parte afuera el gran maestre, seis caballeros que le servian de ayudantes y el criado de Flaviano, que, cerca de éstos, sujetaba del diestro su caballo y el de su amo.

Tornó á cesar el ruido de las armas y pisadas de los alazanes, quedando la plaza sumida otra vez en el mayor silencio. Ni los centinelas de los baluartes y cortinas daban el *alerta*, ni la ciudad demostraba en nada absolutamente la actitud guerrera de sus defensores. Más que plaza sitiada, parecia un pueblo resguardado por muros, los que apenas eran vigilados por número suficiente de centinelas.

En tal estado, y cuando cada uno ocupaba el puesto conveniente, salió Osorio de una casamata, y acercándose al soberano, le dijo:

—Señor, ya que en ello os empeñais, vos mandareis á los sanjuanistas, y yo á los cruzados; pero hasta el momento de atacar, os ruego que nadie se mueva. Despreciad las balas de los cañones enemigos; no os cuideis del destrozo que hagan; y con la calma que la gravedad del caso requiere, aguardad á que abran brecha é intenten dar el asalto. Entre tanto, yo dirigiré la artillería de las murallas; y cuando juzgue llegado el momento, me pondré á vuestro lado y saldremos al campo.

—Sea como vos querais, valiente Osorio; acepto vuestro plan, y os juro continuar en este sitio hasta el instante deseado.

Flaviano le dió gracias, se estrecharon las manos, é inmediatamente subió á la muralla, situándose en el saliente de un baluarte, desde el cual se podian dominar los campamentos turco y cristiano. Detrás de él quedaron varios sanjuanistas esperando sus órdenes. Faltaban algunos minutos para las cuatro de la madrugada.

El jóven maestre, ascendido ahora á general interino, miró al campo, no distinguiendo nada, efecto de la oscuridad que reinaba todavía; mas creyó percibir un ruido sordo y lejano, indicio seguro de que los turcos, léjos de desistir de la sorpresa y asalto, se iban acercando ya con ánimo de llevar á cabo su empresa. No obstante las tinieblas, fijó la vista en Oriente y el oído en el rumor que sentia enfrente, permaneciendo así un cuarto de hora, durante el cual continuaron la plaza y sus muros en el mayor silencio. Aquella calma era realmente precursora de la más espantosa tormenta.

Un instante despues, apareció en Oriente un resplandor opaco y amarillo, que no prestaba luz á la tierra, pero que se dejaba traslucir por entre la densa bruma de la madrugada. Era la frente de la aurora, que asomaba tímida y como vergonzante; algo más tarde fué ensanchando, esclareciendo y prestando brillo á la superficie del Mediterráneo, que se presentaba en aquel instante como un inmenso cristal azulado y diáfano. Diez minutos más tarde se distinguian en lontananza y confusos, los montes; luego los navíos, cual sombras oscuras é incalificables, y en este mismo instante se vió una luz rojiza, luego otra, y hasta tres; y seguidamente sonaron igual número de cañonazos, cuyas balas cortaron el aire, y cruzando por encima de la ciudad, fueron á parar á medio kilómetro más allá de los últimos muros; pero aún no se percibían los cañones, las trincheras ni los ejércitos.

A aquellos disparos sucedieron cien más, hechos á la plaza desde el campo turco y los buques que daban frente á ella. Habia comenzado un bombardeo terrible, nutrido, sin tregua ni descanso.

La ciudad, á pesar de tan tremendo fuego, continuaba impassible sin contestar. Las balas contrarias acertaban ya á los muros, á las torres y á los edificios; causaban daño, pero no llegaban á los séres humanos, que, en las bóvedas

y casamatas, se resguardaban casi en su totalidad. Osorio, general en jefe ahora, no se movía, fija su vista en el campamento turco, y el oído en el de los cristianos.

Según iban siendo arrolladas las tinieblas por la luciente aurora, menudeaba el estampido del cañón, lloviendo sobre la infeliz ciudad y sus murallas el diluvio de balas rasas, de todos tamaños, vomitadas por un sinnúmero de bocas de fuego. Cincuenta baterías del campamento, y los puentes de doscientos navíos, se disputaban el aniquilamiento y destrucción del pueblo maltés, el cual proseguía mudo y silencioso. Las cortinas de las murallas iban siendo marcadas; los fuertes acribillados, y los palacios y casas caían á enormes pedazos que se amontonaban por todas partes. Y Flaviano miraba y oía sin desplegar los labios, sin dar señales de vida. De pronto escuchó hacia el Norte varias descargas seguidas, luego gritos espantosos, cuyos sordos rumores llegaban hasta allí, confundiendo poco después con las detonaciones de los mosquetes y el no amenguado atronar de la artillería. Su rostro se encendió y con voz ronca dijo:

— ¡Bravo! El campamento cristiano ha sido asaltado, y el vizconde de Jana, con su inimitable puntería, les ha mandado al encuentro doscientas balas de á ochenta libras cada una. Me parece escuchar la voz del héroe Silva; á caballo y con su elevado genio, dirige, manda, ordena y triunfa; no lo veo, pero lo presiento, lo adivino; á sus plantas caen miles de turcos; ¡es el brazo del destino que empuña la guadaña y siega las cabezas de los infieles! ¡Qué bien se batirán mis cuatro hermanos, mi tercio y todos aquellos guerreros! ¡Maldición! ¡y yo tengo que estar todavía condenado á la inacción! ¡Qué digo!... ya se distingue el ejército enemigo y las baterías contrarias, que durante la noche han avanzado hasta situarse á una milla. Sanjuanistas, que contesten los cañones de los fuertes y muralla; los de la última, procurad que no pierdan una bala; el blanco no puede ser mejor. Partid.

Esta órden corrió como un chispazo eléctrico por los muros, y casi á la vez comenzaron á despedir balas en menor número que sus contrarios, pero más certeras y seguras. Las de los otomanos sólo derribaban paredes y pedazos de piedra; las de los sanjuanistas destrozaban hombres, desmontaban cañones, rompiendo navíos y baterías.

Osorio habia dejado ahora el baluarte donde permaneció hasta aquí; é iba de un punto para otro, tomando disposiciones, dirigiendo punterías, y observando el campamento cristiano y la situacion de los turcos. Sin reparar en el peligro, caminaba del Sur al Norte, por la parte más elevada de los muros, siendo saludado á cada instante por proyectiles que cruzaban á dos y tres varas de su casco.

De este modo continuó el fuego media hora más, sin debilitarse el furor enemigo ni ceder las descargas de la plaza.

Desapareció la bruma, y á la naciente aurora reemplazó el sol, bañado en sangre mahometana.

Habia trascurrido más de una hora de cañoneo. El espacio estaba cubierto de humo, y ya se oía por todas partes el estampido atronador. Las colinas y trincheras del duque del Imperio arrojaban metralla sin cuento; la plaza y sus fuertes, con más pausa, barrian el campo enemigo, destrozando al propio tiempo sus naves, y éstas y todas las baterías otomanas permanecían descargando sin número de balas.

El maestre Osorio miraba ahora desde una aspillera el campamento turco, en los cortos intervalos que las nubes de humo se lo permitían distinguir; en uno de los cuales notó que flaqueaba el ala derecha otomana, y no tardó en ver brillar las armaduras de sus amigos, que, fuera ya de las trincheras, no sólo rechazaron el ataque, si que en este momento acuchillaban á sus contrarios, los que se replegaban al centro del ejército. Una risa sarcástica asomó á los labios del jóven, y oprimiendo los dientes, alzó el puño derecho. Las nubes de humo cortaron su mirada; pero á la vez oyó, entre el estampido de los cañones, el ruido que

produjo un derrumbamiento de muros, y varias voces que exclamaron:

— ¡Brecha, brecha!

— ¡Eso deseaba yo, pardiez! — contestó el jóven caudillo, y se precipitó á la ciudad, bajando los pequeños escalones de la muralla, de tres en tres. Acto continuo montó á caballo, dió algunas órdenes á los que dirigian los fuegos sobre la muralla, y acercándose al gran maestre, le dijo:

— Señor, el duque del Imperio domina el ala derecha del enemigo; nuestra muralla tiene brecha, y ya el bárbaro correrá al asalto; salid por la puerta del Norte; yo iré por la de Levante; dirigíos al centro; yo al ala izquierda; de este modo podremos favorecernos, inclinándose el débil al costado amigo que tenga más cerca. ¡Al campo!

— ¡Al campo! — repitió el soberano maltés; sonaron los clarines, saliendo inmediatamente todos los encerrados en las casamatas y bóvedas.

Osorio y el maestre alzaron sus voces, pronunciaron un juramento, y esgrimieron sus armas.

— ¡Hurra! — les contestaron siete mil hombres, retratándose en sus rostros el deseo de combatir.

Las dos mencionadas puertas se abrieron, cruzando por una de ellas el maestre Flaviano, los cruzados y los marinos, y por la otra el anciano jefe, todos los sanjuanistas, sus soldados y paisanos armados.

El sol comenzaba ya á dorar la tierra con sus rayos; la mar seguía en completa calma; el aire no tenía movimiento, y la naturaleza, en fin, parecía muda espectadora de la terrible lucha entre turcos y cristianos.

Al salir al campo los defensores de Malta, vieron á cuatrocientos pasos al ejército enemigo, que, entre desaforados gritos y terribles maldiciones, corría hácia la plaza, con ánimo sin duda de penetrar en ella por la brecha que cien y cien balas de cañon consiguieron hacer. Hasta aquel momento juzgaban, los que pretendian el asalto, que los sitiados

eran víctimas de horrible pánico, y se fundaban en los escasos disparos con que contestaba la artillería de sus murallas á las doscientas baterías de tierra y mar, que tan copiosa lluvia de balas les estaban mandando; pero al notar que se echaban los puentes y cruzaban por ellos multitud de guerreros, con ánimo, no ya de defenderse, si de atacar, quedaron parados los que formaban la vanguardia, y hubo un instante de duda é indecision, que obligó á los jefes turcos á hacer uso de sus alfanjes para que avanzasen los más tímidos. Eran veinticinco mil entre albaneses, egipcios, árabes, persas y argelinos, mandados por el príncipe Mustafá, Piali y Assan, pues en esta batalla la marina hacia un papel secundario en el plan de sorpresa y asalto concebido é intentado por los mandarines de Soliman II. Los principales jefes de tierra y mar estaban allí con todo el ejército, cañones, una decision completa á atacar, y muchas esperanzas de vencer.

El valiente Flaviano, el gran maestro, los audaces sanjuanistas y sus amigos, parciales y soldados, cayeron sobre los otomanos como un rayo asolador, irresistible, atroz; con orden, concierto, disciplina y un coraje indescriptible. Llegaron á sus contrarios, rompieron las apiñadas líneas, y comenzaron una lucha espantosa con arma blanca.

Callaron los cañones de uno y otro bando; comenzó el fragor de la batalla, y al estridente choque de los aceros se unieron, formando coro, los lamentos de miles de heridos, el postrimer suspiro de cien y cien moribundos. Marte empuñaba en aquel instante su devastadora segur con más encono que nunca.

Los mahometanos se arremolinaban, y cual furiosos torbellinos, pretendian asolar á sus enemigos. Luego decaian, vacilaban, retrocedian, siendo impelidos nuevamente por las masas que de la retaguardia avanzaban de refresco hácia el corazon de la lucha, rodando, sufriendo irresistibles cargas y atronando el espacio con sus continuos alaridos. Mustafá

se hallaba ya trépido; Piali vertía sangre por sus labios, y el pirata Assan despedía fuego por sus encendidos ojos. Los albaneses, que eran sus mejores y más valientes soldados, vacilaban; los árabes, persas y egipcios intentaban la retirada, y los bandidos de la Argelia huían en confuso tropel. La media luna era barrida por el huracan de la cruz sanjuanista, y los nombres de los *invencibles* ejercían ya su mágica influencia en el amedrentado ejército otomano.

Flaviano de Osorio imitaba al duque del Imperio; el gran maestre se habia rejuvenecido, y en estos instantes mandaba dignamente á aquella legión de caballeros, dignos cada cual del renombre que la fama elogiaba en ellos.

El jóven maestre no era ya el atrevido barbilampiño, el diestro campeón que se defendía y mataba con destreza admirable. Se trocó en hábil general, que corriendo de un lado para otro, dirigía, mandaba, prestaba aliento, y todo esto sin dejar de atacar, librando de la muerte á algunos de sus parciales, y siendo un pequeño Silva, sin tanta sangre fria, pero con igual valor; sin su genio, mas con talento idéntico; con la misma habilidad, destreza, agilidad y brio. Su fogoso alazan saltaba, huía, se encabritaba, y como impelido por un poder, por una voluntad superiores á los que le habian guiado hasta entónces, obedecía como nunca, participando de la destreza de su jinete. Los sanjuanistas todos, á pesar de la distancia que los separaba del inimitable jóven, distinguieron su penacho que iba muy delante de ellos, y procuraron avanzar tanto como los cruzados y marinos á quienes mandaba el improvisado general. Y unos y otros, rivalizando en heroismo, seguían adelante, dejando en pos de sus huellas cubierto el campo de heridos y cadáveres.

Los turcos temblaron ante aquellos hombres tan hábiles y valientes; retrocedieron y tornaron á avanzar, y con valor salvaje detuvieron cinco veces la huida, para besar el polvo teñido con la sangre que vertían sus heridas.

Assan y Piali estaban ya contusos; á Mustafá le faltaba el aliento, viendo en su poderoso enemigo una oscura nube que lanzaba rayos por todas partes; sus ilusiones se desvanecieron en el instante que debian empezar á realizarse. Aquella batalla se decidió en favor de los cristianos desde el primer encuentro ó ataque de los defensores de Malta; éstos fueron un leon lanzado sobre panteras, que temblaron al aspirar el aliento del rey de la selva.

Impotentes los turcos para resistir el empuje de aquellos guerreros, despues de hacer el último supremo esfuerzo, se pronunciaron en retirada, huyendo hácia sus trincheras y arrollando á los jefes que pretendian detenerlos. Mustafá, ardiendo en ira y vergüenza, se bajó del caballo, lo mató con su alfanje, y alzando la voz, exclamó:

—¡A pié, y con el valor de un turco, espero al enemigo para vencerle ó morir ántes que volverle la espalda!

Tan admirable ejemplo de intrepidez y abnegacion no le sirvió de nada; el principe fué tambien impelido por las masas que corrian, y la muerte de su caballo le valió sólo tener que ir á pié hasta las trincheras, donde le obligaron á penetrar.

Sepamos ahora si el duque del Imperio ha conseguido tambien derrotar y vencer á los veinticinco mil hombres que intentaron sorprender su campamento.

Toda la fuerza que tenía el invicto caudillo detrás de sus colinas y trincheras, se puso en movimiento horas ántes de llegar los turcos, segun dijimos anteriormente. Ninguno de los que podian mover un arma quedó en actitud pacífica. El sabio general distribuyó los mosqueteros, colocó la caballería, y dió posicion á los peones; y cuando cada cual ocupó su puesto, fué reconociendo escrupulosamente si le obedecian con la exactitud que él deseaba. Satisfecho, y creyendo adivinar la manera con que el enemigo pensaba atacarle, cruzó por sus labios aquella sonrisa siniestra que auguraba las victorias, y esperó tranquilo el momento de

la lucha. Dió el mando de toda la artillería al vizconde de Jana; el de la caballería al gigante Mendoza; el de los peones á Mauro Nuñez de Lara, y el de los mosqueteros á Roberto Navarro, los que se hallaban colocados en todas las alturas que dominaba el campamento, dando frente á Levante y Sur, sitios por los que debian recibir el ataque.

Eran más de ocho mil hombres; y no obstante el número, no se escuchaba ruido alguno ni se notaban señales de impaciencia, pavor ó desconfianza. Orgullosos de la causa que defendian, valientes, sin alarde, y envanecidos con el héroe que los mandaba, esperaban con calma, seguros de un triunfo que veian escrito en la frente del caudillo. Éste, como de costumbre, inclinó la cabeza sobre el pecho, permaneciendo largo tiempo ensimismado. Enrique y Fernando Lavalett, que estaban á derecha é izquierda de Silva, le contemplaban estremecidos, pues el rostro del invencible general tenía en este instante un tinte de fiereza que imponia al más valiente.

En tal estado oyeron las primeras descargas de artillería hechas á la plaza. Entónces alzó el héroe la frente, movió la diestra, y sonó un clarín; el campamento continuó sin embargo guardando silencio. Julio, con voz que todos oyeron, exclamó:

—Españoles, estais aquí para vencer ó morir; un esfuerzo, y la gloria de las batallas orlará en el próximo día vuestras frentes. Vamos á pelear por nuestra patria y religion; la causa es santa, vuestro valor indomable; obedeced ciegamente á vuestros jefes, y el mundo volverá á aplaudiros como en Dreux, en San Quintín, en Pavía. ¡España, la victoria ó la muerte!

—¡España, la victoria ó la muerte!—repitieron todos, y volvió á imperar el silencio.

Silva tornó á mover su diestra, y sonó nuevamente el clarín; brillando un momento despues las mechas de la artillería y las de los mosqueteros.

Diez minutos más tarde se oyó una carrera, pero todos continuaron en su puesto; se dió el *quién vive*; contestaron los que llegaban, y penetrando en el campamento, exclamaron:

—¡El enemigo se acerca!

Eran los individuos que componian las avanzadas españolas, los cuales se replegaban cumpliendo la orden de su jefe.

Tres minutos despues, y á la escasísima luz de la naciente aurora, vieron un enjambre de turcos que intentaban asaltar la trinchera.

—¡Fuego! —gritó el duque.

Jana repitió la orden, y se oyeron varias descargas de artillería.

El campo se cubrió de miembros mutilados; el suelo se enrojeció con sangre turca, y un ¡ay! exhalado por quinientas personas reemplazó al estampido de los cañones; éstos habian disparado contra los otomanos á ménos de doscientas varas de distancia. Las filas contrarias fueron barridas, y los que pretendian sorprender se hallaron sorprendidos.

Al pánico sucedió el coraje, y dos mil caballos mandados por el fiero Dragut, corrieron hácia las trincheras del campamento cristiano.

—¡Fuego! repitió el duque.

El vizconde de Jana secundó la orden, y diez baterías, una tras otra, descargaron cien cañones, amontonando y deshaciendo caballos y jinetes.

Cada paso que daban los turcos formaba un arroyo de sangre, una pila de cadáveres y un monton de heridos. Dragut fué uno de estos últimos; pero pidiendo otro caballo, montó nuevamente, y con ira acrecentada hasta lo infinito, mandó que avanzase el resto del ejército y que mataran al que retrocediese.

Entre la granizada que formaban la metralla y las balas de los mosquetes, llegaron los turcos á la zanja; y llenando

con cadáveres una parte de ella, comenzaron á asaltar la trinchera. Ochocientos guerreros á caballo, armados de punta en blanco, los recibieron con las afiladas puntas de sus lanzas. Detrás de éstos habia seis mil peones provistos de terribles picas, y la muerte en el sitio donde se detenian los turcos. Saltaban doscientos, y caian la mayor parte á los golpes del bravo español. Nueva embestida llevaba hasta allí otros quinientos, que sufrían la misma suerte; en tanto que los cañones y los mosquetes, sin cesar de cargar y descargarse, acribillaban el centro del enemigo, el cual adquiria por instantes un arrojo feroz, hijo de la desesperacion y de la ignorancia.

Así continuaron hasta que, á la parte adentro de la trinchera, se formó una nueva muralla con cadáveres y heridos turcos; dividiendo esta doble valla á los dos contrarios.

El enemigo vaciló; Dragut empezó á comprender que atacaba un castillo defendido admirablemente; y aterrándole ya las consecuencias de la salvaje tenacidad con que sostenian los suyos aquella desesperada lucha, trató de rehacer sus diezmadas huestes, replegándose con la rapidez que le fué posible.

El héroe adivinó tambien la idea del general turco; y como era natural, quiso aprovecharse del terror de sus contrarios y de la preponderancia de los suyos. Sin perder momento se deshizo un pedazo de trinchera, y por el hueco que dejó salieron la caballería y peones del campamento, cayendo sobre su desordenado enemigo.

Los rayos de un sol brillante se extendian por la llanura, donde en revuelto turbion se mezclaban y confundian el osado otomano y el indomable español. El disco luminoso reflejaba su luz en las armaduras y moharras cristianas, en los alfanjes y media luna de los hijos de Oriente; y del conjunto de seres que se agitaban, movian y golpeaban, elevábase un polvo sutil, que formaba con los rayos del sol una gasa trasparente, al través de la cual sólo se veian heridos,

mueritos, hombres ansiosos de acometer, furias terribles que sólo pretendian desolar, destruir, aniquilar. Do quier golpeaba la lanza, crujía la armadura, se blandia el corvo acero; y al estrépito de la batalla, al fragor del combate, reemplazaba, en pequeños intervalos, el rechinar de los dientes, las maldiciones del vencido, el sordo rumor de la muerte. Y otra vez se sentia el bote de lanza, el choque de las herraduras ensangrentadas, el ruido de cráneos deshechos, huesos triturados, y de miembros que caian y rodaban sobre el polvo que les dió sér, encima de la tierra que los iba á cubrir.

El duque, los cuatro *invencibles* que le siguen, los hermanos Lavalett, los Zallas, Solís, Monserrat, cien capitanes más, quinientos oficiales y cerca de ocho mil soldados, rompen la primera fila turca, la segunda, la tercera, y á su tremendo empuje se abren las restantes, y penetran en el corazon del ejército mahometano. El *invencible* Mauro parte al Sur con sus caballeros y tercio; Navarro á Levante; Jana al Norte, y Mendoza á Occidente; y corren matando, hiriendo, acobardando á los más valientes de la Arabia, Egipto, la Siria ó la Albania. El poderoso duque hace saltar á su caballo, lo detiene, gira á derecha é izquierda, manda, ordena, y su arrogante voz presta aliento á los suyos, confunde á los contrarios, é inspirada por el genio, vence, humilla y triunfa del peligro más inminente. Su mirada de águila todo lo ve; su entendimiento de héroe lo comprende todo.

Fernando y Enrique Lavalett pretenden rivalizar con los *invencibles*, y en brazos de ciego valor intentan llegar hasta Dragut; mas son cortados por un enjambre terrible de albaneses, que los cercan y acuchillan por todas partes. Están á diez pasos del fiero general otomano; matan turcos con destreza admirable; pero no pueden resistir al número, y el desgraciado Fernando cae á los piés de su hermano, donde es instantáneamente destrozado y deshecho. Sus últimas frases son:

— ¡Enrique, véngame!

Y se apaga su voz para no volverse á oír.

Su pobre hermano pierde la razon, arden sus ojos, brota la sangre de sus labios, y ansiando perecer tambien, quiere que su vida cueste un arroyo de sangre turca, y mata tantos casi como anhela su delirante imaginacion. De pronto cae su caballo; le cercan doscientos, y sin compasion á su bello é infantil rostro, van á segar su garganta; mas el duque del Imperio percibe la desigual lucha; salta su caballo, corre, se encabrita, y recibe el golpe dirigido á Enrique. La invencible lanza del héroe lo defiende; acosa á sus enemigos, busca á Dragut, lo distingue á veinte pasos, y no pudiendo llegar hasta él, saca una pistola, tira, y le hace besar el polvo y exhalar el ¡ay! postrimero. Sus parciales tiemblan, prurumpen en espantosos alaridos, maldicen, huyen asombrados, y el caudillo salva al sobrino menor del gran maestre. El desgraciado mozo se abraza á los mutilados miembros de Fernando, los besa, los oprime contra su pecho, y llora. El caballo de Silva cae exánime; el brioso jinete coge entónces de un brazo al imberbe mancebo, lo arranca de aquel sitio de dolor, y parte con él adonde están los individuos de su escolta, que lo buscan con ansia. Montan de nuevo; el duque prohíbe al jóven que se separe de su lado, y corren de Norte á Sur, reuniendo sus valerosas huestes. El acento del héroe, siempre arrogante, sonoro, imperativo, contiene, atrae, subyuga. Los tercios, esparcidos por el campo, le oyen, se arremolinan y le rodean, dejando de perseguir al espantado turco, que, vencido, humillado, trépido, vuela en busca de sus trincheras.

El hijo del primer general español, durante el reinado del gran Carlos I; el heredero de Alberto de Silva, principe de Italia, mandaba y dirigia aquella batalla, sin dejar de mirar y de comprender lo que hacian Flaviano, el soberano de Malta y cuantos les seguían, alcanzando su entendimiento donde no llegaba su vista. Contempló la derrota de los que obedecian á Dragut, y prohibió á sus soldados que conti-

nuaran atacando á su vencido enemigo. Vió luego la polvareda que levantaban los jinetes y peones que obedecian á Mustafá; adivinó la causa, y puesto al frente de los suyos, gritó:

—¡Al Sur, y que me sigan todos!

Y partieron como una exhalacion.

Un cuarto de hora despues, cortaron al enemigo que huia de Flaviano y del gran maestre; dejaron cuatro mil turcos encerrados entre el ejército de Malta y el suyo, y á los jefes de la ciudad imposibilitados de continuar avanzando. Ebrios de sangre y de exterminio los sanjuanistas, cruzados, marinos y paisanos malteses, llegaron hasta las filas del duque, gritando:

—¡Adelante! ¡la victoria es nuestra; el bárbaro huye; no paremos hasta dar fin de todos!

—¡Alto!—les contestó el héroe—al enemigo se le bate frente á frente, y no por la espalda.

Los suyos repitieron estas frases, se apiñaron, y los de Malta tuvieron que ahogar su coraje e inclinar las frentes ante aquella muralla de guerreros, con un solo jefe y una voluntad omnipotente.

—¡Desarmad á los prisioneros!—mandó nuevamente Silva—y que vayan á Malta.

Poco despues se hallaban mezclados los españoles, sanjuanistas, cruzados, marinos y paisanos. Julio estrechaba tiernamente á Osorio, y se lo enseñaba á los cuatro restantes *invencibles* con orgullo.

Enrique Lavalett abrazaba á su tio, vertiendo abundantes lágrimas, mientras el anciano le decia:

—Enjuga ese llanto; no teniendo aún tu rostro la marca indeleble del hombre, pueden confundirte con una mujer. Murió Fernando, es cierto; su cuerpo desapareció de la tierra; su espíritu subió al cielo; su nombre queda entre nosotros cubierto de gloria: es á lo más que puede aspirar un valiente; su memoria honra nuestro apellido. Mucho de-

bemos hoy á la suerte, sobrino; procura que tu llanto no empañe la dicha que nos acaba de otorgar el cielo.

Media hora despues caminaban los prisioneros hácia Malta, enmedio de las huestes que salieron de la ciudad; y el duque, rodeado de Enrique Lavalett, Flaviano y cuatro restantes *invencibles* con los suyos en pos, se dirigia á su campamento.

La batalla empezó á poco más de las cinco, y eran ya las once de la mañana; duró cerca de seis horas; y aún cuando el turco perdió esta primera accion de un modo desastroso, es preciso declarar que sus ataques ó embestidas fueron más temerarias que valientes; de haberles salido al encuentro soldados ménos prevenidos, ménos audaces, ménos diestros, ménos aguerridos, hubieran triunfado, siendo así que cargaron varias veces con una osadía pasmosa.

Todavía le quedan á Soliman II ejércitos numerosos é ilimitado poder; pero acaba de perder en este dia la fuerza moral que llevaron á Malta sus parciales.

La victoria alcanzada por el duque, el gran maestre y Flaviano, fué completa; no obstante lo cual, deben marchitarse pronto unos laureles regados con el amargo llanto de los principales caudillos.

CAPÍTULO XXVII.

Campo de batalla.—Un prisionero ilustre.—Conflicto.

La noticia de la gran victoria que acaban de ganar los cristianos, corrió hasta Malta, llenando de júbilo á las valerosas madres, esposas é hijas; que, á pesar del terrible bombardeo que sufría la ciudad, y de los ruegos de sus padres, maridos ó hijos, no habian querido abandonar la plaza. Los sacerdotes y la guarnición participaban del mismo entusiasmo, y esto dió origen á que los vencedores fuesen recibidos con salvas, repique de campanas, aplausos, coronas y cuantos festejos les fué posible improvisar.

Las puertas de la ciudad volvieron á abrirse; entró el gran maestre, seguido de todos sus parciales y subordinados, y despues de recibir aquella merecida ovacion, penetró en su palacio, disponiendo que saliesen inmediatamente cuantos facultativos quedaron en los hospitales, en socorro de los infelices heridos que dejaban en la gran tienda formada interinamente en el campo.

El duque del Imperio tomó igual determinacion al llegar á sus colinas, mandando que los individuos de sus huestes fuesen tambien trasladados á la ciudad, despues de prestados los primeros auxilios; pues suponía, con razon, que bajo el

paternal cuidado del soberano maltés, estarían mejor que en sus hospitales de sangre.

Había cesado completamente de oírse el estampido del cañon, el choque de las armas, las carreras de los caballos, y el estrépito, en fin, del combate. Sobre aquel extenso campo, regado con tanta sangre humana, no imperaba ya Marte; pero quedó la amargura, el dolor, la pena que deja en pos su terrible huella. Concluyó la lucha; cesaron de herirse los hombres; mas en este instante morían unos, mientras otros experimentaban los padecimientos consiguientes á las lesiones que acababan de sufrir. En los improvisados hospitales y sobre el ensangrentado suelo del campo, se revolcaban más de seis mil turcos y cerca de ochocientos cristianos, en tanto que tres mil otomanos y doscientos de sus contrarios, muertos durante la lucha, eran amontonados, convirtiéndose al poco tiempo en cenizas impelidas por el aire. Al cuadro terrible de lucha y exterminio siguió el de dolor y amargura; unos y otros creyeron tener razon para combatir y matarse en lo que llaman campo del honor. Perecieron de unos y de otros; la razon quedó en pié, y el cuadro olvidado. Era preciso, indispensable el triunfo completo de los turcos ó de los cristianos, y éste sólo podia conseguirse con el completo exterminio de los unos ó de los otros, en cuyo caso la razon sería del vencedor; que en esta clase de combates, siempre la ha tenido el más fuerte ó afortunado. Los discursos de los ejércitos en campaña jamás han convencido; pero cuando han sido apoyados por el triunfo, nadie osó en alta voz contradecirlos, por aquello de que, la lógica que sale de las bocas de los cañones y que ostentan las puntas de los aceros, es innegable para aquel que tiene en algo su mísera existencia.

El duque del Imperio, que no era un caudillo vulgar, no obstante los aplausos y vítores que le dirigian los suyos, meditaba en estos momentos sobre las ideas que acabamos de emitir; y á pesar de la necesidad que tuvo de vencer,

le dolía lo mucho que costaba el triunfo, llegando por esta causa á su tienda pesaroso y meditabundo, si bien eran muy pocos los que le imitaban en su estado de tristeza. Las bajas en sus tercios fueron pocas; el general dirigió admirablemente la batalla, y desde sus amigos hasta el último soldado hicieron prodigios de valor, demostrando al mundo una vez más el indomable brio y serenidad del guerrero español. Así es, que casi todos llegaron al campamento satisfechos de su conducta, entusiasmados con el éxito de ella, y algo envanecidos de la destreza y valor que acababan de demostrar. Flaviano, los dos Navarros, Mauro y Mendoza, procuraban distraer ahora á Enrique Lavalett, el cual continuaba suspirando por su amado hermano, hecho pedazos en el campo del honor. Los demás jefes y oficiales reían y comentaban el heroísmo de los *invencibles*; y el ejército entero aplaudía á su general, se burlaba de las embestidas de los turcos, ostentando una arrogancia superior á toda descripción.

Tal era el estado de los heridos y de los vencedores una hora despues de terminada la accion.

Los prisioneros otomanos entraron con los malteses en la ciudad, siendo encerrados en las localidades destinadas al efecto. En cuanto á sus compañeros de armas, perseguidos hasta cerca de las trincheras de su campamento, maldecían lo adverso de su suerte, se parapetaban más y más, abandonando poco á poco el espanto que no há mucho los tenía aterrados y confusos. Dragut habia muerto; cien jefes sufrieron la misma fortuna, y Mustafá, Piali y Assan se hallaban heridos más ó ménos levemente; y los tres, más que avergonzados de la impotencia que acababan de demostrar, experimentaban los efectos de la rabia y coraje que excitó en ellos la cruel derrota que ni por un momento pudieron imaginar. El gran ejército de que disponían, los inmensos recursos y la estudiada sorpresa en que creyeron envolver á sus enemigos, los ofuscó hasta el punto de suponer ganada

una victoria que les negó la suerte de las armas desde el primer instante de la lucha. En tan crítica situación, meditaban en adquirir lo perdido ó perecer todos; pero no se le ocurrió á ninguno de ellos abandonar la empresa que les habia con fiado el gran señor de Turquía. Ni aun en tan amarga desgracia fueron cobardes los tres generales que quedaban al frente de las derrotadas filas mahometanas.

Resguardados ya entre sus fortalecidas trincheras, y amortiguado el espanto de que hablamos ántes, enarbolaron la bandera blanca, corriendo en busca de los cadáveres y heridos que dejaron tendidos en tierra, imitando en esto á sus contrarios.

Abandonemos por ahora á los otomanos y á los vencedores encerrados en Malta; volviendo al campamento de Julio de Silva.

Los soldados y oficiales descansaban de las fatigas anteriores, comiendo unos y otros por primera vez en aquel día. El duque, sus cinco *invencibles* amigos y Enrique Lavalett, hacian lo mismo; si bien el primero y el último permanecian tristes, mientras que en el rostro de los restantes, y muy particularmente en el de Osorio, rebosaban el placer y la satisfaccion.

En este instante se presentó en la tienda un alférez de los que estaban de servicio, quedando parado delante de sus jefes, sin atreverse á hablar.

—¿Qué quereis?—le preguntó Silva, notando su cortedad.

—Señor—repuso el oficial—siento mucho molestaros; mas...

El recién venido no pudo proseguir. Julio le dijo:

—Hablad, alférez, sin temor alguno; os oigo con mucho gusto.

—Señor duque—añadió aquel—un sargento de mi tercio, valiente hasta la temeridad, ha recibido varias heridas que le llevarán en breve al sepulcro; el infeliz no siente morir ni se queja de los crueles dolores que sufre; mas hace media

hora que pide con insistencia hablar con vos. Segun se acerca su postrer instante, se esfuerza más y más en rogarnos que lo traigamos aquí; os bendice, y... Perdonadme, gran señor, si os molesto más de lo que debia.

—¿Qué habeis hecho al escuchar la demanda de ese desgraciado? Hablad pronto.

—Señor, ni los médicos ni nosotros hemos podido resistir á sus ruegos, y lo hemos traído en una camilla.

—¿Dónde está?

—A la puerta de vuestra tienda.

—Insensato, ¿por qué no me avisasteis? Era yo el que debiera ir al hospital de sangre.

El duque y cuantos le rodeaban dejaron de comer, saliendo acto continuo. A seis pasos de las lonas habia efectivamente una camilla, los dos soldados que la habian conducido y un practicante. Silva abrió aquella, fijándose en el cadavérico rostro del valeroso sargento, que, próximo á espirar, se hallaba en el lecho de muerte. Su semblante pálido y descompuesto, sus ojos hundidos y su mirada vaga y fria, decian claramente el estado terrible del infeliz. Al reconocer al duque hizo un esfuerzo para incorporarse, y volvió á caer, palideciendo más y aminorando sus espirantes fuerzas. Silva se inclinó, y cogiéndole una mano, le dijo:

—No te muevas, hijo mio; dime lo que quieras, sin temor ni cuidado alguno. Pide, habla, y que no te detenga consideracion humana. Mira en mí á tu padre, no á tu jefe.

El enfermo se fijó en el caudillo, demostrando ternura y agradecimiento. Luégo, con voz casi imperceptible, interrumpida á intervalos por falta de fuerzas, le contestó:

—Me siento morir, pero estoy satisfecho de haber combatido á vuestro lado. Desobedecí vuestras órdenes, avancé más de lo que debia, y esos bárbaros acribillaron mi cuerpo. Éramos diez contra ciento; matamos muchos; pero al fin... al fin sucumbimos. ¡Ay!... no es nada. El que os obedece ciegamente, es difícil que lo maten... Mi vida acaba; oidme,

noble duque. En la batalla de Dreux caí tambien herido; no he sabido contenerme en los combates; mi genio me ha precipitado siempre. Debí morir en aquella lucha; mas apenas caí en tierra, se llegó á mí un desconocido; me cogió en sus brazos, y sacándome de aquel sitio de muerte, curó mi herida y salvó mi existencia. Era un hombre alto, delgado, pobremente vestido, de mirada irresistible, ¡pero tan bondadoso!... ¡Ay!... ¿Os molesto, señor?

— ¡El mendigo! — exclamaron los *invencibles* rodeando la camilla.

El duque oprimia entre las suyas la mano del sargento; y si al principio le miró con interés, ahora se retrataba en su semblante el deseo y la ansiedad. Sus amigos lo contemplaban con extrañeza, á excepcion de Flaviano, que, á su lado, demostraba impaciencia y dolor. Silva contestó al sargento:

— Habla, hijo mio; te oigo con gusto.

— ¡Qué bueno sois! Esta mañana caí en tierra sin sentido á manos de esos bárbaros, dejándome por muerto; ignoro cuánto tiempo permanecí en tal estado; recordando únicamente que, al abrir los ojos, sólo ví en torno cadáveres turcos y hombres que los amontonaban. A mi lado hallé, como en Dreux, al desconocido de traje mugriento y mirada irresistible. Sus ropas estaban teñidas en sangre, y llevaba consigo hilas, bálsamos y vendas. Me incorporé un poco, besé su mano y le dí las gracias; su rostro demostraba una bondad extremada. Perdonad, señor duque; pero en aquel momento se parecia á vos, á pesar de su edad y harapos.

El moribundo exhaló un ¡ay! que parecia arrancado de lo más hondo de su corazon; sus ojos vidriosos presentaban la muerte; tembló el duque, y Flaviano exclamó, dirigiéndose al practicante:

— Este infeliz espira, y es conveniente que continúe hablando; dadle alguna bebida, algo, en fin, que excite un poco sus moribundas fuerzas.

El ayudante se acercó al enfermo, y vertió en su boca varias gotas de un líquido que llevaba á prevencion. Poco despues asomó al rostro del sargento un ápice de vida, continuando:

—Me quedan muy pocos instantes de existencia. Gran señor, vos que todo lo podeis, salvad á ese desconocido que se parece á vos; lo van á matar, y es tan bueno... salvad...lo....

Otra vez apareció la muerte en el semblante del herido; el duque quedó más pálido que éste; Flaviano tenía el rostro contraído; y sus restantes compañeros, fijos en Silva, le miraban con temor.

—Dad á ese desgraciado algunos instantes más de vida— exclamó Julio con impaciencia, dirigiéndose al practicante— y pedidme cuanto querais.

El aludido hizo que tragase el enfermo algunas gotas más del mismo bálsamo, y variándolo de postura, contestó:

—Creo que ahora podrá continuar; pero es indispensable que permanezca de ese modo.

Un instante despues, el paciente abrió efectivamente los ojos, que tuvo cerrados varios minutos, y fué á moverse; mas Silva le contuvo, diciéndole:

—No te violentes, hijo mio; sigue en esa postura, y dime cuanto sepas del desconocido.

—¿Le salvareis, señor duque?— le preguntó el sargento con interés.

—Sí, á costa de mi vida; habla.

—Gracias, señor. El caritativo anciano me estaba curando, como habia hecho ya con tantos otros, cuando llegaron muchos turcos, y creyendo sin duda que pertenecia á nuestros hospitales, se lo llevaron, mientras que á mí me dieron una puñalada, cuya herida fué la peor que recibí. Aquellos hombres iban recogiendo sus heridos; pero al cristiano que hallaban entre éstos, lo concluian de matar. Comprendo mal á esos bárbaros, y mi estado era además

terrible; pero creí entender que cuestionaban pidiendo unos su muerte, mientras otros se oponían con la esperanza de ganar algo con su rescate.

El duque tembló; Flaviano oprimía los puños con ira, y los cuatro *invencibles* restantes comenzaron á comprender la gravedad del hecho que relataba el moribundo, Silva, con voz ronca y casi ahogada por la angustia, preguntó al herido:

—¿Viste si lo maltrataron? ¿si por fin respetaron su vida?

—Sí, sí. Por último, lo ataron con unas cuerdas, y se dirigieron con él á su campo. No obstante mis dolores y cruel agonía, me incorporé y lo seguí con la vista hasta que desapareció. Lo llevaban casi arrastrando, pero no le pegaban; no lo mataron... Salvadlo, señor, vos que sois tan sabio y valiente; por mí lo cogieron, ¡y es tan bueno!... ¡Ay! ¡Dios mío, amparadme!... Señor, perdon... perdon, Padre caritativo... ¡Ay!... mi alma sea con vos... ¡Ay!

El sargento cerró los labios; Silva le cogió una mano; palpó luego su pecho, y después de reconocerlo, exclamó con acento cada vez más ronco:

—¡Ha muerto!... Llevadlo de aquí; que lo entierren en Malta, y que entreguen á su familia cinco mil ducados.

Y volviéndose á sus amigos, añadió con ojos espantados, trémulo, descompuesto y voz desgarradora:

—Hermanos, ¿sabeis quién es ese mendigo, atado, prisionero, blanco ahora de la befa y escarnio de los turcos?

—¿Quién?—le preguntaron Mauro, Mendoza y los Navarros, adivinándolo por el estado del duque.

—Es el príncipe de Italia; mi padre, el vuestro, el de todos los que le conocen.

—¡Maldición!—repitieron los cuatro; se precipitaron por las colinas, y bajando al campamento, comenzaron á gritar:

—¡A las armas, valientes peones!

—¡A caballo, mis jinetes!

—¡El príncipe de Italia está en poder de los turcos!

— ¡El padre del duque del Imperio cayó prisionero!

— ¡Corramos al campo! ¡Ay de nuestros enemigos!

Jefes, oficiales y soldados quedaron asombrados; luego se retrató el coraje en sus tostados rostros; tiraron la comida, y con noble ardimiento, exclamaron en coro:

— ¡Al campo! ¡Viva el príncipe de Italia; el padre de los desgraciados; el héroe invicto; el religioso trinitario, el santo!

Y corriendo á las tiendas, se armaron, y en confuso tropel fueron arremolinándose al pié de las colinas.

Enrique Lavalett siguió á los cuatro *invencibles*, jurando volver á vengar la muerte de su hermano, á la vez que ayudaba á libertar al príncipe de Italia.

El angustiado y perplejo duque entró en su tienda, y anduvo por ella como un loco: era la primera vez de su vida que dudaba, temia y no hallaba solucion al terrible problema que intentaba resolver.

— ¡Padre mio! — exclamaba — ¡tú en poder de esos bárbaros; tú sirviendo de mofa y de escarnio á la multitud mahometana; á los salvajes de la Arabia y la Siria! ¡Dios mio, Dios mio, por qué tan atroz castigo!

Y el héroe regaba con su amargo llanto el suelo de la tienda.

Flaviano le siguió, y entrando en pos de él, quedó como embargado por una idea. Su bello rostro no demostraba pesar ni sentimiento; parecia como que su materia se habia espiritualizado, permítasenos la frase, participando todo su sér del pensamiento que en tal instante lo abstraia tan completamente.

El duque volvió á exclamar, alzando los brazos:

— ¡Madre, madre mia; tú que moras en el cielo; tú tan buena y amante de los que fueron tu esposo y tu hijo adorados, por qué no imploras la clemencia divina! ¡El santo, el apóstol, el padre de la humanidad desgraciada en poder de las hordas de Turquía! Madre, ¿desde el empero no

puedes atender á tu hijo? Y si lo oyes, ¡por qué lo abandonas!

Su voz espiró como el tañido lúgubre, aterrador, de la campana que anuncia la muerte.

—Julio—exclamó el jóven Osorio con resolucion—yo salvaré á tu padre, ¡qué digo! al mio, al de todos nosotros.

—¡Tú! ¡Flaviano, están secos tus ojos, tu semblante no demuestra ni áun sentimiento! ¿Qué acontece? ¿no amas al príncipe de Italia?

—Tanto como tú; porque le amo voy á salvarlo.

—No; el primero que debe morir en su defensa soy yo; ¡yo, Flaviano, que tengo su sangre, su aliento, y que lo amo!... ¡Hasta este momento no he sabido cuánto te amaba, padre mio!

El llanto embargó su voz, y cubriéndole el rostro, fué humedeciendo su coraza.

En este momento se oyó el estrépito de las armas; las lonas se abrieron, penetrando Mauro, Jana, Navarro, Mendoza y Lavalett. Los cuatro primeros tenían los ojos bañados, los rostros encendidos, y la audacia más espantosa parecia traslucirse en sus semblantes. En pos de estos llegaron, quedando á la puerta de la tienda, cien jefes y más de doscientos oficiales.

—Hermano—gritó Mauro—el ejército espera; corramos al campo, y con nuestra propia sangre salvemos al príncipe nuestro padre.

—¡Al campo!—repitieron Jana, Navarro, Mendoza y Lavalett.

—¡Al campo!—exclamaron los jefes y oficiales que estaban á la parte afuera.—¡Al campo! ¡la victoria con el padre Alberto, ó la muerte!

—¡Gracias!—dijo Silva limpiándose los ojos.—Fuera el llanto, y salgan los aceros. Corramos...

—¡Alto!—añadió Flaviano con acento imperativo.—¡Insensatos, vais á asesinar al príncipe nuestro padre! Alto, repito. Yo lo salvaré, os lo juro.

—¿Tú? —le preguntaron todos sorprendidos.

—Sí; yo soy el único que puedo salvarlo. El príncipe no sabe mentir, y habrá declarado quién es, si antes no lo han vendido los documentos que le hallasen encima. Dueño de él Mustafá, dispondrá que sea asesinado en el momento que os vean correr victoriosos por su campo. En la punta de vuestros aceros llevais la muerte para todos los turcos, pero tambien para el padre Alberto. Recordad, hermanos, quién es ese bárbaro otomano, y quiénes son Piali y Assan, y deducid las consecuencias que podrá traer vuestro arrojo.

Todos callaron; el duque meditó breves instantes, se acercó despues á Osorio, y mirándolo fijamente, le dijo:

—Es cierto cuanto acabas de expresar; pero, ¿podrás tú libertar á mi padre?

—Sí.

—¿Qué medios vas á emplear?

—Los únicos acaso convenientes y de resultado inmediato.

—¿Quieres decírmelos?

—Julio, en esta ocasion solemne, tú, el héroe, el sabio, por primera vez de tu vida te ofuscaste como los demás; la Providencia, no obstante, que vela por la suerte del santo, conservó clara la luz de mi entendimiento, inspirándome á la vez los medios de libertarle. Somos seis con una sola voluntad, con un mismo deseo, y no importa nada que el autor del pensamiento se llame Mauro, Julio ó Flaviano; ni te hace falta saber los medios, en la seguridad de que honrarán al que los emplee.

—Tienes razon, Osorio; mi cabeza no se halla ahora como anteriormente; mi entendimiento es nulo, y mi razon divaga. Tú comenzaste la gran obra de este dia; conclúyela, hermano; seré el primero en obedecerte, ya que el cielo parece inspirar tu elevado ingenio. Corre, Flaviano; dispon de mis tesoros, de mi vida; sálvese mi padre, y perezca yo si es preciso.

El jóven maestre de campo sonrió de un modo siniestro, replicándole:

—Si hay alguna víctima, no serás tú ni el príncipe... acaso sea otro.

—¡Qué quieres decir, Flaviano! ¡tu mirada, esa sonrisa!... Tienes veintitres años, y... ¡Aguarda, hermano!...

—Señor duque—interrumpió el jóven—mando yo ahora. Y alzando la voz, continuó:

—Mauro, al frente de los cien jinetes más prácticos, audaces y denodados, sígueme; elígelos uno á uno. Parte. Duque del Imperio, vizconde de Jana, Roberto Navarro, Rogelio Mendoza y Enrique Lavalett, esperadme en este sitio. El ejército puede concluir de comer, volviendo á ponerse sobre las armas.

Y desapareció de allí como un meteoro.

—¡Ni ha estrechado nuestras manos!—exclamó Silva con sentimiento.

—¡Ni he podido abrazarlos, y acaso no los vuelva á ver!—dijo Flaviano, saliendo de la tienda y limpiándose una ardiente lágrima que corría por su rostro.

—Que concluyan de comer los tercios, y que se cumpla la orden de Osorio—añadió el duque, siendo obedecido en el acto.

Tres minutos despues, partían del campamento Nuñez y Osorio, al frente de cien oficiales, cubiertos unos y otros de acero, llevando bajadas las viseras de los cascos. Sin expresar una sola frase, aguijoneando á sus potros y con bandera blanca, llegaron á la primera avanzada enemiga.

—¡Parlamento!—gritó Flaviano deteniéndose, en union de los suyos.

—¿Qué pretendeis?—le preguntó el oficial turco que mandaba allí.

—Soy—le contestó nuestro español—un jefe del campamento cristiano, y traigo una embajada para el príncipe Mustafá. Avisadle al momento.

—Lo haré, ¡con tal de que no paseis de aquí.

—Id tranquilo, que ninguno de los míos se moverá hasta que conteste vuestro jefe.

Algo después partió el oficial otomano, atravesó las trincheras, llegando hasta el príncipe Mustafá.

Durante su ausencia, se acercó Osorio á su amigo, diciéndole:

—Estoy seguro de salvar al padre Alberto, aun cuando sepan quién es; si bien quedará alguno ó algunos en su lugar. Mientras yo hablo con el primo de Soliman II, familiarízate si puedes con uno de los individuos que componen esa avanzada; y si te fuera dable ganarlo, te sería más fácil hacer algo por el desgraciado ó los desgraciados que han de reemplazar al príncipe de Italia. Nota, hermano, que unos son albaneses y otros egipcios; los primeros pertenecen á Turquía, y obedecen al gran señor, su amo; en tanto que los segundos, los trajo á Malta su afición á la guerra y la alianza pactada entre el rey de Egipto y el gran turco. Míralos; parecen divorciados; hablan diferentes idiomas, y no se entienden los unos á los otros; tú te expresas en las dos lenguas. Lo demás te lo irán explicando los acontecimientos, tu claro ingenio y el noble cariño que profesas... á todos tus amigos.

—¿Qué vas á hacer tú, el más hidalgo de los hombres?

—Nada más puedo ni debo decirte; por lo que te ruego me dejes llevar á cabo el plan, excusando toda clase de preguntas.

—¿Qué veintitres años tan admirablemente aprovechados; qué alma; qué valor; qué abnegación!

Flaviano inclinó la cabeza, permaneciendo en esta postura. Mauro le miraba, y alzando después la vista al cielo, parecía demandar gracia especial en favor de una víctima.

De este modo esperaban los dos amigos la contestación del príncipe Mustafá, mientras los cien hombres que les obedecían aguardaban la más leve indicación de sus jefes

para acometer contra todos sus contrarios, sin importarles el número, clase ni condicion; mas ínterin llegaba este instante, seguian en la actitud pasiva que se les habia impuesto.

Imposible parecia tanta abnegacion y grandeza de alma en un jóven tan apegado á la vida y á los placeres del mundo. Osorio en esta ocasion se hacia incomprendible para todo el que ignorase la hidalguía que encerraba su corazon. Pero no adelantemos el discurso, que tiempo tendremos de estudiar á fondo al incomparable poeta guerrero.

CAPITULO XVIII.

El príncipe de Italia.— Interrogatorio.— El cambio de prisioneros.

‘ Cuanto habia dicho el sargento que acababa de espirar, era por desgracia exactísimo. El príncipe de Italia, primer general del imperio, hermano político y consejero íntimo del César Carlos I, retirado luego al convento de trinitarios de Madrid, y de cuya orden era superior, abandonó á sus siervos para seguir á los ejércitos españoles, practicando despues de los combates la sublime caridad que tanto le elogiaba el mundo. Disfrazado, ennegrecida su piel por el sol y el viento, y hasta fingiendo la voz, dejó el apostolado que ejercia en Madrid, buscando entre los peligros, azares y trabajos de la guerra, medios más continuos y difíciles de ejercer los rasgos de bondad que tan admirablemente le caracterizaban. Sólo se habia descubierto á aquel que le era imprescindible, con el objeto de evitar aplausos y entorpecimientos, al dar á conocer su clase y condicion. Unicamente su hijo el duque del Imperio, y Flaviano de Osorio, consi-

¹ Esta novela histórica es continuacion de otra publicada con el título de *La Inquisicion y el Rey*; y aún quando procuramos darle la independencia posible, guardan necesariamente tanta relacion entre sí, que creemos deber recomendar la lectura de aquella, para que se pueda formar juicio exacto de todos los personajes que figuran en ambas.

guieron reconocerle; pero ambos respetaron hasta este instante el riguroso incógnito del noble profeso. A pié unas veces, otras á caballo, acosado por el hambre, la sed, el cansancio y el insomnio, se halló en Dreux, en Cambray y en Malta; y casi siempre solo, habitando en los campos y durmiendo al aire libre, socorrió al desgraciado, prestó auxilio al herido; y lo mismo en los combates que fuera de ellos, era la caridad personificada en el más noble de los hombres. Daba cuanto tenía; y pareciéndole poco, pedia limosna para sí y áun para socorrer más á los extraños.

Este sér privilegiado, este santo, que respetaron los protestantes de Francia y de Flandes, acababa de ser víctima, segun expresó su protegido sargento antes de morir, de los salvajes turcos y árabes. Vieron en él un cristiano que curaba á otro, y tratándolo como á feroz enemigo, quisieron matarle; concluyendo por sujetarlo con cuerdas, conduciéndolo casi á rastra á las trincheras otomanas. Allí intentaron desnudarlo; mas reparando en los andrajos con que cubria sus carnes, abandonaron la idea, quitándole únicamente las monedas que llevaba y algunos papeles de bastante importancia. El príncipe sufrió con resignacion evangélica los insultos, atropellos y ultrajes que le hicieron; inclinó la frente, se dejó maniatar, y no desplegó sus labios desde el momento que cayó prisionero. De vez en cuando alzaba la vista al cielo, pidiendo por sus asesinos, sin que un solo instante perdiera su rostro el tinte de bondad que continuamente lo cubria. Su alma, la más noble y generosa que existia, no encerraba ni un ápice de odio, rencor ni venganza. Se propuso imitar, en cuanto le fuera dable, al Divino Mártir crucificado en el Gólgota, y cumplia sus deseos de un modo superior á todo encarecimiento; sólo compasion le inspiraban sus verdugos; únieamente amor el resto de los séres humanos.

Un jefe turco, que conocia el idioma español, leyó los documentos arrancados al príncipe; y acercándose á él, le preguntó:

—¿Quién eres?

Nada contestó el padre Alberto.

—¿Eres un príncipe?

—Eso dicen, articuló el profeso.

—Tu color, esas ropas y el mísero aspecto que presentas, lo desmienten. Habla, cristiano; ya ves que conozco tu idioma. ¿No me obedeces? Te lo mando, y ¡ay de tí si ahora rehusas! ¿Callas? Pues muere á mis manos.

El bárbaro tiró del alfanje y le dió un golpe de plano en el hombro. Alberto de Silva sufrió el dolor sin quejarse ni alzar la vista del suelo. Su asesino continuó:

—Entereza tienes, español; y por Mahoma que es indigna de un soldado, propia de un príncipe; esa impasibilidad cuadra mal á tu traje; pero ya sabremos quién eres.

Y volviéndose á los bárbaros que lo habian llevado hasta allí, les arrojó unas monedas, diciéndoles:

—Tomad; os compro el prisionero, y os doy por él doble de lo que vale; quiero regalárselo al príncipe nuestro señor, para que le sirva de esclavo. Sígueme, cristiano.

Y cogiendo la cuerda que sujetaba al preso, se encaminó al sitio donde se hallaba su viejo caudillo. Alberto marchaba detrás, sin alzar la vista del suelo, ni demostrar otra cosa el semblante que su innata bondad.

De este modo llegaron á la tienda de aquel; y dejando el turco atado á Silva á uno de los palos que sujetaban las lonas, como pudiera hacerlo con un perro, llegó á la presencia de Mustafá, el cual se hallaba recostado sobre blandos cojines, descansando de las fatigas del día. Tenía vendada una mano, y sobre la cabeza le fijaron otro apósito, efecto sin duda de las heridas que no há mucho recibió.

Al ver al conductor de Silva, le preguntó:

—¿Por qué vienes á incomodarme?

—Perdonad, señor; hemos cogido un prisionero, y pretendia ofrecérselo.

—¡Buen regalo! ¡He perdido hoy más de catorce mil

hombres, y tienes el atrevimiento de traerme uno solo! Marcha de aquí.

—Obedezco; mas siento no acepteis mi obsequio, pues el preso de que os hablo parece ser un personaje cristiano.

—¿Cómo se llama?

—Su traje es misero; se obstina en callar á toda pregunta que se le hace; mas su entereza y algunos documentos que llevaba consigo, indican que es el príncipe de Italia.

Al oír este nombre se incorporó el viejo general, exclamando:

—¿Estás cierto de lo que dices?

—Vedlo, señor.

Y le alargó los papeles arrancados á Alberto de Silva. Mustafá los fué leyendo uno por uno, asomando á su rostro una alegría satánica. Cuando hubo concluido, le dijo á aquél:

—Tráeme á ese hombre; que á ser cierto lo que supones, te voy á regalar el sueldo de seis años.

Poco despues le entraron al prisionero; clavó en él una mirada escudriñadora, y con desden le preguntó:

—¿Quién eres?

Alberto calló.

—Quita á ese hombre las ligaduras. Soy el príncipe Mustafá, tu amo, y nada debes temer si me dices la verdad en cuanto te pregunte. ¿Eres el príncipe de Italia?

—Dicen eso.

—¿Quiénes?

—Los hombres.

—¿Luego eres padre del duque del Imperio?

Nada contestó Alberto.

—Si no hablas, te mando sacar la lengua para que enmudezcas el resto de la vida; y ten en cuenta, que será éste el menor castigo que te imponga. ¿Eres ó no el príncipe de Italia?

Silva prosiguió guardando silencio. El rostro del bárbaro se encendió, é inmediatamente hizo comparecer á un negro,

armado con una vara, encargándole que castigara al preso segun se lo fuera él ordenando. Despues volvió á preguntar:

—¿Quién eres?... Negro, dos palos.

Aquel obedeció.

—¿Tienes un hijo á quien llaman Julio de Silva?... Negro, seis más.

El esclavo cumplió el mandato.

—¿Te han dirigido á tí estos documentos?... Negro, doce palos.

El príncipe de Italia recibió en sus espaldas veinte golpes que le produjeron dolores agudos, pero no alzó la frente ni desplegó los labios. Su semblante continuaba bondadoso, tierna la mirada, inmutable su rostro. Mustafá añadió:

—Puesto que en tí no surte efecto ese castigo, te impondré otros diferentes.

Y dirigiéndose al conductor del infeliz prisionero, le dijo:

—Encierra á ese hombre en una mazmorra; ponle argolla y grillos, y que continúe en pié y sin movimiento alguno dos horas. Si antes de acabar este plazo no habla, le cortais las orejas; media hora despues, la lengua; y luego, que lo descuarticen cuatro potros. Salid.

El bárbaro fué obedecido, y recostándose tranquilamente sobre los mullidos cojines, quedó aspirando los aromas que exhalaban sus pebeteros.

Una hora despues le anunciaron que un parlamentario español pretendia llegar hasta él.

—Que venga—exclamó—dificilmente se perderá nada en oírle despues de tanto como nos han quitado hoy.

Y continuó reclinado sobre sus adasmascados cojines. Media hora despues se detuvieron á la puerta de la tienda varios jinetes, echaron pié á tierra, penetrando luego el valiente Osorio, con los ojos vendados, en medio de dos jefes turcos. El jóven se arrancó el pañuelo, alzó la visera, é hizo un cortés saludo en lengua otomana al príncipe Mustafá. Su rostro no demostraba en estos instantes otra cosa que

mucha tranquilidad y una resolucion extrema, la cual se traslucia al través de aquella calma que presentaba en su mirada y movimientos. No sentia latir su corazon; circulaba su sangre con regularidad, y se fijó en el general enemigo, sin temor, desden ni interés.

El primo de Soliman II se incorporó, y devolviéndole el saludo, le dijo:

—¿Quién sois y qué deseais? Hablad, que os oiré con gusto.

—Quiero—le contestó el jóven con afectada indiferencia—proponeros un canje, y soy un jefe del ejército español; uno de los cinco que rodean al duque del Imperio.

—¡Un *invencible*!—exclamó Mustafá acabándose de incorporar, mirando á Flaviano con bastante curiosidad. Luego añadió:

—¡Sois muy jóven!

—Sí.

—¿Traeis algun documento de vuestro general?

—No; los grandes de España nos comunicamos las órdenes verbalmente, y se nos cree por nuestra palabra, á la que nunca faltamos.

—¿Podeis identificar vuestra persona?

—Fácilmente; me sirven de escolta cien jefes castellanos que aguardan mis órdenes cerca de vuestras trincheras.

—¿Qué empleo teneis en el ejército?

—Mando un tercio, y soy maestro de campo.

—Creo haberos visto esta mañana.

—Es posible.

—¿Llevábais ese mismo penacho?

—Sí.

—Pues os debo una herida en mi cabeza, que os pagaré en mejor ocasion.

—A haber sabido quién érais, estaríamos en paz.

—Muchas gracias; mas me permitireis que lo dude.

—Creedlo, príncipe; de reconoceros, os hubiera muerto;

y como entre vivos y difuntos no hay deuda posible, me fundo en eso para asegurar que nada me debierais.

— Ya os voy conociendo, señor *invencible*.

— Mejor me conoceréis en breve, por desgracia.

— ¿De quién?

— Sábelo Dios, poderoso turco.

— ¿Me trais una embajada?

— Sí.

— ¿Del duque?

— Sin duda alguna.

— Hablad.

— Digo, señor, que os hemos hecho hoy multitud de prisioneros; y á la verdad que, escaseando los víveres en Malta y teniendo que sostenerlos, son caros y estorban.

— Pues dejadlos en libertad, que yo les daré cuanto les haga falta.

— Os entregaré algunos; todos es imposible; si hoy nos ha favorecido la suerte de las armas, mañana puede sernos adversa, y necesitarlos para intentar otro canje.

— En ese caso, ¿qué pretendéis?

— Cederos unos cuantos.

— ¿Por dinero?

— No; que somos soldados, no comerciantes.

— Entónces, regaládmelos.

— Eso tampoco es posible; que si vos teneis en mucha estima á los vuestros, nos hallamos nosotros en idénticas circunstancias.

— Hablais bien el idioma de mi padre; mas no os comprendo, maestro.

— Pardiez, he dicho y repito que deseo un canje.

— ¿Os burlais, español?

— No, á fe mia. ¿En qué os fundais?

— En que no os hemos hecho ningun prisionero.

— Pues nos faltan, entre otros, un religioso trinitario...

— ¡ Ya! el príncipe de Italia.

Mustafá fijó una mirada penetrante en Osorio; éste se estremeció; mas lo disimuló admirablemente, replicándole con cierta indiferencia:

—Sabeis más que yo, que su hijo y que sus restantes parientes y amigos, pues todos lo creíamos difunto. Me refiero á un pobre religioso, dedicado al socorro y alivio de los heridos. Un hombre alto, delgado, tez curtida, y como de unos sesenta años de edad.

Ahora fué Flaviano el que se fijó en el general otomano, notando con placer que aquél vacilaba.

—¿No es ese—le preguntó el turco—el príncipe de Italia?

—Os repito que lo creíamos muerto.

—Tengo aquí documentos dirigidos á él recientemente, y encontrados á ese fraile de que hablais, el cual no niega ser el mencionado príncipe.

—Pero estoy seguro que no se habrá atrevido á afirmarlo, toda vez que, segun mis noticias, no es embustero ese religioso.

Mustafá inclinó la cabeza, permaneciendo algunos minutos como meditando, en tanto que su antagonista estudiaba hasta sus menores movimientos, aguzando á la vez su privilegiado ingenio. Por fin, aquél alzó la frente, preguntando:

—¿Cuántos me dais de los míos, en rescate de ese prisionero?

La pregunta era una red; pero el astuto Osorio le contestó:

—Por uno, otro; mas si efectivamente no tuvierais más que ese, á fuer de generosos, os daremos dos.

—No acepto, señor maestro; prefiero descuartizarlo, empezando á vengar de este modo la derrota de hoy.

—Me alegro saberlo, porque así terminaremos nosotros la victoria mandando degollar á más de cuatro mil turcos que tenemos encerrados en Malta.

—¿Tanto vale el prisionero que os he hecho?

—No, príncipe; se trata sólo de imitar la hidalguía de los turcos.

—¿Y si mañana necesitaseis de esas víctimas para canje de otras?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque vos, no siendo enemigo de buena ley, rehusais los canjes.

—Teneis razon; prefiero la venganza; así es, que ántes de dos horas, el príncipe, ó el fraile, unido á vos, sereis descuartizados.

—Tan estupenda barbaridad es digna del que la lleve á cabo. No habia oido decir jamás que era posible asesinar á un inofensivo religioso y á un parlamentario.

—No me extraña; sois tan jóven, que no conoceis el mundo ni las historias.

—Perdonad, príncipe; he estudiado más que vos, si bien pasé por alto los hechos de muchos salvajes. Me habeis puesto en cuidado; y puesto que se trata ya, no de un pobre fraile mendicante, si que de un jefe español, quisiera que me dijerais cuántos turcos quereis por ambos.

—Todos los que teneis; un mes de tregua, y quinientas mil doblas.

Era la tercera red que el otomano tendia al hábil Osorio; pero éste no cayó en ella, si bien iba comprendiendo lo difícil del debate que sostenia, y lo imposible de atraerlo á nada bueno. Sin vacilar le contestó:

—Lo primero no es posible; y si en ello os empeñais, habré de dejarme matar: lo segundo lo deseamos; pero es cuestion que os importa tratar con el duque del Imperio, el cual vendrá á veros esta noche, si nos entendemos; y en cuanto á lo tercero, no teniéndolo, mal podemos darlo.

—Entónces, os mando matar á los dos, y negocio concluido.

—¿No me permitireis que entere al duque de vuestra determinacion?

—¿Hablais de veras?

—¿Por qué no?

—Ahora os contestaré. ¡Hola! —gritó el bárbaro.

A su voz entraron varios jefes. Flaviano montó las dos pistolas que llevaba al cinto, y con sangre fria pasmosa, le dijo:

—Príncipe, si os veo mover los labios, os mato con esta — y le apuntó al pecho, añadiendo — y con esta otra al primero que se acerque de esos imbéciles. Al estampido partirá mi escolta al campamento cristiano, degollarán á todos tus prisioneros, y los que os han vencido esta mañana, caerán sobre vosotros; que, muerto vos, ya comprendereis la suerte que sufrirán... Pardiez, no os movais, porque... quieto ahí, bárbaro otomano. Delante de todos los míos vendrá Flaviano de Osorio, hijo del primer ministro español, el cual os ha robado esta noche á la hermosísima Syra...

Al oir el turco las últimas frases del jóven, se contrajo su rostro, tembló, y con acento balbuciente le dijo:

—Permitidme dos palabras. ¿Es cierto cuanto decís? ¿me han robado á Syra?

—Preguntádselo á los vuestros si no me creéis; pero cuidado con hablarles de otra cosa, porque os mato.

El príncipe preguntó á los jefes que concluian de entrar:

—¿Sabeis vosotros si es cierta esa noticia? El que me engañe morirá á mis manos.

Uno de los turcos fué á avanzar para replicarle; pero Flaviano lo contuvo apuntándole con la otra pistola, exclamando á la vez:

—¡Alto, ó mueres! Contesta desde ahí, y sin moveros ninguno.

—Señor —dijo aquél —por desgracia es verdad lo que acaba de decir ese cristiano.

—¿Cómo me lo habeis ocultado?

—Hace sólo un cuarto de hora que llegó el jefe de vuestras cuatro galeotas, el cual espera ese tiempo á que lo recibais; é interin nos refirió el hecho.

Mustafá volvió á inclinar la cabeza, meditó algunos instantes, exclamando despues:

—Salid de aquí, dejándome solo con el cristiano. Que espere ese marino.

—¡Alto! —tornó á gritar Osorio. —Príncipe, he de salir yo el primero, ú os mato; elegid.

Y le acercó el cañon de la pistola á media vara del pecho.

—Que se queden —añadió con temor el viejo otomano— si en ello teneis tal empeño.

—Si, Mustafá; podrán asesinarme, pero ha de ser con su cuenta y razon.

—Por mi parte os perdono, y juro respetar vuestra persona en esta ocasion; es más, os voy á proponer un canje.

Osorio comprendió que ahora no mentia el turco; mas sin dejar su actitud amenazadora, le replicó:

—Si os poneis en razon, aún podremos entendernos.

—Maestre, he dado la órden de matar á ese religioso, pues tengo la conviccion de que es padre del duque que me ha vencido hoy, y anheló vengarme de él con un ahinco que vos no podeis comprender; pero si me dais por él á ese Flaviano de Osorio, raptor de Syra, os lo entrego, aún cuando esté persuadido de que es el príncipe de Italia.

A su vez inclinó Osorio la cabeza, como herido por un rayo. En el mismo instante, y valiéndose de aquella distraccion del jóven, desapareció de la tienda un jefe turco, mientras los restantes se interpusieron entre Flaviano y el príncipe, escudando á éste con sus cuerpos.

—Estás perdido, cristiano —exclamó aquél— pero si aceptas mi proposicion, salvo tu vida y te entrego mi prisionero.

Osorio alzó la vista al cielo, exhaló un suspiro, y desmontando las pistolas, le contestó:

—Acepto; y en prueba de ello, guardo estas armas.

Se oyeron fuera de la tienda varias carreras, voces de mando, y rasgándose las lonas de la tienda, aparecieron veinte bocas de mosquetes, y el resplandor de las mechas encendidas.

—¡Alto! —gritó el príncipe— retirad esas armas, y salid todos de aquí.

Y andando tres pasos, cubrió á Osorio con su cuerpo.

Los mosqueteros le obedecieron; los jefes partieron también, quedando solos el general y el maestro. Aquél le dijo á éste:

—¿Cumplirás tu palabra?

—Con una condicion; que me has de permitir marchar solo, y sin taparme los ojos, hasta llegar adonde están los míos.

—¿Qué te propones?

—Morir matando, si me atacan los tuyos en el camino.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—¿Volvereis con Flaviano de Osorio?

—Antes de una hora estaremos al pié de tus trincheras.

—Juradlo.

—Por el Dios que nos oye, os juro entregaros á Flaviano de Osorio, raptor de Syra, si vos nos devolveis vuestro prisionero.

—¿Cómo se hará el canje?

—Saldrá á la parte afuera de vuestras trincheras el religioso, acompañado de doscientos jinetes; yo correré á su encuentro con cien; y cuando estemos á diez pasos, avanzará el uno hácia nosotros, y el otro hácia los vuestros.

—¿No habrá lucha?

—Hasta que el raptor llegue ante vos, no.

—¿Me lo jurais?

—Sí.

—Estrechad mi diestra, cristiano, y que el cielo os confunda si mentís.

—Sólo el más vil de los hombres podía faltar á tan solemnes promesas.

—Dicen que los grandes de España cumplen siempre sus palabras.

—Pronto os probaré que es verdad, llenándoos de asombro.

—Partid.

—Hasta pasado una hora.

—Que Mahoma os ayude.

—Que Dios os guarde.

Osorio salió de la tienda, y Mustafá tambien; pero este último lo hizo con el fin de mandar que le dejaran el paso franco, encerrándose luego con el capitán de las galeotas.

El valiente Flaviano montó nuevamente las pistolas y se encaminó á las trincheras, tranquilo, sin acelerar el paso ni dar señales de sentir el más leve temor. Miraba á derecha, izquierda, de frente, y grababa en su memoria cuanto veía. En tan críticos momentos sólo se cuidaba de estudiar el terreno, medir las distancias y comprender cuanto juzgó necesario. Llegó á las trincheras, las examinó, y franqueada la salida, anduvo hasta incorporarse con su amigo Mauro.

—¿Murió, ó vive? ¿será nuestro, ó lo perderemos para siempre?—le preguntó Nuñez lleno de terrible impaciencia.

—Vive—le contestó el jóven—será vuestro, y podrá regresar á España; si bien costará una víctima... poco se pierde en el cambio, hermano. ¡A caballo!

Y montando, partieron hasta perder de vista las avanzadas turcas.

—¡Alto!—exclamó el mismo, deteniéndose.—Observad vosotros si nos vigilan—dijo á los de la escolta.—Tú, hermano, acompáñame.

Y ambos se separaron trescientos pasos de aquellos, siendo seguidos con cautela por uno de los de su comitiva, que quedó á tres pasos de ellos, cubierto con los árboles.

—Mauro—continuó Osorio—para que el príncipe de Italia, nuestro padre y señor, se salvase, era preciso entre-

gar el maestre Flaviano al bárbaro turco. Sabe quién es su prisionero; y sólo un acontecimiento que ignoras, me ha proporcionado un canje, con el cual se gana mucho, con el que se pierde poco.

—¡Flaviano, hermano mio, te va á matar ese salvaje!

—Sí, es lo probable; pero de no entregarme yo, positivamente descuartizarán esta tarde al príncipe, y ya comprenderás lo indispensable de mi muerte.

—¡Oh, qué alma tan noble! ¡qué corazon tan leal y generoso! Yo no puedo consentir que tú mueras; áun cuando estuviera solo, penetraria en el campamento, y te salvaré, ó con tu vida acabará la mia.

—Mauro, juré que no atacariais al enemigo hasta despues que me hallase frente á Mustafá; si me matan al entrar en su tienda ó por el camino, sólo os encargo que rogueis á Dios por mí, y digais á mis padres, esposa y amigos, que espiro amándolos, bendiciéndolos, y que se cerrarán mis labios sin miedo á la muerte, sin temor á los hombres. Estrechas á Julio, á Roberto, á Rogelio y á Odon... Les das cien abrazos; les recuerdas á menudo cuánto os quiero; y si se entristecen, añádeles que en el cielo los aguardo. La vida es muy corta, y en breve nos uniremos otra vez los seis. Mis padres, esposa y vuestras familias, llorarán mucho; ¡ah! ese es mi mayor desconsuelo. ¡Infelices! ¡cuántos suspiros les va á costar este pedazo de inmundo barro, que tan poco vale y que causará un rio de lágrimas! Hé ahí la prueba; tú, el más valiente de los hombres, lloras ya... Quién sabe, hermano mio; no te aflijas; te voy á proporcionar el único medio de salvar mi vida, si es que Dios te ayuda.

—Habla, Flaviano; ¡no te importe la mia!

—Júrame ántes respetar la promesa que hice á Mustafá, de que no sería atacado hasta que llegase á su presencia Flaviano de Osorio.

—Duro es, mas te lo ofrezco.

—Oye ahora: si muriese en el camino ó antes de que os

acerqueis á mí, retiraos al momento, procurando salvar vuestras vidas, para no aumentar el duelo de nuestras familias; en este caso te concretas á cumplir los encargos que te acabo de dar; mas para abreviar, en caso contrario, y facilitaros mi salvacion, debo decirte, que las trincheras y las zanjias van estrechando hasta llegar á la orilla del mar, en cuyo extremo defienden esa parte del campo con los cañones de los buques; siendo fácil la entrada á caballo. Por ese lado está la tienda de Mustafá á media milla escasa, siguiendo la línea del Mediterráneo; y se distingue de las restantes por su gran extension, y tener las lonas listas azules y blancas, con varias medias lunas en su extremo superior. A la izquierda, entre multitud de tiendas pequeñas, deben estar las prisiones. Ahora, hermano, abrázame; y si no nos volvemos á ver, hasta la eternidad, donde os aguardaré, pidiendo á Dios por vosotros.

Los dos jóvenes se estrecharon, bañados sus rostros por ardientes lágrimas que iban á estrellarse en sus lucientes armaduras. Era una escena muda, pero tan tierna, tan angustiosa y llena de afliccion, que no hallamos frases con que describirla. Duró dos minutos, en cuyo instante exclamó Mauro:

—Marcha, alma incomparable; sacrificate, que todo lo merece el príncipe de Italia; pero si te matan, ¡voto al demonio! que no nos has de esperar mucho tiempo.

—A caballo, hermano; y si yo muero, no aumenteis las desgracias de nuestras familias.

Los dos fueron á montar; mas les detuvo una voz dulce, cariñosa, vibrante, que le dijo á Osorio:

—¡Ingrato, vas á perecer, y hasta me niegas el calor de tu mano!

—¡Julio!—exclamaron los dos á la vez, dejando los caballos y abriéndole los brazos.

El duque del Imperio no habia podido permanecer en la inaccion, en tanto que sus amigos exponian sus vidas por

salvar la de su amado padre. En cuanto partieron los ciento dos jinetes, dejó al vizconde de Jana al frente del campamento, y cambiando su casco por el de un simple oficial, montó á caballo, consiguiendo alcanzar muy luego á los individuos de la escolta, confundiéndose entre ellos, como uno de tantos que se habia quedado atrás. De este modo, y siempre con su visera caída, oyó las conversaciones de sus dos amigos, ayudó á Mauro, sin apercibirse éste de quién era, á ganar á un jefe egipcio de los que componian la avanzada; y más tranquilo, al saber que su padre iba á ser canjeado por Osorio, escuchó la última conversacion de los *invencibles*, guarecido con los árboles, no pudiendo conservar más su incógnito, al ver que su querido Flaviano partia, probablemente á morir.

—Estréchame, hermano—le decia al jóven maestre—tú corres á salvar á mi padre; yo te libentaré á ti. Se ofuscó mi entendimiento, pero volvió á prender su luz; y en salvo el príncipe de Italia, si mueres tú, seguiremos la misma suerte los cinco restantes; eso hemos jurado, y eso ha de ser.

—¡Julio, hermano mio!...

—Basta, Flaviano; tu mision de mando ha terminado ya; soy otra vez el general en jefe, y no admito réplicas. Trae pronto á mi padre, que yo le devolveré al tuyo su hijo. ¡A caballo, señores!

E incorporándose los tres con la escolta, y descubierto ya el duque, gritó:

—Uno de vosotros que parta inmediatamente, y haga venir por el mismo camino que hemos traído, al vizconde de Jana, á Roberto Navarro y á Rogelio Mendoza. Que no pierdan un segundo.

Un oficial iba á marchar, siendo detenido por otro, que le gritó:

—¡Alto! mira, que no venga Mendoza, que está aquí.

Y el valeroso gigante se alzó la visera, presentando su varonil rostro. El enviado quiso partir de nuevo; pero des-

cubriéndose el vizconde de Jana y Roberto, le dijo el primero:

—No avises á nadie, porque estamos todos.

Los tres *invencibles* que concluían de descubrirse, viendo la conducta del duque, y comprendiendo sus intenciones, no pudieron contenerse; y unos tras otros fueron haciendo lo mismo que él, confundiéndose al poco tiempo con los individuos de la escolta, cuyo número elevaron á ciento seis. Los tres últimos estrecharon tiernamente á su querido Flaviano; los seis se miraron, y el cariño se retrató en sus semblantes.

—¡Al campamento turco!—gritó de nuevo el duque; todos se bajaron las viseras, y partieron.

Delante iban los *invencibles*; y detrás, de diez en fondo, los cien oficiales y jefes más valientes y experimentados del ejército cristiano. De este modo llegaron á la avanzada, donde fueron detenidos. El jefe turco se acercó á ellos, y les dijo:

—Esperad un poco, que no tardarán en venir los míos.

Y se retiró, quedando en su lugar un jefe egipcio, al cual quiso hablar Mauro; pero anteponiéndose Julio, se inclinó, diciéndole al oído:

—Soy el duque del Imperio; doblo la suma que te ha ofrecido el maestre de campo Mauro; pero es indispensable que desaparezcas de aquí, y nos esperes entre esa arboleda que dejamos atrás. Cuando regresemos, nos seguirás adonde vayamos. ¿Aceptas?

—¿Cumplirás tu palabra?

—Jamás falté á ninguna de las que he dado.

—Te aguardaré detrás de los árboles. ¿Voy á pié, ó á caballo?

—Montado, y en buen potro, si lo tienes.

—Allí estaré.

—Retírate, para evitar que sospechen.

No tardaron mucho en ver varios jinetes turcos que se

detuvieron á quinientas varas. El jefe de aquel punto les dijo entónces:

—Podeis avanzar hasta la distancia de diez pasos antes de llegar á los míos.

Así lo hicieron, parándose tres minutos despues. De frente tenían doscientos jinetes albaneses, cuyo jefe les preguntó:

—¿Viene entre vosotros el maestre de campo Flaviano de Osorio, raptor de la sultana Syra?

Los cinco *invencibles* se estremecieron al oír las últimas frases del otomano. El jóven aludido alzó la visera de su casco, replicando:

—Yo soy.

—¿Jurais vosotros —añadió el turco— que ese cristiano es Flaviano de Osorio?

—Sí —le contestaron los ciento cinco.

—Entónces, hagamos el canje.

Y alzando más la voz, gritó á los suyos:

—Que avance el prisionero.

En el mismo instante se tiró Osorio del caballo, entregó sus armas á un oficial, y estrechando rápidamente las manos de sus cinco amigos, se confundió entre los albaneses, con ánimo, sin duda, de que no lo viese el padre Albertó. Éste se hallaba á retaguardia de los mahometanos, y no pudo oír ni comprender nada de cuanto acababa de pasar. Llegado al campo neutral, le dijo el mandarin albanés:

—Libre quedais; marchad con los vuestros.

El duque le salió al encuentro, le ayudó á montar en el potro que dejaba Flaviano, y estrechándolo tiernamente, le dijo al oído:

—¡Corred, padre mio, si no quereis que perezca Osorio!

Y alzando más la voz, añadió:

—¡Al campamento!

Y partieron todos á escape, yendo delante el padre y el hijo, dejando en lugar del primero, sin saberlo él, al noble jóven, que acababa de practicar una accion para la que es

poco todo encarecimiento. La abnegacion de Osorio en este dia, su valor y la serenidad con que caminaba ahora al patibulo más afrentoso, formaban sublime consorcio con la entereza y mansedumbre que no há mucho demostró el inimitable príncipe de Italia. Mucho valian el padre y el hijo; se les juzgaba los dos hombres más eminentes, nobles y leales de la nacion española, que era el país de los hidalgos; pero el jóven Flaviano se acercó tanto á ellos en este dia, que se confundió con ambos, ya que no era posible sobreponerse.

Tan afligidos el duque, sus cuatro compañeros y el resto de aquellos valientes, como antes de libertar al príncipe, corrian hácia el campamento sin dirigirse una palabra; pero anhelando todos volver atrás, y salvar á Osorio ó perecer con él.

Julio miraba á su padre con ternura extremada; mas á la vez sentia latir el corazon fuertemente, se le presentaba delante la hermosa figura de su querido amigo, y hacia rechinar los dientes, apretaba los puños y miraba atrás, para volver de nuevo á picar el caballo de su padre y el suyo; hasta que por último dió vista á la arboleda en que se descubrió á Flaviano, en cuyo instante gritó:

— ¡Alto!

Todos se detuvieron, rodeándole en el mismo momento.

— ¡Arriba las viseras! — volvió á exclamar.

Y fijó su mirada en aquellos varoniles rostros.

— Acercaos, Monserrat — le dijo á uno; y aproximando sus labios al oido de aquél, añadió:

— Acompañad á mi padre al campamento; hacedle entrar en mi tienda; rodeadla luego con cien hombres; que sirvan al príncipe cuanto pida, pero que no salga de ella. Vuestra cabeza me responde del exacto cumplimiento de esta orden.

— Juro obedeceros, y ya conoceis mi lealtad, señor duque — contestó el oficial.

Julio alzó la voz, dirigiéndose á Alberto:

—Padre mio, en nombre del rey y por el Dios que nos oye, seguid á Monserrat, que os llevará á mi tienda.

—Hijo—le replicó el anciano—empiezo á comprender lo que ha acontecido, y...

—Señor, ¡por vuestra esposa, por mi adorada madre!...

—Basta, hijo mio; te obedezco.

Y elevando el príncipe su mirada al cielo, añadió:

—¡Dios mio, Dios mio, tu misericordia sea con ellos!

Picó á su caballo, partiendo como una flecha, unido al capitán.

El duque los siguió con la vista, hasta que los conceptuó libres de una sorpresa enemiga; luego se volvió á los suyos, exclamando con voz ronca y atronadora:

—Señores, el juramento de Flaviano está cumplido; corramos á salvarle, ó á perecer con él. El que quiera vivir, si Osorio ha muerto, que huya de nosotros.

—¡Al campo enemigo!—gritaron todos.

—Pues seguidme, sin separarse uno solo de mi lado.

Y corrieron hácia el Sur, siendo detenidos por el jefe egipcio, que saliendo de entre la arboleda, dijo:

—Aquí estoy, poderoso duque.

—Condúcenos por el camino más corto y sitio donde podamos saltar la zanja y brecha, á la tienda de Mustafá. Desnuda el acero y pégate á mí; quiero traerme al caballero que hemos entregado ántes; si lo consigo, doblo la suma.

—¡Pues á escape!—gritó el egipcio.

Y los ciento seis se dirigieron á la playa, torciendo luego hácia Levante. Poco despues quiso detenerlos una avanzada, y la arrollaron como el rayo al débil estorbo que le sale al encuentro. En seguida distinguieron veinte jinetes albanes que pretendieron contener su carrera, y los confundieron con el polvo que pisaban los corceles.

Tres minutos más tarde se perdieron entre las trincheras del campamento enemigo, continuando á un escape parecido al rápido curso de una exhalacion.

CAPÍTULO XXIX.

El heroísmo en la desgracia. — Los verdugos y la víctima. — Sorpresa. — Indecision. — Todo se ha perdido. — Todo se ha ganado.

Flaviano quedó rodeado de sus cobardes asesinos, mostrando una arrogancia que contrastaba con su terrible situación. Los albaneses siguieron mirando á los españoles hasta perderlos de vista; luego se dirigió el jefe á su segundo, diciéndole:

—Cumplid las órdenes del príncipe.

Y picando á su caballo, corrió hácia la tienda de Mustafá.

Los mahometanos ligaron las muñecas de Osorio con una cadena, su garganta con otra, y cogiendo dos jinetes los extremos de estas, tiraron de él, llevándolo de tal modo por el camino que dejaba atrás el jefe albanés. Emprendieron la marcha á un trote largo, cuyo paso tenía que seguir el jóven, á trueque de no ser arrastrado y hecho pedazos. El que sujetaba la cadena que oprimia sus muñecas, iba á la derecha; y el que tenía la que enroscaba su garganta, á la izquierda; y como no llevaban el mismo paso, movimiento y exacta direccion, resultaba que el uno le destrozaba los brazos y el otro el cuello á los continuos tirones que recibia de derecha

á izquierda, y vice-versa. El desgraciado sufría tan horrible martirio con heroísmo sin igual. Más valiente que lo fué hasta entónces, contestaba á los insultos y mofa que le hacían los bárbaros, con arrogancia y frases que excitaban más el coraje de aquellos. Era, en tales instantes, la poderosa víctima que escondía su amarga angustia, para imponer á los verdugos con la mirada, el aliento y la dureza de su lenguaje. A cada cien pasos sentía un nuevo dolor y veinte ultrajes, sin que el uno ni los otros consiguieran amenguar su valor y entereza.

Así anduvo cerca de una milla, llegando á la tienda de Mustafá con su armadura rota, ensangrentadas las plantas de los piés, y aguijoneado por crueles dolores.

Los doscientos albaneses rodearon la morada del bárbaro; y aproximándose á la puerta los dos que sujetaban al preso, alzaron á éste, lo balancearon, arrojándolo á los piés del príncipe, que se hallaba reclinado sobre sus mullidos cojines. Con su cuerpo hizo pedazos al caer el maestro un precioso pebetero, sufriendo el infeliz una lesión en la pierna derecha; mas á pesar de todos sus tormentos, se puso en pié, y mirando con desprecio á Mustafá, exclamó:

—Ningun valiente de la tierra trata de este modo á un hombre indefenso, á un misero cautivo. Os dejasteis ganar la batalla de hoy con triples fuerzas y recursos, y perdereis cuantas os den, porque sois tan villanos como cobardes.

— ¡Con que eres tú! ¡el embajador de ántes!

—Si; tuviste en tu poder al príncipe de Italia y á mí, y fuiste tan torpe, que te has quedado con uno solo, dejando escapar á aquél, por cuyo rescate te daría el duque del Imperio la isla de Malta y todos sus estados.

—Me basta con el sér que me robó á Syra; que empañó su aliento y ajó su hermosura.

—Me juzgas como pudiera yo hacerlo de tí; dí á la griega la libertad que apetecía; me abrí paso á tiros; y con un valor que vosotros desconoceis, la llevé á Malta y se la entregué

al soberano, tan pura como la hallé, tan hermosa como era, honrada además con mi apoyo, proteccion y riquezas.

—Luego he llegado á tiempo de que su raptor no...

—Su raptor tiene una esposa, única mujer que ama, y jamás pensó en manchar la virtud de Syra.

—Entonces, ¿por qué la robaste?

—¿Para qué te lo he de decir, si no has de comprenderlo? La hidalguía castellana es desconocida por los turcos.

El bárbaro miró á Flaviano de un modo siniestro, preguntándole:

—¿Es cierto lo que acabas de decir?

—Yo no miento nunca.

—No se concibe...

—¿Te explicas tú el que yo haya venido á morir por un anciano que ni áun es pariente mio? Esta accion, ¿la habria practicado algun turco?

Mustafá vaciló; Osorio, en medio de sus dolores, angustias y horrible posicion, conservaba intactos su valor, talento y sagacidad, y procuraba ganar tiempo, sin menoscabar su altanería y dignidad. El principe tornó á preguntarle:

—¿Amas la vida?

—Sin ella he venido aquí; que de un turco sólo es dado esperar la vileza y el asesinato.

—¿Pero amas la vida?

—Ayer, mucho; hoy, nada.

—Perdida la tienes ciertamente; pero te la regalo.

—¡A costa de alguna infamia! Prefiero morir.

—No. Si me entregas á Syra, tan pura y hermosa como la robaste, y el duque acepta un mes de tregua, te la concedo; mas no has de salir de aquí hasta que se efectúen ambas cosas.

Osorio hizo que meditaba. El principe le interrumpió:

—Contesta.

—Lo primero imposible; lo segundo es muy fácil.

—¿Pues no dices que amas á tu esposa únicamente?

—Sí; mas ofrecí á la griega su libertad, y un caballero español no falta jamás á su palabra.

—Pues yo he prometido á mis vasallos darles hoy un blanco para el juego de la rueda candente, y un príncipe no puede faltar á su oferta. ¿Conoces esa diversion turca?

—No; y oiria con gusto su descripcion.

—Escucha, pues: forman círculo doce árabes; cada uno tiene detrás una hornilla con ascuas, y entre éstas varias tenazas, cuyos extremos se convierten en fuego abrasador; en el centro se coloca la víctima, y á la señal convenida se entona un himno mahometano, comenzando á girar la rueda que componen los doce. Cada uno lleva una tenaza hecha ascua, que renueva continuamente; con ellas, y al compás de la música, van arrancando al del centro las orejas, la nariz, los dedos, y de este modo continúan hasta llegar al corazon, en cuyo instante espira la víctima. La funcion es divertida; y si los campeones son hábiles, dura más de tres horas. ¿Qué te parece?

—Digna de vuestro valor. Así como vosotros no conoceis la hidalguia española, los castellanos no comprendemos vuestras salvajes diversiones.

—Cristiano, ¿me entregas á Syra?

—No, y mil veces no.

—Vas á perecer en el tormento más horrible que han podido imaginar los hombres.

—No me asusta nada en el mundo. Cuando creas que el martirio llegó á su más alto grado, entónces gozaré más con la idea de la segunda derrota que vais á sufrir en este campo.

—¡Maldicion sobre tí, vil gusano! Veremos si puedo domeñar esa entereza. ¡Hola! Sujetad al cautivo, y dé principio el juego candente.

Habian entrado cuatro robustos negros, los cuales cogieron las cadenas del infeliz prisionero, tirando de ellas hasta llevarlo á cien pasos de la tienda del príncipe, colocándolo

en el centro de un círculo que apenas tendria tres varas. Ya allí, fué rodeado por doce árabes, provisto cada uno de su hornilla y tenazas, en la forma que expresó Mustafá; algo más tarde se aproximaron multitud de jefes otomanos, colocándose detrás; y en pos de éstos se agruparon un enjambre de soldados, llegando luego el príncipe en un carro triunfal, tirado por negros: á su derecha iba Piali, y á la izquierda el pirata Assan.

La noble víctima, á pesar de los agudos dolores que sufría, del aspecto terrible que presentaban sus doce verdugos, y de los instrumentos con que debia ser martirizado, parecia adquirir más fuego en sus ojos, más valor en su alma, más ardimiento en su corazon. Dirigia la mirada, y todavía obligaba á bajar la vista al bárbaro en quien se habia fijado. Prisionero, maniatado, rota su armadura, ensangrentados sus piés, con el tormento delante y próximo á perecer, aún imponian su severo semblante y majestuosa actitud.

Mustafá exclamó:

—Quítadle el casco.

Y abriéndose paso dos esclavos, llegaron hasta el reo y le arrancaron el acero que cubria su cabeza.

¡Imposible parecia que hubiese un magistrado en el mundo, aún cuando éste descendiera de la clase salvaje, capaz de sentenciar á muerte á aquel jóven de veintitres años! Al quitarle el casco sacudió su hermosa cabeza, presentando á los verdugos un rostro blanco, terso, teñido ligeramente de púrpura, y tan bello como seductor y arrogante. A pesar de la altanería que bañaba su faz, habia en ella una mágica dulzura, capaz de atraer la simpatía de hombres que hubieran sido ménos bárbaros y crueles. Y no obstante sus bellezas, iba á ser quemada y arrancada á pedazos su epidermis, deshechas sus carnes y todo su sér abrasado.

La abnegacion, generosidad y valor del hidalgo Flaviano, le conducian al martirio y muerte más espantosos; pero el jóven los esperaba con impavidez, desafiaba con la vista á

sus asesinos, y se hallaba satisfecho de sí propio: agonizaba como héroe, moría como mártir.

El príncipe turco alzó un pequeño cetro que tenía en su callosa y arrugada diestra, exclamando á la vez:

—Desnudadlo primero con tenazas, y seguidamente comience el juego.

Un silencio sepulcral siguió á las frases del bárbaro. Los que ocupaban las primeras filas miraban con avidez; los que componían las restantes, unos alzaban la cabeza, y otros se empinaban, ansiando todos ver la horrible herejía que los cafres de la Arabia iban á hacer con aquel jóven, modelo de hidalguía, de valor y de bellezas naturales.

A las palabras de Mustafá reemplazaron las voces de varios instrumentos, los cuales entonaron una especie de himno, capaz de herir los oídos más encallecidos. Los doce verdugos cogieron las tenazas y comenzaron á dar saltos y vueltas, cantando al son de aquella desacorde orquesta. El acto tenía tanto de fiero y cruel, como la música y canto de ridículo y feroz.

En la primer vuelta arrancaron á Osorio las hombreras; á la segunda la coraza hecha trozos, y á la tercera los brazales y manoplas. Y todo esto lo verificaban con gran destreza, pues iban quitándole pedazo á pedazo, sin que las tenazas tocasen las carnes de la víctima. El verdadero martirio lo reservaban para cuando estuviese completamente desnudo.

Alzó otra vez su pequeño cetro el cافر de Turquía; calló la música, y la rueda paró. El bárbaro tornó á gritar:

—Comenzad el juego candente; arrancadle la nariz y las orejas, y luego concluireis de desnudarlo.

En este instante principiaron á entonar los instrumentos una música tan desagradable y fiera, que parecía imitar el rugido del león y los maullidos del gato. Los doce árabes empezaron á dar espantosos gritos, cogieron las tenazas candentes, y corrió la rueda. Hasta este momento, y desde

el instante en que Osorio vió le desnudaban, cambió su faz, quedando pendiente de un ruido que no percibía. Siempre sereno y tranquilo, miraba á sus verdugos con indiferencia inexplicable, procurando sólo oír el rumor que esperaba; siendo lo más extraño, que al ver los hierros encendidos, léjos de inmutarse, parecía que se ensimismaba más, contrayendo toda su atencion en algo que ocurría ó debiera acontecer léjos de aquel sitio.

Pero la rueda continuó corriendo; los árabes lanzaron un espantoso alarido, y tres tenazas ardiendo se dirigieron á la vez á sus orejas y nariz.

En el mismo instante asomó á los finos labios de la hermosa víctima una sonrisa, tirándose al suelo y cubriendo con sus manos parte de la cabeza y sitios donde debían fijar los hierros candentes.

Los de la rueda se detuvieron. La balbuciente voz del príncipe gritó:

— ¡Matadlo, matadlo!

Callaron los músicos, y al ruido de sus instrumentos siguió un rumor que hizo estremecer á cuantos presenciaban el acto.

Mustafá, Piali y Assan, que estaban de pié sobre el triunfante carro, y que por consiguiente dominaban aquel círculo infernal, desaparecieron, repitiendo:

— ¡Muera, muera! ¡A las armas, á las armas!

Los de las tenazas vacilaron; pero veinte jefes desnudaron los alfanjes y cayeron sobre el infeliz Flaviano, que continuaba boca abajo; mas al clavarle los aceros, gritaron con terror cien voces:

— ¡Los *invencibles*!

A la vez cinco guerreros, matando é hiriendo, rompieron el círculo otomano, deteniéndose al lado de la víctima.

— ¡Todo se ha perdido! — exclamó el duque del Imperio con acento desgarrador, creyendo muerto á su querido hermano.

—¡Todo se ha ganado! —contestó Flaviano, levantándose y palpando con trabajo sus orejas y nariz.

El gigante Mendoza lo cogió por debajo del brazo, y levantándolo con hercúleas fuerzas, lo pegó á su pecho, vertiendo lágrimas y oprimiéndolo contra su corazon, ni más ni ménos que pudiera hacerlo con un recién nacido. Lo sostenia con el brazo izquierdo; con la mano de éste dirigia el caballo, y con la derecha manejaba su terrible lanza, deshaciendo á cuantos turcos encontraba á su paso.

El poderoso duque, con los ojos encendidos, torva la mirada, latiendo su corazon é impelido por un coraje que no sintió hasta entónces, gritó:

—¡Extendeos un poco, seguidme y matad!

Eran ciento cuatro lanzas, que destruian y asolaban de un modo pasmoso. Los cinco *invencibles* parecian centellas en la rapidez con que corrian, botaban la lanza y destruian. Los tres Zallas y noventa y seis oficiales restantes los imitaban de un modo admirable, mientras que los turcos, aterrados ante aquellos gigantes, y creyendo que todo el ejército cristiano se habia metido en su campamento, huian la mayor parte desalentados, no pudiendo resistir, los pocos que se defendian, al ímpetu de tan terribles guerreros.

Pronto corrió la sangre, manchando hasta las lonas de la tienda del príncipe turco; el suelo se llenó de cadáveres y de heridos; ardieron las tiendas; destruyeron baterías, y hasta que llegó la noche continuaron los ciento cuatro aniquilando á un enemigo sorprendido, confuso y más acobardado que nunca. La resistencia fué nula; el ataque feroz. Era el dia en que más sufrió el duque del Imperio; pero tambien el primero de su vida en que dió abrigo al encono y la venganza.

—Estos no son hombres —decia—son fieras que es preciso exterminar. Así, así.

Y mataba sin cuento, empleando su genio, destreza y habilidad en herir más, él solo, que tres de los suyos, tra-

tando en esta ocasion á sus enemigos como á panteras.

Los Zallas penetraron en la tienda de Mustafá, y no hallándolo, la incendiaron con la lumbre de las hornillas; unidos siempre los tres hermanos, prendieron fuego á otras varias, sin dejar por eso de botar sus lanzas á cada instante.

Mendoza, no estorbándole su amado compañero, lo defendía, hiriendo de paso á los que hallaba en su camino. Y Mauro, Jana y Roberto Navarro, sin perder de vista al atleta, no tanto por él como por la preciosa carga que llevaba, secundaban al duque con la misma ligereza y coraje que él.

Por último, llegada la noche, rompieron la trinchera, saltaron la zanja y se dirigieron á las colinas, dejando en pos de sí la muerte, el incendio y la destruccion.

El dia fué completo para Marte; la victoria legada al gran maestre y soberano, decisiva, como eran sin igual la derrota, el espanto y las pérdidas causadas al enemigo. Sin tanto cansancio y un poco más de impaciencia, hubiera podido el duque del Imperio terminar en aquel dia la grande obra que le llevó á Malta.

En este sitio debia acontecerles á los turcos lo que poco ántes les habia ocurrido frente á los muros de Viena, donde perdieron ochenta mil hombres en veinte asaltos, que sólo les proporcionaron la gloria de volverse á Turquía á paso de carga. Esto no obstante, todavía les queda en la isla un numeroso aunque acobardado ejército, y muchos recursos con que hacer frente al poderoso leon español, que alza sus potentes garras pretendiendo llevar á cabo su empezada destruccion.

CAPÍTULO XXX.

Desaparicion.— Los seis *invencibles*. — El campamento. — Explicaciones del prisionero.— El hijo arresta á su padre.

Julio y los individuos de su escolta, fuera ya del campamento turco, acometieron á una avanzada situada al Norte de aquél, dispersando á los unos é hiriendo á los otros. Conseguido esto, y visto que no los seguian, se detuvieron, abrazaron todos cariñosamente á Flaviano, le quitaron las cadenas que aún sujetaban sus manos y garganta, dándole un manto y caballo pertenecientes á los turcos que acababan de herir. Una y diez veces estrechaban los *invencibles* á su amado compañero, elogiaban su heroismo y abnegacion, formando aquella cariñosa escena un contraste notable con las de espanto y desolacion que dejaban atrás.

La ternura de los cinco amigos para con el sexto, como asimismo el afecto y respeto que los noventa y nueve oficiales le demostraban, eran incomprensibles, al parecer, en unos hombres que aún llevaban en sus lanzas la humeante sangre de tanta víctima. Sus almas nobles y generosas se convirtieron en fieras y aún en atroces, ante la maldad de los bárbaros que tan sin piedad trataron á dos prisioneros indefensos; pero ya, saciada la venganza en su grado más alto, se olvidaron de un enemigo tan artero y ruin, dando

rienda suelta al fraternal cariño que tenían á su jóven amigo.

—Si tardais un instante más—decia Osorio á sus compañeros—me dejan sin nariz y orejas; llegasteis con oportunidad prodigiosa; pero con más aún me tiré yo al suelo, sintiendo á la vez el calor de las tenazas candentes y el ruido de vuestras armaduras. Pardiez, si me quitan estos queridos pedazos de mi cuerpo como me arrancaron la coraza, espaldar, brazaes y manoplas, me paso el corazon de una estocada, y de nada hubiera servido vuestro esfuerzo.

En este instante echó de ménos el duque al jefe contrario, ganado por Mauro, preguntando:

—¿Qué se ha hecho el egipcio? ¿dónde está?

El vizconde de Jana le contestó:

—Siguió á tu lado hasta que llegamos al sitio donde rodeaban á Flaviano dos ó tres mil turcos. Debieron asustarle tantos como estaban reunidos; metió espuelas á su caballo y corrió hácia el Sur, desapareciendo instantáneamente, mientras nosotros rompíamos el círculo y sembrábamos la muerte y el espanto entre aquellos cobardes.

—Su marcha—añadió Silva—nos ha librado de un grave compromiso, pues fui doblando la suma que le ofreció Mauro; y á tanto ascendia ya, que no sé si hubiéramos tenido suficiente dinero para pagarle en el acto.

Cuando todos concluyeron de demostrar al valeroso ex-cautivo el cariño que le profesaban, volvieron á emprender su interrumpida marcha, si bien no tan de prisa como ántes, pues el magullado Flaviano apenas podia sostenerse sobre el caballo.

A los mil pasos hallaron á cien sanjuanistas, y poco despues al resto de la órden con su jefe á la cabeza, que corrian en direccion del campamento turco. Habia llegado á su noticia parte de lo acontecido al padre Alberto y al maestre Osorio; y, como era natural, quisieron seguir la suerte de los *invencibles*, ayudándoles á salvar al valeroso jóven que tan generosamente se sacrificaba; al experto caudillo que los

guió durante la mañana, dándoles lecciones de heroísmo.

Todos lo abrazaron tiernamente, colmándolo de elogios, demostrando en esta ocasion una parte exígua del placer que sentian al contemplar libre á su general de por la mañana.

En los momentos en que era estrechado por el anciano Lavalett, le preguntó muy quedo:

— Señor, ¿está contenta la bella Syra?

El soberano le contestó:

— Mientras duró la batalla, lloraba por vos; concluida, bendecia al cielo, elogiando como merecen vuestro valor y talento. Ignora lo que os ha acontecido despues, por lo cual es de inferir que seguirá contenta.

— Me alegro. ¿La tratais?...

— Como á hija.

— ¿Velaís por ella?

— Como por mi propia honra.

— Gracias, señor. ¡Qué bueno sois!

— Cumpló sólo con mi deber, caballero; que harto debo y admiro al libertador de Syra.

— ¿Quién es Syra, señores? — preguntó el duque del Imperio, que no había perdido una sola frase de las cruzadas entre Lavalett y Osorio.

— Syra es — contestó el primero — una hermosísima griega que guardo y defiende yo.

— Syra es — añadió el segundo — una encantadora odalisca que robé la noche anterior, con tu permiso, mi querido general.

— Flaviano, ¿qué mujer es esa?...

— Pregúntamelo en llegando á tu tienda, hermano; ahora, permítame que hable de ella con S. A. eminentísima el soberano de Malta, el cual guarda su honra y fama.

— ¡Ah, si él la ampara y defiende!...

— ¿Cuándo la bautizamos, señor?

— Mañana recibirá el agua de mano del padre Alberto; seremos sus padrinos mi sobrina y yo; llevará nuestros

nombres y vuestro apellido, y estais convidados al acto los seis, y cuantos el duque designe de los suyos para que honren la funcion. Os ruego que no falteis, pues si bien se la podia bautizar sin vuestra presencia, me es ésta indispensable para otro asunto de que trataremos á la vez. No puedo deciros más. Que el cielo os guarde, hijos mios.

Y no siendo ya necesaria la estancia de Lavalett en aquel sitio, se retiró otra vez á Malta, seguido de todos los individuos de la orden.

El duque y su comitiva continuaron hasta llegar al campamento, que los recibió con nuevos vitores y aplausos; siendo Flaviano en esta ocasion el blanco de sus entusiastas compatriotas.

Terminada esta ovacion, dió orden Julio para que descansase la tropa, á excepcion de los que estuviesen de servicio; mandó echar pié á tierra á los individuos de su escolta; les dió gracias por el ardimiento que acababan de demostrar; y haciendo que Osorio se apoyase en su brazo, corrió á la tienda, seguido de los cuatro restantes *invencibles*. A la puerta de aquella halló al capitan que acompañó á su padre, al cual preguntó:

—¿Y el príncipe?

—Dentro de vuestra tienda, con el sobrino del gran maestro.

—¿Os ha demostrado deseo alguno?

—No, señor; no se han desplegado sus labios. Le dije que entrase ahí, y en ese sitio continúa. El ejército lo vitoréó por espacio de media hora, sin que él se dignase alzar la frente ni escuchar gozoso tan continuados aplausos. Rodeé la tienda con los hombres que veis, segun me ordenasteis, y en tal estado aguardamos todos que determineis otra cosa.

—Retiraos con esos que os acompañan.

Y los seis penetraron en la tienda.

El príncipe de Italia miraba un pequeño crucifijo de oro, que el duque tenía sobre una mesa y él habia cogido, mien-

tras Enrique Lavalett contemplaba un diminuto retrato de su hermano Fernando. Ambos estaban sentados y como absortos; el primero demostraba ser presa de un éxtasis ascético, y el segundo parecía acongojado y dolorido.

Los dos se pusieron en pié. Los *invencibles* abrieron los brazos al padre Alberto, lo cogieron en medio, y se disputaron el estrecharlo y besar su arrugada y venerable diestra. No se oyeron más voces que:

— ¡Padre!

— ¡Hijos!

El tierno grupo se deshizo con la caída de Flaviano, el cual, no pudiendo sostenerse bien, por efecto de las lesiones que tenía en las plantas y en los brazos, perdió el equilibrio y rodó. Sus amigos le ayudaron á levantar, sentándolo en un sillón. El valiente jóven fingió un vahido para disimular la verdadera causa. Sentados otra vez los ocho, exclamó el duque, sin dejar de estrechar la mano del príncipe:

— Padre mio, hemos sufrido hoy más que en el resto de nuestra pasada existencia; pero ya que todo ha concluido sin otro daño para nosotros que los sinsabores terminados, referidnos lo que han hecho con vos en el tiempo que permanecisteis entre aquellos bárbaros. Sabemos cómo y por qué os cogieron, y que fuisteis luego canjeado por el inimitable Flaviano; contadnos el resto, y despues podrá vuestro libertador decirnos lo acontecido á él, con otros misterios que nos importa mucho saber.

— Hijos — contestó el príncipe — los turcos me llevaron efectivamente á su campo, tratándome con una dureza propia de los sectarios del Koran y de un pueblo que carece en su mayoría de civilizacion. Despues me sentenciaron á una muerte que no me dejó sufrir el Todopoderoso, valiéndose en esta ocasion del hidalgo Flaviano. Hasta algo despues de hallarme entre vosotros no pude comprender la heroica abnegacion de ese jóven. No merecia yo tal sacrificio, ni me ha extrañado tampoco el hecho, que creo digno del

hijo, cuyo padre fué siempre un modelo de nobleza y bizarría.

—Todo eso está bien, señor —replicó el duque— mas no nos decís lo que han hecho con vos esos bárbaros.

—¿Para qué lo quieres saber? Dios me trae bueno á tu lado, y sólo hay motivo para darle gracias por tanto beneficio como nos ha otorgado hoy.

—Esos salvajes de la Arabia y la Siria habrán osado poner su inicua mano en vos; os habrán insultado, escarnecido, y...

—¿Y qué tendria de particular? ¿No soy de los que llaman enemigos suyos? ¿No me han cogido auxiliando á un cristiano? ¿Qué diferencia hay entre el último de tus soldados y yo, pobre y mísero religioso? Compadécelos, hijo mio, y no los imites; sus venganzas son hijas de la ignorancia en que viven, de la religion que profesan, de las desgracias que les rodean. Huye siempre de parecerte á ellos; y cuando sientas el odio ó la ira, acuérdate de tu Maestro, de tu Padre, de tu Señor, el Divino Mártir crucificado en el Calvario. Tu mision es otra en la isla de Malta, lo sé; mas no pierdas de vista nunca, ni ninguno de vosotros, hijos míos, la conducta observada por el Hijo de Dios en el Pretorio, calle de la Amargura y Gólgatha. Los instintos de fiereza son su antítesis, y el hombre debe imitar siempre al Redentor, jamás al tigre.

Julio y sus compañeros bajaron la cabeza avergonzados, al recordar la relacion que tenian las frases del religioso con lo que acababan de hacer. Flaviano, que comprendió la causa, se apresuró á sacarlos de tan angustioso estado, con las palabras siguientes:

—Vos, señor, sois un santo; nosotros, débiles criaturas, estamos tan distantes del gran trinitario, como el malvado de nosotros. Nos habeis educado bien, y procuramos imitaros, por más que algunas veces... Padre Alberto, somos militares, y la guerra tiene accidentes que nos obligan á obrar de un modo contrario á nuestros deseos.

El príncipe tendió su mano al valeroso jóven, replicando: — Nada puedo reprenderte hoy, hijo mio; la Providencia se ha dignado hacerte instrumento suyo en fávör mio; y tú, con el heroismo de un mártir, corriste al patíbulo, excitando la admiracion de cuantos conocen y desconocen la nobleza que encierra tu alma. Mucho tienes que agradecerle á Dios; cuida no serle ingrato jamás. Cuéntanos ahora tus padecimientos entre esos desgraciados; eres muy jóven, y merecen aplauso tu hidalguia y el temple de tu corazon.

Flaviano arregló un poco su bigote, se acomodó mejor en el sillón, y con algo de orgullo, que le sentaba admirablemente, dijo:

— Os obedezco, padre mio, con mucho gusto: primero, porque vos me lo mandais; y segundo, porque me hallo satisfecho de todo cuanto he practicado en el dia y noche trascurridos. Empezaré por ésta: mi amado hermano y general me dió el encargo de averiguar la posicion de la armada turca, número y calibre de sus cañones. Gané, siguiendo su consejo, al único pescador que llevaba sus mercancías al enemigo; y acompañado de mi sirviente, crucé el Mediterráneo en la lancha de aquel, practicando la difícil operacion con un poco de acierto y mucha suerte. El maestro de campo, grande de España é hijo del primer ministro del poderoso Felipe II, descendió, no á mísero mercader, sí á pescador tan hábil, que pescó cuanto le hacia falta. Ya me retiraba, satisfecho del desempeño de mi cometido, cuando hé aquí que veo con asombro retirarse á todos mis parroquianos marítimos hácia la costa enemiga; y claro es, me dije, que no les lleva allí la casualidad ni un fin que pueda convenirnos. Ya que la suerte me favorece, torné á exclamar, corro tras ellos; que quien tanto averiguó, no debe marcharse en la ignorancia, acaso, de lo que más necesita saber. Y mi lancha siguió el mismo rumbo que la escuadra turca. De pronto ví delante cuatro galeotas ancladas é inmóviles; y no sé si el destino ó la curiosidad me detuvieron

allí; mas es lo cierto que no pasé adelante. La mar estaba picada; silvaba el huracan, y las olas, en confuso tropel, formaban con el viento ese rumor espantoso que suele preceder á la tormenta; pero yo nada temia, porque el miedo no fué patrimonio de mi familia. ¿Es verdad, padre mio? Hablad vos, que fuisteis el maestro y protector de D. Alvaro Osorio, autor de mis dias.

—Es cierto, hijo mio; tu padre fué muy valiente, y casi tan hábil y sagaz como tú — contestó el príncipe.

—Gracias, señor; vos, en cambio, habeis sido y sereis el mejor de los hombres.

—Continúa, hijo.

Flaviano tornó á arreglarse el bigote, miró á sus amigos, que le contemplaban con indecible placer, y siempre jovial, irónico y con algo de vanidad, prosiguió:

—Parado mi esquife, y observando yo las encantadas galeotas, oí el preludio de una cítara, que sobresalia por entre el ruido de los aquilones y las olas.

—¡Buen cuadro para un poeta! — exclamó Mauro.

—¡Qué escena tan sublime, hermano mio! Oid: á tan acompasados acordes se unió una voz más dulce que la melodía; más agradable que el placer; más embriagadora que la dicha.

—¿De mujer? — le preguntó Mauro con sobresalto.

—Por supuesto; de una griega más arrebatadora que su acento; más hermosa que la bella ilusion...

—¡Flaviano! — exclamó el duque con enojo — eres casado, y sientan muy mal en tus labios esas frases.

—Déjalo, Julio — añadió el príncipe. Y dirigiéndose á Osorio, continuó:

—Habla, hijo mio; dí todo cuanto quieras.

—Gracias, padre Alberto. ¡Buena leccion acabais de dar á esos intolerantes!... Prosigo: ¡qué acento tan arrogador! Una voz angelical, formándole coro los huracanes, las olas, los acordes de su cítara, y todo esto envuelto entre

la negra gasa de una noche oscura y tempestuosa. El cuadro no podia ser más perfecto y acabado.

— ¡Soberbia comision te dió nuestro hermano Julio! — dijo Nuñez.

— Magnífica, Mauro; se lo agradeceré el resto de mi vida.

— Yo sólo te encargué — replicó el duque — que examinara los buques, su posicion y cañones.

— Con permiso, querido hermano, de galantear á quien me cuadrase, no entrando en Malta; y has de saber que me hallaba á dos millas, mar adentro. ¿No te acuerdas ya?...

— Sí; ¡mas quién habia de pensar!...

— Yo — prosiguió Mauro. — En todas partes hay mujeres, y este niño...

— La cantora — le preguntó Julio — ¿es la griega de que hablabas con el gran maestro?

— La misma.

— ¡Flaviano!...

— Dejadlo — volvió á decir el príncipe. — Osorio ha obrado bien; su semblante rebosa nobleza y satisfaccion.

— Señor — contestó Nuñez — el poeta, tratándose de mujeres, supone que jamás falta.

— Y yo digo, que te equivocas en esta ocasion, Nuñez de Lara. Flaviano obró bien anoche; lo leo en su faz.

— ¡Qué razon teneis, padre Alberto! ¡El sacrificio no tiene rival! Soy mejor marido que Julio, Mendoza y Nuñez, ¡ay! por mi desgracia... ó por mi suerte.

— Prosigue, hijo mio, tu historia, y no volvedle á interrumpir.

— Era una hermosísima griega, pura, virtuosa, inocente, que queria sacrificar el bárbaro Mustafá. Su canto lo decia bien claramente. La paloma demandaba proteccion al cielo, y el poeta se la otorgó. Cantó ella y canté yo; contóme sus penas; y yo, á fuer de hidalgo, la tendí mis brazos.

— ¡Flaviano!...

— La llamé; salió, y vi por una escotilla su rostro ange-

lical. Hablamos y nos comprendimos; la ofrecí apoyo, y aceptado por ella, escalé su navío, la defendí á tiros, y á tiros la salvé de turcos, árabes, persas y egipcios. Con mi griega, lancha y criado, desafié á los hombres, á las olas y á los huracanes; atravesé el mar; llegué á la costa, y sal-
tamos en tierra.

Al llegar aquí bajó la vista, y prosiguió:

—Allí, era ya otra cosa. Le dí la libertad que anhelaba, la ofrecí apoyo, proteccion, riquezas, y un marido tan caballero como ella virtuosa; y llevándola á Malta, se la entregué al soberano.

—¿Nada más, Flaviano?

—¿Te parece poco, Julio? Soy mejor esposo que tú, y no podía ofrecerla ni darla otra cosa.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Pardiez... Perdonad, padre Alberto; vuestro hijo cree que yo estoy loco, y...

—No, hermano, al contrario; obrando así, diste una prueba de cordura sin igual.

—¡Qué te extraña! ya que me casaste, ya que me impusiste una esposa, ya que me uniste al santo yugo de la muerte... del matrimonio he querido decir, he decidido probaros que soy el mejor esposo de la tierra.

Todos sonrieron escuchando las irónicas frases del poeta. El principe le dijo:

—Continúa, Flaviano, que te oigo con mucho gusto.

—En la playa, á orilla del Mediterráneo, besando las olas nuestras plantas y entre el silbido de los aquilones, me anunció Syra, con su dulcísimo y delicioso acento, la sorpresa de esta mañana. Entónces, y con permiso de mi amado Julio, enlacé el brazo de la encantadora griega con el mio, y corrimos á Malta; llamé, mas no me hicieron caso; pero me inspiraba el ángel que tenía junto á mí, y entré. Estaba solo; allí no habia Julios, Odonos ni Mauros que se me antepusieran; hágame en consecuencia general en jefe por la

libérrima voluntad del dueño de Syra; doy órdenes, mando, y los sanjuanistas, la marina, los cruzados, el pueblo y hasta el soberano, me obedecen y acatan. ¿Me mirais con envidia? Pues oid lo mejor. Quitome el barniz; deposito mi griega en el gran maestro; pido una armadura elegante, y reconozco mis huestes, que en la plaza de Malta se apiñan ya, me aplauden, y se disponen á seguirme. La gente de armas se esconde en las casamatas; las mujeres y sacerdotes en bóvedas análogas. El soberano, á caballo y cerca del muro, espera obedecerme, mientras que yo, al aire libre y desde un baluarte, observo, y nada veo; me lo impiden las tinieblas. Poco despues comienza el bombardeo contra la plaza; pero ésta, por orden mia, no contesta; el ardor del enemigo se aumenta, y el diluvio de balas crece; caen los edificios; tiemblan los muros; se estremece la ciudad; y no obstante, los mios esperan tranquilos, y sin peligro alguno, oir la voz de su general. En tanto yo continuo observando desde el baluarte; llegan los primeros albos de la mañana; mis artilleros tienen ya punteria y blanco; mando hacer fuego, y la plaza y los fuertes barren el campo enemigo, arrollando columnas, destruyendo masas y aniquilando navíos. Pocos tiros, pero aprovechados; no se perdió una sola bala. Ya veriais cómo estaba el terreno; no se podia andar con tanto miembro mutilado y tanto turco deshecho. Ellos no se acobardan por eso; y persistiendo en su mania de derribar paredes y piedras, consiguen hacer brecha en el muro. Por lo visto, se dijeron: «los cristianos ignoran nuestro intento; la primer noticia se la dará una lluvia de balas, que no les permitirá reunirse á sus compañeros de la muralla; morirá el que pretenda lo contrario; y víctimas del más terrible pánico, entraremos en la ciudad, y será nuestra sin resistencia alguna.» ¡Desgraciados! vieron la brecha; y creyendo lo que acabo de expresar, se dirigen á Malta, ébrios de entusiasmo y de placer; mas de pronto abre la ciudad sus puertas, y sale á recibirlos un pequeño Silva y un gran

maestre, con siete mil leones... ¿No reparasteis en lo que hicieron?

—Sí—le contestó el duque—la plaza se defendió admirablemente; y llegado el momento de atacar, os cubristeis de gloria.

—Pero llegaste tú, y apagaste la luz de mi genio. Se acercó Silva, y murió Flaviano; vimos al héroe, y le seguí como una oveja; entramos en su tienda; le entregué los datos adquiridos en la noche anterior; y mirando desde las colinas lo que él habia mandado y dispuesto, me humillé por centésima vez ante su gran talento. Batir á veinticinco mil hombres; luchar con ellos cerca de seis horas, y no contar en sus filas más que treinta muertos y ciento diez heridos, sólo puede hacerlo el duque del Imperio.

—¿Y despues, Flaviano?

—Luégo recibimos la triste nueva de la prision de un santo, á quien tanto amamos, y todos os aturdisteis; todos, Julio, tú tambien; pero yo no. Corrí al campo enemigo, y áun cuando Mustafá reconoció á la turca mi inviolable calidad de parlamentario, quiso matarnos á ambos, á lo bárbaro...

—¡No respetó tu embajada!—le preguntó Julio sorprendido.

—Sí, mandándome descuartizar en union del príncipe de Italia; pero yo le dirigí una pistola, y le hice variar de opinion; no obstante lo cual, nos hubieran muerto; mas mi ángel, es decir, Syra, corrió en mi ayuda, y conseguí salvar por el pronto al padre Alberto. Porque habeis de saber, que no admitió en canje á Flaviano, sino al raptor de la griega, de quien está enamorado. La hermosa odalisca fué mi talisman; no, el del príncipe de Italia. Salvé á éste; y despues de sufrir lo que Dios y yo sabemos, torné á la presencia del bárbaro. Éste me ofreció la libertad á cambio de Syra; la que no acepté, como comprendereis, á costa de una accion indigna. Sin embargo, gané tiempo, y pude conseguir que

llegaseis un segundo antes de que me arrancasen la nariz y las orejas. Durante la noche anterior y todo el día, me batí, cuestioné y fui al patíbulo más horroroso, sin temor alguno; hasta con audacia. Tan satisfecho estaba de mí, tan envanecido, que me creía un gigante; cuando hé aquí que llega ese atleta, me coge como á un niño, y oprimiéndome contra su pecho, como á inocente criatura, destruye todas mis ilusiones. El tal Mendoza dirigía su caballo y se batía, sin estorbarle para nada el general que no há mucho mandaba parte de la fuerza de Malta.

Al llegar aquí terminó su historia el valiente jóven; los cinco *invencibles* restantes, Enrique Lavalett y hasta el príncipe de Italia, escucharon á Osorio, llenándoles su relato de admiración. La ironía de sus frases, el desden con que refería sus glorias, sus martirios, y tanto acontecimiento, en fin, dignos de un héroe, sorprendían, dando ya una idea exacta de lo que eran su privilegiada cabeza, su fuerte corazón. Todos le abrazaron nuevamente, lo colmaron de elogios, declarando que era de los cinco el que se hallaba más cerca del duque del Imperio.

Seguidamente trataron de cambiar de traje, ó mejor dicho, de sustituir con gabanes de pieles y calzon de punto, la pesada armadura.

— Señor — dijo el criado de Silva, dirigiéndose á Osorio — vuestro sirviente no puede cumplir la orden que habeis tenido á bien comunicarle.

— ¿Por qué? — le preguntó Flaviano.

— Porque está preso.

— ¡Preso! — exclamaron los seis.

— Sí, señores. En cuanto supo que su amo se hallaba en poder del enemigo, montó á caballo y quiso partir en su busca. El centinela tenía orden de no dejar pasar á nadie, y como era natural, lo detuvo; Ros insistió; el soldado le amenazó con la pica; entónces aquél se echó encima, y lo hizo rodar por el suelo. Vió la escena el capitán Solís, mandó

relevar al magullado centinela, y dispuso que Ros fuese encerrado en un calabozo, donde continúa.

—Muy bien hecho— contestó el duque— pero es preciso que sirva á su amo, y no puede permanecer allí. Haz que le pongan en libertad, y que cumpla inmediatamente la orden de su señor.

Poco despues llegó Ros, con el traje que su señor le habia pedido, y lo vistió acto continuo, curándole las plantas de los piés.

—¿Por qué te han preso?— le preguntó Flaviano.

—Por casi nada, señor; le amenacé á un centinela...

—Bergante, ¡si le hiciste rodar por el suelo!

—El miedo...

—¡Miedo los soldados del campamento! Te voy á arrancar la lengua para que no mientas.

—Señor, puede que le tocase de refilon; mas os puedo asegurar que yo sólo pretendia atravesar la trinchera.

—¿Dónde ibas?

—A salvaros.

—Buen refuerzo, pardiez.

—O á morir con vos; yo sólo puedo vivir á vuestro lado.

—A pesar...

—Sí, señor; á pesar de tantas veces como me habeis hecho cardenal... cardenales.

El valeroso jóven sentia aminorar sus dolores, iba recordando las fuerzas, y ya no le incomodaban las lesiones que recibió en los piés.

Seguidamente tomaron el padre Alberto, Enrique Lavalett y los *invencibles* una cena que les servia á la vez de desayuno y comida, en cuyo acto reinó alegría y expansion. El duque del Imperio se hallaba tan animado y placentero, que parecia recibir en tales instantes la recompensa á los crueles martirios que le produjeron la prision de su padre y la del maestro Flaviano. Lavalett parecia ménos triste y pesaroso; el semblante de Osorio rebosaba alegría; brindó y hasta se

atrevió á improvisar una bellissima composicion á la extension de las piernas, brazos y fuerzas de su libertador Mendoza. Cada estrofa era una sátira; cada verso un epigrama. Sus amigos rieron mucho, sin conseguir otra cosa del aludido que las siguientes frases:

—Mi padre es lo mismo que yo; igual mi hermana; y como ya en otra ocasion dijo Osorio, puestos los tres uno sobre otro, formamos una nueva giralda; pero ¡guay si cae y cogé á alguno debajo!

—Lo conviertes en polvo, mi querido Goliat.

Hasta el venerable y bondadoso rostro del padre Alberto se fué poco á poco animando, concluyendo por asomar á sus labios una dulce sonrisa que há muchos años no conocia.

Lavalett se retiró á su tienda; el padre y el hijo se levantaron tambien para buscar sus lechos, situados ambos en la estrecha alcoba del duque; y los maestros de campo se disponian á imitarlos, cuando se abrieron de nuevo las lonas; y un oficial anunció:

—El marino Roch.

—¡Alto, señores!—exclamó el duque.—El contramaestre del sparonaro nos traerá cartas de Madrid. Aguardad un poco. Que pase—añadió, dirigiéndose al oficial:

Un instante despues penetró en la tienda el valiente y entendido Roch, y saludando, quedó parado.

—Acercaos, amigo mio—le dijo Silva.—Pronto habeis dado la vuelta.

—El sparonaro tiene ya veinticuatro remos, tres velas, y surca el agua con rapidez asombrosa.

—¿Y los navios turcos?

—Anclados unos, y cruzando otros el Mediterráneo; mas burlé la vigilancia de ellos, y continuaré burlándola.

—Todo es de esperar de vuestro talento y valor. ¿Visteis al virey?

—Sí, señor.

—¿Qué os dijo?

—Que os admira, respeta y acata, como todo el que os conoce, y que será cumplida vuestra voluntad con laudable empeño. Cuando hubo concluido, me dió para vos este paquete, con otros que ya mandé á las autoridades de la isla.

Julio dió las gracias al contramaestre, ascendido ahora á patron, y acto continuo deshizo el legajo que acababa de entregarle. Despues leyó los sobres de cuantas cartas venian, y formando con ellas siete divisiones, exclamó:

—Para el mendigo. Tomad, padre mio; os escriben el rey, Mendoza, Navarro y Osorio. Para Flaviano; para Mauro; para Jana; para Roberto; para Rogelio; y estas quince para mí.

Cuando hubo entregado aquellas, añadió, dirigiéndose á Roch:

—¿Y la correspondencia del ejército?

—La trae un grumete, que espera á la puerta de vuestra tienda.

—Muy bien, amigo mio; dádsela al capitán Solís, y que mande distribuirla inmediatamente. En cuanto á vos, podeis retiraros á Malta.

—¿Cuándo debo volver á Sicilia?

—Pasado mañana por la noche, pues mañana estaremos muy ocupados, y tengo bastante que escribir.

Salió Roch, y los siete continuaron leyendo su correspondencia. Todos fueron concluyendo, fijándose despues en el duque, el cual permaneció bastante más tiempo, por el mayor número y extension de las cartas que acababa de recibir.

—¡Muy bien! —añadió cuando hubo terminado.— El general Mendoza ha regresado, despues de haber bătido y aniquilado las hordas rifeñas y argelinas. Los moros de Granada quedaron tranquilos, bastando, al efecto, la corta visita que les hizo el principe de Italia antes de seguïrnos. Los protestantes de España y Países Bajos conspiran como de costumbre, mientras la Inquisicion sentencia á unos y prende á otros. Los hugonotes de Francia se han rehecho y

ganado á Catalina de Médicis, que en estos momentos los vende; jura por segunda vez mandarme asesinar, y se dispone á hacerlo el baron de Retz, el cual convalece aún de las heridas que le causó Flaviano en Cambray. Hay malas noticias del Perú; mas España se halla tranquila, que es lo que más nos importa. Hé ahí el estado de nuestra política actual. Ahora oid íntegra la carta que me dirige mi abuelo adoptivo, padre de Odon y de Roberto Navarro. Esta os importa á todos.

Los maestros de campo habian recibido buenas noticias de sus respectivas familias, muchos suspiros de sus esposas, los que eran casados, y las gratas nuevas aumentaron el buen humor que antes tenian. Así es, que se fijaron en Julio, placenteros y con el interés posible. Aquél deslió una carta, leyendo:

«Mi querido hijo Julio: la grandeza, el pueblo y Madrid entero, comenta tus gloriosos hechos de armas, y sólo tiene para los *invencibles*, y muy particularmente para ti, aplausos, vítores y elogios. Mi hija, la esposa de Flaviano y la de Mendoza, son saludadas continuamente, con frases que les dirige la multitud entusiasta. En cuanto á la bella Elvira, tu mujer, al verla el pueblo, raya en delirio su alegría. A pesar de tu modestia, pretendiendo vanamente ceder al duque de Guisa la gloria de Dreux, sabemos todos que fuiste tú el único que venció ese día; como sucedió en Cambray; como acontecerá en Malta. Hijo, conozco demasiado el genio transmitido á ti por el príncipe de Italia. ¡Vaya si lo conozco! Decian que era yo buen general, valiente, emprendedor, aguerrido... ¡Voto al demonio! En cuanto llegaba tu padre, me convertía en torpe soldado, incapaz de mandar un tercio. Y como tú heredaste su sangre y talento, haces lo mismo, trocando en pigmeo al más apuesto campeón. S. M. me habla todos los dias de ti. A pesar de su reserva, gravedad y carácter sombrío y tétrico, te elogia y admira; dice que con tu espada se podría conquistar el mundo; pero que

no es aficionado á la usurpacion, ni tú te prestarías á ello. «Elvira, Adela, Elisa y Aurea, suspiran, lloran, y no hay quien las haga hablar de otra cosa que de sus esposos y hermanos. Son cuatro ángeles enamorados, tiernos, encantadores y tan dulces... á excepcion de cuando yo las reprendo por sus continuas angustias, pues entónces se revelan contra mí, me llaman viejo milano, guerrero feroz, con otros dictérios por el estilo. Sólo las he visto alegres el instante en que recibieron tu última. Se hallaban las cuatro en la cámara de Elvira; les mandé el escrito, y escondido yo detrás de una cortina, observé la escena. Tu esposa leyó la carta; mas al llegar al párrafo en que les anunciabas tu pronto regreso y el de tus compañeros, exclamaron en coro: — ¡Qué dichosas vamos á ser!...

«Brilló el placer en aquellos cuatro hermosísimos semblantes, y despues de besar tu carta cien veces, corrieron al oratorio, donde permanecieron una hora rogando á Dios por vosotros.

«Hijos, estad tranquilos por ellas, pues las familias de Nuñez, Osorio y Mendoza, unidas á mí, las rodean continuamente, sin que nada les falte ni echen de ménos otra cosa que vuestra presencia. Sois jóvenes y valientes; combatid, venced y legad á vuestra patria inmarcesibles laureles. Cuando yo tenía vuestra edad, ¡voto al demonio! me parecia estrecho el mundo, y pocos y cobardes todos mis enemigos.

«Dame pormenores de las batallas en que os halleis; ¡si comprendieras lo que yo gozo al leer esas descripciones! En aquellos instantes creo que tú eres tu padre, y que voy yo á su lado, y por consiguiente, que te ayudo á vencer; arde mi sangre, y á pesar de mis ochenta años y pico de edad, me siento rejuvenecido y me hace llorar la dicha.

«Si has reconocido al mendigo, según creo, dile que estando tú, no hace él falta ahí; que ya sabe cuánto sufro el día que no puedo abrazarlo; y quiera ó no, mándamele;



C. MUÑOZ, dib.^o y lit.^o

Est. de J. DONON, Madrid.

— ¡Que dichosas vamos á ser!.....

soy su padre adoptivo, y tú el jefe superior de Malta; por consiguiente, obligale á regresar.

— ¡Adios, hijo querido; estrecha al príncipe, ya que yo no puedo hacerlo, á tus hermanos, y sepa continuamente de tí tu padre — Pedro Navarro.

Julio dejó de leer, besó la rúbrica de su abuelo adoptivo, y le dió la carta á Odon, el cual, en union de su hermano Roberto, besaron tambien la firma de su anciano y noble padre.

El príncipe exclamó:

— ¡Siempre el mismo Navarro! No ha perdido su energía, carácter militar ni sus continuos votos. Nació guerrero y morirá así, aun cuando viviera cien años.

El duqué habia apoyado el codo en la mesa, y la frente en la diestra, permaneciendo de aquel modo hasta que fué interrumpido en su meditacion por Flaviano, que le dijo:

— Julio, ¿por qué esa tristeza? ¿Qué echas de ménos, amigo mio?

— Oro, mi querido Osorio. He recibido muchas noticias, y muy buenas; pero ni un maravedí. Me dicen que por el próximo correo llegará cuanto necesitamos, remitido por el rey, mis mayordomos y los vuestros; mas es el caso, que debe pagarse al ejército pasado mañana, no hay bastante, y á la verdad siento retrasar un solo dia esas obligaciones.

— Yo tambien lo deploro — añadió el trinitario.

— ¿Por qué, padre mio?

— Ofrecí ayer varias cantidades, y queria darlas mañana.

— Limosnas de príncipe; ¿es eso?

— No; sólo tengo prometidos mil ducados.

— ¿Hay en caja esa suma? — preguntó Flaviano.

— Sí — le replicó Julio.

— Pues dásela al príncipe.

— ¿Y el ejército?...

— Pasado mañana te entregaré mayor cantidad de la que necesitas, dotaré á mi griega espléndidamente, y no vol-

verás á tener apuro ninguno mientras estemos en Malta.

— Hermano, ¿has hallado algun tesoro?...

— No, á fe mia! Jugué hoy una partida con el príncipe Mustafá, le he ganado cuanto tiene; es inmensamente rico, y lo probable es que me pague mañana.

— ¿Y si no lo verifica?

— Me equivoqué, duque; quise decir, que mañana me cobrará.

— Basta de temeridades, hermano; harto hemos sufrido hoy.

— No te daré más disgustos; efectuaré esa deuda, y... Si me das tu permiso, me iré á dormir, porque á la verdad...

— Razon te sobra y nos asiste á todos; busquemos el lecho. Padre mio, siento decíroslo; pero en nombre del rey, os arresto desde ahora. Durante la noche dormireis en mi alcoba, y desde mañana hasta nuestro regreso, habitareis el palacio del gran maestro, teniendo por cárcel la ciudad de Malta.

Los maestros de campo quedaron sorprendidos; el príncipe contestó:

— Comprendo la intencion; pero es el caso, mi querido hijo, que á mí, representante del Sumo Pontífice, donde quiera que me halle, sólo se me puede obligar á obedecer las órdenes emanadas de la Santa Sede apostólica.

— Entónces, mi amado padre, os arresto en nombre de Su Santidad; porque habeis de saber, que me ha otorgado poder para mandar los soldados que tiene en Malta; añadiendo facultades tan omnímodas, que puedo, sin escrúpulo alguno, disponer vuestra prision. Si gustais, os enseñaré el documento.

— Pero Julio, ¿qué he hecho yo?...

— Dar-me, padre mio, un susto que no llevé jamás; hacerme temblar por primera vez en mi vida; extraviar mi razon, y ponerme en el caso de tener que obedecer á ese niño. Yo quiero que baste con el primero, que harto me hizo sufrir.

—Loco, ¿quién se atrevería á estorbarme el paso conociéndome ya?

—Padre, todos cuantos me obedecen, incluso estos cinco, que son los que más os aman.

—¿Osaríais?...?

—¿Quién lo duda! —replicó Flaviano— porque os amamos, seremos capaces de constituirnos en carceleros vuestros; mas es inútil hablar de esto, pues vos, noble señor, no desobedecereis las órdenes del Padre Santo, trasmitidas por su digno representante, el duque del Imperio.

—¿Y los infelices heridos que caigan en tierra? ¿y los moribundos que espiren sin confesión?...?

—Padre mío, en el acto de ser inutilizados os los llevarán á Malta, y allí podreis ejercer esa sublime caridad sin peligro alguno. Un santo como vos no puede estar cerca de esos diablos de Oriente.

—¿Qué dirá el mundo, Julio de Silva!

—Lo mismo que exclamó en Italia cuando vos, general en jefe allí, como yo aquí, arrestasteis á mi abuelo adoptivo, el general Pedro Navarro, conde de Santomera.

—Exactamente —dijeron los maestros de campo.

—Duque del Imperio, no ha caducado mi nombramiento de generalísimo.

—Señor, os hallais en Malta, y ha delegado en mí su soberanía el gran maestro. Luego soy rey de la isla; mas tengo aún otro nombramiento mejor: os arresto en nombre de mi madre, que cuando no os ha llevado á su lado, claro es que no quiere, ó comprende que no es tiempo aún de que abandonéis este valle de dolor, y...

—Basta, hijo mío, basta. ¡Siempre ese talisman en tus labios! ¡María, tierna!... La que fué mi esposa murió; ya sólo soy un ministro del altar. Calla ese santo nombre, y te obedeceré gustoso.

Padre é hijo se abrazaron, y de este modo llegaron hasta la alcoba.

Los cinco maestros de campo vieron con sumo interés el fin de aquella escena, retirándose despues á la tienda de Flaviano, en la que dejaron á éste descansar. Seguidamente reconocieron el campamento los cuatro restantes, y no hallando motivo alguno de reprension, buscaron tambien sus respectivos lechos.

La mayor parte de los españoles dormian; unos cuantos vigilaban las trincheras y baterías, reinando un silencio interrumpido únicamente por las monótonas pisadas de los centinelas.

En Malta se hacian arcos, y se reparaban los muros y edificios que habian padecido durante el bombardeo, mientras el ejército descansaba de las fatigas del dia.

Los turcos juraban, maldecian y apuraban hasta las heces el cáliz de amargura que les regaló el destino en este memorable dia.

La noche pasó tranquila y sossegada para los unos; de horrible martirio y pena para los otros.

CAPÍTULO XXXI.

Ovacion.—Bautismo.—Ascenso merecido.—El futuro de la griega.—Los sanjuanistas.

Amaneció el siguiente día á aquel de sangre, luto, exterminio, azares y sinsabores. Sobre el campo de batalla sólo se veían ya extensas manchas de la sangre humana que lo había cubierto. Los cadáveres fueron quemados y enterradas las cenizas, mientras que los heridos de una parte y otra habían sido trasladados á los respectivos hospitales. El campamento turco parecía un cementerio, fortalecido y parapetado por fieros otomanos, que lamentaban la atroz derrota é irreparables pérdidas ocasionadas en las veinticuatro horas transcurridas. Mustafá, Piali, Assan y algunos otros jefes, se hallaban reunidos en la nueva tienda del primero, esforzándose vanamente en hallar medios de ganar lo perdido, inclusa la fuerza moral, que les abandonó completamente. La mortífera acometida de ciento cuatro hombres que se habían burlado de todo el ejército mahometano, hiriendo, matando, pegando fuego y destruyendo cuanto hallaron á su paso, concluyó de aturdir á las vandálicas huestes de Assan, Piali y Mustafá. En su asombro y pavora no se apercibieron del número á que ascendían sus contrarios, hasta

tanto que los perdieron de vista. Creyeron que habia penetrado todo el ejército cristiano, dividido en pequeñas columnas, doblemente temibles por lo mismo que no presentaban un numeroso cuerpo al que pudieran batir y vencer.

Mustafá sonreía, no obstante, gozoso con la muerte de Flaviano, pues los árabes, temiendo el castigo, no se atrevieron á confesar que les faltó tiempo para obedecer la orden y que el prisionero habia escapado con vida; ántes por el contrario, le aseguraron repetidas veces que el enemigo se llevó sólo el cadáver; siendo hija de la venganza que les inspiró la muerte de su compañero, la destruccion que sembraron en el campamento. Pronto el bárbaro asesino debia sufrir un desengaño tan terrible como la derrota del día anterior.

Los tercios españoles, en cambio, se entregaban á su innata alegría, dispuestos siempre á reir, siempre á matar. Muchos individuos hablaban, otros bebían, victoreando al gran maestro, que les acababa de regalar cien carneros y doce pipas de añejo vino; y todos satisfechos, comentaban el desastre de sus contrarios.

En Malta se preparaban festejos, los habitantes se hallaban gozosos, en tanto que seis mil prisioneros turcos, sujetos con un grillete, reparaban los descalabros hechos en la ciudad el día anterior.

En tal estado, y como á las diez de la mañana, cruzaron el campamento cristiano el príncipe de Italia, el duque del Imperio, los cinco maestros de campo, Enrique Lavalett, los tres Zallas y hasta doscientos caballeros, vestidos todos con traje de corte, á excepcion del padre Alberto, que continuaba cubierto con sus harapos. Los seis *invencibles* llevaban mantos; los maestros el de la orden de Santiago, y el general el de la de San Juan, que le regaló el soberano maltés.

Flaviano, aliviado ya de sus anteriores dolencias, ostentaba una gallardía y belleza que llamaba la atencion de cuantos le miraban.

— ¡Hurra! — exclamó el ejército. — ¡Vivan los *invencibles*! ¡El primer general del mundo! ¡Los seis terribles brazos! ¡El precioso niño que hiere hasta con el aliento! ¡El santo, el venerable padre, á quien todos amamos!

Y un aplauso general cerró el saludo con que despedían á sus jefes los valerosos tercios españoles. Julio inclinó la cabeza, como siempre que lo aplaudían; Osorio la alzó con más vanidad que un gascón; y sus cuatro compañeros restantes también la levantaron, se atusaron el bigote, mirando los pliegues de sus mantos.

Despacio, para no violentar al príncipe, continuó su camino aquella elegante comitiva, llegando algo despues á la ciudad. Ya próximos á sus muros, bajaron los puentes, se abrió la puerta, y salieron á recibirlos todos los caballeros de la orden de San Juan, que los saludaron cordialmente, dejaron que pasaran los *invencibles*, el príncipe y Lavalett, mezclándose luego con los restantes caballeros.

A los quinientos pasos se detuvo el duque, abriéndose á la vez la misma celosía por donde días ántes le echaron el estandarte con la Purísima Concepcion, que él mandó fijar en el extremo de su tienda.

— Sea enhorabuena, alteza; Dios Nuestro Señor oyó las súplicas de estas sus siervas — le dijo al duque la madre abadesa con acento cariñoso.

— Gracias, madre — le contestó Julio, añadiendo: — Me disteis un estandarte vencedor; yo os traigo veinte, arrancados al enemigo. Adornad con ellos las paredes del templo de Dios, y pedidle por estos sus hijos, consagrados á la defensa y sosten de su ley divina.

En el momento que terminó el duque, se acercaron á la celosía veinte oficiales, alargando cada uno un estandarte mahometano.

— Gran obsequio — prosiguió la monja, despues que los hubo cogido. — Os lo agradecemos, y dia y noche pediremos á Dios por V. A. y por el triunfo de la causa que defiende;

—¿Sois la madre abadesa?—le preguntó el duque.

—Para servir á Dios y á V. A.

—Pues bien, madre; mañana os hará una visita en mi nombre el príncipe de Italia, superior de la órden de trinitarios.

Y sin detenerse más partieron, siendo durante toda la travesía victoreados por los malteses.

Llena de arcos la carrera que llevaban, se veían do quier inscritos los nombres de los *invencibles*, si bien estaban en primer término los del duque y Flaviano.

Por último, entraron en el palacio del soberano, echaron pié á tierra, penetrando en el salon principal, donde les aguardaba el gran maestre, acompañado de su sobrina María y de Syra. Todos quedaron admirados al ver la rara belleza de la griega, y el casto pudor que bañaba su hermosísima faz. Los *invencibles* saludaron á la hermana de Enrique en maltés, y á Syra en griego. Esta última alzó por fin la cabeza, les hizo una reverencia, y fijándose en Osorio, le dijo:

—Ya que tanto te debo, quisiera pedirte un nuevó favor.

—Concedido, si es posible su realizacion.

—Voy á ser cristiana, y mientras dura el acto desearia permanecieses á mi lado. Nada más exijo de tí, noble y generoso Flaviano.

—Tendré á gran dicha complacerte.

Los *invencibles* rodearon á las damas, en tanto que el gran maestre se retiró con el príncipe de Italia, disponiendo que la servidumbre y convidados les siguieran al templo media hora despues.

El duque y los cinco maestros continuaron hablando con Syra y María; el salon se iba llenando con los caballeros que acompañaban á Silva, los individuos de la órden de San Juan y los cruzados, siendo blanco de todas las miradas la hermosa griega. Luego se formaron multitud de grupos, en todos los que se comentaba el rapto de la jóven, el valor y nobleza de Flaviano, y el heroismo y la abnegacion con

que despues de haber ganado una batalla corrió al patíbulo, á trueque de librar al príncipe de Italia de entre las garras turcas. Cien y cien de aquellos bizarros caballeros aspiraban ya á la mano de la bellísima odalisca; pero ninguno se atrevia á comunicar á otro su deseo, temiendo desagradar al maestro Osorio, su libertador, y el que la protegía y amparaba con su espada, nombre y riquezas.

Se hallaba entre todos aquellos que la hubieran querido por esposa, uno que al verla sintió una impresion desconocida hasta entónces para él; se fijó en la dama, y como atraído por un poder superior, no podía separar la vista de ella ni retroceder del sitio donde se encontraba enclavado. Era éste Alvaro Zalla, el menor de los tres hermanos, de la edad de Osorio, valiente y protegido por los *invencibles*, en union con sus dos hermanos. El mancebo habia escuchado en el campamento la historia de la griega; recordaba su virtud, decision y arrojo, y en tales momentos la contemplaba como á un sér sobrenatural, al que ya veneraba, sintiendo latir fuertemente su corazón. Alvaro no podia explicarse lo que en aquellos momentos pasaba por él; no habia amado á ninguna mujer, y no comprendia el éxtasis amoroso que le proporcionaron la hermosura é historia de Syra.

Trascurrió media hora; llegó el instante de partir al templo, y el jóven Zalla no se habia movido ni apartado la vista de la griega. Por último, le cogió uno de sus hermanos, y sacándole de aquel arrobamiento, le hizo ocupar su puesto.

Salió, pues, del palacio una escolta de alabarderos, yendo detrás las dos damas, el soberano, Julio de Silva, los cinco maestros, y en pos hasta quinientos caballeros entre oficiales españoles, sanjuanistas y cruzados. La carrera estaba guardada por gente de armas, entre los que se apiñaba el pueblo de Malta.

De este modo penetraron en el templo, siendo al poco tiempo bautizada la hermosa griega por el padre Alberto.

Le pusieron los nombres de sus padrinos, que lo fueron el gran maestre y su sobrina, añadiendo el apellido de Flaviano; de modo es, que comenzó á llamarse María Juana de Osorio. Los padrinos y el príncipe la estrecharon tiernamente, besando su mano los cinco maestros de campo, y dándole la enhorabuena todos los convidados. Despues ocuparon las damas una tribuna, y seguidamente se cantó un *Te-Deum*, en acción de gracias por las victorias conseguidas el dia anterior; regresando luego á palacio en la forma que habian ido.

Cuantos asistieron al solemne acto que acabamos de relatar, estaban convidados á un espléndido banquete, dispuesto por el soberano; pero en vez de irse al comedor, volvieron á entrar en el salon principal, exclamando Lavalett, cuando todos estuvieron reunidos:

— Señores: en premio de los eminentes servicios que ayer prestó á la isla de Malta el valeroso, entendido y noble maestre de campo D. Flaviano de Osorio, le nombro general de mi ejército, poniéndole yo mismo las insignias, como débil muestra de mi admiracion hácia el famoso caudillo de veintitres años.

— ¡Bien, muy bien! — exclamaron los concurrentes, á excepcion de Julio de Silva.

A la vez se acercaron tres pajes, llevando uno en bandeja de oro el título; otro el pequeño cetro ó baston usado en tal época, y el último la banda, que fué á coger el soberano para ceñírsela á Osorio; mas éste le detuvo, diciendo:

— Señor, si algo merecia por haber cumplido ayer con mi deber, ya me lo han recompensado sobradamente las benévolas frases de V. A. Yo os ruego encarecidamente retireis ese nombramiento; obligándome á hablar así razones tan poderosas, que hacen imposible pueda yo aceptar tan honrosa distincion.

Julio, los cuatro maestros que le seguian y cuantos presenciaban la escena, vieron la firme resolucion con que

Flaviano se habia expresado, quedando sorprendidos. El soberano le contestó:

—Ignoro qué causas puedan ser esas, y os invito á que las expongais; pues de no ser suficientes, espero de vos no hagais un desaire á este monarca sin reino propio.

—Gran señor, no creo á nadie capaz de desairar una oferta que honra por sí sola mucho, y más aún viniendo de V. A. Para negarme á admitirla, prescindo de que entre esos caballeros sanjuanistas y cruzados, hay otros más dignos que yo; y ya comprenderá V. A. que no es poco prescindir. Existe, no obstante, otra razon más poderosa para mí; pretender que me iguale al invicto duque del Imperio, y que me sobreponga á mis hermanos Nuñez, Navarros y Mendoza, es un imposible que nadie conseguirá de mí.

Todos los presentes quedaron doblemente sorprendidos con las palabras del jóven. Julio se creyó obligado á contestarle, y dijo:

—Declaro que Flaviano de Osorio puede estar á mi lado; pero no debe sobreponerse á sus cuatro hermanos, que acaba de citar.

—Entónces —contestó el gran maestre— os nombraré á los cinco generales.

—No, no —exclamaron el vizconde de Jana, Mauro, Roberto y Mendoza.

El primero añadió:

—La conducta observada ayer por nuestro hermano Osorio, merece ese empleo; no dárselo seria una ingratitud; no admitirlo él, un desaire. Hay además otra razon para que lo acepte: nosotros somos españoles, y ese título maltés en nada puede afectarnos; si bien declaro, que aplaudiria su nombramiento de general, hecho por el rey de España. Quien ayer se elevó tanto, merece estar sobre nosotros cuatro.

—Sí, sí —contestaron Roberto, Rogelio y Nuñez.

El jóven se fijó en el duque, sin hallar nada que contestar. Aquél le devolvió su mirada con cariñoso afecto, replicando:

—Acepta, hermano, y sé general en Malta. Yo te lo mando.

En el mismo instante inclinó la cabeza Osorio; el soberano le puso la banda; la griega le alargó el pequeño baston, y María el despacho, que él cogió, besando las manos que le hacian tal merced. Luego alzó la frente, y mirando en torno, exclamó:

—Hoy me ceñís estas insignias; en la próxima noche las estrenaré.

—¡Hurra! —gritaron los sanjuanistas comprendiendo la intencion de Flaviano.

Un aplauso siguió á este acto, siendo invitados en el mismo instante por el gran maestre á pasar al comedor, lo que efectuaron inmediatamente.

Por el camino se acercó Alvaro Zalla al nuevo general, diciéndole:

—Señor, siempre habeis sido mi protector.

—Pardiez, y ahora tambien. ¿Qué quereis?

—Temo deciroslo.

—Hablad, amigo mio; nada os detenga.

—Pueden oirnos, y...

Flaviano se cogió á su brazo, y aproximándole el oido, añadió:

—Decid lo que deseais.

Zalla hizo un esfuerzo sobre sí, y con resolucion extrema prosiguió:

—Tened la bondad de decirme si me parezco á vos en algo.

—Pardiez, no os comprendo.

—Mi pregunta tiene relacion con María Juana de Osorio —añadió Alvaro con timidez.

—¡Ah! —exclamó el general, adivinando el pensamiento del mancebo. Y deteniéndose, quedó frente á él, mirándolo de arriba abajo. Despues le dijo: —En cuanto al parecido,

á la forma y maneras elegantes, como es cuestion de gusto, y las mujeres son caprichosas, acaso juzguen que valeis ménos; pero sois tan valiente y generoso como yo.

— ¡Luego creéis que reuno algunas de las cualidades exigidas por la hermosa griega para optar á su mano!

— Sí, Alvaro.

— Si protegierais mi pretension...

— ¿La amais?

— La adoro; ¡es tan hermosa!...

— ¿La hareis feliz?

— Será mi esposa, mi ángel; la mujer que formará mi dicha, aun cuando me exija que sea su esclavo.

— Con tal que esta noche me ayudeis á adquirir su dote, os caso con ella, siempre que merezcáis su agrado.

— ¿Se trata de dar cuchilladas?

— O hachazos.

— Lo mismo tiene; sin esa causa, contad siempre conmigo.

— Hay otro que tambien se me ha indicado...

— Decidme quién es, y lo mato.

— ¿Y si fueran Odon ó Roberto Navarro?

— A esos, señor, se la cederia, aun cuando ella me amase y yo estuviera más apasionado aún.

— Bien dicho, pardiez. Os casareis con ella.

— ¿Quién es ese otro?...

— Un cruzado español, de noble estirpe.

— Su nombre, y lo mato esta tarde.

— Eso no, que es nuestro compatriota y aliado; basta con que seais el preferido. Os dejo, que se ha sentado ya el gran maestre y la mayor parte de los convidados. Fijaos en ella; así no, con más valor, más fuego, más... ¡Pobre muchacho! ¡qué tímido es, y yo!... ¡Qué suerte habeis tenido, Alvaro! ¡Hace cuatro meses!... No dejad de mirarla, y hasta luego. Cuento con vos esta noche.

— Disponed de mi vida, ahora y siempre.

— Gracias.

Zalla se sentó, fijándose en la griega, la que, en honor á la verdad, no habia reparado en él hasta entónces; mas Flaviano, antes de buscar su asiento, se acercó al oido de su protegida, diciéndola:

— María, mira al extremo de la mesa; fijate en aquel jóven español de bigote negro, rostro encendido, el cual te dirige la vista con timidez.

— Ya lo veo.

— ¿Te gusta?

La griega sonrió contestándole:

— No me agrada más que uno, y ese no puede pertenecerme.

— Pues aquél se parece á ese otro en lo valiente, generoso... Es un bizarro oficial, que protejo yo, y que te ama.

— Fuerza será que yo le quiera entónces y le sea leal.

— Adios, que ya no hay ninguno de pié. Se llama Alvaro Zalla. Mirame ménos, y miralo más.

Ocupaban la cabecera de la mesa el gran maestre y las dos Marías; seguian á éstas Julio de Silva y sus cinco amigos; pero Flaviano, por un rasgo de modestia, cambió su asiento por el de Roberto, quedando el último de los *invencibles*; continuaban los jefes sanjuanistas; despues los caballeros de esta órden y demás españoles, mezclados y confundidos. Una orquesta numerosa comenzó á entonar alegres melodías, dando principio el régio banquete.

A la vez empezó á oirse el estampido del cañon y el choque de las balas, que se estrellaban en los muros y edificios de la ciudad. Los fuertes y baterías de la plaza contestaron un minuto despues.

Este nuevo bombardeo lo efectuaba la marina turca, que, no sabiendo su general de qué modo podria vengar las pasadas derrotas, dispuso aquella nueva granizada de hierro; que si algo destruia en Malta, algunos buques le costaba en cambio, con muchos marinos que pasaban á ser pasto de los peces.

No obstante tan continuas y repetidas descargas, siguió el festin, sin que ninguno de los convidados demostrase la más leve alteracion en su semblante. Comian, hablaban, reian, y de todo se cuidaban menos de aquel bombardeo, que consideraban en tales momentos como una salva inocente.

Dió fin la comida, reinando en ella gran animacion. En el momento de ponerse en pié, se acercó Osorio al soberano, y le dijo muy quedo:

—Señor, ya que soy general maltés, desearia quedar á vuestro lado hasta mañana.

Y se separó con el mayor disimulo.

El gran maestre despidió á los sanjuanistas y cruzados, no sin que el sagaz Osorio dijera antes á uno de los primeros:

—Esperadme con todos vuestros compañeros en los salones del piso bajo.

Cuando Lavalett se vió solo con el duque y los que componian la escolta de éste, le dijo:

—Veo que te preparas á marchar, hijo mio.

—Sólo espero despedirme de vos, de esas damas y de mi padre, que supongo estará en palacio.

—Puedes partir cuando quieras; mas te advierto, que me quedo con el general Flaviano.

—Si él consiente...

—Pasaré veinticuatro horas aquí; déjame á Alvaro Zalla, y que el cielo os acompañe, hermanos. Mañana ó pasado me uniré á vosotros, tornando á ser simple maestre de campo, pues á tu lado no es posible otra cosa.

Silva miró á su amigo y al gran maestre; intentó penetrar las intenciones del primero, diciéndole despues:

—Hermano, no siempre la suerte favorece al valiente; une á tu talento la prudencia que te tengo recomendada, procurando no darnos otro disgusto mayor que el que tuvimos ayer. Accedo á los deseos del soberano, á condicion de que te acompañe uno de nuestros hermanos. Elige.

—Con mucho gusto, mi amado duque; opto por el gigante Mendoza.

Julio movió la cabeza con disgusto, añadiendo:

—Es el que tiene más fuerza en los brazos, pero menos preponderancia sobre sí. Está bien: que quede ese; y cuenta, Rogelio, con las consecuencias, si...

—Entiendo, Julio; lo cojo debajo del brazo, como ayer, y te lo llevo al campamento.

Todos sonrieron, despidiéndose luego Silva y los suyos de cuantos quedaban allí; montaron á caballo y partieron, oyendo con desden las descargas de artillería de los navíos otomanos.

El soberano se llevó á las dos Marías, permaneciendo en el gran salon Flaviano, Mendoza y Alvaro Zalla. El primero le dijo al segundo:

—En los salones del piso bajo me esperan todos los caballeros de la órden de San Juan; baja, y aguárdame entre ellos.

—Niño, ¿qué piensas hacer?

—¿Ya no me respetas como ántes, Mendoza?

—Segun y conforme; ya has oído lo que me ha mandado Julio.

—Hermano, no tenemos dinero, y el enemigo guarda entre esas olas una nave cargada de oro; ¿no te atreverías á marchar conmigo y con unos cuantos marinos?... Es preciso vengar la conducta que observaron ayer con el príncipe de Italia. ¿Tienes miedo?

—Miedo, miedo; ¿qué miedo he de tener yo! mas el duque...

—Se pondrá contento cuando le llevemos quinientas mil doblas; pero, en fin, si temes, te quedas.

—Me estás insultando, Flaviano.

—Tienes razon; te estoy rogando, sin recordar que eres un simple maestre de campo, y que yo soy tu general. Desde ahora te voy á mandar.

—Deja esas bromas, y tratemos de lo que interesa. ¿Qué vamos á hacer esta noche?

—Nos cubriremos con cotas, llevando buenas pistolas y hachas. Se trata de una especie de abordaje, donde nosotros mataremos, mientras tú rompes la cadena del ancla, ayudándonos despues á herir turcos y á quitarles el inmenso tesoro de Mustafá. Luego dormimos, y por la mañana le llevaremos al duque tres carros ó más, cargados de oro. Alvaro, ¿qué te parece la idea?

—Magnífica, mi general. ¡Asalto, abordaje, venganza, una fortuna inmensa arrancada á los bárbaros!... ¡Con qué placer os voy á acompañar!

—Si quieres tú quedarte, Rogelio...

—Iré contigo; romperé las cadenas, y nos traeremos siete ú ocho navíos. ¡Qué contento se pondrá Julio, y qué nueva leccion le vamos á dar al príncipe turco!

—Baja en busca de los sanjuanistas.

—¿Qué les digo?

—Únicamente que les suplico me aguarden un poco más.

El gigante partió inmediatamente. Cuando Flaviano le perdió de vista, le dijo á Zalla:

—Alvaro, os casareis con la griega.

—¡Señor!...

—Vamos á lo que interesa. Partid inmediatamente en busca de un profesor de español que hable griego y pueda enseñar á María, pues la infeliz no os comprende ni vos á ella; me lo mandais al instante. Luégo marchad al muelle, viniendo acompañado del contramaestre Roch. ¿Le conocéis?

—Sí, señor.

—Pues no perded tiempo. Partid.

Salió Zalla, mientras Flaviano se dirigió á las habitaciones de la odalisca, encontrándose á la mitad del camino al gran maestre, que le preguntó:

—¿Qué os proponeis, general?

— Un paseo marítimo, sin peligro para nosotros; con harto daño para los turcos.

— Sois muy jóven, Osorio.

— Puede que sea esa la razon que me asiste para matar mejor que los viejos. No aludo á vos, á quien admiro y respeto.

— Quisiera que no os expusierais tanto.

— Mañana pensareis de otro modo, alteza.

— ¿Tanta seguridad teneis?

— Casi absoluta.

— Nada más os digo entónces; pues no obstante los pocos años, abarca vuestro ingenio tanto como el del más entendido y experimentado. No olvidéis el consejo del duque, y contad conmigo para todo.

— Gracias. ¿Me permitís hablar con mi protegida?

— Estais en vuestro palacio; como dueño, dispond.

— Hasta luego, señor.

— Hasta despues, jóven incomparable.

Osorio se dirigió á la estancia de la griega, á la que halló entendiéndose por señas con la sobrina de Lavalett; ni la una comprendia el griego, ni la otra el maltés. Ambas estrecharon nuevamente la diestra del guerrero, exclamando Syra:

— Te esperaba, protector. ¿Con que me vas á casar?

— Sí.

— Me agrada el esposo.

— ¿En qué te fundas, puesto que no lo has tratado?

— En que fué elegido por tí. Creo que me será fácil amarlo.

— Opino lo mismo, bella cristiana; pues es valiente, generoso, cortés, está enamorado de tí, y no há mucho le salvé la vida en la batalla de Dreux.

— Luego ambos te la debemos.

— ¿Quieres que hablemos de otra cosa?

— De lo que tú desees.

— Recuerda, bellísima gacela, las cuatro galeotas, una de las cuales te servia de prision.

—Las recuerdo.

—¿Qué guarda en ellas Mustafá?

—En la una, sus concubinas; en la otra, parte de sus criados y esclavos; en la tercera sus tesoros, y la cuarta me la destinaba á mí, su futura sultana.

—¿Qué señas tiene la tercera?

—El busto de una sirena en la proa; es además la más grande y chata. Siempre se hallaba junto á la mia, por cuya razon he pasado horas y horas mirándola desde la escotilla de mi camarote. Las olas se estrellaban en su casco, formando coro con mis continuados suspiros.

—Y ahora, ¿qué deseas?

—Ver á menudo á mi salvador; al que amo como á hermano.

—Gracias, encantadora griega; te distingo con el mismo cariño. Tu futuro es español.

—Ya lo sé.

—No habla el griego.

—Que me enseñen su idioma.

—En este instante te busca un maestro, y antes de poco recibirás la primera leccion.

—Te prometo estudiar mucho y aprender en el ménos tiempo posible.

—Eso deseamos él y yo.

—Os daré gusto.

Luégo dirigió el galante Osorio algunas frases á la sobrina de Lavalett, y llegado que hubo el profesor que esperaba, lo presentó á las jóvenes, encargándole que se quedara en palacio, y se dedicase á la instruccion de la nueva cristiana. El recién venido tendria sesenta años de edad, y era hombre que poseia diferentes idiomas, conocia algunas ciencias y demostraba haber recibido buena educacion, por lo cual le encargó Flaviano, con placer, la de su bella protegida.

Seguidamente se despidió de los tres, corriendo en busca de los sanjuanistas.

Se hallaban todos los de la ínclita y veneranda órden en un extenso salon del piso bajo, aguardando á su jóven general. En este instante rodeaban al gigante Mendoza, el cual les referia, con voz de bajo profundo, el destrozo que hicieron en el campamento turco luego que salvaron á Flaviano los ciento cuatro jinetes. Aquellos valerosos guerreros, enemigos eternos de la Turquía, le escuchaban con entusiasmo, aplaudian los hechos de los *invencibles*, victoreando al duque y á Osorio.

Llegó el jóven, se abrieron, dejándole paso hasta que penetró en el centro, junto á Rogelio. El nuevo general lanzó sobre ellos una ardiente mirada; y satisfecho de su reconocimiento, exclamó:

—Caballeros de la primer órden que existe en Europa, vuestro digno soberano me ha puesto esta banda, y desde aquel instante puedo mandaros y os voy á mandar.

—¡Bravo!—contestaron todos.

—Vuestro jefe ha dado hoy á los míos y á mí un espléndido banquete, que os voy á devolver esta noche á la orilla del mar. Lavalett es muy rico, y nos obsequió con sabrosas viandas; yo soy pobre aquí, y os voy á regalar ostras crudas que podreis aderezar con sangre otomana. ¿Aceptais?

—¡Hurra!—añadieron aquellos valientes.—Cuando querais; como querais; contra todos ellos.

—Contaba, señores, con que érais gastrónomos, y á fuer de tales no desairaríais el convite; en cuyo caso, y no habiendo ostras para todos, sortearos; y los cuarenta favorecidos, que me esperen por sí y á nombre de sus compañeros en la hostería de los españoles, situada en el puerto. Buenas cotas de malla interiormente; por fuera traje ligero, que vamos al mar. Nada de espadas, lanzas ni picas. Puesto que sólo se trata de cenar, llevarán los cuarenta, pistolas y hacha.

—¡Abordaje!—exclamaron los sanjuanistas.

—Una cosa parecida —añadió Osorio.—Mas primero

comeremos las ostras, y luégo nos columpiaremos sobre el agua. Hora de cenar, las nueve; hora de partir, las diez. Basta, señores, con que yo lo mande y vosotros lo sepais. Elegid los cuarenta, y hasta las nueve.

Los de la inclita despidieron al atrevido general, el cual salió acompañado de Mendoza al patio principal del palacio, donde ya le esperaban Zalla y Roch, patron del sparono que ya conocemos. Osorio preguntó al último:

—¿Odiais á los turcos?

—Como vos, señor maestre —le contestó el marino.

—Os equivocais, soy general de Malta.

—No habia reparado, mi valiente señor.

—¿Quereis acompañarme esta noche?

—¿Dónde?

—Al mar.

—¿Qué vamos á hacer?

—A matar enemigos, trayéndonos una galeota contraria.

—¿Quién nos manda?

—Yo.

—¿Quiénes nos siguen?

—Un *invencible*, otro español, y cuarenta sanjuanistas.

—Listo; cuando querais.

—Aún alumbra el sol; subid á San Telmo, y dirigid la vista á un grupo de cuatro galeotas ancladas á Levante. Son chatas, no tienen cañones, y una de ellas ostenta en su popa el busto de la sirena. ¿Podreis reconocerlas?

—Perfectamente. ¿Y luego?

—Preparad los barcos y la gente de mar; toda la marina maltesa está á vuestra disposicion. Tomad la órden.

—¿Qué mas?

—A las nueve cenareis conmigo y los sanjuanistas en la hostería española, y á las diez al charco.

—¿Parto?

—No, aguardad. Sólo una de las cuatro galeotas debemos traernos.

—¿Qué falta?

—Que me vayais á esperar á la hostería.

—Hasta las nueve.

—Hasta las nueve.

Partió el contraamaestre, mientras Osorio, Mendoza y Zalla se dirigieron á palacio en busca de cotas, pistolas y hachas.

Dos horas despues fué poco á poco reemplazando al sol una noche oscura, lluviosa y triste. El estado atmosférico favorecia el plan del maestre de campo ascendido á general.

No era Flaviano gran conocedor del inmenso piélago que tenía delante, y mucho ménos un experimentado marino; no obstante lo cual se lanzaba sin temor alguno al movible charco, fiado en su talento y fortuna. Pronto veremos que su audacia, valor, destreza y sagacidad, triunfan sobre el agua lo mismo que en la tierra, donde todavia no consiguieron vencerlo.

CAPÍTULO XXXII.

Las nueve.—Banquete sin viandas.—Las diez.—Sorpresa.—Heroicidad.—
Triunfo completo.

La noche continuaba oscura; el agua caía á torrentes, y Malta parecía un pueblo deshabitado, pues sus moradores procuraban guarecerse de aquel diluvio con que las negras y espesas nubes inundaban la ciudad sanjuanista y sus contornos. La tropa de servicio se agrupaba en los cuerpos de guardia, mientras los centinelas se escondían en sus estrechas garitas, desde donde observaban, cumpliendo con la consigna y á la vez con su instinto de conservacion, que les aconsejaba no morir ahogados.

En tal instante, y cuando parecían abiertas las cataratas del firmamento, bajaron la ancha escalera del palacio del gran maestre cuatro hombres cubiertos con toscos gabanes, cuyas capuchas tapaban sus cabezas. Llevaban debajo de tan grosero ropaje dos pistolas cada uno, y una afilada y tremenda hacha. Llegaron al zaguan, y deteniéndose junto á la puerta, exclamó uno de ellos:

—Agua de arriba, y agua debajo. ¡Magnífica noche! La naturaleza está de nuestra parte; y siendo así, el triunfo es

seguro. Tapaos bien, no os entre agua é inutilice la carga de las pistolas.

El que así hablaba era Flaviano de Osorio y sus acompañantes, el maestre Rogelio Mendoza, Alvaro Zalla y el sirviente del primero.

Cuando los cuatro hubieron resguardado sus armas de fuego de la abundante lluvia, continuó el sagaz Osorio:

— Alvaro y Ros, marchad inmediatamente á la hostería española, encargando al dueño que despida para antes de las nueve á todos sus parroquianos, y que prepare ostras crudas, pan y vino añejo para cuarenta y cuatro personas; una sola mesa, y abundancia en lo que os acabo de indicar. Bueno será cuideis vosotros de no dejar á nadie que pueda espiarnos. Mi criado hará de portero. Tú, Mendoza, sígueme.

Y salieron, partiendo de dos en dos, en la misma direccion, si bien iban delante Alvaro y el sirviente.

El audaz Flaviano, seguido de su gigante amigo, llegó al fuerte de San Telmo, y haciéndose conducir á la presencia del gobernador, le dijo:

— Tomad este papel, y cumplid estrictamente las instrucciones que os doy en él.

Y le alargó un despacho que el otro tomó, quedando pensativo.

— ¿Dudais? — le preguntó Osorio.

— Perdonad; pero ese traje...

— ¿No os han dicho ya que soy el general Osorio?

— Sí, señor; mas ese disfraz...

— Teneis razon.

Y el jóven echó abajo la capucha, abriendo su tosco gaban. El gobernador sonrió, viendo al extremo de la elegante banda de general, dos pistolas y un hacha.

— Ahora os reconozco, y sereis obedecido segun deseais. Vais á estrenar la banda; ¿es eso?

— Sí — le contestó Flaviano — con ella corro á matar

turcos, y con el poder que me da mandaré ahorcar al que vacile, tarde ó no cumpla como yo quiero, las órdenes que voy comunicando. Haga el cielo, gobernador, que sólo á nuestros enemigos les sea funesto el poder de esta banda.

—Espero no daros motivo de queja.

—Quedad con Dios.

—El os acompañe, mi valiente señor.

El jefe siguió á los dos *invencibles* hasta que éstos dejaron la fortaleza. Flaviano y Mendoza visitaron los demás fuertes del puerto, teniendo con sus gobernadores un diálogo parecido al que acabamos de referir. Luégo se dirigieron á la hostería española, llamaron, les abrió Ros, entrando acto continuo en el salon principal, donde hallaron á Zalla y una mesa con cuarenta y cuatro cubiertos. El jóven ocupó la cabecera, Mendoza su izquierda, mientras que Alvaro se fué al extremo opuesto.

En este instante sonaron las nueve, y un segundo despues llegó el patron del sparono, el cual, por mandato de Osorio, se sentó á su derecha, junto á él. Seguidamente comenzaron á entrar sanjuanistas, los que sacudían el agua de sus gabanes, y saludando á su general, se iban sentando indistintamente. Todos llevaban capuchon idéntico al de aquél, pistolas y hacha; y en sus rostros se notaba el placer con que acudían á la cita, y una audacia que cuadraba admirablemente con el traje y aspecto guerrero de todos.

Cinco minutos despues se hallaban reunidos los cuarenta y cuatro, mirándose unos á otros, pero sin desplegar los labios ninguno.

—Ros—exclamó Flaviano.

—¿Qué mandais, mi general?—le contestó el andaluz.

—¿Hay algun intruso en la hostería?

—No, señor; desde que echamos á los ociosos, sólo han penetrado un general, un maestre de campo, cuarenta caballeros sanjuanistas, el alferez Zalla, el marino Roch y yo. Total, cuarenta y cinco invencibles.

- ¿Quiénes más hay en el establecimiento?
—El dueño, su esposa, dos hijas, feas las tres, y cuatro criados.
—¿Tienen preparadas las ostras?
—Sí, señor.
—Pues sal, y que nadie nos escuche; despues pediré los mariscos.

Desapareció Ros, continuando su amo:
—Señores, fijad la atencion en el siguiente diálogo.

A estas frases reemplazó un profundo silencio, dirigiéndose todas las miradas al temerario mancebo. Éste le dijo al patron:

—Roch, os he encargado una mision difícil y arriesgada, pero no imposible para vos, hombre de valor, de ciencia y de una inteligencia privilegiada; ¿dispusisteis lo necesario para llevarla á cabo con éxito?

—Señor, todo está preparado para el momento en que mandeis nos lancemos á la mar.

—Referidnos qué habeis hecho en el asunto de que se trata.

—Tengo el sparonaro con cincuenta remeros, tres velas y quince tripulantes; de su proa pende una maroma que mide cien brazas, á cuyo extremo se halla sujeto un bote; á éste se une por medio de otra cuerda igual otro bote, y así sucesivamente hay hasta diez, pudiendo el primero aproximarse al buque que se va á abordar, sin que el enemigo distinga mi nave, que estará á una milla de distancia. Cada lancha de las unidas á mi navío será impulsada por cinco remos; resultando que la galeota vendrá remolcada por once naves, que surcarán el Mediterráneo por la fuerza de cien remeros y el empuje que el viento haga en mi ligero barco. Los que aborden la *Sirena* pueden llegar hasta ella en dos barcas, á las que seguirá el primer bote; treinta brazas antes de acercarse se detendrá éste, mientras vosotros, cogiendo el extremo de otra maroma, continuais adelante, asaltaís la

galeota, y, quitadas las anclas, vencidos sus defensores y sujeta á mi barco por la cuerda que habeis llevado, dais una voz que corre de lancha en lancha, sirviendo de señal para que los cien remos comiencen á moverse y volvamos al puerto; lo que conseguiremos, en mi concepto, sin que nos den alcance. Hé ahí mi proyecto; reformadlo si no merece vuestro agrado.

Flaviano miró á los sanjuanistas, exclamando:

—Yo lo encuentro admirable, si bien mi opinion vale poco ante la vuestra, caballeros marinos.

—El plan es hábil—replicaron los de la ínclita—y muy difícil mejorarlo.

—¿Lo aceptais?—preguntó el general á los de Malta.

—Sí, sí—le respondieron.

—Eso y más era de esperar, teniendo en cuenta vuestro raro ingenio, mi estimado Roch. Apruebo el proyecto en todas sus partes, y á las diez en punto de esta noche daremos principio á su realizacion. Entre tanto, cenemos, si es que tal puede llamarse á comer unas cuantas ostras.

Y alzando más la voz, prosiguió:

—Ros, los mariscos.

Cinco minutos despues estaba la mesa cubierta con platos llenos de ostras, con pan y botellas de vino. Los sanjuanistas sonreian, viendo lo frugal de la cena y el apetito con que el general comia.

—Están exquisitas—decia—les falta sólo sangre turca; y por mi patron, que ha de correr luego, como ahora el agua por las calles de Malta.

Unos y otros miraban el encendido rostro de Flaviano, aplaudian sus frases, é iba prendiendo en ellos el fuego que despedian los ojos de aquél.

En tal estado sonaron las diez. Al general se le cayó el cuchillo que tenía en su diestra, dejando todos de comer, fijos en el jóven caudillo.

—¡A la mar!—exclamó éste—llegó el instante deseado,

y fuerza es correr en busca de nuestro poderoso enemigo. Veo retratado el valor en vuestros semblantes; mas acaso no os s6bre nada para la arriesgada empresa que pretendemos llevar á cabo. Os advierto, señores, que mi objeto principal es apresar un barco contrario, con el fin de ofrecer al duque del Imperio en vuestro nombre todo lo que contenga. Es cierto que soy vuestro general y puedo mandaros; mas dejo en libertad de retirarse al que de antemano no me ceda la rica presa que vamos á conquistar. Me hubiera sido fácil conseguir mi deseo, valiéndome de los oficiales de mi tercio; mas he creído que debia la 6rden de San Juan demostrar su agradecimiento de este modo, al invicto caudillo que le va á regalar una isla. Y por esta razon os he impuesto tal sacrificio, si así puede llamarse para los valientes el hecho de combatir contra sus enemigos y vencerlos, entregando el fruto de su conquista al héroe que los defiende, ampara y protege. Hablad, amigos míos; antes de surcar esos mares, sepa vuestra opinion; teniendo entendido, y perdonad la idea, que con vosotros ó sin vosotros pienso conquistar la galera esta noche, ó morir.

A las frases de Osorio siguieron las voces de cuarenta hombres que pretendian decir una misma cosa, pero que nada se comprendió por haber hablado todos á la vez. A este acto siguió un murmullo, durante el cual se pusieron de acuerdo los sanjuanistas, contestando uno de ellos en nombre de sus compañeros:

—Queremos, anhelamos vivamente combatir á vuestro lado; asolar la Turquía hasta dar fin de la falanje otomana. Para hacer esto, no necesitamos recompensa alguna; antes por el contrario, nos humillaria si alguno se atreviera á otorgarnos galardón por haber cumplido nuestro deber, por conseguir lo que deseamos con ahinco sin igual. General Osorio, la presa de esta noche será vuestra; mas no se la ofrezcais al duque en nuestro nombre, que eso nos rebajaria; para el poderoso caudillo español tienen los caballeros de la

órden de San Juan toda la sangre que circula por sus venas; que nos la pida, y la verteremos con gusto. Es la única ofrenda digna de nosotros para un héroe que tan noble y generosamente corrió á sacrificarse por quienes le aman tanto como le respetan. Sentado esto, sabed, mi general, que el bacha espera, late el corazón y los botes aguardan.

— ¡A la mar! — exclamaron sus compañeros blandiendo la segur.

— Pues ¡á la mar! — dijo Flaviano — y atentos á mi voz; seguidme; que conozco el camino, iré delante siempre y le arrancaré á la suerte la victoria que pretendéis. La operación será breve, algo arriesgada; mas tened en cuenta que vamos á dar un golpe en el corazón de Mustafá. En la galeota *Sirena* tiene sus joyas y riquezas, y por consiguiente poderío, opulencia é ilusiones. Sentirá más que se las arranquemos, que perder la mitad de su ejército; son el fruto de sus conquistas y rapiñas; lo que adquirió encaneciendo en los combates y regando el campo con su sangre. Y es tan avaro, ama tanto su tesoro, que lo trajo consigo, vela por él día y noche, y no se fía de nadie para su custodia. Por eso, donde camina el primo de Soliman II, allí le siguen las riquezas que arrancó á los griegos, á los húngaros y á cuantos desgraciados encontró á su paso.

— ¡A la mar, que han dado las diez! — exclamaron los sanjuanistas crispados de alegría, nó por lo que iban á ganar, sí por el daño que pensaban hacer á su bárbaro enemigo.

— Cerrad esos capuchones; defended cuidadosamente del agua la carga de vuestras pistolas, y á la mar, pero en silencio.

— ¡Silencio! — contestaron los de la ínclita cubriendo sus armas.

Y fueron saliendo despacio hasta acercarse al muelle.

La noche continuaba oscura y tan lluviosa como ántes. Malta parecía envuelta en un paño mortuorio; la mar nó

tenía movimiento, y negro el espacio, la tierra y el agua, sólo interrumpían el sepulcral silencio que reinaba do quier, el choque de la abundante lluvia que venía á estrellarse con el suelo, los edificios y los buques.

Los cuarenta y cuatro valientes llegaron al muelle, según hemos dicho; voceó Roch, é inmediatamente aparecieron varias linternas, á cuya luz pudieron distinguir el sparonaro, diez botes pequeños y dos lanchas mayores, chatas y ligeras. Las trece naves tenían sus remeros y demás tripulantes, fijos los unos y los otros á sus respectivos palos.

Roch gritó:

— ¡Al muelle las dos lanchas y mi bote!

Y se acercaron á la escalerilla. Entónces Flaviano se aproximó al patron, preguntándole:

— ¿Os quedais en el *San Pablo*?

— Lo creo necesario, però no indispensable. Si quereis, os acompañaré con mucho gusto.

— No; he pretendido saberlo, para daros únicamente la contraseña de regreso. Advertid á los marineros que en oyendo *Syra*, corran la voz hasta que llegue á vuestros oidos; desde cuyo instante deberá volar vuestro barco y los botes.

— Así será.

— Hasta luego ó hasta la eternidad, Roch.

— Hasta luego, ¡voto al demonio! — le contestó el marino. Seguidamente entraron en una de las dos lanchas veintidos sanjuanistas, y en la otra diez y ocho, el general Flaviano, Mendoza, Alvaró Zalla y el sirviente de Osorio. A la vez saltó á su bote Roch, y cogiendo el extremo de una maroma delgada y fuerte, se la dió al jóven *invencible*, diciéndole:

— Con ésta deberán amarrar la galeota apresada.

Y alzando la voz, exclamó:

— ¡Alerta los botes! ¡Ha de las lanchas! ¡Rumbo al Norte!

Estas partiéron, y aquellas se pusieron en movimiento, alumbradas por la luz de una linterna.

Luégo se dirigió el patron al sparono, y hallándolo listo, se detuvo en la proa observando la direccion de los botes, hasta que los vió en ala, y dispuso que comenzasen á remar los del *San Pablo*. A la vez gritó:

— ¡Fuera luces!

Los marineros repitieron estas frases, apagándose en el mismo instante las trece linternas.

El sparono comenzó á surcar el agua, siguiendo el rumbo de los esquifes que le precedian.

El gran puerto de Malta estaba cerrado, durante el sitio, por una gruesa cadena que le permitian sostener de un extremo á otro los dos pequeños montes que la naturaleza habia internado en el mar, como para dar seguridad á la entrada de la plaza; pero en la presente noche la cadena no impedía que las naves cruzasen el estrecho.

Los botes y el *San Pablo* atravesaron aquel sitio; los primeros principiaron á correr cuanto les era posible, mientras que los de atrás iban más despacio, con el objeto de formar la línea antes de llegar á la *Sirena*. Estaban unidos entre sí, segun dijo el patron, por una delgada y fuerte maroma de cien brazas de largo; mas ahora cada nave surcaba con su fuerza propia, ó sea con la que le daban sus remeros, é iban á la mayor distancia que les permitia la oscuridad de la noche, para no perder de vista la segunda á la primera, la tercera á la segunda, y así sucesivamente.

No se distinguía una sola luz en los fuertes, muros y puertos de la plaza, ni se escuchaba ruido alguno que demostrase precaucion ó alarma en los encerrados en unos y otros. Y no obstante, podemos asegurar que todos sus defensores se hallaban ocupando sus puestos: los artilleros tenian las mechas encendidas, y los jefes vigilaban ni más ni ménos que si tratasen de hacer fuego al enemigo.

Continuaba la noche cada instante más oscura y lluviosa;

el agua que arrojaban las nubes chocaba con la del mar, y este ruido constante y acompasado impedía que se oyese el de los cien remos que seguían á Flaviano.

Una hora después sonó un silbido semejante al chirrido de un ave nocturna, el cual fué corriendo de bote en bote, desde aquel en que iban los sanjuanistas hasta llegar al sparonaro.

Las trece naves se detuvieron, é inmediatamente soltaron la maroma que unia al *San Pablo* por la proa con el bote más próximo de los diez que iban delante, le hicieron dar una vuelta completa, y lo amarraron ahora por la popa con la mencionada maroma, quedando su proa dirigida hácia el muelle de Malta. Seguidamente comenzaron sus cincuenta remeros á bogar, hasta tanto que oyó el patron otro silbido igual al anterior, en cuyo instante gritó:

—Basta. Fijos los remeros en sus sitios; grumetes y marineros, desliad el velamen, y que cada uno quede ocupando su puesto para el momento de partida.

Las lanchas de Flaviano y de los sanjuanistas se hallaban próximas á los navíos turcos, mientras que la maroma y botes unidos á ella habían quedado formando una línea recta, y por consiguiente se encontraba el sparonaro á más de mil brazas de los buques enemigos, siendo imposible que, en atencion á la oscuridad de la noche, pudieran distinguir los otomanos el único navío de los trece que presentaba volumen.

Seguia la lluvia confundiendo el poco ruido que hicieron los atrevidos cristianos; la operacion se iba llevando á cabo con habilidad y maestría sorprendentes. Sepámos á qué lado se inclina la veleidosa fortuna en la terrible lucha marítima que en breve comenzará entre los sanjuanistas y los sectarios de Mahoma.

El general Flaviano y sus cuarenta y tres valerosos parciales continuaron en sus dos lanchas, impelidas por seis remos cada una, y cruzaban el Mediterraneo apiñados unos

sobré otros en el mayor silencio. Seguian á la par, y todos iban en el fondo de las barcas, á excepcion de Osorio, que, medio tendido en la proa de una, sacaba parte de su cuerpo, pretendiendo cortar su vista de lince el manto que formaba há más de cuatro horas con incansable constancia la oscuridad que invadia el espacio. La mar permanecia tranquila; pero la mucha agua que arrojaban las nubes, hacia más compacto é impenetrable por la vista el negro crespon de la noche.

Y no obstante esto, continuaba el intrépido Flaviano mirando hácia adelante, queriendo adivinar lo que no veían sus ojos. De pronto exclamó:

— ¡Alto!

Acababa de distinguir la extensa fila que formaban las luces del único farol que los turcos dejaban encendido sobre las cubiertas de sus naves despues de las diez de la noche.

— ¡A Levante! — tornó á exclamar. — Más aún. Más todavía. Seguid así, haciendo el menor ruido posible.

Y el jóven, sufriendo há más de una hora el terrible aguacero que caia sobre él, permaneció tendido en la proa, devorando con su vista los débiles reflejos que percibia. Siempre tranquilo, sereno y valiente hasta la temeridad, volvió á decir:

— Basta; hácia el Norte, y con precaucion; pues vamos á pasar por entre las naves contrarias.

Así era efectivamente: los navíos turcos formaban el cordón ya descrito en uno de los capítulos anteriores, teniendo á espaldas, y como á la distancia de quinientas brazas, las cuatro galeotas, donde estuvo encerrada Syra. Las barcas de Osorio cruzaron por entre dos naves de la escuadra otomana, que distaria la una de la otra cuatrocientas varas escasamente.

Un minuto despues, distinguió el valeroso jóven otras cuatro luces, exclamando con alegría:

— Allí debe estar la *Sirena*. Creo percibir su blanco busto,

al reflejo del farol que alumbraba la galeota. Remad, hijos, remad; pero sin hacer ruido.

Luego le pareció ver un bulto negro que flotaba sobre el agua. Se hallaba á doscientas brazas de las galeotas, y Flaviano tembló; pues creyó era un bote lleno de gente armada, que servia como de avanzada á la *Sirena* y tres embarcaciones restantes que la acompañaban.

Y no se habia equivocado. Dentro de un esquife pequeño y chato, habia seis turcos provistos de mosquetes; mas tenian apagadas las mechas, y al parecer se hallaban durmiendo. El atrevido general dijo á media voz:

—Que pare esa lancha que nos sigue; y vosotros, Mendoza, Alvaro y valientes sanjuanistas, preparad las hachas. La gente de ese bote duerme, y es preciso que vaya á despertar al otro mundo; mas sin estrépito; en ala; tendidos, así como vais; los remeros atrás; más todavía; no haced ruido; pasad junto al bote despacio, y que Dios sea con nosotros.

El esquife contrario tenía en el interior de su diminuta popa una linterna que despedia vacilante luz, tan amortiguada y opaca, que era preciso estar muy cerca para distinguirla. Junto á la proa se veian seis mosquetes; en el centro dos remos flotando con el agua, y sobre las tablas del esquife, tendidos y durmiendo, seis albaneses. Desde allí á las cuatro galeotas, sólo habria cien brazas de distancia.

La lancha donde iba Flaviano llegó sin hacer ruido alguno, al bote donde se hallaban los mosqueteros. El jóven general, con el hacha levantada, dirigió su ansiosa mirada al interior del esquife, exclamando:

—Duermen.

Y cogió con la mano izquierda el borde del barco contrario, para que no chocara con el suyo, añadiendo:

—Fijaos cada uno en la garganta de un turco; á mi voz, herid de muerte. ¿Estais?

—Sí — le contestaron Mendoza, Alvaro y tres sanjua-

nistas, con voz tan apagada que sólo él pudo percibir la frase.

— ¡Mueran!

Tornó á decir; se oyó un golpe, y los seis cristianos cayeron sobre el bote contrario.

Ni un ¡ay! ni el más leve quejido siguió á aquel acto de muerte. Las seis gargantas otomanas habian sido cortadas con fuerza y destreza sorprendentes.

— ¡Murieron! — dijo Osorio con voz ronca. — ¡Bien hemos dirigido los seis nuestras hachas; buen principio, pardiez; la aventura promete! Cada uno á su puesto, y bogad hasta que lleguemos á cincuenta brazas de esas galeotas que tenemos enfrente.

Volvieron á ocupar sus sitios; los seis sacudieron sus ensangrentadas hachas, dejando atrás las dos lanchas al bote que sostenia ahora unos cuantos cadáveres mutilados.

El agua continuaba cayendo, y la noche oscurecia cada instante más; Flaviano sonreia en este momento de una manera siniestra y terrible; despedian fuego sus ojos, y hasta parecian brillar sus pequeños y nacarados dientes.

Las dos lanchas se unieron, quedando en el acto paradas. Habian llegado á cincuenta brazas escasamente de las cuatro galeotas. Tendido sobre la proa, como anteriormente, estudió Osorio la situacion del barco que pensaba apresar; luégo exclamó, dirigiéndose á los remeros:

— Haced la primera señal.

Y se oyó el silbido, imitando al chirrido de un ave nocturna, de que hemos hablado ántes. Seguidamente añadió aquél:

— Ved la *Sirena*. ¡Oh! sea nuestra, ó perezcamos todos. Mendoza — añadió — tú quedas encargado de romper las cadenas de las dos áncoras que sujetan la galeota; vos, Alvaro, coged la maroma y amarradla á la proa de la *Sirena*; vosotros, remeros, abandonad las dos lanchas y subid detrás de nosotros; si no quereis tomar parte en la refriega, per-

maneced á la espalda; pero en el momento que estemos todos sobre cubierta é inutilizadas las anclas, dad uno la voz de *Syra*, hayamos ó no vencido; pues lo que más interesa, es salir lo ántes posible de la línea que forman los navíos de guerra contrarios. En cuanto á vosotros, señores sanjuanistas, á mi lado y en pos de mí, herid y matad, como vosotros sabeis. Ahora esperemos la segunda señal del sparono.

Ocho minutos despues se oyó por toda la línea cristiana otro chirrido igual al anterior.

— ¡A la popa de la galeota *Sirena*! — tornó á exclamar el jóven *invencible*. — Primero subiré yo; despues Mendoza, y luégo vosotros, con la rapidez de que os daremos ejemplo.

Los remeros bogaron nuevamente, deteniéndose, sin impedimento alguno, junto á la segunda cadena; Flaviano se cogió á ella y trepó; á la vez dió un salto Mendoza, se agarró al borde de la nave escalada, subiendo antes que su amigo Osorio; éste le dijo:

— Corre á la proa, rompe aquella cadena, y vuelve para destruir esta.

En el mismo instante se oyeron varias voces en turco; despues cinco tiros mezclados con el ruido de los golpes de hacha; se aumentó la griteria otomana; siguieron veinte detonaciones, un tajo tremendo, y el choque de cadenas que caian sobre la madera del barco; y un momento despues, se confundian los pistoletazos con el ruido de las hachas y las voces de los turcos, que morian gritando:

— ¡La *Sirena* abordada! ¡Socorro, socorro!

— ¡La *Sirena* abordada! ¡Fuego; á ellos! — repetian los soldados de las tres galeotas restantes, mezclándose sus voces con las de los marineros que mandaban levar anclas y remar.

Flaviano y los sanjuanistas subieron á la cubierta de la *Sirena*, mataron á dos centinelas que fueron los primeros en gritar, é instantáneamente cayeron sobre los cincuenta mahometanos, que, unos saliendo de sus camarotes y otros

subiendo de la cámara principal, morían en union de los soldados que estaban en la cubierta, sin siquiera saber á manos de quién ni por qué causa. Acostumbrados los sanjuanistas á toda clase de abordajes, prácticos y audaces hasta lo infinito, fueron cuarenta leones lanzados sobre la *Sirena*, con más arrojo y temeridad que los mismos *invencibles*.

Osorio mató á dos con sus pistolas; y manejando el hacha con la destreza y acierto que la espada ó la lanza, daba tajos á derecha é izquierda, buscando siempre el sitio de más peligro, gritando:

— ¡Sanjuanistas, corred á los camarotes; á la bodega; reconoced la galeota, impidiendo el que la incendien ó la vuelen si tienen medio para ello!

Es decir, que siendo el primero en matar, preveía, daba órdenes, y dirigiendo á los suyos, procuraba el triunfo, evitando consecuencias siniestras.

Seguían los gritos de los heridos y acosados turcos de la *Sirena*; aumentaban las voces de los jefes, soldados y marinos de las galeotas vecinas; se oían tiros, se escuchaban tajos, y se percibían los gigantescos esfuerzos del atleta Mendoza para romper la segunda cadena. Por último, ésta chocó sobre las tablas del barco, exclamando Rogelio:

— ¡Atad, Alvaro, atad esa maroma; así.

Y sin dar lugar á que los lancheros hiciesen la señal, gritó él:

— ¡*Syrah!*

Aquella tremenda voz llegó al primer bote, al segundo y al tercero; fué repetida por otras seis, y tres minutos después comenzó á correr la *Sirena* remolcada por el sparonaro, los diez botes que seguían á éste, y por consiguiente por la fuerza de vela del primero y los cien remos de uno y otros.

La galeota partió de allí como por encanto, siendo saludada por los defensores de sus compañeras con algunas descargas de mosquetería, efectuadas sin consecuencia fu-

nesta para los cristianos. Sorprendidos, confusos y en el mayor aturdimiento, perecieron los turcos que custodiaban la *Sirena*, siendo casi nula la resistencia que intentaron; si bien es cierto que la acometida fué tan audaz, diestra y rápida, que sólo tuvieron tiempo para morir. Al arrancar la galeota quedaba su cubierta llena de cadáveres otomanos, que los de la inclita arrojaban al mar, con la ayuda de los remeros y del criado de Osorio.

Las voces, detonaciones y fragor del combate, llegó á los navíos turcos, los cuales tiraron el cañonazo de alarma, é inmediatamente se pusieron en movimiento los tripulantes y gente de guerra, pero ignorando todos lo que acontecía. El estampido de aviso fué repitiéndose por todo el cordon. Flaviano exclamó:

—Marineros y sanjuanistas, coged los palos y remad, ayudando al sparonaro y botes que nos remolcan; el enemigo leva anclas y se dispone á seguirnos.

En este instante pasó la *Sirena* á cincuenta brazas del costado de un navío turco de los que formaban la línea. Osorio apagó á la vez el único farol que tenía la galeota apresada, gritando:

—¡A los remos; no perded un segundo!

Los de la nave otomana vieron á la *Sirena* cual sombra que desapareció como un meteoro; le tiraron un cañonazo, y la bala cortó el viento, siendo apagada por las aguas del Mediterráneo.

Ros, Mendoza, Alvaro y veinte sanjuanistas comenzaron á remar, mientras que unos cuantos de los últimos, haciendo de grumetes y marineros, desliaron la única vela que tenía la galeota, y ésta continuó volando sobre aquella superficie blanda, negra y ondulante. Flaviano, cogido al timon, gritaba:

—Sanjuanistas, cerrad bien las escotillas, encended luces, y reconoced nuevamente el interior del barco.

En este instante vió á mil brazas, y en direccion de la

plaza, la luz de una gran farola. Era el sparonaró, que les indicaba su direccion, para que la *Sirena* pudiera mover el timon, continuando la misma ruta. A aquella luz sucedieron las de diez farolitos pequeños, fijos en los botes que precedian al barco apresado. De este modo pudieron proseguir llevando á cabo su difícil operacion, sin inconveniente alguno por parte de las barcas amigas.

La escuadra contraria levó anclas, y se dispuso á seguir á un enemigo que no sabia dónde se hallaba; á la vez se acercaron las tres galeotas que acompañaban antes á la *Sirena*, gritando sus defensores:

— ¡La *Sirena* ha sido abordada y se la llevan á Malta!

— ¡A Malta, á Malta!

Los jefes de los seis navíos más próximos oyeron estas voces, repitiendo el aviso, que se extendió por toda la línea, virando acto continuo hácia el muelle de la ciudad, sin ver otra cosa que once puntos luminosos, los cuales corrian á una milla de distancia de ellos, sobre el agua y en direccion del puerto. Los incautos siguieron en pos de aquellas luces; los más pensadores hicieron fuego, en la persuasion de que no daria resultado alguno; y á unos y á otros llenó de espanto la grave noticia de haberles apresado los cristianos la galeota donde guardaba el príncipe Mustafá su tesoro y riquezas.

Flaviano dejaba atrás un bote con seis cadáveres otomanos; dos barcas que abandonó por serle inútiles; tres galeotas y cincuenta navíos, que pretendian vanamente darle alcance. Cogido al timon, manchado de sangre y bañado en agua há más de dos horas, miraba el audaz general maltés las luces de las naves que le perseguian, brillando en sus finos labios la terrible sonrisa que robó á su querido Julio.

— ¡Malditos! — decia — ¡os faltan valor y destreza para vencer á Flaviano de Osorio! ¡Bárbaros, yo os probaré que sólo sabeis manejar aquellas terribles tenazas! ¡Mal día me disteis; más el desquite ha de ser peor!

El sparonaro llegó al puerto, y toda su tripulación y remeros se cogieron á la maroma que remolcaba, y comenzaron á tirar hasta que se acercó el primer bote, luego el segundo, despues el tercero, y últimamente el quinto. En este instante se oyó la ronca voz de Mendoza, que gritó:

—¡Soltad maromas; mar á la galeota!

Los cinco botes restantes obedecieron virando á la izquierda, para no ser destruidos por la *Sirena*, que, viento en popa y con sus veinticuatro remos, volaba sobre el Mediterráneo.

La atronadora voz del gigante volvió á gritar:

—¡España y Malta! ¡Alzad la cadena! ¡Alerta los fuertes! ¡Fuego al enemigo!

—¡Alerta! ¡Fuego! —repitieron los centinelas, corriendo la alarma por todas las baterías que defendían el puerto. Éste quedó cerrado por su valla de hierro, brillando á la vez trescientas mechas, mientras que, lista la escuadra maltesa, se acercaba á los fuertes más avanzados, intentando recibir desde la parte adentro de la cadena, á las navés turcas que surcaban hácia allí.

Flaviano dirigió la *Sirena* al costado derecho de San Telmo; y resguardándola en lo posible con aquél, mandó arriar vela y echar el ancla que tenía de repuesto el barco apresado. Unido despues á Mendoza, Alvaro y los sanjuanistas, quedó en la popa, mirando el fin de la trágica escena que él habia provocado, con tanto valor como talento. El sagaz *invencible* previó admirablemente cuanto debia acontecer, y en estos momentos esperaba el cumplimiento de las órdenes que habia pasado á los valientes defensores del puerto de Malta.

Como él suponía, veinte navíos turcos llegaron en perseguiimiento de la *Sirena*, hasta aproximarse á la cadena que cerraba el puerto; yendo todos ellos profusamente alumbrados, para evitar equivocaciones y siniestros entre los defensores de Soliman II.

Era el momento previsto por el jóven; San Telmo hizo

fuego á las naves turcas á poco más de doscientas varas de distancia; los demás fuertes y baterías secundaron al primero, y un instante despues se cubrió el mar de mástiles y pedazos de casco, desapareciendo ocho navíos turcos. Los restantes contestaron, y á la vez repitieron el cañoneo los de Malta, auxiliados por los puentes de todas sus naves próximas á la cadena; continuando de este modo cerca de media hora, en cuyo instante se retiraron averiados cuatro barcos otomanos de los que sostuvieron el fuego, dejando sumergidos diez y seis de aquéllos.

En esta batalla marítima le hizo Osorio perder á Soliman II más que él acababa de apresárle á su primo Mustafá. En la lucha que el jóven provocó, sólo le mataron un remero, siendo heridos tres sanjuanistas, aunque no de mucha gravedad. En el combate naval que concluía, dejaron los turcos, además de los diez y seis navíos, sobre dos mil hombres, que fueron pasto de los peces; sin otras consecuencias para la plaza, que el destrozo causado en algunos muros y unas cuantas averías en la escuadra, con tres muertos en ésta y quince contusos.

Era más de media noche: sobrecogido el soberano, los restantes sanjuanistas y los cruzados al oír el continuo cañoneo, acudieron todos al puerto, se iluminó éste, preguntándose unos á otros la causa de tan terrible lucha, á aquella hora y en noche tan oscura y lluviosa; pero nadie contestaba afirmativamente, lo que dió lugar á suposiciones y cálculos, aventurados unos y verosímiles otros. A las objeciones que hacían al gran maestre, replicaba:

—Motiva tan extraordinaria pelea el general Flaviano, que se empeñó en estrenar su banda; mas ignoro qué ha sido de él y de cuarenta caballeros que le han acompañado.

Los restantes individuos de la orden se miraban unos á otros, sonreían con malicia, pero sin expresar otras frases que:

—Las ostras van sazónándose con abundante sustancia.

¡Oh! el novel general tiene talento y valor sobrados para conseguir su intento, por difícil y arriesgado que sea.

Mas esto lo decían entre sí, encogiéndose de hombros á cuantas preguntas les hacían los cruzados y demás defensores de Malta.

La lluvia fué poco á poco disminuyendo, hasta que cesó por completo; la bóveda celeste quedó no obstante negra, mientras que el puerto se fué cada instante iluminando más con blandones, faroles de todas clases y hachas de viento, pudiendo distinguirse los objetos más pequeños. El cañoneo habia concluido; la lucha terminó, y sin embargo del cuarto de hora trascurrido, nadie desembarcaba ni sabia darse razon de aquel silencio é inamovilidad en los buques y entre los que permanecían á bordo.

Por último, se distinguieron seis botes, y poco después á muchos hombres que venían en ellos, cubiertos con toscos capuchones, pero que ninguno tenía traza de ser general ni aún sanjuanista, á juzgar por el aspecto que presentaban. Iban empapados en agua, teñidos algunos con sangre; llevaban calada la capucha, que escondía parte de sus rostros, ostentando todos en el cinto sendas hachas y mortíferas pistolas. Cuantos estaban próximos al puerto se dirigieron no obstante al muelle, sin disimular la ansiedad que sentían. Pronto se convencieron que bajo aquel grosero ropaje se ocultaban hombres tan distinguidos como valientes.

—¡El general Flaviano! ¡El invencible Mendoza! ¡Los sanjuanistas!

Exclamaron los espectadores que se hallaban más cerca del punto de desembarque; y estas voces corrieron como un chispazo eléctrico por todas partes, aproximándose el bondadoso soberano hácia el sitio donde se hallaban los que las habian exhalado.

Tres minutos después recibía con los brazos abiertos al general Osorio, preguntándole á la vez:

—¿Venís herido?

—No, gracias al cielo.

—¿Os ha ocurrido algún siniestro?

—Poca cosa, gran señor; tres valerosos sanjuanistas arañados por esas panteras, un marinero muerto y nada más.

—Me alegro; pero nos habeis tenido en gran cuidado.

—Os acabaré de sacar de él, añadiendo las ventajas obtenidas á costa de esas pérdidas.

—Hablad, incomparable amigo.

—Hemos destruido parte de la armada turca, cuyos navíos en gran número han desaparecido, con todos sus tripulantes y defensores. Y por si esto os parece poco, añadiré, que con mis cuarenta sanjuanistas, mi hermano Rogelio y Alvaro Zalla, he atravesado el cordon de buques enemigos; pasé á cuchillo á seis turcos defensores de un bote, y á más de cincuenta que custodiaban la galeota *Sirena*, trayéndome el tesoro y riquezas del príncipe Mustafá. Fué una estocada que tiré al sultan y á su primo, y creo haber herido á ambos en el corazon. Las pérdidas que les he ocasionado son incalculables para ellos; pero mañana las contaremos nosotros en vuestro palacio.

Las palabras del jóven *invencible* fueron repitiéndose por entre los circunstantes, siguiendo á ellas una aclamacion tan unánime como entusiasta. El audaz Flaviano estaba siendo para los malteses una egida; para los otomanos un rayo asolador.

En medio de los vítores se alzó la voz del soberano, contestando al *invencible*:

—El duque del Imperio será para Malta en esta guerra, la Providencia; vos, hijo mio, su brazo derecho. Dejad que me coja á vos, y la majestad de mi vacilante trono volverá á ser honrada con el apoyo del segundo hombre de Europa.

Lavalett, enlazado á Osorio y precedido de varios pajes provistos de hachas de viento, se dirigió á su palacio, seguido de Mendoza y de todos los individuos de la órden de San Juan, con sólo la excepcion de unos cuantos que condujeron

inmediatamente á sus moradas á los tres compañeros heridos, y de otro que, en union de Alvaro Zalla, quedó custodiando la galeota apresada.

El entendido marino Roch recibió de Flaviano la orden de retirarse á descansar, oyendo del mismo y de los caballeros de la ínclita muchos y merecidos elogios.

El buen Ros seguía á su amo, luciendo el hacha y las pistolas, algunas manchas de sangre y una herida muy leve que recibió en la frente. El atrevido sevillano aceptaba gustoso los aplausos que oía, se ensanchaba su espíritu suponiendo que le tocaba una parte de ellos, y le parecía estrecha la calle por donde cruzaba; el sirviente heredó buena sangre; mas al lado de su *invencible* señor, se iba haciendo temerario.

Los cruzados, el pueblo y después los sanjuanistas, despidieron á su soberano, al general y al maestre de campo con el último aplauso, retirándose todos á sus viviendas, sintiendo admiración por los vencedores, y muy particularmente por el héroe de aquella nocturna y marítima pelea.

Las luces se fueron apagando; la ciudad quedó desierta, y un continuado silencio reemplazó al estampido de los cañones que no há mucho atronaban el espacio.

Flaviano de Osorio era en estos instantes uno de los hombres más ricos de Europa; pero en breve el espléndido y generoso jóven regaló la inmensa fortuna que, exponiendo su vida con heroísmo y valor que pocos seres consiguen ostentar, consiguió arrancarle al poderoso príncipe de Oriente.

CAPITULO XXXIII.

El soberano, dos héroes y un *invencible*. — Mensaje. — Ultimas disposiciones. — El padre y el hijo.

Lavalett, Osorio y Mendoza entraron en palacio, siendo sorprendidos por la sobrina del primero y la bella griega, á las que hallaron al pié de la escalera, vertiendo lágrimas y en la mayor ansiedad. Las dos alargaron sus manos al jóven caudillo, preguntándole la segunda:

—¿Qué te ha sucedido, mi valiente protector?

—Nada malo, tierna gacela—replicó el general, estampando un ósculo en las sedosas diestras que oprimia.

—¡Tus vestiduras están teñidas en sangre!

—Pero no es mia, ángel inocente; es de los que fueron tus carceleros.

—¿Qué has hecho, Flaviano?

—Traerte á tu compañera la *Sirena*, para que puedas mirarla de nuevo, tranquila y sin exhalar tristes suspiros que se perdian en el aire ó se estrellaban en oídos salvajes.

—¿Para qué la quiero yo?

—Es verdad; tampoco me hacia á mi falta el buque, mas sí lo que encierra.

—¡Has apresado tambien los tesoros de Mustafá!

—Sí, hija mia; sólo arrojé al mar los cadáveres de los turcos que defendían la galeota.

—Cuentan que el príncipe era el hombre más rico de la Turquía, y dicen que todo lo encerraba en la *Sirena*.

—Pues esta noche he tenido á bien traspasarme su fortuna.

—¿Y eso es permitido?

—¡Yo lo creo, pardiez! Entre enemigos, nada se respeta; si bien yo he conquistado esos tesoros, que acaso él usurpó, en lucha desigual y honrosa para mí; torpe y menguada de parte de ellos.

—¿Para qué querías tanto dinero?

—Para mi ejército, que no tiene un sueldo; para tí, á quien he ofrecido una dote de grande de España, y ahora será de rey. De este modo inutilizo á mi enemigo; doy á los míos, y nada quito á mi esposa.

—Mustafá es tan avaro, que puede causarle la muerte la pérdida de su tesoro.

—Me alegro; así te habré vengado por completo, ayudándome tú, hermosa griega, con importantes noticias que yo ignoraba. Tengo la convicción de que los míos y yo te debemos infinitamente más que la libertad, dote y protección que has recibido de mí.

Terminado este diálogo, subieron, enterándoles el jefe de la guardia, que el duque del Imperio les estaba esperando en una de las cámaras contiguas. Las jóvenes se despidieron, retirándose ya tranquilas á sus dormitorios, mientras que el soberano, Osorio y Mendoza corrieron en busca de aquél, al que hallaron paseando y como entregado á profunda meditacion. Al ver á los recién llegados los saludó con afecto, se fijó en su joven amigo, y mirando la banda de general arrugada, teñida en sangre y en agua, y adornada con dos pistolas y un hacha, le preguntó:

—¿Qué has sido esta noche, general ó soldado; valiente ó temerario?

—Lo que tú quieras, mi querido hermano, con tal que

S. A. eminentísima me permita sentarme cerca de esa chimenea. Pardiez, mis ropas contienen más agua que tela.

— Sentémonos — exclamó Lavalett.

Así lo verificaron; quedando Osorio, frente á Julio, el anciano al lado de éste, y en pos Mendoza, bastante más retirado, con algo de temor y rehuyendo las miradas del duque.

— Acércate, rompe-cadenas — exclamó su compañero. — Debes tener, á juzgar por tu estatura, una cantidad de agua doble que esta en que yo me estoy bañando hace cuatro horas. Aproxímate más; á mi lado. ¿No te duele el brazo derecho?

— No — le contestó Rogelio con voz destemplada y bronca, sin moverse.

— Pues has roto tres hachas, y del primer golpe que diste en el bote, cayó dividida la cabeza de un turco, pulverizando la tabla que lo sostenía.

— Tú me has comprometido, Flaviano. Julio, te puedo jurar...

— Que eres tan fuerte contra tus enemigos — le dijo Silva — como débil con ese niño á quien amas tanto como á mí.

— Tanto no, pero...

— ¿Estás satisfecho de lo que has practicado á su lado esta noche?

— Comprendo que ha sido una calaverada militar... mas puedo asegurarte, que la acompañaron la prudencia y la reflexion. Ya sabes que Flaviano, áun cuando tiene pocos años, abarca gran talento...

— ¡Prudencia y reflexion, y calaverada militar! Eso no es posible, Rogelio.

— Yo no puedo explicarlo bien; el hecho es, que resistí al principio; y luégo, como se trataba de llevarte un tesoro para que pagases á nuestros pobres españoles, de herir á Mustafá en el corazon, segun decia Flaviano, y de sorpren-

derte, en fin, agradablemente, accedí; notando además que nadie se oponía.

—¿Y si os hubieran muerto? ¿y si ese niño dejara de existir cuando acababa de salvar la vida de mi padre con heroísmo incomparable?

—¿Y quién lo habia de matar? ¿no fui yo á su lado? ¿no he defendido su vida con la mia? ¿no le he servido de escudo? A bien que he roto dos cadenas y derribado en tierra lo ménos ocho turcos; cuatro arrojé vivos al mar.

—Te vas haciendo pedante como Flaviano, mi querido Rogelio. ¿Crees poder tú solo, por ventura, contra todos los turcos?

Mendoza no supo qué contestar á esta última pregunta. En cuanto á Osorio, habia arrojado léjos de sí el hacha y las pistolas, y abriendo sus ropas las enjugaba con el calor de los troncos que ardian en la chimenea; á la vez sonreía con malicia viendo el apuro en que su querido compañero se hallaba por las interrogaciones del duque. El gigante Rogelio era hombre que mataba admirablemente, sobrándole destreza y valor en la guerra; mas no pudo nunca dar á su lenguaje buena forma, ni le gustaba andar en réplicas: como él decia, su fuerte eran los hechos; su flaco las palabras. Acosado por el duque, y creyendo que habia faltado á las prescripciones que éste le hizo, levantó á Flaviano en alto, lo sentó en el sillón que él tenía, y arrellanándose en el que dejaba vacío el poeta, le dijo:

—Hermano, contesta tú que me has comprometido; ya están secas tus ropas, y yo no puedo hablar con tanta humildad como baña mi cuerpo.

Y comenzó á practicar la misma operacion que el astuto general. El soberano y el duque tambien sonrieron, admirando la bondad y respeto de un gigante, que era de los primeros en el campo de batalla, y el único en fuerzas hercúleas.

—El mismo brazo y destreza que su padre —exclamó

Silva—pero no tan buena cabeza! ¡Oh! ¡el general marqués de Abella sabe más que los condes de Arahall y de Santomera!

—Por eso yo no me explico bien; y es, que se quedó mi padre con toda la sabiduría de mi raza.

—Segun tu lógica, Rogelio, debo yo ser tonto; pues dicen que el mio tiene más talento que el tuyo.

—Contesta, Flaviano—añadió el atleta—la pelea marítima parece que te ha enmudecido.

—Te voy á defender, noble amigo—exclamó por fin Osorio.—Rogelio tiene mucho ingenio; pero está tan enamorado de la bella Elisa, que toda su lógica y sabiduría la empleó en componer discursos apasionados.

—No, Flaviano, no es eso; la amo más que tú á la tuya; pero yo no supe hablar nunca como vosotros. Recuerda, que aprendia de memoria los discursos que tú me componías para cuando entrase en debate con mi Elisa.

El duque, que adivinó cuanto de heróico y atrevido tenía el plan que sus dos queridos amigos acababan de llevar á cabo, estaba gozando al oir las frases del uno y la malicia del otro; mientras que el gran maestro contemplaba con admiracion á aquellos tres seres tan diferentes entre sí, tan unidos y tan privilegiados. Por fin el caudillo castellano tomó esa gravedad que rara vez le abandonaba, invitando á Osorio á que le refiriese lo que hicieron aquella noche. El ilustrado poeta contó en breves palabras cuanto deseaba aquél, concluyendo de este modo:

—Terminada la lucha, se encendieron luces y reconocí los camarotes de la galeota, encontrando en ella un inmenso tesoro. Te guardo allí, mi querido hermano, una fabulosa cantidad de oro arrancado por el bárbaro á los pobres húngaros, alemanes, danubianos y árabes. Entre las arcas llenas de ese metal hallé brillantes y toda clase de piedras preciosas, de un valor incalculable. Mustafá era poderoso sin rival; hoy lo es el duque del Imperio; pues conquisté al

artero príncipe, en lucha honrosa para nosotros, cuanto él adquirió escalando indefensos palacios, deshabitados castillos. Quiero dar á Syra, toda vez que tanto hay, una dote régia, casándola despues con Alvaro Zalla, que está enamorado de ella. Lo demás, todo para tí, que fuiste mi padre, mi hermano, mi amigo, mi señor. Voy creyendo, Julio, que eres el hombre á quien más amo en el mundo.

— Y yo tambien, Flaviano; y luego á tí — contestó el gigante con su siempre destemplada y ronca voz.

El duque lanzó sobre Osorio una mirada ardiente, cariñosa; mirada de un padre, que demuestra en ella la grandeza de un amor que no tiene rival. Fué á echarse sobre él y á oprimirlo contra su corazon; pero se contuvo, inclinó la frente y quedó como meditando; luego la fué alzando poco á poco, concluyendo por decirle:

— El hecho es heróico, digno de tu elevado ingenio, hermano; las consecuencias serán fatales para el enemigo y de una ventaja inapreciable para nosotros; pues vamos á librar á Malta en el dia de mañana de todos sus contrarios.

Los tres oyentes quedaban ahora mirando al duque, sorprendidos y sin acertar á comprender la gran noticia que concluia de darles. Aquél añadió:

— En cuanto sepa Mustafá que acabas de destruirle parte de su escuadra y de arrancarle sus inmensos tesoros, se entregará á la desesperacion más espantosa, dando ésta por resultado el que mañana mismo caigan sus diezmadas naves y aniquilado ejército sobre la ciudad de Malta, con coraje satánico, con torpeza inaudita. La plaza sufrirá bastante; mas cogeremos en medio á los turcos, y en cuatro horas serán derrotados, hasta el punto de quedar impotentes para permanecer en la isla. La copiosa lluvia de esta noche nos favorecerá tambien; su campamento, torpemente situado, se halla en este instante convertido en una extensa laguna; su pólvora húmeda; y los cañones de tierra, que en número fabuloso podian inclinar la balanza en favor de ellos, inser-

vibles en la próxima lucha. Terminemos, pues, en el día venidero, la misión que nos ha traído á esta tierra, y corramos á nuestra patria, donde nos esperan, anegados en lágrimas, seres que tan caros nos son.

— Eso es lo probable — añadió el soberano — pero, ¿y si acobardado Mustafá por tantas derrotas seguidas y la incomparable sorpresa de esta noche, teme caer sobre nosotros, como es igualmente verosímil?

— Es el príncipe el turco más valiente de cuantos nos rodean; su temeridad no tiene límites; pero si lo hubiésemos acobardado, lo que no es creíble, también lo estarán sus huestes; y quiere decir, que si no vienen á buscarnos, caeremos nosotros sobre ellos y les arrancaremos la victoria, con la misma facilidad que si se acercan á la plaza.

— ¿Luego estás decidido á que mañana termine este sangriento sitio?

— Sí, soberano de Malta; pienso levantar mi campo al ser de día, para no volverlo á fijar más entre las dos colinas.

— Dios te ayude, hijo mío, y no seré yo el que haga objeción alguna al elevado plan que concibe tu privilegiada cabeza. Cuenta conmigo y con todos los que me obedecen; tú solo mandas; obra á tu antojo, y que no te detenga consideración alguna.

— ¿Estás cansado, Flaviano? — le preguntó Silva á Osorio.

— No, hermano; me hallo dispuesto á obedecerte en lo que tú quieras.

— Pues bien; acompañado de Mendoza, y seguido de todos los criados del gran maestre, traslada á este palacio cuanto encierra la galeota *Sirena*; luego haz anclar el mencionado buque fuera de la cadena, bajo los fuegos de San Telmo, y como á quinientas brazas de sus muros; mandándome inmediatamente al patrón Roch. Dile que va á partir para Sicilia; yo escribiré en tanto á vuestras esposas, y acaso sea este el último correo que dirijamos á España.

— Todo se hará como tú deseas; pero ¿no crees conve-

niente que entere á Mustafá, de que ha sido el raptor de Syra el que le ha arrebatado su tesoro? Tal noticia excitará más su enojo, y acaso lo decida á caer mañana sobre nosotros.

—Tienes razon; tú escribes bien en idioma turco; por consiguiente, siéntate, que te voy á dictar el parte.

Osorio obedeció, poniendo lo siguiente, segun se lo iba diciendo el duque:

«Príncipe: el soberano de Malta, de esta isla que pretendéis usurpar apoyado en la fuerza que os prestan vuestras vandálicas huestes, me confió el mando de la plaza en el último asalto que dieron los vuestros. Juzgó que para un general de vuestro nombre y fama, era suficiente un maestre que cumplió há poco veintitres años; pues S. A. se hubiera creído humillado ganándoos una victoria capaz de arrancaros un sargento de mi tercio. Yo, que estaba en la obligacion de obedecerle, acepté el mando en jefe, y ya visteis con cuán poco trabajo os hice besar el polvo y huir á la turca, ó de otro modo, con tal pavora que me inspirasteis compasion, dejándoos por esta causa que corrierais hasta perder de vista los vencedores que os asustaron de un modo tan terrible. Este acto de generosidad, que vos, ilustre vástago de la Arabia, no podeis comprender á pesar de la gran capacidad que os reconocen las tribus del Riff, el *hidalgo* Assan y sus *nobles* argelinos, inspiró á S. A. eminentísima la idea de nombrarme general de su ejército. Tan insigne honra merecia un pequeño sacrificio de mi parte; y no hallando nada más difícil que quitaros las piedras y pedazos de metal que encierra la galeota *Sirena*, anclada á la espalda de los poderosos navíos turcos, me la traje á Malta, destruyendo parte de vuestra escuadra. No hubo mérito en el hecho; con mi criado y cuarenta hombres tuve suficiente. Mas no paseis cuidado por vuestro tesoro y riquezas: con las alhajas formaré el regalo de boda de la bella Syra, la cual se une al último alférez de mi tercio; y con el oro recompensaré á los

soldados que os permitieron huir antes de ayer; de lo cual deducireis, que empleo el dinero en regalar á la griega vuestra protegida, y en obsequiar á los que os perdonaron la vida; todo en honra vuestra.

«Si quereis asistir á la boda de la hermosa Syra, os convida á vos y á todos los vuestros, su padrino y protector—El general Flaviano de Osorio.»

—Algo desordenado está este escrito—exclamó el jóven despues de haber firmado y cerrado el despacho; mas juzgo que por sí solo es suficiente anzuelo para atraer á Malta al bárbaro de Oriente.

—Parte ahora—le dijo el duque—y no perdais tiempo.

Flaviano y Mendoza se despidieron del soberano y de Silva, dirigiéndose al muelle.

—¿Qué necesitas, Julio?—preguntó el gran maestro al duque cuando hubo quedado solo con él.

—Deseo, gran señor, que para las seis de la mañana estén armados cuantos defensores tiene Malta, procurando se presenten montados todos los que puedan disponer de un caballo. Me harán falta muchos jinetes y pocos peones. Es importante que mandeis reforzar el fuerte de San Telmo, y que desde este instante se hallen sobre las armas y al pié de los cañones los cuerpos de guardia é individuos de las baterías. Despues que comuniquéis las órdenes, descansad, gran señor, que yo velaré si es preciso.

El duque quedó solo, poniéndose á escribir acto continuo; primero dictó varias disposiciones, que mandó al campamento suyo en pliego cerrado; luego remitió á Mustafá el escrito que ya conocemos, y últimamente contestó á varias cartas de Madrid; dándole á Roch, que ya esperaba sus órdenes, el correo de España para que lo llevase á Sicilia, diciendo al entendido marino:

—Probablemente será este el último viaje que hagais por mi cuenta á esa isla. A vuestra vuelta podreis regresar á España conmigo, recibiendo á la vez de mano de Osorio la

gran recompensa á que os habeis hecho acreedor esta noche; entrando luégo al servicio de nuestro país. ¿Aceptais?

—Con mucho gusto, señor duque.

—Pues haceos á la vela antes de amanecer, siendo así que el enemigo debe atacar en breve, tomando los navíos parte en la contienda.

Ambos se despidieron; Julio llamó entónces á un paje, preguntándole:

—¿Qué hora es?

—Han dado las dos, alteza.

—A las cuatro en punto me despertás.

Salió aquél, mientras que el duque se arrellanó en un sillón, quedando al poco tiempo dormido. Al cerrar los ojos asomó á sus labios una imperceptible sonrisa, hija de la confianza que tenía de concluir, pasadas algunas horas, la mision que le llevó á Malta. Amaba tiernamente á su esposa; partió de Madrid al siguiente dia de casarse, y en verdad que le iba atormentando demasiado tan larga separacion; su impaciencia debia acelerar el derramamiento de sangre humana previsto por él. Su privilegiada inteligencia adivinaba los cálculos formados por el enemigo, como comprendia el poder que aquél abarcaba, sus feroces acometidas, y la manera de combatirlo, vencerle y aniquilarlo, sin que los suyos pudiesen en el número que era de suponer ante aquellas embestidas tan fieras como audaces. Mucho antes de comenzar la lucha, de mirar enfrente á sus contrarios, se los presentaba su genio en las mismas posiciones, actitud y forma que debian tener más tarde, dándole tiempo para estudiar sobre el plano trazado anticipadamente por su ingenio, los medios de conseguir un triunfo que sólo alcanza el héroe cuando prevé ó adivina de ese modo.

Su sueño era en este instante dulce, apacible, tranquilo; coloreaba su semblante un tinte sonrosado que lo embellecia, formando á la vez un contraste agradable con la blancura del resto de su epidermis. Los bigotes rubios y sedosos le

dejaban lucir el carmin de sus finos labios, los que á su vez se entreabrian, permitiendo ver dos filas de pequeños y nacarados dientes. Y no obstante su varonil figura, ilimitado valor y educacion guerrera, nada habia en aquel simpático rostro que indicase fiereza, temeridad ni arrojo; ántes por el contrario, lo bañaba un tinte de bondad, de mansedumbre, de abnegacion, que parecian desmentir sus gloriosos hechos de armas. Flaviano era bello, seductor; Julio de Silva hermoso, varonil, simpático.

Se oyeron en el reloj de palacio, lentas y vibrantes, las cuatro de la madrugada; en el mismo instante se descorrió una cortina de terciopelo, entró un paje, é inclinando su frente ante el soñoliento, exclamó en maltés:

—Alteza, las cuatro acaban de dar.

El duque del Imperio abrió los ojos, y mirando al jóven, le preguntó:

—Paje, ¿descansa tu señor?

—Hace poco velaba.

—¿Y el maestre de campo Flaviano de Osorio?

—Está en palacio.

—Di á los dos que deseo despedirme de ellos; y acto continuo encarga á los individuos de mi escolta que monten á caballo.

El duque se puso en pié, arregló un poco su gaban de pieles y cogió su gorra. Un minuto más tarde entraron el gran maestre y el jóven general, exclamando éste:

—Duque del Imperio, el tesoro y alhajas que fueron de Mustafá, quedan en palacio; y en este momento estarán anclando la *Sirena* en el sitio designado por tí.

—Bien, Flaviano —respondió Julio.— Ahora no nos hace falta dinero; necesitamos una victoria tan completa, que sea la última conseguida en Malta; y ésta, si Dios nos ayuda, la obtendremos muy en breve. Es, pues, indispensable aprovechar el poco tiempo que resta. Tú, Mendoza y Alvaro podeis quedaros en la plaza defendiéndola, y per-

maneciendo en ella ínterin yo no dispongo otra cosa. Vos, noble señor —añadió dirigiéndose al soberano— vereis mañana acometida probablemente, por mar y por tierra, á vuestra querida ciudad; recibid el ataque con el valor que tanto os distingue; contestad al enemigo, cuidándoos mucho de los que se acerquen por el campo, y no tanto de los que lleguen por el agua; que se defienda San Telmo; que las baterías del puerto hagan fuego hasta el último instante; pero os repito que no temais á la gente de mar, ni os asombre la pérdida de uno ó más fuertes avanzados. Cerca de los muros de tierra, dispuestos á salir de Malta, aguardad á que os llame, cayendo entónces sobre nuestros contrarios, segun las instrucciones que os dé el emisario que os mande; pero ya encima de los turcos, no descansenos hasta exterminarlos, obligándolos hoy mismo á salir de la isla. Si fallasen mis cálculos, entónces marchareis conmigo al campamento otomano, asaltaremos sus trincheras y allí los venceremos. El tiempo vuela, señores, y debo partir; creo que os he dicho lo suficiente para que podais secundar mi plan, sin duda ni vacilacion. Antes de marchar, anhelo ver á mi padre. ¡Quién sabe si será la última vez que estampe un ósculo en su venerable diestra! ¿Dónde se halla, señor?

—En la estancia contigua á mi dormitorio—le contestó Lavalett.

—¿Duerme?

—Lo ignoro; mas sé que está donde te acabo de indicar.

Julio estrechó al gran maestro y á Flaviano, dirigiéndose acto continuo hácia la habitacion del príncipe de Italia. Sus ojos parecian tener más vida, doble animacion y una viveza que rara vez se traslucia en ellos. Continuaba su rostro teñido por un ligero carmin; andaba aceleradamente, y parecia herido por cruel impaciencia. De este modo cruzó salones y pasillos, deteniéndose cerca de una puerta cerrada con cortinas de raso. Contuvo su marcha la voz de su padre,

que, con acento fervoroso, demostraba dirigirse al Sumo Hacedor.

— ¡Continúa en vela! — exclamó para sí. — ¡Ruega á Dios por la suerte de los desgraciados; sufre; padece; llora, y emplea el día y la noche en socorrer á los pobres ó en pedir al Eterno por los infortunados! ¡Todo para los que llama sus hijos, sus hermanos; nada para él! ¡Oh, tanta vigilia, insomnio, desvelo y fatigas, pronto terminarán una existencia que, á mi juicio, no empañó jamás el pecado! Me falta tiempo; ¡pero no hay nada que me importe lo que ese santo! ¡Perdona, padre mio, si escucho tus palabras, si espío tus movimientos; quiero imitarte, aprendiendo de ti el camino que conduce á una eternidad que empieza en el postrer suspiro de la vida!

Y el duque, entreabriendo la cortina de raso, miró. A su izquierda vió una mesa; á la derecha un estante con libros, en cuyo zócalo se hallaba pintado el escudo de la orden de trinitarios, y enfrente una preciosa escultura de talla, á cuyos piés tenía un reclinatorio de nogal. Apoyado en éste, con las manos cruzadas y la frente baja, estaba el príncipe de Italia, cubierto ya con el traje talar, afeitada su barba y formado el cerquillo. Descubierto su incógnito, quiso que se le reconociera únicamente como el religioso profeso, muerto para el mundo, ganado para su Dios. Cerca del gran maestro, eligió una pequeña estancia que se asemejaba más á su modesta y reducida celda de Madrid, que á las restantes habitaciones del real palacio de Malta.

Durmió aquella noche desde las doce hasta las cuatro, hora en que se levantó, y cayendo á los piés del crucifijo, oró sin articular frases inteligibles. Miraba el Divino rostro con ternura, amor y un fuego que coloreó su semblante; movía los labios con pausa, permaneciendo el resto de su sér como enclavado en el reclinatorio. A los cinco minutos principiaron á surcar sus mejillas lágrimas tan ardientes, que dejaban marcado el curso de su fuego; alzaba los brazos,

pedia, rogaba con amoroso empeño, mas la fuerza de su materia parecia hallarse contraida en el espíritu, único que demandaba clemencia á la Divinidad. Luego comenzó á palidecer, se enjugaron sus ojos, cruzó las manos, é inclinando la frente, segun hemos dicho ántes, exclamó: *— ¡Sólo Dios es grande! ¡Cuán débiles, pequeños y mezquinos son, han sido y serán los descendientes de Noé! ¡El más perfecto, el más grande, el más elevado, obedece continuamente á bastardas pasiones que le dominan, vencen y precipitan! La tierra que miramos con tanto afán, con tanto deseo de sostenernos en ella, es sólo un piélago cubierto de amargura que se oculta á la vista como el aire, pero que se siente como él; es una atmósfera que unida al aliento vital sostiene á éste para atormentar la vida. ¿Por qué temer tanto el alejarse de este piélago inmundo, de este valle de dolor? ¿Nos sujetará á la tierra el miedo del castigo que reclama nuestro pecado? No siendo así, ¿cómo no alegrarse huir de lo malo para habitar lo bueno? ¿Luego nos hace estremecer la idea de abandonar este lugar de tormento, porque instintivamente comprendemos que nos espera otro de más terrible amargura! Y cuando al extremo de esta vida no vislumbramos el Paraiso, claro es que se percibe la mansion de los réprobos. Resultando efectivamente, que nos detiene el pecado por temor al castigo. Muchos son los llamados, pocos los elegidos. ¿Se salvará uno por cada cien, por cada mil, acaso por cada cien mil?*

Y el trinitario volvió á alzar la frente, se fijó en el rostro de la imagen, y con voz ronca continuó:

— ¡Padre mio, sólo tu misericordia puede amparar al género humano! ¡Ciego el hombre camina á su perdicion, sin recordar lo que deja atrás, sin ver lo que tiene delante! Tu inocente y pura sangre nos redimió de un pecado; mas ¡cuántos y cuántos hemos cometido despues! Pero tu preciosa sangre regó el Pretorio, bañó la calle de la Amargura, salpicó el Gólgota y quedó impregnada en el universo:



C. MUGICA, dib.^o y lit.^o

Lit. de J. DONON, Madrid.

—¡Solo Dios es grande!.....

purifiquenos ella, Padre sublime; lave nuestras impuras almas: despues de haberte ofendido, es poco cuanto haga el hombre por borrar su culpa; sólo esa divina sangre vertida con tanto dolor, con tanta amargura, con tanto amor, puede lavar la mancha del pecado del hombre. Piedad, Señor; misericordia para tus hijos; yo no siento dejar este valle de dolor; yo anhele la conclusion de la vida humana; pero ¿y el resto de tus hijos? ¿y mis hermanos, Señor? ¡Dios mio, tu bondad sea con ellos; perdónalos, perdon!... ¡Ay!... ¡Señor, no me abandones; acércate á tu hijo; á mí, Señor, á mí!...

El principe se habia ido poco á poco incorporando; alzó los brazos al cielo; y su semblante, cada vez más pálido, imitó al de un cadáver; se cerraron sus ojos, vaciló su cuerpo y cayó; mas el duque del Imperio penetró de un salto, recibéndole en sus brazos. A la vez exclamó, con voz que parecia salir de su corazon:

— ¡Padre mio!

Y palpó con su diestra el rostro del venerable trinitario. Luégo añadió:

— ¡Se ha quedado frio; el sudor de su frente parece de hielo! ¡no circula su sangre! ¡Ha muer... No; late su corazon. ¡Padre, señor!

Al caer sobre Julio el principe de Italia, parecia haberse desprendido su espíritu de la materia donde moraba; mas la voz ronca, atronadora, sensible de su hijo lo detuvo, y el rostro del superior trinitario fué animándose, desapareciendo de él la estampa de la muerte. Abrió los ojos, miró al duque, é incorporándose le dijo, estrechando una de sus manos:

— Julio, hijo amado, tiembblas, y no hay motivo para ese miedo. Sentí un vahido... No es nada. Voy entrando en años, y mi pobre cabeza no tiene ya aquella fortaleza de otros tiempos. Planta débil y enfermiza, inclina la frente hácia la tierra que la ha de abrigar en su seno; del polvo salimos, y polvo tornaremos á ser.

El duque miraba á su padre de un modo extraño y temeroso; la dulzura y tierno acento del príncipe no debieron tranquilizarle, pues le contestó, con voz cortada á intervalos por la falta de aliento:

— ¡Padre, padre mio; os estais asesinando, y vais á acabar con vuestra existencia y con la mia! Señor, yo no puedo sobreviviros; creo oir la voz de mi madre que nos llama á los dos á la vez. Al desprenderse vuestra alma, la mia no debe quedar unida á la materia. Padre, os amo tanto, que vuestra muerte ocasionará la mia, no lo dudeis.

El príncipe tembló á su vez, replicando:

— Julio amado, piensa en tu esposa; en ese ángel que la Providencia ha puesto á tu lado. No la asesines; tu obligacion es velar por ella; y si tu padre muere, consolarla, lejos de afligirla más, en cambio de matarla con tu excesivo interés hácia mí.

— Bien, padre mio; dadme vos el ejemplo; no atraeros el postrer suspiro con tanta vigilia, trabajos, insomnio y penalidades, y me conservaré yo para mi esposa, mirando cómo vos os conservais para mí.

Indicaban las frases de Julio un dolor tan profundo, tal amargura y tanta desesperacion, que su padre se apresuró á contestar:

— Bien, hijo mio, bien; haré lo que tú quieras.

— De ese modo viviré.

— ¿Cómo te hallas en Malta á estas horas? — preguntó el religioso, deseando variar de conversacion.

— Pienso, señor, que mañana recibirá esta plaza el último asalto, y vengo á preveniros, que no salgais de aquí hasta que yo vuelva á veros.

— Julio, cada vez vas estrechando más mi prision.

— Pronto os daré entera libertad.

— ¿Y los infelices heridos?...

— Yo cuidaré que no les falten médicos, hospitales y cuanto necesiten. Despues os daré cien mil escudos, para

que los repartais entre los huérfanos, viudas y parientes de los fallecidos. Anhelos, padre mio, que derrameis el bien con régia filantropía, mas sin exponeros. ¿Lo hareis así?

—Me resigno.

—Entonces, dadme á besar vuestra mano, y hasta mañana.

—Mis brazos, hijo mio; estréchame; así; ¡qué consuelo hallo unido á tí de este modo! Tu aliento parece reanimar mi pobre vida. Mírame; el fuego de tus ojos llega hasta mi corazon. No te separes de mí.

—Padre mio, el enemigo se dispone al combate; la media luna pretende segar la cruz del Redentor.

—¡La sagrada cruz! ¡ese emblema de lo más grande que existe! Parte á la guerra; y si pudieras, fija tan sublime enseña en todos los lugares del orbe. Otro abrazo. Dios sea contigo, hijo del alma.

—Señor, no olvideis mis palabras. Pronto volveré á estrecharos.

Y el duque besó la mano del príncipe, saliendo de allí. A los veinte pasos se detuvo, exclamando:

—Mi padre dejará en breve de existir; la muerte corre ya en pos del santo. ¡Dios mio, Dios mio, no me lo quiteis tan pronto, ó llevadme con él!

En este instante sonaron las cinco en el reloj de palacio. Silva añadió, limpiándose las abundantes lágrimas que bañaban su rostro:

—¡Las cinco! ¡Va á amanecer! ¡Oh, en qué instantes me venís á buscar, hijos de Oriente! Ahí dejo mi corazon; si no lo tengo cuando esté entre vosotros, no me culpeis.

Y bajando aceleradamente la escalera, montó á caballo, gritando á los individuos de su escolta:

—¡Al campamento! ¡A escape!

Y los cuarenta y uno desaparecieron como fugaces meteoros.

El príncipe de Italia vió marchar á su hijo, y cayendo sobre un taburete, cruzó las manos, articulando:

—Julio prevé la verdad; se acerca mi último instante; la muerte llega; acaba la desgracia; comienza la felicidad. Dios mío, tuyo soy; dispuesto me hallo á seguirte. Vela, Señor, por mi pobre hijo; es un pedazo de mi corazón que dejo entre el inmundo lodazal de la tierra. Ampáralo y llévame, que á mí nada me retiene en este valle de amargura.

Y el santo dirigió su ardiente mirada á la divina imagen, se entreabrieron sus labios, y brilló en ellos una sonrisa tan amorosa como tierna.

Cuán distante se halla el futuro réprobo de esperar así el último instante de la vida. Vuestras grandezas son mentira; mentira vuestros goces; torpe ilusion vuestro poder y preponderancia; engaño y ficcion cuanto aparentais; sólo es dichosa y verdadera esa sonrisa del padre Alberto; sólo es verdad la amargura que escondeis, el horrible estremecimiento que os causa la idea de morir, el rechinar de vuestros dientes al encontraros en el mismo caso que se halla Alberto. Él bendice y sonríe; vosotros maldecireis llorando.

Hasta ese instante Dios os alarga sus bondadosos brazos. ¡Qué más os puedo yo decir!

CAPÍTULO XXXIV.

La pena y el deber. — Nuevo triángulo. — Acometida salvaje. — Horrible mortandad. — La victoria sobre la humeante sangre de las víctimas.

A las cinco en punto, hora en que el duque del Imperio corría hácia su campamento, comenzaron á oirse los clarines y atambores, cuyos ecos, resonando en toda la ciudad, invitaban al guerrero á que tomase las armas y se dispusiera á la pelea.

El gran maestre y el general Flaviano mandaban reforzar á San Telmo y restantes fuertes y baterías de los puertos, dictando órdenes, concluyendo por cubrirse de acero y montar á caballo.

A las seis en punto, conforme al deseo del duque del Imperio, se hallaban formados todos los defensores de Malta, mientras que, por disposicion del soberano, se encerraban los sacerdotes, mujeres y gente inútil para la guerra, en bóvedas resguardadas de las balas enemigas.

En tal estado la ciudad, y sin peligro ya de que fuese sorprendida, sigamos al duque del Imperio, el cual llegó en pocos minutos á las célebres colinas donde tenía su campamento. Al apearse quedó cogido á la crin de su caballo; y apoyando su frente en el brazo, se entregó á la amarga pena

que le martirizaba en aquel instante. La pálida faz del autor de sus dias, aquella mirada vaga y siniestra, y el frio de su yerta piel, helaron la sangre del caudillo; bastando el solo recuerdo para torturar su afligido corazon. Más que para mandar ejércitos, se hallaba en disposicion de encerrarse en escondido retiro, dando en él rienda suelta al llanto de sus ojos, á los suspiros de su corazon.

— ¡Padre mio! — exclamó, permaneciendo en tal postura. Y su grito fué ahogado por el sonido de la trompa guerrera que avisaba en el campamento la llegada del general en jefe. Aquellos ecos le recordaron su deber, é hizo un esfuerzo como para arrancar de sí la idea atormentadora; y tirando las bridas del caballo, corrió hácia su tienda.

Poco despues se hallaron frente á él Mauro Nuñez de Lara, el vizconde de Jana y Roberto Navarro. Los tres le preguntaron á la vez:

— ¿Qué ha sido de Flaviano?

— Está bueno — les contestó el duque. — Arrancó al enemigo una gran victoria, haciéndose dueño á la vez de los tesoros del príncipe Mustafá. No temais por ese niño, pues á su gran talento y valor, le acompaña una suerte que pocos hombres alcanzan.

— Me alegro — replicaron los maestros. Julio les preguntó:

— ¿Y el ejército?

— Sobre las armas — le dijo Navarro — esperando tus órdenes.

— Muy bien; acabemos de una vez con guerra tan sangrienta. Mauro, monta á caballo, y seguido de cien jinetes, approximate cuanto puedas al enemigo, observando hasta sus menores movimientos. Sorprende una de sus avanzadas; inutiliza sus individuos, y quedaos vosotros en su lugar. De cinco en cinco minutos deberás enterarme de lo que hacen los turcos. Parte.

Salió Nuñez, continuando Silva:

—Roberto, al frente de otros cien hombres corre á la costa, estudia la posicion y movimiento de los buques contrarios, regresando inmediatamente que creas haber comprendido lo bastante, en el caso de que no juzgues oportuno el envío de algun correo. Marcha.

Desapareció Navarro, prosiguiendo el duque:

—Odon, las baterías de las trincheras deberás trasladarlas á las alturas que te indiqué antes de marcharme á Malta, las cuales se hallan, como te dije, á la izquierda de la plaza y á ménos de una milla de distancia. Sólo deberán quedar aquí los cañones situados en la meseta, con los que podrá hacerse fuego al enemigo, si mis cálculos son exactos y ataca en la forma prevista. No pierdas un momento, colocando las baterías con estricta sujecion á las instrucciones que te dí anteriormente.

Eran las cinco y media de la mañana, y aún no se distinguían los primeros albores matutinos, efecto sin duda de las negras nubes que cubrian el firmamento. La mar estaba tranquila; el campo inundado de agua, de la que cayó durante la noche; el viento seguia en calma, mientras los hombres encerrados en Malta y acampados fuera de la ciudad se agitaban, corrian y se preparaban á obedecer á Marte, el cual les indicaba ya con su dedo fatal el sitio donde debian perecer miles y miles de infortunados.

El duque del Imperio quedó solo en su tienda, y en estos momentos paseaba con los brazos cruzados, la frente baja y en actitud de meditar. Así era efectivamente; en su bien organizada cabeza se formaban planes que habian de realizarse, viendo ya el héroe con su clara inteligencia y pasmosa anticipacion, el resultado de la magna pelea que debia tener lugar aquella mañana.

Dieron las seis, y por entre las muchas nubes que corrian de Norte á Sur, asomó la claridad de un dia tan triste en su principio como la lucha que iba á presenciar.

Un cuarto de hora despues recibió Julio el siguiente parte:

«Mi querido hermano y general: Vigilo la parte Norte y Occidente del campamento enemigo. Los turcos no han dormido esta noche. En confuso tropel se disponen á combatir. Reina entre ellos gran agitacion, siendo el ánimo de Mustafá tomar hoy á Malta ó perecer; pues noto que levantan el campo, el cual se halla inundado de agua. Su artillería nula. Sigue observando tu hermano—Mauro.»

El anterior parte estaba escrito con lápiz y sobre el arzon de una silla; el portador se lo entregó á Silva, partiendo sin esperar contestacion.

El duque lo leyó detenidamente, exclamando despues:

—Mis cálculos se van realizando; los otomanos quieren lo mismo que yo; veremos quién arranca el triunfo, quién vence en esta postrer batalla.

Apenas acababa de expresar la última frase, penetró en la tienda un oficial, y haciéndole una reverencia, le dijo:

—Me envia mi jefe, el maestre de campo D. Roberto Navarro.

—¿Dónde se halla?

—Sobre una altura á doscientas varas del Mediterráneo.

—¿Qué os ha encargado?

—Me manda para que os entere de lo que acontece en el mar, frente á la plaza.

—Hablad.

—Señor, los buques que sitiaban la isla se reconcentran, rodeando los puertos de la ciudad; anclan, y en nuestro concepto, deberán bombardearla despues que esté reunida toda la escuadra turca. Forman un semi-círculo, concluyendo uno de sus extremos en el campamento contrario; y son tantos los buques aglomerados allí, que demuestran hallarse embarcando ó desembarcando hombres ú objetos que no es posible distinguir á la gran distancia que nos encontramos de aquel lugar.

—¿Nada más?

—Eso es todo, gran señor.

—Decid á mi hermano que me complace la noticia, y que continúe vigilando.

Salió el emisario, entrando al poco tiempo otro nuevo enviado con un parte que dejó á Silva, desapareciendo inmediatamente. Estaba escrito con lápiz, y como el anterior, firmado por Nuñez de Lara.

El duque leyó lo siguiente :

« Mi querido hermano Julio: Continúan levantando el campamento turco; embarcan efectos, y aún creo que artillería. Han mandado varios emisarios que he aprisionado y pasado á cuchillo, pues me faltaba gente para su custodia, en razon á tenerla diseminada. Tambien he dispuesto matar á dos espías que venian de Malta. El enemigo está imposibilitado de que llegue á su noticia por tierra nada de cuanto pase en la ciudad ni en nuestro campo. Con los trajes de los muertos y de los individuos que componian una avanzada, he disfrazado veinte oficiales que me prestan grandes servicios; los restantes se hallan á cubierto de las miradas de los turcos. Está en la persuasion de que el enemigo no podrá atacarnos hasta cerca del mediodía. »

—Muy bien—exclamó el duque, dejando el parte sobre la mesa.—Mi hermano Mauro sabe más que todos los generales turcos. Puesto que hay tiempo, molestemos al ejército lo ménos posible.

É inmediatamente hizo comparecer ante él al capitán Solís, al cual dijo :

—Mi valiente amigo: jefes, oficiales y soldados que echen pié á tierra, y dejando los peones las armas, almorzad todos. Luégo disponéis que den á los caballos el último pienso, sin olvidaros de mandar fiambres á mis hermanos Nuñez y Navarro, á los oficiales de que van acompañados, cuidando de cambiar sus caballos por otros que hayan comido. Podemos permanecer descansando hasta las diez.

Salió Solís, mientras Julio redactó y remitió un extenso parte al gran maestro. Luégo recibió nuevos avisos confir-

mando la idea de Mauro; los enemigos de mar y tierra se disponían al combate, pero éste no podía tener lugar hasta la hora indicada.

A las nueve entró el vizconde de Jana, y le dijo:

—Queda situada la artillería en los puntos designados por tí. A pesar de la laguna en que se halla convertido el campo, llegó la pólvora en buen estado, y puedo asegurarte que mis cañones harán fuego. Noto, hermano, que el turco no da señales de vida.

—Pronto opinarás lo contrario, Odon.

—Luego tus cálculos saldrán exactos.

—Muy en breve; pero aún nos queda tiempo para almorzar.

Ambos se sentaron á la mesa y comieron, Jana con apetito y el duque sin él; por cuya razón no hacía otra cosa que probar las viandas que le presentaban.

A las diez volvió el capitán Solís, diciendo á su jefe:

—Señor, los caballos comieron; el ejército almorzó, y quedan esperando todos vuestras órdenes.

En este instante recibió Silva el siguiente parte:

«El enemigo forma en batalla, rompe las trincheras, y en breve abandonará su campo. Las avanzadas se dirigen ya hácia mí, por cuya razón principio á replegarme. Sobre las doce de la mañana llegarán á Malta, si los dejamos.

Apenas acababa el duque de leer las anteriores líneas, entró Roberto Navarro, y le dijo:

—Queda la escuadra esperando al parecer, la orden de hacer fuego; los enemigos de tierra toman la costa, por lo cual me he visto obligado á retirarme, si bien no creo hacer falta ya en el punto que ocupaba.

—Vizconde de Jana—exclamó el duque del Imperio—deja en las baterías de la meseta al jefe que te inspire mayor confianza, y con la fuerza que tienes dispuesta, parte al punto donde concluyes de situar los cañones, tomando las alturas que rodean aquel paraje, siguiendo despues las instrucciones

que te tengo dadas. Vosotros, Roberto y Solís, montad á caballo y esperadme en el campamento, preparados, con el resto del ejército, á seguirme inmediatamente.

Y quedando solo en su tienda, llamó á los sirvientes é hizo que le armasen. Despues bajó al campamento y montó á caballo.

Tres minutos más tarde oyeron la carrera de varios corceles, presentándose Mauro al frente de los cien hombres que le acompañaban.

—Hermano—le dijo—el enemigo se dirige en masa hácia la plaza; siguen por la orilla del mar, y casi puedo asegurarte que lleva la intencion de tomar á Malta ó perecer hoy.

—Pues imitémosle—contestó Silva, y dió la orden de partir.

Con el mayor orden, si bien á paso acelerado, se encaminaron los españoles hácia el campamento turco, con ánimo de coger á sus contrarios por el flanco derecho ó por la espalda; es decir, que aquellos corrian á Malta, y los del duque del Imperio en sentido inverso y á una distancia que no podian distinguirse.

Entre las colinas sólo dejaron éstos algunos enfermos, las tiendas, víveres, los cuatro pajes de Silva y unos cuantos individuos del cuerpo de sanidad.

Serian poco más de las once cuando doscientos navíos rompieron un fuego nutrido y constante contra la plaza de Malta. Llovian las balas con abundancia pasmosa, pero sólo causaban daño en los muros, fuertes y edificios. El castillo de San Telmo tembló; quinientos pedazos de hierro se habían estrellado en él, y otros tantos continuaban entrando por los agujeros que hicieron los primeros. Los trozos de piedra rodaban ya, y las balas contrarias penetraban en las habitaciones y cuerpo de guardia, matando á sus valerosos defensores.

El espacio se cubre de humo; no se distinguen los objetos

á diez varas de distancia; veinte navíos turcos, dispuestos al efecto, se dirigen al famoso fuerte cubierto de ruinas por algunos sitios; hacen fuego, y se estremece la tierra. La marina contraria avanza un poco más; lucen las mechas; se oye un estampido indescriptible, y San Telmo es nuevamente acribillado por el ángulo izquierdo. Algo más tarde llega una de las veinte naves más próximas, y por el sitio donde los cañones de la fortaleza sanjuanista no pueden hacer fuego, desembarcan mil albaneses. Cinco minutos después se acercan dos buques más, y lanzan dos mil africanos en ayuda de los albaneses. Los defensores de San Telmo reciben á su bárbaro enemigo con valor heróico; le disputan el terreno palmo á palmo, pero tienen que sucumbir ante el número. Pedro Massio, jefe superior de los cristianos, hiere á Piali; pero cae muerto entre cincuenta alfanjes, que por todas partes le cercan. Los artilleros y soldados que le obedecían no huyen por eso; y no pudiendo resistir al enjambre de aceros por quienes son acosados, perecen, matando turcos y bendiciendo á Malta. Quedan sólo diez sanjuanistas que hieren sin cuento; mas llega el momento de sucumbir, y se atraviesan el corazón con sus propias espadas.

Por fin el estandarte de los hijos de Oriente se ostenta en un fuerte de Malta; el castillo de San Telmo es presa de la media luna turca, y más de tres mil mahometanos pretenden ahora defenderlo, atacando desde allí la plaza y á sus habitantes; pero las baterías del puerto, los demás fuertes y el famoso castillo de San Miguel, destruyen navíos otomanos, haciendo fuego á la vez contra la fortaleza que acaba de tomar el enemigo. Aislada ésta y á gran distancia de la plaza, sólo ha conseguido Piali al tomarla, inutilizar un enemigo de los cincuenta que destrozan á su escuadra.

En el instante que vieron los turcos de tierra ondear en San Telmo la enseña de Oriente, dieron un grito salvaje, alzaron sus armas, y un segundo después, divididos en pequeñas columnas, avanzaron hacia la plaza de Malta, con

el mismo ardor que sus cañones de mar vomitaban balas sin cuento. Durante la hora de bombardeo y asalto marítimo que precedió á este instante, habian continuado caminando las huestes de Mustafá con paso tardo, mientras que el duque del Imperio y el vizconde de Jana parecian condenados á la inaccion.

En tal estado, y cuando los turcos corrian hácia la ciudad con furor satánico, comenzaron á hacer fuego los cañones de Malta y los situados por Odon, al flanco derecho del enemigo. Segun avanzaban las columnas turcas eran barridas y deshechas por la artillería cristiana; pero besaban el polvo cuatrocientos turcos, y les reemplazaban otros tantos, los que, sin abandonar su espantosa gritería, llegaban hasta cerca de los muros, donde morian. El coraje y ferocidad con que marchaban les servia de poco ante la puntería de los sanjuanistas y la del vizconde de Jana. Era un martillo que formaban las baterías de unos y de otro, el cual destrozaba con sus golpes todo el frente y costado derecho otomano.

De este modo continuaron otra hora. Mustafá mandaba columnas, y Odon y el jefe de la ínclita se las destruian, estando ya el campo cubierto de cadáveres turcos.

El enemigo vaciló. Mustafá se entregaba á la más horrible desesperacion, y el ejército entero temblaba ante tan certera puntería y el terrible destrozo que tenia delante.

El príncipe otomano no quiere retroceder; reúne á los jefes principales de sus huestes, los arenga y da la orden de avanzar en masa, lleguen los que lleguen.

En el mismo instante cruzó un jinete cristiano por el costado enemigo; luégo por delante de los cañones de Odon, penetrando despues en la plaza con valor heróico y la ligereza de un rayo.

Diez minutos más tarde corrian los turcos en masa, recibiendo la última descarga de Malta. A la vez se abrieron sus puertas, saliendo el gran maestre, Flaviano de Osorio, Rogelio Mendoza, los sanjuanistas, los cruzados y cuantos

defensores habian permanecido encerrados; resistiendo heroicamente la feroz acometida de la masa turca.

El duque del Imperio y sus invencibles tercios anduvieron cerca de una legua, hasta llegar más allá de la retaguardia enemiga; y en el mismo momento que Osorio y el soberano atacaron el frente de los turcos, ellos lo verificaron por la espalda, mientras que el vizconde de Jana batia el centro con su bien situada artillería. Mustafá y los suyos cayeron en un triángulo de hierro tan bien dispuesto, que les obligaba á vencer, morir ó arrojar al mar; pues sólo por el flanco izquierdo, que les cerraba el paso el Mediterráneo, dejaban de ser acometidos.

La armada turca con sus inmensos cañones, avanzaba, retrocedia, y con encono terrible sembraba la ciudad de Malta con balas de todos tamaños y una profusion fabulosa. Los defensores de la plaza, encerrados en los fuertes ó desde la parte adentro de los muros, contestaban con ménos descargas, pero mucho más certeras. Para cada edificio que derribaban los de Oriente, veian un navío echado á pique con toda su tripulacion, artilleros y cañones, los que desaparecian de la superficie del agua para no volver á subir más.

Sitiados y sitiadores llevaban cerca de tres horas de cañonearse, con ahinco propio del odio que se profesaban y del coraje que unos y otros sentian. La intencion de éstos y de aquellos era perecer ó concluir de una vez con su contrario; y acaso hubieran logrado destruirse mutuamente, si una circunstancia bien extraordinaria no viniera á aumentar la entereza y brio de los cristianos, debilitando á la vez el arrojo y temeridad de los de Oriente. Estos vieron desde sus naves envuelto, arrollado y confundido á la orilla del mar al ejército de Mustafá, quedando como era consiguiente sin aliento los marineros, ante la espantosa derrota que veian ó se comunicaban. En tanto que por los muros y fuertes de Malta corrió la siguiente voz:

— ¡Victoria completa! ¡Los *invencibles* no pueden ser vencidos! El ejército turco huye, se arroja al mar ó perece. ¡Hurra, valientes de Malta! ¡Imitemos á nuestros compañeros que se batan en el campo!

Y con afán indecible cargaban y descargaban sus cañones, dirigian admirablemente las balas, y acababan de sembrar el espanto entre la armada otomana, que cada vez perdía más hombres, buques y fuerza moral.

Ni los que atacaban ni los que defendían á Malta se habían equivocado. El vizconde de Jana, desde los puntos elevados donde se hallaba, destruía efectivamente el flanco derecho del ejército turco de tierra, esparciendo la muerte á cada instante. Las descargas que continuamente hacia con inimitable acierto, barrián escuadrones y columnas, amontonando cadáveres y cubriendo el campo de miembros mutilados. El valeroso maestro de campo ordenaba las punterías, mandaba hacer fuego, y á cada descarga asomaba á sus labios una sonrisa que quería decir: «cien turcos menos, como en la anterior.» Mustafá intentó varias veces tomar aquellas alturas y las bocas de infierno que con tal furia vomitaban la muerte; y al efecto mandó á sus más valerosos capitanes, que al frente de muchos albaneses cogieran las baterías de Jana. El impávido vizconde los veía acercarse desde una eminencia, aguardándolos con increíble sangre fría; pero al llegar al sitio designado por él, disponía un fuego graneado con el cual mataba á los que pretendían atravesar la línea trazada. Era favorecido grandemente por la sinuosidad, aspereza, agua y lodo que cubrían el campo, todo lo que entorpecía y dilataba la carrera de sus contrarios; pero su acierto y puntería eran bastantes para destruir á todos los albaneses antes de que le hubieran clavado un solo cañón.

El gran maestro, Flaviano y Mendoza dividieron sus huestes en tres columnas, mandando una cada cual, y de este modo recibieron la acometida del enemigo, cargándole

despues con heróico arrojo. El soberano dirigia bien á los sanjuanistas; Mendoza no mandaba mal la caballería, siendo su lanza la primera del ejército cristiano; y el jóven general Flaviano, trocándose en un pequeño Silva, ordenaba sus legiones, engañaba al enemigo, y con acierto impropio de su corta edad, era el que más avanzaba, aniquilaba y destruia. Mustafá lo reconoció á gran distancia, y desde aquel instante procuró su muerte con un empeño mayor si cabe que el demostrado en ganar la batalla. Le tendió varias emboscadas; pero allí no era Osorio el temerario maestro más audaz que reflexivo; siempre sobre sí, con el aplomo y discrecion que aprendia de su hermano Julio, llegó á comprender la intencion del príncipe, y en vez de caer en tales celadas, se burló de ellas, mató á sus contrarios, y á su vez le tendió una á Mustafá, en la que hubiera perecido á no interponerse todo su estado mayor, del cual dieron buena cuenta los cruzados con su jefe á la cabeza.

El atleta Mendoza vió que los batallones mandados por Osorio se le adelantaban, á pesar de estorbarles el lodo y agua que obstruian el terreno; y picado su amor propio, se volvió á sus jinetes, los arengó con frases que habrian excitado la hilaridad del grave duque del Imperio, y haciendo prodigios de valor atravesó una columna de africanos, sin detenerse hasta avanzar tanto como los cruzados que dirigia Flaviano. En esta ocasion le salvaron su pujanza, fuerzas hercúleas y gran destreza, pues dejó atrás á los suyos, siendo cortado por una compañía de negros que le acometió por delante, detrás y los costados. El gigante se defendió de un modo heróico, dando tiempo á que llegaran sus jinetes y rompieran el círculo de hierro en que le habian cogido. De este modo fueron avanzando y destruyendo turcos hasta penetrar en el corazon del ejército otomano.

El duque del Imperio, Mauro Nuñez de Lara y Roberto Navarro, seguidos de los tercios españoles, despues de haber luchado con las dificultades que les oponian el fango y agua,

consiguieron dar vista á la retaguardia del enemigo. Julio entónces dividió en dos masas su ejército, y puesto al frente de la una y Mauro al de la otra, cayeron sobre los turcos, aquél por la orilla del mar, y éste por el centro y derecha de la espalda enemiga.

La reserva turca, viéndose atacada de un modo hábil é inusitado, se replegó al cuerpo de su ejército sin hacer resistencia alguna. En el mismo instante empezaba el ataque entre Mustafá, los de Malta y el vizconde de Jana. Era cuanto deseaba el duque del Imperio, pues habia conseguido encerrar á sus contrarios, segun previó, en un triángulo que ellos de seguro no podrian romper.

Mustafá abrigó antes de presentar batalla, la idea de arrancar á su enemigo una victoria decisiva; y en su despecho, ira y coraje, meditó terribles castigos para los prisioneros que suponía hacer, comenzando por distinguir á la compañía de árabes que atormentaron á Flaviano, y á la de africanos que apalearon al principe de Italia. Los primeros eran cien feroces salvajes, á los cuales señaló con un lazo encarnado, disponiendo que uno llevase el estandarte, donde se leia: «Estos valientes jugaron á la rueda candente con Flaviano de Osorio.» Los segundos ostentaban otro lazo y estandarte, que decia: «Estos robustos hijos del Desierto apalearon al titulado principe de Italia.» Mustafá se proponia que aquellos hombres paseasen por las calles de Malta con sus triunfantes enseñas, presentándoselas despues á todos los prisioneros.

Lo primero que el duque del Imperio vió al penetrar entre el ejército contrario, fueron los terribles estandartes; su rostro quedó demudado; tembló de ira; bañó su frente un sudor copioso al saber que aquellas panteras habian golpeado á su indefenso, bondadoso y caritativo padre; al más noble, leal é inofensivo de los hombres. Era dia de completa destruccion, y el destino acabó de ahogar, con este hecho, la ya debilitada voz de la caridad que constantemente gritaba al duque. Desde el instante en que leyó los letreros, miró

en los turcos fieros tigres á quienes anhelaba exterminar, empleando al efecto su gran talento, genio, valor y destreza. Llamó á Roberto Navarro, y señalándole á los que atormentaron á Osorio, le dijo con acento iracundo :

—Lee ese cartel; que te sigan cien jinetes, y mata mientras quede un árabe de esos que lo conducen.

Y corriendo él con los de su escolta hácia los africanos que llevaban el otro, dió la orden de no dar cuartel á ninguno, y todos fueron cayendo poco á poco á sus plantas, exhalando el último suspiro. Algunos minutos despues nada se leia en los estandartes blancos, teñidos ya con sangre musulmana y salpicados con el lodo que interrumpia el campo.

—¡Mueran todos! —exclamaba el duque por la primera vez de su vida. —¡Cuartel á los cadáveres; la muerte á los vivos!

Y sin dejar de correr por tan cenagoso terreno, ordenaba, dirigia, ayudaba á los suyos, los defendia, y en algunas ocasiones, con su escolta de ciento veinte hombres forrados de hierro, cortaba compañías enteras, lanceándolas sin piedad ni compasion.

Llevaba el duque una hora de combatir, cuando notó que las balas de cañon dirigidas por su hermano Odon, alcanzaban ya á los individuos de sus tercios, los que, habiendo avanzado mucho, se hallaban mezclados con los turcos; por cuya razon no podia reconocerlos Navarro.

—Ramiro —exclamó— salid del combate, y decid al vizconde de Jana que suspenda el fuego de las baterías; pero que al frente de cuantos hombres tiene á sus órdenes, ataque el flanco derecho de los turcos. Volad.

Ramiro, seguido de diez jinetes, se abrió paso y escapó, llegando poco despues donde estaba Odon, que recibió la orden, montó á caballo, y al frente de los suyos comenzó á batirse cuerpo á cuerpo, en la forma que lo estaban haciendo há mucho tiempo sus hermanos.

Encerrado el enemigo entre el mar y los aceros que manejaban los cristianos, intentó diez veces huir; mas en todas ellas se vió obligado á retroceder ante las picas castellanas que le salian al encuentro. Y aumentando esto su desesperacion, comenzaban á batirse de nuevo con más coraje y saña, pero con igual fortuna. Herian y mataban á algunos, no obstante lo cual apenas se veia un cristiano entre aquellos montones de cadáveres otomanos.

Por orden de Julio cayeron sus huestes principalmente sobre la caballería contraria; derribaron á los jinetes, subiendo á los potros árabes los peones castellanos. De este modo fué haciendo montar á los suyos que iban á pié, salvando en parte los estorbos que les ofrecian el fango y agua que cubrian el campo.

Mustafá, Assan y restantes caudillos mahometanos se mordian los labios de ira, acuchillaban á los suyos que veian huir del enemigo, y maldecian á Mahoma y al destino que los condenaba á sucumbir de un modo tan desastroso.

Miraban caer cientos de sus más valientes albaneses; contemplaban el espanto de los piratas argelinos; veian aminorar de un modo pasmoso sus compactas filas; y en revuelto turbion se les presentaban ante sus ojos escuadrones deshechos, batallones destrozados y la derrota, en fin, sin esperanza alguna de salvar siquiera el resto del ejército.

Los penachos negros de los seis *invencibles* se iban acercando ya al estado mayor; las distancias se estrechaban, y á la derrota seguia la muerte. La abnegacion de los generales turcos vió su fin: acabada ésta, ejerció en ellos su poderosa influencia el instinto de conservacion; desde este momento sólo se pensó en la fuga.

El viejo Mustafá y el pirata Assan no tuvieron suficiente valor para morir peleando. Se rodearon de algunos otros caudillos, corrieron á la orilla del mar, y cogiendo dos botes de un pescador, comenzaron á remar en direccion de la escuadra. Sus fuerzas se aumentaron entónces; el

amortiguado ardor se encendió, é hicieron volar á los ligeros esquifes.

Los albaneses, egipcios, árabes, africanos y cuantos quedaban del ejército turco, viéndose abandonados de sus principales caudillos, se desbandaron, y arrojando las armas salvaron la vida una gran parte, metiéndose por entre los extensos huecos que dejaban las columnas de los cristianos. A pesar del fango, agua, aspereza y sinuosidad del terreno, corrieron ahora con el ímpetu de una exhalacion. Ni los jinetes que llevaba Silva podian alcanzarlos.

Los vencedores se hallaron frente á frente, tendieron en torno sus miradas, y les pasmó el número de heridos y cadáveres que cubrian el suelo.

Há tiempo que la escuadra turca habia suspendido el bombardeo contra la plaza. Piali, que en esta ocasion mandó los navíos, previendo las consecuencias de la atroz derrota que presenciaba, dió la orden de que las naves se dispusieran á huir de aquel sitio, cogió un barco ligero y se aproximó cuanto pudo al estado mayor de Mustafá. Poco despues recibió en su nave al príncipe y generales que le acompañaban, y mirando la desbandada de los restos de su ejército, dió la orden de virar hácia Oriente, luego la de echar todos los botes al agua, con objeto de proteger á los dispersos, y conseguido esto reembarcarlos y huir á Constantinopla, temerosos de que la escuadra sanjuanista alcanzara á la suya y fuese mayor todavía el descalabro.

Cerca ya de anochecido abandonaron efectivamente los navíos turcos las aguas de Malta, dejando en la isla el sangriento recuerdo de las más atroces derrotas sufridas en el mundo.

A Mustafá y á Piali les costó la vida algo despues lo mucho que padecieron en este dia. Assan tornó á su oficio de pirata, pereciendo en él. Y á Soliman II, emperador de Turquía, no le quedaron ganas de mandar otras escuadras y ejércitos á la isla de Malta á combatir contra los sanjuanistas, y

ménos enfrente de los *invencibles*, cuyos hechos de armas oia contar horrorizado; bien es verdad que los jefes escapados de entre aquellos, le pintaban á los seis valerosos jóvenes con más negros colores que lo fué hasta entónces el mismo Lucifer.

Tan gran victoria no se habia conquistado sin sacrificios por parte de los cristianos. En el campo de batalla quedaron muertos el desgraciado Enrique Lavalett, que siguió la suerte de su pobre hermano; el intrépido Juan de Miranda, que se hizo conducir enfermo al sitio de la lucha; el distinguido Melchor Monserrat, insigne valenciano, que pereció como héroe; Eguiara, noble catalan, que tendió antes de espirar á diez turcos; Simon Melo, maestre de campo á las órdenes del soberano de Malta; Fadrique de Toledo, hijo del virey de Sicilia; el capitan Ruiz; el general Robledo, y los valerosos hermanos Francisco y Santiago Zanoguera. Estos héroes sucumbieron todos al frente de los soldados que mandaban, haciendo prodigios de valor. Entre los pasados á cuchillo en San Telmo y restantes muertos en el campo, ascendian á quinientos cadáveres, y pasaban de mil heridos.

Los turcos perdieron, entre muertos, heridos y esparcidos por la isla, hechos prisioneros despues, veinte mil hombres; besando el suelo tenian más de trece mil. Dejaron además parte de su famosa artillería, algunas tiendas, víveres, ropas y un rico botin, que cogieron con entusiasmo los hijos de Malta.

—¡Todo ha concluido! —exclamó el duque del Imperio, incorporándose con el soberano y los maestros de campo.— Los heridos á los hospitales inmediatamente. Quemad los cadáveres turcos; dad sepultura á los cristianos, y á Malta todos, que la guerra ha terminado ya. Odon, Flaviano, Mauro, Rogelio y Roberto, en nombre del rey, os nombro generales en el campo del honor; sobre las víctimas, y mirando orladas vuestras frentes con la victoria arrancada por vuestro incomparable heroísmo. Contemple el mundo

la humeante sangre que corre á vuestros piés, y tiemble ante vosotros.

Seguidamente fué otorgando merecidas recompensas á todos los de sus tercios. Cuando hubo concluido, cogió tres bandas de otros tantos capitanes que acababa de ascender á maestros de campo, y poniéndoselas con sus propias manos á los Zallas, añadió:

— Sois los últimos en recibir tan honroso galardón, pero fuisteis los primeros, de los de vuestra clase, combatiendo á mi lado, valerosos mancebos. Porque os protejo sois los últimos en recibir la recompensa; que de no ser yo vuestro padrino, seguiríais á esos cinco generales que acabo de igualar á mí.

Los Zallas, embargados por el agradecimiento, nada hallaron que contestar. El duque prosiguió, fijo ahora en el soberano maltés:

— Gran señor — le dijo — os devuelvo el poder que me dísteis; si estuve acertado, agradecédselo á Dios, que se dignó inspirarme; si erré, vuestra es la culpa, por haberme juzgado mal.

Y notando que el gran maestre miraba con algo de horror el espantoso cuadro que tenía delante, le cogió una mano, y oprimiéndosela, añadió:

— ¿Os asombran esos montes de víctimas? Pues á mí no; pude vencer salvando la vida de una gran parte de los que besan el polvo, pero no he querido; léjos de eso, me duele el brazo de herir, y he dirigido el combate de modo que pudiesen cuantos fuese dable.

Sus cinco hermanos se fijaron en él, no acertando á creer sus palabras. El soberano le dijo:

— Eso no es posible, duque del Imperio. Conozco demasiado la hidalguía de tu alma, la generosidad de tu corazón, para que pueda dar crédito á tales frases; la grandeza de una victoria que acaso no tenga igual, arrancada por tu genio á tan poderoso enemigo, te hace delirar.

— Me desconoceis, Juan de Lavalett; los turcos han apaleado á mi padre; y á ser posible, les hubiera destruido un ejército entero por cada golpe que le han dado.

Los cinco *invencibles* y el soberano movieron la cabeza con sentimiento al escuchar tan triste nueva. Silva continuó:

— A Malta, señores, que ya no podemos hacer más contra el bárbaro de Oriente.

Y picó á su caballo, sonaron los clarines y atambores, y el ejército partió.

La ciudad estaba medio arruinada; los escombros obstruían el paso, y los vencedores penetraban con trabajo, caminando además tristes, pues no iba ninguno que no hubiese dejado en el campo un amigo ó pariente.

Las batallas son como los pleitos civiles; se arruina el que pierde, y suspira el que gana.

Los habitantes de la ciudad, sacerdotes, mujeres, ancianos é inútiles para la guerra, recibieron á los victoriosos con sonrisa poco alegre y ademanes tan lánguidos, que era difícil comprender lo que realmente querían expresar.

Los generales se hospedaron en el palacio del gran maestro; los jefes y sanjuanistas se retiraron á sus moradas, y la tropa se acuarteló; comiendo unos y otros dos horas más tarde.

El cuerpo de sanidad, seis mil presidiarios y quinientos peones, trasladaron los heridos á Malta, quemaron los cadáveres turcos, dando sepultura á los cristianos. El resto de la noche lo invirtieron los penados en separar los escombros que impedían el paso.

Oscureció; la tranquilidad comenzó á reinar, si bien se oían tristes lamentos en los hospitales, y ahogados suspiros de madres, hermanos ó amigos, que acababan de perder un sér querido.

La misión del duque del Imperio en Malta había concluido.

— Me desespero, Juan de Irujo; los rucos han apaleado a mi padre, y a ser posible, los habrán derribado en el camino antes que yo llegue. ¿Qué puedo hacer?

Los cinco rucos y el sobetano movieron la cabeza con indiferencia al escuchar las tristes nuevas. Sin embargo:

— A Malat, señores, que ya no podemos hacer más contra el bárbaro de Olan.

Y dio a su caballo, sonaron los clarines y tambores, y el ejército partió.

La ciudad estaba medio arruinada; los escombros cubrían el piso, y los vencedores paseaban con orgullo, examinando además tristemente, pues no era ninguno que no hubiese dejado en el campo un amigo o pariente.

Las batallas son como los platos civiles: se sirven el que pierde, y después el que gana.

Los habitantes de la ciudad, sacerdotes, mujeres, ancianos e infantes, para la guerra, resistieron a los vencedores con acacia poco aliento y estenuados tan languidos, que era difícil comprender lo que realmente querían expresar.

Los generales se hospedaron en el palacio del gran mariscal; los jefes y capitanes se retiraron a sus moradas, y la tropa se separó; corriendo unos y otros dos horas más tarde.

El cuerpo de arcabuzeros, seis mil presidiarios y delinquentes, fueron trasladados los heridos a Malat, quemaron los escombros, dando sepultura a los cristianos. El resto de la noche se invirtieron los heridos en separar los escombros que impedían el paso.

Ocurrió; la tranquilidad comenzó a reinar, al fin se oían tristes lamentos en los hospitales, y ahogados susurros de madres, hermanos o amigos, que se daban de perder un ser querido.

La misión del duque del Imperio en Malat había concluido.

CAPÍTULO XXXV.

Una esperanza halagüeña. — Botin. — El tesoro de Flaviano.

En cuanto el duque del Imperio llegó al palacio, cambió el traje de guerra por un gaban de terciopelo, pantalon de punto y botas de ante, y corrió al lado de su anciano padre, que le aguardaba sentado en un taburete, con las manos cruzadas y en la mayor ansiedad. Al ver á su hijo se levantó el príncipe, le abrió los brazos y quedaron ambos formando un solo grupo. Luégo se separó el duque, fijándose en el rostro de su padre; el trinitario estaba más animado; sus ojos revelaban vida, habiendo variado, al parecer, desde la última entrevista que tuvieron. Julio dió cabida á una esperanza halagüeña, que reanimó su espíritu y le alegró extraordinariamente. Alberto le hizo sentar á su lado, preguntándole:

—¿Venciste por segunda vez á los turcos?

—Sí, padre mio; por última vez.

—¿Qué dices! ¿tan grande ha sido la victoria?

—Completa, señor; los que sobrevivieron han huido, y ya no hay un solo buque ni soldado que sitie á Malta.

—¿Cuánta sangre habrá costado! ¡cuánta víctima!

— Muchas, padre mio; pero más merecian los que osaron apalear al más noble de los hombres.

— ¿A quién golpearon de ese modo?

— A vos, señor; ¿ya no os acordais?

— ¿Quién te lo ha dicho?

— Ellos que lo llevaban escrito en un estandarte.

— Amenazas para que declarase que era tu padre.

— Castigo horrible con el que profanaron lo más venerable que existe entre el género humano.

— Tú no puedes juzgarme, Julio. Hablemos de otra cosa.

— De lo que vos querais, señor.

— ¿Has mandado que traigan los heridos á Malta?

— Sí, señor; en el campo de batalla se les hace la primera cura, siendo luégo trasladados aquí por más de seis mil hombres que no se cuidan de otra cosa.

En este instante entraron en la pequeña estancia el gran maestre y los cinco *invencibles*, cubiertos ya con trajes análogos al que llevaba el duque. Los seis estrecharon al padre Alberto, mirándolo con cariñoso interés. Éste se fijó en ellos, exclamando:

— ¡Cuánto teneis que agradecerle á la Providencia! Sé cómo atacais á vuestros enemigos, y en esta ocasion habreis hecho prodigios de valor; no es posible que estorbo alguno haya detenido tan arrogante paso; hasta la muerte humillada á vuestros piés, os ha permitido manejar la terrible lanza, del modo que os enseñaron vuestros padres. No estais herido ninguno; ni el más leve arañazo marca vuestra piel. Hijos, dad gracias á Dios; recordad lo que dejais en el campo de batalla, y comprended lo mucho que le debeis; y toda vez que blasonais de nobles y de agradecidos, no sed ingratos con la bondadosa mano que vela por vosotros.

Los ocho cruzaron todavía algunas frases cariñosas, retirándose luégo al comedor los guerreros, mientras que el padre Alberto marchaba á los grandes hospitales establecidos en Malta. Aquellos principiaron á comer, aguijoneados por

el dolor que les causaba la pérdida de Enrique Lavalett y la de otros valerosos jefes, que habian sido vengados, pero que llegaron tarde para poderlos arrancar de las garras de la muerte. En aquella comida de verdadera confianza, exclamaba el soberano:

—Pensé que la suerte me hubiera dejado á mi sobrino Enrique; mas tuvo por conveniente arrebatarme á los dos. Los amaba como á hijos; eran el báculo de mi vejez. ¡Ahora tendré que vivir solo!...

Comprendiendo el duque lo que sufría el gran maestro, le interrumpió con las siguientes frases:

—Os queda, señor, la hermana de Enrique y de Fernando; esa casta jóven que os cuida y contempla con el más tierno afecto.

—Tienes razon; me habia olvidado de ese ángel.

—Conservais, además, los caballeros de la orden de San Juan, que os aman como á padre, os respetan como á señor. Vos no sois un soberano como los restantes de Europa; el gran maestro Juan de Lavalett gobierna su isla, y en todos los actos demuestra ser el padre comun de sus vasallos. Justiciero, noble y bondadoso en sumo grado, vuestra familia, señor, la forman todos los habitantes de Malta. Algunos hijos os han quitado hoy; mas os dió tantos el cielo, que no teneis derecho á quejaros ni á suspirar. Contemplad el despotismo que pesa sobre la mayor parte de los pueblos de Europa; ved sus guerras civiles, el cuadro que presentan tanta traicion, dolo y maldad, y os juzgareis trasportado á un paraíso, donde la Providencia os dió ángeles por súbditos, elevándoos al trono donde reinais, castigando poco, premiando mucho, sin temor á que la intriga y la maldad manchen el sόlio que cubre á esa venerable frente. Vuestros cortesanos son todos nobles y valientes caballeros, y hé ahí la principal razon para que el dolo no pueda fructificar en vuestros estados, y mucho ménos en la córte.

El semblante del duque del Imperio se hallaba ahora

mucho más animado y hasta placentero, que antes de principiar la batalla. En la madrugada de aquel día creyó que la muerte se cebaba en su amado padre; y el estado en que lo halló despues, le hizo variar de opinion; y ante tan agradable metamorfosis nada suponian para el tierno hijo las batallas, los cadáveres ni los heridos. Así es, que consiguió animar á cuantos le rodeaban, apagando en lo posible el sentimiento que punzaba la memoria del soberano y de los cinco *invencibles*.

Por último, se levantaron de la mesa, y por consejo suyo se encaminaron á los hospitales, reconociéndolos todos, y encargando el más exquisito cuidado para los heridos de una y otra parte.

Prescindimos de describir el horrible cuadro de llanto y amargura que se presentó á la vista de los siete bondadosos séres, que con caridad evangélica iban ahora cama por cama visitando á cuantos desgraciados padecian en el lecho del dolor.

En el duque del Imperio no era sólo caridad aquel reconocimiento; llevaba algo de egoismo, toda vez que, encontrando á su padre y acercándose la media noche, le hizo que se cogiese á su brazo, diciéndole:

—Basta, señor, por ahora; ya veis que nada les falta; mañana podeis continuar tan santa mision.

Una hora despues descansaban los ocho, y con ellos todos los que habian librado bien en la batalla; el gigantesco esfuerzo que hicieron durante el día, les proporcionaba ahora poderse entregar sin reparo alguno á las dulzuras del lecho. Hasta en los cuerpos de guardia se faltaba á la consigna; pues como nada habia que temer, fué indispensable la tolerancia.

Seis mil presidiarios turcos, acompañados de peones que llevaban en la mano izquierda un hacha de viento, y en la derecha una terrible pica, continuaron sin descanso alguno remediando en parte los destrozos causados por la escuadra de Mustafá.

Se mandaron correos á Europa y al interior de la isla, donde se habian refugiado la mayor parte de los ancianos, mujeres y niños, y en este instante caminaban todos en busca del hijo amado, del esposo querido ó del pariente allegado.

A la mañana siguiente, y con la brillante luz de un sol radiante y hasta caluroso, dió principio una escena tiernísima. Los ausentes estrechaban á los vencedores, tomando á la vez posesion de sus palacios y casas, que creyeron perder en un principio. A este acto siguió otro de luto y de amargura. A las once fueron depositados en la magnífica iglesia de San Juan los cadáveres de los jefes cristianos que perecieron el dia anterior. Allí se les dió sepultura, y en su templo se celebraron las exequias. A tan solemne funcion asistió el gran maestre, el príncipe de Italia, que ofició; los seis *invencibles*; todos los caballeros de la ínclita y veneranda órden de San Juan de Jerusalem; los cruzados; los marinos, y hasta el pueblo. ¿Quién no tenía allí los restos inanimados de un pariente, amigo ó conocido?

A la plegaria religiosa, á aquellos salmos elevados al Todopoderoso con ascético fervor por el príncipe de Italia y restantes ministros del altar que le acompañaban, respondian mil guerreros con lágrimas que surcaban sus rostros, y suspiros que se ahogaban al abrirse el corazon para exhalarlos.

Concluyó el acto, y antes de depositar los féretros en sus respectivos nichos, subió al púlpito el padre Alberto, y pronunció un sermón ó discurso, que hizo correr á torrentes las lágrimas de los espectadores. Comenzó describiendo lo triste y ruin de la condicion humana, pintando luego el fin desastroso de las víctimas, cuyos restos tenian delante; pero lo hizo con colores tan vivos, con tanta verdad, energía y talento, que dejaron de oirse muchas de las frases que pronunciaba, por las lamentaciones y quejidos de los más valientes y experimentados de los presentes. El gran maestre,

los seis *invencibles* y la orden de San Juan en masa, lloraban amargamente; los cruzados le miraban con asombro; los marinos alzaban los brazos hacia él, y las mujeres exhalaban ayes atronadores.

El sublime orador pronunciaba sus palabras en maltés; pero repetía en español, inglés, italiano y francés, lo principal de su discurso, para que todos pudieran comprenderlo.

Sin afectacion, sin exagerar; con una dulzura, con talento privilegiado, presentaba una idea, otra y otra, todas nuevas, lógicas, exactas; sus apreciaciones eran axiomas; la deducion verdadera, pero terrible.

Luégo que habló de la muerte, describió la eternidad, la bondad de Dios, el Paraíso y el lugar de los réprobos. Al llegar aquí, hombres y mujeres se estremecieron; valientes y cobardes temblaban, y todos sentian con más imperio que nunca la imprescindible necesidad de amar á Dios; de demostrarle, siquiera, agradecimiento por tanto bien como nos hace, por tanto mal como puede resultarnos por la ingratitud hacia la Divinidad.

Hablando el padre Alberto, vieron sus oyentes los ángeles del Paraíso; las furias del Averno; lo fugaz de esta vida; lo eterno de la que sigue; sentian latir aceleradamente sus corazones, y hubo momentos en que se creyeron trasportados á otro mundo, mirándose unos á otros con pánico terror.

Concluyó el príncipe; bajó del púlpito, y léjos de abrazarle sus amigos y admiradores, y darle la enhorabuena por el gran talento que acababa de demostrar, cayeron á sus plantas de rodillas, y desde el soberano hasta el mendigo, fueron uno tras otro estampando un beso en su venerable diestra. Diez y diez veces tuvo que limpiarse Alberto la mano que besaban, bañada continuamente con el llanto de sus oyentes.

—No contened esas lágrimas, hijos míos—les decía—ellas afligen el alma, pero la purifican; debilitan la materia, la atormentan; pero robustecen el espíritu, lo salvan. Llorad,

hijos, llorad; á eso hemos venido á este valle; ¡ay de los que rien en él! en el otro suspirarán por una eternidad. No os asusten vuestras faltas; la misericordia de Dios, su infinita bondad alcanzan á todos; pedidle y os dará; lloradle y él enjugará vuestro llanto.

Dieron sepultura á los muertos, y la iglesia de San Juan fué quedando desierta, retirándose el cúmulo de espectadores que antes la llenaban á sus respectivas habitaciones, con el corazon comprimido y los ojos húmedos.

Lavalett, los *invencibles* y el numeroso estado mayor que los seguia, recorrieron las calles de Malta, y luégo los fuertes; vieron el descalabro hecho por el enemigo el dia anterior, y dispusieron lo conveniente para que con la brevedad posible fuesen reparados; despues se retiraron á palacio, siendo por toda la carrera objeto de las demostraciones de cariño, entusiasmo y respeto de los malteses grandes y chicos, y hasta de los extranjeros.

En tanto que esto acontecia en la capital, la tropa mandada en perseguiimiento de los turcos que se habian esparcido por la isla, huyendo de la muerte, los iba apresando, respetaba sus vidas y los conducia á la ciudad, con el fin de que ayudasen á sus compañeros á la reparacion de los edificios y muros.

Los cañones y objetos del campamento cristiano fueron trasladados á la plaza por los peones de los tercios españoles. El campo de batalla estaba ya desierto, formando el agua y sangre de las víctimas un fango negro que el sol debia trocar en polvo.

Y por último, fueron reconocidas las trincheras que tuvieron los turcos, hallando entre ellas un fabuloso botin que el enemigo no pudo embarcar en su precipitada fuga, el cual fué llevado al gran maestro.

El dia continuaba claro, despejado y caluroso; el mar, un poco picado, llevaba continuamente á la playa pedazos de cascos y de mástiles, pertenecientes á los setenta navíos oto-

manos destruidos por las baterías de Malta. Y el resto de la isla, en fin, celebraba la sin igual victoria que la suerte de las armas habia otorgado á los malteses y á sus invencibles aliados. La cruz del Redentor se elevaba ya en todos los ángulos de Malta, Comino y Gozzo; quedándoles el triste recuerdo de las víctimas, un rico botin, y á Flaviano un tesoro que aún no conocia, pero que debia asombrar á cuantos tuviesen noticia de él.

Al dia siguiente se ocuparon, desde muy temprano, Osorio, Mauro, Rogelio, Roberto y Odon, en abrir y reconocer el contenido de los cajones hallados en la *Sirena*. Los cinco jóvenes, axiliados luégo por los tres Zallas, sus criados y los mayordomos de Lavalett, invirtieron todo el dia y parte de la noche en averiguar la magnitud de la fortuna que tenían delante. Hicieron un inventario de cuanto habia, y quedaron asombrados ante la suma. Flaviano era dueño de diez millones de ducados en oro otomano, aleman, húngaro y africano. Y como si esto no fuera bastante, se unia á tan fabulosa cantidad un cajon de ébano lleno de aderezos, anillos y alhajas de todas clases, cuajados de ricos brillantes y piedras preciosas.

Osorio mandó llevar dos bandejas; puso en una el segundo aderezo con algunas alhajas de gran valor, y en la otra una corona ducal con veinte brillantes de seis quilates cada uno; la primera se la mandó á Maria Lavalett, sobrina del soberano, y la segunda á éste; rogándoles tuviesen la bondad de aceptar aquella mezquina ofrenda, como recuerdo del sobresalto que les causó, la noche que apresara el tesoro de Mustafá. Mezquino llamaba al obsequio, no obstante lo cual valia lo que iba en las bandejas más de cuarenta mil duros.

Despues hizo tasar lo que contenia el cajon de ébano, siendo valuado en trescientos sesenta y cinco mil ducados (más de cuatro millones de reales). Acto continuo se dirigió con él adonde estaba Syra, diciéndole:

—Toma, hija, tu dote; ya eres más rica que yo. Luégo te presentaré á tu futuro.

Y le volvió la espalda sin esperar contestacion, dejando á la hermosa jóven asombrada con tan inmensa fortuna. Reunido otra vez á sus compañeros, se le quedó mirando Mauro, preguntándole:

—¿Has regalado á la griega todas esas alhajas?

—Sí. ¿Te parecen muchas?

—Son bastantes; pero yo hubiera hecho lo mismo. Lo que me extraña es que no hayas guardado un solo brillante para tu esposa Adela; un recuerdo del tierno marido, que pretende serlo mejor que nosotros.

Núñez pronunció estas frases con marcada intencion y algo de enojo. El poeta soltó una carcajada que descompuso á aquél, replicando:

—¡Siempre el mismo Mauro! ¡espiando mis acciones y criticándolas! Pues bien; soy mejor esposo que tú, y me fundo en que no rehuyo el peligro como vosotros; no le temo; ántes al contrario, lo busco, lo venzo, y me hago digno del amor y fortaleza de mi casta mujer. Le llevo á Adela mi corazon, que vale más que todas las piedras de Oriente; que te diga Mustafá lo que vale; y no consentiré jamás, que mi esposa se adorne con alhajas que pertenecieron al que pretendió asesinar á un santo y luégo al *diablo* de su marido. Si tú quieres llevarle á la tuya algunas joyas de esas que honró el *bondadoso* príncipe Mustafá, te las traeré inmediatamente; Syra las cederá gustosa.

—Gracias, Flaviano; si me es posible, te doy palabra de no volverte á reprender.

—Nada perderás en ello; es tristísimo que un *invencible* de tu temple de alma se vea derrotado á cada momento por un calavera de veintitres años.

—En Francia, Osorio, tenía yo razon, por desgracia.

—En todas partes, hermano, seré aficionado á las bellas; oirán de mí frases galantes y cortesés, y mi espada la ha-

llarán siempre dispuesta á combatir por ellas. Mi vida pertenece á todas las damas; mi corazon sólo á Adela. Si tú quieres darle más á tu esposa, hazlo en buen hora; yo he nacido para algo más que para ser un buen marido, sin dejar de ser ésto.

El vizconde de Jana terció en el diálogo, diciendo á Mauro:

—Nuñez, no cuestiones con ese niño; mucho sabes; tu talento es grande; mas el suyo...

—Entiendo y me doy por vencido.

Flaviano hizo encerrar los cajones con el oro arrancado á Mustafá, y cogiendo la llave y el inventario, marchó con sus cuatro hermanos al despacho del duque, donde se hallaba éste trabajando.

—Toma, mi querido Julio—le dijo—ahí tienes la suma arrancada al bárbaro, y la llave de la habitacion donde quedan los cajones.

Silva miró la cifra, y exclamó sobrecogido:

—¡Jesús, qué cantidad tan enorme!

—Tuya es—añadió Flaviano—haz de ella el uso que creas conveniente.

—No, no; tienes esposa; mañana podrás tener hijos, y...

—Si no la aceptas, se la regalo á Syra; á la que he dado ya una dote digna de nosotros.

—¿Eso más?

—Sí, Julio; con dos obsequios que he hecho al soberano de Malta y á su sobrina María.

—Muy bien; ya que así lo quieres, pagaré al ejército; les regalaremos á todos el sueldo de seis meses, y luego haré que mi padre señale una pension á cada familia de los individuos que han perecido en Dreux y en Malta, con otra á los inutilizados pertenecientes á nuestros tercios. El soberano y los malteses tienen bastante con el botin cogido á los turcos ayer. Lo que quede despues de hechas esas distribuciones, se dejará en caja y pertenecerá á los seis. De este modo hacemos el bien de muchos, y nosotros quedamos iguales.

— ¡Muy bien! — exclamaron los cinco.

— En ese caso — añadió el duque — dad la orden para que se pague mañana mismo al ejército, recibiendo á la vez las seis mesadas de regalo.

Todo se verificó segun queda expuesto. Y siendo ya cerca de la media noche, los seis se retiraron á descansar, no sin estrechar ántes al príncipe de Italia y al soberano de Malta.

El semblante del padre Alberto continuaba animado, y sus ojos demostraban vida y mansedumbre. Julio gozaba contemplándole, habiendo olvidado ya la idea de que su padre se hallaba próximo á morir.

Pronto debía recibir el héroe español un desengaño terrible, que le amargaría el resto de su existencia. El hijo vió asomar la muerte en la frente del trinitario; y áun cuando ésta se habia escondido, quedaba amenazando la preciosa vida del noble profeso.

Los bárbaros pusieron sus inícuas manos sobre el santo, y la Providencia creyó que éste no debía sufrir más; por lo que se disponia á atraerlo á sí, para que fuese á morar en el sitio de los justos.

Feliz él, que va á concluir de atravesar el puente de la vida, sin temor de resbalar al abismo. Mucho padeció en el valle donde habita aún; mas le espera una dicha eterna, una felicidad continua y sin fin.

¡Envidiémosle!

Nuestros lectores nos habrán de perdonar el que hayamos adelantado un poco el discurso. Volvamos á reanudar nuestra historia.

—¡Muy bien! —exclamaron los cinco.

—En ese caso —añadió el duque— dad la orden para que se pague mañana mismo al ejército, recibiendo a la vez las seis mesetas de regalo.

Todo se verificó según queda expuesto. Y siendo ya cerca de la media noche, los seis se retiraron a descansar, no sin estrechar antes al príncipe de Italia y al soberano de Malta.

El sembrante del padre Alberto continuaba animado, y sus ojos demostraban vida y manoseamiento. Julio gozaba contemplándole, habiendo olvidado ya la idea de que su padre se hallaba próximo a morir.

Pronto debía recibir el héroe español un desagradable territorio, que le amargaría el resto de su existencia. El hijo vio asomar la muerte en la frente del trinitario; y aun cuando esta se había escondido, quedaba amenazando la preciosa vida del noble protoso.

Los barberos pasaron sus incógnitas manos sobre el santo, y la Providencia creyó que éste no debía sufrir más; por lo que se dispuso a atarle a sí, para que fuese a morir en el sitio de los justos.

Feliz el, que va a concluir de atravesar el puente de la vida, sin temor de resbalar al abismo. Mucho padeció en el valle donde habitaba aún; mas le espera una dicha eterna, una felicidad continua y sin fin.

¡Envidiosos!

Nuestros lectores nos habrán de perdonar el que hayamos adelantado un poco el discurso. Volvamos a reanudar nuestra historia.

CAPITULO XXXVI.

Adelantos de Syra. — Llegada del lego. — La boda.

Habian trascurrido cuatro dias desde aquel en que Flaviano repartió generosa y espléndidamente el tesoro arrancado á Mustafá con tanto valor como destreza.

En el campo apenas quedaba señal alguna de las batallas que se habian dado en él; si bien en la meseta que dividia las dos colinas elegidas por el duque del Imperio, se estaba construyendo una ermita, bajo la advocacion de la Purísima Concepcion. El gran maestro, que concibió la idea, costeara el templo; y el duque del Imperio, que la aceptó con aplauso, una preciosa efigie de la Virgen, que encargó á Roma, la cual deberia colocarse en el altar mayor, teniendo á su derecha constantemente el estandarte que las monjas regalaron á Julio; á su izquierda el escudo de armas de la casa de Silva, colgándose alrededor del altar las banderas y trofeos cogidos al enemigo en la última batalla.

En las obras de reparacion de Malta trabajaban más de doce mil esclavos turcos, los que, avisados continuamente por forzudos cabos de vara, estaban ya concluyendo aquellos urgentes trabajos. Los habitantes de la ciudad se hallaban tranquilos; como de costumbre, sólo los gusanos se encar-

garon de los muertos; y ya en este dia no se hablaba ni pensaba en otras cosas, que en la boda de la hermosa griega, cuya historia todos conocian; en las funciones que este acto motivaria, y en la despedida que intentaban hacer á los *invencibles*.

Flaviano y sus cuatro compañeros restantes ostentaban con donaire y gallardía sus bandas y cetros de generales, siendo objeto á cada momento de aplausos y vítores por parte de la multitud, y aún de los sanjuanistas y cruzados; los que ellos recibian con gran dósís de modestia exterior y no poca vanidad, que ocultaban cuidadosamente pretendiendo imitar á su hermano y jefe el duque del Imperio, al que en realidad le molestaban tales ovaciones.

El soberano disponia nuevas fortalezas en Malta; y aconsejándose del príncipe de Italia y de su hijo, mejoraba la condicion de sus súbditos, y enriquecia el país con medidas paternas y sábias leyes, que lo elevaban sobre todos los monarcas de Europa en bondad, sabiduría y acierto.

Alberto de Silva aplaudió la generosidad de Flaviano; y fué tan espléndido en esta ocasion, como lo era cuando distribuia sus intereses y los de su hijo; no obstante lo cual, y despues de formar el presupuesto de pensiones y regalos, todavía quedaban en caja á disposicion de los *invencibles* seis millones de ducados. Como en la isla de Malta no existian mendigos ni desamparados, el príncipe de Italia, unido á su hijo, recorrian los hospitales, hasta que se llegaron á convencer de lo inútil de tales visitas, toda vez que la hospitalaria órden de San Juan de Jerusalem, era tan valerosa y entendida en los campos de batalla, como humana, caritativa é incansable ante los infelices que sufrían en el lecho del dolor. Ni una falta, ni el más leve descuido notaron en los seis extensos hospitales, causando admiracion al mismo Alberto de Silva la solicitud y esmero de tan nobles caballeros.

Syra, ó sea María Juana de Osorio, adelantaba rápida-

mente en la brillante educacion que recibia; chapurreaba ya el español, é imitaba en sus modales á la dama más elegante y fina de Europa. Alvaro Zalla, su futuro, la acompañaba continuamente; se enamoraba de ella un poco más á cada instante, mientras que la hermosísima griega se iba aficionando por momentos á los halagos, frases tiernas y esbelta figura de su jóven apasionado, al cual le sentaba muy bien su roja banda de capitan español. La infeliz comparaba el trato de los turcos con la galanteria y atencion proverbiales en los españoles para con las damas, y veia en su guerrero amante, no un *militarote* turco, sino por el contrario un leon en el campo de batalla, y un ángel dulce, apacible y complaciente á su lado. La griega admiraba á Flaviano, comenzaba á ver en él un hermano mayor, que la protegía y amparaba, é iba principiando á sentir ráfagas amorosas por el valiente capitan, que no habia osado todavía estrecharla una mano. Cosa extraña: el enamorado doncel, de todos tenía celos menos de Flaviano de Osorio; tal era la ciega y merecida confianza que le inspiraba la nobleza é hidalguía de su protector y general. Cuando entraba algun hombre en la estancia de Syra, se fijaba en ésta y no perdía uno solo de sus movimientos; mas al llegar Osorio, se levantaba con ánimo de marcharse.

La noche de este dia, ó sea la sexta de las que precedieron á la batalla, se hallaban los seis amigos reunidos en el despacho del duque, dispeniendo y conferenciando sobre su próximo regreso á España, cuando fueron interrumpidos por un ujier, que, dirigiéndose á Julio, exclamó:

— Señor, acaba de llegar á Malta un religioso anciano, el cual pretende ver á V. A. Añade, que debe comunicarnos órdenes importantes que trae de vuestro país.

— Dejadlo que entre.

Poco despues se descorrió la cortina, penetrando en la estancia el lego que asistia en Madrid al padre Alberto, y el que antes de entrar en el monasterio habia cuidado y

servido á Julio de Silva. Los seis jóvenes se levantaron al verlo, exclamando:

—¡Pedro!

Y le abrieron sus brazos, siendo estrechados á la vez por el anciano, que empezó por el duque, siguió á los Navarros, concluyendo por Mendoza.

El recién llegado preguntó con el mayor interés por su señor, el príncipe de Italia; y contemplando con júbilo y entusiasmo á los *invencibles*, les habló de sus esposas y restantes individuos de sus familias, en las cuales no ocurría nada de particular. Luego les entregó varias cartas, y sacando un pliego sellado con las armas reales, le dijo al duque:

—Julio, S. M. se ha dignado confiarme el encargo de traerte este despacho, previniéndome terminantemente que me dejase matar antes que me lo arrancaran. Puso caballos á mi disposición, y en Barcelona el buque que me ha conducido aquí; infiero que será asunto de gran interés, cuando el general Navarro le aconsejó que me lo entregase á mí, que soy la persona en quien hace cuarenta años tiene su mayor confianza.

Los seis habian ojeado las cartas de sus esposas; despues cogió Silva el pliego y lo leyó para sí, fijándose en él los seis restantes, sin que aquél demostrase haber recibido impresion desagradable. Cuando hubo terminado, miró á sus amigos; y notando la curiosidad que sentian, les dijo:

—Etais impacientes por saber lo que me dice Felipe II.
¿Es eso?

Ninguno le contestó. Silva sonrió, añadiendo:

—Voy á satisfacer vuestro deseo; oid.

Y leyó lo siguiente:

«Mi muy amado primo: Todos tus despachos llegaron á mis manos, confirmando su contenido la alta idea que tenemos de tu capacidad y del valor y denuedo de tus cinco amigos. Tus brillantes hechos de armas de Dreux y de

Cambray, son elogiados por mis pueblos y admirados de tu rey. Termina pronto tu mision en Malta; acaba de elevar tu nombre, y regresa á nuestro lado, pues todos te aguardamos con vehemente deseo.

«Una casualidad ha hecho que llegue á mi noticia el estado de tus relaciones con Catalina de Médicis. Ignoro en qué se fundará esta señora para quererte mal; pero es lo cierto, que uno de sus cortesanos, auxiliado por hombres sospechosos, corre hácia Malta con intenciones siniestras respecto de tí y del hijo de mi secretario, el conde de Arahall. Ten presente el apellido Gondi; no te fies de los franceses que haya en esa isla, y comprende todo lo demás que deducirá tu privilegiada inteligencia.

«Ya sabrás las muchas desgracias que afligen á mi familia; por lo que te ruego, y muy particularmente al príncipe, tu padre y mi tío, pidais á Dios en vuestras oraciones por vuestro amado—Felipe.»

—La noticia—dijo Osorio—llega un poco tarde, toda vez que ya la sabíamos. Tuve desgracia aquel día; maté ocho sicarios, y el noveno, ó sea al que apunté mejor, lo atravesó una bala sin tocarle el corazon.

—No era fácil, mi querido hermano—añadió Silva—siendo así que no lo tiene; suponiendo que te refieres al baron de Retz.

—Es verdad, duque; no pensé en eso; mas si lo vuelvo á ver, le apuntaré á la frente, ó encargaré á Mendoza que reconozca sus arterias.

—¿Será capaz—preguntó Mauro—de desembarcar ese hombre en Malta, é intentar asesinaros?

—Sí, Nuñez—replicó Silva.—Conozco á Catalina de Médicis, y estoy seguro que le ha impuesto nuestra muerte ó la suya. Gondi huiria de nosotros con indecible placer; mas se ve obligado á herir ó perecer; y en trance tan apurado, no es dudosa la eleccion en séres tan depravados y malévolos como ese.

— En cuyo caso — añadió el vizconde de Jana — voy á tomar las medidas que el caso requiere.

— ¡Y yo! ¡y yo! ¡y yo!

Exclamaron los restantes, desapareciendo de allí, sin dar lugar al duque para que les contestase. Quedó, pues, éste con el lego, el cual seguía mirándole con el mismo cariño que pudiera hacerlo su padre.

— ¡Cuánto hemos suspirado por tí! — le dijo. — Siento que ese cobarde asesino pretenda matarte, hijo mio; pero me alegro haber venido; que si él está aquí, yo tambien; y aún cuando voy siendo viejo, todavía me queda algo de aquellos tiempos en que al lado del príncipe, ¡voto al demonio!... Perdona, hijo mio; á lo mejor se me olvida que llevo hábitos, cerquillo y... Tu padre es un buen religioso; pero yo, militar allí, militar aquí, y no puedo ser otra cosa.

— Ya lo veo, mi querido Pedro; y en verdad que esos votos en un trinitario tan respetable...

— Ya sabes que yo no puedo abandonar al príncipe, al que seguí en los combates, en la paz, en la opulencia, y hasta en la desgracia. Se empeñó en hacerse fraile; y como yo era su inseparable lebel, tuve que entrar tambien en el convento; pero te juro, que en la guerra me hallaba más en mi centro.

— Tengo curiosidad por saber qué haces tú, mientras mi padre reza.

— Ruego á Dios que conserve su vida, y luégo pienso en los franceses que maté, en los suizos que probaron mi pica, y en cosas por el estilo.

— No se parece el lego al superior de la orden á que pertenece.

— No, hijo, no; yo fui pecador, y por desgracia continuó lo mismo; mientras que tu padre es un santo.

— ¿Quieres verlo?

— Por supuesto; ya no me separo jamás de su lado.

— Pues sígueme.

Y ambos se encaminaron á la estancia donde se hallaba el príncipe de Italia.

El trinitario estrechó tiernamente á su lego; y enterado del objeto que le traía á Malta, le dijo:

—Mientras permanezcamos en la isla, vela por el duque; pues no necesito de tí.

—¿Quereis decirme, padre mio—preguntó Julio—qué ha de hacer por mí el buen lego? Permitidle que os cuide, y nada temais por vuestro hijo.

—Pedro es leal como pocos hombres; te crió, te ama, no es cobarde, y nadie como él podrá evitar el golpe de un asesino. Déjalo que ande cerca de tí, que le conozco bien y comprendo su astucia para tales casos.

—De los dos me cuidaré—contestó Pedro.—No penseis en mí, que yo sé lo que debo hacer.

En tanto que esto acontecía en la habitacion del padre Alberto, unidos los cinco *invencibles*, enteraban al soberano del desembarco probable de Gondi; luégo á todos los sanjuanistas, y últimamente se acordó reconocer las casas en que recayesen sospechas de que pudieran hallarse en ellas al asesino y sus sicarios, en el caso de que efectivamente hubieran arribado.

Los caballeros de la ínclita, previo el permiso de su soberano, rogaron á los *invencibles* no volvieran á ocuparse de aquel asunto, quedando ellos encargados de buscar y arrancar la vida á los emisarios de Catalina.

En tal estado se retiraron á descansar los cinco nuevos generales, tranquilos ya por la seguridad que, respecto de su hermano Julio, les ofrecía el interés de los individuos de la ínclita.

Pasó aquella noche, sin que incidente alguno viniera á interrumpir la tranquilidad que reinaba en el palacio.

A la mañana siguiente, reunidos el soberano, el príncipe de Italia, el duque del Imperio y Flaviano de Osorio, acordaron que en el próximo día se llevaría á cabo el enlace de

Alvaro Zalla y la bella Syra, con el objeto de que al inmediato pudieran embarcarse para Madrid los tercios españoles con sus jefes y oficiales. A pesar de las desgracias ocurridas en la familia de Lavalett, y de la oposicion que hizo el padre Alberto, dispuso el soberano que despues de bendecir á los desposados hubiese un gran banquete, y por la noche baile, al que deberian asistir todas las personas más notables que se hallaban en Malta. Osorio apoyó tal idea; el duque se mostró indiferente; por lo cual, y ante el voto de la mayoría, se resignó el superior trinitario.

Reunidos despues los cinco *invencibles*, pasaron á enterarse del estado en que tenian los sanjuanistas el asunto de Gondi, resultando: que los caballeros, durante la noche anterior, averiguaron la llegada de un buque europeo, del cual acababan de desembarcar una veintena de franceses. Con esta noticia les bastó á los de la íclita; dos horas despues dieron con ellos, los sorprendieron, y habiendo hecho armas contra los sanjuanistas, fueron acuchillados y muertos, defendiéndose mal, pero con tal tenacidad, que hirieron á cinco caballeros, por cuya razon se vieron obligados á concluir con todos. Examinados los pocos papeles que se les hallaron, resultó que eran efectivamente gentes asalariadas por el baron de Retz. No satisfechos con esto, mandaron prender al patron y tripulantes del barco que los condujo, los que declararon: que un personaje francés les habia pagado la travesía de Marsella á Malta y vice-versa; y que el mismo, seguido de veinte hombres, entró en su navío, desembarcando todos en la isla la noche anterior; pero que ignoraban la condicion de los veintiuno, si bien el principal de ellos los mandaba con aspereza y bastante autoridad.

Llevada la tripulacion á la casa donde permanecian los muertos á manos de los caballeros, fueron reconocidos aquellos por el patron y marineros, añadiendo que eran los mismos conducidos en su barco, faltando sólo el que parecia jefe. Los del buque francés volvieron á su prision, encargán-

dose veinte caballeros de buscar en Malta y resto de la isla al que capitaneó á los veinte sicarios.

—Pardiez — exclamó Flaviano — me voy convenciendo que es imposible matar á Gondi; indudablemente se halla protegido por Lucifer, pues sólo así se comprende que no muriera de las heridas que yo le hice, y que haya podido escapar anoche de vuestros aceros. Si lo encontrais — añadió en tono de burla — os ruego se lo entregueis á mi hermano Mendoza, único capaz de acabar con todos los demonios que pueda tener consigo el célebre baron.

—Habiendo quedado él solo — replicó el vizconde de Jana — no debeis molestaros mucho, toda vez que, siendo tan cobarde, no se cuidará de otra cosa que de librarse de nosotros.

En tal estado el asunto de Gondi, lo mismo los *invencibles* que los restantes sanjuanistas, sólo pensaron ya en la boda de Syra y en los espléndidos banquete y baile que disponia el gran maestro.

Pasó tambien aquel día sin que Retz fuese hallado; ni acontecimiento alguno viniera á interrumpir la alegría de los convidados á las próximas funciones.

Alvaro Zalla seguia cada instante más enamorado; hasta sus hermanos le envidiaban la boda que iba á hacer. Tambien la encantadora Syra sentia por momentos más aficion hácia el valeroso capitán que la destinó su *invencible* protector. Aceptó aquel enlace, porque nada podia negar al generoso y noble español que la habia regalado honra, vida y fortuna; pero al sexto día de conocer á Zalla, se disponia á unirse á él sin violencia alguna y casi enamorada. No há mucho dijo á Flaviano, que entre todo lo que le era deudora, nada le agradecía tanto como el esposo que le presentaba.

Y tan satisfecha como dichosa, aceptaba los regalos que le hicieron el soberano, la sobrina de éste y los seis *invencibles*, disponiendo las galas que destinaba para el acto del desposorio, la recepcion y el baile.

Las obras de reparacion de Malta tocaban á su fin, hallándose los isleños tranquilos por el presente y por lo porvenir; sólo suspiraban ahora en la capital los trece mil esclavos turcos y los muchos heridos que, sobre el lecho del dolor, sufrían las consecuencias de las lesiones que recibieron durante las últimas batallas.

Amaneció por fin el venturoso día por que suspiraba Alvaro Zalla, juzgándose el más feliz de los hombres.

Sonaron las doce en el reloj de palacio, y los grandes salones de éste, reformados en lo que permitía el poco tiempo de que pudieron disponer los operarios, fueron llenándose de caballeros sanjuanistas, jefes y oficiales de los tercios españoles, y cruzados de las siete naciones que favorecían la causa del gran maestro. Todos ostentaban sus mejores trajes de corte; algunos honrosas cicatrices, que hablaban bien del valor de aquel que las lucía, y varios la gallardía y gentileza que les era peculiar.

Fueron formándose corros compuestos de compatriotas y amigos, siendo alimento de sus conversaciones la belleza de Syra, la nobleza de Flaviano de Osorio y cuatro compañeros restantes, y el genio del duque del Imperio; si bien en esta ocasion se comentaba más la hermosura de la griega. Es indudable que de no proteger estos amores el jóven poeta, y por consiguiente los seis *invencibles*, le hubiera costado á Alvaro Zalla más de un desafío el aspirar á la mano de su futura; pero no obstante existir en Malta hombres tan valientes como prendados de la nueva cristiana, ninguno se atrevió á arrostrar las consecuencias del enojo de Osorio y de sus restantes hermanos.

El enamorado capitan comprendía esto, y su agradecimiento y admiracion respecto de sus protectores, correspondía á los nobles sentimientos y proceder del mancebo.

Por último, se abrió la gran puerta situada en uno de los extremos del salon principal, y aparecieron las dos Marías en medio del soberano y del príncipe de Italia, yendo en

pos el novio y los seis *invencibles*, y detrás la comitiva y servidumbre del gran maestre.

Syra se presentó con vestido de raso blanco, ciñendo su cintura un cordon de oro, de cuyos extremos pendian dos graciosas borlas. Orlaba su frente una sencilla corona del color del vestido, la cual sujetaba un velo que llevaba echado á la espalda. Dos pulseras, un collar de perlas y unas arracadas salpicadas con algunos brillantes, procedentes de los apresados en la galeota *Sirena*, completaban el sencillo traje de la griega; bien es verdad que no necesitaba adornos para estar arrebatadora. El blanco cútis de sus mejillas tenía un sonrosado, que hubiera hecho pálido y desagradable el de las flores más bellas. Sus ojos negros y rasgados; los ensortijados cabellos que en caprichosas ondas resbalaban sobre la epidermis de sus hombros y espalda; lo perfecto de su faz; el candor de su rostro; el fuego de su mirada; lo esbelto de su talle; sus finos modales, y el conjunto, en fin, de la futura, más hermosa ahora que nunca, arrancaron una exclamacion unánime en los convidados.

Flaviano miraba á sus amigos y sonreia con orgullo, estrechando á la vez la mano de Alvaro Zalla, que llevaba entre las suyas.

En este dia se presentaron los seis *invencibles* luciendo idéntico traje y las mismas bandas de generales; todos iban graves, á excepcion de Osorio, que, segun hemos dicho, no dejaba de sonreir.

Los novios y su régio acompañamiento saludaron á los convidados, y se dirigieron acto continuo á la capilla de palacio, donde se efectuó el enlace. El príncipe de Italia bendijo á los esposos; el soberano y su sobrina fueron padrinos, y el duque del Imperio y Flaviano de Osorio testigos.

Despues recibieron la enhorabuena de cuantas damas y caballeros estaban en el alcázar, retirándose en la forma que habian ido.

Tres horas más tarde se sentaron á la mesa, donde les

esperaba el régio banquete que daban los padrinos á los novios y convidados; faltando únicamente el padre Alberto, que desde há mucho tiempo no asistía á funcion alguna que no fuese puramente religiosa.

A pesar del buen humor de la mayoría de los presentes, no perdió el banquete la gravedad y circunspeccion que le imponía la etiqueta de palacio, dura siempre para los que gustan de alegría y de expansion. En estos *sacrificios* culinarios, los hombres se convierten en autómatas, movidos por el resorte de la etiqueta.

Concluyó aquél, en cuyo instante todos se fueron retirando á sus respectivas habitaciones, despidiéndose hasta las nueve, hora en que daba principio el baile á que estaban convidados.

La boda; la belleza de la desposada; la briosa apostura y la felicidad que rebosaba el semblante del marido; las funciones del día y de la noche, y el inmediato regreso de los españoles, ocupaban ahora á todos los habitantes de Malta. Habia bastado el corto espacio de ocho días para condenar al olvido las terribles batallas que estremecieron la isla y hasta el famoso imperio turco, dejando á la vez de pensar en los muertos y aún en el baron de Retz; pues en verdad que hasta los sanjuanistas encargados de su persecucion abandonaron tal empeño, para poder asistir á la fiesta y ser testigos de la dicha que embargaba á los desposados.

Esa es la condicion humana; continuamente se reemplazan el llanto y el placer, sin que sea obstáculo la distancia que los aleja para que se suceda el uno al otro con pasmosa rapidez. Es un hecho que tales transiciones acortan la vida, formando esto el más terrible martirio con que los seres golpean á cada instante la débil existencia que les sostiene en el mundo.

Así es efectivamente; llega á noticia del hombre un acontecimiento risueño, y excita su buen humor y satisfaccion;

á los pocos minutos recibe una nueva desagradable, y se apodera de su sér la tristeza, el dolor y á veces el llanto; sin perjuicio de volver á reir al poco tiempo con las bromas de un amigo, la alegría de un festin ó los placeres del sarao. La dicha será infinitamente ménos estable que el pesar; pero resultará de todo esto, que bien la debilidad del hombre, la casualidad ó su destino, juegan con él como ligera pelota movida por la fuerza de un gigante.

Los *invencibles*, jefes y oficiales de los tercios españoles, tenían mucho gusto en asistir al baile; pero en honor á la verdad, se cuidaban más de su próximo regreso á la madre patria. Les aguardaban la esposa querida, el padre amado, el inolvidable hijo, los parientes allegados ó los amigos, y un pueblo noble y generoso, que batirá palmas y les arrojará flores en cuanto los vea pisar la playa catalana. Y en verdad que ante tan halagüena esperanza, suponían para ellos bien poco el sarao y los festejos de Malta; por lo que se entretenían en contar los segundos que faltaban para el momento del embarque, consiguiendo así que el tiempo se les hiciera más largo y pesado. Llegó no obstante la hora del baile, y todos se dispusieron á concurrir á él, pretendiendo pasar la noche lo más agradablemente posible.

Por fin sonaron las nueve, abriéndose á la vez los salones de palacio. La escalera estaba cuajada de lacayos; á éstos seguían ujieres, concluyendo aquella extensa hilera varios pajes, que eran los últimos en recibir á las damas y caballeros. La espléndida mansion del gran maestre tenía algo de oriental y mucho de europeo; en la multitud de cuadros que se veían do quier, estaba representada la escuela italiana, como asimismo en las muchas estátuas y bustos que acompañaban á aquellos. La arquitectura y parte de los adornos del palacio eran góticos; los muebles franceses; y las sedas, los tapices y la multitud de tiestos, con árboles y flores, orientales; compitiendo con éstos, en la fragancia que despedían, cien pebeteros esparcidos en cincuenta estancias.

Varias músicas entonaban alegres melodías, y nada echaban allí de ménos los cortesanos y elegantes de Madrid, Roma, París y Lóndres.

Fueron entrando los convidados malteses y extranjeros, y el lujo que ostentaban correspondia al de los salones. Rica pedrería, trajes y galas de los más elegantes y costosos, y cuanto exigia la veleidosa moda de la época, llevaban ellos y ellas, haciendo honor al noble anciano, dueño de aquella morada.

Como la mayor parte eran extranjeros, el género femenino se reducía á solo las maltesas, que eran esbeltas, morenas, graciosas, y un tipo, en fin, entre africano y europeo.

Poco despues salieron los desposados, el gran maestro, su sobrina, los *invencibles* y la comitiva del primero. Era el blanco de todas las miradas la hermosa griega; causaba la admiracion de hombres y mujeres el duque del Imperio; y se constituyeron en reyes de la funcion, primero el finó, cortesano y elegante general Flaviano, y despues sus restantes compañeros; pues hasta Mendoza sabia estar con lucimiento entre los más apuestos caballeros.

Hubo plácemes, enhorabuenas; se prendaron las damas de Osorio y de sus cinco hermanos; se danzó; se hicieron declaraciones amorosas, que fué poco á poco llevándose el viento de la ausencia; se habló por mil, y se aduló por ciento. Y sucedió, por último, lo que en estos grandes saraos, donde todos pretenden lucir, llamar la atencion y sobresalir más que los otros; que si la vanidad humana se presenta en todas partes, en ninguna como en tales reuniones.

Dejémosles que ostenten sus riquezas y adornos, y trasladémonos, áun cuando sea por poco tiempo, al lugar más humilde del palacio, el cual forma notable contraste con los salones del baile.

CAPÍTULO XXXVII.

Los dos trinitarios.—Una sombra.—Gondi.—El lego.—Bondad de un santo.

Era más de media noche. Los acordes ecos de la música y el confuso murmullo de los convidados seguían resonando en los ámbitos del palacio, no obstante lo cual, se hallaba el padre Alberto apoyado en su reclinatorio, orando como de costumbre; mientras su lego, sentado detrás en un viejo sillón de baqueta, tenía en la mano derecha la sarta de gruesas cuentas que componían su rosario. El príncipe de Italia elevaba su tierna voz al Redentor del mundo; mas Pedro sólo había rezado un *Padre nuestro* y cuatro *Ave-Marias* en hora y media, echando entre una y otra un sueño tan tranquilo como su conciencia. La ilimitada confianza que el superior le permitía, era causa de que el buen lego adoptase posturas tan cómodas, que le obligaban á interrumpir á cada momento su rezo, del modo que dejamos indicado.

El padre Alberto concluyó su meditacion, y poniéndose en pié, se acercó al lego, preguntándole:

—Pedro, ¿rezas ó duermes?

Aquél movió la cabeza, miró al príncipe, y levantándose le contestó:

—Perdonad, señor; creo que lo último. La intencion era de rezar; mas...

—Comprendo— le dijo su amo con cariño— tus propósitos son buenos, pero no siempre los realizas. Dios, Nuestro Señor, que es la suma bondad, te perdonará las muchas faltas que sueles cometer; enmiéndate no obstante, hijo mio, que eres ya viejo, y la muerte no debe tardar en avisarte.

—Es verdad, señor; y en castigo voy á rezar, si me lo permitís, tres rosarios.

—Con mucho gusto; me retiro á descansar cuatro horas, recomendándote que no te acuestes hasta que lo haya verificado mi hijo.

—¿Os desnudo?

—¡Siempre la misma pregunta! No.

—Y vos idéntica respuesta. ¿De qué os sirvo entónces?

—De compañero, de amigo. Desde que abandoné el mundo dejé de tener servidores y comodidades. Hasta luego, hijo mio.

El lego besó la mano de su señor, y éste entró en una pequeña alcoba contigua; corrió la cortina y se acostó, despojándose únicamente del hábito y calzado. Pedro entónces apagó las dos velas que ardian al pié de la sagrada imagen, únicas que prestaban luz á aquella estancia, quedando por consiguiente á oscuras. Luégo cogió su rosario y comenzó á rezar para sí, sentado en el sillón de baqueta.

Llevaba diez minutos en tal postura, cuándo le pareció oír el ruido de algunas pisadas cautelosas. Acto continuo abandonó su rezo, se puso en pié, y acercándose luégo á la puerta de la habitacion en que se hallaba, abrió un poco el tapiz y escuchó, fijándose á la vez en el pasillo que tenía enfrente. Nada más oyó; pero á pocos pasos de allí vió la sombra de un hombre que se detenía y quedaba en actitud de espiar lo que hacian los trinitarios. Más tarde percibió el choque de nuevas pisadas cerca de él, parando de pronto. El astuto fraile se tendió en el suelo, alzó el tapiz y observó,

viendo á cuatro pasos de su puerta un hombre bien vestido, pero de mal aspecto, el cual espía efectivamente la habitacion de los trinitarios. Pedro continuó tendido, y el otro escuchando. Ocho minutos más tarde sonrió el espía, volvió la espalda, y andando de puntillas y con la mayor precaucion, siguió avanzando por el pasillo. El lego se levantó tambien, y sin dejar de mirar al desconocido, exclamó: en

—O tú eres Gondi, ó yo no soy pecador.

Y saliendo de allí se alzó los hábitos, caminando en pos del espía. Éste atravesó parte del palacio; y el lego, con más precaucion aún, disimulo y astucia, le fué siguiendo, sin perder de vista un solo instante su sombra.

Por último, el uno se escondió en el hueco que habia entre un gran armario y la pared, y el otro detrás de una puerta.

El baile dado por el gran maestre, en celebridad de la boda que acababa de llevarse á cabo, concluyó á las dos en punto de la noche. Los convidados salian muy complacidos de la bondad y esplendidez del soberano, y las maltesas admiradas de la exquisita galantería y finos modales de los seis *invencibles*, y aún del resto de los españoles. Las heroicidades de aquellos guerreros, sus prodigiosos hechos de valor y la horrible mortandad que hicieron en el ejército turco, presentaban á estos gigantes ante aquellas sensibles y tiernas isleñas, como á hombres sedientos de lucha y exterminio, de ronca voz, bruscos modales y aspecto imponente; pero al verlos tan finos, amables, esbeltos y cariñosos, quedaron agradablemente sorprendidas, sin acertar á creer lo que tanto les halagaba.

Todos fueron retirándose; los unos á descansar, y los otros á preparar los equipajes para su inmediata partida.

Syra y Zalla quedaron hospedados por aquella noche en el palacio del soberano, como igualmente lo estaban los *invencibles* é individuos de la escolta del duque. Éste confirió con sus amigos, dictó despues algunas medidas, y

posteriormente se retiró cada cual á su respectiva alcoba en busca del lecho.

En cuanto al duque del Imperio, seguido de su criado, penetró en el dormitorio, se hizo desnudar; y ya sentado sobre la cama, le dijo al sirviente:

—Lleva ese traje á tu habitacion, uniéndolo á mi equipaje; me traes luégo calzon de punto, bota de ante, gaban de terciopelo y sombrero flamenco; lo dejas en la estancia contigua, y te retiras á descansar.

Así lo verificó Perez; mas concluido que hubo, entró nuevamente en la alcoba de su amo, diciéndole:

—Señor, ya teneis ahí el traje de marcha, quedando guardadas vuestras galas. Si me lo permitís, traeré un colchon, lo tenderé á la puerta de este aposento, y aquí descansaré.

—No—le contestó el duque.—Vete á dormir á tu habitacion.

—Me encargó Pedro...

—Retírate, segun acabo de mandarte.

—Al ménos cerraré por dentro las puertas...

—Tampoco; sería un crimen dudar de la lealtad del soberano de Malta.

—Pueden sus sirvientes...

—Basta; retírate, y deja las puertas como están.

El criado obedeció, saliendo inmediatamente. Cuando Silva se halló solo, aún continuaba sentado sobre el lecho. Conservando esta postura abrió una cajita que llevaba al cuello, pendiente de delgada cadena de oro, oprimió el muelle de aquella, y se presentó á su vista una preciosa miniatura de su madre. Primero la miró con solícito afan, estampando luégo en ella un beso amoroso; volvió el retrato, y se fijó en otro del mismo tamaño, que representaba, con idéntica propiedad que el anterior, á Elvira su esposa. Tambien lo contempló y besó, pero con otro cariño diferente del que demostró á su madre. Despues cerró la preciosa y delgada caja, exclamando:

—Queda junto á mi corazon, sublime talisman; los dos ángeles que representais, ruegan á Dios dia y noche por éste su hijo, y vuestra dulce voz es el escudo que defiende mi vida. ¡El cielo premie vuestro amor hácia mí!

Acto continuo cogió un crucifijo de oro, que tenía siempre cerca de su cama, fijándose en la divina efigie con fervorosa mirada. En este instante movia los labios como su padre, sin articular frase alguna; mas parecia haberse contraído su materia y hasta espiritualizado, asemejándose ahora en forma y devocion al autor de sus dias. Así permaneció media hora, estampando luégo, en el clavo que traspasaba los piés del Redentor, varios besos que humedecía con lágrimas, hijas del amor y de la ternura que brotaban de su alma.

Retiró el crucifijo, apagó la luz que tenía cerca de la cabecera, siendo poco despues presa de tranquilo sueño. Habia dejado fuera del lecho el brazo izquierdo; y al pálido reflejo que llegaba hasta allí, de la lámpara que ardía en el salon contiguo, se distinguia el sonrosado de sus mejillas y el movimiento de sus labios, demostrando continuar su rezo. Y era que soñaba con el último acto que practicó; y aún cuando dormido, seguia elevando al cielo tierna plegaria.

La alcoba de Silva se hallaba situada cerca de la entrada de un saloncito paralelógramo, en cuyo centro ardía, segun hemos dicho, la débil luz de una lámpara de plata. La puerta principal de este aposento, próxima al dormitorio del duque, daba á un pasillo abovedado y de tanta extension, que parecia el claustro de un convento; si bien antes de salir al mencionado pasillo habia una pequeña antesala abierta, y en la que sólo existian una puerta, un armario, cuatro sillones y un farol.

Reinaba en todo el palacio un silencio sepulcral; pues á excepcion de los individuos del cuerpo de guardia que se hallaban en el zaguan del edificio, todos los demás dormian ó aparentaban hacerlo, en vista de su tranquilidad y sosiego.

En este instante sonaron las cuatro en el reloj del alcázar. Casi á la vez, y sin hacer ruido alguno, salió un hombre de entre la pared y el armario que habia en la antesala del duque del Imperio, observando con avidez cuanto tenia en torno.

— Bien — exclamó para sí — me han dejado solo, mas he de bastar para llevar á cabo mi intento. Entre ser yo mandado asesinar por Catalina de Médicis, ó muerto ese español, que el diablo confunda, no queda otro camino que optar por lo último. Valor, no me abandones.

Este hombre llevaba bota de terciopelo carmesí, calzon de punto de seda, sombrero á la española, é iba embozado en un ancho ferreruelo. Era mal encarado; tenia la mirada torva, y á pesar del rico traje que vestia, su rostro no demostraba nobleza alguna.

Cuando se hubo convencido de que nadie le observaba, fijó el oido en el saloncito próximo á la alcoba del duque, cuya puerta estaba entornada, percibiendo clara y distintamente la tranquila respiracion de aquél. Luégo asomó la cabeza y miró. Una sonrisa satánica apareció en sus húmedos labios; sacó un puñal, y levantándolo en alto, tornó á exclamar para sí:

— ¡Este ya es mio! En cuanto á Flaviano de Osorio, será un poco más tarde; pero dudo que no caiga como este.

Y fué á lanzarse en la habitacion, demostrando sus ojos el odio, rencor y veneno que escondia su alma.

En el mismo instante una mano arrugada y callosa cogió el brazo del asesino, sin hacer gran esfuerzo; pero hubo de oprimirle con sus dedos de un modo tan sensible, que el sicario exclamó, mirando de reojo al que lo sujetaba:

— ¡Suelta, lego, que me rompes el brazo!...

Era efectivamente el lego trinitario, que, saliendo de detrás de una puerta próxima, desde cuyo sitio habia espiado al asesino, se echó sobre él en el momento crítico, y un segundo antes del en que debió ser muerto Julio de Silva.



CRUJICA, dib.^a y lit.^a

Lit. de J. DONON, Madrid.

— ¡Suelta, lego, que me rompes el brazo!.....

Pedro corrió su mano derecha á la muñeca del desconocido y se la retorció cruelmente, hasta obligarle á arrojar el puñal. A la vez le oprimió la garganta con la izquierda, golpeó sus corvas con un pié y lo derribó en tierra, fijando la rodilla derecha en el cuello del sorprendido, el cual quedó imposibilitado para oponer resistencia alguna.

—Aun cuando ya voy siendo viejo—exclamó aquél—conservo mis fuerzas antiguas, que, como ves, superan á las tuyas, miserable asesino. ¡Oh! en el ejército del emperador, sólo el general Mendoza me aventajaba en puños. ¡Dime quién eres, ó te ahogo!

—¡Perdon, padre trinitario! Tomad cien escudos de oro que llevo en el bolsillo, y dejadme. Os ofrezco salir de Malta al amanecer.

—¡Expresa tu nombre, ó mueres!

Y le retorció nuevamente las muñecas y apretó más la garganta con la rodilla.

El sicario articuló, con voz que apenas se percibía:

—¡Que me ahogas! ¡ay!...

—¡Habla!

—No, no puedo...

El lego aflojó un poco la rodilla, le retorció más los brazos, y añadió:

—¡Dí tu nombre, ó te estrangulo!

—¡Ay! ¡déjame, por Dios!

Pedro le hizo crujir los huesos de las sangrías; cargó sobre él sus dos rodillas, y sujetándolo en tortura horrible, prosiguió:

—¡O tu nombre ó la vida!

—¡Ah!... ¡déjame!...

—¡Habla, ó mueres!—gritó el lego desesperado.

—Soy... Afloja... Soy... un francés.

—¡Tu nombre!

—Gondi... ¡Que me ahogas!... ¡Suelta, por Dios!...

—¡Gondi!—exclamó el lego con voz que se oyó en todas

las habitaciones del palacio. — ¡A mí la guardia! ¡El asesino Gondi!

Comprendiendo el baron de Retz que aquellos gritos eran el anuncio de su muerte, hizo un esfuerzo sobrehumano, dando tal sacudida, que á no conservar Pedro parte de las hercúleas fuerzas de su juventud, se le hubiera escapado el preso; pero el veterano del ejército imperial podia con Gondi, á pesar de sus muchos años; y haciendo á su vez un esfuerzo mayor que el de aquél, le dislocó los brazos y medio lo ahogó con sus rodillas, dejándolo inútil para intentar otra sacudida. Sin soltarlo, y prohibiéndole hasta la respiracion, siguió gritando:

— ¡A mí los sanjuanistas! ¡El asesino Gondi! ¡En la estancia del duque del Imperio!

Un instante despues contemplaba Julio al baron de Retz y al lego. Seguidamente llegaron algunos individuos de la guardia, los *invencibles*, varios criados de palacio, y últimamente los Zallas, el soberano y todos los que componian la escolta de Silva. Unos se presentaron á medio vestir, y otros con solo las ropas interiores; pero todos iban provistos de espada ó daga.

— ¡Gondi! — exclamó Flaviano.

Pedro lo soltó entónces, mientras Osorio, mirándolo con risa sarcástica, añadió:

— ¡Mendoza, tuyo es, pulverízalo!

El gigante lo cogió de un brazo, y levantándolo en alto, quiso estrellarlo contra el pavimento; mas le contuvo una voz dulce, cariñosa, que le dijo:

— ¡Detente, hijo mio! No asesines á ningun hombre, áun cuando éste sea el mayor criminal.

Rogelio se inclinó ante el príncipe de Italia, que llegaba en aquel instante, y dejó con mucho cuidado en el suelo al cobarde sicario. Este cayó á los piés del superior trinitario, exclamando con voz casi ahogada:

— ¡Por Dios, padre mio, libradme de morir! Ved el estado en que me puso ese terrible lego.

Y le enseñaba las muñecas y garganta amoratadas y vertiendo sangre por algunos sitios.

— ¡Muera!

Gritaron varios sanjuanistas, dirigiéndole las puntas de sus aceros; pero el duque del Imperio se interpuso entre las espadas y Gondi, contestándoles:

— ¡Esconded esas armas, que defiende yo lo que mi padre ampara! ¡Alza del suelo, baron de Retz! —añadió. — Si el principe de Italia lo quiere, perdonado estás.

Cuantos se hallaban presentes inclinaron la cabeza ante la nobleza é hidalguía del hijo y la bondad del padre. El soberano exclamó:

— Duque del Imperio, á ese hombre sólo yo puedo juzgarlo. Prendedlo — prosiguió alzando más la voz — encerradlo en un calabozo, y que mañana sea sentenciado con arreglo á las leyes de Malta.

— ¿Qué decís, padre mio? — preguntó Silva.

— Digo, hijo amado, que el monarca de esta isla está en su derecho. Acatemos su soberana voluntad, si bien accederá á nuestro ruego revocando la pena de muerte, caso de que la merezca y se le imponga á ese desgraciado.

— Salvaré su vida — dijo Lavalett — pero quedará inútil para que en lo sucesivo pretenda asesinar á otro.

— ¿No teméis — le preguntó el duque — las iras de Catalina de Médicis?

— En el momento de sentenciar á un reo, sólo me infunde miedo la equivocacion que pudiera cometer; despues de firmar la sentencia, sólo temo á Dios que me ha de pedir cuenta de todos los actos de mi vida; sin que en tales momentos recuerde para nada el poder ó grandeza de los hombres.

— Pensamientos dignos de vos, fuerte y justiciero anciano — replicó el duque.

— Lleváoslo, repito — dijo Lavalett. — Obligadle á declarar quién ó quiénes han favorecido su intento en mi casa; pren-

dedlos en el acto; que se reuna el consejo; que falle, y con la brevedad posible que me presenten la sentencia.

Gondi salió entre varios guardias, seguido de cuatro sanjuanistas. Llevaba la frente inclinada al pecho, ensangrentada la piel, y sufría agudos dolores. No obstante deberle la vida al superior trinitario, ni osó mirarlo al partir de aquel sitio.

—Julio— exclamó el padre Alberto— hace cuarenta y cuatro años que á esta misma hora, poco más ó ménos, me salvó la existencia Pedro, de un modo idéntico al que acaba de hacerlo contigo. Su lealtad, valor y sagacidad, merecen, señores, la admiracion de cuantos le conocemos.

Expresadas estas frases, abrazaron Julio, los cinco *inven-cibles* restantes, los Zallas y la mayor parte de los que estaban presentes, al famoso lego de fuerzas tan colosales, sin embargo de sus sesenta y seis años de edad. Al estrecharle Osorio, le dijo al oído:

—¿Por qué no lo has muerto? ¡Siempre has de hacer las cosas á medias!

—Los hábitos, señor, los hábitos— repuso fuerte el lego.— Mis buenos tiempos acabaron al envolverme en estameña.

Los presentes debieron comprender lo que no habian oído, pues la mayor parte sonrieron al escuchar las anteriores palabras.

Algo más tarde todos estrecharon á Julio, retirándose nuevamente á descansar. Silva se acostó tambien, imperando otra vez el silencio en la augusta morada del gran maestre de la órden de San Juan.

Indudablemente la Providencia velaba por la vida del hijo del santo; siendo, como comprenderán nuestros lectores, casi un milagro el que no hubiera perecido aquella noche.

Lavalett encargó el mayor secreto respecto del acontecimiento que acababa de tener lugar, cumpliendo luégo fielmente la solemne palabra que empeñó. Gondi fué indultado de la última pena; pero quedó inútil para atentar contra la

vida de ninguno de los *invencibles*. Hasta le permitieron regresar á Francia; continuó cerca de Catalina de Médicis; mas persuadida ésta de que el baron hizo todo lo posible por obedecerla, habiendo salvado su existencia dos veces por casualidad, no volvió á hablarle más del duque; sirviéndose de él, no obstante, para otras intrigas y amaños análogos, de los que gustaba mucho tan terrible señora.

Gondi debió la libertad que le concedió el gran maestro, á una declaracion hecha espontáneamente delante de todos los cruzados, sus compatriotas, en la que confesaba su delito; añadiendo, que juraba solemnemente no atentar otra vez contra ninguno de los *invencibles*, mereciendo el desprecio y baldon de todos los nacidos, si faltaba á su promesa. Varios cruzados franceses, amigos del duque, juraron tambien matarle, si algun dia olvidaba lo que concluia de firmar.

A la mañana siguiente aparecieron veinte navios de la escuadra maítesa, dispuestos á conducir á los españoles al puerto de Barcelona. Desde muy temprano comenzaron á trasladar cañones, equipajes, tiendas y cuanto llevaron los tercios que tan valerosamente defendieron la isla. A las once de la mañana terminó el embarque de efectos, y esto continuó empezó el de la tropa.

El pueblo de Malta sentió en tropel al gran jefe, rodeando y desfilando con el mayor entusiasmo á aquellos valerosos soldados, que habían regado los campos con su sangre y asustado al mundo con su denuedo. Los nobles y los plebeyos, los hombres y las mujeres, todos acudieron a la orilla del mar, vistiendo la mayor parte abundantes ligaduras, hijas del agradecimiento y de la admiracion que sentían hacia aquellos rostros curtidos y marcados en general con hermosas cicatrices.

A las doce había terminado el embarque de la tropa; en cuyo instante escucharon los oficiales y jefes cogidos del brazo, de dos en dos, con sus sombreros en la mano, salu-

CAPÍTULO XXXVIII.

Despedida.—Embarque.—Las costas de la madre patria.—Recibimiento.

A la mañana siguiente aparecieron veinte navíos de la escuadra maltesa, dispuestos á conducir á los españoles al puerto de Barcelona. Desde muy temprano comenzaron á trasladar cañones, equipajes, tiendas y cuanto llevaron los tercios que tan valerosamente defendieron la isla. A las once de la mañana terminó el embarque de efectos, y acto continuo empezó el de la tropa.

El pueblo de Malta acudió en tropel al gran muelle, saludando y despidiendo con el mayor entusiasmo á aquellos valerosos soldados, que habian regado los campos con su sangre y asustado al mundo con su denuedo. Los nobles y los plebeyos, los hombres y las mujeres, todos acudieron á la orilla del mar, vertiendo la mayor parte abundantes lágrimas, hijas del agradecimiento y de la admiracion que sentian hácia aquellos rostros curtidos y marcados en general con honrosas cicatrices.

A las doce habia terminado el embarque de la tropa; en cuyo instante asomaron los oficiales y jefes cogidos del brazo, de dos en dos, con sus sombreros en la mano, salu-

dando al pueblo que tan bizarramente habian legado una independencia que difícilmente podria arrancarles ya el bárbaro de Oriente. Las damas y caballeros les alargaban las manos en el muelle, y las masas los victoreaban con ardimiento.

A la una quedaban llenos los veinte navíos, con los jefes, oficiales, los heridos que estuvieron en disposicion de partir, la tropa y cuantos efectos llevaron de España y Francia. Faltaban sólo el príncipe de Italia, los seis generales y la comitiva de éstos; para los cuales esperaba anclado cerca del muelle un buque de grandes dimensiones, seguro, y el que encerraba cuantas comodidades eran conocidas entónces.

Desde por la mañana estaban reunidos los *invencibles* en el despacho del duque, hablando del acontecimiento que tuvo lugar poco ántes; siendo elogiadas, como merecian, la fuerza que aún conservaba el lego, y su innegable astucia y disimulo. Luégo, recibieron al patron del sparonaro, que les trajo el correo de España, y aumentaron la alegría de los presentes las cartas que acababan de recibir de sus familias. Osorio entregó al valeroso Roch cinco mil ducados en oro, y el duque le dijo:

—Intrépido marino, un hombre de vuestro temple de alma y talento, no debe seguir perteneciendo á la marina mercante ó aventurera; venid con nosotros á Madrid; los presentaré al rey, y entrareis al servicio de la escuadra española. Entre tanto podeis embarcaros en el mismo navío que nos ha de conducir á nosotros; llegareis á la córte á nuestro lado, y os alojaré en mi palacio.

—Señor—le contestó el valiente catalán—no merezco tanta distincion, tanta honra, ni esa dádiva tan espléndida.

—¿No os violentais siguiéndonos á Madrid?

—Antes al contrario, veo realizado el pensamiento por el cual suspiré há muchos años.

—Entónces, estrechad mi mano, amigo mio, y esperadme en el buque. Tomad esos mil ducados; se los regalais al

capitan del sparonaro, para él y su tripulacion; diciéndole de mi parte, que puede marchar cuando guste, pues ya no lo necesitamos.

Los seis estrecharon la callosa mano del modesto marino; éste recogió su oro y el de su antiguo jefe, partiendo de allí con los ojos húmedos.

Poco despues le avisaron que el soberano esperaba en el comedor, con las dos Marías y Alvaro Zalla; acudieron, sentándose á la mesa, donde les fué servido un abundante almuerzo.

El padre Alberto comió en su celda, segun costumbre, un pedazo de pan y un trozo pequeño de carne asada.

La comitiva del duque almorzaba á la vez en una estancia contigua.

Concluido este acto, quedaron de sobremesa Lavalett y sus elevados amigos; hablaron largamente sobre la guerra que concluía, recibiendo por último el gran maestre el pos-trer consejo del héroe Silva, relativo á la administracion de Malta y á las reformas que debia introducir en las fortificaciones y cuerpos militares de la isla.

De este modo trascurrieron tres horas, en cuyo instante entró el capitan Solís, el cual dijo al duque:

— Señor, queda el embarque terminado, y un buque de buenas condiciones os espera. El viento es flojo, mas no impide emprender la marcha cuando lo tengais á bien.

— ¡A España, amigos míos! — exclamó el duque levantándose. — Ya era tiempo de que llegara tan feliz instante.

Un cuarto de hora despues se hallaban los *invencibles*, el príncipe de Italia, Syra y la comitiva de aquellos en el gran salon de palacio, acompañados del soberano y su sobrina, de todos los sanjuanistas que no estaban de servicio, de la mayor parte de los cruzados, y de las personas distinguidas de la poblacion.

Silva fué á abrazar á los que le rodeaban, oyéndose una voz unánime, que dijo:

—¡En el muelle, en el muelle!

Esta idea fué expresada por todos, desde el soberano hasta el último cruzado; visto lo cual por el duque, se resignó á que les acompañasen al sitio indicado.

Salieron, pues, yendo delante los servidores de los *invencibles*, el lego y los pajes de Julio; en pos los individuos de la comitiva, y luego seguían los generales, el soberano, las damas, los sanjuanistas y los cruzados, revueltos, sin orden, y la mayor parte demostrando el gran sentimiento que les causaba tan triste y larga separación. Los malteses que obstruían el paso desde el palacio hasta el muelle, al verlos llegar, abrieron calle, y con las gorras y sombreros en la mano los saludaban, quedando tristes y pesarosos. Aquel silencio era hijo de la honda pena que sentían al verse abandonados de sus invencibles defensores.

De este modo atravesaron las calles que les separaban del puerto, llegando por fin á éste, en el cual les aguardaban multitud de damas y caballeros, que ansiaban verlos antes de partir.

Renunciamos á describir la ternura y afecto que reinó durante la última despedida. Abrazos, suspiros, sentimiento, lágrimas y cuanto era posible esperar de los nobles malteses, todo eso vieron los *invencibles* en aquellos que les daban el postrimer adios. Ya en los botes, partieron éstos, mientras que diez mil pañuelos se agitaban en el aire en señal de nueva despedida.

Poco después subieron al navío almirante, el cual iba mandado, como el resto de la escuadra, por el mejor general que tenía la orden de San Juan. Este tomó la vénia del duque, y un cuarto de hora más tarde viraron los buques á Occidente, comenzando á surcar inmediatamente las aguas del Mediterráneo.

Los diez mil pañuelos del puerto volvieron á agitarse, siendo contestados por otros que se movían en las veintiuna embarcaciones. A la vez comenzaron á hacer salvas las ba-

terías de la plaza, ahogando el estampido del cañon las voces que se alzaban, dando otro adios á los que partian de la hospitalaria isla.

El gran maestre, su sobrina y comitiva, se retiraron con los ojos húmedos; pero los restantes quedaron en los muelles viendo las naves, que, impulsadas por remos y por el viento que chocaba en el velámen de cada una, iban desapareciendo hasta convertirse en blancas palomas esparcidas sobre el agua, volando en una misma direccion. Luégo no se distinguió otra cosa que algunos puntos movibles que se perdian de vista, volvian á reaparecer, hasta que dejaron de percibirse por completo. Entónces los malteses se retiraron á sus palacios y casas, tristes, cabizbajos y como si les faltase un objeto querido. ¡Cuántas y cuántas isleñas de las que asistieron al baile suspiraban ahora, no sólo por los invencibles defensores de su pequeña patria, si que tambien al recordar que no tornarian á ver la bizarria, gentileza, donaire, atencion y cortesania igual á la de aquellos seres que tanto admiraron en los salones de Lavalett. Si el buen Flaviano hubiera llegado soltero á la isla de Malta, es indudable que en los diez dias que permanecieron en ella, despues de la última batalla, dejaria más de una dama enamorada; más de cuatro galanes burlados ó muertos, si no tenian la prudencia necesaria ó la abnegacion de ceder la novia al terrible galanteador. Casado y todo, echaban de ménos su belleza y exquisitos modales muchas mujeres de las más elevadas que pisaban las alfombras del soberano.

Aun cuando la conducta observada por los tercios castellanos, durante el sitio de Malta, merecia los capítulos que le hemos dedicado, debemos ya abandonar esta isla, para ocuparnos de acontecimientos no ménos interesantes ocurridos en nuestra patria y sus lejanas posesiones.

El buque en que iban los *invencibles* estaba servido por caballeros de la órden de San Juan. Los de derecho dirigian la nave bajo las inmediatas órdenes de su entendido general,

y los de gracia hacian de grumetes, remeros y demás tripulantes. Era el último obsequio que los de la ínclita tributaban á sus admirados defensores. El duque y sus compañeros veian con pena remar, desliar las velas, subir y bajar por los palos á cincuenta caballeros de gracia, lujosamente vestidos, llenos de cicatrices honrosas, y tan hábiles en la guerra como hospitalarios en la ciudad. Quiso que algunos individuos de su escolta y la servidumbre de sus amigos y suya les ayudase; mas no lo consintieron el general ni ninguno de los de la orden, alegando, que así estaba dispuesto por el gran maestro, siéndoles imposible desobedecerle; verificándolo ellos, por otra parte, con extraordinario placer. Y en verdad que todos los buques iban bien servidos, pero ninguno como el navío almirante.

Llevarian diez millas andadas; el sol descendia á su ocaso; el viento comenzó á refrescar, y las naves á surcar el agua con bastante rapidez.

Llegó la noche, y entónces dejaron los pasajeros la cubierta para bajar á la gran cámara, donde les fué servida una abundante comida que hacia á la vez de cena. Iban todos muy contentos, y hasta el príncipe de Italia parecía satisfecho. En cuanto á Syra, se creia la mujer más dichosa del mundo: llevaba á su izquierda una doncella; á la derecha su esposo, y continuamente hablaba en griego con Osorio, el duque, cuatro restantes *invencibles* y hasta con el padre Alberto. La hermosa jóven tenía talento, y debatía con los siete. Recordaba á cada instante su horrible prision en una de las galeotas de Mustafá, y asomaba á sus finos labios placentera sonrisa que permitia ver las dos hileras de sus pequeños, iguales y blanquísimos dientes. El vizconde de Jana decia á Alvaro Zalla:

—Pardiez, que si un dia expusisteis la vida por nosotros, bien os ha recompensado mi hermano Osorio; pues una mujer de más talento y belleza, difícilmente se encontrará en el mundo.

El agradecido jóven no hallaba nada que contestar; pero en cambio le cogia la mano á Navarro, se la estrechaba, besándola con respeto y cariño.

Terminada la comida quedaron en tertulia algunas horas, á excepcion del duque, el cual, reunido sobre cubierta con Roch, el general de marina y varios sanjuanistas, contemplaba el espacio y los puntos luminosos que le ofrecian los veinte navíos que trasportaban á sus tercios, cañones, utensilios y equipo.

La noche continuaba fresca y serena; reinaba un viento Levante que rizaba la negra superficie del Mediterráneo, chocaba en las velas, é impelia los barcos hácia la isla de Cerdeña, por frente de la cual debian pasar al dia siguiente, si continuaba favoreciéndoles el temporal.

Silva, unido al almirante sanjuanista, promovió un acalorado debate con el marino catalan, el que volvió á demostrar á Julio que sabía tanto como el más práctico é inteligente marino, llenando de admiracion al general de la ínclita, el cual exclamó, terminada la cuestion:

— Creí que nadie me aventajaba en náutica de cuantos vienen en este navío; pero me he equivocado, señor Roch; y por Dios que me alegro, pues así podré disfrutar un poco más de la compañía del duque y de la de su padre y amigos.

E inmediatamente le encargó la direccion del navío para cuando él no estuviese sobre cubierta, dando la orden de que fuese obedecido en lo que dispusiera. Roch se negó al principio; pero el duque le obligó á aceptar aquella honra, añadiendo:

— Obedeced, amigo mio, que bien merecis tal distincion.

— Señor, ¿he de mandar á esos caballeros?...

— Sí, mi valiente patron; vuestro genio marítimo es verdaderamente un brillante que yo hallé en medio del mar, y cuya luz puede guiar al más escrupuloso.

El almirante y Julio bajaron á la gran cámara, oyendo largo rato un discurso del principe de Italia, en el que de-

mostró las consecuencias funestas de entregarse el hombre en brazos de pasiones bastardas. Segun se acercaba el venerable anciano al postrer instante de su vida, aumentaba su lógica y parecia más clara la luz de su entendimiento. Há nueve dias sospechó su hijo que se aproximaba al borde del sepulcro el noble profeso; pero en aquel momento sólo el trinitario sabía que eran contados los dias que le quedaban de existencia. El santo presentia su muerte, aguardándola más risueño y satisfecho que lo estuvo hasta entónces. Se hallaba en el último estribo del puente de la vida; habia salvado el abismo, y sólo le faltaba un paso para penetrar en el Paraíso.

Luégo que concluyó su brillante discurso el eminente sacerdote, todos se fueron retirando á sus estrechos é incómodos camarotes, donde durmieron á ratos, gozando á intervalos del dulce columpio que el pequeño oleaje les proporcionaba.

De este modo pasó aquella noche, hallándose al siguiente dia frente á las costas de Cerdeña, y á la tarde del inmediato pudieron ver el golfo de Lion. Continuaba favoreciéndoles el viento, el cual proporcionaba á los barcos que corriesen mucho, si bien no tanto como abarcaba el deseo de los pasajeros.

Los veintiun navíos seguian idéntica direccion, llevando el mismo órden que al salir de Malta. El servicio de los sanjuanistas era inmejorable.

Por último, en la madrugada del quinto dia dieron vista á las altas montañas que dividen los reinos de España y Francia; y despues que el sol hubo abrillantado la superficie del Mediterráneo, distinguieron claramente las costas de la madre patria. Generales, jefes, oficiales y soldados se hallaban apiñados sobre las cubiertas de los veintiun navíos, y todos, sin excepcion alguna, exhalaron un grito de alegría. Los elevados montes de nuestro país y las altas torres de los templos catalanes, atraian con sus mágicos encantos á los individuos de los tercios.

Los sanjuanistas comprendieron lo que expresaba aquel grito de placer, y por orden del almirante dirigieron su rumbo aproximándose en lo posible á las costas de España.

Habian pasado por frente de Perpiñan, y en este momento doblaban el cabo de Creus. La campana les llamaba á almorzar, pero ninguno quiso abandonar la cubierta, enclavados al parecer en ella. Desde allí contemplaban los valles de Gerona; distinguian sus rios, y en tal instante conceptuaban un paraíso el panorama que tenian delante. El rio Fluviá, el Ter, los bosques y campos que los dividen, y cuanto se presentaba á sus ojos, creian hallarlo más encantador de lo que era en sí. Atravesaron el golfo de Rosas, y frente á Figueras y al Ampurdan oyeron por segunda vez la campana, no obedeciendo tampoco á este nuevo llamamiento.

Diez minutos despues sonó la tercera, y entónces dejaron la cubierta para probar el almuerzo y volver á contemplar las costas de nuestra bella España.

Así cruzaron por delante de Gerona, aumentando cada instante su alegría, ansiosos de distinguir la populosa y extensa ciudad de Barcelona; mas cesó el aire; al Levante que les habia favorecido hasta entónces reemplazó la calma, viéndose obligados á continuar á fuerza de remo.

Apenas durmieron más que lo puramente indispensable durante la noche que siguió á aquel dia de dicha y expansion; pero al asomar la aurora, fueron despertados por las salvas que mutuamente se hicieron la escuadra y la plaza. El grito de la mañana anterior se repitió con más entusiasmo, si cabe, llenándose las cubiertas de los buques con todos los pasajeros que conducian. Se hallaban frente á Barcelona, donde debian desembarcar.

Llegó la sanidad, y seguidamente volvió al puerto, enterando al gobernador de quiénes eran los que venian en la escuadra sanjuanista.

Media hora despues saludaban á los tercios españoles

nuevas salvas; el puerto se cubrió de lanchas, y las primeras autoridades volaron en busca del príncipe de Italia y de los *invencibles*.

En este momento comenzó en los buques otra escena tan tierna como la habida en el puerto de Malta. Los sanjuanistas tenían orden de regresar á la isla en el momento que desembarcaran los españoles; por cuya razon no quisieron saltar á tierra, efectuando allí la despedida de sus valerosos defensores, para ayudar al desembarque y virar acto continuo hácia Malta. Unos y otros se estrecharon tiernamente, pasando á los botes de las autoridades catalanas el príncipe de Italia, su hijo, los cinco *invencibles* restantes, María, Roch y la comitiva de aquellos; todos los que fueron hospedados en el palacio del gobernador.

Corrió la noticia de este arribo por la capital del principado, y el noble pueblo barcelonés se dirigió al muelle, recibiendo con los brazos abiertos á sus hermanos, que venian de combatir y de elevar la patria comun.

La tropa fué alojada, y á la verdad que no hubo necesidad de hacer uso de la antigua boleta, disputándose los paisanos el llevar á su casa alguno ó algunos de los que tanto acababan de enaltecer el nombre de España.

El desembarque quedó concluido despues de mediodía, en cuyo instante regresó á Malta la escuadra sanjuanista.

El duque del Imperio y los que le acompañaban fueron obsequiados dignamente por las autoridades y los hijos de Barcelona; no obstante lo cual, dispuso éste su marcha para la mañana siguiente. Allí encontró á uno de sus mayordomos, que le esperaba há tiempo con una de sus carrozas, caballos y bagajes; esto complació mucho á Julio, pues le facilitaba el poder continuar su marcha con la comodidad para su padre y la brevedad para todos que él deseaba. Sin pérdida de tiempo partió el mayordomo hácia Madrid, conduciendo el equipaje y tesoro de los *invencibles*, seguido de varios oficiales de los que componian la comitiva de Silva.

Éste hizo entrega, á las autoridades de Barcelona, de los tercios, cañones y efectos pertenecientes á la guerra, y al ejército; y luego descansó para emprender de nuevo su marcha.

Por la noche se iluminó la populosa ciudad; diez músicas felicitaron á los vencedores hasta cerca de la media noche, en que éstos buscaron el lecho. Y el pueblo catalán, después de haberles victoreado por espacio de algunas horas, fué poco á poco ausentándose, quedando la capital presa de tranquilo silencio.

Ya están en su patria los seis primeros caudillos de la nación. Vienen más elevados que fueron; con sus últimos hechos de armas han acabado de asombrar al mundo, y no hay un solo español de nobles sentimientos que no los admire, respete y ensalce. El ejército mira en ellos la gloria que parece ser patrimonio de sus espadas, la flor que ostenta y señala á Europa con orgullo y placer. Y el pueblo ve seis gigantes, dispuestos siempre á sacrificarse por España; á velar por los desgraciados, y á proteger todo lo que sea grande y justo.

La muerte, la traicion y la infamia respetaron sus vidas; y llenos de gloria, elogiados, temidos y con un presente halagüeño, parece que al volver á ocupar el lecho nupcial, abandonado por ellos á las pocas horas de descansar en él, todo les va á sonreír, todo les ha de favorecer. ¿Quién se atrevería á atentar contra los vencedores de Dreux, Cambray y Malta? ¿No ganaron batallas difficilísimas? ¿No echaron á la ambiciosa Turquía del primer fuerte de Europa, donde fijó su altiva planta, ansiosa de extenderse por los pueblos más civilizados del mundo? Los seis generales han prestado un servicio portentoso á la cristiandad, venciendo con heroísmo á los protestantes de Francia y de Alemania; y más grande aún á los pueblos europeos, que les han asegurado una independendencia terriblemente amenazada por el coloso de Oriente. Les admira el mundo; son queridos y respetados por los españoles, y les sonríe la suerte.

Hé ahí la condicion humana: cuando parece que sólo les resta gozar de sus triunfos, se abrirán sus párpados para derramar un torrente de lágrimas. No envidiadlos; van á ser más desgraciados que el mísero y andrajoso pordiosero, que mendiga de puerta en puerta el alimento necesario á su precaria existencia. Habitan un valle de dolor, y el fango que pisamos no se esconde á los chicos ni á los grandes. La desgracia humana está impregnada en el aliento vital, y éste reside lo mismo en los ricos que en los pobres.

Compadece los; al tercer día de estar al lado de sus castas y bellísimas esposas, no comerán por falta de apetito; no podrán dormir por haberles abandonado el sueño; se habrán olvidado de los triunfos, gloria y aura popular que les halagaba; les causarán hastío sus espléndidos salones, riquezas, gerarquía, títulos y honores. ¡Compadece los!... pero no, que cada cual tiene en su casa la suficiente amargura para poder olvidarse, sin remordimiento alguno, de la que aflige á los grandes de la tierra.

Los seguiremos á Madrid; y ya que presenciemos los triunfos, contemplaremos sus desgracias, y luégo nuevos hechos que volverán á llenarnos de asombro: son aún muy jóvenes, y les queda bastante que sufrir y algo que hacer entre esa sociedad que hoy les adula y mañana se olvidará de ellos, siguiendo su inveterada costumbre de legar á la historia el recuerdo de los héroes.

CAPITULO XXXIX.

Regreso á la corte.—Las cuatro esposas.—El rey prudente.—El rey severo.

Al ser de día esperaban á la puerta del palacio del gobernador una carroza y treinta y seis caballos, llevados allí desde Madrid para el servicio del duque del Imperio, perteneciente todo á sus caballerizas.

Con objeto de evitar al pueblo de Barcelona las molestias consiguientes á la despedida que pensaban hacer en el presente dia al duque, dispuso éste salir inmediatamente, siendo poco más de las cinco de la mañana cuando lo verificaron.

Alberto de Silva y su lego ocupaban un lado de la carroza, y María y la doncella el otro. Los *invencibles* estrecharon á la primera autoridad del principado, y montando á caballo, partieron en la forma siguiente: delante iban dos criados, el del duque y el de Flaviano, que hacian de correos; detrás el carruaje que conducia á los cuatro individuos citados; rodeaban aquél los seis *invencibles*; en pos marchaban los tres Zallas, Roch y hasta veinte oficiales de la comitiva de Silva; y seguian los cuatro sirvientes de Odon, Rogelio, Roberto y Mauro. A excepcion de la servidumbre, vestian todos calzon de punto, bota de ante, gabanes de pieles y chambergos, con prohibicion expresa del duque de no des-

cubrirse á nadie, guardando al efecto el más riguroso incógnito; á cuyo fin no ostentaban insignia alguna que los pudiera vender.

El mayordomo de Julio dejó caballos apostados para mudar tiros hasta llegar á Madrid, lo cual les facilitaba el poder caminar con alguna rapidez, si bien no con tanta como deseaban, por aquello de que nuestras carreteras vienen estando intransitables desde muy antiguo. De este modo llegaron á San Feliu, Molins de Rey, deteniéndose á almorzar en San Andreu de la Barca, permaneciendo allí dos horas. Continuaron su marcha atravesando Martorell, Abrera, Esparraguera, Font del Cadul, donde pararon nuevamente para comer y descansar seis horas.

Llevaban andadas más de doce leguas; y como nadie los reconoció, consiguieron avanzar cuanto era posible en aquellos tiempos, en que las carrozas eran tan pesadas y los caminos peores que en el día.

Entraron en Cadul á las ocho de la noche, y á las nueve y media todos estaban en cama. Los despertaron á las cuatro, y una hora más tarde emprendieron de nuevo su ruta. Almorzaron en Panadella, y fueron á comer á Villagrasa; siguiendo así el resto del camino hasta aproximarse á Madrid, no siendo descubiertos por nadie, y sin que se atreviese ninguno á detenerlos ni á estorbarles su ligera marcha.

Los caballos del carruaje los mudaban cada seis leguas, y los de los jinetes los cambiaron en Zaragoza. Emplearon no obstante cerca de ocho días en este viaje; y es seguro que, de no acompañar á los individuos que conducía la carroza, habrían llegado en ménos de cuatro.

En Tárrega alcanzaron á los que custodiaban su equipo, armas y dinero; encargándoles Julio que anduviesen con la celeridad posible.

Era el octavo día de marcha; á las once de la mañana hicieron un almuerzo-comida en Guadalajara, y á las doce salieron para Madrid.

El rey, sus esposas y familias sabian el término de la guerra de Malta, y que estaban en camino para la corte; mas ignoraban el momento de su llegada, lo cual les ocultó el duque, por la misma causa que le obligaba á guardar tan riguroso incógnito; esto es, para no ser molestado con aplausos y vítores que no eran de su agrado.

Cerca de las ocho de la noche, y á la luz de la pálida luna, distinguieron el informe monton de torres, palacios y casas que constituian entónces la régia villa. Poco despues llegaron á la puerta de Guadalajara y se dieron á conocer, sin cuyo requisito no les hubieran permitido la entrada á aquella hora. El jefe de la guardia quiso gritar; pero Silva se lo prohibió, diciéndole:

—Callad, insensato; deseamos entrar en mi palacio sin ser reconocidos.

El cochero golpeó á los caballos; éstos partieron con la rapidez posible, y los treinta y cuatro se dirigieron á la calle de Atocha, penetrando despues, revueltos y con el corazon latiendo de alegría, en el ancho zaguan de un extenso y hermoso palacio, unido á Levante con el convento de trinitarios. La guardia que existia en dicho edificio no tuvo tiempo para formar; pero uno de sus soldados reconoció al momento á los *invencibles*, gritando:

—¡El señor duque del Imperio!

—¡El duque, el duque!—repetieron todos los que habitaban en el alcázar.

—¡Los *invencibles*!—exclamaron los transeúntes, y poco despues corrió esta voz por las calles, plazas, palacios y casas de Madrid.

Dos minutos más tarde formaban un solo grupo, en el vestibulo de la escalera principal, los seis guerreros, el padre Alberto, las esposas de Julio, Mauro, Rogelio y Flaviano; los generales conde de Santomera, de Arahál y marqués de Abella; sus familias, y la madre y dos hermanos menores de Nuñez de Lara. Aquella apiñada masa se movia

y cambiaba, humedeciendo el mármol del pavimento con las lágrimas que vertían sus ojos.

— ¡Padre! ¡Hijo! ¡Esposo! ¡Hermano! — exclamaban continuamente, bendecían á Dios, y el llanto ahogaba sus voces, siguiendo á éstas un silencio que expresaba más que las palabras.

Cuatro ancianos, cuatro damas, otras tantas jóvenes, los *invencibles*, dos niños y algunos más apiñados, lloraban de alegría, de placer, de inefable dicha. Abrazados todos, permanecieron así cinco minutos, en cuyo instante, desprendiéndose Julio de Elvira su esposa, y del general Navarro, su abuelo adoptivo, se dirigió á la carroza, dió la mano á Syra, y acercándose al grupo, exclamó:

— Os presento á María Juana Osorio de Zalla, esposa del capitán Alvaro. Flaviano os contará luégo su historia, que es interesante; pero entre tanto, aceptadla como amiga, y dadle vuestro aprecio y morada; esta última, mientras su marido no halle habitación. Es rica, la ennoblece su virtud, la honra el nombre y gloriosos hechos de su esposo, y puede continuar á vuestro lado.

Estas sencillas explicaciones bastaron para que Syra fuese estrechada por las esposas y familias de los *invencibles*.

Acto continuo subieron todos á una de las cámaras principales del palacio, llevando á la griega en medio.

Cuarenta criados retiraron la carroza y cogieron del diestro los caballos, mientras parte de ellos aposentaban á Roch, á los tres Zallas y á los demás individuos de la comitiva.

La guardia quedó formada en vista de la multitud que se agolpaba al zaguan, preguntando por el padre Alberto y por los *invencibles*.

Las calles se iluminaron; corrió en tropel el pueblo á saludar á sus ídolos, y la mayor parte de los músicos de la corte acudieron espontáneamente al pié del palacio, entonando dulces melodías, cuyos ecos se mezclaban y confundían con los vítores de las masas.

La calle de Atocha se cubrió de gente, llegando poco después multitud de carrozas con damas y caballeros, que pasaban á saludar á sus parientes ó amigos, los seis caudillos españoles.

Los grandes salones del duque del Imperio se fueron poco á poco llenando con los que venían á saludarle; pero aquél cambió con su esposa unas cuantas frases, y uniéndose á su padre, que ya le esperaba, entraron en el paralelógramo del primero, que comunicaba por una puerta secreta con el convento de la Trinidad. Allí se detuvieron, preguntando Alberto á su hijo:

—¿Vas á palacio?

—Sí.

—No pierdas momento. El rey sabrá ya que has regresado, y con razon te echará de ménos.

—¿Y vos, padre mio, os sentís bien?

—Sí.

—¿Qué vais á hacer ahora?

—¿No oyes el rumor? Mi pobre comunidad me aguarda, y corro á estrecharlos.

Padre é hijo se despidieron; el primero tocó un resorte, y retirándose un espejo le dió paso á su estrecha celda, donde le esperaban efectivamente todos los individuos de la orden de trinitarios residentes en Madrid.

El duque cerró la puerta secreta, cambió de traje, tomó una capa de grana, y tapándose el rostro con el embozo y ala de su chambergo, salió por un postigo del palacio, dirigiéndose aceleradamente al real alcázar, huyendo de la multitud por calles estrechas y desiertas, consiguiendo llegar sin ser reconocido.

Pronto lo echaron de ménos en los salones que abandonaba; pero su bella y entendida esposa disculpó al padre y al hijo, dando por pretexto que se habían visto obligados á partir sin despedirse de nadie, apremiados por la necesidad de evacuar al momento una mision importante.

Satisfechos los concurrentes con estas explicaciones, continuaron hablando con los restantes *invencibles*, sus esposas y familias.

Sigamos al duque. Éste llegó al alcázar de Felipe II, se quitó el embozo, y presentando su banda de general, le dejaron entrar hasta la cámara, donde fué felicitado por los cortesanos que allí habia. Era primo del severo monarca; y, como de costumbre, comenzaron á dirigirle un diluvio de adulaciones, que el modesto guerrero cortó con las siguientes frases:

—¿No decís que me aguarda S. M.? Pues yo los ruego no hagais esperar á vuestro rey.

—Al momento, señor, al momento.

Y se precipitaron de un modo tan...

El duque dejó la capa de grana y sombrero sobre un taburete; y oyendo que podia pasar, entró en el despacho de Felipe II. Este se hallaba frente á la puerta, apoyado en la mesa donde trabajaba, cuando le anunciaron la llegada de Silva. Al ver á su primo anduvo dos pasos, contra su costumbre, saliéndole al encuentro con los brazos abiertos.

Julio fué á doblar la rodilla; pero Felipe le contuvo, diciendo:

—Eso no; que harto has humillado á mis enemigos.

Y lo estrechó con fingido ó no fingido cariño.

—¿Por qué no me has esperado en tu casa?—le preguntó el rey.

—Señor, debia venir á veros; y si ántes no lo verifiqué, fué por temor de presentarme en palacio con traje de camino.

—Mal hecho, primo; tú no eres el general de mis ejércitos, sino el inimitable caudillo en quien tu rey no halla nada reprehensible.

—Gracias, señor.

—¿Llegaron buenos el príncipe mi tío y tus cinco amigos?

—Sí, señor. Mañana, si V. M. se lo permite, besarán vuestra augusta mano.

—Respecto de tu padre, iré yo á verle. En cuanto á esos cinco valientes, que vengan cuando gusten; pero ante todo, que descansen y cumplan los deberes de hijos y de esposos.

—¿Siguen bien los individuos de la real familia de V. M.?

—Ya te anuncié las irreparables pérdidas de mi esposa é hijo. ¡Dios lo quiso así; cúmplase su santa voluntad! Los infantes continúan buenos.

—Siento las amarguras que atormentan la vida de V. M., y me complace saber el estado de salud de que disfrutaban los infantes.

—Ante lo que dispone el cielo, no hay otro remedio que inclinar la frente y resignarse. Mucho duele á mi corazón el mal que le producen tales desgracias; mas como el rey tiene que olvidar cuanto le pertenece á sí propio, para cuidar del vasto imperio, cuya conservacion le confió la Providencia, fuerza será que dejemos de hablar de mi familia, ocupándonos de los asuntos de Estado. ¿Fué completa la derrota de los turcos?

—No era posible mayor.

—¿Luego habrán quedado inútiles para emprender nuevamente guerras contra Europa?

—Creo, señor, que necesitan algunos años para reponerse de los descabros sufridos en Malta.

—Esa es mi opinion. ¿Y los iconoclastas de Flandes?

—En Cambray, los que no perecieron, los dejamos impotentes para alzarse de nuevo.

—¿Y los hugonotes de Francia?

—Vencí á Condé y á Coligni; dispersé sus huestes, y puse á Carlos IX en actitud de exterminarlos por completo.

—¿Y Gondi?

—Queda preso en un calabozo de Malta, y muertos los sicarios que llevó á la isla.

—Me alegro llegase á tiempo la noticia que te dí. ¿Cómo habeis regresado tan pronto? En verdad que no os esperaba en el presente mes.

Debió fijarse una idea desagradable en la mente del austero monarca, pues al hacer esta pregunta varió su semblante; mas disimuló, ocultando en lo posible los efectos de aquella. El duque le contestó:

— Malta tornó á su anterior tranquilidad; y no teniendo nada que hacer allí, dispuse el regreso, complaciendo de este modo á los que tan valerosamente acababan de regar con su sangre el suelo maltés.

— ¿Dónde dejaste los tercios?

— En Barcelona.

— Hiciste bien.

El rostro del monarca volvió á alterarse, quedando como abstraído por la idea que le atormentaba desde há un instante. Despues lanzó aquella mirada vaga y sombría que tanto aterraba á sus cortesanos, prosiguiendo:

— ¡Ay, duque; tú vienes de combatir, es verdad; pero tambien de vencer, de humillar, de destruir á extranjeros enemigos; yo los siento y no los veo; tengo noticia de sus inicuas tramas, los busco y no los hallo; y de emboscada en emboscada ando tras ellos, entre las tinieblas de la noche, en oscuras cavernas; y siempre amenazado por horrible complot, por infame traicion!

— ¿Quiénes son esos hombres, señor?— se atrevió á preguntarle Silva, adivinando la idea que ocultaba la mente del monarca.

— Son — le dijo éste bajando la voz — los perjuros de España; los herejes de nuestro país; los protestantes de nuestra monarquía, cuyo número aumenta, como igualmente sus perversas intenciones y sacrílegos deseos. Conspiran contra su rey, contra la religion, y van creando un conflicto.

— Se les busca, gran señor, se les prende; y si no abjuran sus errores y se enmiendan, se les inutiliza desterrándolos de España. Las nuevas posesiones descubiertas en el mar índico, necesitan muchos brazos para llevar á cabo las reformas que reclama el estado salvaje en que las hemos hallado.

—El mal está—dijo el rey con marcada intencion—en que el Santo Oficio pretende juzgar á esos hombres; ha preso ya á algunos, y como el cardenal Valdés es tan intransigente, me ha ocasionado otro conflicto.

El duque miró á su vez al grave monarca, y marcando mucho sus palabras, le contestó:

—La benéfica influencia de V. M. alcanza á todas partes, y no hay tribunal alguno en el reino que no atienda y obedezca la voz de su rey. En mi pobre opinion, debe castigarse á los culpables; inutilizarlos, para que la mala semilla no fructifique; pero la hoguera, ese horrible espectáculo que presenta la carne humana ardiendo en un sitio público de la córte, estremece, gran señor, aún á los que estamos acostumbrados á herir y matar en el campo de batalla.

—Todo eso está bien, mi amado primo; mas el cardenal Valdés, y aún sus colegas, se han atrevido á dudar de mi fortaleza, porque les aconsejaba lo mismo que dices tú.

—Si ellos pretenden castigar en nombre de una causa santa, perdonad vos en nombre del cielo, de Dios; que para eso teneis derecho divino. Y si alguno se atreviera á desobedecer á su rey, al poder del Estado, sea quien fuere, yo me encargaré de hacer que bese la régia planta de V. M.

—Hijo—añadió Felipe, fingiendo cuanto le era dable—estoy conforme con tus ideas; pero nada consigo de ese anciano cardenal. Tu padre es tambien inquisidor; representa en Madrid á Su Santidad, que lo ama y considera; es además un modelo de virtudes, y nadie como él podrá influir en las decisiones de un tribunal de quien es su miembro más importante.

—Se lo diré, y no dudo que evitará en lo posible el que se avivé el fuego de esas hogueras.

—No pierdas tiempo; pues temiendo el cardenal el pronto regreso del príncipe, tiene, segun me han dicho, muy adelantado el expediente sobre uno de esos autos que tanto te horrorizan. Esta es sólo mi opinion; no tengo datos....

—Comprendo, y muy en breve enteraré á mi padre.

—¿Has recompensado, como merecian, los servicios que mis vasallos prestaron en Francia, Flandes y Malta?

—Creo que no se disgustará V. M. en lo relativo á las gracias que he otorgado. Sobre el campo de batalla ascendí á generales á mis cinco hermanos, y bien sabe el cielo que han ganado tres veces las bandas.

—Muy bien hecho; confirmaré tu decision.

—Nombré á diez jefes maestros de campo; de entre los muchos oficiales que se distinguieron hice varios capitanes, otorgando otras mercedes que no recuerdo; pero todas merecidas, ganadas con heroismo.

—Lo creo, pues sé que eres tan parco como lo fué el príncipe de Italia. Lo apruebo todo, y te nombro á tí generalísimo de mis ejércitos.

—Permitidme, gran señor, que...

—No tolero réplica; lo has ganado, y tu rey no puede ser ingrato con su primer caudillo.

—Me resigno, pero bien sabe Dios que lo siento. Aquí tiene V. M. la historia exacta de nuestras campañas, pérdidas sufridas, gracias otorgadas, y cuanto puede necesitar para formar un juicio aproximado de lo que hicieron vuestros vasallos en Francia, Países Bajos é isla de Malta.

—Déjalos sobre esa mesa, y corre al lado de tu esposa, que harto ha carecido de tí. Bien quisiera que continuásemos hablando, ó mejor dicho, oírte referir vuestros gloriosos hechos de armas; pero no debo consentir que se violente más la bella Elvira; otro día me los contarás.

—Agradezco la suma bondad de V. M., y me retiro.

El duque fué á inclinarse; mas Felipe le cogió la mano derecha, y estrechándosela, no sabemos si con fingido ó verdadero afecto, lo despidió acompañándole hasta cerca de la puerta, adonde se dirigia aquél, andando hácia atrás.

Silva penetró en la cámara contigua; recibió la capa que le puso un ujier, y por entre dos filas de cortesanos que se

encorvaron tanto como lo está el alfanje de un turco, pasó arrogante, sin bajar la cabeza ni expresar otras frases que:

—No inclinaos tanto, señores, que os vais á lastimar.

Al llegar al vestibulo se echó el embozo y salió á la calle, siendo detenido á los diez pasos por un pobre, que le dijo:

—Noble caballero, tened caridad con un mendigo que no ha probado hoy alimento alguno.

La voz de este desgraciado confirmaba lo que decian sus palabras.

El duque se detuvo, viendo delante de él á un anciano, cubierto con harapos y desfallecido por el hambre y por el frio.

—¡Infeliz! Toma.

Y le alargó todo el oro que llevaba consigo.

—Espera —añadió.

Y quitándose su capa, lo embozó en ella, partiendo sin esperar á que le diera las gracias. El pordiosero quedó sobrecogido y sin acertar á hablar, al reconocer al duque y ver la accion que concluia de practicar con él.

Silva se quitó la banda de general y la guardó; luego sacó un pañuelo, y fijándolo en la boca, tapó con él parte de su rostro, para no ser conocido. De este modo, y siguiendo por calles excusadas, llegó á la puerta secreta por donde salió, penetrando en su palacio, sin ser descubierto por la multitud de entusiastas que obstruian las avenidas de su espléndida morada.

Felipe II quedó á la puerta de su despacho hasta que perdió el ruido de las pisadas del duque. Luego se dirigió á la izquierda, oprimió un resorte, y abriendo una puerta secreta, apareció en el dintel de la misma el cardenal Valdés, apoyado en su inseparable muleta. Este sér extraordinario se encorvaba por momentos; su cabeza temblaba más, presentando su forma humana huesos cubiertos con parda y arrugada piel; pero sus ojos chicos y vidriosos, parecian tener cada dia más fuego y energía.

—¿Habeis oído lo que hemos hablado?— le preguntó el rey.

—Todo no—contestó el anciano, fijándose en el monarca.

—Se opone á vuestro intento.

—De lo que dijo el duque no perdí una sílaba.

—Me alegro; así comprendereis cuán difícil y peligroso es vuestro deseo.

—No veo ese peligro.

—¿Insistís por ventura en que se verifique el auto?

—Lo antes posible, gran señor. El mal debe cortarse de raíz, y con los enemigos de la Iglesia católica no cabe piedad ni misericordia.

—Sois inexorable, cardenal.

—Siento que V. M. forme mal concepto de mí; pero en causas de fe no hallé nunca el término medio.

—¿Y si yo os rogase que detuvierais ó suprimieseis la ejecucion de ese auto?

—Mi vida, cuanto tengo, pertenece á V. M., á excepcion de mi conciencia, en la cual jamás ejerció influencia alguna el amor, el respeto ni el temor.

—¿Luego estais decidido, á pesar de la llegada del principe y de los invencibles!...

—Sí, señor.

—Señor cardenal Valdés, obrad como estimeis conveniente; pero evitadme disgustos. Y toda vez que yo nada puedo influir en las resoluciones del tribunal que presidís, os vuelvo á recomendar procureis no dar lugar á que sospechen lo contrario, fundándose en vuestras continuas visitas á mi alcázar. Retiraos cuando gusteis.

—¿Nada manda V. M. á este su más leal vasallo?

—Deseo únicamente que paseis buena noche, y que Dios os inspire, cardenal.

—Sea así, y jamás se separe de V. M. su bondadosa mano.

El vetusto anduvo tambien dos pasos hácia atrás, saliendo del despacho; los cortesanos le miraron con terror, tornaron

á encorvarse, mientras el célebre inquisidor, sin reparar en ellos, decia para sí, aludiendo al rey:

—Este no desea el auto, pero lo tolera; no se opone; acaso se alegre.

A la vez exclamaba Felipe:

—Ese viejo es efectivamente inexorable; mas entiendo que dará fin de los herejes, cargando á la vez con toda la responsabilidad. Su energía no es tan terrible como suponen los *invencibles*. ¡Son tantos mis enemigos, que necesito del uno y de los otros! Quiere decir, que si más adelante no pudiera quedarme con el uno y con los otros, alejaré de mí al que me sea ménos indispensable.

Y encogiéndose de hombros, se sentó delante de la mesa, comenzando á examinar con la mayor sangre fria los documentos que le dejó el duque del Imperio.

De las últimas frases que expresó el severo y tétrico monarca, se deduce que anhelaba la ejecucion del auto, contrayéndose su temor única y exclusivamente á disgustar á los *invencibles*. Felipe II no podia engañarse á sí propio.

Como nosotros no pretendemos adular ni deprimir á los hombres ni las cosas, debemos declarar con ingenuidad, que en tal época participaban la generalidad de los españoles de las ideas del soberano, respecto de los autos de fe; pues estos eran populares, como demostraremos más adelante al ocuparnos de ellos.

Poco podremos decir en cuanto á las sigilosas reuniones del llamado *Santo Tribunal*, y ménos de lo que acontecia en los oscuros calabozos y terribles tormentos de la Inquisicion; pues es lo cierto, que en lo relativo á estas misteriosas prisiones, se guardó siempre el mayor secreto; lo cual ha dado origen á los cuentos y fábulas que corren por nuestra moderna sociedad, sobre hechos completamente desconocidos de todos los que no los presenciaron; y los que fueron testigos, no se atrevieron á referirlos y ménos á dejarlos consignados por escrito, segun acabamos de exponer.

En cuanto á los autos que se celebraban con toda la pompa y publicidad imaginables, los describiremos con entera exactitud, siendo así que podemos hacerlo sin temor de equivocarnos. Emitiremos además nuestro juicio con ingenuidad, sin pasion ni dar cabida á otras ideas que á las que nos dicte nuestra creencia; pues aún cuando escribimos novela, no perderemos jamás de vista que cosas tan graves merecen tratarse de diferente modo que los hechos de valor, batallas y heroicidades de los *invencibles*.

Sentado esto, prosigamos nuestra historia.

El duque del Imperio enteró á su padre de cuanto acababa de hablar con el rey, pasando despues al comedor, donde le esperaban su esposa, hermanos, parientes y amigos. Eran las once de la noche, y desde que almorzaron los generales en Guadalajara, no habian vuelto á probar bocado.

Silva se olvidó del soberano y de los acontecimientos que presenció, pudiendo dedicarse por fin á la tierna esposa que amaba extraordinariamente; ella, que nada podia negarle, que lo adoraba, prefiriéndole á cuanto existia sobre la tierra, á su propia vida, se resignaba á tan duras separaciones, suspiraba por él, y en su amargura rogaba á Dios continuamente lo defendiera de los azares y peligros que le amenazaban.

Juntos ahora los esposos, rozando sus vestiduras, aspirando el uno el aliento del otro, se contemplaban con amor, con éxtasis, y eran felices.

Rogelio, Osorio, Mauro y sus esposas, imitaban á aquellos; Odon y Roberto tenian á su padre en medio, lo estrechaban continuamente, miraban á su hermana Aurea, y gozaban con su propia felicidad y la de las cuatro parejas que tenian enfrente.

Alvaro Zalla, fijo en Syra, apenas comia por contemplarla; y ella, devolviéndole tan cariñoso interés, estudiaba los movimientos, postura y accion de las ilustres damas que la rodeaban.

Aquella cena presentaba un cuadro de felicidad humana, que rara vez se consigue en este mundo.

Concluyeron de comer; tomó la palabra Flaviano, y sus sátiras y chistes animaron más la reunion, imperando en todos placer, alegría, y un presente, en fin, que de tan dichoso molestaba ya.

La noche concluyó para los *invencibles* tan feliz como habia empezado.

A la mañana siguiente corrieron los seis á visitar al padre Alberto; pero éste habia salido, y no regresó en todo el dia; aquellos continuaron al lado de sus esposas, de sus padres, los condes de Arahall, de Santomera y marqués de Abella, y restantes individuos de sus familias. Habitaban los seis, segun hemos dicho, el palacio del duque, el cual, por su grande extension y acertadas divisiones, permitia á los cuatro matrimonios la independencia necesaria, siendo el punto de reunion el comedor y los salones principales. El general conde de Santomera ocupaba, en union de sus dos hijos Odon y Roberto, el quinto departamento del alcázar; quedándoles todavia para la escolta, guardia y servidumbre, los pisos bajo y segundo; pues el local tenia una extension de cuarenta mil piés cuadrados. Esta familia era entónces la más rica, noble, poderosa y leal de Madrid.

Trascurrió aquel dia, dichoso tambien, sin que el trinitario se hubiera dejado ver. Por la noche recibió el duque un billete escrito por el príncipe, el cual, despues de disculpar su ausencia, concluia con las siguientes frases:

«Hijo mio, me retiraré algo tarde, por cuya razon no podreis verme esta noche. Mañana á las diez os espero á todos, á todos, en mi celda; no falteis, pues anhela estrecharos vuestro padre — Alberto.»

La frase repetida y subrayada con que terminaba el príncipe su carta, puso en cuidado al duque; pero sus amigos, su abuelo adoptivo, el conde de Arahall y el marqués de Abella, le hicieron varias reflexiones, con las que consiguie-

ron por último tranquilizarle; siendo su esposa la que más se esforzó en lograrlo. Así fué, que continuó la noche tan dichosa para todos como lo habia sido el día.

Era la última feliz que debieran tener en el trascurso de mucho tiempo; pronto el destino, envidioso de aquella ventura tan grata, la ahogó, reemplazándola con la pena más amarga, por el dolor más profundo.

Julio sabia que vino á llorar á este valle de tormento; pero en su éxtasis amoroso, no se le pudo ocurrir que la suerte se ensañara con él de un modo tan inesperado y fatal. Por lo mismo que no esperaba el terrible golpe, le causó más daño, sobrecogiéndole y amenazando su vida, la que llevó á las puertas del sepulcro.

Si el hombre pudiera leer en el libro de su destino lo que llamamos el porvenir, es indudable que se esforzaria en obrar de un modo diferente al que lo verifica. Léjos de suceder así, estudiamos nuestro pasado, deploramos los males que dejamos atrás, y sonreimos con la grata idea de alcanzar un tiempo más feliz que el transcurrido, durante el cual, no obstante, exhalamos cien suspiros por cada ráfaga de alegría que llega á nuestro mísero sér. «La esperanza jamás abandona al hombre» decimos; nos burla continuamente, y sin embargo creemos en ella, la sostenemos y exprimimos hasta arrancarle cientos de ilusiones, que vemos desvanecerse una por una al ligero soplo de la amarga verdad.

Damos cabida con incansable ardor á esa decantada esperanza, porque nos halaga; no deducimos del pasado las duras consecuencias que nos presentarian sin ventura el porvenir, porque nos entristece; ó de otra manera, no creemos en lo probable, porque quisiéramos que nos sucediera lo contrario; sin comprender que de este modo nos coge el mal desprevenidos, causándonos en consecuencia mucho más daño del que nos haria si lo previéramos.

Mas pensando así—contesta el hombre—la vida es un continuo martirio. A eso justamente hemos venido á este

valle—le replicamos nosotros—á padecer; y todo el que no se hace ilusiones, el que ve en el pasado, presente y porvenir un perpétuo tormento, piensa en la felicidad que puede hallar despues de su muerte, la busca, trabaja por conseguirla, y llega á ella por el camino de la virtud, guiado por la luz de la verdad.

Si lo creéis axioma, si no os asusta, pensad en él, que nada habreis perdido; lo que podeis ganar se os alcanzará fácilmente.

CAPÍTULO XL.

Reunion.— Las últimas palabras de un santo.— Congoja.— La muerte mata, pero no atormenta.

A la mañana siguiente almorzaron los *invencibles*, y á las diez en punto se dirigieron, acompañados de sus esposas, de los condes de Arahál y de Santomera, y del marqués de Abella, á la celda del padre Alberto, entrando por la puerta secreta del paralelogramo que servia á Julio de despacho.

El trinitario se hallaba en cama, y ésta colocada en medio de la estancia, con el fin de que fuese rodeada por cuantos acababan de llegar. A los piés, y sentados en taburetes, se encontraban las cuatro primeras dignidades de la órden; Pedro estaba con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, detrás de la cabecera del lecho, y en un saloncito contiguo se oían á los individuos de la comunidad hablando unos con otros, tan bajo que no se comprendían sus palabras. Alrededor de la cama habia trece taburetes, en los cuales se fueron sentando los *invencibles*, esposas y padres.

Al fijarse éstos en el príncipe se inmutaron; Julio tembló, y á los párpados del conde de Santomera asomaron dos lágrimas, que en vano pretendió contener.

Era la primera vez que el ilustre profeso se hallaba enfermo desde que se consagró al servicio de la Iglesia; y esta circunstancia sobrecogia á los que acababan de entrar, que empezaban á ver en aquella postracion algo más que una dolencia pasajera. El rostro del príncipe, no obstante, permanecía sereno; y si bien conservaba su innata palidez, asomaba ahora á sus mejillas un tinte de rosa, casi imperceptible. Sus ojos eran los únicos que se habian hundido, apagándose aquel fuego que les prestaba vida y animacion.

Con voz más clara y sonora que nunca, les dijo el enfermo:

—Sentaos, hijos míos.

Julio y el conde de Santomera lo verificaron á la cabecera, cogiéndole cada cual una mano; los restantes se fueron colocando alrededor del lecho, hasta llenar el espacio que formaba el cuadro que concluian las cuatro dignidades trinitarias.

A las frases del noble anciano siguió un profundo y continuado silencio. Todos le miraban con temor é interés crecientes, á excepcion del duque, el cual, sin dejar de oprimir su diestra, la besaba con cariño y terror, palideciendo por momentos; pero sus ojos estaban enjutos; y aún cuando se traslucia lo mucho que se esforzaba para contener los impulsos de su corazón, demostraba su semblante serenidad y resignacion.

El príncipe permaneció por espacio de cinco minutos contemplando con afán é interés al Redentor del mundo, que tenía enfrente, representado en una magnífica escultura de mármol.

En torno de su cama se hallaban ahora diez jóvenes y ocho ancianos; siendo éstos los parientes más allegados y amigos íntimos del paciente. Los nueve primeros generales de la nacion; las cuatro bellas más elevadas de la corte; otros cuatro religiosos, que procuraban imitar la santidad de su superior, y un lego que tenía de hidalgo y de leal, lo

que pudiera faltarle de aficionado á la clausura. Diez y ocho séres que representaban lo más noble y respetable del país; lo más estimado, lo más grande. Y no obstante, inclinaban la frente bajo el peso de una mano tan desconocida como poderosa, la cual cambiaba en aquel instante sus dichas y presente halagüeño, por el dolor más agudo, la angustia más terrible que pudieran sufrir.

El príncipe de Italia habia sido hasta entónces para todos ellos el cariñoso padre, que les dió nombre y posicion; el sabio maestro, que los guiaba y dirigia por el camino del honor y del deber; el santo, que jamás usó una reprension ni palabra duras, en el largo período que vivian á su lado. Por todo lo cual, veian en él un hombre á quien amaban con ternura infinita.

Sentado esto, comprenderán nuestros lectores lo imposible de expresar la amargura que en tales momentos afligia á los diez y ocho séres que contemplaban, casi en la agonía, al envidiable religioso que yacía postrado en el lecho del dolor.

Cuando el enfermo retiró la vista de la sagrada imagen, tendió una mirada vaga en torno de cuantos le rodeaban, y con voz siempre clara y sonora exclamó:

—Hijos, llevo más de sesenta años de padecer. Desde que ví el mundo, no he dejado un solo día de sufrir. Mi padre era tan pobre al nacer yo, que apenas tenía lo suficiente para procurar el alimento indispensable á la vida. Mi tierna, casta é infeliz madre murió de pesar; y si su esposo no sucumbió al hambre; si en el postrimer instante de su existencia tuvo una taza de caldo, facultativo y medicinas, se lo debió á la generosidad del noble capitán Navarro, despues mi padre adoptivo, y hoy primera dignidad del ejército, rico y poderoso. Yo tambien alcancé bienes de fortuna, y fuí grande de la tierra; pero nunca feliz, y mucho ménos dichoso: ¡que no hemos venido á gozar, si á padecer! Dios, que es la suma bondad, la misericordia infinita, me enseñó el camino de la virtud; y á pesar de los abrojos que encontré á

mi paso, continué por él sin peligro de desviarme ni de resbalar. El que busca á Dios, lo encuentra. Yo era ya conde; pero un dia no tenía que comer, ni amigos, ni parientes, ni más protector que un pobre proscrito. En tan horrible orfandad llamé al Eterno, me tendió su mano, y desde aquel instante caminé guiado por su bondad, amparado por su misericordia. Lo amaba siendo pobre; fui rico, y partí mis bienes con los desgraciados; lo mío ha sido siempre de los infortunados que hallé; por eso Dios no me abandonó en la opulencia. ¡Ay de los poderosos que olvidan su mision sobre este valle de amargura! ¡Ay del que huye de los abrojos, y corre en busca de la flor envenenada! La vida es corta; sus goces efímeros; ¡infelices aquellos que prefieren un instante de placer por la eterna felicidad!

La voz del príncipe continuaba sonora y grata; su rostro sereno y apacible, y sus palabras parecían herir el corazón del que las escuchaba.

¡Cuán grande, cuán dichoso era en tales momentos! Los que le oían se miraban unos á otros; despues se fijaron en el santo, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, contenían el raudal de lágrimas que se agolpaban á sus ojos. Julio veía la muerte en las pupilas de su padre; los restantes adivinaban ó presentían lo mismo. El religioso prosiguió:

—El pobre se halla cerca, muy cerca de la mansion de los justos. Desde que el Señor se dignó alargarme su divina diestra, sólo envidié al mendigo. Cuando yo pedia limosna, me consideraba dichoso. El rico se aleja de Dios; necesita hacer grandes esfuerzos, supremos sacrificios para salvarse. Pero es el hombre tan débil, que se deja vencer de sus pasiones con harta facilidad; mientras que juzga imposible dominarse y descender desde su encumbrada posición para elevarse á la virtud. Dios me hizo fuerte, porque se lo pedí anegado en lágrimas; me libró de caer en el abismo, porque me vió rehusar la opulencia, aborrecer los honores, bendecir la humildad. ¿Qué es el hombre? Miraos desde la cabeza á

los piés. ¿Qué es la vida? Estudiad vuestro pasado, fijaos en el presente, y vereis claro lo porvenir. ¡Sólo miseria humana hallé en los palacios y alcázares, en las ricas hembras, en los poderosos infanzones! Tenemos á la Providencia en todas partes, y no la vemos. La vida de ese divino Redentor, sus palabras y sus sentencias, se hallan escritas en miles y miles de libros que circulan por el orbe: ¿quién los compra? ¿quién los lee? ¿quién trata de imitar la conducta del sublime Maestro, que se dignó descender á la tierra y presentarnos el perfecto modelo de santidad? ¡Uno por cada mil! «Muchos son los llamados, pocos los elegidos.» Hé ahí la causa y sus consecuencias; hé ahí patentizado el axioma.

Del asombro pasaron al terror los que oían al insigne profeso; los *invencibles* y sus padres temblaban; sus esposas se estremecían; los religiosos bajaban la cabeza y suspiraban.

Calló el padre Alberto, y un silencio sepulcral reemplazó á sus frases; el enfermo cobraba aliento; sus oyentes ni aún se atrevían á respirar.

El príncipe reanimó un poco sus espirantes fuerzas, continuando:

—Yo también fui pecador; sólo Dios vino infalible al mundo. En mi calidad de falible, siendo mi materia de barro quebradizo, igual en todo á las restantes del género humano, caí en el resbaladizo sendero de la vida. ¡Cuán poco somos, cuán poco valemos! Rodé por el lodazal de la tierra; el huracan de las pasiones me arrolló como á débil paja, y juguete despreciable de su risa sarcástica, me empujaba al abismo; pero lo ví á tiempo; me horrorizó su estampá, y alcé mis brazos al cielo. Nunca se llega en balde á la puerta de Dios: «¡Padre — exclamé — misericordia para tu hijo!» Y mi Padre, el Santo, el almo y caritativo Señor, me alargó su mano, que no he soltado jamás. Cogido á ella, bendiciéndola, amándola y oprimida fuertemente, he continuado hasta hoy, sin temer la vida; deseando la muerte,

y viviendo para Dios que me trajo aquí y ahora me lleva á su lado. El que me ame, que no sienta verme desaparecer de este valle de amargura; que me imite, y un día no lejano volará junto á mí para no separarse nunca. Dios misericordioso se ha compadecido de esta su oveja, y la llama; la atrae á sí, la perdona, la ampara, la acoge, la limpia de la lepra mundana. ¡Qué tranquilo me siento! ¡qué dichoso soy! ¡Por primera vez veo en lontananza la verdadera felicidad! ¡No compadeceadme, insensatos; envidiad mi suerte! Hace treinta días, en los momentos en que tenía á Lucifer delante y un negro descargaba sobre mí terribles golpes con gruesa vara, ví acercarse á la muerte; pero en vez de empuñar la guadaña, traía la espada de la justicia, que blandió con aspecto terrible en el campamento turco, donde yo me hallaba; luego se me aproximó riñente, y convirtiéndose en espíritu, quedó sobre mi cabeza, donde continúa, si bien la veo alzarse para arrancarme la vida; mas sonríe y se muestra agradable. Media hora me concede aún; tengo bastante; lo justo acaso. Dejaré aquí el pedazo de inmundo barro: el alma, el amor, todo lo grande que contiene mi sér, para Dios.

Calló otra vez el príncipe; los individuos de la comunidad que junto á él escuchaban sus frases, y los demás que le rodeaban, no pudiendo continuar dominándose, prorumpieron al fin en amargo llanto; fué un grito de dolor instantáneo, agudo, unánime, exhalado por el corazón. Los rostros se bañaron en lágrimas; pero sellaron sus labios, y volvió á imperar el silencio.

Alberto de Silva contemplaba ya su agonía; mas eran los postrimeros minutos de un santo. Su rostro permanecía compuesto, risueño el semblante, no demostraba sufrimiento alguno, y únicamente su mirada languidecía por momentos.

—Hijo—volvió á exclamar el príncipe dirigiéndose al duque, sin presentar su voz alteracion notable.—Hijo, no muero de enfermedad; me llama Dios, y corro á su encuentro. Te aguardo al lado de tu madre, donde no dudo me

irás á buscar, el día que el Eterno lo disponga. Espiro satisfecho de tí; tambien se lo rogué á Dios, y me lo ha concedido. Eres bueno; sigue siéndolo, que la Providencia no abandona á los hombres que obran como tú. Imitame, hijo adorado, imítame, y al hallarte en este último trance de la vida, bendecirás el consejo. Pero si pudieras ser mejor que yo, avanza, corre por el camino del bien, y que nada te detenga; en el cielo hay recompensas para todas las virtudes, por sublimes que sean. Ocupa tu existencia derramando bienes; es una siembra, cuyo superabundante y delicioso fruto se recoge despues de la muerte. Usa mi título de príncipe; y cada vez que lo oigas nombrar, acuérdate de mi modo de proceder, y pruébale al mundo que eres mejor que yo. Cédele á Flaviano el tuyo de duque; más hizo él por tu padre há treinta dias; su corazon pretende igualarse al tuyo; su alma rebosa nobleza y generosidad; fué travieso, pero nunca criminal. Pobre religioso, nada tengo, nada puedo dejaros á los demás; os amo á todos; y la gran herencia que podia repartir entre vosotros, la habeis ya recibido en los consejos que os he dado.

Calló otra vez Alberto; hizo un nuevo esfuerzo, y con voz sonora y vibrante, les dijo:

—Arrodillaos; inclinad la frente.

Cuando todos le obedecieron, se incorporó sin trabajo, cruzó las manos, y dirigiéndose á la sagrada imagen, exclamó:

—Señor, cuya bondad veo ahora en su mayor extension, perdona á estos tus hijos, como me has perdonado á mí; yo te lo suplico. ¡Bendito seas, Dios incomparable; tu grandeza no se puede comprender en el mundo! Hijos míos, en nombre del Señor, yo os absuelvo.

Y les echó la bendicion.

Despues añadió con algo de viveza:

—Alzad; acercaos uno á uno; abrazadme; no perdaís tiempo, que sólo me restan diez minutos. Apretad, que es

el postrero que me dais en la tierra. Vosotros, ministros del altar, marchad y cumplid mi última voluntad. Navarro, Pedro, cogeos á mis manos; permaneced así.

Todos lo habian estrechado. Los cuatro jefes de la órden de trinitarios salieron al salon contiguo, y unidos á su comunidad, cayeron de rodillas al pié de un altar que tenía aquella antecelda, como lo estaban los demás frailes; los *invencibles*, sus esposas, el conde de Arahall y el marqués de Abella rodearon la cama, tambien de rodillas, bañados en llanto y con las frentes inclinadas sobre el lecho; el caduco general Navarro y el lego cogieron cada uno entre las suyas las manos que el príncipe les alargó, quedando casi recostados en la misma cama.

Por entre el ruido que hacian los sollozos de todos los presentes, se alzó por última vez la voz del santo, diciendo:

—Hijos, viví desgraciado, y muero dichoso; lo que siento no se puede explicar: es una felicidad inefable que se aumenta por segundos; todo cuanto yo pudiera deciros es poco, comparado con su grandeza. Buscadla, hijos, buscadla, y todos nos reuniremos en el Paraíso. ¡Qué sublime, qué portentosa es la gloria! ¡Padre, Señor, tuyo soy; llévame! ¡Dios mio, piedad para estos dos ancianos á quienes tanto debo! ¡Sí, Padre amado; conmigo, conmigo! ¡Bendita tu bondad!

La celda del santo se enrojeció con una sombra de púrpura desconocida; se percibió un olor que embriagaba con sus deliciosos aromas; lejos parecia oírse una armonía no escuchada jamás.

La comunidad entonó un salmo compuesto por el padre Alberto, y sus voces eran acompañadas de otras más dulces que iban perdiéndose por instantes.

Los labios del príncipe sonrieron, se cerraron sus ojos, y espiró sin hacer movimiento alguno y sin que su rostro se descompusiera.

Un silencio sepulcral siguió á estos instantes. Los presen-

tes, sin comprender la causa, hallaron sus ojos enjutos, mudas sus lenguas, y como arrobados los espíritus por un recogimiento que ninguno podia explicar.

Cinco minutos despues se levantó Julio, y fué á separar al anciano Navarro y al lego, para abrazarse á su padre; mas hallándolos yertos los reconoció, exclamando con voz atronadora:

— ¡Muertos! ¡muertos los dos! ¡Se los ha llevado, y á mí no!

— ¡Mi padre tambien! — gritaron Aurea, Odon y Roberto con desesperacion.

— ¡Los tres! — añadieron con asombro los restantes.

— Sí — les contestó Silva con el corazon despedazado. — El príncipe de Italia, el conde de Santomera y Pedro, dejaron el mundo, volando unidos á la mansion de los justos. Ingrato — añadió fuera de sí, abrazándose al cadáver de su padre. — ¿Por qué no me has llevado contigo? ¿por qué me dejas en este valle de amargura? ¡Padre, padre mio! ¡No me oyes, no! ¡Se cerraron tus labios; se acabó el puro aliento que embriagaba mi dicha! ¡Oh! ¡yo no puedo, no quiero vivir! Padre; madre mia, ¿por qué me dejais solo? ¿por qué?

— Julio — exclamó Elvira anegada en lágrimas como todos, tratando vanamente de separar á su esposo de los restos inanimados del príncipe. — ¡Julio, me vas á matar!

La infeliz tiraba del duque, y no pudiendo desviarle del lecho mortuorio, llamaba en su ayuda á Flaviano, Odon y restantes que la acompañaban; pero éstos habian dado rienda suelta á su llanto, y víctimas del más acerbo dolor, no escuchaban ni sentian otra cosa que sus propios gemidos y angustia.

Renunciamos á concluir de bosquejar este terrible cuadro de muerte, luto, amargura, pena y desesperacion; pues no hallamos colores bastante vivos para pintarlo tal como era en realidad. Esos fatales acontecimientos de la vida se sienten, pero no se pueden explicar.

El príncipe de Italia, el conde de Santomera y el lego Pedro espiraron, segun la ciencia, de muerte senil; así decia el certificado facultativo; no obstante lo cual, creemos nosotros que no fué vejez la causa que terminó sus vidas; opinamos que el espíritu del santo, y á su ruego los de aquellos séres que le siguieron, abandonaron la materia donde moraban, por una excepcion á que eran acreedoras las virtudes del primero. Por eso, en nuestro concepto, no existió dolencia, ni la suficiente caducidad para la muerte senil. El que vive y obra de diferente modo que los demás, tiene derecho á esa postrer excepcion, y la Providencia no podia ser injusta.

Julio de Silva, príncipe ya de Italia, permanecia abrazado á su padre; su tierna esposa seguia pretendiendo vanamente separarlo del frio cadáver, y los restantes continuaban exhalando gemidos, sin cuidarse de otra cosa que de su propia amargura. Y tantos suspiros, llanto y angustioso rumor, se iban confundiendo con las voces de los religiosos, que, en el salon contiguo, repetian el salmo, interrumpido á intervalos por el dolor y lágrimas de los que concluian de perder un superior á quien amaban como él merecia.

La desesperacion de la infeliz Elvira crecia, mientras que sus débiles fuerzas aminoraban por momentos, sin poder conseguir ni aún el que la oyese su marido. Llamaba á Osorio, á su hermano Mauro, á sus amigos, y uno por uno á todos los que la acompañaban; pero nadie la escuchaba, ninguno levantaba la cabeza. Fuera de sí, y con resolucion heroica, se puso en pié, dió un salto, y abriendo la puerta que comunicaba con el salon inmediato, gritó:

— ¡Trinitarios, la vida del nuevo príncipe de Italia se halla amenazada; por la memoria del padre, yo os ruego me ayudeis á salvar al hijo! ¡Hacedlo por el amor de Dios!

Al escuchar los religiosos la tierna y afligida voz que los llamaba, se volvieron hácia Elvira, y reconociéndola, dejaron de cantar. El rector se acercó á ella, y con gran interés la preguntó:

—¿Qué acontece, señora princesa? Contad con el auxilio de estos pobres siervos del Señor.

—Venid, amigos míos—les dijo la dama—mi esposo há tiempo que permanece abrazado al cadáver de su padre, y convulso, agitado y exhausto de razon, pretende morir sobre el mismo lecho y al lado del que fué vuestro superior. Ayudadme, santos varones; basta con las terribles desgracias que acabamos de sufrir.

—Todos aquí—exclamó el rector.

Y la comunidad entera se precipitó en la celda donde yacían tres cadáveres y doce víctimas.

Los frailes quedaron sorprendidos al ver el terrible estado en que se hallaban el duque del Imperio y los restantes que le acompañaban. No oían sus voces; no escuchaban sus ruegos, ni era posible separar á Silva del cadáver de su padre; varios religiosos lo pretendieron, sin conseguir otra cosa que admirar las varoniles fuerzas del duque, al que no pudieron arrancar de allí.

El rector se dirigió entónces á los individuos de su comunidad, y les dijo:

—Queden aquí los novicios y coristas; partan los restantes y avisen inmediatamente á S. M., á los parientes y amigos de estos desgraciados, y al pueblo entero; que todo es preferible á verlos por más tiempo de ese modo.

Mientras era obedecido el que acababa de hablar, se acercó Elvira á Rogelio Mendoza, y aproximando sus labios al oído de aquél, exclamó:

—¡Insensato, mira á tu hermano Julio, que va á espirar, si tú no le arrancas del cadáver de su padre!

Aquellas palabras fueron un dardo que hirió el corazón del gigante: era cuanto deseaba Elvira. Rogelio alzó la cabeza, miró el cuadro, concluyendo por fijarse en Julio. El infeliz comprendió con trabajo lo que debía hacer en tan angustioso instante; se puso en pié, mas le faltaron las fuerzas.

—¡Mendoza—le gritó la princesa—quítale el cadáver, que va á morir!

—Entiendo...—contestó el atleta, vacilando todavía; pero haciendo un esfuerzo sobre sí, corrió al lado de Silva y lo levantó en alto, mientras cuatro religiosos, que conocieron la intencion del *invencible*, consiguieron, ayudados por éste, separar á aquél de los restos inanimados del príncipe, retirándolos de allí, como igualmente los del conde de Santomera y los del lego; llevándose tambien la cama donde estaban apoyados los demás que acompañaron al padre Alberto en sus últimos instantes.

Julio quedó sujeto por Rogelio; mas éste se separó de pronto, dejando á Elvira entre los brazos de aquél.

—¡Me lo quitais—exclamó el hijo—pero en breve correrá mi espíritu en busca del suyo!

Y cayó sobre un sillón, falto de aliento y hasta de vida.

Un momento despues entraron en la celda Syra, los Zallas, el contramaestre Roch, y todos los individuos que componian la escolta de Silva. Más tarde se presentaron la madre de Mauro y de Elvira, las esposas del conde de Arahall y del marqués de Abella, y los parientes, en fin, más allegados de los *invencibles*; los que, enterados de las desgracias ocurridas, léjos de consolarlos, se entregaron al mismo llanto y desesperacion que sentian Flaviano, Mauro y restantes que presenciaron la muerte del trinitario.

Algo más tarde estaban completamente llenos la celda y el salon contiguo, con los parientes, amigos y amigas de los generales; pero ninguno hallaba una sola frase de consuelo que dirigir al nuevo príncipe, compañeros y esposas. La muerte del padre Alberto, sólo podia arrancar lágrimas á cuantos le conocieron.

Por último, se detuvo una carroza á la puerta del convento; bajaron de ella dos enlutados cortesanos, y embozados hasta los ojos, llegaron al sitio donde empezaba la masa de personajes que acudieron al duelo. El más bajo de los dos

que acababan de penetrar, tiró la capa y gorra, que recogió su compañero, diciendo:

—Paso.

—¡S. M.!—exclamaron cuantos estaban delante, separándose para que pudiese avanzar.

El grave y austero Felipe, con semblante severo y más tétrico que nunca, vestido de negro, con paso tardo y mirada imponente, llegó á la celda donde no há mucho espiró el santo. Al primer golpe de vista comprendió cuanto pasaba en la habitacion; y compadecido acaso del dolor de aquellos desgraciados, ó en cumplimiento de un penoso deber, hizo uso de su régia autoridad; y alargándoles la mano, fué dejando en pié, uno por uno, al conde de Arahall, al marqués de Abella, á las esposas de los *invencibles*, y últimamente á éstos. Luégo dió un brazo á Elvira, otro á Julio, y cuando se hubieron apoyado á él, exclamó:

—Seguidme todos.

Y mirando á los religiosos, añadió:

—Vosotros disponed los funerales de las víctimas, los cuales se harán á la vez en todos los templos de Madrid. Tú, Vazquez—le dijo á su secretario—vuelve al alcázar y prevén que desde hoy hasta el próximo noveno día, vestirá la córte de luto.

Y sin detenerse más, penetró por la puerta secreta y paralelógramo de Silva, hasta llegar al salon principal del palacio, donde se detuvo, en union de cuantos se hallaban en el convento asistiendo al duelo.

Poco despues se veia completamente lleno de cortesanos, grandes, damas y caballeros, el extenso edificio de la propiedad de Julio. No obstante la presencia del rey, todos lloraban, sin que nadie oyese otra voz que la del sentimiento que le embargaba.

Las campanas de la régia villa comenzaron á doblar; la voz de que el príncipe de Italia habia espirado, corrió de calle en calle y de casa en casa, llenando de consternacion

á todos los habitantes de Madrid. No eran solos la grandeza y los nobles los que acudieron en torno de los *invencibles*; el pueblo entero se precipitó á la calle de Atocha y á las avenidas del palacio y convento, y jóvenes, ancianos, casadas y solteras, lloraban las desgracias de aquellos.

¿Quién no oyó hablar y no amó al bondadoso trinitario, modelo de virtud, tipo sublime de caridad y mansedumbre? ¿Quién no participaba del dolor, de la honda pena de unos generales tan nobles, dichosos, admirados y aplaudidos ayer, y tan desgraciados é infelices ahora?

Sólo algunos individuos de los que componian un terrible y misterioso tribunal, sonrieron al escuchar la noticia de la muerte del príncipe de Italia. Uno de ellos, el más anciano, exclamó:

—Es decir, señores, que la rémora pasó á mejor vida. Bien está allí. En consecuencia, y toda vez que nada falta, corred las órdenes, que ya no hay quien lo impida.

Y cinco minutos despues, andaban diligentes en torno de tan severos jueces, cincuenta hombres vestidos de negro, pálidos y de semblante antipático.

Habian trascurrido poco más de cuatro horas de aquella en que espiraron Alberto, Navarro y Pedro; el palacio de Silva estaba completamente obstruido por multitud de caballeros y damas; las campanas seguian doblando, y apiñado el pueblo en la calle de Atocha, formaba una masa compacta, que impedía el tránsito por aquel sitio. Unos lloraban; otros gemian, y la mayor parte comentaban las virtudes del superior trinitario y el sinnúmero de obras caritativas que hacia diariamente. Algunos grandes señores de los últimos que supieron la noticia que ocupaba á los habitantes de Madrid, subieron á sus carrozas, encaminándose al palacio de Silva; pero al desembocar en la calle de Atocha se veian obligados á bajar de los carruajes y llegar á pié al sitio donde iban, no sin gran trabajo; pues aún cuando en aquella época eran respetados y queridos de la multitud, ésta se movia con di-



C. MUGICA, dib.^a y lit.^a

Imp. de J. DONON, Madrid.

— ¡El auto de fe!....

ficultad, por la aglomeracion de séres que se reunieron allí.

Cuando más apiñados estaban, cuando el dolor parecia más intenso en los generosos hijos de Madrid, se oyó una voz bronca, que gritó:

—Paso al Santo Oficio de la Inquisicion.

El que esto dijo era un familiar, que, presentando su cordon verde y venera de plata, llegaba por el extremo Levante, correspondiente á la calle de Atocha. La compacta masa abrió calle, y con tímido respeto dejó pasar al familiar y á cien operarios que le seguian, cargados unos con tablo-
nes, otros con herramientas, y algunos con telas y tapices.

En el momento que hubieron cruzado en direccion de la plaza del Arrabal, hoy Mayor, se oyó una voz unánime, lanzada por cuantos estaban en la calle de Atocha, que exclamó:

— ¡ El auto de fe!...

Los hombres palidecieron, temblaron las mujeres, y hubo un momento en que olvidaron la memoria del padre Alberto, para pensar en la degradacion, el garrote y la hoguera que debian sufrir multitud de desgraciados.

El inquisidor general Valdés y algunos de sus colegas, aprovechaban la oportunidad que les ofrecian las actuales circunstancias.

La muerte del príncipe de Italia debia pesar amargamente sobre los infortunados de la corte. En el siguiente libro veremos si el nuevo príncipe puede ó no reemplazar dignamente á su inimitable padre.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

CAPITULO PRIMERO.

Páginas.

El alcázar real de Madrid en el siglo xvi. — El austero y grave monarca de dos mundos. — Cardenal, inquisidor y espectro. — Los <i>invencibles</i> , el príncipe de Italia y los tres generales del imperio. — Sorpresa, duda, vacilacion. — Momento terrible. — La Inquisicion. — La muerte.	5
---	---

CAPITULO II.

El príncipe de Asturias. — Precauciones. — Prision. — Rey y padre. . .	19
--	----

CAPITULO III.

Enfermedad y muerte del príncipe de Asturias. — Los padres y esposas de los <i>invencibles</i> . — A Francia.	29
---	----

CAPITULO IV.

El campamento español. — Los <i>invencibles</i> . — Flaviano y el capitán Foix. — El ajedrez. — Apuesta. — Disputa. — Duelo. — El duque del Imperio, el de Guisa, el condestable Montmorency y el mariscal de Saint-André.	45
--	----

CAPITULO V.

Dreux. — Batalla. — Dos derrotas y una victoria. — Franceses, españoles, suizos, alemanes é italianos.	59
--	----

CAPITULO VI.

Las últimas frases de un loco. — El desconocido. — Generosidad de Lorena.	67
---	----

CAPITULO VII.

Despachos importantes. — Conflicto. — Unos á Flandes y otros á Malta. .	83
---	----

CAPITULO VIII.

El Louvre. — Carlos IX. — Catalina de Médicis. — El famoso Retz. . .	97
--	----

CAPITULO IX.

Sorpresa.—Gondi y Montespán.—Catalina y su cómplice. 127

CAPITULO X.

Los dos supuestos mercaderes.—El genio de Silva.—Flandes.—Un correo de Catalina de Médicis. 141

CAPITULO XI.

Otra casita á orillas del Escalda.—Cambray.—La ciudadela.—El gobernador. 155

CAPITULO XII.

La conjuracion de iconoclastas.—Los soldados del gobernador.—La muerte. 171

CAPITULO XIII.

Reconocimiento.—Preparativos.—Veintiun asesinos. 189

CAPITULO XIV.

La campana mayor.—Lucha, espanto y desolacion.—La idea del mendigo. 205

CAPITULO XV.

Los tres católicos.—Perdon general.—Paso de Francia. 219

CAPITULO XVI.

La Suiza.—Su gran lago.—El Piamonte.—Niza. 257

CAPITULO XVII.

Canal de Córcega.—Toscana.—Roma.—Nápoles.—Cerdeña.—Encantos de Italia.—Sicilia y el Etna. 245

CAPITULO XVIII.

Verdades de un loco.—*Himno de media noche*.—Los piratas berberiscos.—La tempestad. 265

CAPITULO XIX.

La isla de Passaro.—El Mediterráneo.—Malta. 285

CAPITULO XX.

Las tres islas de Malta, Comino y Gozzo.—La inclita y veneranda orden
de San Juan de Jerusalem.—El sitio, los sitiados y los sitiadores. . . 301

CAPITULO XXI.

Las frases de un buen cristiano.—El almuerzo.—Delegacion del poder
supremo.—Al campo. . . 309

CAPITULO XXII.

Paseo militar.—El campamento turco.—Las dos colinas. . . 317

CAPITULO XXIII.

El triángulo.—Sorpresa.—Acometida.—Varios reconocimientos.—
El intrépido pescador. . . 329

CAPITULO XXIV.

La sirena.—Romanza griega.—Flaviano galanteando en medio del
mar.—Audacia.—Robo.—Desembarque. . . 349

CAPITULO XXV.

El marino Piali.—Traicion infame.—Envenenamiento. . . 369

CAPITULO XXVI.

El raptor y la griega.—El maestre ascendido á general.—Ataque,
bombardeo y asalto. . . 388

CAPITULO XXVII.

Campo de batalla.—Un prisionero ilustre.—Conflicto. . . 407

CAPITULO XXVIII.

El príncipe de Italia.—Interrogatorio.—El cambio de prisioneros. . 421

CAPITULO XXIX.

El heroismo en la desgracia.—Los verdugos y la víctima.—Sorpresa.—
Indecision.—Todo se ha perdido.—Todo se ha ganado. . . 441

CAPITULO XXX.

Desaparicion.—Los seis *invencibles*.—El campamento.—Explicacio-
nes del prisionero.—El hijo arresta á su padre. . . 451

CAPITULO XXXI.

Ovacion.—Bautismo.—Ascenso merecido.—El futuro de la griega.—
Los sanjuanistas. 473

CAPITULO XXXII.

Las nueve.—Banquete sin viandas.—Las diez.—Sorpresa.—Heroi-
cidad.—Triunfo completo. 491

CAPITULO XXXIII.

El soberano, dos héroes y un *invencible*.—Mensaje.—Últimas disposi-
ciones.—El padre y el hijo. 513

CAPITULO XXXIV.

La pena y el deber.—Nuevo triángulo.—Acometida salvaje.—Horrible
mortandad.—La victoria sobre la humeante sangre de las víctimas. 531

CAPITULO XXXV.

Una esperanza halagüeña.—Botín.—El tesoro de Flaviano. 551

CAPITULO XXXVI.

Adelantos de Syra.—Llegada del lego.—La boda. 565

CAPITULO XXXVII.

Los dos trinitarios.—Una sombra.—Gondi.—El lego.—Bondad de
un santo. 577

CAPITULO XXXVIII.

Despedida.—Embarque.—Las costas de la madre patria.—Recibi-
miento. 589

CAPITULO XXXIX.

Regreso á la corte.—Las cuatro esposas.—El rey prudente.—El rey
severo. 601

CAPITULO XL.

Reunion.—Las últimas palabras de un santo.—Congoja.—La muerte
mata, pero no atormenta. 619

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	<u>Páginas.</u>
Primera ó portada; ó el retrato del autor ¹	5
Segunda.	16
Cuarta (Procede colocar ésta antes que la tercera, por haber equivocado el litógrafo la numeracion de estas dos láminas).	182
Tercera.. . . .	365
Quinta.	468
Sexta.	526
Séptima.	582
Octava.	633

¹ Aconsejamos á nuestros lectores pongan el retrato del autor en la página 5 de este primer tomo, y la portada en la 3 del segundo, y estarán con más propiedad.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Páginas.

Primera ó portada; ó el retrato del autor;	5
Segunda.	10
Quarta (Procede colocar ésta antes que la tercera, por haber edrivocado el litógrafo la numeracion de estas dos laminas)	182
Tercera.	305
Quinta.	408
Sexta.	520
Séptima.	582
Octava.	633

CAPITULO XXXVII.

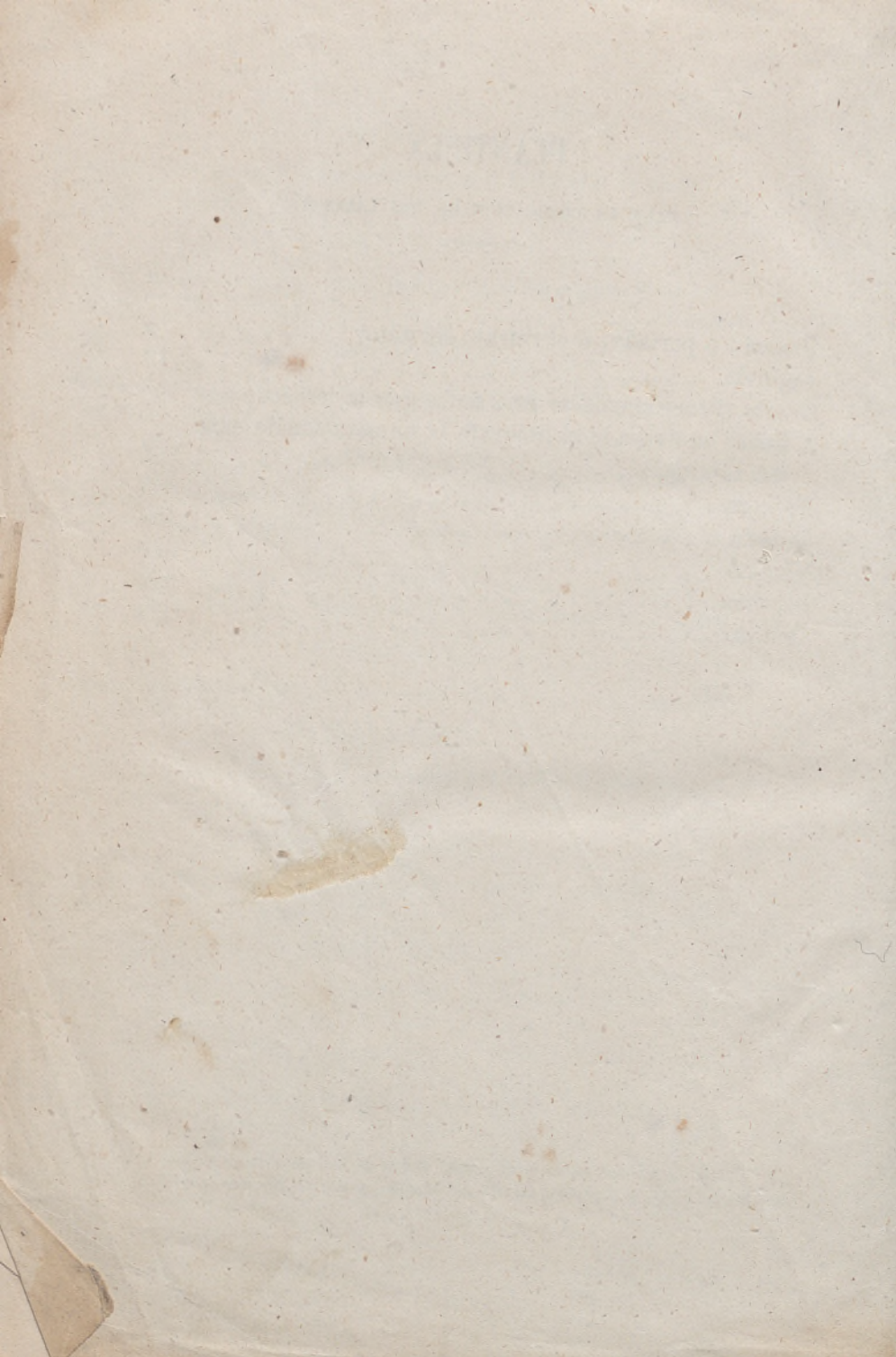
CAPITULO XXXVIII.

CAPITULO XXXIX.

CAPITULO XL.

Acosejamos á nuestros lectores pongan el retrato del autor en la página 5 de este primer tomo, y la portada en la 3 del segundo, y estaran con más propiedad.











LA
INOTISICION
EL REY
Y EL NUEVO
MUNDO

1

G 44821